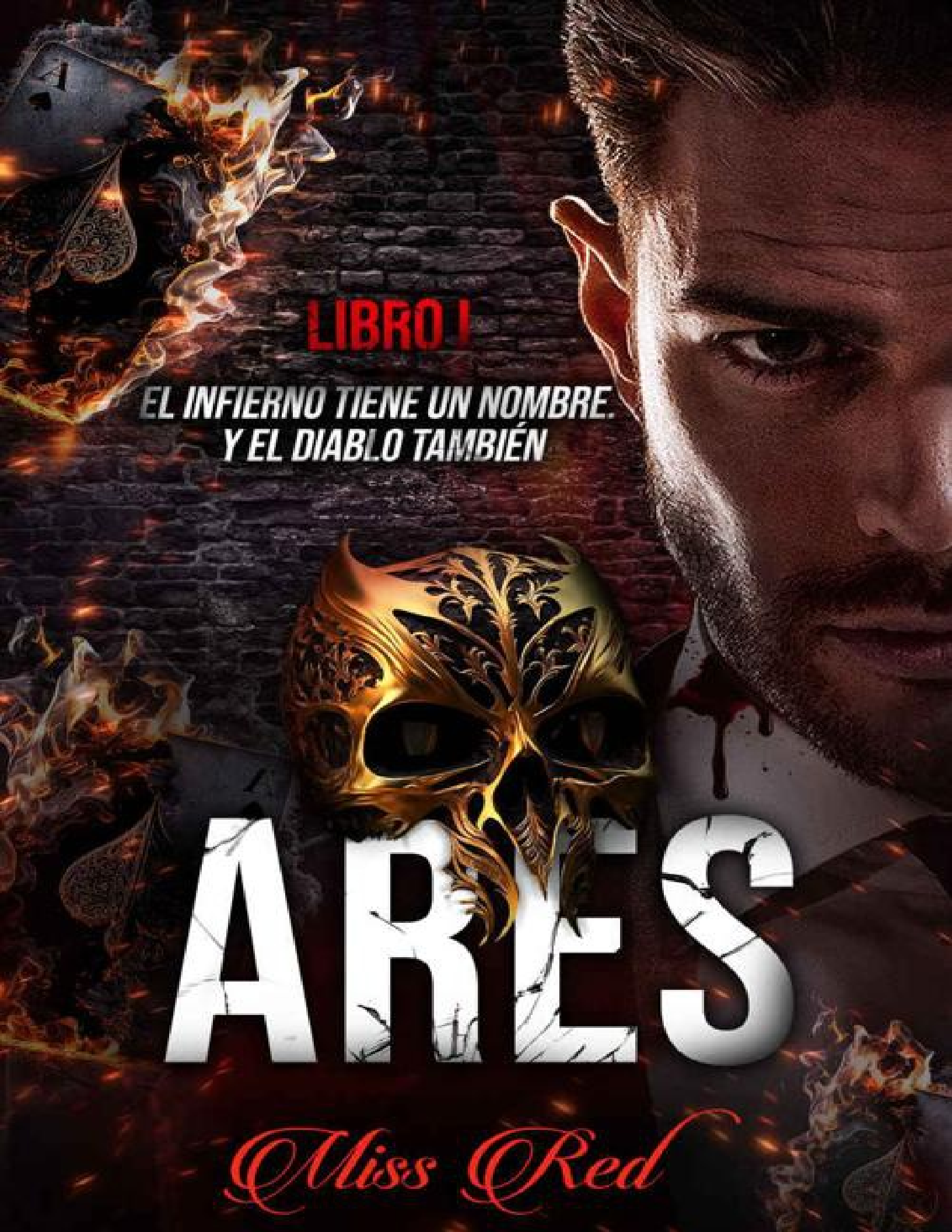

LIBRO I
EL INFIERNO TIENE UN NOMBRE.
Y EL DIABLO TAMBIÉN
ARES
Miss Red

ARES

El infierno tiene un nombre.
Y el diablo también

-LIBRO 1-

Miss Red

TRILOGÍA



PARTE II

Primera edición: diciembre, 2023
Copyright © 2023 Miss Red
ISBN: 9798871764817 (físico)
© Del texto: Miss Red
© Diseño de portada: @ale_graphic5

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso de la autora, bajo la sanción establecida por la legislación.

Esta historia está ambientada en lugares reales, pero los hechos que acontecen y los personajes que aparecen en ella son completamente ficticios y no tienen ninguna base real. Cualquier parecido a la realidad es mera coincidencia.

Esta novela refleja contenido adulto y puede herir la sensibilidad de los lectores. La autora no se responsabiliza del efecto producido en el lector, el lector leerá bajo su responsabilidad.

Ver el booktrailer de la novela Ares aquí

A todos aquellos que conocen la oscuridad.

Porque siempre habrá sombras en cada alma, pese a toda la luz y felicidad que pueda albergar.
Y porque no existe un solo alma que no tenga secretos, anhelos o una historia que contar.

CONTENIDO

PRÓLOGO
AQUÍ EMPIEZA TODO
BIENVENIDA A ÁLYMPOS
NOCHE DE AVENTURAS
DE BRUCES CON LA REALIDAD
TÚ LO HAS QUERIDO
CUANDO EL APRENDIZ SUPERA AL MAESTRO
PONDRÉ EL MUNDO A TUS PIES
LUCHANDO BATALLAS
NO ES AMOR, ES UNA OBSESIÓN
ME SIGUE AMANDO
FLASHBACKS
A 13.000 METROS DE ALTURA
AUNQUE ME LLEVE TODA UNA VIDA
DECLARACIÓN ABIERTA
TE DETESTO
ME LO DEBES
POR FAVOR, MI DIOS
A MI MANERA
SOLO QUIERO VERTE SONREIR
FELIZ CUMPLEAÑOS, PEQUEÑA
AMOR LOCO
LA FAMILIA ES LA FAMILIA
LIBRO II
ACERCA DEL AUTOR

PRÓLOGO

Te planteo lo siguiente: ¿Qué pasaría si el hombre que amas te diera a elegir entre vivir o… morir? ¿Y qué ocurriría si «vivir» significa «vivir bajo sus normas»? Y no, no es ninguna broma. Tampoco es una escena sacada de una película de terror.

ES MI REALIDAD.

Mi nombre es Aylin Vega, estudio en la Universidad de Harvard y hasta hace un mes era una joven como cualquier otra. Una ambiciosa chica con ganas de comerse el mundo y con grandes expectativas de futuro, la cual deseaba convertirse en una reconocida agente financiera en *Wall Street.* Una mujer que soñaba con conocer a un príncipe azul que la amara para siempre.

LO ERA. Hasta que él entró en mi vida: el mismísimo diablo que viste de traje y que se cree Dios. Un hombre con una mente afilada, capaz de dejar en jaque mate a la tuya, él mismo representando un desafío a la excelencia. Un hombre que emana un inquebrantable poder de dominación, autoridad y seguridad, envuelto en un aura magnética que lo convierte en irresistible. Un hombre cuyos ojos destellan secretos y te invitan a caer en el abismo de la seducción. Un hombre de cuerpo pecaminoso, el cual genera un indomable eco en lo más profundo de tu ser, eco que marcará tu vida y tu existencia. Para siempre.

Alguien que es capaz de invocar el infierno en tu alma y cuerpo con una simple mirada.

Este es él. EL PROFESOR.

Necesitó unas pocas semanas para llevarme del cielo al infierno, sin previo aviso. No me dio ninguna opción, en cambio, me arrastró a un mundo oscuro, peligroso, donde la perversión y el placer priman y donde los escrúpulos no tienen cabida, pero la delincuencia sí.

Un mundo cuyo nombre quedó grabado en mi piel*: Álympos.*

Llevo mi mano a mi abdomen bajo y acaricio lentamente el indeleble dibujo, el cual muestra una rosa ensangrentada y el triángulo invertido de los hedonistas. Una prueba tangible e innegable de que soy una de ellos. Una más en la ecuación de sus obscenas y enfermas mentes. Sí, una pieza más sobre el preciado tablero de ajedrez de los Dioses, pero, al mismo tiempo, una esclava más del diablo.

Porque la venda ha caído.

La realidad me golpea como una ola fría y quedo sumida en una insufrible tristeza. Admiro desde mi ventana las luces parpadeantes de la ciudad mientras me llevo una mano al pecho y reprimo una lágrima, intentando contrarrestar la carga invisible de mi pecho. Las luces siguen alumbrando la noche, al igual que la luna y las estrellas.

Y el mundo sigue, totalmente al margen de mi aflicción.

Deslizo mis dedos sobre el cristal, a medida que las sombras se ciernan sobre la silenciosa habitación del Templo, el cual reina en la cima de la colina más alta de la ciudad. El castillo de naipes se ha desmoronado y el cuento de hadas que había tomado forma en mi mente ha finalizado de la peor manera.

Continúo mirando por la ventana, esforzándome en recuperar el aliento, pese al cuadro tan desgarrador que está presente en mi mente desde aquella noche. Sigo siendo una ilusa, confiando en que los rayos del sol de un nuevo día harán que olvide y lo arranque de mi alma.

Lo amo. Lo odio.

Amor. Odio. Desconcertante dualidad.

«Dicen que el amor puede con todo…», susurra mi traicionera mente en un momento de debilidad. Pero vuelvo en mí cuando siento mi piel arder bajo aquel tatuaje, el cual me hace recordar la realidad. La mía y la suya.

Y entonces… pienso en él. En Ares.

¿Será el amor capaz de apagar las llamas del infierno?

CAPÍTULO 1



AQUÍ EMPIEZA TODO

La luz del sol se está filtrando a través de la hoja de los árboles que alumbran el pequeño porche de una pequeña casa de dos plantas, a unos metros de la playa. Lo visualizo en mi mente como si verdaderamente estuviera ahí. Quedo embriagada por el olor del aire, hoy huele a tierra húmeda y el ruido de las caderas de mi pequeña bici se oyen con nitidez. Es un sonido familiar, el cual me lleva de vuelta al pasado.

Camino mentalmente por aquellas calles que recorría a diario y de las cuales disfrutaba sin siquiera yo ser consciente de ello. Era algo normal caminar, dar brincos o montar en mi bici en aquellos lugares donde las preocupaciones eran inexistentes y en los cuales encontrábamos la felicidad en los pequeños detalles.

Pero lo que más recuerdo es el viento. Todavía puedo sentir la frescura de la fuerte corriente de aire impregnando cada pedalada. Puedo sentir la sensación de libertad que me recorría con cada metro que avanzaba, con las risueñas risas de fondo. Risas de niños. Risas inocentes y felices.

También recuerdo aquel carrito de helado del que sacábamos provecho siempre que nos lo encontrábamos en nuestro camino. Recuerdo el dulzor del helado en mi paladar, aunque mi dulce preferido fuese el algodón de azúcar. Siempre me lo he figurado como una nube etérea colgando de un palo que se deshace en tu boca y el cual te da poderes mágicos. En mi mente, si era capaz de devorar aquellas pequeñas nubes dulces y disfrutar del cielo, iba a ser capaz de todo.

Y no era la única que lo pensaba.

—Papá… —Miraba hacia arriba con atención— las nubes no terminan nunca. ¿Por qué mi algodón ha terminado?

Fruncí los labios y, acto seguido, mi mirada quedó fija sobre el palo de madera que sujetaba en mi mano, mientras comía los últimos restos del algodón de azúcar.

—Porque tiene que ser así… —respondió con aquella preciosa sonrisa en los labios.

Para cualquier niña, su padre siempre será el hombre más apuesto del universo. Su dentadura y sus ojos celestes hacía que me lo figurara como una persona bella y de rasgos varoniles, pero dulces.

—No entiendo.

—Pequeña… —Su voz de miel me sigue tocando el alma, aunque hayan pasado quince años —. Recuerda que nada es para siempre.

—Pero podemos comprar otro.

Le sonreí y miré en dirección al hombre bigotudo que continuaba vendiendo su mercancía con alegría.

—Compraremos otro, pero jamás será como el anterior.

—Los algodones de azúcar son todos iguales.

—Mi niña…. —Se volvió a reír—. Ya lo comprenderás.

—¿Qué debo comprender, papá?

—Que nada se parece. Que hay que vivir cada momento y disfrutarlo. Pero disfrutarlo de verdad.

Mi padre es un verdadero filósofo. La pasión con la que hablaba siempre estará presente en mí. Todo lo que salía de su boca parecía tan real y creíble, que lo escuchaba encandilada, absorbiendo cada sílaba. No dudé ni por un instante de que él tenía razón, nada se parece y que nada es para siempre.

Mi padre acariciaba mi cabello mientras disfrutaba viéndome expectante y deseando devorar otro dulce, olvidándome fácilmente de lo que él me acababa de decir, palabras que en ese momento no comprendía muy bien.

Pero ahora lo comprendo todo.

—Pequeña…

Su ahogada voz me trae de vuelta al presente. Que él me llame de aquella manera cariñosa, como si fuese mi padre, hace que la realidad me abrace y presione mi débil corazón.

«Nada es para siempre…», me repito por dentro cuando mis ojos se topan de manera inconsciente con el cañón de su arma.

—¡Dispara!

Le invito a terminar de cumplir con su amenaza, sin embargo, sus facciones permanecen quietas.

El silencio que ha invadido el despacho es estremecedor, tanto que incluso escucho mi respiración. Intento deshacerme del nudo que tengo en la garganta desde hace más de una hora mientras lucho con mi propia respiración. En cambio, él solamente permanece de pie, apuntándome con aquella pistola, sin parpadear. A decir verdad, ni siquiera le están temblando las manos.

Puedo leer la desalentadora tensión en su mirada, prueba de la lucha interna que libra. Pero también descifro una determinación latente, la cual me indica que no cederá. Algo que me rompe en miles de pedazos, y que de momento le pongo nombre. Se llama decepción. Una decepción tan profunda que no tiene cura. Un virus sin antídoto. Una enfermedad sin tratamiento alguno.

A continuación, ahogo las lágrimas pensando en que no permitiré que él me vuelva a ver llorar. Nunca más.

Doy un paso hacia él, en silencio. Ya he entendido que no me puedo ir. Entonces observo que su rostro se ha vuelto desfigurado y sus ojos, los cuales reflejan un cúmulo de sentimientos, son más expresivos que nunca.

—Adelante... ¡dispara! —insisto y a la vez avanzo unos pasos, sin dejar de clavarle con mi atormentada mirada. Es más, me acerco tanto, que el cañón de la pistola con la que me ha estado apuntando durante los últimos cinco minutos, roza mi pecho.

Mientras escucho el eco de mis pasos, todavía estoy pensando si todo esto en realidad es una pesadilla y estoy a punto de despertar. Él no aparta la vista de mí y, desafortunadamente, incluso después de todo el tiempo que he pasado a su lado, no soy capaz de penetrar su mente y saber qué pensamientos le dominan, o darme cuenta de lo qué hará a continuación.

Además, ¡qué irónico! ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo podría una simple mortal como yo meterse en la mente de un dios? ¿O en su corazón?

—¡He dicho que dispares!

—No hagas esto... —murmura con un tono de voz poco audible y, para mi sorpresa, desiste.

Veo con estupor cómo baja el arma, lentamente. Suelta la pistola sobre el escritorio del

despacho con un gesto nervioso y cierro los ojos tras el sonido estrepitoso del metal rozando la robusta estructura de madera. Por su parte, se lleva las manos a sus sienes, al mismo tiempo que suspira profundamente.

—¡No puedo, ohhh, diablos! —Se tortura a sí mismo ante mi inquisitiva mirada—. ¡No puedo!

No abro la boca. Y, pese a que no hable, elijo no apartarle la mirada. No deseo que me vea como si fuese una cobarde que le teme, eso hará que aumente su determinación de obligarme a viajar con él, a vete a saber dónde. Pero no cederé y deberá comprender que no me podrá obligar.

—El tiempo… —musita cuando se da cuenta de mi obvio silencio—. Con el tiempo lo comprenderás.

Se humecta los labios mientras yo lucho con la pesada manta de tristeza que se ha cernido sobre mí.

—¿El tiempo?

Hago un gran esfuerzo en aclarar mis empañados ojos y solo espero que él no se dé cuenta.

—¿Tiempo para qué? —pregunto con un hilo de voz, aún sin moverme.

—Para asimilarlo y… —Roza su reloj con dos dedos y lo clava con su mirada nervuda—, lo cierto es que ya nos debemos ir.

Una agria sonrisa hace acto de presencia sin mi permiso y sigo sin poder asimilar nada. ¿Cómo piensa que con el tiempo lo asimilaré?

—¿Sabes? —Me acerco a él con el pecho encogido—. El tiempo no importa ya.

—¡Sí que importa! —chilla en mi cara—. ¡Es lo que más importa ahora mismo!

—Ále…

Se me corta el aliento y una lágrima rueda en mi mejilla cuando aquella palabra me quema. Su nombre actúa como aceite caliente en mi garganta y soy incapaz de pronunciarlo.

«*Soy Ares, Dios del Olimpo. Uno de los doce olímpicos que rigen nuestro clan. Soy el líder supremo de Álympos, el clan hedonista más antiguo del mundo, con sede en El Templo y visitado por los magnates de más de cuarenta países. Soy fanático de la civilización griega y también... narcotraficante*».

Su confesión retumba en mi cabeza y mis palabras quedan atoradas, igual que mi mente queda atrapada en la penumbra de mis propios pensamientos destructivos. Y es en este momento en el que me doy cuenta de que he tocado fondo.

—Aylin… —Extiende su mano con rapidez y sus dedos aprisionan mi codo, pero incluso su tacto me quema. No es solo su voz.

Me aparto deprisa y desvío mi vista cuando siento aquella quemazón en mis ojos y las ganas de dar rienda suelta al huracán contenido que llevo dentro.

—Siento que no te ofrezca lo que tú esperabas. Siento no… —titubea— no ser el hombre que te mereces y que esto haya terminado así.

—Lo sé… —Percibo la asfixia, pero reprimo mi sufrimiento—. Sé que esto no es un cuento de hadas.

—¡Podría serlo!

—No… —suspiro cuando su atormentada mirada me atraviesa una vez más esta noche, sin

embargo, elijo retarle—. El príncipe azul, en vez de salvar a su princesa de aquella torre, la ha convertido en su prisionera.

—Dame tiempo.

No le dejo hablar. Continúo con mi tortura romántica y admiro su perfecto rostro, mientras llevo mi mano a su pronunciado mentón y acaricio su barbilla delicadamente.

—No es solo cuestión de tiempo. Ella ya no lo necesita y tampoco podrá perdonarlo, ¿comprendes? —finalizo.

—¡Diablos! —Su brusca voz hace que mi piel se erice—. ¡No sigas, maldita sea! ¡No sigas! —remata, intentando callarme.

Es lo que suelen hacer los cobardes. Intentar callarte. No me da tiempo a ripostar, ya que agarra mi muñeca y sacude mi brazo con fuerza.

—¡Nos vamos ya!

—¿A dónde? —Alzo el mentón y aprieto los labios.

—Firma y en el camino te explico, ¿vale? —No desiste, en cambio, coloca sus brazos sobre mis hombros, persuasivo.

Percibo que sus objetivos son claros y, con cada minuto que pasa, estoy más segura de que no se va a echar atrás. Estoy segura de que no dejará de insistirme y me pregunto en qué momento decidí no seguir mis instintos. La culpa me esclaviza mientras pienso en mi necedad. Me tenía que haber alejado de él desde el primer momento. Desde aquel primer instante en el que me di cuenta de que es una persona extraña, un hombre atormentado por el pasado y que me ha estado ocultando una infinidad de cosas.

No se lo voy a perdonar.

—¿Por qué me metiste en esto? —Levanto mi tono, al toparme de nuevo con la realidad. Soy una maldita rehén.

Él mira el suelo y suspira.

—Nunca quise que esto pasara. —Su voz suena dócil y sincera, pero sus intenciones no lo son en absoluto—. Ya te lo he dicho.

—¡Siempre fue tu intención traerme aquí! —rectifico.

No le permitiré que vuelva a manipularme.

—Pero no de esta manera —suelta un bufido mientras sus persuasivos dedos presionan mis hombros.

—No tengo opciones, ¿verdad? —pregunto derrotada.

Cambio la dirección de mi mirada y me pregunto qué narices podría hacer para salir de esto. Me animo por dentro, pensando en que soy una persona resolutiva y seguramente algo se me ocurrirá.

—No.

—Entiendo que lo estás haciendo porque temes a que te delate.

—¡No es solo eso!

Su pronunciado grito vuelve a estremecerme y, sin duda alguna, ahora mismo tengo delante a otro. Él es otro.

—¿Entonces qué es? No diré nada, si eso es lo que te preocupa —le interrumpo y le miro con súplica, esperanzada de poder convencerle y salir ilesa.

No dudo ni por un instante que me está obligando a hacerlo por temor a que le pudiera delatar. Podría ir a la policía y denunciarle esta misma noche.

—Eso no me preocupa, ¿ha quedado claro? —Me acerca más a él, tanto que su agitada respiración golpea mi frente. Su fría mirada hace que unos intensos escalofríos me recorran.

—Borraré esta noche de mi memoria, haré como que jamás ha ocurrido.

—No.

—Me imaginaré que ha sido solo una pesadilla de la que he despertado.

—¡No!

Alza su enfurecida voz, al chocarse contra un muro. Pero no me doy por vencida.

—A partir de mañana serás solamente mi profesor y nada más —agudizo mi timbre vocal y ruego por mi vida con desespero.

—¡Demasiado tarde! —Me sacude y frunce aquellos gruesos labios de un modo demente.

—Podría hablar con el senador y yo…

—¡Diablos! —Me corta y masculla algo entre dientes, sin soltarme—. En *Álympos* hay un protocolo bien claro que debemos respetar —prosigue con decisión.

«Un protocolo…», me estremezco.

En el fondo, no sé por qué me sorprende. Todas las organizaciones criminales tienen un protocolo y unas normas, ¿por qué ellos serían diferentes?

—¿Qué dice ese protocolo?

Vuelvo a enfurecerme a raíz de su tozudez, pero sigo buscando soluciones en mi cabeza mientras me intento deshacer de sus manos. Finalmente, consigo que él se aparte de mí. No quiero que me toque ni con un solo dedo y su sola presencia e hipocresía me enfurece.

—¡Ahhh…! —Oigo cómo exhala el aire y me da la espalda—. Cualquier persona que sepa más información de la cuenta, quedará eliminada. Bajo ningún concepto podemos arriesgar la seguridad e integridad del clan —explica con dureza.

«Eliminada», pienso.

Ya lo comprendo todo. Después de escuchar esto, tengo más claro que nunca que no me soltará. Eso no podría suceder, no soy tan ingenua para agarrarme a un clavo ardiente. He visto suficientes películas como para saber lo que les ocurre a los rehenes. Me estoy enfrentando a una jodida organización criminal.

«Y Álex es uno de ellos…», pienso horrorizada. «Es un asesino».

Al instante, me entran ganas de llorar de nuevo, pero no. No voy a permitir que me vea aterrada. Su ego se inflará y su poder aumentará.

—Ellos lo saben y no se quedarán de brazos cruzados.

Mira la puerta con suma preocupación.

—Entonces lo haces por ellos.

—¡Lo hago por ti! —Se da la vuelta vertiginosamente y me mira endemoniado, llevándose las

manos a las caderas.

—Has dicho que eres el líder. —Muevo mi cabeza y me cruzo de brazos, borrando cualquier atisbo de sensibilidad—. ¡Demuéstralo!

—Precisamente porque soy el líder, no saldrás de aquí —suelta con una seguridad acerba—. No lo permitiré, ¿entiendes?

Trago en seco y bajo mis brazos lentamente, mi respiración tornándose cadenciosa. El corazón se me dispara y la desesperanza me envuelve como una densa niebla. Las pocas esperanzas que habían florecido dentro de mí a lo largo de la conversación se disipan, como si de mero polvo se tratase. Y entonces alcanzo con mi vista la pistola que él mismo ha tirado sobre el escritorio minutos atrás.

¡Oh, Santo Cielo! Me encuentro sin opciones. Jamás en mi vida he tocado un arma, pero no tengo elecciones y la incertidumbre y el miedo que siento al no saber qué es este sitio y qué me espera aquí dentro, hacen que saque una versión desdibujada de mí misma. Así que, sin pensármelo dos veces, me lanzo hacia el escritorio, el cual está a solo un paso de mí y a varios metros de él, y agarro la pistola con torpeza.

Intento ser lo más rápida posible y la levanto con manos temblorosas, sujetándola y apuntándolo.

—¿Qué haces? —Me mira perplejo, sin dar crédito a que todo se pudiera volver en su contra.

—Creo que me has subestimado.

Vuelvo a sacar aquella sonrisa amarga, sin darme cuenta ni yo misma de me parezco a una lunática. Como para no serlo. Pero él apenas me deja hablar y, en cambio, me alcanza con dos agigantados pasos y asedia mi cintura, girándome vertiginosamente. Me arranca la pistola de la mano con una destreza digna de un profesional.

Doy un salto forzado y jadeo desconcertada cuando siento mi espalda rozar su robusto torso y su fibroso brazo enroscado en mis costillas.

—¡Álex, suéltame!

—No vuelvas a llamarme por mi nombre, ¿entendido? —murmura en mi oído con voz rasposa. Esta es la primera norma que deberás cumplir aquí.

Observo de reojo que guarda el arma en la parte alta de su pantalón.

—¿La primera? —Arrugo el entrecejo y miro el suelo, rendida y escéptica—. ¿Cuáles son las otras?

—Deberás olvidarte de quién eres. Aylin ha dejado de existir desde el momento en el que has entrado por aquella puerta.

¿Qué?

Abro los ojos como platos y todo se vuelve borroso. Mientras tanto, intento procesar sus descerebradas y crueles palabras. Palabras que solamente podrían salir de una persona insana.

—Aylin jamás dejará de existir, ¡maldito psicópata!

¿Qué narices pretende?

Me muevo irascible, pero sus brazos de acero no me dan tregua y quedan anclados alrededor de mi cuerpo. Siento los tambores de su acelerado corazón en mi espalda, los cuales acompañan su respiración sacudida.

—Deberás hacerlo si quieres sobrevivir en un sitio como este —responde contundente—. Lo harás si no quieres perder la cabeza. ¡Solo… debes… firmar!

Sus palabras suenan pausadas y sus empujones hacia una silla que se encuentra enfrente del lujoso escritorio, me generan un estado severo de ansiedad.

—¡No firmaré! —Le vuelvo a gritar y no sé cómo, pero me deshago de sus manos.

—¡Lo harás! —Me sienta en la silla, presionando mis hombros y me mira amenazante.

Le miro desde abajo cuando este tensa su mentón, quedando al acecho e impidiendo que me levante de la silla.

¡Mierda!

Clavo el codo en la mesa y cierro los ojos para pensar. Mientras tanto, él se inclina sobre mí y agarra aquellos jodidos documentos que ha sacado de un cajón minutos atrás.

—Aquí tienes. —Deja caer las hojas delante de mí con un movimiento seco.

—¿Qué pasará una vez que firme? —Me paso las manos por el rostro e intento humedecerme los labios.

—Serás parte de *Álympos.*

—¡Vale! —Me encojo de hombros, exasperada—. Hasta ahí llego. Pero… —tartamudeo— ¿qué significa eso?

—Muchas cosas.

Giro la cabeza y le miro con temor. Él queda plantado como un roble a mi lado y me mira desde arriba con la frente arrugada. Se cruza de brazos.

—Doy por hecho que, si firmo, es como si diera mi palabra de que no contaré nada —añado.

—Así es.

—Entonces firmaré solo con la condición de que ahora mismo me lleves a la residencia —expongo—. Y es mi última palabra. Al fin y al cabo, no habría ya peligro.

Le fijo con la mirada y cruzo las piernas, intentando fingir estar tranquila. Me quedo a la espera, decidiendo ser astuta y que, en vez de luchar con él, llevarle a mi terreno.

—¡No será posible! —Agita las manos como un demente y vuelve a mirar su *Rolex*.

Hay algo turbio, algo que hace que él tenga prisas y quiera que salgamos urgentemente del país.

—¿Y por qué no será posible? —quiero saber.

—¡Porque no! Max está preparando el vuelo —dictamina sin darme ninguna explicación y vuelve a mirar su móvil, con mucha inquietud.

—¡Es mi derecho saberlo! —bramo.

—¡Por Zeus! —Su confusa mirada me trastoca—. ¡Porque me están buscando y, por ende, a ti también! —responde irritado—. Aylin... los hombres de Gambino han estado en la residencia —articula alto y claro.

¿Gambino? Frunzo el entrecejo mientras proceso su explicación. Ahora mismo me siento como si estuviera en un ring de boxeo, recibiendo puñetazo tras puñetazo.

«Ha dicho *residencia*…».

—¿Cómo? —Me llevo las manos a la boca y me pongo de pie deprisa—. ¿Cómo está Berta?

¡Dios mío!

El temblor me vuelve a acechar cuando él coloca sus manos en mis hombros de un modo tierno, diferente a como lo ha hecho previamente. Por mi parte, aún sigo en estado de *shock* y no hay manera de tranquilizarme.

—Sander se está encargando de todo. La pondrá a salvo, no te preocupes.

—Aun así, no hace falta que vayamos tan lejos —balbuceo y miro el suelo—. Nos podemos quedar en algún sitio hasta mañana y... mis padres… No puedo abandonarlos y simplemente irme a… No, Álex, no me iré contigo.

Pero él directamente no me deja opciones. Golpea de repente la madera del escritorio con su puño de acero y su respiración golpea mi mejilla.

—¡Diablos! ¡No lo entiendes! —vocea irritado y se lleva el puño a la boca tras el brusco golpe —. Han estado siguiéndome durante semanas, Aylin. —Levanta su gélida vista a mí—. Debemos desaparecer unos días y así me dará tiempo a solucionar el problema con Gambino y también… con el clan.

—¿Qué problema? —pregunto interrogativa.

¿A qué narices se refiere? ¡Dios mío, no entiendo ni una sola palabra! ¿Es normal que me ocurra todo esto? Yo, que siempre he intentado estar en mi sitio, sin molestar a nadie. A mí, ¿que no soy capaz de matar ni a una jodida mosca?

—No hace falta que lo entiendas —dice—. ¡Solo firma de una maldita vez! —ordena con dureza y agarra una pluma que hay en el escritorio, y la suelta al lado de los folios—. ¡Firmaaa!

Empiezo a sudar y aprieto el bolígrafo entre mis dedos, a la vez que miro su mano, la cual aprieta sobre el escritorio. No lo reconozco. Definitivamente, no reconozco al hombre que está plantado a un paso, medio inclinado sobre mí y con la otra mano agarrando el respaldo de mi silla.

Mi cadenciosa respiración se torna incluso más veloz y clavo mi mirada en las al menos diez hojas de papel que me ha tendido.

—Quiero leerlo primero.

—No te servirá de nada leerlo —suelta borde.

Tiene razón. Aunque no esté de acuerdo con los términos, no me servirá de nada.

«¡Virgen Santa!», me lamento en silencio y le echo un vistazo por el rabillo del ojo. Él está más callado que una tumba, sin embargo, puedo notar su amenazante mirada sobre mí. Entonces, aprieto la pluma en mi mano y suspiro poco convencida, a la vez que mi cerebro colapsa. Pero no tengo otra.

—¡Te arrepentirás de esto! —murmuro.

Ni siquiera se inmuta, más duro que una roca.

Esbozo una firma al final de la primera página, derrotada y sintiendo que me desmayaré de un momento a otro. Estoy temiendo por mi vida de verdad, esto ya no es ningún maldito juego de seducción entre el profesor y la alumna, es todo lo contrario. Es el juego del diablo.

—Aquí también. —Agarra las hojas y me indica el sitio.

«¿A qué me acabo de sentenciar?», me mortifico por dentro. Empiezo a temblar de manera descontrolada y la impotencia y la frustración me poseen. Aprieto el puño, sabiendo que jamás

borraré este momento de mi memoria.

—¿Contento? —digo antipática y llena de ira, al mismo tiempo que tiro la pluma en la mesa— ¡Dile a tu secta que ya no hay peligro!

—No es una secta.

—¡Sí, es una jodida secta! —chillo endemoniada y me pongo de pie, enfrentándolo con mi mirada de hielo—. Todo lo que implique lavado de cerebro, ¡es una maldita secta!

Él no contesta. Ha sido todo tan rápido, que ni siquiera he leído las cláusulas de aquel documento, y por esa razón maldigo a Álex mil veces en mi mente.

—¡Ares!

Escuchamos una voz desde el pasillo y los dos giramos la cabeza. Él camina a zancadas en dirección a la puerta y se apresura en abrirla. De momento, veo una cabeza rapada asomarse por el marco. Es el tal Max, el hombre alto y grandote que había en la entrada.

—Mi dios, debemos hablar.

Jadeo con fuerza y pongo los ojos en blanco.

«¡Vaya tela!», pienso angustiada. «Se lo creen de verdad…».

—Entra —le indica con un gesto.

—Malas noticias. No vais a poder volar esta noche —explica este y me mira con curiosidad desde la puerta cuando Álex le hace una señal de que puede levantar la cabeza—. Hay restricciones de vuelo por un temporal, llegando a Canadá. Es muy peligroso, así que no nos dan permiso para despegar hasta mañana.

—¡Mierda! —grita Álex enfurecido y estampa la puerta con fuerza, haciendo que tanto el guardaespaldas, como yo, quedemos atónitos. Odio ese lado suyo y me despierta malos recuerdos.

—Lo siento —susurra el hombre y agacha la cabeza.

«Pero yo no la agacharé», piensa mi lado orgulloso.

Reflexiono sobre las palabras de aquel tipo y, pensándolo bien, si no se nos permite volar esta noche debido a las restricciones impuestas por el temporal, eso significa que tengo una mínima oportunidad de escapar. Posiblemente sea mi única oportunidad de impedir que este demente me arrastre a su jet y volemos a Canadá por vete a saber cuánto tiempo.

—No queda nada hasta mañana —comento deprisa, sabiendo que valdrá la pena intentarlo.

Este me mira desbordado.

Junto mis manos en mi regazo y vuelvo a sentir aquella gran decepción que me invade cuando recuerdo que Álex ha matado a un hombre hace una hora. También asesinó al primo. ¿Y si lo ha hecho con más gente? Al fin y al cabo, es un mafioso, una persona sin escrúpulos y moral, capaz de todo. Lo que todavía no comprendo es la razón que hay detrás de esto.

¿Por qué no tiene suficiente con su trabajo como catedrático y siendo el gerente de una empresa tan popular como *AmExpress Co*?

¡Por Dios! Me sigo torturando. ¿Qué necesidad hay de todo esto?

Mis pensamientos autodestructivos me rompen más por dentro y el evidente motivo es que lo amo. ¡Maldita sea! A pesar de todo, no lo puedo arrancar de mi corazón de un día para el otro.

Pero lo haré.

«Sí que lo harás, Aylin…», me ordena mi conciencia.

—Dile al jefe de seguridad que reúna a todos los hombres —vuelvo a la conversación cuando oigo su preocupada voz tras unos minutos—. En media hora nos vemos abajo. ¡Es urgente!

—Entendido —contesta el calvo.

—Apolo y los demás siguen abajo con el gobernador, ¿verdad?

«¿Apolo? ¿Otro dios?», me burlo mentalmente.

—Sí.

—No les digas nada de esto —indica con voz severa.

—De acuerdo. Avisaré a mis hombres ahora mismo.

Mientras el sujeto permanece aguardando en la puerta, con la cabeza gacha, él se encamina al escritorio y coge dos de las hojas que acabo de firmar. Mete en un cajón las hojas restantes.

—¡Vente!

—¿Álex, adónde vamos? —pregunto suspicaz cuando este me agarra la mano y me obliga a caminar.

—Max, te puedes retirar.

—De acuerdo, ya te informaré sobre las novedades —tras decir esto, su hombre se da la vuelta y se va, con la misma actitud de sumisión que ha mostrado durante toda la charla.

—¡Álex!

Intento hablar una vez que nos encontramos en el pasillo, pero este aprieta más mi mano y me habla sumamente tensionado, haciendo que nos detengamos.

—¡No vuelvas a llamarme por mi nombre he dicho!

Ruedo los ojos y suelto un bufido, sumamente incrédula.

—¿Qué es todo esto?

—Aylin… —murmura en mi cara, sin dejar de mover su vista alrededor—. Aquí soy Ares y es cómo debes llamarme.

—¿Es en serio?

Elevo una ceja e intento deshacerme de su mano, cuyos dedos quedan enlazados con los míos.

—¡Sí, diablos! Camina —ordena impaciente.

—¿Por qué no hay nadie por los pasillos?

—Porque esta es una zona privada, solo reservada para los dioses. Los demás no tienen acceso.

Bajo la vista pensativa e intrigada, sintiéndome resacosa con toda esta historia absurda de *Álympos*, mientras camino lentamente.

«No hay duda. Esta gente está para el manicomio, y él el primero».

—Manada de locos… —hablo susurrando, presa de una tremenda indignación.

—¿Qué has dicho? —Se vuelve hacia mí y me fija con la mirada, frunciendo el entrecejo.

—Nada.

Elijo morderme la lengua y desvío mi dirección a otro lado, ya que no tengo ganas de verle ni

en pintura. A continuación, me indica con la cabeza unas escaleras y concluyo que me quiere llevar a las plantas superiores del edificio. Media hora atrás, sus cómplices le han estado informando de que el ático estaba devastado, de modo que no podremos pasar la noche allí. No paro de darle vueltas y pensar en Bert y en cómo estará ahora mismo nuestro pequeño apartamento.

—Esta noche dormiremos en mi habitación —informa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Aylin… —gruñe—. Para ya con las preguntas sinsentido, ¡habrá que dormir!

Agrando los ojos y clavo mis pies en uno de los peldaños de la escalera, frenando nuestro avance hacia la segunda planta. Le miro estupefacta, sintiendo que un trueno acaba de partir mi cabeza en dos.

—¡Ni lo pienses, no voy a dormir contigo!

—¡Sí, dormirás! —ruge en mi oído cuando me agarra el codo y tira de mi brazo hacia arriba, con brusquedad—. No hay otras habitaciones disponibles, están todas ocupadas.

No me queda más remedio que seguir caminando y pongo una mueca debido al gran escozor que siento en mi codo. Y todo gracias a la rudeza del jodido señor *doble cara* que no para de moverme para aquí y allá, como si fuese un paquete.

Empiezo a poner más atención a mi alrededor cuando en la segunda planta percibo una gran multitud de enormes puertas, gran parte de ellas de doble hoja, todas blancas y relucientes. El brillo del lacado encaja a la perfección con el destello de las losas de mármol del suelo, losas que se asemeja a un tablero de ajedrez. Las losas completamente blancas combinan con las negras y con algunos elementos dorados. Es más, los detalles dorados me recuerdan a la riqueza de los Templos en la Antigua Grecia.

—¿Pero aquí hay también habitaciones? —pregunto perturbada.

—Sí. *El Templo* es un hotel.

No puedo evitar sacar el sarcasmo que llevo dentro, y tampoco la frustración, dada la impotencia que siento.

—¡Querrás decir que es más bien un puticlub con pinta de hotel! —le respondo con desdén.

—¿Un puticlub?

Pensándolo bien, tiene sentido que *El Templo* tenga habitaciones, es un edificio de dimensiones colosales, el cual se asemeja a un palacio que marca terreno en la cima de una de las colinas más altas de Boston. Asimismo, si es una casa de orgias y BDSM, debe haber habitaciones donde la gente pueda…

¡Oh, Dios!

—No es un puticlub —me riñe, tras oír mis sardónicas palabras.

—Tienes razón —le contesto en un tono burlón, mientras él sacude más mi brazo y mira hacia atrás, intentando hacer que camine más rápido—. Es un club exclusivo de putas disfrazadas de griegas al que acuden ricachones de todo el mundo.

Recordar en qué tipo de lugar me encuentro actúa como un jarrón de agua fría sobre mis sentidos. Pero también recuerdo que es o esta noche, o nunca. Debe ser esta noche, así que analizo todo con detenimiento, intentando trazar un plan de escape en mi cabeza.

—¡Por Zeus! —me mira con aquella impenetrable mirada por unos instantes.

Aun así, no me hace mucho caso, quedando bastante distraído, leyendo algo muy seguido en su móvil. Incluso noto unas gotas de sudor en su rostro y parece tener ojeras. Pretendo sacarle de quicio y estoy muy nerviosa. Y cuando estoy jodidamente nerviosa, no me callo ni debajo del agua.

¡Y él me va a escuchar!

—¡Eso es...! —continúo—. Ricachones que, si en un momento dado se aburren con su vida llena de lujos, dicen: *Ah, ¡me aburro!* —Agito las manos como si de una centrifugadora se tratase—. *Voy a coger el jet y voy a viajar a Estados Unidos, específicamente Boston para pegarme un fiestón, follar en grupo, esnifar un poco de cocaína, o meterme heroína, según*— hablo muy nerviosa, mofándome—. ¡El plan perfecto! —añado y elevo los brazos, acompañados de un movimiento tosco.

Hay que reconocer que es muy poco coherente todo lo que el profesor me acaba de contar. De hecho, me parece poco creíble que en este sitio haya clientes de otros países y no sé por qué, pero barajo la posibilidad de que me siga mintiendo.

—¡Hablas demasiado! —musita ahogado y me sacude con fuerza.

—¿Dónde entro yo en ese plan perfecto, Álex? ¿Me tendré que acostar con ellos, es eso lo que pone en esos documentos? —pregunto terriblemente asustada.

—Tarde o temprano, ¡te pondré una maldita cinta en la boca, tenlo claro! ¡Y disfrutaré muchísimo! —dice de la nada y me tapa la boca con la mano. Mira hacia abajo, que soy mucho más baja de estatura, y abre tanto los ojos, que parece un chiflado. Aproxima su cara demasiado a la mía, tanto que hasta puedo admirar las oscuras pupilas de sus ojos.

—Ághl… eghx…

Saco unos sonidos indescifrables, fruto de su opresión y levanto el dedo, indicándole que tengo algo que decir.

—¿Qué? —Aparta su mano de mi boca y me mira curioso.

—¿La cinta también es parte de tu arsenal de juguetes sexuales?

—¡Ahhhhhhhhh, joder! —Agarra mi mano como si estuviera hasta las narices de mí y empezamos otra vez con nuestra caminata sumamente extraña por el largo pasillo—. ¿Puedes callarte durante cinco minutos?

Paso de él olímpicamente.

—¿O la usas solo en emergencias?

—¡Camina! —Me empuja a la vez que pone los ojos en blanco.

—¡Contéstame! —Frunzo los labios, molesta—. ¿Yo también entro en ese plan?

Le miro con la respiración cortada y hablo con suma seriedad, dejando de lado la ironía. La incertidumbre de no saber cuál será exactamente mi papel en esta especie de hotel, me hostiga. Solo que, en ese justo momento, él abre una puerta y tira de mí hacia el interior de una habitación, con la velocidad de un rayo.

—¿Acaso me estás provocando? —pregunta al mismo tiempo que cierra la puerta de golpe y me aplasta contra ella—. ¿Quieres acabar con mi paciencia esta noche, o qué?

Se deja caer sobre mí completamente y quedo abstraída por aquella mirada centelleante y turbia

a la vez. Mirada que muestra cada vez que hay algo que interfiere en aquel mundo perfecto y utópico de profesionalismo y autoridad que él mismo ha creado.

Él odia no tenerlo todo controlado, y yo le odio a él.

CAPÍTULO 2



BIENVENIDA A ÁLYMPOS

La habitación está completamente sumida en la oscuridad y percibo sutilmente su silueta y las facciones de su rostro. El suelo de mármol perfectamente pulido refleja la luz de la luna, cerca de una majestuosa ventana, a mi izquierda. Permanezco callada ante su arrebatada pregunta porque sé que, en cierto modo, tiene razón.

Le estoy provocando. Consciente o inconscientemente.

—Sabes lo que pasa cuando me provocas, ¿verdad? —pregunta con voz sugerente.

Le aparto la cara.

Acto seguido, él lleva una mano a mi espalda descubierta, intentando llamarme la atención. Tras percibir mi clara evasión, desliza los dedos por debajo de la chaqueta de traje que me ha prestado esta noche y que todavía cuelga sobre mis hombros. Sus yemas empiezan a ejercer tensión sobre mi piel y con solo el simple tacto de su mano, mi corazón late más deprisa.

—Tú no entras en ese plan… —agrega con calma, al mismo tiempo que alcanza la llave de la luz.

Enseguida, la habitación queda invadida por la luz brillante de unos imponentes focos cuadrados, distribuidos por el amplio techo. Oigo el crujido de las llaves en la puerta y después veo que da un paso hacia atrás y me da la espalda, metiendo las llaves en el bolsillo.

—Has cerrado con llave —constato.

—Obvio.

—No confías en mí…

—No es eso. —Abre los brazos—. Te aconsejo que te tranquilices.

Aún estoy apoyada de espaldas en la dichosa puerta de doble hoja de la habitación en la que me ha obligado a entrar. No le creo. No me creo nada de lo que me dice.

—Sí es eso —rebato—. Pero haces bien en no confiar.

Él me conoce, me conoce aun mejor que yo a él. Sabe que no me quedaré de brazos cruzados. Aprieto los bordes de su chaqueta alrededor de mi cuerpo, un tanto desubicada. A continuación, avanzo detrás cuando este no me responde y empieza a caminar hacia el interior de la estancia.

Barro la habitación con mi mirada curiosa. Es un cuarto de dimensiones colosales y, en vez de una sola estancia, parece un piso. Las paredes son más blancas que la leche, una característica que esta estancia comparte con los pasillos y el despacho en el que he estado previamente. Al menos cuatro columnas de arquitectura corintia se alzan en medio de la habitación y unos jarrones bellamente adornados quedan estratégicamente colocados. El techo es exageradamente alto y unas pequeñas estatúas de lo más obscenas, muy parecidas a las del ático de *Back Bay*, imponen con su presencia.

En las paredes reposan distintos cuadros que parecen pintados a mano, y los cuales recrean escenas épicas de la mitología, aparte de muchas palabras ilegibles para mí. En la mayoría de ellos, puedo ver mujeres griegas desnudas, o vestidas parcialmente. Lo noto por el porte y los adornos, y me recuerdan a la película de *Troya*, en la que había un amor imposible, el de Helena y Paris.

«Como el mío…», pienso con tristeza.

Camino unos pasos en dirección al centro de la estancia, donde localizo una suntuosa cama, digna de un rey. Me acerco despacio, sin dejar de examinarlo todo, verdaderamente absorta por la opulencia y exquisitez de cada objeto. Camino maravillada y en silencio. Incluso me he olvidado de que él también está presente. Pero siento la sangre recorrerme velozmente cuando observo algo fuera de lugar en el cabecero de la cama. Mi piel se eriza. Hay distintos tipos de esposas y de diferentes colores, colgando de los barrotes metálicos. Al menos cinco.

—¡Joder! —exclamo, sin poder reprimirme—. ¿Qué es este sitio?

—Nuestra habitación —afirma despreocupado, mostrándose desfigurado y con la misma actitud de concentración en su maldito móvil.

Solamente veo que abre la ventana de un movimiento y después devuelve su vista a la pantalla.

—¿Y esto? —Le señalo las esposas, pero él sigue distraído, escribiendo un mensaje.

—Para tenerlas a mano. Es más cómodo.

¿Qué?

Parpadeo deprisa. Bufo y me llevo una mano a la frente mientras sigo recorriendo la gran habitación con mi mirada de perplejidad. Enseguida presto atención a un gran cuadro que se encuentra en la pared del cabecero de la cama. Este refleja a un guerrero con una armadura pesada de color dorado y un gran casco. El casco parece el de un gladiador y le da un aire temible y desafiante al guerrero. De hecho…

Aprieto los párpados y doy un paso más para poder analizarlo mejor. El casco me recuerda al tatuaje que lleva Álex en la parte inferior de su abdomen. Es casi idéntico. El guerrero de cabellos oscuros mira hacia un punto fijo con soberbia y su ceño queda sutilmente fruncido. Carga un escudo en su mano izquierda y una pesada lanza en su mano derecha, todos los artefactos reflejando el color oro. Intento leer las letras griegas esbozadas en una esquina: *ARIS, THEOS TOU OLYMPOU*.

—Ares, Dios del Olimpo —dice detrás de mí.

Giro la cabeza cuando él me coge desprevenida. Veo que mete las manos en los bolsillos y me mira atentamente.

—Me lo imaginaba —contesto.

—La ducha está ahí. —Veo de reojo que señala una puerta a la izquierda—. Ponte cómoda.

Sus ojos resbalan en mi cuerpo y analiza el fino vestido que llevo esta noche, el cual combina el color negro y rojo en una armonía pasional y elegante.

—El mismo dibujo… —murmuro, sin poder dejar de mirar la conseguida obra de arte expuesta delante de mí.

—¿Cómo?

Por su parte, da dos pasos en mi dirección y también centra su atención en la pintura.

—El anillo que llevabas.

Sigo boquiabierta y vuelvo atrás en el tiempo.

—¿Qué anillo?

—El que llevabas aquella noche, en la cena con tus socios de *AmExpress Co* —aclaro con

rapidez y le señalo la mano.

—¿Lo viste?

Mira el techo con molestia y suelta un suave jadeo, a la vez que aprieta el móvil en su mano, tras bajar de nuevo su mirada a la pantalla.

—Sí —respondo—. Dibujaba un escudo y una lanza. Lo mismo que…

Alzo mi brazo y apunto hacia el cuadro con mi mano temblorosa, todavía conmocionada. Aunque no sea una persona muy observadora, aún hay algo más que recuerdo y que me llama la atención.

—Y tu tatuaje… —Bajo mi vista a su bragueta inconscientemente, al darme cuenta de todo.

Él se cruza de brazos y me mira atento, sin saber a dónde quiero llegar.

—¡Oh Dios! —Me llevo las manos a la boca—. La verdad estaba delante de mí y no la quería ver —hablo con voz atropellada, como si estuviera en un trance, recordando la escueta información de cuándo estudiaba Latin y Griego en el instituto —. En la mitología, el casco es el símbolo de… Ares, el dios de la guerra. Igual que el escudo y la lanza, supongo… —balbuceo—. Álex, tú estás copiando…

Siento una garra apretado mi garganta.

—Aylin… no estoy copiando nada. —Avanza hacia mí con pasos lentos—. Yo soy Ares.

¡Santa mierda! Entreabro los labios, cohibida y aturdida por todo esto. Él se lo cree de verdad. Realmente cree que es un dios del Olimpo y que es Ares.

—¿Pero en qué mundo vives?

Arrugo el entrecejo. A mí no me volverá chalada, lo tengo más claro que el agua.

—En uno parecido al tuyo. —Vuelve a meter las manos en los bolsillos—. Aunque más emocionante —añade.

—¿Acaso estás loco?

Me doy la vuelta, intentando huir de la verdad. Y esa verdad es que, en estos instantes, un desequilibrado mental que se cree parte de la mitología, me tiene secuestrada y quiere sacarme del país mañana mismo.

—Quiero salir de aquí… —susurro nerviosa y le doy la espalda con la vista nublada, sin dejar de frotar mis manos en mi regazo para intentar calmarme.

Pero en realidad hubiese sido mejor que no me hubiera dado la vuelta. A mano derecha identifico de repente una estancia que.... ¡Virgen Santa! La imagen que hay delante de mis narices me remata completamente. Lo que estoy viendo es simple, jodida y puñeteramente... descerebrado, pervertido y... sádico. El corazón me empieza a bailar desbocado en el pecho.

—¡Ohhh! —exclamo.

En medio de un apartado que localizo a unos tres metros de distancia, hay una estructura de madera de la que cuelgan distintas cuerdas y artefactos de metal, plástico y látex. Miro pasmada el muelle que sujeta aquellas correas resistentes de cuero, y juro que es algo parecido a un sitio donde se suspende a una persona en el aire. Al lado quedan amontonados distintos tipos de látigos y fustas, en un recipiente plateado. ¡Pero no solamente ahí! Hay fustas de distintos tamaños también en el mueble que hay junto a la pared, al igual que unos cuantos sillones de cuero negro y unas finas cadenas.

Volteo la cabeza y le miro horrorizada. Solo muevo la barbilla y la mano, intento articular algo, pero él se me adelanta.

—Sí, es lo que piensas. —Me mira con atención—. Por cierto, me tengo que ir dentro de nada. ¿Tienes hambre?

—¿Hambre?

¡Qué puñetas! ¿Quién narices tendría hambre con semejante imagen delante?

No soy capaz de continuar hablando, puesto que la consternación y el malestar me funden. Sin embargo, no puedo derrumbarme y debo averiguar en qué sitio pasaré la noche.

Sigo examinando el habitáculo, en guardia.

Al girar la cabeza suavemente, observo un mueble sofisticado sobre el cual se encuentran distintos instrumentos, como por ejemplo pinzas, todo tipo de artefactos que desconozco y confieso que algunos son espeluznantes. Es más, noto perpleja que lo único que reconozco de todo aquello son la multitud de consoladores y estimuladores de distintos tamaños y fabricados de distintos materiales. Pero en realidad, lo que más predomina en esta habitación, son las cuerdas de distinto grosor. Hay cuerdas por todas partes.

—Las cuerdas… —Muevo un dedo en el aire tras carraspear, aún con la boca abierta—. No pensaba que…

«Mi mente se negaba a pensarlo. O mi corazón…», hablo en silencio.

—¿Que hablaba en serio?

—Que guardaras aquí tal cantidad de…

¡Carajo! No soy capaz de quitar la vista de la multitud de cuerdas de todos los grosores posibles. Y me estoy dando cuenta de que, efectivamente, él no bromeaba cuando me decía que disfrutando atando a la mujer con la que tuviera contacto. Todo eso hace que un gélido escalofrío me recorra, de manera que aprieto más la chaqueta en mi cuerpo.

He de reconocer que esto me recuerda a un laboratorio, pero en lugar de uno de química, uno de perversión. Todo está muy bien ordenado y hay mucha variedad de objetos. Súbitamente, me llama la atención un dispositivo un tanto extraño, el cual está colocado en una mesita que hay al lado. Lo señalo con la cabeza.

—Electroshock.

Se me adelanta y, entonces, giro la cabeza bruscamente. Yo estoy temblando, en cambio, él esboza una sutil sonrisa y deposita sus manos en las caderas, como si se encontrara más relajado.

—¿Qué quieres decir? —cuestiono.

—Que es una máquina de electroshock que uso para la estimulación eléctrica en aquellas partes más sensible en una mujer, como por ejemplo los pezones y…

—¡No sigas!

Electroshock es lo que acabo de recibir yo ahora mismo, ¡joder! Siento mi pulso aumentar de ritmo cuando me revela las prácticas que está llevando a cabo en este sitio y… simplemente me descontrolo.

—¡Maldita sea, Álex! ¿Cómo se te ocurre?

—Es seguro. —Su mirada se agudiza y me habla con seriedad, como si se sintiera atacado por mi afirmación—. Solo sientes un cosquilleo. —Se relame los labios—. Te estimula tres veces

más de lo que yo podría estimularte con los dedos o con la boca.

—¿Qué?

Me siento como si estuviera en un loquero. Me derrumbo cuando la ansiedad me arrodilla y es inevitable no pensar que me siento atrapada en una guarida. El hombre que tengo delante de mí es un depredador, el cual lleva a cabo sus juegos pervertidos aquí, y yo… su presa. El ratón de laboratorio.

Me aparto un mechón de la cara en cólera, sin poder dejar de darle vueltas. No tengo ni la más remota idea de lo que querrá hacerme. Él y los demás. ¿Y si querrá terminar con lo que empezó hace unos días en su ático de *Back Bay*? Al fin y al cabo, él mismo me confesó que disfrutaría verme con otro. Me entran ganas de llorar de nuevo y llevo la mano a mi pecho, al notar mi corazón latir enloquecido.

—¿Estás bien? —Me sobresalto cuando se me acerca sigilosamente.

El nudo que siento en mi pecho me aprieta, haciéndome incapaz de poder articular sonido alguno. Me está entrando un ataque de ansiedad severo y lo único que se me ocurre es coger unas tijeras que hay encima de un mueble y llevarlas a mi cuello con desesperación. En mi mente, ya me estoy imaginando en este tenebroso cuarto. Estoy atada con aquellas cuerdas y varios hombres se están aprovechando de mí, mientras que él mira desde un rincón. ¡Demonios, Aylin! Eso podría pasarte, al fin y al cabo, es una casa de orgías.

—¡No te acerques! —bramo fuera de mí.

«¡Eso no pasará, prefiero morir!», me alarmo.

—Aylin… —Agranda los ojos, atónito—. ¿Qué estás haciendo?

—¡No me voy a quedar aquí ni un minuto más! —hablo con voz gutural mientras siento el metal punzante de las tijeras en mi cuello—. Quiero que me lleves a la residencia ahora mismo, ¿ha quedado claro?

—No puedes ir a la residencia, ya te lo he dicho —se niega rotundamente.

—¡Entonces prefiero morir!

Observo que aprieta aquellos gruesos labios y no titubea al acercarse a mí y quitarme las tijeras de las manos de un severo movimiento. Mi improvisado acto suicida ha durado exactamente un minuto.

—Aylin, ¡déjate de tonterías, te lo ordeno! —avisa enojado y tira las tijeras al lado, en la mesa —. Me tengo que reunir ya con mis hombres, y ¡tú vas a estar quieta! ¡Te vas a duchar, te vas a poner la ropa que te voy a dar y te vas a acostar! —gruñe en mi cara.

Me agarra el brazo de repente y me sacude, posiblemente para que despierte del ataque de pánico que me está poseyendo en este momento, como el más maligno espíritu, aunque no mucho más que él mismo. Su rostro se ve fantasmagórico. Analizo sus mejillas enrojecidas y su manera de llevarse la mano a su mandíbula cuando está enfadado, me asusta.

—¡No voy a dormir en este sitio!

Miro el laboratorio de perversión de reojo.

—Lo siento, pero no tengo nada mejor que ofrecerle, ¡señorita Vega! —Abre los brazos con sarcasmo y altanería.

Vuelvo a mirar temerosa hacia la habitación sado y me estremezco cuando fijo con la vista las

tijeras que yacen sobre la mesa.

—¡Ohhh! —suspiro, inmersa en un bucle—. ¿Por qué vas a tener unas malditas tijeras ahí? Y todas esas cosas...

—¿Para cortar la cuerda? —Alza una ceja.

No le contesto, únicamente le miro incrédula mientras pienso que necesito hacer una llamada para asegurarme de que Bert está bien. Lo cierto es que con todo lo ocurrido, no he tenido tiempo. A continuación, me encamino hacia mi bolso con pasos veloces, pero él se mueve detrás de mí y enseguida me lo quita de la mano, determinante.

Me quedo atónita.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Dame el bolso! —le digo y abro la mano.

—¿Por qué?

—¡No es tu problema! ¡Necesito mi móvil! —Me encaro y me inclino hacia adelante, intentando alcanzarlo.

Pero él lo aparta más.

—¡No te voy a dar ningún bolso! ¡Demonios, Aylin! —Pone los ojos en blanco y aprieta mi bolso en sus manos, decidido a privarme de hacer esa llamada—. ¡Tu móvil acabará en la basura si insistes!

Pestañeo y abro los ojos de par en par, sin poder creérmelo. La ira me invade en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo? —pregunto colérica—. ¡No tienes ningún derecho!

—No voy a poner tu vida en peligro, ¿vale?

—¡Solo quiero llamar a mi amiga, joder! —chillo con las pestañas cargadas de lágrimas, lágrimas que están a punto de salir.

—Sabes que no te lo permitiré. Tu amiga podría decírselo a...

—¡Mi amiga podría estar muerta ahora mismo! —tenso mis cuerdas vocales, dispuesta a luchar con él hasta el final.

Ya no le temo al león. Ese cachorro acobardado ya no existe. Ya no hay rugido que me asuste.

—¡He dicho que no! —brama en mi cara, fuera de sí.

Pero no. No lo dejo hablar y solamente aparto mi brazo cuando este intenta tranquilizarme.

—Profesor... —Me transformo por el odio y saco mi lado sarcástico—, claro que te conozco, ¿te recuerdo que he visto tu verdadera cara? Ya sé que eres un mentiroso y un asesino. —Le enfrento con mi gélida mirada.

—¡No digas cosas de las que te puedas arrepentir!

Es una clara amenaza. Pero… ¿de qué? ¿De qué puede que yo sea la siguiente en torturar, matar y después tirar por ahí? ¿La siguiente que compartirá con los demás *dioses*? ¿O la siguiente a la que le volará la cabeza?

—¡No te atrevas a amenazarme! —No desisto, a pesar de todo—. ¡Quiero mi móvil ya!

—¡No te daré el maldito móvil! Aylin, me conoces ya lo suficiente. No insistas, por favor.

Aprieta mis muñecas y empieza a tirar de mí hacia la cama, mientras me mira endiablado, consiguiendo finalmente lo que tanto temía. Que me muestre la misma actitud violenta que conocí en Miami cuando le mentí que sabía nadar.

—Tienes razón… —continúo decepcionada— ¡fíjate si te estoy conociendo tanto, que no me sorprendería que en realidad el suicidio de Beth fuera una mentira, y que tú hayas tenido que ver con eso!

Intento apartarme en el momento en el que observo aquella pronunciada vena palpitando en su sien, y cómo eleva el mentón mientras junta los labios.

Me quedo verdaderamente bloqueada tras mis acusaciones. Respiro hondo porque me acabo de dar cuenta de lo que he hecho. Le acabo de acusar de algo grave. Algo verdaderamente horrible. Un asesinato.

—¡Bastaaaa! —berrea furioso y junta su rostro con el mío.

Percibo sus repentinos dedos anclados en mi nuca, y la manera huracanada con la que me acerca a él. Y sí. Juraría que, mi profesor de Finanzas por las mañanas, y un supuesto dios por las noches, es el mismísimo diablo ahora mismo.

Noto el pánico, la impotencia, la ira. Pero también noto un dolor latente, el cual lo consume lentamente.

Se me corta el aliento.

—Creo que todavía no te has enterado de cómo están las cosas por aquí. ¡Estás bajo mis órdenes! —vocifera—. Y tú Aylin… ¡tú no vas a sacar ni media palabra!

—Te equivoca…

No me deja hablar, en cambio muestra una de aquellas sombras turbias y posesivas que sé que posee.

—¡Eres mía y haré contigo lo que me apetezca, entendido! —prosigue—. ¡Y te prohíbo rotundamente volver a mencionar su nombre!

Acto seguido, me empuja sobre la cama. Me sacudo desenfrenada cuando mi espalda roza las sábanas y consigo elever mi torso y apoyarme en los antebrazos. Le miro con perplejidad y odio. Al final he conseguido sacar su peor parte. O eso, o él es así y no hay nada bueno en él.

«Beth… », susurro en silencio.

—¡Toma! ¡Vístete y acuéstate! —ordena.

Le persigo, inmersa en la incertidumbre cuando él abre un armario y agarra un camisón blanco de una tela fina de seda y me lo tira en la cara. Está sencillamente desatado, como jamás se ha mostrado delante de mí.

—No es necesario —contesto con soberbia y lanzo el dichoso camisón a unos cuantos metros, mientras aprieto la boca.

Pero él se da la vuelta con la misma mirada endemoniada y analiza mi vestido de fiesta. Intento arrastrarme sobre la cama para ponerme de nuevo de pie y siento la gruesa tela de mi vestido limitando mis movimientos.

—Oh sí, ¡es necesario! —Su chillido y voz gutural hacen que cierre los ojos por un momento.

Siento cómo me agarra con una mano y me pone de pie en menos de lo que canta un gallo. Su fuerza es arrolladora y lo único que puedo hacer es tragar en seco y tensar los labios, impidiendo

que las palabras salgan, palabras que sé que empeorarían mis circunstancias.

—¿Qué haces? —le pregunto con un hilo de voz.

Empieza a tirar de mi vestido y me lo baja sobre los hombros con un brusco movimiento. Después, me empieza a desabrochar la cremallera, pero esta se ha quedado bloqueada y no baja del todo.

—¡¿Qué crees que haces?! —le grito fuera de mí, al mismo tiempo que forcejeo con él.

—Está claro, ¿no? —pregunta entre dientes.

Rompe mi vestido de un golpe, dejando mis pechos al descubierto. La tela está tan desgarrada, que hasta parece que ha caído en manos de un animal.

—¡No! ¡No te atrevas!

Tengo el corazón en un puño y me oculto los pechos con los brazos cuando él se queda plantado delante de mí, hundiendo sus gruesos dedos en la tela desgarrada con un evidente gesto de furia. Su mirada baja a mi ropa interior y a mis muslos descubierto, y por un instante veo el destello del deseo en sus ojos.

Ahora mismo me encuentro delante de él solo en ropa interior y temo que intente algo conmigo. Básicamente tiene bufé libre, soy su prisionera y podrá hacer conmigo lo que le apetezca, como bien acaba de decir.

Pero no.

Lanza mi vestido en la cama y enseguida agarra el camisón que yace en el suelo y me lo desliza por encima de la cabeza, obligándome a levantar las manos. Finalmente se sale con la suya y consigue colocarme el diminuto e insinuante camisón, a pesar de que me estoy revolviendo en sus brazos.

—¡No me toques!

—¡Entonces no te portes como una fiera!

—¡Somos animales! —Mi voz suena sardónica—. ¿Te lo tengo que recordar?

Su mirada de hielo me traspasa y cala hasta lo más profundo de mí cuando tira de la tela hacia abajo con una frialdad fuera de lo común y me obliga a sentarme en la cama.

—Mañana salimos a las 09:30 —Levanta el dedo amenazante y se inclina sobre mí.

No me da tiempo a responderle porque se agacha velozmente y recoge del suelo mi vestido de fiesta. Después, me quita los zapatos ante mi mirada embobada y los tira al suelo, al igual que acomoda el vestido sobre una silla. Todo en silencio, moviéndose con calma. Por último, coge mi bolso y se dirige a la puerta con demasiada seguridad, dispuesto a dejarme aquí sola.

Veo con impotencia que está a un paso de salir por aquella puerta y así llevándose mi única vía de comunicación con el exterior, que es mi móvil. De hecho, jamás he amado y valorado tanto mi teléfono, como en este preciso instante.

—¿Crees que te has salido con la tuya? —le grito detrás y aprieto el puño en cólera—. ¡Me mataré antes de que llegue la mañana!

Continúo hablando con asco y mis rasgos se tuercen a la vez que me apoyo sobre el colchón y golpeo las sábanas con mi puño.

—Seguro que encontraré algo que me sirva en esta puta habitación. Y si no, ¡me tiraré por la ventana!

Por su parte, se gira completamente y su consternación es palpable. Veo sus polvorientos zapatos a raíz de la arena del jardín y cómo empieza a caminar en mi dirección con pasos agigantados.

—Tienes ganas de matarte entonces... —Mueve la cabeza, desquiciado, sus ojos pareciendo salidos de las órbitas—. ¡Pues yo tengo ganas de atarte! ¡Dormirás toda la noche atada a esa maldita cama!

«¡Mierda! ¿Por qué no me habré callado?».

Empiezo a retroceder sobre la cama cuando me doy cuenta de lo que ocurrirá a continuación. ¡Por Dios! En un visto y no visto, él coloca las rodillas en el colchón y se acerca a mí con la misma velocidad con la que le voló los sesos a aquel mafioso.

—¿Qué coño vas a hacer, Álex? —pregunto deprisa mientras me arrastro sobre la inmensa cama, intentando huirle.

—Atarte.

Su cuerpo aplasta el mío cuando siento las frías sábanas en mi espalda, consiguiendo inmovilizarme completamente. Aprisiona mis brazos y extiende mis manos hacia atrás, a pesar de que intento impedírselo con todas mis fuerzas.

—¡No te atrevas!

Veo su diabólico rostro sobre mí y, al instante me estremezco cuando este cambia la dirección de su mirada hacia el cabecero de la cama.

—Las esposas no… —sollozo y me estoy aguantando el llanto mientras él aprieta más mis muñecas con su indomable mano.

Soy consciente de que no puedo luchar más. No puedo más…

—¡No me hagas esto, jodeeer! —ruge en mi cara y hasta noto la manera en la que aprieta sus dientes.

—Álex… No lo hagas, por favor…

Me mira emocionado, pese a que lo intenta ocultar muy bien. Unas corrientes me fulminan por dentro en el momento en el que siento sus caderas rozándome. Mi vello se eriza con su acercamiento y junto los labios, aturdida. Jamás se lo perdonaré si se le ocurriera hacerme vivir de nuevo aquel episodio tan tenebroso de mi adolescencia.

Y él lo sabe. Lo noto en su mirada.

—Lo estás empeorando, yo…

¡Santo Cielo!

No puedo continuar. Mis pulmones no dan abasto cuando mi mirada recae sobre sus labios perfectamente perfilados y su atractivo mentón. Es imposible no recordar todo lo sucedido entre nosotros y por eso me maldigo en mi interior. El dulce sabor de su boca, su imponente cuerpo sobre mí, sus apasionantes caricias, aquellos inquietos dedos, su aroma y sus varoniles jadeos de capitulación. Y, aunque no lo quiera recordar, mi cuerpo lo hace.

Jamás pensé que podría encontrarme en una guerra interna. Por un lado, mi cuerpo cayendo rendido a sus pies, y por el otro lado, mi cordura, la cual me indica que no podrá esclavizarme, por más que use unas malditas esposas.

—¿Empeorando? —pregunta escéptico mientras extiende su brazo hacia la mesita de noche—.

¿Podría haber algo peor que esto?

Consigo girar la cabeza y noto que saca una cuerda de uno de los cajones. Aprieta la dichosa cuerda de color oscuro en su mano y eso hace que desee desaparecer de este maldito mundo.

«Tiene cuerdas hasta en los cajones», parpadeo agitada.

¡Oh, Dios! No quiero saber qué más hay allí.

—¡Ehhh, dime! —espeta furioso—. ¿Podría haber algo peor que esto?

—Odiarte —musito con voz entrecortada.

Pero él ni se inmuta. Me muestra la misma mirada impasible y neutra y extiende mis brazos por encima de mi cabeza, hasta que alcanza las rejas del cabecero de la cama.

—No, Aylin. Eso no sería lo peor —susurra—. Sería lo mejor.

Cierro los ojos, sin saber cómo interpretar sus palabras. ¿Acaso él desea que lo odie? Lo miro embobada y dejo de oponerme, ya que todo sería en vano. Él no cederá.

—No te lo voy a perdonar —digo entre dientes.

Tuerce la boca, dibujando un gesto de indignación y tortura en su rostro. Envuelve la cuerda alrededor de mis muñecas y noto la dura rozadura cuando da unos tirones y engancha la soga en las rejas, a la vez que la aprieta y hace unos nudos.

Vuelvo a cerrar los ojos, mareada y decepcionada, aún pensando en que, cuando los vuelva a abrir, esta pesadilla habrá finalizado.

—A pesar de todo, eres preciosa así, atada —murmura en mi oído cuando le aparto la mirada.

Suaviza el timbre de su voz. Acerca su boca a mí y después roza mi mejilla con un beso. Agito la cabeza, intentando deshacerme de sus ambiciosos labios, los cuales quedan anclados en mi pómulo con una pasión desmesurada.

—Mi pequeña…

—No me vuelvas a llamar así nunca más —sollozo, sin poder mirarle a los ojos.

Me duele. Me duele tanto.

—¡Ahhh! —oigo su jadeo.

Noto cómo su mano baja sobre mis caderas y sus dedos rozan mi ropa interior con mucha delicadeza. Acaricia mi ingle, paseando su dedo sobre la línea de mis bragas. Aprieto los muslos cuando su invasora mano avanza con rapidez y se cuela por debajo de la tela. Acaricia mi sexo con delicadeza mientras sus juguetones dedos se empapan de aquel néctar que rezo que no se convierta en mi enemigo. Roza mi mejilla con la punta de su nariz y respira con dificultad.

¡Dame fuerzas, Dios! Dame fuerzas para no sentir cosas que mi mente me prohíbe sentir. No hagas que mi corazón y mis sentidos le ganen a mi razón. No me traiciones ahora, cuando más te necesito.

Pero sus palabras me despiertan y me dejan sencillamente congelada.

—No se te ocurra volver a llevar bragas mientras estés en mi cama… ¿entendido? —habla contundente y pausado.

En el segundo siguiente, agarra mis bragas y tira de ellas poderosamente, deslizándolas por mis piernas inquietas. Le miro dolida y contrariada, sin tener ya ni la mínima duda de que estoy lidiando con un demente. Acto seguido, lleva mi ropa interior a su nariz e inspira profundamente.

Sacudo mis manos por inercia, pero las rasposas cuerdas me impiden bajar los brazos y me hierve la sangre por la furia que me domina desde que él me ha atraído hacia aquel rincón del jardín esta noche.

—¡Esta es la única noche que pasaré en tu maldita cama!

—Ya sabes lo que te haría si no tuviera que irme—me lo recuerda—. Pero habrá tiempo para todo.

Tiemblo. Tiemblo, pero también pienso que debo escapar de este sitio sea como sea. Debo llegar a la policía esta misma noche.

—¡Estás loco si piensas que me volveré a acostar contigo!

«Al menos no con mi consentimiento», convulsiono por dentro.

—Sabes bien que lo harás... al igual que me obedecerás —recalca esto último.

Se levanta de la cama con prisas. Mete mi ropa interior en su bolsillo —escena familiar—, y se dirige a la puerta.

—No tardaré, ¿vale? —comenta y agarra el pomo.

—¡Eres un jodido demonio! —Levanto mi cabeza, aún frenada por la soga y grito con todas mis fuerzas.

Todavía no me cabe en la cabeza que hará que duerma atada a la cama. Clavo mi vista en su nuca conforme se aleja y observo que permanece un momento de espalda, procesando lo que le acabo de decir.

—Te equivocas. —Se gira—. Soy un dios, Aylin.

Abre la puerta con enojo y entonces escucho su arrebatada e irónica voz.

—¡Bienvenida a *Álympos*!

Mi gutural jadeo se oye de fondo cuando el diablo disfrazado de traje da un portazo y después cierra con llave, dejándome devastada.

Suspiro y muevo las piernas con impotencia, presa de un búmeran de pensamientos y sentimientos encontrados. No sé qué haré, no sé cómo me libraré de él, no sé cómo me lo arrancaré de mi maldito pecho.

Lo único que tengo claro ahora mismo es que tengo que salir de este sitio.

Esta misma noche.

CAPÍTULO 3



NOCHE DE AVENTURAS

—ARES—

Cierro la puerta de la habitación con llave y me detengo por un instante. Apoyo mi mano en la pared. No me puedo creer que la he tenido que atar. La mujer que me quita el sueño y que adoro está atada a mi cama ahora mismo. Lo cierto es que no me desagradaría, si las circunstancias fuesen otras.

No puede ser. No concibo que mi alma, que hasta ahora era impenetrable y endurecida, esté atormentada por el peso de la culpa. Agacho la cabeza e intento recobrar aquella lucidez que he perdido por el camino. Estoy temblando y es cómo si algo me asfixiara por dentro. Pero no es difícil identificar aquel oscuro sentimiento que me invade. Es esa sensación tan horrenda que no volví a sentir desde que mi padre murió delante de mis malditas narices y desde que….

Aflojo el nudo de mi corbata con la esperanza de que el aire me llene de oxígeno y mi sentido vuelva.

Desde que me enteré que Beth abortó a mi hijo. Un embarazo de casi cuatro meses. No, no quería ser padre, me negaba a pensar que sería un buen padre. No sabría cómo hacerlo, no me lo han enseñado y tampoco sirvo para eso. Sin embargo, en el fondo sí, me podía imaginar a mí mismo con un bebé en brazos.

¿Pero qué futuro le iba a ofrecer?

Y ella… Aylin.

¡Diablos!

¿Qué futuro le espera junto a mí? Un fugaz destello de conciencia me invade. Los ojos son el espejo del alma y los suyos son los más transparentes que he visto en toda mi vida. Sus ojos me lo confirman. Sé que le doy miedo y también sé que la he decepcionado mucho. Reconozco que me muero de ganas de abrazarla y de decirle que lo siento, que lo siento muchísimo y que todo estará bien. Estoy solo en mi dolor y eso me consume por dentro. Me encuentro completamente solo una vez más.

Una batalla atroz se libra en mi interior: por un lado, está el remordimiento y aquellas insoportables ganas de abrazarla, pero por el otro lado está aquel lado cruel que se vuelve imparable cuando ella me desobedece.

Sus palabras cobran un doloroso eco en mi mente.

«—*¿Empeorando? ¿Podría haber algo peor que esto?*

—*Odiarte*» —me acaba de decir.

Sin duda, es mejor que ella me odie, a que me ame. Será más fácil para ella de ese modo y no seguiré hiriéndola. Es más fácil olvidar a alguien que odias, que a alguien que amas.

Con esa mujer de ojos celestes me pasa algo demasiado extraño, ¡demonios!

Aprieto el puño con fuerza y me dispongo a bajar las escaleras. La desesperación está tejiendo una incoherente red en mi mente. Toda esta mierda de situación me está confundiendo hasta el punto de pensar cosas que no son. Los *dioses olímpicos* tenemos las ideas claras, me han criado e instruido para que así sea.

Y hasta hace poco lo llevaba bien. Woods y aquella mujer que me dio la vida y a la cual ni siquiera puedo nombrar, se encargaron de ponerme en modo automático a base de golpes y de disciplina. Una disciplina que en ese momento no tenía sentido en mi cabeza, pero ya sí.

Es mi destino.

«¿Cómo ha podido pasar esto?», pienso mientras llego a la planta baja y me dirijo a la entrada, deseando hacerme con el control. He estado demasiado tiempo fuera, entretenido con cierta señorita de mirada cautivadora y labios pecaminosos.

Pero se acabó.

Me encuentro a Max reunido con nuestros hombres una vez que empujo la puerta. Hay mínimo doce agentes de seguridad en el pasillo de la entrada de la zona del servicio.

—¿Cuantos? —pregunto rápido y sigo tirando del nudo de la corbata. Los trajes son mi debilidad, pero las corbatas son un jodido estorbo.

—Cuatro bajas, mi dios.

—¿Cuatro? —Les miro desconcertado—. ¿Cómo es posible?

Mantienen su cabeza inclinada, incluido Steve, el jefe de seguridad del Templo y aquel en el que he depositado toda mi confianza.

—Aquellos perros fueron silenciosos —explica—. Se los quitaron del medio y así fue cómo consiguieron invadir el perímetro del jardín.

—¿Y ellos? —Miro a Max, incrédulo—. ¿Cuántas jodidas bajas tienen ellos?

—No sabríamos decirlo… —tartamudea este último.

—Dame una maldita razón para no pensar que ahora mismo tengo delante de mí a una manada de ineptos.

Me altero tras semejante informe y les miro atento, mientras levanto el índice.

—Ares… —responde Max deprisa—. Conseguimos atrapar a dos de sus hombres.

—¿Solo dos?

—Sí… —alega Steve—. ¿Quieres que los callemos?

Miro el suelo, intentando contener la furia. Ellos me conocen, saben de lo que puedo llegar a ser capaz.

—¡Más que callarlos, necesito que hablen! —bramo desquiciado y me doy vueltas en círculo.

—Llevan semanas rastreándote. —Max interrumpe—. Pensábamos que el ataque contra Apolo y Hermes había sido un error.

Me fío de él. Max es el mejor rastreador que hemos tenido jamás y mi mano derecha. Aun así, no me cabe en la cabeza que los hombres de Gambino hayan podido vigilarme sin darnos cuenta.

¡Maldita sea! Los rumores eran ciertos. Ellos tienen más información de la que pensábamos y nos están declarando la guerra.

—¿Y cómo demonios no notasteis nada? —les grito a todos y les señalo con la mano, poseído por una repentina y creciente tensión—. ¡Es vuestro trabajo!

Pero ni siquiera son capaces de contestarme. Me temen y me respetan. Saben que esta vez se les ha ido de las manos y también saben que no asuma derrotas. No he nacido para perder, es más, no sé perder.

—No volverá a ocurrir.

Es la voz de Steve. Miro al moreno, casi tan alto como yo y lo alcanzo con unos pasos rápidos. A continuación, lo cojo del cuello y aprieto mis dedos en su pronunciada nuez, asfixiándolo literalmente.

—¡Por supuesto que no volverá a ocurrir! —subrayo y miro su enrojecido rostro—. Y como a alguien le pase algo, ¡lo pagaréis muy caro!

Lo sucedido un mes atrás y el ataque que experimentamos hace que me plantee muchas cosas y piense en el futuro de *Álympos.*

—Por favor… —balbucea algo con los ojos salidos de las órbitas.

Le suelto el cuello cuando este empieza a toser. Les analizo a todos a la vez que arreglo mi ensangrentada camisa de color blanco. El blanco… el color que nuestro amado Zeus, el Dios del cielo y del trueno designó como sagrado y símbolo de la protección.

Sonrío con amargura, pero aliviado de que esté recobrando la cordura. Todo tipo de imágenes que no puedo olvidar deambulan delante de mis ojos. En el fondo, son imágenes que me recuerdan quién soy y cuál es mi misión en la vida.

—¡Escuchad todos! —rujo amenazante—. ¡Prometimos llevar nuestro nombre con orgullo!

—Así es, mi dios —repite Steve.

—Prometimos reinar en la tierra, igual que nuestros venerados dioses lo hicieron en el cielo.

Silencio de por medio, solamente mis latidos acelerados y el plan que empiezo a tejer en mi mente.

—¡Prometimos luchar a capa y espada, igual que Ares en Troya! —grito con fuerza.

—¡Lucharemos, mi dios! —Se oye el murmullo de voces de fondo.

—Prometimos no dejarnos aplastar por nadie.

—Así es, ¡señor! —otra vez los gritos.

La tensión sube entre mis agentes y el eco de sus fuertes voces suenan en el impetuoso pasillo de la planta baja.

—Se han atrevido a denigrar nuestro nombre, manchar nuestra estirpe con acusaciones falsas —continúo sin frenos—. Jamás se han atrevido a desafiar a los hijos del *Álympos* —sigo tronando a cuatro vientos— ¡y ese maldito italiano no va a ser el primero!

—¡No, no lo será!

Las ovaciones me alcanzan y sé que debo seguir con la misma mano de hierro para que el orden no caiga. Los hedonistas priman, mi familia es lo más importante y jamás debí olvidarlo.

—Y ahora llama a Poseidón. —Ejecuto un gesto con la mano en dirección a uno de mis agentes.

—¿Cuál es la orden, mi dios? —pregunta Steve.

—Esperad el aviso —dictamino.

Pensar que Gambino me tiene cogido por los huevos y que sabe quién soy hace que se me altere la sangre.

—¡Prestad atención! —Vuelvo a alzar mi voz—. Quiero refuerzos, quiero que el Templo esté bien protegido. Vosotros dos viajaréis conmigo a Canadá mañana. —Señalo a dos de mis agentes

—. Max, te encargarás de tener a Gambino y a todo su jodido clan vigilados, ¡quiero saber todos y cada uno de los pasos que dará! Mientras... —Me detengo por un momento—espera noticias mías.

Veo a Poseidón aparecer por el marco de las puertas que dan al Gran Salón. Viste el ropaje blanco de ritual y una máscara dorada cubre su cara. Se deshace de ella cuando nota mi rosto descompuesto.

—¡Ares! —exclama confuso—. ¿Qué haces aquí?

—Os podéis retirar. —Indico con un movimiento de cabeza.

—Se supone que estabas en la fiesta de ascenso de…

—¡Vente!

Golpeo su desnudo brazo, haciéndole una seña y nos apresuramos en subir las escaleras. Nos dirigimos a la primera planta, donde se encuentra el despacho.

—¿Qué está pasando?

Cierro la puerta con rapidez y me encamino al mueble-bar que hay junto a la ventana de la oficina, lanzando una mirada fugaz al imponente cuadro de los dioses del Monte Olimpo. Prometo en mi mente que no dejaré que nuestra familia peligre. Necesito echarme un trago con urgencia para calmar mis nervios, ya que no aguanto más la presión.

—¿Va todo bien abajo? —quiero saber.

—Sí, como siempre —contesta mi amigo y se cruza de brazos—. El Gobernador está encantado con la mercancía, ahora se está divirtiendo con las *heteras*. Le he ofrecido a las mejores, esas chicas lo van a complacer tanto, que tendrá ganas de volver. Viene acompañado de dos amigos —añade.

—Bien.

Vuelvo a mirar fijamente el cuadro y le doy la espalda.

—¡Maldición! —dice y avanza dos pasos—. ¡Joder, tío! ¿Qué está pasando?

—Liam… —Me derrumbo en la silla de cuero del escritorio y dejo que el alcohol queme mi garganta—, en la fiesta de Sander, el primo de Gambino me ha amenazado.

—¿Ese gilipollas, el de la cicatriz?

Asiento.

—¡Mierda! —exclama este—. ¿Qué más sabe, sabe de nosotros también?

—Ojalá estuviera vivo para determinar eso.

—¿Por qué?

Se acerca y coloca las manos en el escritorio.

—Porque le he tenido que pegar un tiro. —Carraspeo y vigilo el móvil.

—¡Por Zeus! —Rueda los ojos—. ¿Y ahora qué?

—Hasta donde llego, no sabe de los demás, solamente conoce mi identidad. Pero sí, tiene información sobre a qué me dedico y que tengo cómplices.

—Pero, ¿cómo es posible? Siempre hemos tenido cuidado.

—Yo tampoco lo entiendo, ¡maldita sea! —exclamo—. Cuando hace semanas disparé a Carlo

Gambino, tenía la cara cubierta, ¿cómo puñetas se han enterado?

—La información se ha filtrado —asegura este y tiene razón.

Veo cómo mi amigo se lleva las manos a la cabeza, enfurecido.

—¿Jackson lo sabe?

—No.

—Sabes que todo lo que pasó es por su jodida culpa y ahora estás cargando tú con todo. —Me recuerda—. ¿Lo llamo?

—¡No! —respondo muy seguro—. No es el momento, —Doy otro trago—, ya lo pondré en su sitio. Déjalo estar con los clientes.

—¡Maldición! Estoy seguro de que fueron ellos los que atacaron a Hermes la semana pasada, aunque este no quiera soltar la lengua.

Me quedo pensativo, sin poder desviar mi atención de mi mayor preocupación.

—Liam… —Alzo mi mirada a él—, no vengo solo. Hay una nueva integrante y ahora mismo está en mi habitación.

—¿Quién? ¿Aquella chica de Miami? —pregunta y mueve las manos, tensionado—. ¿Tu alumna?

—Sí.

Le aparto la vista, intentando adivinar cómo diantres saldré de esta y qué le explicaré al comité.

—Pero…

Noto la voz anonadada de mi amigo

—Brian, este no era el mejor momento.

—Liam… ¡créeme que había renunciado a la idea de que ella ingrese, no encaja aquí! Pero esta noche, cuando le he disparado a ese tipo, esa chica estaba presente.

—¡Oh, *mamacita*!

Él y sus expresiones. Viaja tanto a Latinoamérica para encargarse de las transacciones con nuestros contactos, que se le pegan todas las palabras.

—Pero le podías haber explicado todo y después…

—¡No, joder! —Me levanto de la silla y me apoyo en mis puños — Sander lo ha visto todo, ¡sabes cuál es el maldito protocolo!

Este me mira serio y, en cierto modo, desconcertado.

—No la has podido hacer, ¿verdad?

—¡Claro que no!

Odio mostrar signos de debilidad, aunque la persona que tenga delante sea algo a lo más parecido a un hermano.

—Sabes que cuando se enteren, los tendrás a todos en contra —agrega de manera innecesaria.

Me callo y bebo el vaso de whisky de golpe. Me acerco a él.

—También hay otro asunto que me preocupa. Es sobre la amiga de Aylin.

—¿Qué quieres que haga?

—Asegúrate de que esté a salvo, los hombres de Gambino han ido también al campus de la universidad y han entrado en la residencia donde viven las dos. Sander y Bram están enterados, pero sabes que tú eres el único en el que confío plenamente. Debes asegurarte de que esa chica no vuelve ahí esta noche. Que coja sus cosas y se traslade a otra habitación —explico deprisa—. Si pregunta qué ha pasado, solo le dices que eres mi amigo y que ahora mismo estoy bajo amenaza por un motivo que desconocemos. Dile que es algo delicado y que no puede contárselo a nadie, de lo contrario, pondría nuestra vida en peligro. Y también dile que… —suspiro— Aylin se quedará conmigo durante unos días, por precaución.

—Vale —asiente.

—La chica se llama Roberta Monticelli. Es la novia de Bram.

—¿Bram... novia?

Veo que de repente pone los ojos en blanco y es como si palideciera.

—¿Acaso es una rubia? —dice.

—Sí, ¿la conoces?

—Creo recordar haberla visto… —Noto que se pasa una mano por el cabello dorado, mientras jadea nervioso—. ¿Qué estará tramando ese capullo?

—Es su problema —digo—. Liam, salgo con Aylin hacia Toronto mañana, espera noticias mías, ¿vale?

—Ten cuidado, Brian.

—Está todo listo para el cargamento de esta semana. —Agarro sus brazos y le miro con confianza—. Y no quiero ningún fallo. Me mantienes informado, ¿entendido?

—No te preocupes —habla con voz preocupada y me da un golpe en la espalda—. Me voy abajo para asegurarme de que está todo en orden y parto hacia el campus. Tengo que vigilar a Rousseau, ese idiota francés, ya sabes. Se cree el amo y señor de todo porque tenga minas de diamante. Es un degenerado y ya va bien colocado.

—Es un capullo.

Me da un fuerte abrazo antes de salir por la puerta y me convierto en algo lo más parecido a una estatúa. No me gustan los abrazos, solamente los que pertenecen a una persona.

Clavo mi vista en el techo.

«Aylin…».

***

Cierro el despacho con llave y me dirijo a la segunda planta después de despedirme de mi amigo Liam, alias Poseidón en el Templo. Subo las escaleras, mientras echo un vistazo rápido a mi ropa y pienso que estoy hecho un verdadero desastre. Hasta puedo oler la sangre seca de mi traje y sé que necesito un baño urgentemente.

Poco después, entro en la habitación de Ares de la segunda planta con sigilo y cierro con llave. Muevo mi vista hacia la cama, sumamente inquieto, y confieso que tenía ganas de volver para ver cómo estaba ella.

Noto que Aylin tiene los ojos cerrados, está acurrucada de lado, y sus manos quedan extendidas. Me empiezo a desabrochar la camisa, deseoso de deshacerme de mi ropa lo más

pronto posible. Después, fijo con la vista las cuerdas y sus muñecas. Seguro que es muy incómodo estar durmiendo así, por lo que me acerco y le empiezo a desatar las muñecas despacio y con cuidado, intentando no despertarla.

Me dejo caer en el filo de la cama, tras desabrocharme el último botón. No puedo no quedar prendido por sus rasgos, que parecen muy serenos mientras duerme plácidamente. También contemplo su pelo dorado revuelto. Curiosamente, sonrío cuando me doy cuenta de que su cabello hace juego con la armadura de Ares, reflejada en el cuadro que reposa en la pared.

Extiendo mi mano, hipnotizado por su virginal rostro y acaricio su blanca piel. Mantengo mi aliento por un momento con tal de escuchar nítidamente el suyo. Acaricio suavemente sus muñecas, que ahora descansan liberadas sobre la almohada y no tardo en cubrirla con las sábanas de color oscuro. Podría tener frío, pero en realidad también la cubro porque no puedo mirarla. El camisón enano dibuja su silueta de un modo demasiado sensual y la tela queda suavemente levantada sobre sus muslos y parte de su nalga.

Recuerdo que no lleva nada por debajo, y eso hace que sienta calor involuntariamente. Me quito la camisa y la tiro al sillón que hay al lado de la cama, limpiándome unas gotas de sudor que han surgido en mi frente, con el dorso de la mano.

¡Ohhh! Es imposible no contemplar sus grandes pechos, que en estos instantes sobresalen parcialmente de aquel camisón. No puedo evitar mirarlos, muy a mi pesar. Llevo sin sentirla desde el miércoles y he soñado todas las noches con volver a adueñarme de ella. Llevo desde el jueves negando en mi cabeza que ella me haya dejado y que jamás volveré a tenerla. Y por circunstancias de la vida… aquí está, de vuelta en mi cama.

Jadeo con delicadeza cuando ella chasquea la boca y lleva sus manos debajo de la cabeza, inmersa en un profundo sueño. Sería hipócrita si dijera que esta situación no me aventaja. Me rasco el cuello con todos los músculos contraídos cuando siento una dolorosa erección, sin saber qué diablos haré para aliviarme. Aunque sí, lo sé. De lo contrario, esta noche la asediaría, puesto que ahora mismo soy peor que un animal en celo.

Y sé que debo controlarme más que nunca.

Suelto un bufido de desespero, intentando tranquilizarme y a continuación decido irme a la ducha, así que camino como un zombi hacia el cuarto de baño. Cansado y jodidamente excitado.

El agua me embriaga e intento relajarme mientras me cubro del gel de ducha que huele cómo a mí me gusta. Siempre he usado la misma marca, al igual que desodorante y pienso confuso en lo poco flexible que soy. Ella tiene mucha razón.

«—*Está dudando de la palabra de un alumno* —me dijo en la clase, aquella vez que me puse terriblemente celoso al verla hablando con aquel chico moreno—. *Lo mismo Erik lo puede justificar, pero ni siquiera se lo ha preguntado.*

—*¡No me interesa!* —le grité.

—*Pues entonces déjeme decirle, señor, que es muy poco empático*».

«Poco flexible y muy poco empático», repito en mi mente, demasiado reflexivo.

¿Cómo podría serlo cuando debo tantas cosas y tantas personas dependen de mí? ¿Cómo ser flexible cuando él me encomendó una de las mayores tareas que un dios olímpico pudiera tener, y eso es estar al mando? Pese a que no sea su hijo.

Intento desviar mi atención y salgo del cuarto de baño más relajado, mientras me seco con una

toalla. Camino despreocupado y me paso la mano por el cabello, pero cuando miro la cama… Aylin no está. La sábana queda amontonada en un lado, y ni rastro de ella.

¡Mierda! Entro en pánico y tiro la toalla a un lado, a la vez que me giro y analizo la habitación. Habré tardado unos malditos diez minutos. Enciendo la luz y empiezo a escanear mi alrededor desesperado, preguntándome dónde puñetas está esta mujer. Por la puerta no ha podido salir, la llave está en mi pantalón, y este en el cuarto de baño.

Sin embargo, cuando echo un vistazo alarmado a la ventana, la veo agarrada a las rejas del amplio ventanal. Se ve que ha saltado por encima de la barandilla y ahora mismo la señorita Vega se encuentra por fuera, apretando la barra metálica en sus manos y mirando agitada a su alrededor. Parece estar muy concentrada en dónde poner las manos y los pies, a la vez que tira hacia abajo del diminuto camisón, cuya tela de seda brilla a la luz de la luna. Tiene la cabeza completamente agachada y no sabe que la estoy mirando.

¡Menudo panorama!

—¡Aylin! ¿Qué demonios haces! —le riño.

Por su parte, levanta la cabeza bruscamente y agranda los ojos cuando oye mi voz. Veo cómo en el minuto siguiente resbala sobre la barandilla metálica y se desliza hacia abajo. Le sale un grito gutural cuando queda suspendida en el aire, agarrándose nada más que con las manos. Sus pies se mueven alegremente.

¡Diablos! Se va a caer de verdad. Enseguida doy un brinco y salgo a correr como un atleta cuando escucha la señal. Me inclino sobre ella con el corazón en la garganta, atemorizado de que le pudiera ocurrir algo.

¡Qué necio pensar que esta mujer estaría quieta!

—¿Qué haces? —le grito desquiciado.

Sin duda, a la señorita Vega le pasa algo extraño con las alturas. Su nervuda mirada me alcanza cuando eleva el mentón y me mira sobresaltada.

—¿Qué narices haces, Aylin? —le vuelvo a preguntar y le empiezo a tocar los brazos, intentando ver cómo podría agarrarla y ponerla a salvo. La gravedad tiene mucho peligro, pero al parecer ella no lo comprende.

—¡Álex! —exclama desesperada y mira hacia abajo.

—¡Maldita sea!

—¡Ayúdame!

Me inclino más todavía y le agarro los brazos cuando me suplica, sofocada por el pánico. Ya la tengo bien sujeta y nuestras cabezas casi chocan. Sus ojos brillan y sus pómulos están tintados, posiblemente por el frío.

La miro.

«Se merece una lección por ser tan jodidamente obstinada», piensa mi maquiavélica mente.

—¿Y por qué debería ayudarte? ¿No querías morirte?

Arqueo las cejas.

—¿Qué? —pregunta con un hilo de voz.

—¿Ehmmm? Cuéntame… —vuelvo a insistir.

Veo que ella está mirando sus piernas, que quedan colgando de nuestra ventana del segundo piso.

—¡Claro que me quiero morir! —suelta esta con dos ovarios bien puestos y me mira desafiante.

Pongo los ojos en blanco, con exasperación.

«No me la han cambiado», pienso para mí.

Es la misma Aylin de siempre, más terca que una mula.

—Pues ahora es el momento —mascullo cerca de su cara—. Aunque quiero que sepas antes de tirarte que serás una gran pérdida para la humanidad, especialmente para mí.

Intento mantener el mismo tono firme y reprimo una sonrisa. ¡Por Zeus! Solo con ella me pasan estas cosas.

—¿Qué carajo dices? —contesta enfurecida.

—Lo que escuchas —recalco mis palabras y agarro más sus brazos—. ¿Te suelto, entonces? Dímelo y así te hago una buena despedida.

Enseguida pongo una mueca de indiferencia.

—¿De qué estás hablando, joder? —brama furiosa y aprieta más sus manos en la barandilla, muerta de miedo—. ¿El electroshock te ha afectado el cerebro?

Me muerdo el labio superior y me esfuerzo en no sonreír ante semejantes ocurrencias.

—Para tu información, el electroshock no lo usan conmigo. Es al revés y... seguro que a ti te gustará. —Le guiño el ojo.

Pretendo molestarla y lo estoy consiguiendo, lo sé por la manera en la que traga en seco y le tiembla la barbilla.

—¡Jefe! ¿Todo bien ahí arriba?

Súbitamente oímos la gruesa voz de uno de nuestros agentes de seguridad, que al parecer se ha asomado tras escuchar el intenso ruido que estamos haciendo. Es de noche y resuena todo.

Ahora mismo, mi hombre está mirando en nuestra dirección. Asiento con la cabeza y vuelvo a posar mi vista sobre ella.

—Señorita Vega, no sé yo, pero si fuera usted dejaría el suicidio para otro día. Le recuerdo que no lleva bragas. No es por nada, pero mi agente tiene unas vistas muy placenteras ahora mismo —musito cauteloso, tras acercarme más a su rostro.

Ella pone una mueca graciosa y veo que cruza las piernas en el aire, apretando los muslos. Como si consiguiera ocultarse así.

—¡Te puedes retirar! —le ordeno al agente, que sigue mirando arriba descaradamente.

¡Idiota!

—Ayúdame —suplica de nuevo, empujada por la situación.

—Con una condición.

Me mira confusa.

—Si me prometes que me harás caso y no volverás a escaparte.

—¡Sigue soñando!

Frunce el ceño y aprieta más las manos en barra. Arqueo mis labios sin poder reprimirme más

y, finalmente, tiro de sus brazos con fuerza. Consigo ponerla a salvo y meterla de vuelta en la habitación. No obstante, por el esfuerzo que ejerzo en el acto, nos desequilibramos y mi jodida espalda retumba en el maldito suelo de la habitación, seguido de Aylin, que se desploma sobre mí.

—¡Ohhh! —me quejo, a la vez que enrosco mis brazos alrededor de su cintura.

—¿Estás bien? —pregunta sofocada.

—Mejor que antes, sin duda —replico con una mueca de dolor—. ¿Y tú?

Permanecemos unos segundos más en el suelo y su respiración veloz me golpea. A decir verdad, su rostro sobre mí hace que pierda todos mis sentidos. Sus bonitos ojos quedan enlazados con los míos y mi vista recae sobre sus carnosos labios, los cuales aprieta con suavidad. Ella despierta en mí una adicción y un deseo enorme de dominarla. Y dominarla significa que se abandone en mis brazos completamente, asumiendo que ella es mía desde el momento en el que le quité la virginidad, al igual que lo he asumido yo. Sin embargo, me parece que la señorita Vega es un hueso duro de roer.

¡Diablos! Eso me hace desearla más todavía.

Esta mujer de mirada intensa hace que el aire vibre con una nueva energía y la atracción que siento sea magnética e incontrolable. Lo cierto es que ahora mismo estoy sintiendo su hermoso y apetecible cuerpo sobre mí y no voy a perder la oportunidad de acariciarle. Por supuesto que no, no es algo propio de mí controlarme. Yo soy un degenerado, lo sé, pero ella es el detonante de mi obsesión y lujuria. Es puro vicio disfrazado de mujer, que te seduce cuan serpiente venenosa.

Ella es más que una droga… es la reina de las drogas. La locura perfecta.

Muevo mis dedos deprisa en su cintura y los deslizo de su espalda a su trasero, sin dejarle tiempo de reacción. Mis caricias culminan cuando agarro su trasero con las dos manos. Simplemente sabiendo que no lleva bragas representa un evidente KO a mi cordura.

—Estoy más tieso que un caballo, Aylin —gimo cuando quedo traspasado por su chispeante mirada.

—¿Y?

No necesito decírselo, mi jodido glande baila en su abdomen con desenfreno, pese a que mueve las caderas vertiginosamente, intentando deshacerse de mi asedio. No quito mi vista de su lujuriosa boca y me entran unas sencillas ganas de matarla a besos y destrozarla a polvos esta noche. Al mismo tiempo, intento leer la expresión en su rostro, para darme cuenta de si me lo permitirá, después de todo lo sucedido. Esta permanece quieta, y sigue intentando tranquilizar su respiración.

—¡Quítate!

Lo que pensaba.

Me empuja cuando se da cuenta de mis intenciones, pero la verdad es que no aguanto más sin darle un jodido beso a esta diosa. Mi diosa. Llevo una mano a su cabeza y la obligo a juntar sus labios con los míos, fundiéndonos en un agresivo y anhelado beso.

Con la otra mano, sigo apretando su culo, por debajo de la suave tela del camisón. Estoy que ardo. Pese a que noto la consternación en su cara, consigo rozar sus labios y obligarla a abrir la boca, mientras empiezo a poseerla con mi lengua. Finalmente, quedamos unidos en un beso pasional.

—Pequeña… —suspiro embrujado—. Te echo tanto de menos.

La agarro con fuerza, la giro y la coloco debajo de mí, sin soltar su sabrosa boca, la cual representa una tortura para mis sentidos. Mientras tanto, sigo besándola hambriento, deseando saborear cada milímetro de este manjar. Aprieto mis caderas contra su desnudo sexo con vehemencia, maldiciendo de un modo placentero.

¡Por el jodido Zeus! Estoy tan absorto, que incluso se me ha olvidado que hace unas horas le he pegado un tiro a un mafioso.

—Confiésalo, Aylin…. —musito en su oído—. Reconoce que tú también.

Parece que ella también lo está deseando y, en mi distorsionada cabeza, pienso que necesito desesperadamente penetrarla aquí mismo, sobre el suelo. Sin duda alguna, mi mayor medicina a todo el malestar que siento sería hundirme en ella en este preciso momento.

Sigo besándola vigorosamente y quiero dar un paso más, pero noto de la nada un pequeño mordisco en mis labios. Al instante, la siento revolverse debajo de mí, intentando detenerme. Me empieza a apartar con una fuerza avasalladora.

—¡Quita tus sucias manos! —vocea enfurecida—. ¿Qué crees que haces?

Se pone de pie rápidamente cuando consigue deshacerse de mí. Me apoyo en un codo por el impacto brusco con el mármol.

—En algún momento escaparé de ti —amenaza enloquecida —y cuando eso pase, ¡no me volverás a ver en tu puta vida!

«Ya empezamos… », pongo los ojos en blanco.

—Tranquilízate, ¿vale?

Me pongo de pie de un salto y aprieto la boca cuando su vista recae sobre mi endurecido miembro. ¡Demonios! No ha funcionado, mis bolas van a explotar literalmente.

—¿Tranquilizarme? —Da un paso hacia atrás y me señala con la mano—. ¡Ni siquiera tienes la decencia de vestirte!

—Siempre he dormido en cueros, ¿por qué esta noche sería diferente?

Le tiembla la barbilla y sus rasgos se tornan ásperos. Intenta desviar su mirada de mi polla, aunque a duras penas. Y no quiero que lo haga, es la fiel prueba de lo mucho que la necesito, y en cuanto a lo otro, podríamos hablarlo mañana. No sería mala idea primero desfogar y luego hablar; a mí personalmente me ayudaría a estar más tranquilo.

—¿Será porque estoy aquí? —chilla—. ¿Y porque no te quiero ver ni de lejos?

—Te estás olvidando de que soy tu profesor. Me tendrás que ver —replico más calmado y doy un paso hacia ella—. Además… te recuerdo que ya eres parte de *Álympos*, no podrás escapar de mí —concluyo con voz tosca.

Acto seguido, le rodeo la cadera y la obligo a caminar hasta la cama.

—Vamos a acostarnos ya.

—¿Qué haces, maldita sea? —Me clava un codo en la costilla y me mira horrorizada—. ¡He dicho que no pasará nada entre nosotros!

—Vamos a dormir, Aylin. Eso es lo que estaba diciendo —le contesto tranquilo.

—¿Y no puedes especificar?

«¡Por Zeus! Dame paciencia…», maldigo y miro el techo del cuarto. A continuación, hago que se meta debajo de las sábanas y yo me pongo al lado. Sigue renegando, pero no le hago ni caso.

—Ya es tarde y mañana tenemos un día largo por delante.

—¿Qué pinto aquí?

—Mucho… —respondo—, pero todavía no lo sabes.

Apago la luz. Agarro su cintura cuando me da la espalda y la atraigo a mi pecho. Hago que coloque la cabeza sobre mi brazo izquierdo y pego mi ardiente torso a sus nalgas. Y digo ardiente porque parezco una chimenea en pleno invierno.

«Contrólate, Brian», me digo.

—¿Qué haremos mañana?

—Ahora no es el momento, debemos madrugar.

—¿Cuánto tiempo pasaremos lejos de aquí?

—Unos días.

—No lo entiendo. Aquí hay mucha seguridad —ronronea cuando hundo mi nariz en su cabello y siento que quiere alejarse de mí al notar mi acercamiento forzoso—. Dudo que esos hombres pudieran volver a atacarnos.

«Ya no se trata solo de aquellos hombres… », me recuerdo a mí mismo.

Después alcanzo una de las esposas de las rejas del cabecero y meto mi mano izquierda en un lado, al mismo tiempo que coloco la otra parte de las esposas en su mano. Las cierro con un crujido, el ruido de la cerradura sonando en el silencio de la habitación. Estamos a oscuras.

—Álex, ¿me acabas de esposar?

—A los dos.

—¿Por qué? —escucho su molesta voz y la veo moverse en la penumbra, dando tirones.

—Por si se te ocurriera terminar lo que has empezado antes.

—¡Mierda! —exclama y se despega más de mí.

—Shhhhh —intento tranquilizarla—. Jamás volverás a alejarte de mí, Aylin. Nunca.

No contesta, solo percibo su respiración. Ella respirando aceleradamente y yo con la cabeza a mil por hora, abrumado por la calidez de su piel. La rodeo con mi brazo derecho, y la arrastro hacia mí, a la vez que coloco mi mano en su abdomen.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos. Sé que debo distraerme e intentar dormir, así que cierro los ojos. Pero es en vano. ¡Demonios! ¿Quién podría dormir ahora mismo? Esta mujer es como un panal y yo soy un maldito abejorro.

Confieso que esta noche representa una verdadera prueba. Mi pelvis y mi dureza presionan sus nalgas y me estremezco cuando mueve sus caderas suavemente, sin conseguir estar quieta. Su aroma me alcoholiza y estoy por invadirla desde atrás, pero aprieto los labios, resistiéndome estoicamente.

Soy un maldito salvaje, pero no lo puedo evitar. No hay tratamiento que me sirva para que ella desaparezca de mi cabeza. Como dominante, siempre me ha enloquecido que mi pareja sexual se resista y es una de las cosas que más me enciende en una mujer. Pero lo de la señorita Vega es algo sobrenatural. Nunca me ha pasado esto, nunca ninguna mujer me ha hecho estar tan duro

continuamente.

¡Maldita sea!

A cualquier hora.

Me sigo empapando de su aroma y decido que lo mejor sería dormir en el suelo. Eso en teoría, porque en la práctica… desciendo la mano hacia el dobladillo del camisón, el cual está elevado cerca de la cintura. Empiezo a dibujar círculos en sus muslos y su suave y caliente piel me invita a subir más, de modo que no tardo en alcanzar su entrepierna. Paseo mi mano por su entrepierna desnuda y la deslizo muy despacio hasta sus senos, moviéndome por debajo del camisón. Sus endurecidos pechos desatan la mayor de las locuras en mí.

Mi garganta suelta un jadeo cuando siento su corazón galopante y un suave gemido cuando acaricio sus protuberantes picos lentamente. Ella también me quiere dentro, sin duda.

—Aylin…

Beso su oreja.

—Álex… ¿qué estás haciendo? Te he dicho que…

—Shhhh… —siseo mientras levanto la cabeza y deposito un beso en su cuello.

—Me has dicho que dormiremos.

—También dormiremos. —Beso su mentón y subo a su mejilla.

—Quiero que entiendas que no lo quiero hacer —habla con voz entrecortada.

Su respuesta no me sorprende. Pero una cosa es lo que me diga, y otra muy distinta la que sienta. Esto me recuerda a aquella primera semana que la conocí, cuando vivía encadenada por los prejuicios y el miedo.

—La rabia te está cegando, Aylin. Piensas que ya no me deseas, pero tu cuerpo no opina lo mismo.

Escucho su fuerte respiración cuando deslizo la yema de mis dedos hacia su desnudo pubis. Rozo su clítoris y sus pliegues, empapándome de su creciente humedad. La acaricio con dulzura y dedicación y embisto mi pelvis en sus nalgas de manera intencionada, haciendo que me sienta en sus carnes.

De una persona, me he convertido en un manojo de hormonas. No me estoy excusando, pero no puedo tenerla entre mis brazos y simplemente dormir. Hay cosas que no puedo controlar, no hay duda. Mis impulsos hacia la señorita Vega es una de ellas, y soy consciente de que eso supondrá un grave problema.

A continuación, beso la comisura de sus labios, aproximándome más a su boca y presiono mi dedo corazón en la entrada. Enseguida lo deslizo lentamente en aquel canal estrecho, el cual me pertenece. Su coño me pertenece, igual que toda ella y ni siquiera el hecho de que conozca ya mi secreto hará que cambie algo.

Agudizo el movimiento de mi mano, dejándome llevar por la devastadora pasión que su humedad y sola presencia invocan en mí y muerdo el lóbulo de su oreja. Mi ansioso dedo se mueve con constancia y percibo en mi rostro su respiración cada vez más acelerada, a pesar de que no pueda ver su cara lucidamente.

—Como siempre, haces lo que te da la gana.

Cuando suelta un gemido, mis sentidos se intensifican. No puedo evitar agacharme un poco

más y obligarla a volver su cara hacia mí. Nuestros brazos están enganchados con las esposas, por lo tanto, aprieto más mi antebrazo izquierdo por detrás de su nuca y acerco su cara a la mía. Me apodero primero de su puntiaguda barbilla y después de su boca, mientras no paro de embestirla con mi dedo corazón.

—¡Ohhh, pequeña!

Me emociono y me convierto en un huracán. Bajo a sus suaves pechos y muerdo sus pezones por encima de la tela demasiado fina del camisón. La escucho ahogar unos gemidos y noto por dentro cómo todo su interior se sacude. Resopla extasiada, aunque se esfuerza en reprimirse, sin querer darme la satisfacción de enterarme de lo que provoco en ella. Para mí no es suficiente, deseo complacerla más todavía.

—¡Maldita sea! —brama.

—¡Me encanta dejarte sin aliento! —le digo satisfecho.

Enseguida beso la piel donde sus senos se juntan y aparto uno de sus muslos con una mano.

—¡Óyeme bien! —Clava sus dedos en mi nuca, ya que estoy inclinado sobre ella—. Si lo haces, nunca te perdonaré —Presiona más su mano y me mira fijamente—. Nunca.

No veo el destello de sus ojos con claridad, pero me puedo imaginar en la oscuridad aquel color grisáceo que cobran sus pupilas cuando se enfada.

¡Puñetas!

La convicción de sus palabras hace que vuelva a la tierra. Entonces, suelto un bufido y levanto la cabeza, desesperado. La exasperación y la insatisfacción me atraviesan hasta las entrañas. Me alejo cuando ella me suelta y vuelve a depositar la cabeza sobre la almohada. Me dejo caer a su lado, reconociendo mi derrota una vez más y sabiendo que no podré dormir con ella sin tenerla. Definitivamente, no ha sido una buena idea dormir en la misma cama.

No digo nada más, solamente coloco mi mano en su cintura. Cierro los ojos en silencio. Sus palabras se me antojan demasiado tristes y vacías y mi crueldad tiene un límite. No puedo forzarla. No soy ese tipo de persona. Jamás me ha hecho falta forzar a una mujer, eso es de ser muy poco hombre.

Se aleja de mí, obligándome a quitar la mano que tenía colocada en su cadera. No soporta mi acercamiento. Es normal.

Me coloco de espalda y llevo una mano por debajo de mi cabeza, clavando con la mirada un punto imaginario en la penumbra de la habitación.

Inspiro. Espiro.

Quiero quedarme dormido, sin embargo, no puedo. Ella lo hace antes que yo, fruto del agotamiento.

«Ahhh, pequeña… », suspiro mentalmente. «Quisiera amarte, pero no puedo».

No puedo sentir algo que no existe. Es solo deseo y apego obsesivo lo que siento.

Quiero que ella me odie, por supuesto. Pero jamás pensé que eso supondría un peso más grande todavía, el cual tendré que arrastrar a todo paso, como si fuesen las cadenas que un prisionero carga.

Quiero mantenerme alejado, por supuesto. Pero no puedo. Me giro de lado y asedio su cintura con una mano. Y cuando esta pequeña y rabiosa mujer se queda completamente dormida, cojo su

mano esposada entre la mía y no se la suelto en toda la noche.

¡Diablos!

Hay demasiados «quiero, pero no puedo» clavados en mi mente.

CAPÍTULO 4



DE BRUCES CON LA REALIDAD

Silencio absoluto, como si estuviera encerrada en una habitación hermética. Muevo mi cabeza bastante aturdida, puesto que me extraña no oír el estridente jaleo y el pitido de los coches en el típico embotellamiento de la Calle Stanford. El despertador no está sonando y tampoco escucho la alegre voz de Berta. Ni siquiera oigo el canto de los pájaros que habitan los árboles que hay enfrente de nuestra ventana. Y eso es sumamente raro.

¿Qué hora será?

Los párpados me pesan y abro los ojos a duras penas, sintiendo un profundo cansancio en todo mi cuerpo. Extiendo una mano intentando ocultarme de los rayos de sol que entran por la ventana. Veo borroso, aun así, soy capaz de distinguir una amplia ventana a unos cuantos metros de mí, lo curioso es que está demasiado lejos.

Entreabro los párpados con brusquedad cuando me doy cuenta de que no me encuentro en mi habitación. Lo primero que veo al elevar mi mentón, es la gigantesca pintura que impone con su presencia en medio de la pared. Es el cuadro de Ares, Dios del Olimpo.

¡Mierda!

Levanto mi torso velozmente y aparto las sábanas, como si saltara sobre un erizo. Me toco las muñecas, pero no hay rastro de las esposas. Acto seguido, miro a mi alrededor con mucha preocupación, y entonces… lo recuerdo todo.

Su ímpetu de dormir en la misma cama conmigo, su desnudo cuerpo chocando contra el mío, intentando ponerme al límite. Su pasión. Sus labios en mi mejilla y cuello, sus manos acariciándome y haciendo que tiemble. Su respiración en mi oído. Y como siempre, se salió con la suya. Álex nunca pierde la oportunidad de seducirme. Para él, que no me ama, es bastante fácil, pero para mí…

¡Dios, ayúdame!

Me pongo de pie.

Aquella sensación abominable de pensar que tendré a la tentación con rostro de hombre paseándose delante de mis narices, hace que me lleve las manos a la cabeza, verdaderamente desesperada. Y, de repente, mis ojos se topan con un rincón en particular. No, no ha sido una pesadilla, todo es real. Es real que me encuentro en esta habitación, y también es real que a mi izquierda está la jodida y tenebrosa estancia de los juegos pervertidos.

Mi profunda reflexión queda interrumpida por el sonido de una llave en la puerta y no dudo de que sea él. Seguramente ha vuelto a la habitación para asegurarse de que sigo aquí, pero no puedo estar más equivocada. Cuando la puerta abre, veo un cabello rubio, perfectamente arreglado junto a…

¿Qué?

Es Lorraine. Su esposa.

Invade la habitación aprisa y observo que, como siempre, parece que ha salido de una pasarela de moda. Tiro del minúsculo camisón cuando sus ojos marrones se detienen sobre mí. Me muevo hacia atrás velozmente, sin saber qué diantres hacer, pero mis tobillos quedan frenados por la cama.

—Lorraine… —musito atónita.

Su rostro se oscurece tras encontrarme en una situación tan comprometedora, precisamente en la habitación de su marido. Sus facciones la delatan, claramente está muy enojada. Me analiza con una turbia mirada desde los pies a la cabeza y aprieta la boca mientras se dirige a mí con pasos veloces.

¡Oh no! ¿Qué está haciendo?

—¡Maldita hija de puta! —chilla desquiciada.

Sencillamente, no me da tiempo a reaccionar o poder defenderme.

—¡Zorraaaaa! —vocea con fuerza y se abalanza sobre mí. —¡Eres una maldita zorra!

Me proporciona una fuerte bofetada. Tan violento es su golpe, que es inevitable que mi cabeza no gire bajo su segura mano y me desplome sobre la cama.

¡Qué puñetas! Entonces me empiezo a retorcer debajo de ella, intentando frenarla, a la vez que lucho con el ardor que asedia mi rostro. Siento cosquillas en mi mejilla y respiro con profundidad, procurando quitármela de encima.

¿Qué demonio la ha poseído?

—¡Lorraine!

—¿Qué le has hecho para que te haga diosa? ¡Contesta! —cuestiona, mientras me sacude y se monta completamente encima de mí.

—¡Apártate! —le digo perturbada y sin dar crédito todavía a la demente escena de la que soy protagonista—. ¡Quítate, joder!

Chirrío los dientes y al mismo tiempo invierto todo el esfuerzo en detenerla. Aun así, su cólera es imparable y sus manos están en mi cuello de un momento a otro.

—¿Qué le has hecho para que incumpla las normas?

—¿De qué hablas?

Yo también le chillo sin temor alguno, pese a que siento sus dedos cortando el flujo de aire en mi garganta. No entiendo absolutamente nada y la voy a mandar a freír espárragos, sea como sea.

Coloco las manos en sus hombros mientras la miro con horror, sin asimilar todavía en mi cabeza que esta me quería asfixiar y que no le importaría convertirse en una asesina. Solo que no me da tregua y tampoco me hace caso cuando intento hablarle. En cambio, engancha sus dedos en mi cabello y tira de él, provocándome un gran dolor. Yo también consigo alcanzar su cabeza y enredo mis dedos en el suyo.

—¿Sabes lo que me ha costado llegar hasta aquí? ¡Te voy a destrozar la vida! —continúa gritándome y amenazándome.

—¡Ahhh! —suelto un profundo quejido por la fuerza que empleo, siendo consciente de que es una lucha de vida o muerte.

O ella, o yo.

¿Qué es todo esto, Dios mío?

Finalmente consigo apartar su cara de la mía, ya que coloco una mano en su odioso mentón y empujo, pero esta hace presión, llevándome una clara ventaja. Ella está encima y yo debajo, acorralada.

Estoy que todavía no me lo creo, literalmente me estoy agarrando de los pelos con la esposa de Álex.

—¡Para ya!

—¡Aquí la única Diosa soy yo! Yo soy la que mando ¿entendido? —chilla desquiciada y sus rasgos se ven transformados.

Sin duda, parece salida de una película de terror y hasta me atrevería a decir que la novia de *Chucky* está divina de la muerte, comparada con ella en este momento.

—¡Quítate de encima! —Sigo forcejeando, verbal y físicamente—. ¡No he venido a quitarte el sitio!

Para mi horror y sorpresa, esta no se queda satisfecha y entonces me golpea otra vez. Siento el ardor en la piel y aprieto los dedos en sus brazos. Esta mujer está loca, al igual que lo están todos.

—¡Lorraine! —ruge una voz al fondo.

Álex acaba de ingresar en la habitación y no le veo, solamente escucho su áspera y enojada voz. Veo de refilón que la inmoviliza desde atrás y la aparta, llevándola lejos de mí.

—¿Qué diablos haces aquí? —suelta un grito, acompañado de un empujón.

Me incorporo sobre la cama y les miro fijamente y en guardia, temiendo por mi vida de verdad. Súbitamente, siento el férreo sabor de la sangre en mi boca y me llevo una mano a los labios cuando siento la sangre deslizándose.

Cuando retiro mi mano, las manchas rojas quedan marcadas sobre la piel blanca de mis dedos. Veo que Álex abre los ojos con sorpresa cuando nota mi labio ensangrentado y, acto seguido, se vuelve hacia Lorraine. Sin dudar, estampa su cara, proporcionándole una severa bofetada con el dorso de su mano.

¡Oh, Dios! ¿Qué narices está pasando aquí?

—¿Qué mierda has hecho, Lorraine? —levanta el tono, verdaderamente iracundo.

Su movimiento es tan brusco y desenfrenado, que provoca una fuerte sacudida en la mujer que tengo delante, la cual está a punto de desplomarse. Lorraine se le queda mirando con incredulidad, a la vez que toca su mejilla.

—¡Eres mi marido! —Endereza su espalda deprisa y se le encara, dejando un profundo arañazo en su cuello.

—¡Basta ya!

La frena con un duro empujón y se lleva la mano al rasguño que aquella fiera salvaje le ha dejado.

—¿Cómo te atreves, ehhh? —chilla con una ira desmesurada—. No voy a permitir que esta duerma en tu cama, ¿me oyes?

—¡Sal de la maldita habitación, sino te sacaré arrastrada!

Grita en su cara más que endemoniado y le proporciona otro empujón en dirección a la puerta cuando esta da un paso hacia mí, intentando alcanzarme.

—¡Te arrepentirás de traerla aquí! —amenaza—. ¡Y tú de dormir en esa jodida cama!

Mantengo mi respiración y asisto conmocionada a la escena de celos de Lorraine, que sale de la

habitación furiosa, pero no antes de asesinarme con la mirada. Me mira con odio, como si fuese la persona que más detestara en este mundo.

Palidezco. Mis piernas no se mueven y es como si algo apretara mi garganta, solo permanezco quieta y clavo la puerta de madera con la mirada.

—¿Qué te ha hecho? —lo escucho maldecir.

Camina deprisa, llegando hasta el sitio donde me encuentro. Agarra mis hombros y me sienta en el filo de la cama, a la vez que analiza mi rostro. Mientras tanto, toca mis mejillas con las manos. Consigue unas servilletas que hay en la mesita y me limpia la sangre. Por mi parte, sigo muda y parezco una tumba, sin estar segura si esto es real. Pero el hilo de sangre que él intenta detener me indica que sí. Que estoy viviendo la puta realidad.

—¡Oh, Aylin, maldita sea! —se lamenta—. No volverá a tocarte.

Noto la textura de la servilleta sobre mi labio. Sus ojos desprenden calidez y preocupación, sin embargo, sigo bloqueada. Elijo no protestar, estoy demasiado apática ahora mismo como para luchar con él.

—¿Qué te sorprende? —le digo despacio, reprimiendo las lágrimas—. Es tu mujer.

—Pero no lo será por mucho tiempo.

—Dijiste que nunca te divorciarías de ella —le recuerdo—. ¿Pretendes que te crea?

Él solo levanta sus ojos negros de mis labios y me mira. Frunce el ceño.

—Sé que no me creerás. Pero yo cambié de…

—¡Déjalo! —le corto en seco.

—¡Te estoy diciendo la verdad!

Le miro escéptica.

—Aunque por casualidad fuera cierto lo que me estás diciendo, nunca podré tener algo con una persona como tú —hablo con sinceridad.

—Yo tampoco tendría algo con una persona como yo —baja su tono y retira la servilleta de mi herida—. Pero mientras te tenga en mi cama, con eso me conformo.

Su mirada se oscurece y aprieta la servilleta en su puño.

¿Tenerme en su cama es lo único que le importa?

—Sabes… por cosas como esta, te estoy empezando a odiar —articulo con desprecio, sin alterarme.

—Pensaba que ya me odiabas. —Eleva una ceja suspicaz, al mismo tiempo que arquea suavemente la comisura de sus labios con malicia.

—Yo… —tartamudeo.

¡Su jodida elocuencia!

—¡Ahora vuelvo! —exclama y se pone de pie deprisa, sin darme siquiera la oportunidad de argumentar. Oigo sus pisadas en el suelo, ya que me niego a mirarle. Por último, sale a toda velocidad, cerrando la puerta con llave.

Definitivamente me ha dejado sin réplica y ahora mismo siento que tengo cara de idiota. A continuación, hundo mi cabeza en mis manos, en completa soledad.

Cielo Santo… ¿qué está pasando?

Su mujer también está en este sitio que desconozco. He dormido en la habitación de su marido, y su reacción es perfectamente normal, incluso es normal que hayamos protagonizado la típica escena de celos entre la esposa y la amante. Aun así, más que celosa, Lorraine parecía furiosa por algo, posiblemente por el lugar que él me ha dado, el cual ni siquiera sé en qué consiste.

Y, de repente, me acuerdo. Él dijo que una de las normas de *Álympos* era que sus integrantes vivían para el placer y que para ellos no existía el amor. Lorraine no ama a Álex y Álex tampoco a Lorraine. ¿Entonces por qué esta se comporta así?

«¿Cómo he llegado a ser parte de este juego tan retorcido?», manifiesto en silencio, al mismo tiempo que mis ojos se humedecen.

El temblor no se detiene y las angustias que siento de no saber cómo se encuentra mi amiga y sobre qué les diré a mis padres, empeoran la situación.

¿Y si jamás volveré a verlos?

«¡Lo odio!», grita mi mente.

Me sobresalto y levanto mi mirada vidriosa cuando escucho la llave en la puerta, tras unos pocos minutos. Antes no me había dado cuenta de que su ropa es más informal, y que, en vez de un traje, lleva un vaquero oscuro y una camisa del mismo color, la cual queda metida por debajo del vaquero. Va seguido de una señora con apariencia seria, rechoncha, y la cual diría que no tiene más de cincuenta años.

La mujer lleva el cabello perfectamente recogido en un moño y lo que más me llama la atención es el ropaje que viste. Un vestido blanco ancho y largo cuelga en su robusto cuerpo y un cinturón plateado simplón queda envuelto alrededor de su cadera.

Observo que Álex lleva en sus manos un kit de primeros auxilios, mientras que la señora sujeta una bandeja, que parece ser mi desayuno.

—Prudence, tenemos una nueva diosa en el Templo. —Me dirige su calmada mirada y mueve el brazo—. Ella es Afrodita a partir de ahora, y cumplirás con todo lo que te pida.

—*¡Kalos irtharte!* —contesta aquella señora, sin embargo no alza su mirada a mí—. Voy a dejar la comida aquí. ¿Desea algo más, mi dios?

—No, está todo en orden —le responde—. *¡Aposýro!*

Miro a uno y miro a otro, a la vez que la señora se retira con la cabeza gacha.

¿Qué diantres ha querido decir?

—Te ha dado la bienvenida —explica Álex, al notar mi cara confundida.

—Ahmmm… No me digas que ahora tendré que aprender vuestro idioma.

—Es griego.

—¡Vaya! —Me pongo de pie—. Pensaba que era chino.

—Siéntate, ¿vale?

Presiona mi hombro y su voz suena dócil. Enseguida este se agacha sobre mí tras sacar algodón del kit que ha depositado sobre la cama. También se hace con un bote de alcohol y vendaje.

—Esto no se ve nada bien… —musita cuando toma asiento a mi lado.

Me examina concentrado. Se dispone a curar la herida de mi boca y aprieta una pequeña bola

de algodón en la comisura de mis labios. Mi vista recae sobre la manera tan desconcertante en la que aprieta los labios y su tenso mentón y cuello. Una vena late en su sien, al igual que en la parte alta de su cuello, donde la desabrochada camisa deja entrever su sensual clavícula. Es irremediable no pensar que Álex es un jodido Adonis.

Acabo de darles una bofetada mental a mis neuronas, ya que hoy el día va de bofetadas. Entonces oigo en mi mente sus extrañas palabras.

—¿Afrodita? —pregunto molesta.

—Sí… —Respira hondo y sopla repetidas veces en la herida—. Ese será tu nombre aquí.

Acto seguido, se inclina sobre la mesita y vierte alcohol en la bola de algodón que presiona con sus dedos.

—Es lo que firmaste ayer —prosigue—. Te he convertido en diosa, Aylin. Es un logro muy grande, aunque no lo veas ahora mismo. Cualquier mujer de aquí desearía estar en tu lugar —Aprieta el algodón en mis labios.

—¿La diosa del amor? —Le arranco el algodón de las manos—. ¡Qué incoherencia!

—¿Por qué?

Me mira con interés y carraspea.

—Pensaba que el amor no existía —le recuerdo sus propias palabras, a la vez que le aparto y me levanto de la cama.

Voy al baño y examino mi mejilla en el espejo, tras agarrar una tirita. El rostro me escuece. Vuelvo a la habitación cuando veo que él también se pone de pie y me sigue.

—Afrodita es una de los doce. El amor es solo un concepto, y tú estás enfocada en un amor que no existe.

—¡Y tú estás adoctrinado! —replico contundente.

Me cruzo de brazos y mi mirada inquisitiva le alcanza, pero le da exactamente igual. No parece haber cambiado de opinión.

—No quiero discutir. Desayuna ahora, en cuarenta minutos nos vamos —avisa y me indica una mesa que hay al lado de la ventana—. Voy a traerte la ropa.

—¿Crees de verdad que podría probar bocado?

Posa sus manos en las caderas.

—¡Ahhh, tranquilo!

No le doy la oportunidad de hablar.

—Sé que me obligarás a hacerlo, como siempre haces —continúo irónica—. Dígame, señor Woods… —Me acerco a él despacio, mientras toco mi labio con dos dedos—, ¿qué es lo siguiente que me pasará en este sitio?

—Aylin…

Le miro con recelo y vuelvo a interrumpir. Hoy será él el que me escuchará a mí, ¡por mis jodidos ovarios que así será!

—¿Cuánto tiempo piensas que podrás tenerme aquí? —finalizo.

—El que haga falta —contesta rudo—. Y ahora come…

Intenta convencerme, señalándome la bandeja que hay sobre la mesa.

—No tengo hambre.

—¡Vas a desayunar, te vas a duchar y vas a estar lista a tiempo para irnos! —Agita los brazos con nerviosismo y después se lleva una mano al mentón.

Ya lo conozco lo suficiente como para saber que cuándo está nervioso o irritado se pasa una mano por el pelo y lo arregla con una sacudida, o que se la lleva a la mandíbula y después esboza una mueca de tensión.

—¿Me has oído?

Mis labios se juntan en una fina línea y no me muevo ni un centímetro. No puedo seguir dándome órdenes, como si dejase de ser dueña de mi propia vida. Mi réplica está atorada y mi saliva se acumula por la impotencia que siento. Al percibir mis intenciones, se acerca deprisa y agarra mi mano, obligándome a caminar hacia la mesa del desayuno.

—Pensaba que la noche te había hecho recapacitar, ¡joder! —digo entre dientes.

Me desplomo en la silla de terciopelo, bajo su presión.

—¡Nada me hará recapacitar! —espeta exasperado.

Después, simplemente se da la vuelta y camina con pasos agigantados hasta la puerta. Sale tronando y da un brusco portazo.

¡Virgen Santa!

Aprieto la servilleta de tela de un blanco nuclear, que yace a unos centímetros. Otra vez me quedo sola y sin opciones. Desolada y con miles de preguntas sin respuesta en mi mente. Estoy sin mi móvil. No puedo llamar a mis padres, ni a Berta. ¿Y qué pasará con la universidad?

Suspiro consternada por todo. A continuación, le lanzo una mirada a la dorada bandeja, repleta con una gran variedad de platos. Hasta los cubiertos son dorados, y juraría que tengo delante de mí los cubiertos y la comida que se les sirve a los reyes. Entonces, mi estómago empieza a crujir involuntariamente. Anoche, aparte de unos aperitivos que emboqué en la fiesta, sin muchas ganas, no probé gran cosa.

Tengo hambre, aunque sienta un nudo en la garganta. Cojo una taza porcelánica de café y me la llevo a la boca, al mismo tiempo que me pongo de pie y me acerco al ventanal. Miro a través del cristal y observo que abajo hay unos cuantos agentes, vigilando el perímetro. De vez en cuando, clavan su vista en nuestro ventanal. Al parecer, Álex les ha dado instrucciones muy claras. No se le escapa ni una, visto lo visto.

Me siento en la silla de nuevo y le doy unos mordiscos a unos cruasanes y a unos embutidos. Hay también zumo de naranja. No transcurre mucho tiempo y, de un momento a otro, escucho el chirrido de la puerta, quedándome sorprendida. No ha tardado ni diez minutos.

Irrumpe en la habitación con dos bolsas de cartón de color blanco, de cierto tamaño. Una la tira a la cama, y la otra se la lleva al cuarto de baño.

—Aquí tienes ropa, espero que sea de tu agrado —comenta como si nada—. Vamos a ir a un lugar frío, debes estar abrigada.

No hago ningún gesto, pero su mirada me quema. La siento sobre mi cuerpo.

—¿Has comido?

Le aparto la cara y cruzo las piernas mientras suelto un jadeo de desesperanza. No sé cómo

actuar.

—No sé si te lo he dicho, pero ese camisón me encanta —añade y empieza a desabrocharse la camisa de un color oscuro. La tira sobre la cama.

Le proporciono otro sorbo contundente al café e intento controlarme. Pese a que no le mire, observo por el rabillo del ojo que se lleva las manos a la bragueta y, en un instante, se quita el pantalón vaquero.

¿Qué carajo está haciendo, lo va a intentar otra vez?

Intento tragar la saliva que se acumula en mi garganta y lucho por volver a tomar el control de mí misma. Pero me congelo sobre la silla cuando noto sus pies descalzos en el suelo, caminando sigilosamente en mi dirección. Después de la noche que pasé, le estoy rezando a un ser sobrenatural que me mantenga serena y fuerte como para no caer en la tentación.

«¡No se te ocurra mirar!», escucho esa patética voz en mi cabeza.

—Aylin… —dice tranquilo y apoya con las manos en la mesa— ¿te quieres duchar conmigo?

Enseguida agarra mi mentón, de modo que le miro a la cara.

¿Ducharme?

Mis fosas nasales quedan invadidas por el aroma de su cuerpo. Sin duda alguna, necesito un chorro de agua congelada ahora mismo. Sí, necesito ducharme, pero sola. Y si después pudiera meterme en un iglú y olvidarme del mundo, mucho mejor.

¿Es normal que haga tanto calor de repente?

—Creo que no has entendido nada —suelto mordaz.

—Explícamelo.

Sus escasas palabras. Intento tranquilizar mi respiración, pero la sangre está trotando velozmente por todo mi cuerpo y, entonces, me ruborizo. Tiene ese jodido efecto en mí y me avergüenzo mucho de ello. Sus fuertes músculos resaltan en su torso e incluso parecen estar reclamando abrazos. Pienso en mi cabeza que la textura y el olor de su piel son insuperables, sintiendo una incongruente curiosidad por saber qué colonia usa.

¿Puedo ser más idiota al pensar en esto ahora?

Y si miro hacia abajo… ¡por qué me está pasando esto! Veo su miembro y no puedo evitar recordar cómo se siente. Me acuerdo de cada detalle de sus embestidas. De cada roce y de sus mil maneras de llevarme al cielo.

—¿Me puedes explicar ya qué te ocurre?

Y qué no me ocurre. Su inevitable acercamiento hace que se me seque la boca, y para humedecerla, empiezo a mover los labios con ímpetu. Miro mi plato para distraerme y decido que tengo que ser más astuta.

—Álex… ¿por qué insistes? —pregunto con voz suave y camuflo la desesperación.

—No comprendo.

—Ya me tuviste. Creo que entendiste que no voy a cumplir tus fantasías —prosigo—. Deberías considerarte satisfecho, deberías haberte cansado de mí ya. Puedes tener a cualquier mujer. Aquí mismo, en este sitio —manifiesto y aleteo las manos ante su perpleja mirada—. Seguro que hay mujeres que podrían complacerte mucho más que yo.

La pura verdad en todo esto es que necesito que me deje en paz para que así lo olvide.

Me sigue analizando reflexivo y aparta su mano de mi mentón. Vuelve a apoyarse en la mesa y se agacha sobre mí.

—¿De verdad crees que me considero satisfecho? —pregunta, notablemente confuso.

—¿No deberías?

—¿Y por qué lo voy a estar?

—Por la sencilla razón de que ya me quitaste la virginidad, como pretendías. No hay otra razón por la que me pudieras seguir deseando —añado.

«Ya que no me amas», añado dolida.

—¿Entonces piensas que tu virginidad era lo único que deseaba de ti?

—¡No lo sé, Álex! No sé qué querías y no sé lo qué quieres —le contesto seca, procurando no volverme completamente loca.

Aunque me mantenga fuerte, siento esas jodidas mariposas en el estómago. No, mariposas no. Golondrinas mínimamente, sino aves rapaces.

—Lo sabes muy bien —contraataca—. Además, creo que te dejé bastante claro en la fiesta que te seguiría deseando, aunque no quisieras satisfacer mis fantasías.

—¡Pero esto no funciona así! —exclamo—. Lo que tú deseas y lo que tú eres está en ese maldito cuarto que hay allí, ¡y yo no podré lidiar con ello!

Me levanto de la silla bruscamente y le señalo el *laboratorio de perversión* con un gesto irascible. Quiero que lo comprenda de una vez por todas.

—Sé que usted es valiente, señorita Vega.

—¿Valiente?

—Me lo demostraste ya… —dice con voz sensual y sube su mano a mi desnudo brazo, recurriendo a unas lentas caricias en su chantaje emocional.

—¡Fue un error!

—Además… ¿cómo puedes decir que me cansaría de ti? Nunca me cansaré de ti, Aylin.

Es como si no me escuchara.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —balbuceo.

—No. ¿Por qué me estás haciendo esto tú a mí? —espeta y se aferra más a mí.

Roza su frente con la mía con un gesto íntimo, despertando aquellos recuerdos que deseaba con todas mis fuerzas borrar de mi memoria. Él y yo en su despacho, después de desafiarle en la clase, seduciéndolo a conciencia. Nuestra nariz y frente chocando y nuestros labios uniéndose arrebatados. Él sentándose en la silla de su escritorio del estilo victoriano y colocándome en su regazo.

¡Menuda tortura!

Deposita sus manos en mi cintura y me mueve como si se tratase de mantequilla. Cuando siento su creciente erección presionando la tela del corto camisón, sé que tirará de todos los hilos para hacerme caer. No necesito ser muy lista para darme cuenta que lo está haciendo de nuevo. Solo que yo no soy la misma Aylin. No soy la misma señorita Vega inocente.

—Vamos a ducharnos, ¿vale?

Despego mi frente de la suya con antipatía.

—Nos tenemos que ir ya, en serio.

—Llévame a la residencia —hablo decidida—. Necesito volver a mi vida de antes, necesito llamar a mis padres.

Intento que mi voz suene demandante.

—Los llamarás cuando lleguemos a Toronto. Te lo prometo —Abarca la parte inferior de mi espalda con sus dedos.

Pongo una mueca de incertidumbre.

—¿Y cuándo llegaremos?

—Después del almuerzo.

—¿Tengo que esperar hasta la tarde para hablar con ellos?

—Sí —me informa con mucha tranquilidad.

—No es justo.

—Hay muchas cosas que no son justas en esta vida.

¿Será posible?

—Acertada respuesta, señor Woods. Aunque… ya ni sé cómo llamarle.

—No me hacen gracia tus ironías. —Tuerce la nariz.

—Hay muchas cosas que a mí tampoco me hacen gracia, ¿sabes?

—¡Diablos! —ruge.

Sabía que su calma duraría unos escasos minutos.

—¿Qué quieres de mí?

Su pulso se ha disparado, lo percibo en la fuerte respiración que está llenando el ambiente.

—Quiero saber qué carajo ocurrirá de ahora en adelante, Álex —concreto—. ¿Qué pasará con la universidad? ¿Dónde viviré? ¿Qué se supone que tengo que hacer en este sitio? ¿Quién es ese hombre que nos está buscando? —pregunto y me llevo una mano a la frente con el corazón desbocado.

Tantas preguntas sin respuesta. O tantas preguntas cuyas respuestas dan mucho miedo.

—Ahora me quieres obligar viajar a otro país, y ni siquiera sé por cuánto tiempo, mañana tenemos clases en la universidad y yo no sé…

—Escúchame… —interrumpe este—. Vamos a ducharnos, te diré todo lo que quieras saber cuándo lleguemos.

—Una escena demasiado familiar —le empapo de mi veneno, uno bien merecido, por supuesto —. ¿Siempre tendré que esperar para que te dignes en contestarme, Álex?

—No puedo ahora.

—¡No, no y no! —repito fastidiada—. ¡Estoy harta! ¿No tienes un jet y según tú, podíamos despegar cuando nos diera la gana? El vuelo puede esperar —ordeno y me alejo.

—La mala noticia es que hoy sí, debemos despegar a la hora acordada —suspira—.

¡Vayámonos ya!

Me agarra el brazo para llevarme al cuarto de baño.

—¡Te he dicho que no! ¡No antes de contestar a las preguntas que te he hecho! —suelto más que turbada. Sé que solo de esa manera me quedaré más tranquila.

Sin embargo, lo único que consigo es que solamente me lance una mirada diabólica, como siempre hace cuando le desobedezco y no titubea. A continuación, me arrastra al cuarto de baño.

—¡Por el jodido Zeus!

—¡Seguro que Zeus está ya harto de ti, igual que lo estoy yo! —respondo mordaz.

Camino desganada hacia el baño, balbuceando todo tipo de palabrotas. Veo que le da al agua y empieza a tirar de mi camisón, aunque me resista.

—¿Ahora también me vas a obligar a ducharme? —comento sarcástica y con los latidos a mil, verdaderamente cansada—. No es necesario montar todo este espectáculo… —continúo.

Acto seguido, yo misma me quito el camisón y lo dejo caer en el suelo, terriblemente irritada. Después, me meto en la ducha, apartándole la vista. Odio aquel semblante autoritario y la manera en la que sus ojos oscurecen cuando está furioso.

Me coloco debajo de la cascada de agua de la moderna ducha y cierro los ojos por un momento, aún sin asimilar que me estoy duchando obligada, con él desnudo a mi lado y mirándome con cara de fantasma. Pero no me quedo mucho tiempo así, ya que este se me acerca por detrás. Repentinamente, noto su persistente respiración en mi nuca y su dominante brazo alrededor de mi costilla, acercándome a él y bajando a mi cintura. El tacto electrizante de mi espalda contra su torso hace que sienta miles de latigazos en mi vientre.

—¿Verdad que no cuesta tanto hacerme caso? —escucho su voz complacida y estoy segura de que hasta sonríe satisfecho, aunque no vea su rostro.

Deposita sus labios ardientes en mi hombro mientras presiona sus dedos en mi desnudo vientre y lleva su otra mano a mis senos.

Suspiro.

Sigo desviándole la vista y no puedo negar que me estoy derritiendo en sus brazos. Sin embargo, intento distraerme, agarrando el champú de un estante metálico.

—Aylin… —musita en mi oído con aquella cadente voz que me resulta tan familiar—. Cuidado con el champú.

Siento sus lentos besos en mi cuello a la vez que intento dejar caer unas gotas de champú en mis temblorosas manos. Nadie podría resistirle. Nadie salvo yo. No puedo dejarme llevar. Soy un mero juguete para él, y aunque dice que nunca se cansará de mí, sé que en algún momento lo hará. Me tirará a la basura cuando otro juguete mejor le llame la atención.

—Pequeña…

¡Dios Santo!

Debo detenerlo antes de que sea demasiado tarde. Enseguida me armo de valor, vuelvo mi cara a él y nos quedamos de frente. Siento el baile erótico de sus dedos sobre mi espalda, a la vez que esboza una lujuriosa mueca, aún manteniendo aquella seriedad tan característica. Pero la seriedad que muestra no oculta el deseo, todo lo contrario, lo avive más.

Decido que, para poder enfrentarme al diablo, debo pensar y actuar como él. No funcionaria de

otro modo y he agotado todas las opciones. Como resultado, alzo mi seductora mirada y le sonrío de un modo juguetón. Empiezo a flirtear con él descaradamente, aun cuando percibo su desorientada, pero a la vez deseosa mirada.

Junto mi mejilla con la suya y llevo mis labios a la parte alta de su cuello y oreja. Incluso debo ponerme de puntillas, ya que es mucho más alto que yo. Doy rienda suelta a mis dedos sobre su duro pecho y atrapo el lóbulo de su oreja, mordiéndolo con suavidad.

—¿Qué quieres, ehhm? —hablo con un suspiro.

—Sabes lo que quiero…

Un poderoso jadeo sale de su garganta. Un intenso apretón hace que mi vello se erice cuando este me asedia entre sus brazos completamente, dispuesto a todo. En ese momento deslizo mi mano hasta su entrepierna y la dejo caer sobre sus testículos, sin pudor. Directa al grano. Le aprieto con determinación y mi cara se torna grave.

—Como no te apartes de mí en este momento, conocerás en primera persona lo que mi mano pueda provocarte —hablo decidida—. Y, sin duda, no será nada placentero lo que te haré… profesor.

CAPÍTULO 5



TÚ LO HAS QUERIDO

No consigo ver su cara, solamente escucho su respiración. Esperaba que se apartara sutilmente de mí, al amenazarlo de manera tan directa e inesperada, pero para mi sorpresa, ocurre todo lo contrario. Así es él, más impredecible que la vida misma.

Álex aprieta su mejilla contra la mía y lleva su mano a mi cabeza, pegando mi cuerpo al suyo completamente. Empieza a acariciar con sus dedos la parte posterior de mi cabeza y hasta estoy sintiendo sus nerviosos dedos jugar con mi cabello.

—Señorita Vega… —su voz suena apacible—. ¿De verdad cree que le temo? En realidad, me gusta sentir el tacto de su piel en una zona tan sensible…

Sigo con la mano anclada en sus testículos y, de alguna manera, el tiro me está saliendo por la culata.

—Deberías —le respondo demasiado sobria y aprieto los labios por la impotencia de sentirme atrapada de nuevo.

—Estás haciendo un papel que no encaja contigo, Aylin —continúa este con lascivia. Esa lascivia que emana por cada poro de su piel.

Mientras tanto, sigue acariciando mi cabello con sensualidad y uno de sus dedos recorre peligrosamente mi columna, descendiendo sobre mi piel y haciendo que mis terminaciones nerviosas reaccionen.

—¡No me conoces! —Alzo mi voz con rencor y aprieto sus partes bajas, amenazante.

—Oh sí que te conozco. Tanto que sé que no serías capaz de matar ni a una mosca.

¿Cómo es posible que una persona suene tan segura siempre, y al mismo tiempo que tenga tantas inseguridades? Porque Álex las tiene, aunque él no sea muy consciente de ello.

Pese a que sienta furia, evidentemente, no soy capaz de llevar a cabo mi amenaza. Y no porque no se lo mereciera. De hecho, lo que se merecería en este momento —fría y objetivamente hablando—, sería cortarle el maldito pene con las tijeras de cortar cuerda. Sí, con aquellas tijeras que yo misma iba a usar para suicidarme.

No soporto su actitud arrogante y su tono desafiante. No tolero la manera en la que se burla de mí y cómo me pone al límite reiteradamente, así que me convierto en un puñetero manojo de nervios. Entonces, coloco mis manos en su pecho y le empujo con fuerza, mientras doy un paso hacia atrás.

—Pues te sorprenderías, Álex. ¡La vida te cambia! Y tú deberías saberlo más que nadie. —Pienso en la horrible infancia que tuvo—. Aun así, ¡no tienes excusas! Porque hayas sufrido tanto en tu pasado, ¡no te da derecho a convertirte en un insensible y mala persona! —le recrimino irritada y levanto los brazos.

No me contesta. Su mirada se vuelve gélida y ni se inmuta, solamente me atraviesa con sus ojos de color carbono, color que en este momento incluso se me figura más intenso. No sabía que el color negro pudiera tornarse más oscuro todavía.

Simplemente me da la espalda y se mete debajo de la ducha. Se empieza a enjabonar velozmente, como si tuviera prisa. Ni una palabra de su boca, y de la mía menos. Asisto pasiva a la imagen que tengo delante. Visto lo visto, me apoyo en la pared de la ducha y espero que él

termine, ya que no me atrevo a dar ningún paso.

Finalmente termina con su ducha exprés y despeja la zona deprisa. Coge una toalla blanca con la misma actitud agría, se la envuelve en la cintura con movimientos toscos y sale del cuarto de baño. Todo esto sin mirarme y sin ejecutar el más mínimo gesto de acercamiento.

¡Menuda mañana!

Ahora me toca a mí. Intento relajarme bajo el flujo de agua caliente y al mismo tiempo pienso que mi cortante réplica ha hecho mella en él de alguna manera. Soy consciente de que he identificado su punto débil y me estoy dando cuenta de que su pasado es un arma que puedo usar fácilmente para alejarlo de mí, aunque suene cruel. A no ser que… él esté recurriendo a alguna estrategia para doblegarme.

En el fondo, hay una parte de su vida que me provoca tristeza y me llega al alma. No puedo sacar de mi cabeza el sufrimiento que este experimentó siendo tan solo un niño. Además, anoche en el despacho, me dijo que su verdadero infierno empezó cuando su madre se casó con su padrastro. ¿Qué quiso decir? Otra cosa más que tengo que averiguar.

«¡Maldita seas, Aylin!», pienso mientras me aclaro y me deshago del gel de ducha que, por cierto, huele muy bien. Un olor suave y embriagador a vainilla.

¿Acaso soy una jodida masoquista?

Debería estar aquí importándome un pimiento su vida, y sin embargo estoy pensando en averiguar más cosas de él. Al instante hago una mueca, a raíz de la frustración que estoy sintiendo y termino de ducharme. El dolor en mi labio superior me recuerda que esto es lo que sucede cuando una no está en su sitio y se acuesta con hombres casados. Y más cuando trata con una pareja de chiflados.

Me toco la mejilla.

¡Mierda!

***

Minutos más tarde, nos encontramos sentados en la parte trasera en un automóvil 4X4 de color oscuro, junto a dos hombres, los cuales observo por el rabillo del ojo. Uno es el chófer y el otro está ocupando el asiento del copiloto. Ambos tienen en común un grueso cuerpo, ya que son de constitución fornida y llevan trajes oscuros. Ninguna novedad. Y tampoco es algo novedoso el hecho de que, cuando llegamos al sitio, el mismo tipo llamado Robert agarra nuestras maletas. Este sale deprisa por una puerta trasera, mientras nos adentramos en el pasillo de la zona privilegiada del aeropuerto internacional de Boston.

Froto mis manos en mi regazo, intentando distraerme y no venirme abajo cuando recuerdo que me está secuestrando a la vista de todos, y yo sin poder hacer nada.

Álex ha permanecido en un silencio sepulcral durante todo el camino, solamente ha estado trabajando en algo con su tableta y hablando por teléfono de cosas que no entiendo. En una de las llamadas estaba conversando con Carlyle —lo ha nombrado dos veces—, uno de los socios mayoritarios de *AmExpress Co.* La conversación básicamente ha girado en torno a un trabajo que tendrá que realizar durante nuestra estancia en Canadá. Concluyo que aprovechará esta salida forzada para solucionar problemas de la agencia.

Y ahora me pregunto si las personas que conocí semanas atrás en el Hotel *Gold* tienen algo que

ver con aquel sitio, llamado *El Templo.*

—Abrígate, hace frio.

Es su escaso comentario. Acto seguido, me arranca el abrigo negro de lana de las manos para colocármelo encima de los hombros. Llevo puesto un vaquero negro, al igual que un jersey de color marrón y unas botas altas, tipo mosqueteras. Álex se ha asegurado de mandar a alguien para que me compre ropa esta mañana, y esto es lo que había en una de las bolsas de cartón. Conoce mi talla a la perfección, lo deduzco porque las prendas de ropa me quedan como un guante.

—Quiero ir al servicio. —Doy un paso a un lado.

Tengo la esperanza de que encuentre a alguien en el baño y pueda realizar una llamada urgente. Necesito hablar con la jodida policía.

—¡No es el momento! —Sus dedos de acero aprisionan mi codo.

—¿No puedo ir ni al servicio?

—Irás en el jet, queda poco —habla entre dientes.

De repente, me atrae a él, sin darme la opción de despegarme. Pero me sacudo con discreción y doy un gigantesco paso a un lado, mientras le oigo maldecir.

No puedo no mirarle de reojo mientras caminamos por el largo pasillo. Su intranquilidad y la manera en la que gesticula y habla con sus hombres mediante señas, al mismo tiempo que vigila el perímetro, hace que me sienta insegura y desubicada sobre lo que está ocurriendo. Su actitud cautelosa me indica claramente que estamos en grave peligro y que podríamos ser atacados de un momento a otro.

En el aeropuerto seguimos el mismo protocolo que cuando viajamos a Miami, con la única diferencia de que hay una gran distancia entre los dos —física y emocional—y que, por supuesto, nada es lo mismo. Nosotros no somos los mismos. Lo único que sigue igual son los agentes que nos acompañan y las seductoras sonrisas de las azafatas cuando nos ven llegar. Se empujan levemente con el codo y se arreglan el pelo con diplomacia.

Antes de instalarnos en el jet, les hace un gesto a otros cuatro *gorilas* que examinan la pista en la que nos encontramos, y los cuales se acaban de bajar de otro automóvil. Otro coche que parece un tanque y que nos ha seguido. Y, de repente, me acuerdo de algo.

¡Oh, Dios!

Le miro perpleja cuando este se quita las gafas de sol y las guarda en el estuche de cuero, haciendo que parezca que estoy experimentando un déjà vu.

—¡Lo sabías! —le acuso.

Presiona mi cintura, empujándome por las estrechas escaleras.

—¿De qué hablas?

Miro hacia atrás desconcertada, sin apartar la mirada de aquellos tipos que se han quedado en la pista, vigilando.

—Cuando fuimos a Miami sabías que te estaban buscando.

Nuestros ojos se cruzan y es como si la tierra se me fuera de debajo de los pies.

—No sé de lo que hablas.

Le dedica una crispada sonrisa al oficial de vuelo y a las azafatas. Yo ni siquiera saludo.

—¡Esos mismos hombres nos acompañaron hasta el aeropuerto la otra vez! —susurro—. ¡Y en Miami te mostraste igual de nervioso, te portabas como si en cualquier momento alguien estuviera a punto de atacarnos!

No puedo sacarme de la cabeza su agitada mirada antes de montarnos en el jet, o cuando bajamos del hotel para ir a dar un paseo por la playa. Recuerdo nítidamente su forma de analizar nuestro alrededor.

—Son mis hombres, es normal que nos acompañen. —Me da la espalda cuando ingresamos en la cabina, con los dos agentes detrás—. Es su trabajo.

Coloca su maletín sobre la mesa y saca un reluciente *iPad*, que combina el color negro y plateado. Mi eterno enemigo, junto al móvil.

—¡No mientas, Álex! —suelto entre dientes, olvidándome de que no estamos solos.

Su enfadada mirada hace que me dé cuenta del fallo que acabo de cometer, pero ya no me da tiempo a rectificar, y tampoco lo deseo hacer.

—¡Dejadnos solos! —ordena.

Agarra el respaldo de los gigantescos sillones del jet, ya que nos encontramos en el pasillo, con el ruido del motor de fondo.

—¡No vuelvas a llamarme por mi nombre, maldita sea!

—¿Por qué?

—¡Porque hay unas normas que hay que respetar!

—¡No estoy en el jodido ejército, y tampoco en la universidad!

—¡Peor! —Junta su cabeza con la mía—. Estás en mi territorio. Su dedo golpea su pecho con fuerza y parece un toro desatado.

—Por tu culpa… —murmuro.

—¡Eso da igual ya! —Quedo muda, está verdaderamente pirado de la cabeza—. Deberás acostumbrarte, ¿vale?

Respira cadenciosamente y veo que vuelve a apretar el respaldo del sillón blanco, mostrándose temible. A él lo sacude la rabia y a mí la desesperación.

—Pudiste hacerlo de otro modo, Álex —insisto—. ¡Te prometí que no contaría nada!

—¡Oh, demonios! —sisea con los ojos como platos—. Cuando vives como yo vivo, eso es lo que menos importa. Las palabras se las lleva el viento.

—Perdón… —musito y le empujo con el codo, dispuesta a tomar posesión de mi asiento—. Se me olvidaba que la palabra *moral* no entra en tu diccionario.

Se aparta, elevando los brazos rápidamente, y me deja pasar.

¡Jesús!

Me desplomo en el sillón con cara de asco y tiro del cinturón de seguridad, pese a que este se ha bloqueado y no hay manera de cerrarlo. Ojalá me tragara la tierra en este momento.

—¡Maldito cinturón! ¡Está bloqueado!

Los pensamientos me salen en voz alta.

—El cinturón no tiene la culpa. —Aclara su garganta y se inclina sobre mí deprisa.

Solo que, al no verle venir, levanto la cabeza y mi coronilla choca con su frente.

—¡Ohhh! —me quejo y le miro de morros, sintiendo todos mis músculos contraídos.

Pero a él no se le mueve ni una pestaña. Es tan jodidamente duro que ni siquiera se queja por el tremendo cabezazo que le acabo de proporcionar.

—Ya veo que tampoco se lleva bien con los cinturones, aparte de las patas de mi escritorio, señorita Vega.

Aprieta con fuerza el cierre metálico, el cual queda ajustado en mis caderas enseguida. Le lanzo una mirada de asesina declarada por debajo de las pestañas e intento huir de su boca, que está a solo unos centímetros.

Irgue su espalda y me deja con la palabra en la boca. ¿Acaso es su nueva forma de burlarse de mí, recordándome lo patosa que soy? ¿O tiene unas inexplicables ganas de bromear?

Veo que él también se deja caer en el asiento que hay delante de mí, desolado y nervioso.

—Y contestando a tu pregunta —dice—, no estaba informado de que me estuvieran siguiendo, eran solo rumores.

No respondo. No me creo ni media palabra suya, aunque al menos agradezco que me haya contestado. Giro la vista cuando los motores empiezan a sonar y comenzamos a movernos lentamente sobre la pista. Clavo mis ojos en el doble cristal de las pequeñas ventanas, pero no por mucho tiempo, ya que él sacude las cortinas de las ventanillas de momento, ocultando toda la luz que llega de fuera. Unos focos se encienden y suena el oficial de vuelo de fondo, ambientando nuestro despegue.

El viaje en avión me resulta demasiado pesado, no consigo centrarme ni siquiera en leer. Hay unas revistas a mano, pero son de moda y no me interesan. Me encuentro sin el móvil y no puedo escuchar música, tampoco ver noticias y mucho menos vigilar el movimiento de la bolsa de *Wall Street*. Y eso me mata.

De vez en cuando le dirijo la mirada, cohibida y deseando llegar ya al sitio que sea. Deseo desesperadamente librarme de su desconcertante presencia. Álex está sentado delante de mí, muy centrado en su tableta, dando contundentes sorbos a un vaso de un solo uso, el que supongo que lleva café.

—Necesito mi móvil.

Me armo de valor.

Carraspea y se lleva la mano al cuello. Tira sutilmente de su jersey de cuello alto. Hoy viste un traje gris oscuro, pero en lugar de una camisa, que es lo que suele llevar, viste un jersey de algodón de color negro que se moldea muy bien a su cuerpo.

«Demasiado bien…», quedo inmersa en mi análisis minucioso.

—Esto es lo único que te puedo ofrecer —responde y desliza una pequeña *Tablet* sobre la mesa que separa nuestros asientos. Ni rastro de mi jodido móvil.

Baja su vista de nuevo y sigue trabajando, pasando de mí tres pueblos.

—No la quiero.

Empujo el dispositivo. La verdad es que me entran ganas de tirarle la tableta de las narices en la cabeza, pero me controlo. La violencia no es algo que me caracteriza.

Me quedo dormida durante gran parte del viaje, y no me extraña. Las últimas veinticuatro horas han sido un vaivén de emociones y me siento agotada. Ni siquiera me doy cuenta de cuándo hemos llegado a la ciudad canadiense, solo siento su mano en mi brazo despertándome, al igual que sus dedos en mi cabello.

—¿Estás bien?

Me froto los ojos y simplemente me desabrocho el cinturón metálico. Hago un amago de agarrar mi bolso, pero no llevo bolso. Todas mis pertenencias las tiene él, junto a mi teléfono.

—¿Cuándo podré recuperar mis cosas? —pregunto medio dormida.

—Cuando entres en razón. —Me sigue fuera de la aeronave, tras agarrar mi abrigo.

Lo que suponía. Su cabezonería supera la mía, así que dudo que vaya a ceder.

Al salir fuera, el áspero frío de Toronto me golpea y me quedo helada. Al fin y al cabo, estamos en noviembre ya y la temperatura en Canadá es más baja que en Boston. Camino como si estuviera drogada a un automóvil muy parecido al que nos ha llevado al aeropuerto esta mañana. Nos ponemos en marcha, una vez instalados en la parte trasera. La misma actitud, los mismos gestos y el mismo silencio, por mi parte.

—¿Estás bien?

No le contesto, que saque sus propias conclusiones.

—En media hora llegamos a la cabaña —explica, sin pedirle ninguna explicación.

Nuestro destino en Toronto en realidad se encuentra fuera de la gran ciudad cosmopolita, apartado del bullicio de la gente. Tras poco más de veinte minutos de conducir por la carretera, veo que el autovehículo gira y entramos por un sendero, el cual comunica con un camino pavimentado, en lo alto de una montaña.

La fragancia de los pinos de distintas variedades, tanto en un lado como en el otro del camino, embriagan mis sentidos. Incluso puedo observar a lo lejos los picos nevados, que visten la montaña y los cuales deslumbran con su belleza y calma. Eso hace que recuerde con tristeza que en poco más de un mes será la Navidad.

Conforme nos vamos acercando más al sitio, observo maravillada que una suntuosa cabaña de montaña, fabricada de madera y piedra, se alza impetuosa detrás de los pinos.

Finalmente, el motor se detiene y los agentes nos abren las puertas. Levanto mi vista en busca de más detalles, a la vez que pienso que la mansión a la que me ha traído parece bastante acogedora. Me despierta curiosidad y deseo verla también por dentro.

—¿Cuántas casas tienes?

Me giro mientras subimos unos peldaños de piedra.

—No te gustaría saber —responde, todavía reticente.

Los hombres que nos acompañan se nos adelantan con rapidez y entran en la cabaña, sacando sus pistolas y tomando posición de ataque. Les miro alarmada cuando estos empiezan a inspeccionar cuidadosamente el interior de la elegante mansión rústica de dos planta y amplias ventanas. Una corriente me recorre desde la cabeza hasta la punta de los pies, al volver a ver un arma, y lo cierto es que todo esto me trae muy malos recuerdos. Posiblemente él lo esté notando, porque enseguida siento una de sus manos en mi espalda.

—No te preocupes, solo se están asegurando de que está todo despejado —explica de nuevo,

sin pedírselo.

Cruzo los brazos con nerviosismo.

—Os podéis retirar —indica—. En media hora nos vamos —añade y mira el reloj.

Los dos agentes que nos han acompañado hasta aquí guardan sus armas y simplemente se retiran con la cabeza gacha. Mi mirada se pierde en el marco de la puerta, que es por donde acaban de salir.

—¿Por qué no nos miran a los ojos?

—Porque no pueden.

Doy media vuelta y le taladro con una mirada suspicaz.

—¿Y por qué no pueden? —Le presto atención mientras él empieza a sacar varios dispositivos electrónicos—. Son tus empleados, no tus esclavos.

Noto con estupor que configura algo en el reloj digital que lleva en su muñeca, sumamente distraído. A continuación, levanta la vista, probablemente extrañado por mis palabras. Son las escasas palabras que le dirigiré mientras me tenga secuestrada en este maldito sitio, tan lejos de todo.

—No son mis esclavos —dice seco—. Lo hacen deliberadamente. Nos brindan respeto y…

—Y sumisión —completo—. Lo hacen todos tus empleados, ¿verdad? La mujer que me ha llevado el desayuno esta mañana se comportaba igual.

—No son mis empleados. —Deja de mirar el *Smartwatch* y lo tira sobre una mesa rectangular, que hay en el centro del salón—. Solo quieren protegernos y cuidarnos…

—Dudo que alguien ofrecería sus servicios gratuitamente —comento irónica y camino hacia la terraza que hay a un paso. Mientras tanto, miro de reojo el salón, dándome cuenta de que no me apetece mucho hablar del tema. Siento que mi cabeza explotará de un momento a otro.

Recorro la planta baja con la mirada: hay un amplio sofá en el centro, una televisión enorme en la pared, junto a una chimenea y también unas sillas con un toque moderno. Al lado, se encuentra una escalera de madera. Me quedo verdaderamente cautivada por las lámparas flamantes que están colgando del techo. Al girar la cabeza, hay algo que me llama demasiado la atención. Enfoco con la vista una majestuosa piscina de interior, la cual da a una espaciosa terraza. Me detengo en el borde y miro la superficie azulada y calmada.

¡Qué puñetas! Jamás se me ocurriría tener una piscina en el salón de mi casa.

La luz del débil sol queda reflejada en el agua cristalina.

—¿Te gusta?

Oigo su voz cuando me alcanza.

—Solo me sorprende —respondo.

Acto seguido, rodeo la piscina y me dirijo a la terraza de madera, en un intento de alejarme de él, pero también porque el aire fresco de montaña me está llamando como la miel a las abejas.

Admiro la manta de niebla que envuelve la montaña reflejada a lo lejos y juraría que lo que estoy viendo parce un cuadro pintado por un maestro. Es perfecto. También me doy cuenta de que no hay ni un alma cerca de esta mansión, puesto que no identifico ninguna otra casa cerca. Traerme aquí, en este lugar abandonado de la mano de Dios representa un plan idóneo. Su astucia hace acto de presencia una vez más.

—Me gustaría mostrarte la casa —tercia con voz apacible y se apoya en la barandilla.

Me aparto cuando su hombro roza el mío.

—No es necesario, gracias.

Más bien, no me hace especial ilusión.

—Nos quedaremos aquí unos días.

—Imagino. —Me giro—. ¿Y después?

Lleno mis pulmones de oxígeno mientras nuestras miradas se encuentran.

—Primero arreglaré las cuentas con Gambino, Aylin. Y después… —Inhala y exhalar el aire con fuerza— después recuperaremos nuestras vidas.

—Te estarás refiriendo a ti.

Sigo analizándole incrédula.

—No —niega—. Me refiero a los dos.

—¿Qué quieres decir con *arreglarás las cuentas*? —subrayo—. ¿Le pegarás un tiro?

—Espero que no sea necesario.

Apoya sus antebrazos en la barandilla y se inclina hacia adelante, perdiendo la mirada en el horizonte. La tensión podría cortarse con un cuchillo.

—¿Quieres un café? —propone—. Nos espera una tarde larga.

Asiento con la cabeza mientras resoplo por dentro, pero sé que debo mantenerme abierta para una conversación. Ya era hora de recibir respuestas a mis preguntas y quedar informada sobre lo que me espera.

Álex me indica acomodarme en el sofá y desaparece con pasos rápidos detrás de un muro. Lo persigo con la vista al entrar en una cocina abierta, separada solo por una barra de madera lacada. Oigo de fondo la cafetera, sin dejar de ojear las diferentes puertas que hay en la estancia. Pienso que igual, aunque me escape de esta casa, ¿adónde iría? La ciudad está demasiado lejos y no sé si podría fiarme para hacer autostop y montarme en el coche del primero que se me cruce por la autovía. Es más, él me encontraría antes de que llegue al final del camino de tierra.

—Aquí tienes… —habla en voz baja y coloca una taza de café en una mesita redonda que hay delante.

Agarro la taza con las dos manos y le doy un sorbo delicado al café templado.

—No me has preguntado qué café tomo.

—Café con leche fría, señorita —comenta con un intrigante brillo de alegría en su voz mientras toma asiento a mi lado.

—No recuerdo habértelo dicho.

—No hacía falta. Soy muy observador.

Coloca una mano en el respaldo del sofá, precisamente por detrás de mi cabeza. Cruza una de sus musculosas piernas por encima de su rodilla y persiste con su vista sobre mí, inspeccionando algo.

Su mirada hace que... ¡Oh, Dios! Que tiemble. Entonces, los nervios vuelven a acecharme y le proporciono un poderoso sorbo a la taza. Le lanzo una mirada ansiosa a la gran chimenea de

piedra que hay enfrente y pienso que, sorprendentemente, recuerda muchos detalles de mí.

—Debes descansar, Aylin.

—¿Dónde viviré? —voy al grano, sin querer perder el tiempo.

—Esta semana aquí, en mi humilde morada.

Mueve los brazos. Su respuesta hasta se me antoja sarcástica.

—¿Y después?

—Los dos viviremos en el Templo.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

—Dudo que haya algo que no sepas.

—Pues te equivocas.

—¿Y Berta, está bien? —quiero saber y la angustia de no saber cómo está mi familia y mi amiga vuelve a mí—. ¿Qué sabes de ella?

—Está bien. La trasladaron a otra habitación anoche, y también llevaron tus cosas ahí, no te preocupes —puntualiza—. Está todo en orden.

¿En orden? ¿Acaso se ha dado con algo en la cabeza?

—No, Álex, te equivocas —le contradigo—. Nada está en orden. Unos hombres nos están buscando para matarnos.

—¿De verdad crees que dejaría que te pasara algo malo? —Toca mi brazo—. Es cuestión de tiempo arreglar este asunto, ¿vale?

No doy crédito, pese a que suene sumamente sincero. Pero no.

«No, Aylin…», hablo conmigo misma. «No dejarás que se adueñe otra vez de tu mente»,

—Ya lo veremos.

—¿Puedes confiar en mí una vez más? —ruega.

—No suelo tropezar dos veces con la misma piedra.

—Yo decía lo mismo.

—No sé de qué me hablas.

—En Boston… —clarifica—. Mi único fallo fue haber ido detrás en la fiesta de Sander e insistir en que vuelvas conmigo.

Se me corta el aliento cuando observo su cara desfigurada, señal de que lleva una lucha interna que solamente él conoce.

—Discrepo —suelto y froto mis manos en mi regazo—. Me parece muy hipócrita decir que ese fue tu único fallo —recalco—. Yo tengo otra teoría. Jamás debiste proponerme ser tu asistente y mentirme.

Me sigue mirando con aquellas pupilas vacías y sus facciones se tornan raudas.

—No me arrepiento de nada de lo que ha pasado entre nosotros, ¿sabes? —Intenta atrapar mi mano, pero se la retiro enseguida.

Sé que mi corazón saltará de mi pecho en cualquier momento. Él sabe todo lo que provoca en

mí y se aprovecha para ponerme de rodillas una vez más.

—¿Y las clases? —Debo mantener la mente fría—. Mañana vamos a faltar.

—Es lo que menos me importa ahora mismo.

—Pero a mí no. —Me rasco la frente, sumida en la misma sensación desalentadora que llevo experimentado desde anoche—. ¡No es normal todo esto que está pasando!

—Están informados de que estamos de viaje. Brighton es un hombre de mi confianza.

—El señor Brighton… —Entreabro los labios—. ¿Estás manejando hasta al rector?

—Simplemente nos llevamos muy bien.

Enseguida sospecho que hasta el señor Brighton, al que tanto respeto le tengo, es un potencial cliente de *Álympos*.

«¡Santo Cielo! Son todos unos jodidos pervertidos».

—Con razón que te tienen tan consentido —digo cortante—. Tu despacho, el whisky, faltar a clases… —continúo.

—No es nada de lo que imaginas, Aylin —aclara mientras pone los ojos en blanco—. Las veces que he faltado siempre ha sido por trabajo, charlas y conferencias.

Y en el fondo le creo. Sería injusto de mi parte quitarle el mérito. Álex sigue siendo uno de los mejores —sino el mejor— en su campo, aunque viva una doble vida y sea un pirado de la cabeza.

—Además, es innecesario preocuparte tanto.

¿Innecesario? Le miro con cara de idiota, sin dar crédito.

—Tenemos libre en la universidad hasta el viernes —continúa—. El próximo lunes retomaremos nuestra rutina, créeme, todo se arreglará hasta entonces.

¿Todo? ¿Es esto en serio?

—Todo a excepción de una cosa —matizo—. Te recuerdo que firmé un documento que no leí.

—Hablaremos en la comida, ¿de acuerdo? —suspira—. Ahora no hay tiempo, nos debemos ir.

Se pone de pie como un cohete y retoma su reloj inteligente, dejando de prestarme atención.

—¿Dónde está el servicio? —pregunto.

Hace una señal con la mano, indicándome el camino hacia la primera planta y, acto seguido, subimos por las escaleras de madera hasta un dormitorio que queda precisamente enfrente.

—Aquí dormiremos y el servicio está a la derecha —explica distraído—. Nos vamos enseguida, ¿vale?

¿Dormiremos?

¡Maldita sea! Me apoyo contra la puerta del servicio impoluto en el que me encuentro. No habrá manera de librarme de él ni aquí y ojalá pueda llamar a la policía lo más pronto posible. Agradezco turbada de que al menos en Canadá hablan mi idioma.

—¡Date prisa! —grita desde fuera.

Me seco las manos con mejillas enrojecidas y lanzo una fugaz mirada en dirección a la cama con dosel, que se encuentra en medio de una pared tapizada.

—Luego tendrás tiempo de descansar, ¿vale?

—¿A dónde vamos exactamente? —pregunto de morros.

—A comprar ropa y a cenar fuera. Te llevaré a uno de los restaurantes que más me gusta de Toronto.

Arquea la comisura de sus labios en una bonita sonrisa.

Yo, en cambio, me siento como una marioneta en sus manos, y él tirando de los hilos.

***

Una hora más tarde, nos encontramos caminando en una calle comercial de Toronto, seguidos del par de porteros camuflados que nos acompañan a todo paso. Las calles están repletas de personas y comercios de todo tipo. Algunos incluso están arreglando los escaparates de sus tiendas para la llegada de la Navidad, adornándolos con diferentes figuras. Los árboles navideños están a doquier.

Una de las fragancias que más adoro es el olor a pino y su inigualable aroma me recuerda al momento favorito de mi familia. Unas semanas antes de Nochebuena siempre me junto con mis padres alrededor de la chimenea, sacando cajas y cajas de figuras del trastero. Dedicamos una tarde entera a adornar nuestro árbol, entre risas, té de jengibre y galletas de vainilla y coco, con la melodía de los villancicos de fondo.

—Puedes entrar en cualquier tienda que te apetezca.

Oigo su repentina voz y eso hace que despierte de mi nostálgico letargo.

—Con lo que me he traído es suficiente.

—Te hace falta ropa, solamente tienes lo que llevas puesto y aquí hace mucho frío.

En eso tiene razón. Prácticamente hemos viajado casi sin maleta y las temperaturas son mucho más bajas que en Boston. Hoy en particular hace un frío terrible, señal de que nevará en breve. No solamente nosotros notamos el frío, los agentes llevan la cara morada y resoplan agitados en la palma de sus manos.

—¿Siempre van a ir con nosotros? —pregunto y miro incómoda hacia atrás.

—Por ahora sí —dice brevemente—. ¿En qué tienda quieres comprar? Llevamos unos minutos andando y no te has decidido por ninguna. —Se pasa la mano por el pelo, sin dejar de vigilar la acera, al igual que lo están haciendo sus hombres.

—He dicho que no es necesario —hablo convencida.

—Y yo he dicho que sí, es necesario, Aylin —susurra acelerado—. No puedes ser tan terca.

Posa sus brazos sobre mis hombros y me taladra con aquella sombría mirada, que hace que sienta mi sangre fundir mis venas. Cada vez que noto su tacto, mi maldito corazón parce que se me va a salir del pecho, de modo que intento evitarle. Su apariencia tampoco ayuda mucho y, desgraciadamente, siento una fuerte atracción física. La elegante chaqueta deja entrever el cuello de una camisa por debajo de un jersey oscuro. El jersey, que queda hermosamente ajustado en su torso y las gafas de sol, las cuales se amoldan como un guante, no ayudan en nada. Todo lo contrario, el conjunto en sí hace que ahora mismo se vea demasiado irresistible.

—Además… —agrega— mañana deberás verte elegante, nos han invitado a una cena. Así que, decídete por una tienda —insiste.

¡Mierda!

¿Cómo le digo que no tengo nada de dinero, y que tenía 20 dólares en la cartera? Bueno, cartera que ni siquiera llevo, está en el bolso que me quitó. Y al pensar en esto, no puedo evitar no ponerme furiosa de nuevo.

—Estoy esperando —insiste con el ceño fruncido.

Aprieto los labios con un gesto tosco y me doy la vuelta enfurecida, al saber que no dará su brazo a torcer y me obligará a comprarme ropa, como si ahora mismo no tuviéramos nada mejor que hacer, salvo ir de compras.

¡No sé en qué jodido mundo vive él, pero yo dentro de nada tendré exámenes y me estoy quedando atrasada con todo por su culpa!

¡Odio ir de compras! Me humecto los labios desconcertada mientras escaneo los precios y los escaparates, él siguiéndome de cerca.

—¡Vaya pérdida de tiempo! —siseo.

—¿Has dicho algo?

No respondo, pero analizo. Al instante, mis ojos se topan con el escaparate de una tienda asequible, juzgando por la etiqueta de los precios, de manera que planeo entrar. Una vez dentro, le diré que no me gusta nada. No quiero verme en la situación de que él me compre más ropa y que así se sienta con aún más derecho sobre mí. ¡No quiero deberle ni medio centavo!

—Aquí mismo.

Me lanzo hacia la puerta, pero él me frena con brusquedad.

—Me parece que aquí no vas a comprar. —Oigo su voz gutural.

—¿Y por qué no? —pregunto desorientada.

—Porque no me parece.

Le echa un vistazo al letrero.

—La ropa es para mí y yo decidiré.

—Es una tienda demasiado barata, no tiene calidad —comenta—. Seguro que la tela es muy básica.

—Yo decido dónde voy a comprar… Álex —digo soberbia, recalcando esto último.

Sé que le fastidia que le llame así delante de sus hombres, aunque en realidad, estos están alejados y no están oyendo nuestra conversación.

—¡Escúchame bien! —Sus manos descienden a mi cintura y me acorrala completamente mientras inclina su cabeza sobre la mía y me habla en el oído—. Una diosa siempre deberá ir bien vestida, es parte del protocolo. Para los dioses de *Álympos*, la calidad y el placer priman. No hay cabida para lo mediocre y deficiente. Nos gusta… —Su voz ronca me intimida— y podemos.

Abro la boca ante tan descabellada afirmación. Un enorme nudo se me instaura en el pecho y me pregunto mentalmente qué otras normas sinsentido deberé cumplir.

—Quizás también deberíais guardar un hueco para la humildad, en ese dichoso protocolo.

—Por supuesto… —Aprieta sus dedos en mi brazo—. No me esperaba a otra cosa de tu parte. Y ahora… ¡andando!

¿Qué?

Mueve su cabeza con disimulo, sin dejar de mirar a todas partes. Su rostro diabólico ha vuelto y la amabilidad ha desaparecido. Tira de mi brazo, haciendo que le siga deprisa por la acera. El lado demandante y desafiante vuelve a salir, lado que lo único que me provoca es más odio y repulsión hacia él.

—¡Álex! —murmuro cerca de su cuello—. No quiero que me compres nada, ¿ha quedado claro? —dictamino con violencia.

Por su parte, se me queda mirando por un instante y después vuelve a hablar en voz baja, disimulando delante de sus hombres.

—No, Diosa Afrodita —recalca aquel nombre que me produce escalofríos y que no sé cómo interpretar—. Yo no te comparé nada —sigue—, comprarás con tu dinero.

—¡No soy ninguna maldita diosa y no tengo dinero para ropa cara! —espeto irritada.

En realidad… ¡carajo! No tengo dinero ni para un *Chupa Chups*.

—¡Oh, sí tienes! —Me obliga a entrar en una tienda sofisticada, cuyo letrero se ve elegante—. De ahora en adelante, tendrás dinero para comprarte lo que te apetezca.

«¿Es que este hombre se ha dado un porrazo en la cabeza?», pienso confusa.

Barro con mi vista el interior del comercio sumamente desubicada, el nombre de la tienda no me suena, pero no es nada raro. No soy una comprendida de las marcas de ropa o tiendas *top* de moda, solamente me conozco las más populares.

—Buenas tardes.

Suena una voz al fondo e identifico a una señora morena, la cual nos recibe con una amplia sonrisa.

—¿En qué les puedo ayudar?

La mujer habla y gesticula de un modo refinado.

—Buenas tardes —saluda Álex—. Deseamos algo para la señorita. De la mejor calidad.

A la dependienta se le ilumina la cara.

—Por supuesto. —Me mira con interés—. Pasen por aquí. Hay muchos modelos que la señorita podrá probarse.

Nos indica seguirla con un gesto y se da la vuelta. Álex aprisiona mi codo y me amenaza con la mirada. Acto seguido, comenzamos a caminar detrás de ella, pero no me quedo conforme con la situación y entonces me detengo bruscamente y le doy un severo tirón.

—¡Explícate! —murmuro cuando hayamos quedado a una distancia considerable de aquella mujer—. De lo contrario, ¡no me probaré ni una jodida prenda!

—¡Shhh!

Me calla al instante y lleva su dedo índice a mi boca.

—¡Por el maldito Zeus, Aylin! —se lamenta—. Hablas demasiado otra vez.

La sangre me hierve en las venas y únicamente soy capaz de lanzarle una mirada asesina, mientras me detengo completamente. Me niego a avanzar y estoy por darme la vuelta. Este lo nota y hunde sus dedos en la tela vaquera, apretando mis caderas.

—¡Como no te pruebes la ropa, yo mismo entraré ahí contigo y te obligaré!

Repentinamente, la mujer gira la cabeza y nos mira preocupada.

—¿Va todo bien?

—Estupendo, de hecho… —le responde este con la misma cordialidad y calma que siempre muestra.

Nos mira atenta y finalmente nos sonríe. Nosotros también le sonreímos suavemente, es más, nos sale la típica sonrisa falsa que mostramos en las fotos.

—Muy bien, ¡síganme! —añade.

¡Mierda! Álex me empuja disimuladamente y no me queda otra que caminar.

—En esta zona se encuentran nuestros artículos de ropa, lencería y zapatos más exclusivos. —Nos señala los diferentes apartados, repletos de perchas y ropa perfectamente doblada, iluminada por la multitud de focos—. ¿Algo en particular que la señorita prefiera?

—No, gracias —le corto, deseando seguir con la charla con él—. Miraré primero.

—De acuerdo, cualquier cosa que necesiten, me llaman —avisa con amabilidad y nos regala su mejor sonrisa—. También les invito a que tomen una copa de champán mientras disfruten de su paso por nuestra boutique.

«¡Champán es lo que me faltaba, por Dios!».

Tras señalar una bandeja donde hay una cubitera con una botella de champán y varios vasos, la morena se retira al fondo, hacia la caja.

—La ropa se ve muy bien —manifiesta este con las manos en los bolsillos y examina las distintas perchas de ropa y lencería.

Yo también escaneo la tienda velozmente, pero me planto delante de él con una insufrible curiosidad en el cuerpo. La intriga me mata literalmente, ya que no sé a qué narices se ha querido referir con su discursito de los jodidos dioses.

—¿Qué has querido decir antes?

—No sé de qué me hablas.

—¡De la tarjeta!

—Tendrás una tarjeta bancaria que podrás usar a tu antojo —replica para mi gran sorpresa.

—¿Qué?

Juro que no entiendo ni media palabra de las que pronuncia este hombre chiflado. De hecho, parece un cliché, una y otra vez. Palabras y más palabras vacías, todas ellas incomprensibles para mí, pero las cuales suenan tenebrosas en mi cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Aylin, ya eres la diosa Afrodita y, por ende, posees una gran cantidad de dinero. —Me mira desde arriba con arrogancia—. ¿Y ahora podríamos continuar?

Abro la boca y le miro pasmada. Me estoy quedando petrificada, por lo que mantengo mi respiración. Tengo cada día más claro que seré una prostituta en *Álympos*.

—Álex…

Las palabras no me salen y me llevo una mano al pecho, sumamente afligida. Siento un repentino mareo y lo veo todo borroso. Las rodillas no me responden, los oídos me pitan y simplemente empiezo a temblar.

—¿Quieres decir que el clan me va a pagar por mis servicios, por… follar con los clientes? —

pregunto horrorizada y directa, tan directa como nunca lo he sido. Sin pelos en la lengua.

¡Oh, Jesús!

Me quedo sin aliento cuando veo que él abre los ojos como platos.

—¿De qué estás hablando, Aylin? —pregunta con voz áspera y me agarra los brazos, visiblemente irritado—. ¡El único que te va a follar voy a ser yo!

Respiro con fuerza y se me queda cara de imbécil. Imbécil nivel dios. ¿O diosa? Frunzo el entrecejo, sin saber si creerle. Es tan difícil creerle. Y en cuanto a lo otro… ha manifestado una vez más su deseo de llevarme a la cama y sin, duda él es el perfil de persona que consigue todo lo que se propone.

—¡Estás loco!

—¿Podemos continuar ya?

—¡Necesito que me expliques cuál es mi papel ahí! Y también necesito mi móvil —suelto atrevida, harta ya de que él me prive de mis pertenencias.

—Esta noche te explicaré — articula.

A continuación, levanta una mano y mira a la dependienta, avisándole mediante gestos de que está todo en orden. Luego, asedia mis caderas cuando quiero darle la espalda y tener un momento de libertad. Me acerca a él vertiginosamente y siento aquel aroma masculino que desprende.

—Además… si quieres tu móvil, tengo una condición.

Observo que fija con la vista algo detrás de mí. Noto su respiración acelerada en mi cara y su mirada obscena, señal de que la chispa de la excitación y el deseo vuelve a nacer en él. Conozco muy bien aquella dominante mirada. Sus pupilas brillan.

—Sorpréndeme… —balbuceo.

Elevo mi barbilla.

—Te pondrás algo para mí esta noche. Y si es de cuero… mejor —añade con voz demasiado sensual e insinuante.

Mis ojos recaen sobre sus labios cuando este se los humedece con suavidad, a la dulce espera.

¿Qué es lo que acaba de decir? ¿Acaso me está proponiendo lo que creo que me está proponiendo?

«¡No puede ser!», pienso consternada.

Pero su mirada y gestos me lo indican con claridad. Está mirando algo que hay precisamente detrás de mí. Me doy la vuelta y enseguida identifico el apartado de la lencería. Ya lo entiendo y también entiendo que no está bromeando en absoluto. A pesar del gran problema en el que estamos, él sigue tensando la situación y poniéndome al límite, incluso haciéndome este tipo de propuestas.

Me cruzo de brazos y le sujeto la mirada.

—Te equivocas amargamente si piensas que esta noche me pasearé delante de ti como si fuese un trozo de carne listo para comer.

—La verdad es que me muero de ganas de comerte —sonríe de un modo extraño, pareciendo sumamente divertido—. Seguro que sería el trozo de carne más sabroso que me habré comido en mi vida.

Deja entrever sus dientes, sumamente raro en alguien como él, que gran parte del tiempo parece que te va a asesinar y va a tirar tu cuerpo por ahí. Pero a mí no me hace ni chispa de gracia.

—Pues no vas a probar ni un milímetro de ese trozo, señor.

Estoy hasta la coronilla de sus perversas insinuaciones y gestos.

—Entonces te quedas sin tu móvil, señorita —dice flemático y se encoje de hombros.

«¡Ahhhhhh!», grito desesperada y abro los párpados, demasiado aturdida. A continuación, elijo sonreír en vez de seguir discutiendo con una roca con patas.

—¡Quédatelo, no lo necesito!

Me doy la vuelta con arrogancia y me dirijo a los distintos puestos de ropa, evitándolo. Las rodillas me tiemblan por la impotencia que siento y un suave rubor surge en mis mejillas, al pensar en lo que le acabo de decir. Enseguida me avergüenzo por mi afirmación, la cual representa una vil mentira.

¡Claro que necesito mi móvil! Este hombre que hay delante de mí y que desconozco, está jugando conmigo y no está manteniendo su promesa. Continúo culpándome por dentro. Mi inocencia llega a tal extremo, que he confiado en él ciegamente y le he creído cuando esta mañana ha prometido devolverme el teléfono, llegados a Toronto.

Me ha vuelto a defraudar. Una vez más.

Intento librarme del nudo que se me ha formado en el pecho, por la gran decepción que siento y sé que debo distraerme para evitar el ataque de ansiedad que me acecha. De momento empiezo a elegir prendas, alternándolo con sutiles miradas de reojo. Veo que Álex está sentado en un pequeño sofá marrón y está escribiendo un mensaje. Algo que no me sorprende.

Me muevo agitada de un puesto a otro, sintiéndome agónica y sin opciones. Aunque, pensándolo bien, si él me desafía, afirma que tengo una tarjeta y, según su turbada mente, soy la Diosa Afrodita, entonces…

—¡Que empiece la diversión, qué puñetas! —susurro convencida y me llevo un dedo a los labios.

Es como si unos cuernos imaginarios de diablo me estuvieran creciendo en lo alto de la cabeza. Empiezo a inspeccionar los distintos precios, sin perder más el tiempo. Los precios están como para darte un buen mareo, de modo que elijo echar a mi lado angelical y considerado de una patada y agarro las prendas más costosas que me encuentro.

«Me parece que lo arruinaré», murmura la versión maquiavélica de mi conciencia. Si eso fuese posible, por supuesto. No sé a qué cantidad de dinero ascienden sus cuentas. Aun así, lo arruinaré hoy, al menos.

Empiezo a elegir prendas de ropa y cargar con perchas compulsivamente, incluso sin pensar si me gustan o no. Mientras tanto, aprieto la boca, verdaderamente desquiciada y mirándole de refilón. Sigo dándole vueltas en mi cabeza, ideando el plan perfecto para llegar hasta un puesto de policía o pedir ayuda.

«¡Piensa, Aylin, piensa!», me repito por dentro, con los sesos taladrados, y cargada de prendas hasta la coronilla, pareciéndome a un árbol de Navidad. Pero nada se me ocurre…

O sí.

Detengo mi mirada sobre algo. Hay algo que me llama mucho la atención en la zona de la lencería. Entre todos aquellos conjuntos lujuriosos y de telas sofisticadas, observo uno

verdaderamente interesante.

Muy interesante, de hecho.

Me acerco disimuladamente y lo analizo. ¡Ohhh! No me lo puedo creer. Encima de cuero. ¡Es perfecto!

Sonrío diabólicamente. Mi conciencia está aplaudiendo ahora mismo y todas mis neuronas están festejando.

A continuación, camino con pasos insinuantes hacia él e intento controlar mi voz, para no delatarme.

—Trato hecho.

—¿Qué has dicho?

Desvía su vista de la pantalla y me mira, interrogativo.

—He dicho que estoy de acuerdo —afirmo—. Esta noche me pondré algo especial para ti.

«Quieres jugar, entonces juguemos».

Elevo mi barbilla con coqueteo, seduciéndolo mediante gestos y miradas. Juego con un mechón, quedando más que complacida cuando Álex mueve delicadamente la comisura de sus labios. Leo el triunfo en su rostro.

Bueno, que disfrute mientras pueda.

—¿Champán? —Me guiña el ojo.

«Tú lo has querido, gran dios Ares», hablo con mi subconsciente.

—Champán —respondo.

Haré que se arrepienta.

CAPÍTULO 6



CUANDO EL APRENDIZ SUPERA AL MAESTRO

—¿Te gusta la carne?

Me fija con la vista, tras trocear con precisión un imponente bistec. Es perfeccionista y atento a los detalles hasta para comerse un puto trozo de carne a la brasa.

Nos encontramos en un restaurante- brasearía en Toronto, cenando, después de guardar las varias bolsas de ropa y zapatos en el coche. Unas copas de vino tinto reposan sobre la mesa al lado de los distintos platos de carné. Observo que él está acariciando el pie de su copa con la yema de los dedos lentamente, mientras me fulmina con aquella mirada inquietante.

Asiento con la cabeza e intento no dejarme embaucar esta noche. No sé si hace ciertos gestos a propósito, para insinuarme algo, o porque mi cuerpo responde a todos los estímulos que llevan su nombre. Y confieso que el vino tinto está haciendo estragos en mi cabeza, ya que noto mis mejillas encendidas. Es un conjunto de todo y pasar tiempo con él hace que me sienta asfixiada, aunque intente disimularlo.

A continuación, procuro centrarme en la gente que hay en el restaurante, pero no consigo distraerme. Me llama la atención el movimiento que realiza con su boca mientras mastica, o cómo arquea o aprieta los labios de vez en cuando. Me fascina la manera en la que me mira, su voz tan grave, cómo carraspea cuando está confundido, su manera de meter las manos en los bolsillos, y su mala costumbre de susurrarme cosas en el oído. Pero lo que le hace sumamente irresistible son sus abrazos y besos. La manera en la que abarca cada milímetro de mi cuello con sus labios, la intensidad que emana mientras que me hace suya...

Cierro los ojos y tenso mi espalda, apartándole la mirada al instante. Mis pensamientos son demasiado traicioneros y peligrosos. Ahora mismo, ceder delante de él sería como si le diera un mordisco a esa manzana prohibida del Jardín del Edén y desatara todo lo que vino después. Y lo cierto es que él... Álex —o quién puñetas sea—, es una verdadera serpiente. Y yo... yo tengo que ser más fuerte que Eva.

La realidad en todo esto es que me tiene retenida en otro país en contra de mi voluntad y me obligó a subyugarme a algo que desconozco. Todavía me queda la duda de lo que fue lo que le pasó realmente a aquella mujer. Elizabeth Stuart. Su nombre produce un fuerte eco en mi cabeza y los pensamientos escabrosos no desaparecen, por más que lo intente.

¿Y si esa mujer se negó a ingresar en *Álympos*? ¿Y si ella se negó a firmar? ¿Y si él la asesinó y tiró su cuerpo al rio? ¿Yo hubiese tenido el mismo destino?

Tengo que entrar en razón y mantenerme firme.

—Estás demasiado callada —habla suspicaz—. ¿Estás bien?

—Sí... —digo— no... —suspiro—. Claramente, no estoy bien.

Este se inclina sobre la mesa con una ceja en alza y cruza sus manos sobre el mantel azulado.

—Adelante, haz las preguntas, Aylin. —Me invita—. Sé que tienes muchas, yo estaría igual en tu lugar.

—Pero no lo estás.

—Lo estuve —me corta inesperadamente.

—También te obligaron... —aclaro mi desconcertada voz—. Fue tu padrastro, ¿verdad?

—¿Obligarme? —Le da un sorbo elegante a su copa de vino.

—En el fondo lo suponía y yo…

—Esta es la vida que siempre conocí, no podría vivir de otro modo —interviene, sin dejarme terminar.

—Me dijiste que tu infierno comenzó cuando tu madre se casó con tu padrastro —puntualizo.

—No solucionamos nada revolviendo el pasado —responde y sé que no me contará nada, por más que le insista.

Tiene razón. Quizás debería centrarme en el presente, más que en el pasado y, sin duda alguna, mi nueva situación requiere esta conversación con urgencia.

—¿A qué te referías antes, cuando me has dicho que tengo una tarjeta?

Le miro concentrada. Intento masticar el trozo de carne que acabo de llevarme a la boca y así intentar ocultar el hecho de que estoy comiendo a duras penas. En realidad, mi plato está casi igual que cómo me lo han traído.

—Es obvio.

—No, no es obvio —digo seca y le doy un sorbo a mi copa.

—Se te pagará por tus servicios, Aylin.

—Pero no quiero que se me pague, ni siquiera quiero estar dentro —replico tajante.

—Todos los dioses tenemos esa tarjeta —matiza—. Se te ingresará una cantidad mensualmente. La cantidad dependerá del rango y el tiempo de permanencia en el clan.

—¿Cuándo podré salir de ahí?

—Nunca —decreta tan jodidamente tranquilo.

En el fondo, podía suponerlo. Soy ingenua, pero no estúpida. Sin embargo, es bastante complicado oírlo de su boca y que quede confirmado, agotando las últimas esperanzas que tenía.

Toso, ya que la comida se me queda atorada en la garganta y seguramente también me ha subido la tensión.

—Es de lógica —añade este calmado, al notar mi silencio. Le miro con estupor—. Cualquier persona que quisiera salirse podría contar sobre *Álympos*. A lo que nos dedicamos...

—Pero cualquiera que trabaja ahí podría hacerlo. —Me inclino sobre la mesa y ladeo la cabeza —. Estos mismos tipos que nos acompañan…

—Jamás nos traicionarían —argumenta—. Son devotos de *Álympos* y juraron fidelidad.

—¿Todos? —pregunto escéptica.

¡Menuda mentira!

—Las personas que trabajan en *El Templo* firmaron un contrato de confidencialidad y, además, gran parte no tienen otra información más allá de que es una casa de… —hace una pausa— BDSM. No saben quién o quiénes la lleva. Y tampoco saben otras cosas...

Se refiere al tráfico de sustancias estupefacientes. Reflexiono y recuerdo sus palabras. Anoche dijo que él es uno de los *doce dioses olímpicos*.

—¿Y quiénes la llevan aparte de ti y Lorraine?

—Les conocerás a la vuelta —responde con el mismo tono de voz neutro; esa voz que me saca

de quicio.

Corrige su postura y su ancha espalda toca el respaldo de la silla.

—¿Cuándo será eso?

Rezo en mi cabeza de que sea pronto, porque eso significará que estaré de vuelta a EEUU.

—Si todo sale bien, el jueves.

Permanecemos en silencio por unos minutos.

—Pregúntalo ya, Aylin… —habla incitante—. Pregunta ya lo que más te interesa y que tú y yo sabemos.

Otra vez aquel tono.

—¿Cuál será mi papel?

Agarro el filo de la mesa y noto las gotas de sudor sobre mi frente y cuello.

—Deberás estar presente en los rituales de los sábados y en las juntas que tenemos los jueves. —Aclara su garganta, dispuesto a hablar—. Recuerda que *El Templo* es una casa de placer. Tendrás acceso a todas tus fantasías y tanto yo, como los *pornos* estamos dispuestos a todo para complacer a una diosa —esto último lo dice muy sugerente.

—¿*Pornos*?

¿De qué carajo está hablando? Parpadeo deprisa y respiro agobiada. Es impensable lo que acaba de afirmar y me están entrando nauseas. Todo lo que me está contando parece irreal, inmoral y tan jodidamente… doloroso. Por un momento, mi corazón ha querido olvidarse de que una de sus fantasías es verme en la cama con otro… u otros.

—Son nuestros hombres del Olimpo.

—Pensaba que era un sitio donde solo había mujeres ofreciendo sus servicios.

—No —niega y junta los labios—. Te estabas equivocando. Dentro de nuestra clientela, hay hombres y mujeres con todo tipo de necesidades y fantasías.

—Entonces no hay solo prostitutas en el *Álympos* —digo pasmada.

Le proporciono otro sorbo profundo al vaso de vino que tengo delante, para fortalecerme y ser capaz de enfrentar la realidad.

—En el Olimpo las llamamos *heteras*.

Me río.

—¡No me las pintes de otro modo! —agudizo mi voz—. Son mujeres que aceptan un sueldo a cambio de ofrecer sus servicios. Seré inocente, Álex, ¡pero no soy tonta!

—Llámalo como quieras —contraataca—. Aparte del dinero, también buscan otras cosas. Son promiscuas y aman el libertinaje y las sensaciones fuertes.

—Como tú… —susurro.

—Como yo —completa con la misma mirada desafiante—. Algunas incluso ni siquiera necesitan el dinero. Quieren ser parte de nuestro mundo y adoran pertenecer a algo tan poderoso como lo es *Álympos*. Eso si pasan las pruebas, por supuesto.

—Entonces comprendo que todos están ahí porque quieren.

—Así es.

Aprueba con la cabeza suavemente, mientras sigue acariciando el pie de su copa de vino.

—Todos, salvo yo —recalco.

—Tú, a diferencia de los demás, sabes más de lo que debes.

—No sé por qué, pero... —Me apoyo en un codo y tenso los párpados, lanzándole una mirada fija—. Me suena a cuento chino.

De repente, él se pasa la mano por la cabeza, intentando contener unos evidentes nervios.

—¿Hubieses preferido hacerte desaparecer, ehhh? —Se inclina sobre la mesa y exhala el aire con fuerza, un tanto irritado.

—A la vista está que no hubieses sido capaz —le recuerdo—. ¿Es lo que soléis hacer cuándo os veis amenazados? —digo intimidante y apoyo mi barbilla en mi puño—. ¿Recurrir a la vía más fácil?

—Para mí eso no representa la vía más fácil, todo lo contrario. Es lo último a lo que me gustaría recurrir.

—¿De verdad piensas que la policía no se enterará de esto, tarde o temprano? ¿O que no te echarán de la universidad?

Una repentina preocupación me carcome. La confesión de aquel mafioso hace mella en mí y no me puedo imaginar que él podría acabar entre rejas, a pesar de todo. Sé que sufriría mucho y, aunque no quiera ser parte de su vida, tampoco me gustaría que él acabara preso. O peor todavía, bajo tierra.

Un fuerte jadeo sale de su garganta y también apoya su codo sobre la mesa, quedando a unos pocos centímetros de mi cara.

—Aylin, la policía es uno de los órganos más corruptos que puede haber sobre la faz de la tierra.

Intento deshacerme de la abundante saliva que se ha acumulado en mi boca, todavía impactada por sus palabras y preguntándome con quién narices estoy compartiendo la cena esta noche.

—¿Puedo preguntarte algo?

—A estas alturas... ¡adelante!

Aclara su voz salerosa y vuelve a llevarse la mano al cuello y tira de su jersey.

—¿Por qué?

—¿Por qué… qué? —Noto su perplejidad y soy consciente de que mi pregunta lo descoloca.

—¿Por qué formas parte de esa se…? —Me detengo.

Jamás reconocería delante de mí que forma parte de una jodida secta.

—Mejor no sigas.

Pero yo sigo. No podría simplemente morderme la lengua y no saber la verdad, o al menos su versión de los hechos.

—¿Te gusta de verdad este mundo? —pregunto intranquila— ¿O es que no era suficiente el dinero que estabas ganando en la universidad y en la agencia?

—Por supuesto que esto no tiene nada que ver con el dinero.

—¿Entonces? —insisto asombrada y me quedo a la espera —No entiendo, los narcotraficantes

lo hacen por el maldito dinero y por el poder. ¿Tú por qué lo haces?

Alzo mi tono de voz, sin siquiera percatarme de ello, debido a los nervios.

—Shhh… —Me hace una señal con la mano y mira hacia un lado, mientras tensa su mandíbula —. Por placer… —concluye.

¿Por placer? ¿Acaso piensa que soy idiota?

Su mirada se me antoja más opaca que minutos atrás y no es difícil darme cuenta de que me esquiva de manera evidente. Empieza a repasar el alrededor con su nervuda mirada, y finalmente, junta las manos debajo de la barbilla. Coloca ambos codos en la mesa.

—¿Has terminado de comer?

Baja su vista a mi plato.

—Es por el sexo, ¿verdad? —hablo deprisa—. Dijiste que eres adepto del sexo no convencional y ahí lo encuentras fácilmente.

De repente, su mano atrapa la mía y tira de mi muñeca hacia él. Las patas de mi silla crujen cuando me acerca a su cara, velozmente.

—¡Mírame! —ordena.

Me asusto cuando veo sus rasgos transformados y la presión que ejerce en mi mano.

—No todo el mundo tiene la posibilidad de tomar decisiones. Ojalá todo fuese más fácil, Aylin. Ojalá yo hubiese tenido tu vida.

—¡No sabes cómo ha sido mi vida para afirmar eso! —replico con dureza.

—No lo sé, pero me lo puedo imaginar.

Evoco en mi mente la información que tengo de él y sí es cierto que en una ocasión me confesó que su madre no lo quiso. Pero... ¡por Dios! ¿Qué más le tuvo que ocurrir para que cuando hable de su pasado parezca tan perturbado?

—¿Te estás refiriendo a tu madre?

—Me parece que hemos terminado de comer —dictamina y suelta mi muñeca.

Retiro mi mano y observo que aprieta la boca y tira el pañuelo de tela que tenía en su regazo sobre la mesa, con un gesto violento.

—Nos vamos. —Se pone de pie y me obliga a levantarme de la silla con una sacudida.

—¡No hace falta que seas tan bruto! —exclamo enfadada y suelto mi brazo.

Empiezo a caminar delante de él.

—Y recuerda que no me puedes llamar por mi nombre delante de mis hombres. —Avisa conforme se adelanta al agente, y me abre él mismo la puerta del 4X4 que aguarda en la entrada.

Pongo los ojos en blanco y me acomodo en la parte trasera del automóvil.

¡Maldita sea!

***

Minutos más tarde, el automóvil aparca delante de la cabaña y los agentes recogen las distintas bolsas del maletero. Álex les hace una señal de se retiren a las instalaciones del personal de servicio, que se encuentran fuera de la cabaña principal. Son ya más de las nueve de la noche y el

frío aumenta considerablemente con cada minuto que pasa. Tenemos suerte con el calor que nos golpea una vez nos encontramos en el interior de la mansión de montaña. El fuego en la chimenea está encendido, clara señal de que hay empleados que cuidan la casa y se encargan de la limpieza.

Álex agarra gran parte de la compra y me ayuda a llevarlo todo arriba, sin dirigirme la palabra siquiera. Su semblante es sobrio y sé que hay algo en la conversación que hemos tenido en la cena que lo ha descolocado. Algo que esconde y de lo que no quiere hablar, pero deberá acostumbrarse a convivir con una mujer que no tiene pelos en la lengua. Y si eso no le agrada, que me mande de vuelta a la residencia, que es lo que debería hacer.

Subimos las escaleras cargados con la compra, cada uno por su lado. Una vez dentro del dormitorio de la primera planta, deja caer las cinco bolsas en la cama.

—¿Te ayudo en algo? —se digna en preguntar, finalmente.

Niego con la cabeza y desaparezco por el marco de la puerta del baño, invitándole mediante gestos de que se vaya. Pero este me sigue hacia dentro cuando intento cerrar la puerta en su cara. Acto seguido, cuela su gran zapato negro reluciente, frenando la puerta del servicio.

—Aylin… —murmura—. Ahora debo hacer una llamada, bajaré.

—Muy bien —comento—. Yo me ducharé y después…

—Tienes media hora para cambiarte, abajo te espero —espeta con frialdad y no me da la opción de responderle. Se da la vuelta aprisa y sale de la habitación.

Tal cual.

¡Carajo!

Aprieto el mango de la puerta y miro embobada en dirección a la salida. No ha sido una pregunta, ha sido una clara orden. Parece ser que al jodido *dios del Olimpo* no se le ha olvidado el trato que hemos hecho en la tienda y espera que después de ducharme y adornarme como si fuese una bailarina exótica, vaya a la planta baja medio en pelotas, poniéndome a su disposición. Y todo para conseguir recuperar mi jodido móvil.

«¡Vete al diablo, Álex!», le maldigo miles de veces mientras le doy al agua.

Espero que la bañera con hidromasaje se llene y me muerdo los labios afligida, teniendo ganas de sumergirme y relajar mis músculos con el agua caliente. Tengo muchas ganas de deshacerme del terremoto devastador que me remueve por dentro.

¡Oh, Virgen Santa! Espero que salga todo bien.

***

Veinte minutos más tarde, estoy plantada delante de las bolsas de cartón, las cuales reflejan los nombres de grandes marcas. Estoy medio desnuda y llevo una toalla blanca envuelta en la cintura, aparte de otra que uso para secarme el cabello. Me aseguro de que la puerta del dormitorio está cerrada y empiezo a sacar las distintas prendas de ropa, las cuales coloco en el gran armario empotrado: jerséis, tres pares de vaqueros, dos vestidos ajustados de lana y otro vestido más sofisticado que el anterior. Este último lo he comprado para la fiesta que me ha dicho que tendremos mañana.

Una fiesta de la que no tengo ganas, obviamente, pero a la cuál sé que me obligará ir. También coloco en las estantes unas medias que él mismo ha elegido en la tienda, unas botas negras que

llegan por encima de las rodillas y tres pares de zapatos de tacón.

Y por fin… en el fondo de una de las bolsas de cartón se encuentra el regalo que tengo para él. Un conjunto que he procurado que no viera, y el cual he escondido en aquellos instantes en los que ha respondido una llamada o ha estado concentrado en su móvil.

Enseguida cojo la lencería la analizo. Sujeto en mis manos unas medias negras muy finas, que llevan encaje en la parte superior, y las cuales quedan unidas a unas ligas mediante unos sensuales lazos de seda. Tanto las bragas, como el sujetador, se ven sumamente insinuantes y llevan unos acabados metálicos que le dan un aire rockero. A continuación, escojo también unos zapatos negros de tacón fino, para complementar.

La cara se me ilumina maliciosamente mientras admiro mi aliado en aniquilar al dios del Olimpo. Me animo por dentro cuando pienso que será un golpe maestro a su jodida arrogancia y tenacidad, es más, un golpe que se merece.

Me visto enseguida y me miro en el espejo fijamente, recorriendo la línea de mi silueta con la mirada. Mi cuerpo esbelto encaja a la perfección con el cuero y noto encantada que el contraste entre el color negro y mi piel blanca se ve excitante.

Me cepillo el cabello con decisión y cargo mis labios de un pintalabios rojo estridente, el cual encuentro en un estuche de maquillaje que acabo de comprar. Asimismo, pulverizo colonia, agitando un pequeño bote que se encuentra en el mismo estuche.

Respiro profundamente antes de salir de la habitación y empiezo a bajar las escaleras lentamente, contoneando mis caderas a propósito. Mi plan esta noche es solo uno: excitarlo a niveles inalcanzables, volverlo loco de deseo, castigarlo por todo lo que me está haciendo.

Vengarme…

Llego a la planta baja, con pasos lentos, pero seguros. Mientras bajo los robustos peldaños de madera, miro en dirección al salón, donde sospecho que puede estar. De momento lo identifico cuando oigo el sonido del agua chapotear. Observo que él está nadando en la piscina y sumergiéndose en el agua varias veces. Por un instante hasta se me había olvidado que su lujosa cabaña de montaña está dotada con una piscina de interior.

Me arreglo el cabello y enderezo mi espalda, a la vez que evidencio mis grandes pechos. Noto sorprendida que hasta ha ambientado la estancia con una suave música. Las notas musicales que salen de la colosal televisión adosada en la pared, impregnan el ambiente con su melodía. Abro la boca, demasiado desconcertada, cuando observo que la luz es tenue y que en la mesita que hay al lado del sofá, hay dos velas que hacen que el ambiente destile romanticismo. Sin embargo, no me puedo dejar impresionar por nada esta noche, ya que es lo que está intentando conseguir.

«Mente fría, Aylin», recuerdo mi lema mientras piso el último escalón.

Sigo hablando conmigo misma.

«Piensa en el *Jueves Negro*…».

Los pensamientos bailan en mi mente.

«Piensa en cómo ese 24 de octubre de 1929 comenzó la caída de la Bolsa de Nueva York. Piensa en la maldita crisis bancaria que eso provocó...».

Camino hacia la piscina con sensualidad y empiezo a mover mi melena y jugar con mi pelo, que recae en ondas sobre mis hombros. Cuando llego cerca del borde, me detengo, cruzo las piernas y coloco una mano en mi cadera. Los latidos de mi corazón retumban en mi sien y me

siento como un trozo de carne con patas.

Tengo clarísimo que debo hacerle comprender que esto no está bien, que deberá respetarme y que no me va a poder tener a su antojo. Y también que él no puede poner las reglas siempre.

Álex se lleva las manos a los ojos para deshacerse de los chorros de agua que cubren su rostro y después se me queda mirando. Apoya los codos en el filo de la piscina de agua cristalina, y que hoy reluce más, gracias a la luz de las velas. Su pelo mojado me estremece, pero lo que más hace que tiemble es la manera en la que me absorbe con la mirada en este momento. Me analiza de arriba abajo, sin perderse ningún detalle de mi cuerpo expuesto. Sus ojos brillan.

«Aylin, piensa en las tablas de multiplicar», me regaña mi conciencia.

—¡Vaya! Buena elección, señorita Vega.

Su voz emana un eco curioso en la sala. Intento relajarme y frunzo los labios con afán de sentirlo. O al menos es lo que él debe pensar.

—Me alegro que te guste…

Acaricio mi pelo, llevando un grueso mechón hacia atrás.

Pero él no pierde el tiempo. Empieza a nadar hacia la pequeña escalera que hay en un lado de la piscina y de momento agarra las barras de metal con sus fibrosos brazos. Sale de la piscina completamente desnudo y yo....

Yo....

«Aylin, piensa en que ese individuo te amenazó con una pistola, aunque esté más bueno que el pan».

Me humecto los labios y admiro el brillo que adquiere su trabajado cuerpo en la suave luz de las velas. Y es... es verdaderamente irresistible. Tanto, que hasta mi conciencia tartamudea.

Echo un vistazo rápido a sus vigorosas piernas y es inevitable no deslizar mi vista hacia arriba, a aquel punto en concreto que…

¡Mierda! Es puro músculo, una maldita estatúa perfectamente tallada y pintada, pero de carne y huesos.

«Piensa en lo decepcionada que estás…».

Sigo con mi monólogo interno y le persigo con mis agrandados ojos cuando agarra una toalla gris y se empieza a secar. Trago en seco e intento tranquilizar mi desafiante corazón. Y eso es porque la teoría es una cosa, y la práctica es otra cosa muy distinta. Arriba, en la habitación estaba muy decidida pero aquí...

«Piensa en que no te ama», me fustigo a conciencia.

—¿Y por qué has cambiado de opinión?

—¿Cómo?

—Me refiero a que te veo cambiada… —aclara—. Esta mañana me odiabas.

«Y lo sigo haciendo…», agrego en mi cabeza.

Seca su cabello.

—Creo que… —Esbozo una sonrisa —después de explicarme cuál será mi papel en *El Templo*, me he quedado más tranquila.

—¿De verdad? —pregunta desconfiado—. En el restaurante no lo parecía.

—De verdad. —Junto mis manos en mi abdomen desnudo y sigo apretando las piernas, que mantengo cruzadas—. Creo que no solucionaremos nada si seguimos discutiendo.

Su rostro cambia considerablemente, señal de que está creyendo mi discurso pacífico.

—Me alegra que hayas entrado en razón, Aylin. —Me sonríe relajado y tira la toalla en un banco de madera, cerca de la piscina—. No te vas a arrepentir, te lo prometo.

—Espero… —Me encojo de hombros, con una calma fingida.

—Si cumples con todo lo que te digo, nos irá muy bien. Pronto nos libraremos de Gambino y todo volverá a la normalidad —añade.

—Espero que así sea —carraspeo.

¡Y una mierda! Nada será como antes.

—No sabes lo mucho que te he echado de menos estos días.

Su olor me invade, conforme me alcanza con unos rápidos pasos. Inhale el aire con fuerza y acaricia mi mejilla. Su piel, todavía húmeda, y su respiración tan varonil, hace que mi piel se erice y que escenas placenteras del pasado deambulen en mi mente.

Intento controlarme.

Pero, de repente, este retrocede y ladea la cabeza, bajando su vista a mis pechos. Se me queda mirando con insolencia y deseo, como un perfecto pervertido y fetiche.

—Sabes... el cuero en una mujer me encanta —continúa—. Y los tacones me dan mucho morbo. Es algo que me supera, Aylin.

Enrosca su brazo en mi cintura y me atrae más a él. Acto seguido, pasea los dedos sobre la piel blanca de mis senos con un erotismo que jamás he percibido en alguien. Me presiona contra la pared que hay detrás y, de repente, esa corriente tan familiar recorre cada milímetro de mi cuerpo.

—Tú me superas, pequeña. —Sus labios rozan mi sien con delicadeza mientras aprieta los dedos en mi cadera—. Tú... —murmura— no sabes lo que despiertas en mí cuando te miro...

Una dolorosa presión aprieta mi pecho y me entran ganas de llorar. Entonces giro la cabeza hacia un lado, intentando huir de su boca, la cual resbala de mi coronilla a mi frente. Sus palabras son sal y limón para mi herida, una herida que vuelve a sangrar y la cual no consigo curar.

Lo deseo tanto. Lo amo tanto, tanto que me duele.

—Pues espero que lo disfrutes —susurro mientras me ahogo por dentro.

Este amor que siento me ahoga. Todo él me ahoga y hace que me sumerja en aquel mar de dolor, del que no sé cómo podré salir. Pero no. Me niego a que perciba las lágrimas en mis ojos.

—No lo dudes. Lo disfrutaré mucho, y tú también… —habla seductor y desliza la yema de sus dedos en la sensible piel de mi escote.

Continúa hablando de manera sosegada, sin dejar de analizarme. Acto seguido, lleva un dedo a mi mentón y me obliga a elevar mi mirada a él. Nuestros ojos se encuentran, generando una explosión de sentimientos en mi interior.

—Llevo desde el miércoles viviendo un infierno. Estar cerca de ti sin poder tocarte...

—Me tocaste… —susurro.

—¡No lo mucho que me hubiese gustado! —exclama con pasión mientras lleva un dedo a mis labios entreabiertos y acerca más su rostro al mío.

—Eres preciosa...

—¡Ohhh!

Sollozo aturdida cuando empieza a besarme de una manera sensual y calmada, muy diferente a cómo lo suele hacer. El sabor de su boca agudiza mis sentidos y no puedo evitar pasar mi mano por detrás de su cuello y dejarme llevar. Le respondo de manera honesta mientras nuestros cuerpos se unen. Piel con piel y respiraciones enlazadas en una danza erótica y romántica sobrecogedora, la cual arrasa con mi cordura.

Cierro los ojos y saboreo su dulzor, a la vez que noto sus marcados músculos en la palma de mi mano. Su miembro, ya erguido, roza mi abdomen y entonces gimo suavemente, imaginando como sería sentirlo en mi interior, fundiéndonos en uno solo.

—Tú también me has echado de menos, ¿verdad? —pregunta cuando aprieta más sus brazos a mi alrededor y empieza a lamer mi cuello. Noto su húmeda lengua abarcándolo todo y empapándose de mi piel. Sus carnosos labios me incitan a dejarme llevar y someterme a sus deseos.

«Ohhh…», jadeo profundamente.

Por suerte, mi aliento cadencioso me recuerda que se me está yendo de las manos. Aprieto la mano en su cabello y hago un esfuerzo sobrenatural en despegar mi cabeza de la suya.

—Te has lucido esta noche —procuro cambiar de tema.

Le detengo y le señalo las velas que se encuentran sobre la mesa, en un desesperado intento de ganar tiempo y recuperar la respiración.

—Eres romántica, sabía que te gustarían.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé, intuición. Intento estar a la altura de sus expectativas, señorita Vega. —Acaricia la parte superior de mis muslos con una mano.

Su tono de voz juguetón me recuerda a los momentos felices del pasado.

—Pensaba que el exigente eras tú.

—Lo soy, pero eso no quita de que quiera complacer a mi mujer.

¿Mi mujer?

Este hombre frío y despiadado está jugando todas sus cartas con tal de salirse con la suya. La decepción vuelve a surgir y mi alma se rompe en pedazos cuando choco con la realidad una y otra vez.

Y esa realidad es que él es un verdadero AS de póker, aquella carta clave que te indica cuando termina el juego. El único que es capaz de convertirte en perdedor en segundos y tirar por la borda todos tus esfuerzos. El que acaba con tu ilusión y te recuerda que el único ganador de este juego es él.

«¡Maldito seas!».

Veo las estrellas y quedo presa de una taquicardia aguda cuando este coge mi mano y me lleva al sofá que hay al lado.

—¡Ven!

Veo que se deja caer velozmente en el sofá y mi vista queda clavada en su poderosa erección, a la dulce espera.

—Desnúdate para mí.

—Quiero que lo hagas tú, Álex —Doy un paso hacia él con lascivia, tras fruncir los labios —. Desnúdame…

Confieso que estoy jugando con él de manera descarada, aunque todo esto me esté pasando factura. Confirmo que estoy pagando un precio muy alto. Demasiado alto.

Las guerras siempre salen caras.

Me instalo entre sus separadas piernas, todavía de pie y me agacho hacia adelante lentamente, apoyando las manos en sus caderas pronunciadas. Acaricio su ingle y trazo círculos con la yema de mis dedos, repasando la forma de sus tatuajes. Dibujo líneas imaginarias sobre el casco y el triángulo invertido de su abdomen bajo, tremendamente intimidada por su gran miembro, que reclama acción.

—Me encanta este lado tuyo —dice—. Me encanta que muestres lo mucho que me deseas.

Noto la satisfacción y a la vez sorpresa en su mirada. No se echa para atrás, todo lo contrario. El electrizante tacto de sus dedos en mi piel me produce escalofríos. Empieza a subir y sus fuertes dedos toman posesión de mi desnudo trasero, apretándome con ansia.

—Decías que quieres complacer a tu mujer —añado embriagada por el ambiente romántico y su persistente aroma.

Arqueo una ceja cuando este aprieta con sus manos mis redondas nalgas y, en un abrir y cerrar de ojo, tira de mí hacia él con violencia, de modo que me encuentro montada encima de sus caderas, de repente. Me asedia entre sus brazos con la velocidad de la luz y, a decir verdad, ejerce tanta fuerza, que se me corta el aliento.

—Claro que te quiero complacer, Aylin. Quiero estar dentro de ti ya, sin excusas.

Empieza a devorar mi expuesto cuello, como un perfecto vampiro, anhelante de sangre fresca. Se tira a mi boca y su lengua empieza a hacerle el amor a la mía con arrebato. Siento que voy a llegar al éxtasis nada más al notar su lengua juguetona explorándome por dentro.

Mi vientre tiembla y se retuerce cuando arremete mis caderas contra su pelvis y sus dedos bajan a la tira de encaje que se encuentra en la parte alta de mis medias. Suspiro extasiada mientras nos besamos con pasión. Acto seguido, suelto un suave grito cuando él rompe una de mis ligas y tira de ella, en sintonía con las sucesivas succiones y la tortura placentera a la que me somete. Lame mis pechos y hunde mis protuberantes picos en su ávida boca.

¡Cielos! ¿Cómo podré echarme hacia atrás ahora?

Me sigo derritiendo entre sus brazos y me recuerdo que ha sido una pésima idea tenderle esta maldita trampa. Una mala idea como todas que he tenido desde que empezó el maldito curso y él entró en mi vida. Es irresistible sentir sus dedos sobre mi espalda, desabrochándome el sujetador con tanto anhelo. Es imposible no querer que este hombre tome posesión de tu cuerpo y mente, aunque sea el mismo diablo.

—Te quiero completamente desnuda.

El sonido que emite su garganta al pronunciar estas palabras, mientras muerde uno de mis pezones, es simplemente... desquiciante.

«Definitivamente, ha sido una muy mala idea», pienso abrumada por la excitación que arrasa con la poca sensatez que me queda.

—Deberíamos… parar —tartamudeo.

—¿Parar? —Sonríe maliciosamente cuando nuestras miradas de fuego se encuentran a la luz de las velas—. Pídeme lo que sea, pequeña, pero no me pidas que pare.

Inclino la cabeza y suspiro cuando noto su boca cubriendo mis pechos casi al completo y el tacto de sus dedos rozando mis entrepiernas. A continuación, ejerce un único movimiento y me tumba en el sofá velozmente. Separa mis piernas al mismo tiempo que desliza su boca sobre mi abdomen y me arranca el sujetador, el cual estaba colgando. Lo tira a un lado.

Miro el techo aturdida y con el corazón descontrolado, sabiendo que ni siquiera pensar en las tablas de multiplicar o en el colapso de la bolsa de Nueva York me ayudará. Mi única esperanza ahora mismo es el conjunto de cuero que llevo y el cual espero que me salve. De lo contrario, estaría perdida. Él es mi jodida perdición.

Álex empieza a tirar de mi ropa interior varias veces, al mismo tiempo que acaricia la línea de mi abdomen. Siento su brusca mano tirar de las bragas y su intención de deslizar los dedos por debajo de la tela. Pero no lo conseguirá y enseguida él mismo lo nota.

Irgue su espalda, verdaderamente desconcertado, cuando observa que mi ropa interior está muy apretada. Alza la mirada de mi pubis a mi cara y, por mi parte, elevo mi mentón y le miro un tanto temerosa. Sé que mis actos desatarán la tormenta esta noche, pero me da igual.

Observo nerviosa cómo Álex analiza mejor mi ropa interior en la penumbra del salón y de repente... lo ve. Nota el pequeño candado que hay anclado en mis bragas de cuero. La oscuridad del salón le había impedido observarlo antes y lo agradezco.

Frunce el entrecejo y lo toca. Aprieta la parte interna de mi muslo y tira del diminuto candado. Después me mira estupefacto.

—¿Qué es esto?

Me sujeto en los antebrazos, con el corazón en un puño. Vuelve a darle un tirón a mi ropa interior, muy nervioso. Tensa su mandíbula cuando se da cuenta de lo que está pasando realmente.

—¿Qué demonios es esto, Aylin?

No le contesto. Da otro tirón más fuerte y temo que al final las romperá.

—No sigas insistiendo —hablo e intento juntar las piernas—. No son elásticas, no me las podrás quitar. Solo podré quitármelas abriendo el candado —explico serena, aunque al mismo tiempo estoy controlando el temblor en mi voz.

¡Qué suerte la mía poder encontrar semejante conjunto extraño!

—¿En serio has comprado esta mierda? —pregunta asombrado y se aparta.

Mientras parece que los ojos se les saldrán de las órbitas, yo aprovecho su reacción y junto las piernas completamente. Acto seguido, me siento en el sofá.

—¡Vas a quitarte eso ahora, Aylin! —Mira horrorizado hacia abajo—. ¡O te las quitas, o las haré pedazos! —oigo su amenazante voz.

Coloca su mano fornida en la parte posterior de mi cabeza, y acerca su cara a la mía vertiginosamente. Su cuadrado mentón está contraído y me enseña los dientes, literalmente. Leo

la incertidumbre y la desilusión en su mirada.

—No lo haré —contraataco con firmeza.

—¡Quítatelo! —ruge.

¡Dios mío! He despertado a la bestia. Pero no me puede asustar, ya no hay nada de él que me pueda asustar después de todo lo que he visto. No me doblegará, todo lo contrario, esta vez yo saldré victoriosa y le daré una tremenda lección.

—No, Álex. No me lo voy a quitar.

—¡Teníamos un maldito trato! —habla confuso.

—Trato que he respetado. Me has dicho que me ponga algo de cuero esta noche y ¡me lo he puesto! —le grito—. ¡Ahora quiero mi jodido móvil para llamar a mis padres! —bramo inquieta.

Intento deshacerme de su mano, la cual sigue presionando mi cabeza. Su vigoroso brazo me inmoviliza por completo.

—¿De verdad piensas que poniéndote unas ridículas bragas con un candado vas a huir de mí?

—¡Mirlas bien! —Aprieto los labios y le señalo con la cabeza mis partes bajas—. ¡Me las pondré todas las malditas noches que duerma en tu cama!

—No sabes con quién estás hablando Aylin... —gruñe en mi oído y sus ojos sueltan chispas—. Agradece cómo te he tratado.

—¿Con quién estoy hablando? ¡Dime!

—He sido demasiado suave contigo… —murmura alterado—. Me he portado como un maldito caballero contigo en todo momento —agrega y su aliento golpea mis labios—. ¡No saques a Ares de mí!

Finalmente, suelta mi cabeza con decepción. Le empujo nerviosa y con el miedo en los huesos y me pongo rápidamente de pie. Me alejo de él, cubriéndome los pechos con los brazos.

—¿Estás demente o qué?

Su reacción es exagerada.

—¿Un caballero? —le grito—. ¡No tienes ni puta idea de lo que significa ser un caballero!

Recuerdo su cuerpo junto al mío anoche y la manera en la que jugó conmigo, tocándome y acariciándome. Todo eso, pese haberle dicho que no me volverá a tener en su cama. Recuerdo el juego sucio que ha jugado hoy, al mentirme y chantajearme para tenerme a su antojo.

Trago en seco y retrocedo un paso cuando este se pone de pie con la velocidad de la luz y se dirige a la mesa rectangular del salón. Saca algo y se da la vuelta con aquella vena de su sien latiendo locamente. Se acerca a mí, agónico.

—¡Aquí lo tienes! —suelta con dureza y coloca el móvil en mi mano.

Agarro el pequeño dispositivo y lo escondo detrás de mi espalda por pura inercia.

—Te he tenido entre mis malditos brazos y no me puedes mentir, Aylin…

—Te hubieses ahorrado todo esto devolviéndomelo esta tarde.

—¡Diablos! —chilla desenfrenado—. ¡No se trata de eso!

—¿De qué se trata entonces? —Le enfrento.

—¡No puedes pretender que tú no me deseas y que no quieres nada conmigo! —Tira al suelo el pequeño plato con las dos velas que había encima de la mesita, velas que se apagan en el aire, debido a la brusca sacudida.

Doy un brinco, fruto del estrepitoso ruido que emite el plato chocando contra el suelo.

— ¡He confiado en ti!

La frustración y furia le están volviendo loco.

—¡No puedes seguir castigándome por algo de lo que yo… —Clava el índice en su desnudo torso— ¡no tengo la culpa!

—Di lo que quieras, no me importa —intento mantenerme calmada y pestañeo deprisa.

—¡Ha sido la gota que ha colmado el vaso, Aylin, maldita sea! —prosigue colérico—. Sé que te he decepcionado mucho, pero… ¿hacerme esto?

Su angustiosa actitud hace que lo mire desconcertada, intentando digerir sus palabras. ¿En qué mundo vive este hombre? ¿O acaso vivimos realidades paralelas? No sé, solo me pregunto.

—¿¡Qué!? —Muevo las manos— ¡Esto es muy poco comparado con todo lo que me has hecho tú! ¡Me apuntaste con una jodida pistola, Álex! ¡Me arrastraste a un sitio desconocido, me obligaste a firmar un contrato! —enumero asfixiada—, ¿quieres que siga con la lista?

—Lo hice porque me vi obligado, a diferencia de ti… —Me mira con horror, como si yo fuese una asesina y no él—. ¡Estás jugando conmigo y con mi paciencia!

¡Oh, Dios! No se lo permitiré. Me deberá escuchar.

—¿Por qué no has cumplido con tu palabra? —Restriego la verdad en sus morros—. Esta mañana me has prometido que en Toronto me entregarías mi teléfono. ¡No te hagas la víctima, jodeeeeer! —le recuerdo y muevo la mano en la que llevo el móvil con ímpetu.

—Igualmente te hubiese dado tu teléfono.

—Entonces... ¿quién carajo está jugando con quién?

Se queda callado, testigo de la violencia de mis réplicas, mientras aprieta aquellos gruesos labios. Me mira con fijeza.

—Además, ¡no vuelvas a tratarme como si fuese una de tus putas del Olimpo! —Alzo el dedo, señalándolo.

—¿De qué demonios hablas? ¿Como si fueses una de mis putas? —repite y avanza con dos rápidos pasos en mi dirección, obligándome a retroceder—. ¿De verdad quieres que te enseñe cómo trato a una puta? —vocea en mi cara y me sacude con fuerza.

Intento dar otro paso más hacia atrás para librarme de su mano, pero al instante... noto el vacío.

¡Oh no! En dos segundos acabamos los dos en la piscina, puesto que él también se ve arrastrado por mí. Me sumerjo en el agua templada de la piscina de interior y siento mi cuerpo hundiéndose velozmente. Emito unos sonidos guturales mientras reprimo el aliento y aleteo mis extremidades, cogiéndome todo desprevenida. Afortunadamente, la piscina no es muy honda, por lo que me pongo de pie rápidamente. Sin embargo, él recorre el escaso metro que hay entre nosotros y me agarra los brazos, manteniéndome a flote y comprobando que estoy bien. Le aparto con una mano cuando siento mis pies estables.

Intento deshacerme del agua de mis ojos y respiro seguidamente, procurando recomponerme. Solo que, cuando abro mis párpados y miro a mi alrededor…

—¡Mi móvil!

Veo el pequeño móvil plateado flotando en la piscina. Él lo alcanza con la mano rápidamente y lo deposita en el borde de la piscina, tras sacudirlo unas dos o tres veces.

—Te compraré otro, tranquila.

Respira hondo y se pasa la mano por su cabello y rostro, intentando deshacerse del agua. Me abalanzo sobre el borde de la piscina y lo cojo en las manos, fijándolo con atención. No puedo esperar hasta mañana para ponerme en contacto con mis padres, seguro que estarán preocupados. Lo enciendo, pero ni rastro de funcionar, como es normal. El móvil no responde y seguramente la tarjeta SIM tampoco es funcional ya.

Me quedo atónita. Dejo caer el móvil en el borde de la piscina y me giro. Le miro ofuscada y tremendamente dolida. No me puedo creer lo que acaba de ocurrir.

—¡Era mi jodido móvil! —bramo enojada y doy un golpe fuerte en el agua, la cual salpica doquier. —¡Iba a hablar con mis padres!

No puedo aguantar más. El dolor que surge en mi interior en estos instantes es más fuerte que yo. Unas lágrimas se asoman por el rabillo del ojo, a la vez que pestañeo desesperada, intentando frenarlas.

Pero no puedo. Esto es demasiado.

«Oh, Dios. ¡Ayúdame!», imploro.

Empiezo a llorar desconsolada por la impotencia que siento y por todos los sentimientos a flor de piel de esta noche.

—¿Estás llorando? Por favor no...

Suspira y toca mi brazo, sufriendo un bloqueo severo, igual o peor que el mío. Hace un amago de abrazarme, pero le traspaso con una mirada llena de ira.

—¡Por Dios, no te acerques! ¡Te detesto!

Le mantengo a raya. Las lágrimas corren por mis mejillas sin rumbo. Me siento dolida, decepcionada y sencillamente devastada.

—Solo quería hablar con mis padres... —suspiro afligida—. ¡Solo eso! Pero ¿qué vas a saber tú? —Mi mirada se vuelve áspera—. ¡Qué vas a saber tú lo que es una familia!

Me mira embobado.

—Me están doliendo tus palabras. Me duele el corazón verte así. Yo...

—¡Imposible! —exclamo con ojos llorosos—. No te puede doler el corazón, Álex. No te puede doler algo que no tienes.

CAPÍTULO 7



PONDRÉ EL MUNDO A TUS PIES

—ARES—

—Brian, debes volver mañana sin falta. —Oigo la voz preocupada de mi socio en el teléfono.

Tras oír sus rotundas indicaciones, me muevo nervioso por la cocina de la cabaña. Esta mañana me he despertado con mucha energía y ganas de preparar el desayuno. Acabo de meter el pan en la tostadora y coloco los platos variados en la mesa. La señora de la limpieza fue la que se encargó también de la compra, así que no hay nada que falte en la nevera y deseo que nuestra estancia aquí sea al menos cómoda.

Cuando escucho las inesperadas noticias que Carlyle está anunciando, agarro el teléfono móvil con fuerza y lo cambio de un oído al otro.

¿Volver a Boston mañana? ¿De qué demonios está hablando?

—No será posible —contesto convencido.

—Monnihan está aquí y exige verte. ¡Lo conoces! —responde intranquilo—. No me gustaría arriesgar el contrato que tenemos con su banco.

Agarro el cuchillo con una mano y empiezo a cortar la verdura en una tabla de cortar, pensando en el retorcido directivo del *USA Bank.* Ahora parece que tengo que estar a la disposición de ese cabrón cada vez que a él le dé la gana.

—Dile a Monnihan que no estaré mañana. No planeo volver hasta el jueves.

Aprieto el cuchillo plateado entre mis dedos, demasiado irritado, y sigo cortando la verdura. Quiero tenerlo todo preparado para cuando Aylin despierte. Mientras pienso esto, escucho cómo mi socio de *AmExpress Co* bufa en el teléfono.

—Lo intentaré, pero sabes que tu presencia es imprescindible. Eres el jefe de operaciones en el mercado de divisas.

—Sabes tan bien cómo yo que no puede avisarnos el día de antes, estas cosas se planean con más tiempo. ¡No vamos a lamerle el culo, Carlyle! —finalizo con seriedad y también bufo descontento.

Coloco la verdura que acabo de cortar en un plato. Me giro y le doy la vuelta al jamón york en la sartén. Estoy preparando tortilla francesa y me queda nada más que el café. Carlyle no tiene ni la menor idea de cuál es la verdadera razón que hay detrás de mi viaje a Toronto.

—Bueno… veré que puedo hacer. Ahora lo llamaré…

—No —le contesto—. Seré yo el que lo llame.

—Confío en ti, Woods. No podemos perder el contrato, te lo advierto. —Escucho su determinante voz.

—Descuida —respondo con calma y mucha confianza en mí mismo—. ¿Recibiste el correo que te envié ayer?

—Sí, todo en orden. —Me tranquiliza—. Ya me informarás de cómo va todo. Ahhh Brian… dile a Morrison cuando lo veas que tenga preparado el proyecto para la videoconferencia del viernes.

—Se lo recordaré —digo deprisa.

—Quedamos en eso.

Cuelgo. Apoyo mis brazos en el mueble de cocina, pensando en que se me está complicando todo.

¡Diablos!

Por un lado, Monnihan y, por el otro lado, la comida a la que tendré que acudir con Aylin hoy mismo. Morrison es el anfitrión de la fiesta de esta noche, es íntimo amigo de Carlyle y no niego que sea un hombre excelente, un verdadero profesional del sector. Los bancos *Morrison* son unos de los más populares en el sur del país y necesita nuestra ayuda para extenderse a Estados Unidos. Y lo cierto es que nosotros también lo necesitamos a él para ganar notoriedad en Canadá. Un favor a cambio de otro, esto funciona así.

Recuerdo de momento que también debo llamar a Liam para informarle de mi plan. Estoy tejiendo todo en mi mente desde aquel momento que a Gambino se le ocurrió enviar a su primo para vengar la muerte del desgraciado de su hermano. Sigo dándole vueltas desde el ataque que sufrimos el sábado y la jodida realidad en todo esto es que no pego ojo. Max está a cargo de todo y aunque lo tenga informado de los pasos que voy a dar, no estoy completamente satisfecho con su trabajo.

Me doy una vuelta por la cocina, reflexivo y convulso, pero finalmente saco el móvil y pulso el número de Liam. Mientras oigo el tono de llamada, me dirijo a la máquina de café y la pongo en marcha. Me gustaría que cuando Aylin despertara, estuviera todo listo. Anoche me dejó con la palabra en la boca y se retiró a la primera planta, cerrando la puerta de un portazo. Puerta que no me faltaron ganas de derrumbar de un jodido golpe, pero me controlé.

«No te puede doler el corazón, Álex. No te puede doler algo que no tienes», evoco.

Sus palabras me persiguen y me confirman lo que siempre he sospechado, que soy un egoísta. Tiene toda la razón del mundo, sin embargo, eso no quita de que esa orgullosa mujer haya tocado un punto sensible, algo que ni siquiera yo sabía que existía. Siempre me ha importado un comino mi egoísmo o lo que los demás pudieran pensar o sentir. Mi palabra y deseos ha prevalecido en todo.

Pero esta vez…

No puedo seguir así si quiero ganar. No puedo echar a perder el partido desde la primera jugada. Todo lo contrario, debo recompensarla por el horrible acontecimiento de anoche y por cómo me porté.

—¡Hermano! Estaba esperando tu llamada.

Finalmente, oigo la voz sofocada de mi amigo desde el otro lado.

—Ya lo sé —replico distraído y le doy la vuelta a las lonchas con una espátula—. Ayer tuve un día complicado, ya le di a Max todas las instrucciones —explico.

—¿Y los demás?

Silencio por un instante.

—También me llamaron.

—¿Respondiste?

—No. A esta altura, debe haberles llegado la información de que prefiero hablar con el comité el jueves.

—¿En la junta?

—Cierto —afirmo, sabiendo que no cederé ante nadie; pese a mi error—. ¿Cómo va todo en Boston?

—Imagínate —habla con seriedad y eso me indica que la situación es preocupante—. Jackson nos convocó en una reunión de urgencia.

—¿Una reunión de urgencia? —pregunto sorprendido—. ¿Qué le está pasando a ese imbécil?

—Aquí entre nosotros, actúa como si fuese Zeus ya —Me avisa, aunque me lo esperaba—. Hermano, está intentando sacarte ventaja. Sabe que todos te preferimos a ti como líder y ahora usará el viaje a Toronto para que los demás voten a su favor.

—Liam, eso no es algo que me quita el sueño. No soy el que busca el poder —respondo sumamente pasivo.

—Ya lo sé, hermano. Tú no buscas el poder, pero él te busca a ti. —Se ríe y su característico buen humor ha vuelto—. Será por algo, ¿no?

—No me interesa —prosigo seco—. Lo que sí me interesa es saber qué hablasteis en la reunión.

—He de ser sincero contigo y la verdad es que todos están bastantes enojados. Tanto que…

—¿Qué? —me adelanto y no puedo evitar levantar el tono, al notar la evasión en su voz.

—Jackson les ha dicho a los agentes que no sigan tus órdenes —me contesta este balbuceante.

La sangre empieza a recorrer mis venas velozmente y mi pulso se acelera.

«Jackson».

La persona con la que me crie como si fuéramos hermanos y por el cual asesiné a un alto cargo de los Sicilia es un desagradecido. Aquel con el que he compartido la mayor parte de mi vida y por el cual fui capaz de asesinar a un jodido capo de la mafia italiana se está volviendo en mi contra. Y sin escuchar mi versión.

—Él sabrá… —Aprieto otra vez el cuchillo, agónico. Pero enseguida lo suelto encima de la tabla de madera con brusquedad.

—La verdad es que a mí no me sorprende —responde este tumultuoso—. Y, en cierto modo, llego a comprenderles. Rompiste las normas, Brian.

—Sé que rompí el puto protocolo Liam, pero él debería ser el último en cuestionarme —alego —. ¡Todos conocemos sus malditos antecedentes!

—Así es —asiente este—. Pero no puedo no darle vueltas, hermano.

—¿Darle vueltas a qué?

Esta jodida mañana es de lo que menos tengo ganas después de la noche tan agradable que pasé, irónicamente hablando.

—Todavía me pregunto por qué lo hiciste, eres muy profesional y no es algo típico de ti hacer estas mierdas.

Me quedo sorprendido por lo que acabo de escuchar.

—¿Cómo podía haberla asesinado, Liam? ¡Maldita sea! —grito en el teléfono—. ¿Tú también?

—¡No, no es eso! —exclama este acelerado—. No me has entendido. Me refería a que no entiendo por qué le diste un cargo tan importante a esa chica. Sabes que ninguna mujer puede

llegar a ser diosa sin antes ser ninfa.

—Liam…

—¡Llevas conociéndola un mes!

Entreabro los labios, pero ni un solo sonido emerge, las palabras bailan en mi mente de un modo caótico. La explicación se me queda atragantada, y eso es porque mi amigo tiene toda la razón del mundo.

—¿Por qué ella firmó un contrato de diosa y no uno de ninfa, Brian?

Siento una sensación de vulnerabilidad ante la intensidad de su sospechosa pregunta.

—Por ninguna razón —comento malhumorado, rozando la grosería—. Y ahora quiero que te encargues de algo y espero que…

— ¡Un momento! —suelta aturdido—. A no ser que tú…. —sigue hablando y mi corazón se dispara—. Brian, ¿tú la…?

—¡Liam! —le grito fuera de mí en el teléfono y estampo el puño en la mesa—. ¡Ya basta, joder! Nada de lo que sospechas es verdad, ¿entendido?

—Vale, pero no tardes, Jack está tomando ventaja de todo, ¡maldición, hermano!

—Pensaba que lo conocías… —murmuro y cuelgo.

Tal cual.

No tolero más la presión.

¡Maldita sea! Me voy a volver loco. La furia de los demás, principalmente de mi hermano, la agencia, Monnihan… toda esta situación hará que adelante nuestro regreso. Agacho la mirada y presiono los puños en la mesa, mientras pienso. Necesito pensar mucho.

Inpiro… espiro…

De repente, giro mi cabeza cuando escucho unos pasos detrás. La veo. Aylin estaba posada en el marco de la puerta y enseguida entra en la cocina cuando nuestras miradas se cruzan. Está despierta. Le echo un vistazo rápido y observo que lleva un vaquero negro perfectamente ajustado a su cuerpo y un jersey azul oscuro, que combina muy bien con el color de sus ojos. Esta no dice nada, solamente se acerca a la mesa donde están los platos del desayuno, atentamente colocados.

Se muestra silenciosa y coge una silla y se sienta. Analiza cuidadosamente los varios platos que hay sobre la mesa, y al mismo tiempo me está evitando, un tanto cohibida. Tras sentarse, coloca un *iPhone* en la mesa. Al instante lo reconozco. Es el móvil que he dejado esta mañana en su habitación, mientras seguía dormida.

—Lo he encontrado en la mesita… —habla con voz afable, pero sin mirarme.

Inclina la cabeza y deposita los codos sobre la mesa. Yo también cojo una silla y me siento lentamente, mientras la miro. Quedamos inmersos en un desconcertante silencio por unos breves instantes, y es como si la densidad del aire hubiese aumentado de repente.

El silencio y nuestras propias palabras representan un gran peso y, lo cierto es que ninguno de los dos se atreve a dar el primer paso. Sus labios, los cuales en general son tan elocuentes, hoy están sellados, igual que los míos. Solamente nos quedamos aguardando uno enfrente del otro, los dos con la cabeza gacha y mirada ausente.

Carraspeo.

—Aylin, yo…

—Álex… —nuestras voces se atropellan.

—Tú primero. —Muevo la mano y la invito a hablar, como el caballero que soy—. ¿Café?

Esta asiente con la cabeza con un suave rubor en los pómulos y rostro adormilado. Se arregla el pelo con una mano y después se frota los ojos. Observo de reojo que me mira con fijación cuando me dirijo a la cafetera y vierto café en dos tazas. Acto seguido, saco la leche de la nevera y coloco el azúcar moreno sobre la mesa.

—Anoche no dormiste en la cama —constata con voz relajada.

Menos mal. Persigo sus dedos, los cuales intentan devolver a un adorable moño algunos mechones que cuelgan rebeldes en su cara y que, por lo visto, le molestan.

—Así es. Pensaba que era lo que querías.

Alzo mi vista, confuso.

—Sí, es lo que quería —ajusta su voz—. También me he dado cuenta de que pudiste recuperar mi tarjeta SIM.

—Sí —contesto—. Esta mañana he hecho un duplicado. He conseguido que no pierdas los números y todo lo que tenías guardado.

—Acabo de hablar con mis padres —responde con voz suave y le da un sorbo a su taza de café.

Junto mis manos debajo de mi barbilla y algo me atraviesa, pensando en que ella podía haber mencionado algo sobre donde está, o incluso haber llamado a la policía.

Pero no. Debo confiar en mi sexto sentido y en su noble corazón. Dudo que permitiría ir a la cárcel, por más enfadada que estuviera conmigo.

—¿Está todo bien en Boston? —pregunto con curiosidad y ladeo la cabeza, sin quitarle la vista.

También lo pregunto con la idea de romper el hielo.

—Sí.

—Me alegro.

Me esfuerzo en sonreírle con amabilidad y bajo la mirada cuando veo que aprieta la taza de café con las dos manos. Me analiza confusa y yo solo…

¡Demonios! En este momento me odio por no ser capaz de portarme con ella como un verdadero capullo y hacer que me odie. Odio que la calma me invada cuando ella está cerca y que únicamente tenga ganas de verla sonreír.

—Cómo es que… ¿has confiado en mí? —pregunta.

Me vuelvo a llenar la taza de café. Lo necesito, anoche me quedé durmiendo en el sofá y no pude pegar ojo, dándole vueltas a todo lo que nos está sucediendo.

—Mañana volvemos a Boston.

—¿Me estás diciendo la verdad?

Ella me mira escéptica, no esperaba menos al escuchar tal noticia. Su mirada se asemeja a los rayos de sol que iluminan una habitación oscura. Hacen que todo brille. Y confieso como un imbécil declarado que soy, que me encanta contemplar esta versión de su rostro.

—Sí. Mañana volveremos a la ciudad y dentro de unos días también volveremos a la

universidad. Así que, como ves, debo confiar en ti.

—No entiendo por qué —suelta y eleva los hombros—. Podría llamar a la policía, o contárselo a alguien… —habla con voz atropellada y mueve las manos con nerviosismo.

—Voy a tomar el riesgo —respondo audaz.

No pienso decirle la verdad. Esa verdad es que sé que me sigue amando y estoy convencido de que no haría nada que me perjudicara. Anoche volví a percibir sus sentimientos por mí. Anoche lo noté más que nunca. Noté y sentí ese amor en sus besos, en sus abrazos y… hasta en su manera de rechazarme. Todo eso que siente por mí hace que quiera alejarse de mí. Quiere poner a salvo su corazón y no la culpo.

Pero lo cierto es que… el maldito egoísta en todo este asunto soy yo. No puedo dejarla ir. Sin más.

—Álex… —Sigue jugando con sus manos, inquieta—. Lo que te dije ayer en la piscina fue muy cruel. Me arrepiento.

Agrando los ojos, sin dar crédito. Suspiro encandilado, y esta vez no es por su bello rostro, sino por su alma. Eso que lleva en el pecho y que yo no tengo, la hace más bella todavía.

Irresistible.

—No debes arrepentirte. Todo eso que dijiste es cierto —contesto con cierta amargura y lleno mis pulmones de aire—. Tenías razón, no sé nada sobre lo que es tener una familia.

Me llega la sinceridad que emana su voz y me trastoca su evidente nobleza. Suspiro nervioso y sigo fijándola con mi vista. Pero uno no cambia de la noche a la mañana, y alguien como yo menos.

En este momento estoy haciendo un esfuerzo sobrenatural para no excitarme mientras miro sus labios moviéndose y la manera en la que acaricia su cabello. Un suave rubor tiñe sus mejillas y no sé por qué, recuerdo la noche en la cual le quité la virginidad.

—Aun así, te dije palabras muy fuertes —añade esta y me llega su arrepentimiento honesto.

Me gustaría acariciar su mano ahora mismo. Deslizo mis dedos sobre la mesa lentamente, pero noto como ella retira sus manos con sutileza. No voy a forzar nada, anoche pude ver en su mirada el sufrimiento y la gran decepción que le provoqué.

«Dijo que me detestaba», pienso en mi cabeza.

Y en el fondo debería alegrarme, era lo que quería conseguir; que ella me odiara. No obstante, me duele. Sé que la mejor forma de llevarla a mi terreno es volver a conquistarla.

A ella no, ella ya es mía. Necesito conquistar su mente.

—Te tenía que haber entregado el móvil desde el principio.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque no quería ponernos en peligro, Aylin —clarifico.

—Álex, debiste pensar que estaba muy preocupada, tanto yo como mi familia —replica y, en el fondo, sé que tiene razón.

—No lo pensé. Lo siento. —Llevo mi mano a la frente y jadeo desconcertado por todo, y también por no saber cuál será el rumbo de nuestra conversación.

Ella no dice nada y empieza a cortar la tortilla francesa que hay en su plato. Se lleva un trozo a

la boca.

—En realidad… no sabes lo que se siente, ¿verdad? —pregunta inesperadamente.

—¿A qué te refieres? —pido aclaración mientras contemplo sus grandes ojos, que evalúan mis gestos con curiosidad.

—No sabes cómo es que alguien se preocupe por ti.

La miro un tanto aturdido y pienso por dentro que me niego a que ella me diga lo que sospecho que me dirá a continuación. Detesto dar pena. Es más, es otra cosa lo que deseo provocar en ella, y eso no es lastima precisamente.

—¡Come! —le indico, intentando desviar la conversación hacia otro lado. Al decir esto, le acerco el plato de la verdura y le hago una señal.

Titubea mientras me sigue mirando y después mueve el tenedor en su plato, pensativa. Finalmente, empieza a pinchar la verdura y, por mi parte, también intento centrarme en mi desayuno.

—Nadie se ha preocupado nunca por ti, pero tú sí te preocupas por todo y todos —continúa.

Vuelvo a bajar mi vista al plato.

—No estés tan segura.

—Te preocupas tanto por la seguridad de aquella gente que…

—¿Qué?

—Que incluso fuiste capaz de secuestrarme por tal de no ponerles en peligro.

—Es a ti a quién no quería poner en peligro —mastico refunfuñón.

No está comprendiendo nada.

—También te preocupas por la agencia.

—¿Por qué lo piensas? —La analizo dubitativo. No sé a dónde quiere llegar.

—Escuché la conversación del coche —puntualiza—. A pesar de todo, el objetivo de la fiesta de hoy es trabajar y cerrar tratos.

—Entre otros.

—Tus socios de *AmExpress Co* son los demás… ¿cierto?

Le miro lleno de incertidumbre, intentando averiguar qué quiere saber exactamente.

—Si me preguntas si mis socios de la agencia son parte de *Álympos*, mi respuesta es no.

Examino sus palabras en silencio. Está uniendo hilos y también está tramando algo. La conozco.

—Además, es mi deber preocuparme por mi trabajo. Es mi responsabilidad —entono y mi voz suena más fría.

—Y yo, ¿qué soy? ¿También soy tu responsabilidad?

Su pregunta resuena en mi tímpano como un perfecto eco y sus intenciones no son algo que me cojan desprevenido. No ha parado de hacerme preguntas desde el primer momento que la conocí y su sagacidad no tiene filtros. Sin embargo, soy yo el que no estoy seguro de si sabré explicarle todo lo que ella es.

Inhalo y exhalo el aire con cierta desesperación.

¿Cómo se lo explico? ¿Y cómo me lo explico a mí mismo?

—Aylin… ahora mismo sí, eres mi responsabilidad. Estás metida en todo esto por mi culpa, así que me veo en la obligación de protegerte, por supuesto.

—Entonces entiendo que cuando pase el peligro, me dejarás en paz.

Muevo la boca y aclaro mi voz. Me sujeto en los codos y relajo mi cuello, moviéndolo levemente.

—¿Qué es para ti dejarte en paz? —pregunto rápido, poniéndola a prueba.

—Que tengamos solamente una relación de alumna y profesor.

Intento imaginar en mi mente cómo sería no tenerla cerca y que solamente la pueda ver en la universidad, dándole clases. Hago el imposible intento de imaginarme cómo sería no volver a besarla o sentir su cuerpo debajo de mí. Aprieto la mandíbula y arrugo mi frente suavemente.

Definitivamente no. No entra en mis planes dejarla en paz.

—¿Es eso lo que quieres de verdad?

—Sí, es lo que quiero.

—Evidentemente, no podrá ser. Tenemos un libro por escribir.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Eres mi asistente, Aylin —insisto—. ¿O tú sí, piensas huir de tu responsabilidad?

—No pienso huir de nada. Cumpliré con mi trabajo hasta el final. —Enlaza sus dedos sobre la mesa y los frota discretamente. Hace este gesto únicamente cuando está terriblemente nerviosa.

—¿Entonces? —pregunto desconfiado.

—No queda mucho hasta enero. Después de eso, solamente seré tu alumna, ¿vale? —noto la intrepidez en su voz.

Parece que lo tiene muy claro.

—Habrá que verlo. No es tan fácil —respondo, pero no me hace ni puta gracia escuchar sus palabras.

—Debo contradecirte —replica y me sigue analizando con aquella inflexible mirada—. Algo es lo difícil que uno quiera hacerlo.

Me sorprende mucho su inagotable tenacidad y terquedad. Bueno, su terquedad ya no tanto.

—¿De verdad piensas que lo más fácil ahora mismo es dejarte en paz?

—Sí —afirma rotundamente—. Lo más fácil sería seguir cada uno por nuestro camino, olvidándonos de lo que ha pasado.

Suspiro mentalmente y pongo una mueca, aunque intento que ella no se dé cuenta de mis pensamientos. No estoy saciado y dudo que me saciaré alguna vez. Como resultado, nunca la dejaré ir. Ella es mía y lo tendrá que aceptar con el tiempo.

Nada de medias tintas.

«Soy un maldito egoísta», me siento trastornado. Sé que ella me ama y, aun así, me pueden más las ganas que le tengo.

«Soy un puto degenerado…», me mortifico por dentro. Si yo, Brian Woods tuviese un mínimo de conciencia, la dejaría libre y no estaría pensando nada más que en tenerla cerca, en follarla de

mil maneras distintas y en atarla en mi habitación de *Álympos*.

Y aquí es cuándo debo luchar yo conmigo mismo, con mi otro yo. Ahora mismo es cuándo debo mantener mi maldita boca cerrada, puesto que no puedo estropear este efímero momento de paz. Necesito volver a ganarme su confianza.

—¿Qué hay del hombre que mataste? ¿Qué pasó en realidad? —me pregunta esta, al observar mi silencio.

Su pregunta me coge un tanto incauto, pero era consciente de que en algún momento me iba a cuestionar con respecto a mis pecados capitales. Y matar es uno de ellos.

—Creo que ya te expliqué… —La miro por debajo de las pestañas, titubeante—. Era él o nosotros.

—No te estoy hablando de ese hombre. Ese tipo dijo algo sobre su primo…

—No sé si estás preparada para que te lo cuente.

Su fragilidad e inocencia me hacen dudar y, una vez más, soy consciente de que ella no encaja con *Álympos*. Pero ya es tarde.

—¿Por quién me tomas? Solo quiero saber la verdad. —Me reta con la mirada y también con sus gestos cuando veo que se cruza de piernas y adopta una postura tensa.

—La verdad… —Sonrío con ironía y enderezo mi espalda—. La verdad es que ahí tampoco tuve elección.

—Soy toda oídos.

Los dos hemos terminado de desayunar.

—Mi hermano Jackson fue secuestrado hace poco más de un mes.

—No sabía que tenías un hermano. Nunca me hablaste de él —dice desorientada y aparta su plato.

—No somos hermanos de sangre. Es el hijo del hombre con el que mi ma… —hace una extraña pausa— madre se casó. Pero nos criamos juntos, como si fuéramos hermanos.

—Comprendo —aprueba—. ¿Y qué pasó?

Sus ojos han cobrado un brillo particular y me examinan ansiosos de saber más.

—Le secuestraron —explico—. Hubo rumores de que Jackson estaba distribuyendo nuestra mercancía en Boston. Hasta llegaron a decir que este la vendía también en Nueva York.

—¿Y es verdad?

—No, por supuesto —contesto deprisa—. Como te dije, el único sitio en el que distribuimos es *El Templo.* Nunca nos ha interesado el narcotráfico externo. Solamente estamos intentando satisfacer a nuestros clientes y tener el triple de beneficios.

—¿El triple de beneficios?

—No ganaríamos lo mismo si le compráramos las sustancias a los italianos, que son los que dominan Massachusetts.

—Entonces es por el dinero por lo que…

—No del todo —le contradigo—. Está también la calidad, y nuestra fuente es muy fiable. Ofrecemos una de las mejores cocaínas de Estados Unidos, aunque sea la más cara.

—Es normal que no se lo tomen bien.

—No, Aylin… —corrijo—. Los Gambino no pueden mandar en mi territorio. No pueden pretender atacarnos por unos rumores. Es más… sospecho que nos ven como competencia y que lo hicieron como un pretexto para desestabilizarnos.

—¿Los Gambino?

—Sí… —musito y decido explicárselo—. Hay mucho perro suelto por ahí…

Recuerdo las palabras de aquel mafioso y cómo estuvo a punto de volarme los sesos.

—No lo entiendo.

—Está el clan Gambino, y…

—¿Es el que distribuye en Boston?

Aprieta los labios y me mira fijamente, sospecho que todo esto es muy complicado de entender para ella.

—Ahora mismo sí, aunque… —Me pongo de pie y agito las manos, dispuesto a entrar en detalles— también está el clan de Costello. Estos dos clanes guerrean entre ellos por la supremacía en la costa noreste.

—Entonces entiendo que los otros también podrían entrar en conflicto con vosotros si se enteran de los rumores.

—Podrían e imagino que lo harán —reflexiono—. Ahora mismo son los que mandan en Nueva York, ansiada por muchos.

—¿Por muchos?

—Aunque los Gambino lleven el monopolio en la costa, no han conseguido hacerse con Nueva York, que sigue patrullada por la pandilla de Costello. También sé a ciencia exacta que los latinos están planeando avanzar hacia el norte y aniquilarlos. Y la verdad es que… —Me llevo la mano al mentón y hablo exasperado—. No dudo de que, si esa guerra estallase, nos veremos salpicados.

—¡Oh, Dios! —Se lleva las manos a la frente y su mirada demuestra horror y consternación y no sería para menos—. Álex… ¿en qué puñetas estás metido?

—Te corrijo —La miro serio—. En qué ESTAMOS metidos —recalco.

—¿Quién narices son los latinos? —Se levanta de la silla, sumamente acelerada—. Pensaba que estábamos hablando únicamente de los italianos.

—Los *Tigres*… —confieso y me llevo una mano a la cadera, quedando los dos de frente—. Dominan el sur de Washington y mandan en toda la zona de Carolina, llegando a Florida.

—¿Qué pasará ahora?

—Imagino que irán a por nosotros.

Me apoyo en la mesa, irritado y sin saber muy bien qué responderle. Esto nos ha cogido de sorpresa a todos.

—¿Y tu hermano, conseguiste salvarlo? —Aylin me mira inquieta y, en cierto modo, preocupada.

—Sí —comento y recojo los platos que hay sobre la mesa—. Reuní a mis hombres y conseguimos encontrarlo. Nos enfrentamos en un sótano del *Bronx*, que fue donde lo tenían

preso. Fue allí donde tuve que dispararle a Carlo Gambino.

Me dirijo al fregadero y deposito los platos vacíos, con sus pasos siguiéndome muy de cerca.

—¿Murió más gente?

—Sí. Estamos hablando de la mafia. —Me vuelvo a ella, la cual me sigue analizando como si viera a un fantasma—. Es una cosa sería. Ni ellos, ni nosotros nos íbamos a echar atrás. También murieron tres de mis hombres.

—¡Dios mío! —exclama exaltada y se lleva las manos a la boca—. Te podía haber pasado algo… —añade con voz temblorosa.

—No estaba excluido.

—¿Y si pasó hace más de un mes, por qué aquel hombre no te buscó antes para pedirte cuentas?

—Porque en realidad no me vieron la cara, la tenía cubierta.

Apoyo mis manos en el borde del fregadero y evoco aquellos turbios acontecimientos.

—¿Entonces cómo lo saben? —Se cruza de brazos, a un paso de mí y continúa con su interrogatorio—. El tipo ese dijo tu nombre, claramente saben quién eres.

—Esa es la cuestión… —Tenso los ojos y también me cruzo de brazos, suspicaz—. ¿Por qué me están buscando ahora y por qué fue precisamente en la fiesta de ascenso de Sander?

—Y si sospechaban de Jackson, ¿por qué no intentaron asesinarle a él?

—También lo hicieron… hace poco —digo rápido y recuerdo los explosivos que colocaron en el coche de Jackson poco tiempo atrás.

—¡Ohhh! —Oigo un profundo suspiro.

Sigo dándole vueltas a todo, atando cabos sueltos e ideando el plan de urgencias que pondré sobre la mesa en la junta del jueves. Lo tengo todo planificado y espero desesperadamente que funcione. De lo contrario, sin duda, entraremos en una guerra abierta.

—¿Entiendes la gravedad de la situación ahora?

Veo cómo desvía su mirada, demasiado pensativa, y agarra un plato en sus manos, dispuesta a fregarlo. Abre el grifo.

—Déjalo… —Toco su mano y cierro el grifo—. La mujer de la limpieza lo hará.

—Quiero saber… —Retira su mano— ¿cómo... cómo llegaste a saber defenderte tan bien? —pregunta con una extraña emoción en su mirada, seguramente está recordando el momento del disparo—. Cuando mataste a ese hombre no dudaste ni por un instante. Fue todo muy rápido, lo que demuestra que posees ciertas… habilidades.

—Recibí entrenamiento físico severo durante varios años, Aylin —le contesto deprisa.

—¿Entrenamiento físico?

—Sí, ya sabes, técnicas de defensa, lucha, usar un arma y hasta karate. Jonathan Woods nos envió a un sitio especial a mí y a Jackson para entrenar.

—¿Tu padrastro?

—Sí… —Cojo un trapo y le seco las manos, mientras ella escucha embobada—. Se obsesionó con que la mafia intentaría asesinarnos tras meter *Álympos* en el negocio del narcotráfico, y quería tenerlo todo controlado. Nos mandó a los dos a un campamento desde los quince años.

«Más golpes…», pienso.

Fueron más de cinco años, cinco años sombríos de mi vida los cuales jamás podré olvidar. Algo que me marcó y fortaleció y, llegados a este punto, no lo niego. Posiblemente me haya convertido en una máquina de matar.

—Me estás diciendo que… —quedo interrumpido por su delicada voz— ¿tu padrastro prefirió poneros en peligro antes que renunciar a un negocio tan peligroso como lo es el narcotráfico?

Arqueo la comisura de mis labios, haciéndome gracia sus afirmaciones. No sabe quién fue Jonathan Woods.

—El placer y las drogas van de la mano. Eres muy joven y no eres consciente de muchas cosas.

—¿Tú también consumes? —pregunta sin tapujos, lanzándome una mirada sumamente fría.

Me quedo perplejo. Se apoya en el filo del mueble de la cocina. La decepción y desconfianza que refleja me vuelve a golpear y ponerme contra el suelo. Siento como si diéramos un paso hacia adelante y dos hacia atrás.

—No.

Agarro sus codos, muy seguro de mí mismo y hago que ella vuelva a fijarme con la vista.

—¿No me crees?

Mis manos descienden a su cintura y le acaricio cuidadosamente, como si estuviera tocando el capullo frágil de una flor en crecimiento. Pero sé que, en el fondo, esta señorita cascarrabias y curiosa no tiene nada de frágil, ¡todo lo contrario!

Pese a que me arriesgue a que ella se despegue de mí, la atraigo a mi pecho. Necesito sentirla cerca para calmarme, que ella me comprenda y se ponga de mi lado. Así, sería una cosa menos en la que tendría que pensar.

Por su parte, no me rechaza y solamente levanta la mirada.

—¿Y por qué te creería?

Una flecha dirigida a mi pecho, sin duda. Un doloroso y reincidente disparo. No me cree. No confía en mí.

«¡Maldito iluso!», me riño a mí mismo. «Eres un monstruo, ¿quién confiaría en mí?»

—¿Y por qué me lo preguntas si has decidido no creerme?

—Porque todavía tengo la esperanza de que haya algo en ti que pueda hacer que te perdone, Álex.

Agarro su mano con impaciencia y a la vez ilusión. Siento algo florecer en mi interior cuando aprieto sus dedos y me llevo su mano a la boca, lanzándole una torturada mirada.

—No hay nada más allá. Tú eres la que elige si creerme o no. Ahora bien… si lo haces, pondré el mundo a tus pies.

No esboza ninguna emoción, clara señal de que mis palabras no la trastocan. No soy idiota, no está dispuesta a quitarse aquella armadura invisible que usa. Al menos no por ahora.

—No te escondo nada más —prosigo—. Lo único que quiero es que te sientas feliz y segura entre mis brazos.

—No es lo que busco, Álex.

Sabía que lo negaría, lo hace desde que la conocí.

—No me puedes decir que no sientes lo mismo que yo. Anoche lo noté… —insisto y la rodeo completamente con mis brazos.

Nos fundimos en un abrazo tierno y especial, abrazo que me permite notar los latidos veloces de su corazón, al igual que su pulso.

—Lo que yo siento es muy diferente a lo que tú sientes…

—Yo siento muchas cosas, pequeña—. Muevo mis dedos en su cabello y siento su aliento en mi clavícula—. Siento que me muero de ganas de probar cosas contigo. Que sientas la misma adrenalina que yo siento y…

No puedo ser más sincero.

—Tan directo como siempre —afirma con crueldad y coloca una mano en mi hombro, apartándome. —. ¿Qué cosas probarías? ¿Atarme de nuevo? —suelta un bufido y su voz cobra un tono sarcástico—. ¿Azotarme? ¿Usar el electroshock?

—¡Y más cosas! —le digo—. Muchas más cosas… —Siento mis labios secos—. Vivirías conmigo lo que jamás has vivido. Sueño con esto desde el instante que te conocí. Llegarás a desearlo tanto como yo y a pedírmelo tú sola, Aylin…

Mi excitación incrementa con el simple hecho de visualizarla en aquella cama, totalmente inmovilizada y entregada a mí.

—¿Esto va en serio? ¿Crees que disfrutaría con eso? —Su recelosa voz me trae de vuelta a la cabaña.

Y también a la realidad, y esa es que acabo de torcerlo todo. Su mirada asustada me lo indica. Lo he estropeado todo.

—¡No intentes decirme que no te gustó la experiencia! —le amenazo—. No lo hagas…

—En el fondo lo hice por ti… —susurra en mi cara con mucho sentimiento y ojos vidriosos—. Si te permití atarme en tu ático, lo hice únicamente para demostrarte que no podías hacerme daño.

—Si sabes que sería incapaz de hacerte daño, entonces… —voy al grano— ¿por qué no te abandonas completamente en mis manos?

—¿Es eso lo que te haría feliz?

—No, feliz no. ¡Muy feliz! —Noto mi pulso acelerado —. Eso me haría muy feliz. ¡Ahhh, Aylin! Sueño tanto con que seas mía…

—¡Ya lo fui! —brama perturbada.

—No, nunca lo fuiste. Al menos no cómo yo lo sueño y deseo… —Mis dedos acarician un mechón que cuelga en su frente y que hace que se vea encantadora.

—Sin duda, tenemos conceptos muy diferentes de lo que significa entregarse a alguien.

Aparta aquella mirada inexpresiva que le sale últimamente y agacha la cabeza.

—Es posible. Lo que para ti es negro, para mi es blanco, ¿lo recuerdas? —Hago guiño a una de nuestras charlas del pasado.

Su rostro denota confusión y rechazo, aunque yo me esfuerce en contarle todo y ser honesto.

¿Podría culparla?

—Álex, ¿sabes? Siempre me has desconcertado. —Intenta dar un paso hacia atrás, muy poco

dispuesta a colaborar—. Desde el primer momento que te conocí.

Sus preciosos ojos celestes no mienten. Me mira como si yo fuese un bicho raro. Bajo los brazos con rapidez y meto una de mis manos en el bolsillo, a la vez que me apoyo en el mueble de la cocina con la otra.

—¡Déjalo! —le corto—. Sé que es difícil que lo comprendas. Tengo esta forma de ser, soy demasiado…

—Dominante —completa.

Mis pulmones no dan abasto y elijo apoyarme con la espalda en el mueble y evitarla. Sé que esto es solo el principio y que sus ansias de saber más cosas no terminan aquí.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Adelante. —Frunzo las cejas.

—¿Has pensado alguna vez que quizás tengas esta inclinación hacia la dominación por el hecho de que nunca pudiste tomar tus propias decisiones?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres que te hable con sinceridad?

—Por favor. —La invito con la cabeza e irgo mi espalda.

—Es obvio que de pequeño nunca tuviste la seguridad que un niño de tu edad se merecía. Entiendo que viviste mucho en la casa de tu tía y también pasaste un tiempo en un centro de acogida, ¿no?

Su franqueza me deslumbra y no me esperaba que hablara con tanto atrevimiento. Odio recordar mi pasado y con Aylin estoy haciendo una excepción.

—Y tras la muerte de tu padre… —habla incesante, aunque un tanto cohibida—, tu madre te trajo a Estados Unidos.

—Correcto.

—Al casarse con tu padrastro, también te viste arrastrado a un sitio tan perverso como lo es *El Templo*. No tuviste elección, ¿verdad, Álex? —Sigue indagando y me señala con la palma de su mano, muy convencida de su teoría.

—Es cierto que fue muy duro, no te voy a engañar. —Agacho la cabeza—. Ahora bien, no me gustaría que pienses que soy una persona que no soy.

—No comprendo.

Aprieta los ojos y me mira concentrada.

—Todo lo que tiene que ver con mis gustos sexuales es real. Esa habitación del Olimpo es real. Todo lo que te conté es real —enumero—. No quiero que lo veas como una enfermedad o cómo un trauma del pasado.

—Álex, todo lo que viviste en tu pasado y verte obligado a formar parte de una familia poco normal que hizo que…

—¡No, Aylin! ¡Diablos! —exclamo.

No voy a permitir que ella haga castillos en el aire.

—Soy así. Mi papel es muy claro, soy uno de los dioses y lo tengo más que asumido. ¡Lo disfruto! No necesito a nadie que venga a salvarme —balbuceo irritado.

—No hay mayor ciego que el que no quiere ver.

—Yo…

Me quedo perplejo. El silencio se convierte en un lazo cargado de significados, conectándonos de una manera que las palabras no han sabido hacerlo.

—Así es —respondo con dureza—. No soy un padre de familia, ni el príncipe azul que esperas. Y tampoco me podrás abrir los ojos, si es lo que piensas.

Sonríe y suelta un débil bufido.

—Ya sé que no eres un príncipe. Eres un dios, o más bien… te hicieron creer eso.

Acto seguido, Aylin tira el trapo de cocina que sujetaba en las manos y se dirige al salón, dándome la espalda.

Quedo en silencio. Con cada intento que hago de poner en orden mis pensamientos, estos son como el humo que intentas atrapar.

¿Cómo podré luchar con su desconfianza y escepticismo?

¿Cómo demonios hago para que confíe en mí y no esté siempre a la defensiva?

CAPÍTULO 8



LUCHANDO BATALLAS

—ARES—

Apunto. Me concentro. Rozo el gatillo con la yema de mi dedo. Debo disparar en el centro, ni un centímetro más allá. Entonces, aguanto mi respiración y aprieto el gatillo con decisión, mientras cierro los ojos. La bala atraviesa uno de los paneles anclados en el tronco de un árbol, ya que convertí el jardín trasero de la cabaña en un campo de tiros.

¡Bien hecho! Miro el enorme agujero que atraviesa el cráneo de una persona dibujada en el grueso lienzo. Preparo un segundo disparo y sé que no puedo fallar. El aire fresco de montaña invade mis pulmones y hace que esté más despierto todavía. Los disparos emitidos por mi revolver *Astra 960*, calibre 39 truena con eco a lo lejos y hasta parece que mi arma ha cobrado vida. Los disparos suenan en la lejanía repetidamente, como si fuesen unos gritos violetos.

Cargo el revólver, extremadamente concentrado y vuelvo a levantar y tensar los brazos. Solo que no me da tiempo a apretar el gatillo por tercera vez, ya que noto la presencia de alguien. Giro la cabeza y observo que Aylin se encuentra a unos metros.

—Ven, acércate —le digo.

—Estoy bien aquí.

Hace una mueca y se encoge de hombros. Agita la cabeza, queriendo parecer entretenida con el fabuloso paisaje que hay alrededor y no avanza ni un centímetro en mi dirección.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo que… no me gustan las armas.

En este caso, soy yo el que baja las manos y avanza hacia ella, al mismo tiempo que guardo mi revolver en la espalda, anclado en mi cintura.

—¿Nunca antes habías visto un arma? —pregunto, aunque lo único que recibo de su parte es reticencia, como si el armamento fuese un tema tabú.

—No, la verdad es que no —contesta serena.

—Pues no te vendría nada mal aprender a disparar.

—No lo creo.

—Yo sí lo creo. —Me esfuerzo en sonreírle para hacer que ella relaje los hombros—. Siempre está bien saber defenderse, y más en nuestro país.

—¿Vienes mucho aquí?

Pienso embobado y, en cierto modo, divertido que la señorita Vega tiene mucha facilidad de cambiar de tema cuando le conviene. Y también tiene otras habilidades, como por ejemplo hacer que yo mismo parezca un cordero manso en su presencia. Si no fuese por ella, ya estaría pegando tiros a diestro y siniestro, atacando la fortaleza de Gambino, en Belmont.

Vigilo todos y cada uno de sus movimientos.

—¿A Toronto? —Elevo una ceja—. Posiblemente una vez al año. Me gusta mucho venir aquí.

—¿Para entrenar? —inquiere y se da la vuelta cuando le señalo las escaleras de la puerta trasera de nuestra cabaña.

—No solo. Me gusta esquiar, pero este año me parece que no dará tiempo. —Miro las montañas a lo lejos.

—Entiendo.

—¿Y a ti, te gusta esquiar? —pregunto intrigado y sorprendido por su actitud afable.

Es posible que nuestra conversación haya surtido efecto; o eso, o que ella se haya cansado de discutir conmigo.

—Lo hice solo una vez, en un viaje de estudios. Viajamos al norte, a Maine —Me cuenta mientras se frota las manos.

Veo una suave rojez en la punta de su nariz y me aguanto la risa. Me parece muy graciosa en estos momentos, ya que parece un payaso, debido a su piel pálida contrastando con su rojiza nariz.

—¡Vaya! Sí, conozco Maine.

Miro hacia un lado y examino la cola alta que lleva en lo alto de su cabeza. El pelo recogido la hace más atractiva todavía, ya que el cabello de esta forma acentúa más sus facciones.

—Te gusta la montaña, ¿verdad?

—Sí, en realidad más que la playa. —Muevo las manos y hablo calmado—. Y este en concreto es el sitio que más me gusta.

—Lo suponía —replica y consigue dar un paso a un lado cuando intento rodear sus hombros.

Decido no insistir. Debo ser paciente.

—¿Y qué tal la tarde, la has aprovechado?

Hace unas horas, tras el almuerzo, Aylin me ha pedido quedarse a estudiar.

—Sí, la tableta que me has prestado me ha servido para hacer algunas de las tareas que tenía pendientes.

—Supongo que la próxima semana tenéis muchos exámenes. —le recuerdo.

—Así es, en casi todas las asignaturas.

—En Finanzas también.

Arqueo el ceño y la miro por el rabillo del ojo.

—Sí, en Finanzas también —repite esta, muy poco comunicativa.

—Seguro que le saldrá muy bien, usted es experta en los tipos de inversiones y la rentabilidad, señorita Vega —subrayo ciertas palabras a propósito con la evidente intención de darle pistas sobre el examen.

—Si me estás intentando chivar cosas del examen, prefiero que no lo hagas. —Mueve la comisura de sus labios y la noto relajada, aunque no me sigue mucho el juego—. De hecho, no sé cómo podremos volver a la universidad. Nos están buscando.

Me mira preocupada.

—Volveremos.

La miro con decisión.

—Recuperaremos nuestras vidas, Aylin —agrego—. Y también te pondré la nota que te mereces.

Le guiño el ojo, pero ni una maldita reacción de su parte.

—Quiero conseguir sacar buenas notas sí… —asegura—, pero únicamente gracias a mis esfuerzos. No quiero deber nada a nadie.

Sonrío crispado y pienso que es una indirecta. Aylin camina delante de mí por el camino estrecho de piedra, el cual nos lleva a la entrada de la cabaña.

—Vaya, me asombra usted. Cualquiera en su lugar se aprovecharía —le insinúo que en realidad podría darle algunas pistas del examen de Finanzas, aunque no sea lo ético.

—Yo no soy cualquiera y usted... debería ser más profesional, ¿no le parece? —Gira la cabeza y me mira. Arruga la frente con ironía y sospecha.

Siempre me impresiona su perspicacia, y no solamente eso. También parece ser que últimamente ha hecho una costumbre de dejarme con la palabra en la boca.

—Te equivocas si piensas que te beneficiaré. —Le indico la escalera para subir al dormitorio y prepararnos para la fiesta, mientras controlo la hora—. Por más que seas mi punto débil.

—¿Tu punto débil?

Rueda los ojos.

—Sí, señorita Vega —respondo cuando ella me mira pensativa—. Usted es mi debilidad.

Me muerdo los labios.

Subimos los escalones deprisa, encaminándonos al dormitorio para vestirnos para la fiesta y mi vista desciende al ceñido vaquero negro. Demasiado ajustado y… peligroso. Respiro sacudidamente e intento pensar en otros asuntos menos estimulantes cuando apenas ingresamos en la habitación.

—¡Vaya! —Esboza una sutil sonrisa—. Pensaba que su debilidad se encontraba en sus pantalones, profesor.

Me sigue el juego, aunque…

—¿Cómo?

Se vuelve vertiginosamente y me frena el paso cuando la sigo de cerca.

—Hablo de su móvil.

—¡Ahhh! —Meto las manos en los bolsillos y arqueo los labios, aturdido.

—El trabajo es su debilidad.

—Bueno, yo no lo veo así, pero…

—Ahora debo cambiarme, discúlpeme. —Acerca la puerta a mis morros y habla con ese aire juguetón que adoro en ella—. No querrá llegar tarde a la fiesta, imagino.

—Por supues...

«-to…», susurro atolondrado cuando no me deja terminar y me cierra la puerta del dormitorio en la nariz.

¡Por Zeus!

Tiro del cuello redondo del jersey y apoyo una mano en el marco de la puerta de madera. No puedo evitar sonreír y una calma y satisfacción me invade de repente. Es como si hubiésemos usado una bendita máquina del tiempo y hubiésemos vuelto de alguna manera al pasado. Hasta

juraría que es como si nada hubiese ocurrido, aunque no debo cantar victoria.

Pero la cantaré. Y eso será cuando oiré aquellos tremendos gemidos con cada sacudida de mi fusta sobre ella. Con cada gemido que le arrancaré, inmersos en este fuego que me es difícil controlar. Con cada suplica que trazarán sus ojos.

Cantaré victoria cuando me ame sobre todas las cosas, incluida ella misma.

Y sí. El juego terminará cuando escuche ese anhelado “mi dios” de su boca.

***

Sobre media hora más tarde, vuelvo al dormitorio y toco en la puerta.

—Aylin…

No se oye nada y decido entrar. Camino con pasos lentos y barro la estancia con mi vista, pero ni rastro de ella. La cama está perfectamente hecha y no se encuentra por ningún lado. Mis latidos empiezan a aumentar cuando pienso que quizás haya salido fuera y haya escalado en la fachada de la mansión.

—¡Aylin! —grito horrorizado y abro las estrechas puertas del balcón de la cabaña, sintiendo que estoy experimentando un maldito déjà vu. Más bien, uno tras otro.

Salgo fuera deprisa, quedándome ahogado por la fuerte corriente de aire. Agarro la barandilla de madera y miro en todas las direcciones, pero no percibo nada. Está empezando a anochecer y el miedo de que se pudiera perder o que algo malo le ocurra, me fulmina despiadadamente.

—¡Maldita sea! —chillo y aprieto los puños.

—¿Se puede saber qué haces?

Me la encuentro plantada en medio de la habitación cuando me doy la vuelta. Me mira fijamente, con los brazos alzados y sujetando un estuche en su mano derecha.

—Nada. —Abro la boca, desubicado, y cierro la puerta doble de cristal del pequeño balcón—. Pensaba que…

Tiro de la chaqueta de color azul oscuro, que visto esta noche.

—Que me había escapado.

—Así es. No me parecería extraño —intensifico mis rasgos, un tanto molesto y con el cuerpo cortado—. No sería la primera vez que desapareces.

Me dirijo a un espejo que cuelga en una pared y me arreglo el nudo de la corbata de un tono azul marino. Procuro que ella no se dé cuenta de nada, para así no inflar su ego.

—Estaba en el baño.

Junto los labios, nervioso, y me sigo mirando en el espejo. Después, arreglo un mechón que no hay manera de domar. Solo que no puedo impedir atravesar el cristal con mi vista y contemplarla, sin que ella se dé cuenta. Al instante, se me pasa por la cabeza que la constitución esbelta de esta mujer la hace muy atractiva. Y no solamente eso, su forma de ser hace que la vea muy bella. Bella por dentro y bella por fuera.

—¿Y a qué se debe la fiesta a la que vamos a ir?

Me quedo altamente complacido con su pregunta. Ya no intenta huir de mí, no me habla enfadada y está interesada en los planes que tenemos.

—Bueno, en Canadá también es festivo estos días y uno de nuestros futuros socios quiere celebrar la expansión de sus bancos en Estados Unidos.

—¿Por qué futuro socio?

—Porque todavía no firmamos el acuerdo. Estamos en trámites con los *Bancos Morrison*.

—Entiendo —murmura.

Me vuelvo hacia ella y me convierto en un escáner andante. Quiero analizar cada detalle, además disfruto mucho mirándola. Para la fiesta de esta noche lleva un vestido muy refinado de color negro y blanco de seda, una de las prendas que compramos ayer. En este momento, esta se está arreglando las mangas largas de su vestido y tira suavemente de su escote en forma de V. La verdad es que cualquier prenda de ropa queda hecha a su medida.

—Aylin… —Doy unos pasos en su dirección—. ¿Puedo confiar en que no volverás a intentarlo?

—¿Intentar qué?

—Escapar de mí.

—No, no podrás confiar —responde categórica.

¡Mierda!

Aprieto los labios, pensando en que me está saliendo el tiro por la culata. Hace semanas, esta fue una de mis respuestas cuando ella me preguntó si podía confiar en que no intentaría seducirla.

—Ya veo que lo tienes todo guardado.

—No sé de qué me hablas, Álex.

Se mueve con elegancia. Mi mirada desciende a la prenda que viste. El vestido es corto y deja al descubierto sus piernas, en las que noto unas medias semi-oscuras. Calza unos tacones negros, muy altos. Mientras arreglo los botones de las mangas de la chaqueta, recuerdo que llevaba los mismos tacones anoche. Me acuerdo nítidamente cómo los mismos zapatos de tacón encajaban de escándalo con el conjunto sexy de cuero, el cual se moldeaba a su cuerpo como una segunda piel. Lástima que me la jugara.

Ella tampoco añade nada en nuestra conversación, al notar que yo no le respondo, en cambio, se sienta en la cama, cruza las piernas y empieza a mirar su móvil. Seguramente está chateando con alguien. Me llama la atención el maquillaje que se ha puesto esta noche, que es un poco más estridente de lo normal. Las líneas de color negro de sus párpados y el rímel hacen que resalten más sus ojos celestes electrizantes. A continuación, analizo sus piernas otra vez, y me intento mantener sereno, pero súbitamente... me doy cuenta de algo.

—Aylin… —Me acerco sin pensármelo dos veces, tras abrochar la chaqueta oscura de tela gruesa.

—Dime.

Levanta la vista de su móvil cuando percibe mi perplejidad y mi atenta mirada. Me detengo junto a ella, sin dejar de fijar sus atractivas piernas. Ella observa el punto de enfoque y también dirige su vista hacia abajo.

—¿Qué? —pregunta desconcertada.

Vuelve a alzar la vista.

—¿Qué medias llevas?

—¿A qué te refieres? —Aprieta los párpados, sorprendida.

Me siento en la cama, a su lado. No le digo nada más, y aunque sea consciente de que debería tener mi maldita boca cerrada y mis sinvergüenzas manos quietas, no puedo evitar levantar su vestido con una mano. Menos mal que a ella no le da tiempo a reaccionar.

—¡Espera! —exclamo.

A continuación, me levanto y camino en dirección al armario. Lo abro con agilidad e intento identificar su ropa en los estantes y perchas.

¡Excelente!

Agarro unas medias del mismo color que las que lleva puestas, sin embargo, estas son de media pierna y no de pierna completa. Las medias en cuestión llevan un acabado de encaje en la parte de arriba. Son perfectas. Me vuelvo bruscamente y noto que, mientras tanto, Aylin se ha puesto de pie, consternada.

—¿Qué estás haciendo?

—Mejor ponte esto. —Se las enseño—. Son más accesibles.

—¿Accesibles para qué?

Frunce el ceño, verdaderamente desorientada.

—Por favor… —ruego suplicante y sin perder el tiempo.

Mis dedos alcanzan la parte baja de su vestido y consigo levantárselo sobre sus caderas, rozando la parte alta de sus medias de pierna completa. Noto que Aylin me detiene e inmoviliza mis manos, las cuales resbalan vertiginosamente en la tela fina de las medias.

—¿Acaso me las quieres quitar?

Pone los ojos como platos y aprieta los labios, suspicaz.

—Por favor, siéntate —intento que mi voz no suene demasiado demandante para no asustarla. No me puedo permitir el lujo de discutir con ella también esta noche.

—¿Qué les pasa a mis medias?

—Nada, solo que…

Reflexiono. Mis impulsos me delatan cada vez más. No sé por qué tengo esta necesidad de controlarlo todo, incluso el hecho de que este tipo de prendas están prohibidas en *El Templo.*

—Aylin, aparte del placer y la calidad, otra de las palabras clave es la accesibilidad.

Los hedonistas somos así y ella deberá comprenderlo.

Me vienen mil palabrotas en la cabeza ahora mismo. Hago un sobresfuerzo por no dar rienda suelta a mi otro “yo”. Juro y perjuro que estoy intentando desesperadamente controlarme, pero me es imposible.

«¡Diablos!», maldigo.

Mi arrebato me puede costar otra pelea. Una pelea que podría ser decisiva.

—¿Qué? —Oigo su voz seria—. ¡Aquí no estamos en… ese sitio!

—Me gustan las de liga, si no te importa.

—Pero a mí me gustan estas. —Su tono es molesto.

En cuanto antes lo interiorice, más fácil será para ella vivir ahí, bajo nuestras normas.

—¿De verdad no puedes concederme este deseo? No te cuesta nada. Por favor —vuelvo a suplicarla—. Te prometo que no intentaré nada esta noche, solo póntelas —sigo hablando casi susurrando cuando observo sus ojos desconfiados.

No cedo y aprieto la parte alta de sus medias, intentando quitárselas. Para mi sorpresa, ella deja de ejercer presión sobre mis manos y entonces aprovecho y, sin decir nada, me arrodillo determinante y deslizo las medias hacia abajo. Siento la calidez de su piel y temo que no pueda controlarme. Finalmente, vuelvo en mí cuando observo que su rostro se ha vuelto inexpresivo.

Mi pulso es cada vez más acentuado.

—¡Siéntate!

Le indico la cama. Lo hace en silencio y ni un rasgo de su rostro se tuerce. Veo cómo cede también con los zapatos y deja que se los quite. Cuando termino de quitarle las medias que tenía puestas, agarro las otras, las de media pierna. La miro cuidadosamente y frunzo la nariz, con los nervios sacudiendo todos mis malditos músculos. Me da miedo su silencio.

—No pienses que esto volverá a repetirse, Álex. Te dejo hacerlo porque estoy cansada de discutir —suelta con voz neutra y se aparta el cabello de la cara.

Ahora mismo la tela de su vestido queda levantada por encima de sus muslos y le estoy empezando a colocar las medias. Mis facciones se desencajan con el tacto de su sedosa piel y en el segundo siguiente me planteo que ha sido una pésima idea.

—Pensarás que estoy loco…

Articulo despacio y me sujeto bien en mis rodillas. Me estoy aguantando las ganas de tumbarla sobre esta jodida cama, tras ver su ropa interior asomarse por debajo del vestido.

¡Demonios! Suelto un intenso jadeo. Mi mente maquina escenas placenteras en mi cabeza sin cesar. Las gotas de sudor vuelven a deslizarse en mi frente y mi rostro enrojece. Lo sé. Como también sé que le abriría las piernas en este instante, le apartaría esas bragas tan provocativas que estoy viendo parcialmente y después hundiría mi boca en aquel néctar que me quita el aliento. Disfrutaría jugando con su clítoris y gozaría escuchando sus susurros, pidiéndome que no pare.

¡Por el jodido Ares! ¿Qué demonios me ocurre con esta mujer?

Vuelvo a respirar, intentando calmarme y ser paciente.

—Loco dices… —habla sin alterarse y arquea su boca con ironía.

Eleva el mentón y lleva su mirada al techo por un instante. Su profundo suspiro me despierta de aquella excitante ensoñación que me domina.

—Álex… —Deja caer su vacía mirada sobre mí, que estoy arrodillado delante de ella— si te llamara *loco* quedaría muy corta. Siempre has sido así, solo que fingías muy bien ¿verdad?

—No tenía otra… —asiento—. No quería asustarte. No quería perderte.

Continúo con mi juego de seducción.

—¿Y no piensas que ahora me estás asustando?

Termino de deslizar las medias en su bonita pierna y palpo su muslo de manera delicada, mientras me acerco un poco más a su rostro.

—No creo. —Sonrío pícaro—. No puede asustarte verme aquí, suplicándote… —hago una breve pausa—, vistiéndote y tocándote con tanta dedicación. Bueno, lo puedes negar por fuera,

pero no por dentro.

—¿Piensas que voy a creer que no intentarás nada conmigo?

Cuesta mucho lidiar con su carácter. Me cuesta cada vez más manejar este maldito fuego que me quema por dentro, y el cual lo abrasa todo cuando ella está cerca.

—Espero que lo creas…

Cojo la otra parte de las medias en mis manos mientras hablo, y empiezo a cubrir su aperlada piel con la frágil tela, fascinado por el tacto.

—¿Tan malo es que te desee tanto, Aylin? —Mis ojos penetran los suyos con deseo.

Beso sus rodillas con suavidad y quedo en retaguardia. Por su parte, apoya la palma de sus manos sobre las sábanas y únicamente suspira. Sorprendentemente, no protesta y eso es un avance, sin duda.

—¿Tan malo es que a tu hombre le des morbo? —Aprieto mis labios por encima de sus rodillas—. ¿Tan grave te parece que el mero pensamiento de que lleves estas medias esta noche me enloquezca?

—¿Mi hombre?

Su sarcasmo me pone en *K.O.* Es una de las cosas que peor llevo, aparte de su curiosidad.

—¡Sí, tu hombre! —contesto rudo—. Y espero que en algún momento decidas acabar con esta batalla que se libra en mi interior porque, de lo contrario…

Bajo la vista. Termino de subirle la media casi temblando por el deseo y la impotencia que siento. Aprieto el encaje de la parte alta de su muslo.

—¿De lo contrario?

Junta aquellos carnosos labios en una fina línea, amenazante.

«De lo contrario, no sé por cuánto más tiempo me podré controlar…», pienso impaciente y enfermo de deseo.

—¿Es que no lo ves? —Tiemblo—. Mi diosa… estoy a tus pies.

Mi voz suena ronca y perturbada, lo sé, pero no puedo fingir más. Definitivamente, no podré controlarme mucho más y la estoy poniendo sobre aviso. Pasar tanto tiempo con ella es como una maldita condena.

—Tu diosa… —repite conmovida.

Aquellos ojos brillosos de nuevo, los que denotan sufrimiento y ganas de llorar.

—¡No seas cínico!

—¡Aylin! —espeto agobiado—. ¡Ya te he explicado porque hice todo lo que hice! No tengo nada más que demostrarte, ¡te guste o no!

—¿Eso es lo que piensas? —Coge aire y empieza a jugar con sus manos, mortificada.

Me está dando a entender que está molesta. Igual lo notaría, aunque no soltara ni medio sonido. El celeste puro de sus ojos se ha convertido en gris y sé que está terriblemente nerviosa. Inmediatamente me intenta apartar, ejerciendo presión en mi hombro, sin embargo, no dejo que se salga con la suya. No he terminado.

A continuación, tiro de su vestido, de modo que este oculta la parte de arriba de las medias liguero, por lo tanto, el encaje apretado sobre sus muslos ya no queda a la vista. Poso mis manos

sobre sus piernas y la sigo mirando atormentado.

—Estoy harto de luchar contigo, ¡maldita sea! —continúo—. ¡Mi paciencia se está acabando ya!

Mi voz suena convincente y siento latigazos en mi sien, al igual que en mi torso. He sido sincero, aunque posiblemente ella me odie por el resto de su vida. ¡Pero qué maldito remedio! Asumiré el riesgo y recibiré el castigo de los dioses.

Sin tardar mucho más, le coloco los tacones negros elegantes con rudeza y me pongo de pie como un cohete. Noto que se queda embobada mientras saco un abrigo del armario y me lo coloco, sin mirarle. También saco un abrigo largo de mujer y me acerco, intentando colocárselo sobre los hombros.

—¡No, gracias! Soy autosuficiente. —Levanta su tono de voz.

—¡Salvo para salvar gatos que no son tuyos!

Ladea la cabeza, incrédula, y se da la vuelta tras mi espontaneo comentario.

—¡Maleducado!

Sacude el pomo de la puerta con fuerza y empieza a bajar las escaleras.

Me encojo de hombros y sonrío divertido, a la vez que la sigo con pasos firmes. Mi bonita fiera será domada en breve.

¡Oh, esta noche! Esta misma noche acabaré con esta maldita tortura. Mía y suya.

***

—Mañana estamos de vuelta y necesito tenerlo todo preparado —hablo por teléfono y apoyo mi codo en la ventanilla del automóvil.

Miro a Aylin por el rabillo del ojo.

—Comprendo, solo que el *epitropi.*…

—¡Lo sé, Max! —contesto alterado y a la vez disgustado por los malditos egoístas que viven bajo el techo del *Templo*—. ¿Cuáles son las nuevas órdenes?

—Yo no sé cómo decirle esto, pero… —susurra este demasiado cohibido.

Es la primera vez que me veo en esta situación.

—Suéltalo, ¡maldita sea! —hablo refunfuñón—. Lo sé todo.

—Mi dios…—empieza—. El dios Apolo nos ha pedido que no sigamos sus órdenes hasta que esté de vuelta.

—¿Ha dado detalles?

—No, pero… —Se detiene.

—¿¡Qué!?

—Usted siempre ha sido muy recto y muy fiel al decálogo. Yo no me lo creo, pero por aquí se habla que no está respetando las normas, señor.

—Max, sigo siendo el líder supremo. —Me inclino hacia adelante y me apoyo en los codos—. Eso significa que mi palabra es la ley y espero… —Me rasco el mentón con suma irritación y a la vez sorprendido por el atrevimiento de mi jodido hermano—, espero que nadie lo olvide. Y si

así lo fuera, encárgate de recordarles.

—Lo que mande, mi dios.

—Si a alguien se le olvidara este *pequeño* detalle, recuérdaselo tú, Max.

Tengo la mirada de un loco. Y, aunque sé que me he equivocado, no permitiré que nadie se oponga. No después del trabajo que le he dedicado durante tantos malditos años.

—Por supuesto, señor.

—Te tengo que dejar —es lo último que digo, y cuelgo.

Me derrumbo sobre el respaldo del asiento trasero, a la vez que detecto una imponente villa a unos metros.

La casa de los Morrison.

Tras abrirle la puerta del coche a Aylin, cogemos el camino hacia una mansión impetuosa de dos plantas, dos veces más grande que la que poseo en las afueras de Toronto. El sitio queda ambientado con una sinfonía de instrumentos y la música se escucha desde la lujosa entrada. Pese a que la orquesta se oye desde fuera, la fiesta se celebra dentro. Posiblemente sea porque el pronóstico ha avisado un temporal esta noche y la nieve quedará servida en esta parte del país.

Le indico con mi brazo el camino, pero también rodeo su cadera y le sonrío, dentro de mí esperando que no siga molesta. En realidad, quiero que se sienta cómoda en la fiesta y que se le olvide todo lo ocurrido en los últimos tres días. Esta noche la necesito desesperadamente. Necesito que se muestre receptiva y dispuesta.

—¿Sigues enfadada conmigo por las medias? —Giro la cabeza y acerco mi boca a su oído.

Su delicado perfume embriaga mis fosas nasales, aunque confieso que echo de menos su olor habitual. La fragancia que lleva no me desagrada en absoluto, pero se me ocurre que le regalaré pronto una de aquellas colonias con olor a coco, a la cual me he vuelto adicto.

—¿Enfadada? —articula con voz jocosa—. ¡Qué va, solo me toca un poquito las narices cuando me mandan! —suelta huraña y se centra en no resbalar sobre las heladas losas de la entrada.

Es una delicia notar sus dedos apretar mis músculos.

—Bueno, señorita Vega, tengo mis dudas.

—¡Sorpréndeme! —habla ofuscada.

Su enrojecida nariz y mejillas me provocan una sonrisa.

—Dudo que esté tan enfadada por llevar esas medias.

—Para ser sincera, ahora mismo más que las medias, lo que más me preocupa es que mis partes bajas están congeladas por tu culpa, ¡Brian Alexander Woods! —contesta con mucha seguridad.

Pone una mueca de mujer terriblemente enojada —y helada— y, por mi parte, ahogo una risa. Su comentario me parece muy divertido.

—¿Te estás riendo? —Me mira embobada.

—Señorita… eso tiene fácil arreglo, solo falta que me lo diga. Entraría en calor de momento —contesto deprisa y bajo mis dedos a su trasero con mucha sutileza.

¡Por Zeus!

Necesito vacaciones de Aylin ya. Me siento profundamente revolucionado por dentro y siento

como si se diera la batalla final de *El Señor de los anillos* en mi interior.

—Encuentras arreglo fácil para todo, Álex —replica indignada y se despega de mí.

—Así soy yo, resolutivo.

—Buenas noches —Oímos el saludo de dos jóvenes que nos reciben en la entrada y piden nuestros nombres cuando ingresamos en la planta baja de la mansión.

Después, nos hacen una señal de que les entreguemos las chaquetas y sonríen con mucha amabilidad. Antes de ingresar en el salón, les hago una señal a mis hombres de que permanezcan en el hall, en la zona del servicio.

En el amplio salón que posee una combinación moderna y *vintage*, noto varios grupos de personas, tomando unos aperitivos. Al fondo, localizamos a dos músicos que ambientan la velada con la melodía de un piano y un violín. Posiblemente haya más de cuarenta personas en la sala. Identifico a Morrison cerca de la entrada, su estatura robusta y pelo canoso me permien que lo reconozca. Conocí a nuestro socio el año pasado, Carlyle me lo presentó, pero nunca antes había estado en su casa.

—¡Brian! —exclama este cuando nuestras miradas se cruzan. —¡Bienvenido... o más bien, bienvenidos a mi casa!

Me da una palmada en la espalda y le estrecho la mano. No nos conocemos mucho, pero la verdad es que Carl Morrison me parece una persona extremadamente honesta, responsable y trabajadora. Estaré encantado de tenerlo en mi equipo.

—Gracias Carl. Aquí te presento a mi asistente, Aylin Vega.

—Encantado —saluda este galán, mientras Aylin le devuelve el saludo con una sonrisa encantadora—. Ahora llegará Jane, está deseando conocer al lobo de Boston.

Carraspeo halagado y muevo mis dedos en la cintura de Aylin con delicadeza, examinando sus expresiones.

—¿Y cómo va todo por Boston? —continúa Morrison.

—Bien, no nos podemos quejar —respondo y le doy un sorbo a la copa de ponche que Morrison nos ha ofrecido—. Carlyle te manda saludos.

Veo de refilón que Aylin se queda entretenida con la copa y huele la bebida de manera disimulada.

—¿Qué es esto? —susurra.

—Ponche, ¿nunca lo has probado?

—No.

—Te va a gustar —murmuro cerca de su oído.

—¡Brian! —Oigo de repente una voz muy estridente—. ¡Querido!

Giro mi cabeza con curiosidad y delante de mí veo a una mujer de pelo castaño claro, muy sonriente, y la cual se me acerca con los brazos abiertos para darme un abrazo. La he reconocido de momento.

—¡Isabella! —exclamo bastante extrañado y, a decir verdad, deseo que pase de mí completamente esta noche. Es más… ¿qué hace ella aquí?

—¡Qué sorpresa!

La mujer se lanza a mi cuello al instante y me proporciona un apretado abrazo, seguido de dos besos en las mejillas. Su vestido plateado, adornado con pequeños cristales *Swarowski* me impresiona. En el momento en el que me abraza, noto sus senos firmes presionando mi tórax. Isabella está operada y tengo más que vistas sus tetas, yo y posiblemente medio Toronto. Es una mujer sumamente fogosa, que suelo invitar a mi cabaña cada vez que viajo a Canadá.

—¿Cuándo llegaste? —pregunta con voz melosa y seductora y después mira intrigada a Aylin, que se encuentra a mi lado.

—Llegamos ayer —respondo y junto mis manos en mi regazo.

Hago hincapié en *llegamos* para que entienda que estoy acompañado. Conozco muy bien a Isabella, es una cazadora innata y no me sorprendería que se apareciera por la cabaña estos días. Hago las presentaciones deprisa y después me intento librar de ella con el pretexto de ir a saludar a varias personas que conozco.

—Me sorprende lo rápido que has terminado de hablar con una amiga tan cercana —Aylin me habla suspicaz.

Pongo los ojos en blanco y, súbitamente, la esposa de Morrison me salva cuando se acerca con alegría a ella y le pregunta sobre nuestra estancia aquí, hablándole con mucha amabilidad. También se une la hija de estos, una adolescente de cabellos rojizos y pecas y se quedan hablando las tres a unos pasos de nosotros.

Me entretengo conversando con Carl y, al mismo tiempo, le hago una sutil señal a Aylin de que no cometa ningún error y que no desvele nada de lo que podría perjudicarnos. No obstante, me transmite tranquilidad, y mi fiable sexto sentido me dice que no hay peligro.

Ya veremos.

Por más que quiera centrarme en la conversación con mi socio y el anfitrión de esta noche, no puedo quitarle la vista. Una de las cosas que me gusta de ella es su personalidad camaleónica, ya que se adapta a todo y les conquista a todos. Sin duda, la señorita Vega despierta el interés de todos los que la rodean.

Me vuelvo a llenar el vaso de ponche y pienso que es complicado no atrapar la atención de todos los presentes con aquel vestido bicolor de minifalda. El escote de la prenda es sumamente discreto, pero no le hace falta enseñar nada para que todas las miradas estén sobre ella, y eso me estresa. Mejor que los señores invitados a la fiesta no se hagan muchas ilusiones. Ella es solo mía.

—Por cierto, Brian… —Vuelvo a prestarle atención a mi socio a duras penas—. ¿El proyecto de empresa te lo envío al correo, o prefieres que te lo entregue en papel?

—Por correo está bien, Carl.

—Excelente —contesta este—. No sabes lo mucho que me alegro tenerte aquí esta noche y mi mujer…

—Disculpe, señor —Uno de los camareros se agacha sobre mí—. Hay alguien en la entrada que quiere verle.

Miro al joven más que atónito, pensando en quién quisiera verme a estas horas, cuando lo cierto es que en Canadá no conozco a mucha gente.

—¿Quién?

—No me ha dicho el nombre.

Asiento con la cabeza y barro con la mirada la imponente sala, a la vez que rozo con dos dedos el revólver que llevo oculto en la espalda.

—Ahora vuelvo, Carl.

Me aseguro de que Aylin sigue hablando con la señora Morrison y de que no haya individuos sospechosos flanqueándonos.

—Sígame.

Camino junto al camarero en dirección a la salida, pero en vez de abandonar la mansión, giramos a la derecha y nos adentramos en un pasillo que da a una terraza.

—Es por ahí.

El chico únicamente me señala el ancho pasillo con una mano y se retira con cortesía.

—Gracias.

Camino deprisa, preguntándome quién me podría estar esperando, encima tan lejos de Boston. Llegando a la mitad del pasillo, oigo una voz familiar desde un vestíbulo en el cual hay unas escaleras.

—¡Querido!

Cuando giro la cabeza, veo a la persona que me estaba esperando.

—Isabella… —respondo atribulado, sin entender qué está haciendo y qué necesidad había de llamarme hasta aquí.

Observo que sale de un hueco que hay debajo de las escaleras grandes de mármol. Sujeta una copa en la mano y su mirada y labios obscenos invitan al pecado. Me ha tendido una jodida trampa.

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote… —Sus rojizos labios se tuercen insinuantes y los aprieta en el filo de la ancha copa de un modo seductor.

Enseguida avanza unos pasos hacia mí con unos andares que parecen salidos de un desfile de moda y rodea mi cuello con un brazo, demasiado descarada, como ella es.

—Cariño… —Junta los labios y me analiza con una mirada lujuriosa, típica de alguien con unas tremendas ganas de echar un polvo. Uno urgente.

—Brian... tenía muchas ganas de verte —dice.

Me aparto de ella de una zancada y decido seguir manteniéndole la mirada, muy serio.

—¿Pero qué haces?

—¿De verdad no pensabas avisarme que estabas en Toronto?

—Estoy acompañado.

—¿Y desde cuándo me ha importado a mí eso?

Lleva una de sus manos a mi pecho y noto que se relame los labios de un modo hipnótico y eso hace que fragmentos con ella en mi cama lleguen a mi mente. Sus inmensos senos, ella encima de mí moviéndose desenfrenada y aquellos gruesos labios apretándome y chupándome como solo ella lo sabe hacer. Esta mujer es una verdadera salvaje.

¡Ahhh! Gimo en silencio. Le aparto la vista y pongo distancia de por medio.

—Esta vez no podrá ser —respondo decidido.

—Podríamos desaparecer de la fiesta durante unos minutos, no tardaríamos mucho, ¿qué dices?

—¡Déjalo, vale!

¡Joder!

Sabía que esta mujer no se daría por vencida tan fácilmente. Es cierto que estoy muy necesitado y en unos minutos solucionaría el problema, solo si mi maldita cabeza no estuviera pensando continuamente en Aylin.

—La verdad es que no te reconozco —comenta crispada mientras tensa los labios y frunce la boca.

Da un paso hacia mí. Está muy decidida en su cometido, y lo sé por la forma en la que empieza a ladear la cabeza, morderse el labio inferior y acariciar mi corbata con dos dedos.

—¿Te dije alguna vez que eres mi amante favorito, Brian? —Se ríe —. Es una pena de que no nos veamos mucho.

Entonces tira de mi corbata.

—Ya te he dicho que no pasará nada entre nosotros. Esta vez no, Bella. Volvamos a la fiesta —insisto.

—Me encanta cuando me llamas así.

Me da otro brusco tirón, al mismo tiempo que se lanza a mi boca como una verdadera leona. Me planta un vehemente beso y empieza a apretar sus ansiosos labios contra los míos. Lo cierto es que es una mujer preciosa, que despierta mis instintos más básicos, sin embargo…

No puedo. ¡Soy de chiste, de verdad!

«¿En qué te has convertido, Brian?», piensa mi mente, que está más asombrada que yo.

Intento poner distancia entre nosotros y me niego rotundamente dar rienda suelta a su beso, con el riesgo de que mis malditos huevos exploten. Hay algo dentro de mí que me dice que pare, aunque no sé qué mierda es.

—Álex… —Oigo ese timbre vocal tan dulce y tan familiar de repente.

Me congelo. Giro la cabeza y veo su silueta a solo unos pasos. Ahí está, quieta y expectante. Su rostro denota cierta palidez y la expresión de su cara es seria.

—Aylin… —digo despacio, todavía consternado y con el corazón latiendo como si de un tambor se tratase.

¡Mierda!

CAPÍTULO 9



NO ES AMOR, ES UNA OBSESIÓN

Definitivamente, no puede ser verdad. Mi vista está nublada y la tierra que hay debajo de mis pies ha desaparecido. Empiezo a temblar cuando me encuentro ante semejante escena ardiente y siento punzadas por dentro, como si unas dagas estuviesen clavándose en mi pecho una y otra vez. El corazón me late con desesperación y, aunque desee evitarlo, mi rostro queda profundamente marcado por el dolor y la incredulidad.

En este mismo instante, Álex está delante de mis narices abrazado a aquella rubia de bote y de pecho voluminoso. Esa mujer lo tiene agarrado por la corbata y encima, para mi desgracia, noto su pintalabios de color granate sobre los labios de él.

Y, aunque sé que mi mente me grita no mostrar ningún signo de molestia, y solo indiferencia, mi alma y mi cuerpo son incapaces de quedar indiferentes. El simple hecho de verla abrazada a él y tirando de su corbata minutos atrás me provoca un fuerte dolor y ganas de llorar, sin saber por qué y sin poder culparle.

«¡Soy yo la que me quiero mantener alejada, joder!», grito desconsolada en mi interior.

Él es un hombre libre.

«Más libre que un pájaro…», dijo semanas atrás mientras corría en su deportivo rumbo a la residencia, tras encontrarnos su mujer en el ático.

¿Por qué? ¿Por qué me tiene que ocurrir esto? Hoy por un momento pensaba que había una pequeña luz al final del túnel y que podría llegar a perdonarle.

Analizo su rostro desencajado. Aquellos rasgos masculinos y a la vez dulces, que me quitan el aliento. Miro esos malditos ojos de color oscuro en los que me pierdo muy a menudo y los cuales, en el fondo, adoro. Me fijo en sus malditos labios que deseo con locura y que ahora están manchados del pintalabios de otra mujer.

Observo atónita que Álex abre su boca perplejo y aparta a la chica en el mismo instante en el que me ve.

—No es lo que piensas. —Oigo su explicación, explicación destinada al fracaso.

Les he visto con mis propios ojos, no me puede mentir.

—Vaya, querido… ¿desde cuándo tienes que dar explicaciones?

También escucho la voz chillona y detestable de aquella mujer. Todo de ella me parece detestable. Y en estos momentos… de él también.

Procuro calmarme y junto los labios mientras levanto un brazo y muevo la mano.

—Perdón —susurro.

Agacho la cabeza y me giro vertiginosamente, reprimiendo aquellas gotas de dolor que estás surgiendo en mis ojos. A continuación, ahogo un amargo suspiro e intento aguantar el dolor de aquel cuchillo que me atraviesa, retorciéndose en mi pecho. Intento no pensar en lo evidente, y eso es que ahora mismo me siento extremadamente desgraciada y… ¡Oh, Dios! Celosa.

¡Jodidamente celosa!

Empiezo a caminar sin rumbo. No sé hacia dónde voy, pero me da igual. Necesito salir de aquí de la manera que sea, ¡por Dios! Debo irme ahora mismo, no soporto verlo cerca de otra mujer.

Simplemente no puedo.

El sonido de mis tacones resuena en el largo pasillo y la música suave de la fiesta se oye con menos nitidez, señal de que me estoy alejando. Mientras me muevo deprisa, doy un golpe seco con el bolso en el aire, y ahogo las lágrimas. No soy ninguna estúpida, me he dado cuenta de que ellos se conocían desde el primer momento en el que ella le ha dado ese abrazo tan íntimo, minutos atrás. La mirada insinuante de aquella mujer y el tono de voz de Álex les ha delatado.

De hecho, lo que más me ha hecho sospechar ha sido que, minutos después, la mujer de pelo castaño ya no estaba en la sala. Y… ¡qué curioso! Al cabo de un rato, he visto también a Álex salir velozmente del salón de los Morrison. Sin duda, necesitaba comprobar si mis sospechas eran ciertas, por lo que le he seguido, sin que este se dé cuenta.

Y aquí estoy, con el corazón roto otra vez.

«¡Maldita sea, Aylin, no aprendes!», me recrimino.

—¡Espera!

De repente, oigo su voz llamándome y, al girarme, veo cómo este empieza a correr detrás de mí para alcanzarme. Pero no, no quiero que me alcance, de modo que empiezo a acelerar mis pasos y aprieto el bolso entre mis brazos. Miro alarmada a todas partes y entonces identifico una puerta acristalada. Parece una puerta que da a un patio trasero, así que me lanzo hacia aquella salida de emergencia.

Necesito salir de aquí. Necesito alejarme de él.

Abandono la mansión y, una vez en la terraza, miro a mi alrededor inquieta, con ganas de huir. La ansiedad me doblega y no percibo gran cosa en la penumbra del patio trasero, solamente identifico unas farolas iluminando el camino pavimentado que está serpenteando entre unos poblados árboles, signo de que la villa está bordeada de un bosque. No hay un alma fuera y no sé a dónde me dirijo, pero eso no importa.

—¡Ayliiiin!

¡Virgen Santa!

Él me está persiguiendo, oigo sus veloces pasos detrás. Salto encima de las escaleras, desesperada por irme y volteo la cabeza en su dirección, temerosa. Álex sigue corriendo a solo unos escasos metros de mí y no se da por vencido, incluso está más cerca que antes. Bajo las escaleras con un punzante dolor en mis tobillos y quiero alejarme rápidamente, pero conforme piso el último escalón, este me alcanza. Agarra mi brazo, violentamente, y me detiene de una sacudida.

—¡Espera! —grita con voz sofocada.

El corazón está que se me va a salir del pecho e intento avanzar por el camino de cemento, tirando de mi brazo. Maldigo en mi mente e intento deshacerme de él, así que me revuelvo, presa del pánico. Pero su imponente cuerpo actúa como una impenetrable pared de hormigón, que me frena y no me permite hacer ningún otro movimiento. Aprieta mis brazos y me inmoviliza.

—¡Diablos, Aylin! —exclama desquiciado—. ¿Qué haces?

—¡Suéltame, suéltame, joder! —grito poseída—. ¡Me quiero ir ya de aquí!

Sigo forcejeando con él unos minutos más, pero no logro desprenderme de sus dominantes manos, que quedan ancladas en mis hombros.

—¡No vas a ir a ningún sitio! —Su persuasiva voz e inflexible rostro hacen que quede inmóvil,

sabiendo que no tiene sentido engañarme sola. No me soltará.

—¡Cálmate ya, vale!

—¿¡Qué quieres!? —rujo enojada y sigo culpándome por la actitud infantil que estoy teniendo.

Debería tener asumido que él esté rodeado de mujeres y de que no tengo ningún derecho a reaccionar de este modo. Debería haberle mostrado indiferencia. Pero ya es tarde.

—¡Quiero explicártelo!

—No necesito ninguna explicación —suelto efusiva.

—Pero yo sí te lo quiero explicar.

—¿Para qué? —Alzo el mentón exasperada y le enfrento—. ¿Qué sentido tiene todo esto, ehhh, qué sentido?

—¡Aylin! —ordena—. Aunque te cueste creerme, ¡ella me ha besado!

—Tú mismo lo estás diciendo. —Tenso la mandíbula y sigo moviendo los brazos, ya que sus dedos quedan clavados en mis carnes y siento dolor—. ¡Me cuesta creerte!

Sus facciones son demasiado ásperas y su fuerza me inhabilita.

—Me ha tendido una trampa. Yo…

—¡Se acabó! —dictamino—. Cuando volvamos a Boston, te quiero lejos de mí, ¿ha quedado claro?

¿Cómo me puede mentir así? He visto cómo él ha ido a su encuentro, escabulléndose de la fiesta. ¿Cómo puede seguir jugando sus cartas con tanta crueldad y desconsideración?

¡Dios, ayúdame!

Necesito acabar de una vez por todas con este sufrimiento que su sola presencia me provoca.

—¡No se acabó! —chilla de vuelta y me mira turbado—. ¡Eres parte de *Álympos* y te quedarás a mi lado, donde está tu sitio!

Me sacude, intentando hacerme entrar en razón y aprieta tanto los dientes, que parece estar poseído por mil demonios. Sin duda alguna, estoy cada vez más convencida de que este hombre es el diablo personificado. Un demonio de dulces y manipuladoras palabras, que juega contigo a su antojo y te hace incluso desear quemarte en las llamas de su propio infierno. Un diablo reencarnado que intenta convencerme en todo momento de que soy importante para él, para que minutos después me traicione y se dé citas con mujeres, a escondidas.

¡Pero no! Mi paciencia y mis buenos modales han acabado. Tenía razón, la Aylin que él conocía ya no existe.

—¡Al carajo con *Álympos*, Álex! ¡Y al carajo contigo! —Lo fulmino con mi mirada llena de odio y siento un nudo en la garganta—. No quiero verte nunca más, ¿me has oído? ¡Nuncaaa!

—¡Suéltalo! —contraataca—. ¡Grítame todo lo que te dé la gana!

—Quiero que te alejes de mí…

Siento pequeñas agujas en mis ojos y mi vista empañada. Mi voz tiembla y he tocado fondo. No puedo más.

—¡No te creo! ¿De verdad podrías no verme nunca más? —habla más clamado y lleva una mano a mi frente—. ¿De verdad quieres que me aleje de ti?

Noto sus desquiciantes dedos acariciando mi cabello y su apacible voz lo único que me indica es que su objetivo es uno claro y retorcido: volver a manipularme y reducirme a meras cenizas. Quiere convertirme en una mujer sumisa, la cual respetará sus órdenes y decisiones y complacerá sus deseos. Una mujer sin voz ni voto.

—¡Eso es lo que más deseo! —murmuro, inmersa en una infernal e interminable pesadilla—. ¡Que te alejes de mí de una jodida vez! ¡Que me dejes en paz! —Aprieto los párpados, impidiendo que las lágrimas hagan acto de presencia.

Agacho la cabeza. No soporto más esta situación. No aguanto más esto que siento por dentro. No tolero más la decepción. No acepto ya sus órdenes. No quiero que me vea llorar.

—¡Tú me amas! —susurra a unos centímetros de mi enrojecido rostro y me toca la barbilla, obligándome a levantar la cabeza.

Le miro.

Esta vez, su mirada congelada ha desaparecido y ha tomado posesión la ternura y la calidez. Sus ojos reflejan sentimientos encontrados y son más expresivos que nunca. Me estremezco. Me estremezco porque a pesar de destilar emoción y suplica, no soy capaz de leerlos. Me estremezco porque sé que debo luchar contra esto que siento y asumir que jamás seré correspondida.

—Tú me amas, Aylin…

Con solamente pronunciar esta palabra y recordar mi realidad, me derrumbo.

—¿Amarte? —pregunto dolida—. Yo amaba al profesor. Mi corazón se derretía con solo una mirada suya… ¡Pero tú no eres él!

Hablo con decepción y desprecio mientras unas pérfidas lágrimas asedian mis pómulos, súbitamente.

—No te amo, ¡no te amo, joder! —bramo, esperando que lo comprenda ya.

La cruel realidad es que no puedo hablar de este tema sin llorar. Simplemente no puedo, mi corazón está roto en mil pedazos. Entonces, él aprieta más mi mentón entre sus dedos y seca mis mejillas con caricias.

—Tus ojos no mienten —susurra— Aylin… tú me sigues amando.

Acerca su frente a la mía, sumido en una maldita emoción que no comprendo ni admito. Es como si su alma se estuviera uniendo con la mía en estos momentos, fundiéndose al igual que lo han estado haciendo nuestros cuerpos tiempo atrás. A continuación, cierra los ojos y roza mi frente con la suya en aquel íntimo gesto tan nuestro… Gesto que me induce unos intensos escalofríos y me produce recuerdos.

Elige no decir nada más, simplemente abrazarme. Su respiración en mi cara me quema y sus brazos me aprietan con ímpetu a su pecho. Entonces, yo también cierro los ojos y sollozo completamente anulada y sin poder deshacerme de mis lágrimas.

¡Odio que me esté pasando esto!

—Déjame ir, por favor. Por favor… —le suplico derrotada, con los ojos cerrados—. Necesito que dejes que me vaya de tu vida.

Inesperadamente, sus labios frenan mis palabras con un suave beso cargado de sentimiento. Abro los ojos incrédula cuando siento el roce de sus congelados labios sobre mi boca y en ese mismo instante, unos copos de nieve chispean alegremente sobre nuestros rostros. Está nevando.

Mis ojos tropiezan de nuevo con su lagrimosa mirada y noto un fulgor repentino en sus pupilas. Observo asombrada que sus ojos también se han humedecido y una lágrima rueda en su rostro. Lo nota y quiere reprimirlo, de manera que rápidamente desvía la vista e inclina la cabeza hacia atrás.

Jadea desconcertado.

—No puedo —murmura—. Simplemente no puedo, lo siento…

Nuestras miradas se vuelven a abrazar, pero esta vez con calidez y calma. Empieza a acariciar mis mejillas y atrapa mi rostro en sus enormes manos.

—¿Por qué no puedes?

Casi de manera hipnótica, levanto mis brazos y también acaricio su cara con mis dedos, a la vez que percibo su fuerte respiración.

—¡Ohhh! —suspira profundamente y lleva su vista hacia arriba para ahogar las lágrimas que brotan de sus ojos—. Ojalá pudiera explicarlo. Ojalá pudiera, Aylin… —Su voz suena demasiado rota—. Nunca te dejaré ir, esto que siento es más fuerte que yo.

—¿Qué sientes? —sollozo agitada.

—Siento que… te necesito conmigo desesperadamente y necesito que seas mía. Necesito ser parte de tu vida de la manera que sea —dice con voz atropellada.

—¿Incluso obligándome?

—Incluso obligándote —sentencia.

—¡Pero…! —recrimino con el alma en pena—. ¡Lo que sientes es una obsesión!

—¿Pero y si es... otra cosa? ¿Y si es…? —pregunta este en un suspiro.

«Amor…», mi conciencia completa la frase.

Aunque no lo diga, sé que lo está pensando. Actúa como si fuese una palabra prohibida, que no puede pronunciar.

Mi corazón se detiene por un instante y el cúmulo de sentimientos me desgarra como la peor de las enfermedades. Claramente, sus ganas de poseerme y controlarme lo están confundiendo hasta tal punto que…

¿Cómo puede insinuar algo así? ¿Sería capaz de decirme todo esto por tal de retenerme a su lado?

—Estás muy equivocado, Álex —le hago saber—. ¡Estás confundido!

—¿Y cómo estás tan segura?

—¡Porque lo sé! —bramo en su rostro—. Porque el amor no es egoísta. El amor no te encadena —continúo con voz entrecortada, intentando modular mi atormentada voz—. El amor no es posesivo… ¡El amor te da libertad!

Este mira el suelo sumamente confuso y aprieta más mis brazos.

—El amor se siente aquí, en el alma —continúo y toco su pecho—. Así que… no juegues conmigo, por favor. Ten un poco de dignidad. Lo que sientes por mí es una obsesión enfermiza.

Me traspasa con aquellos ojos alquitranados y, lo cierto es que mis palabras y mi mirada helaría a cualquiera. Y él no será diferente.

—¿Piensas eso de mí, que estoy jugando contigo?

Vuelvo a romperme en pedazos pensando en que nunca seré correspondida, ya que él solamente me quiere tener a su lado como si fuese un trofeo. Un mero objeto. Y eso es bastante triste.

—Lo pienso.

—Aylin… Juro que no estoy jugando contigo. —Levanta su vista.

—Al menos ten el honor de reconocer que me has dicho lo que yo quiero oír con tal de no alejarme de ti.

Se detiene por un instante y me lanza aquella vacía y opaca mirada que me suena tanto.

—Muy bien. —Junta los labios con gravedad—. Lo reconozco. Reconozco que estoy obsesionado contigo, ¿lo podrás aceptar?

Su rostro se vuelve desfigurado y, a continuación, roza su barbilla con el puño. Su mentón tiembla.

—¿Aceptarlo? —pregunto desconcertada—. ¡Me das miedo!

Jamás lo perdonaré por intentar manipularme, diciéndome que me ama.

—Nunca te haría daño.

—Tu obsesión no es sana… —musito—. ¡Te exijo que te olvides de mí! —exclamo demandante e intento quitarle los brazos que tiene colocados en mi espalda.

—¡Jamás! —Aprieta mi cintura y me mira amenazante—. ¿Acaso tú podrías olvidarte de respirar?

Le empujo con rudeza para hacer que se quite del medio de una maldita vez. No puedo dejar que sus ingeniosas palabras me ablanden.

—¿Por qué no has seguido ahí dentro con esa mujer, ehhh? —le reto—. La he visto muy dispuesta, te hubiese dado lo que yo no podré.

—No la deseo a ella.

—¡Pues no lo parecía! —suelto molesta y doy un paso hacia atrás, a la vez que quedo atravesada por el helor de los copos de nieve sobre mi tez.

—Ha sido al revés, Aylin, ¡me creas o no! —Bufa irritado y aletea las manos.

—¡No te creo!

—No te parece que estás demasiado celosa de alguien que según tú… ¿no amas?

Abre los ojos como platos y agarra mi mano.

—¡Y ahora entremos! —remata.

—¿Perdona? —le miro asombrada cuando me sacude la mano.

¡Odio sus réplicas! ¡Odio todo en él! ¿Cómo puede ser tan jodidamente creído?

—¡Brian! Señorita Vega, ¿va todo bien?

Una voz lejana rompe nuestra tan familiar disputa. Giramos los dos la cabeza en dirección a la terraza cuando oímos a alguien. Es Carl Morrison, el anfitrión de esta noche.

—Sí, íbamos a entrar —responde Álex.

—Perdón si he interrumpido algo, os he estado buscando. Sois mis invitados de honor —informa este disimuladamente.

—Tranquilo, no has interrumpido nada.

—Vaya, está nevando. —El hombre mira el cielo nublado—. La nieve hará que esta noche sea más fría.

—Sí, hace mucho frío —asiente Álex.

Se frota las manos distraído y su intranquila mirada me alcanza.

—Entonces os invito a un ponche caliente, ¿qué os parece? —propone Morrison y nos sonríe con amabilidad.

—Me parece que me ha leído el pensamiento, señor Morrison —le contesto y me acerco a él de manera coqueta.

Ahora mismo necesito un bar entero para mí. Claramente, necesito un puñetero trago.

—¡Excelente! —exclama este—. ¿Qué le parece el ponche?

—Exquisito, sin duda. Lo he probado por primera vez esta noche.

«¡Mentira!», hablo conmigo misma para distraerme.

Estoy mintiendo más que un testigo en un juicio. El ponche es verdaderamente asqueroso.

—¿Ah sí? —pregunta nuestro anfitrión y se ríe.

Hablo de manera sofisticada y alzo mi barbilla mientras que Carl Morrison me ofrece su brazo con caballerosidad y yo lo acepto. Álex empieza a caminar detrás de nosotros y, a decir verdad, ni siquiera me giro para mirarle. Es más, lo que necesito ahora mismo es no verle, aparte de un buen trago.

Unos minutos más tarde, entramos en el salón donde se encuentran los invitados y nos volvemos a unir al grupo. La esposa del socio de Álex está conversando con dos señores más y sus parejas. Intercambio algunas palabras con la anfitriona, la mujer de Carl, mientras que me tomo una tercera copa del *exquisito* ponche.

—Aylin, ¿te apetece visitarnos mañana? Iremos a esquiar a *Dent* y mi hija estaría encantada de verte.

Le sonrío con amabilidad.

—Mañana volvemos a Estados Unidos, Jane.

—¡Qué pena! Entonces será en otro momento. —Su voz tiene ese brillo que amo en las personas.

Afortunadamente, me estoy distrayendo con la alegría de Jane Morrison y me encuentro relajada. Evito a Álex completamente, pero su persistente mirada sobre mí no pasa desapercibida. Sé que observa cada movimiento que hago y no se digna en ocultarlo. Ya pensaré algún plan para librarme de él esta noche.

—Avísame cuando salga a la venta vuestro libro, te prometo que seré la primera en comprarlo.

—¡Genial! —Aprieto la mano de Jane cuando sus dedos rozan la mía. Se nota a leguas que Jane Morrison es una mujer extremadamente cercana.

—¡Ohhh!

De repente, la mujer se lleva las manos a la boca cuando el violín y el piano nos embriagan con una intrigante melodía.

—¡*Carol of the Bells*!

—¿Cómo?

La agradable mujer hace referencia al título de una canción que desconozco.

—Mi marido me pidió matrimonio hace cinco años en un concierto de Lindsey Stiriling.

La señora, la cual juraría que tiene la edad de mis padres, mira emocionada en dirección a la orquesta. Volteo la cabeza y localizo al instante a su marido, el cual camina hacia nosotras feliz y con la mano extendida.

—¡Lo adoro! —Se ríe histérica y se lanza al señor Morrison, enlazando sus brazos y quedando sumidos en un emocionante baile en medio de la pista.

Me río verdaderamente conmovida por el gran amor que se palpa en el ambiente y admiro sus miradas llenas de ilusión cuando los dos se empiezan a mover en medio de los invitados.

—Señorita Vega, ¿podría concederme este baile?

¿Qué?

Doy media vuelta cuando oigo su voz, prueba de que él ha terminado su charla de negocios y quiere dialogar o… bailar. Y ahí está, delante de mí, con la mano extendida y la cabeza medio inclinada.

Le miro con cara de idiota, sin saber si mis ojos y mis oídos me están jugando una mala pasada, o qué es realmente lo que está ocurriendo.

—¿Qué quieres? —pregunto irritada.

—¿Bailar? —Alza una ceja.

Frunzo los labios, sobresaltada.

¿Acaso se le ha olvidado de que hace unos escasos cuarenta minutos le he pillado en pleno desliz con una de sus amantes?

—¿Qué te hace pensar que bailaré cont…? —contesto decidida, pero este no me hace caso y su brusco movimiento me interrumpe.

Enrosca sus brazos en mis hombros aprisa, como si se le escapara el correo, y después, nuestros pechos se tocan violentamente.

—¡Ya es suficiente! —gruñe en mi oído.

—¡Bien hecho, Woods!

La voz de su socio interfiere en las cuatro cosas bien dichas que le iba a soltar. ¡Estoy hasta el moño de él! No me queda más remedio que desviar mi atención a un lado, mientras sus manos quedan aferradas a mis caderas, arrastrándome detrás, en la pista. Veo ruborizada que sonríe falsamente y yo también lo hago cuando la señora Morrison me guiña el ojo.

¡Qué remedio!

Entonces pongo los ojos en blanco y coloco mis brazos en sus robustos hombros. Me estoy empezando a sentir mareada, no pensaba que aquella desagradable bebida contenía alcohol y, curiosamente, me estoy dando cuenta ahora. Y por supuesto, sentirme embriagada no ayuda en nada. El tacto de sus inquietos dedos, los cuales resbalan hacia mi trasero, hacen que unas corrientes me atraviesen despiadadamente. Tampoco ayuda nada el hecho de que él acaba de presionar su mejilla en la mía, con sumo disimulo.

La melodía suave y envolvente del violín nos invita a que nos dejemos llevar, por consiguiente,

empezamos a movernos al son de la música. Es más, quedo aturdida cuando observo que nuestros cuerpos se complementan tan bien, que parece que hemos bailado miles de veces juntos. Nadie diría que es la primera vez.

—¿Cómo estás? —pregunta en voz baja, sus labios casi rozando mi oreja.

—Pensaba que no se le daba bien bailar, señor Woods —digo indignada—. ¿Otra mentira más?

—¡No me cambies de tema, Aylin! —advierte—. Nos han interrumpido antes, pero no hemos terminado.

—Pues creo que en realidad tiene mucha destreza —clamo con la misma actitud rebelde y el doble de sarcasmo—. Para ser una persona que no baila nunca, debo felicitarle, señor. No me ha pisado ni una sola vez.

Este aprieta más su mejilla contra la mía, al oír mis punzantes afirmaciones. Percibo su rítmico aliento y también me doy cuenta de que está irritado, en el mejor de los casos, y furioso, en el peor.

—Señorita, no se me da bien bailar y tampoco ser paciente.

Me sigue el juego, como siempre hace.

—¡Ya sé! Lo que mejor se le da es mentir y…

—¡No me provoque! —Su rauda voz me genera una inesperada tensión—. A no ser que… —Inspira— usted quiera que la arrastre al servicio y le muestre qué es lo que se me da bien verdaderamente.

«¡Aylin, te estás columpiando sobre un precipicio!», me avisa aquella voz omnipresente, dándome a entender que me caeré de un momento a otro.

Contraataco.

—¡Ah! —Ruedo los ojos con una simpatía fingida—. ¿Será que también se le da bien arreglar cañerías? Ya que habla del servicio...

—Ajam… —ronronea animado—. Cañerías…

Tras decir esto, baja su mano a mi trasero y aprieta una de mis nalgas con demasiado vigor. El nudo en mi garganta ha vuelto a surgir y mi corazón da un vuelco. Álex vuelve a usar sus armas de seducción conmigo y, aunque intente mantenerme fría, mis jodidas rodillas empiezan a temblar.

Su descaro no tiene límites.

—Señorita Vega, no me he olvidado de lo que lleva por debajo. De hecho, esta noche me dará el gusto y me dejará que la folle. No sé por qué, pero tengo unas tremendas ganas de romperle las medias, aunque las haya elegido yo. Sabe que está bastante accesible ahora mismo y lo cierto es que... —Acaricia la piel de mi oreja con la punta de su nariz— en cualquier momento puedo perder la cordura, como un perfecto animal.

¡Por todos los Santos! Mi pulso aumenta mientras retiro mi cabeza y le miro despavorida. Sin embargo, a él no se le mueve ni una jodida ceja en el rostro y vuelve a presionar mi cabeza en su clavícula.

—¿No le parece que ya la perdió mucho tiempo atrás? —inquiero—. La cordura y a mí, por supuesto.

—Un depredador jamás pierde.

Sus sensuales movimientos de pelvis me alcanzan y es como si toda la sangre se concentrara ahí abajo, en mi maldito vientre. Las pulsaciones no me dan tregua y su cálido aliento en mi cuello eriza cada milímetro de mi ser. Pero me armo de valor y aprieto su nuca con una mano, a la vez que acompaño sus exóticos y lentos movimientos de cadera.

Es como si lleváramos a cabo un dueto verbal. Una lucha de palabras y de egos, sin que ninguno esté dispuesto a perder.

—Es muy duro aceptar una derrota, ¿verdad? —Frunzo los labios de un modo seductor—. Señor Woods, los lobos, aparte de ser depredadores, también son de carne y hueso —comento con desazón—. Y lo cierto es que… en cualquier momento se pueden llevar un tiro si sobrepasan los límites —susurro en su oído—. Buuum…

Gira su cabeza y me mira desde arriba, sumamente desconfiado y con la misma petulancia que muestra cuando se siente atacado.

—¿Es una amenaza?

—Tómelo como quiera. —Le guiño el ojo.

Se ríe, pero su risa no es la típica. Es una risa crispada, irritada, de guerra. Acto seguido, lleva su mano a la parte baja de mi vestido y agarra el dobladillo. Ingresa su mano por debajo de la tela y siento su descarado gesto cuando pasea los dedos en el encaje de las medias.

¡Virgen Santísima! ¡Qué narices! Miro ruborizada a mi alrededor y me mojo los labios con el corazón en una infernal marcha, sintiendo mucha vergüenza.

—Señorita Vega… —Se inclina más sobre mí—. Sabe muy bien que esta tensión que hay entre nosotros se podría arreglar fácilmente.

—¿Usted piensa que todo se arregla en la cama, o qué?

—¿Y no es así? —pregunta con picardía—. Desde siempre se ha dicho que un buen polvo calma el mal genio.

Sus palabras me recuerdan a Bert.

—Hay muchas cosas que un buen polvo no puede arreglar, señor.

—¿Como por ejemplo?

—Un corazón roto.

Me apresuro en responderle, ahogada, y sin poder reprimir aquella latente humedad y excitación que él me provoca con solo respirar, y la cual no entiende de principios ni orgullo.

Me giro con la cabeza gacha y me llevo una mano al pecho, queriendo evitar proseguir con una lucha sinsentido. Aquella conmovedora canción finaliza casi de momento y suspiro aliviada, rezando por dentro que él no me siga.

Los tambores en mi pecho y el mareo que siento me indican que necesito irme, pero como eso no será posible —él manda—, recurriré a otra cosa para calmar mis nervios. Un necesario y urgente trago.

Localizo una barra a unos pasos y me dirijo hacia el sitio a zancadas, con los pies un tanto dolidos por los altos *stilettos* que calzo y oyendo los frenéticos aplausos de fondo. Planto los codos en la elegante barra mientras le hago una señal con la mano al apuesto joven que hay detrás y el cual doy por hecho que es el camarero.

—Hola —saludo amable y me inclino hacia delante—. Oiga... ¿me podría poner algo que no

sea el famoso ponche ese?

Al pedir, hago una mueca y señalo con la cabeza la grandiosa mesa sobre la cual reposa una gran multitud de copas de aquella bebida. Las copas de un cristal reluciente están perfectamente ordenadas y preparadas para los invitados. Solo que, cuando barro con mi mirada el salón, todo empieza a temblar.

—Por supuesto. —El chico me sonríe—. ¿Qué desea?

—Algo fuerte —pido muy segura de mí misma.

En realidad, necesito tomar algo más normal. Alcohol de verdad.

—Lo que usted quiera, señorita. —Me mira atento mientras yo vuelvo a presionar mi pecho, puesto que siento mi boca seca—. ¿Qué le pongo?

—¿Un chupito de tequila?

El camarero asiente con la cabeza. Mientras espero, miro en dirección a Álex con mucha sutileza y ¡qué casualidad! Observo que precisamente está charlando con *su amiguita* en este mismo instante. Chasqueo la boca y me apoyo en un codo.

¡Qué poco ha tardado en encontrar distracción con la tal Isabella! ¿A ella también le estará diciendo que le quiere echar un polvo en el servicio? Eso en el caso de que no lo haya hecho ya, por supuesto.

En el momento en el que el joven coloca el pequeño vaso en la barra, lo levanto deprisa y me lo llevo a la boca. Mi cabeza va a explotar y el corazón me late con rapidez, como si en vez de haber bailado con él durante cinco minutos, hubiese corrido una maratón.

¡Mierda!

—Otro, por favor —digo y sonrío.

—Por supuesto.

Me planta otro chupito delante, el cual me tomo de un sorbo.

—Oiga. —Muevo la mano distraída y torpe, pretendiendo no haber visto de reojo que aquella tipa le acaba de colocar la mano en el hombro—. ¿Ve a ese moreno de ahí, el que está hablando con una de tetas…? —Junto los labios y hago un gesto exagerado, señalándome los pechos.

El camarero se ríe y me mira un tanto sorprendido, pero me sigue el rollo y me prepara otro vaso cuando agito mi dedo en el aire, demandante.

—Sí, lo veo.

—Pues ese capullo se piensa que está logrando ponerme celosa. —Me río con sonoridad y muevo la mano.

—¿Y no lo está consiguiendo? —pregunta suspicaz.

Ruedo los ojos de un modo teatral y estampo la palma de mi mano en la barra, bastante ebria y divertida.

¡Qué cosas piensa este chico! ¿Yo, celosa?

—¡Qué va! —respondo y hago un gesto estridente con la mano, saliéndome otra gran carcajada; después, alzo mi tercer vaso—. ¡Salud!

«Que se folle a medio Toronto si quiere», *pienso.*

—¡Ohhhhh! —suelto un silbido cuando el alcohol quema mi garganta y mis entrañas,

dejándome en *K.O.*

—Aylin, ¿qué te ha parecido nuestro baile? —escucho una voz de refilón.

Tuerzo la cabeza y veo que Jane está a mi lado, apoyada en la barra y tocándome el brazo.

—¡Espectacular! —suelto un chillido, pero al instante me intento controlar y me agarro a la barra cuando siento la tierra moverse debajo de mis pies—. Muy emocionante, Jane. Se nota que sois almas gemelas.

—Así es, cariño. Ya me has pillado, ¡soy una romántica empedernida! —habla en mi oído con alegría, pero lo cierto es que su rostro se me antoja distorsionado.

—Te comp… penetro perfectamente.

—¡Uhhh! —exclama con un ápice de locura—. ¡No me digas que tú también lo eres!

Se frota las manos, o al menos es lo que me parece. Estoy flotando.

—Ehhh… sí, lo soy. —Carraspeo confusa.

—¡Lo sabía, cariño! —Aprieta mi brazo—. ¡El amor es lo mejor!

La miro con cara de borracha convencida cuando casi empieza a aplaudir. Arrugo la frente.

—¡El amor es una mierda! —hablo a duras penas y parece más bien que estoy ladrando.

—Ahm... —Su rostro se vuelve serio.

Me examina.

—Por cierto, ¿has probado nuestra bebida estrella?

—Yo…

—¡No, imposible! —grita con extravagancia, mientras la miro con cara de boba —. ¡Debes probarlo!

—¿Ehmmm? —pregunto ebria y empiezo a rascarme la cabeza cuando la anfitriona me empuja hacia el lado opuesto de la sala.

—Cariño… —murmura esta en mi oído—. Se deba a lo que se deba tu sufrimiento, jamás renuncies al amor. ¡Y tampoco a pasarlo bien!

Leo una cierta locura en su melódica voz, y aún me pregunto si lo que estoy viendo no son alucinaciones.

—Hazme caso, un vasito de ponche y se te pasará. El alcohol aviva el espíritu y… —Mueve los hombros con gracia y sensualidad— otras cosas.

Me guiña el ojo, simpática.

¡Por Dios! Me quería librar de un loco y he dado con otro.

La esposa de Carl Morrison tira de mí y en este instante empiezo a dudar si soy la única que me he pasado con el alcohol. Me lleva precisamente a la mesa que hay en el centro, donde hay centenares de vasos repletos del puñetero ponche. Miro las copas atónita y tambaleante, pensando en que soy un saco sin fondo y que mejor sería irme al servicio para refrescarme y volver a ser persona.

¡Pero ni modo!

—Es de melocotón. —La señora Morrison me entrega deprisa una copa—. Entrarás rápido en calor, ya verás. Tiene un aroma realmente exquisito.

«Me hace muuucha falta entrar en calor ahora mismo, cierto», balbuceo.

Mis mejillas están que arden y entre Álex y el alcohol, me siento como si me encontrara en una jodida sauna, estando de resaca. Finjo estar complacida y le doy un pequeño sorbo al vaso.

—¡Ohhh! —Resoplo—. Sí, muy bueno.

Hago una mueca de asco, pero lo oculto con mi mano.

—Discúlpame un momento, cariño —dice Jane y se aleja para charlar con otra invitada, la cual requiere su atención.

¡Tierra trágame!

Me quedo al lado de la mesa con el vaso en la mano, todo dándome vueltas alrededor y mirando las musarañas. Me entretengo buscando al *depredador* con mi inquieta mirada. Finalmente, le veo charlar con dos hombres, a unos metros. Parece ser una conversación sumamente importante, aun así, no pierde la oportunidad de dirigir la vista hacia mí, e incluso creo que me está haciendo un gesto con una mano. No estoy segura, pero creo que, de hecho... le veo doble.

¡Oh, Dios! Siento punzadas en mi sien. Me froto la frente e intento volver en mí, preguntándome en qué macetero podría hacer desaparecer el ponche.

—Aylin, ¿verdad?

Me doy la vuelta cuando oigo una voz desconocida y veo sorprendida que delante de mí se encuentra ni más ni menos que… Isabella. La guinda del pastel.

A continuación, irgo mi espalda y me doy dos puñetazos mentales para despertarme y hacer que desaparezca la cara de ebria que llevo en este momento. Sin duda, lo que menos deseo ahora mismo es quedar en vergüenza delante de ella.

—Sí. —Aleteo las pestañas, concentrada—. Isabella, ¿verdad?

—Así es, querida.

Me analiza sin pudor de arriba abajo, tras coger una copa de ponche de las bandejas plateadas, depositadas en la mesa. Sujeta la copa de una manera extremadamente elegante, de hecho, hasta su forma de hablar me recuerda a Lorraine. Es el mismo tipo de mujer versada y hasta parecen cortadas con las mismas tijeras. Unas zorras con clase.

—Pues vaya, no diría que tienes más de dieciocho años.

Sus pretenciosos ojos se mueven sobre mi vestido y arquea las cejas, a la vez que proporciona pequeños sorbos a su copa.

—En realidad… tengo veinte.

Casi.

—Ahm… —Esboza una sonrisa maliciosa—. Demasiado joven para fijarte en hombres casados, ¿no te parece?

Me quedo atónita. Me encuentro confusa, mareada, caliente, con el corazón roto y más borracha que una cuba. Pero tengo algo claro, y eso es que esta mujer no me tocará las narices.

—¿Me tienes envidia? —pregunto atrevida—. Siento ser tan joven, si eso es lo que te molesta.

Tuerce la boca, demasiado desconcertada. Sin esperármelo, noto el contenido de su vaso sobre mi pecho y vestido.

¡Mierda! Abro la boca como en el dentista, tras dar un brinco hacia atrás cuando la bebida entra en contacto con mi piel. Levanto mi mirada con incredulidad, sin dar crédito a que la jodida versión morena de Pamela Anderson me haya dejado completamente empapada.

—Upssss —dice—. Perdón, no quería.

Se lleva la mano a la boca, fingiendo haber sido un accidente. Me impacta su desfachatez e insolencia y permanezco boquiabierta, a su lado. Juro que me entran ganas de meter mis dedos en su jodida melena y barrer el suelo con ella.

—¿Qué haces?

La miro con estupor.

—Querida… —Se acerca a mí y habla en voz baja—. Me has estropeado la noche, ¿lo pillas? —pregunta—. Igual, Brian me buscará.

—¿Cómo? —pregunto desorientada.

Intento procesar sus palabras, sin dejar de barajar en mi cabeza si esta mujer sería perfecta para un manicomio, o para una película porno.

—Que eres muy poquita cosa para él, mi amor —habla coqueta, adoptando una actitud triunfante.

¿Qué… narices… está… pasando… aquí?

La tierra corre de debajo de mis pies, los latidos en mi pecho se vuelven galopantes y una repentina furia se adueña de mí al completo. Literalmente ahora mismo me siento como si fuese una bomba nuclear a punto de explotar. Es más, esa bomba explotará en 3,2,1....

—Te lo regalo —digo de manera pausada.

A continuación, extiendo mi brazo y levanto mi copa por encima de ella, un tanto tambaleante por los efectos del alcohol. Vierto la bebida en su cabeza. El líquido se desliza en su cara hasta la última gota, estropeando su cargado maquillaje, mientras yo disfruto de las vistas. Por su parte, se lleva las manos al rostro, horrorizada y me mira recelosa y enfurecida.

—¡Upssss! —exclamo y me encojo de hombros.

Me llevo una mano a la boca y pongo cara de inocente.

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Carol of the Bells» de LINDSEY STIRILING

CAPÍTULO 10



ME SIGUE AMANDO

—ARES—

Me estoy moviendo inquieto y no me puedo concentrar en la conversación con mis socios. Escucho atentamente mientras meto mis manos en los bolsillos y ajusto en mi mente algunos aspectos del plan de negocio que diseñé para Morrison.

—Brian, ya le diré a Carlyle que necesitamos aclarar ciertos asuntos del contrato —Oigo a Carl Morrison.

Este se acaba de unir a nuestro grupo. Mientras tanto, yo estaba conversando asiduamente con Graham Saar, un banquero de ascendencia india. Después de escuchar todo lo que maneja y los contratos que tiene con el Reino Unido, donde estuvo viviendo por más de veinte años, pienso que Graham es un pez gordo que vamos a necesitar para extendernos a Canadá.

—Carl, no te preocupes. Lo aclararemos todo el viernes. ¿Hay algún punto con el que no estás de acuerdo? —pregunto sospechoso.

A Morrison le interesa más que a nosotros cerrar tratos con *AmExpress Co.* Si se abre paso en Estados Unidos, una república federal con más de trescientos millones de habitantes, los *Bancos Morrison* crecerían como la espuma.

—No, nada de importancia —responde y se ríe.

Le preguntaría más cosas, pero estoy un tanto entretenido con el espectáculo que está dando Aylin. Minutos atrás, esta estaba en la barra hablando con el camarero y gesticulando de manera demasiado evidente. Ahora mismo está acompañada de la señora Morrison y sujeta una copa en la mano. La noto crispada y creo que no está bien, su cara refleja que se siente incómoda.

Cuando me dedica una rápida mirada, le hago un gesto con la mano. Mediante mi gesto, le estoy preguntando cómo está, pero creo que no lo entiende. No me atrevo a acercarme a ella porque sé que me volverá a huir. Ya dejaremos las cosas claras en la casa, nuestra conversación ha quedado a medias y debemos esclarecer ciertos asuntos. Noto que me mira embobada, como si estuviera viendo a un fantasma a lo lejos. Su cara está bastante cambiada y, de hecho, estoy sospechando que se ha pasado con la bebida.

Quedo a la espera y le doy un sorbo a mi copa. Aprieto los labios y saboreo el ponche; este tiene un dulzor aparte, aunque me guste más el de cerezas.

—Brian, perdona… es un amigo mío de la infancia —se disculpa Carl, el cual me ha dado la espalda durante unos minutos.

—No te preocupes —digo seco.

En realidad, toda mi atención está sobre aquella preciosa mujer que se encuentra cerca de la mesa del ponche. Incluso con cara de ebria es adorable, sus mejillas rosadas y cabello un tanto desarreglado la hacen verse muy natural. Y aquel vestido…

«¡Ahhhhhh!», suspiro por dentro.

¡Esta noche se lo quitaré!

—Te decía que me agrada mucho tu plan de negocios y realmente los aspectos que debemos tratar en la reunión son insignificantes. Carlyle tenía mucha razón al considerarte un verdadero profesional —continúa Carl y me da una palmada en el hombro.

Desvío mi mirada por un instante y vuelvo a posar mi vista sobre Aylin. Y entonces veo que… ¡un momento! Isabella está hablando con ella. ¿Qué pretende esta maldita mujer ahora? Estoy cansado de lidiar con mujeres que están en celo y confieso que en otra etapa de mi vida no me hubiese desagradado. De hecho, la hubiese embestido ya en algún rincón, ahí mismo, debajo de las escaleras.

Ojalá Aylin también estuviera ardiendo de deseo y borrara de su mente todos aquellos acontecimientos y miedos que la trastornan tanto. Ojalá ella fuese capaz de entregarse sin darme tanta guerra.

¡Diablos!

Abro más los párpados en el instante en el que percibo los rostros irritados de ambas. Ya he desconectado completamente de lo que Carl me tiene que contar con respecto a nuestra colaboración, y únicamente estoy analizando a las dos mujeres que están hablando a unos metros de distancia.

¡Oh no! ¡Eso no!

Me llevo una mano al mentón, extremadamente alterado. Isabella acaba de derramar su copa sobre Aylin. ¿De dónde ha salido esta dichosa mujer, por favor? Me irrito enseguida y escucho un pitido en mis oídos. A como conozco a mi bonita fiera, esta no se quedará de brazos cruzados y presiento que se está acercando la tormenta.

—Brian, mi socio también está encantadísimo con vuestra propuesta, seguro que el resultado será uno muy próspe…

—Carl, ¡discúlpame! —le interrumpo y le aparto, sin dejar de mirar la escena terrorífica que estoy presenciando.

¡Demonios! ¡No me lo puedo creer! Esta vez, Aylin acaba de verter la copa sobre Bella.

«¡Esto era lo que me faltaba, maldita sea!», pienso, cuando la tensión del momento se apodera de mí.

Miro a Morrison demasiado perplejo, y este a mí. Decido acercarme sin demora para frenar la disputa que acaba de estallar, imaginándome la razón que hay detrás.

—¿Qué has hecho? —pregunta Bella, asombrada.

El rímel caído alrededor de sus ojos hace que se vea tenebrosa.

Se lleva la mano a la cara y, en el minuto siguiente, se abalanza sobre Aylin y alza su tono de voz, gritando desquiciada. Me sobresalto y no sé dónde meterme.

¡Maldita sea! Tengo que llegar a ellas en cuanto antes. Antes de que...

¡No, eso no! Veo cómo Bella alcanza la melena un tanto revuelta de Aylin y empieza a tirarla de los pelos. Atrapa su cabeza y la sacude, histérica.

—¡Zorra! ¿Querías dejarme en vergüenza, delante de todos? —grita esta, verdaderamente salida del Inframundo.

El desastre está servido. Esta jodida mujer me ha estropeado la noche desde el principio a fin. Y, aunque la música suene a un volumen bastante elevado en la sala, es inevitable que los invitados no giren sus cabezas para ver qué está ocurriendo.

Me acerco con pasos veloces y consigo alcanzar a Aylin en el preciso momento en el que esta empuja con fuerza a Isabella. La retengo entre mis brazos.

—¡No te atrevas a insultarme! —responde— ¡Yo en ningún momento te he insultado! —grita y levanta la mano con firmeza, señalándola con el dedo.

—¡Maldita niñata! —escucho a Bella, mientras vuelve a tocarse el pelo empapado de bebida.

De repente, Aylin empieza a luchar conmigo, intentando llegar a Isabella. De hecho, en un momento de distracción, consigue librarse de mis manos y la sacude fuertemente por los hombros, acabando en su cuello. Su furia es tan arrolladora que me está siendo imposible detenerla.

—¡Nunca nadie me volverá a insultar! —articula como si estuviese poseída—. ¿Me has oído? ¡Estoy harta de ti, de Lorraine y de toda esta mierda! —Aprieta los dedos en el cuello de la otra, ante la mirada pasmada de todos los invitados.

Isabella se lleva las manos al cuello e intenta deshacerse de la fuerza imparable de Aylin. Observo claramente que la jodida morena está asustada, pero ella no se detiene, su ira puede con todo. Finalmente, tras unos pocos minutos, consigo inmovilizarla y Bella recupera la respiración. Afortunadamente.

—¿Estás loca? —habla con voz ahogada y toca su cuello, extremadamente confusa.

—¡Todavía no he terminado contigo! —amenaza Aylin con dureza.

¡Una maldita vergüenza!

Intento mantener la compostura, ya que todos nos están mirando, sin poder creérselo. En el momento en el que consigo despegarlas, saco a Aylin casi a rastras del salón y Carl y su mujer nos acompañan hasta la puerta. Les miro todavía de piedra, al mismo tiempo que sujeto los brazos de Aylin, que está luchando conmigo.

—¡Basta! —le riño ruborizado y nos dirigimos a la puerta principal—. Carl, Jane, pido disculpas —añado y arrugo la frente.

—Descuida, Woods —Morrison suelta una poderosa carcajada, para mi sorpresa—. Despiertas pasiones, amigo. Como me gustaría que las mujeres peleen por mí —finaliza.

Acto seguido, Jane Morrison aprieta su brazo disimuladamente y mira a Aylin muy preocupada.

—Cariño, descansa y recuerda lo que te he dicho…

La agarra por los hombros y se acerca a su oído, contándole algo en privado.

¡Qué me lleve al diablo ahora mismo! Esta situación me deja sin palabras, y solo arqueo la comisura de mis labios, profundamente enojado.

Las señoritas de la entrada nos entregan nuestras chaquetas y les hago una señal a mis hombres de que se unan. Cuando miro a Aylin, esta parece estar en otro planeta, puesto que tiene los ojos enrojecidos y solamente clava el suelo con su vista, imagino que avergonzada. Una vez que nos encontramos fuera de la mansión, veo que empieza a tiritar, puesto que hace frío. La ayudo a ponerse el abrigo.

—Perdón por todo —habla sonrojada antes de abandonar la mansión.

Confío en su sensatez y educación y quedo complacido cuando esta intenta despedirse de nuestros anfitriones. Estos, en cambio, no dicen nada, únicamente sonríen y nos desean buen viaje.

Cojo su brazo y empezamos a bajar los grandes peldaños de piedra. Nos dirigimos al coche,

junto a mis hombres, o por lo menos esta es mi intención, porque al final no ocurre así. La jodida mujer terca que tengo a mi lado en este momento, en vez de venirse conmigo, cambia de dirección e intenta alejarse de mí. Doy unos pasos hacia ella, sonrojado por la situación en la que me encuentro y la vuelvo a agarrar por el brazo. Claramente, el alcohol tiene mucho que ver con su comportamiento insensato y rebelde. Noto su mirada turbia.

—¿A dónde vas? —Elevo mi voz, en medio de la noche.

Cuando miro la casa, veo que los Morrison siguen asomados por la puerta y nos están mirando. Mi vergüenza se triplica. ¿Por qué demonios no se han metido ya dentro?

—¡No me toques! —brama esta y acelera los pasos.

Me está tocando mucho los cojones ya. Muchísimo.

—No tienes a donde ir, Aylin. Los Morrison nos están viendo —digo entre dientes y en voz baja—. Vente al coche, por favor.

—¡Me iré a cualquier otro sitio, menos a ese coche! —contesta obstinada.

Bufo exasperado y ruedo la mirada. Nos van a escuchar, no me cabe duda.

Sin decirle nada más, me agacho y la levanto. Coloco sus caderas sobre mi hombro y sus piernas quedan colgando en mi tórax. Agradezco en mi mente que lleve el abrigo largo y no se le vean los muslos o el trasero. Su cabeza queda bocabajo y su cabello toca mi espalda.

—¡Bájame! —se queja con voz entrecortada, pero no le hago caso.

—¡Ya es suficiente! —le corto—. Será la última vez que te pases con el maldito alcohol.

Suelta un bufido, cabreada. Y si pensaba que esta rabiosa mujer es terca, me limitaba a muy poco. Es una salvaje indomable, y cada vez lo veo más claro. Al notar la cara divertida de nuestro público, los Morrison, levanto la mano y me despido de ellos con un gesto bastante incómodo. Seguramente estos se lo estén pasando bomba ante el espectáculo barato que estamos dando esta noche. Como si todo esto que está sucediendo tuviese algo de gracia.

«¡Jódete, Brian!», me torturo.

Esto ocurre cuándo te follas a muchas mujeres, una más celosa y más fiera que la otra. Arriesgas a que peleen y te dejen en ridículo.

Meto a Aylin en el coche, mientras se retuerce tozuda en mi hombro. Yo también tomo asiento en la parte de atrás, junto a ella. Le aprieto el cinturón cautelosamente y solo espero que no diga barbaridades delante de mis agentes.

Agradezco al cielo de que al menos está callada, a la vez que mi hombre arranca. El coche derrapa con violencia.

—¡Estoy hasta las narices de todo, Álex! —grita en mi oído al minuto siguiente.

¡Oh, por los dioses del Olimpo! Deseo llegar a la cabaña y pegarme un tiro. Tuerzo la boca y rodeo sus hombros para calmarla.

—Shhhhh, hablamos en la casa —murmuro.

—¡Nada de eso! —me suelta y pone una mueca. Se despega de mí y me lanza una mirada perturbadora.

No me lo pienso más.

—¡Detén el coche! —le ordeno al chófer—. Bajad y llamad un taxi. Me haré cargo yo.

El chófer detiene el automóvil en un lado de la carretera y se bajan con la cabeza inclinada y sin decir nada. Me pongo al volante y enseguida activo el seguro del automóvil para que esta no pueda salir. Miro el asiento trasero y observo que Aylin está demasiado agitada, como si se hubiese tomado kilos de café. Sus rasgos están muy cambiados y sus mejillas están sonrojadas.

—O sea también me encierras en un maldito coche… —espeta con fuerza y se acerca a mi oído.

Veo por el retrovisor que agarra los dos asientos delanteros con las manos y entonces, piso el acelerador con más ímpetu. Intento estar callado para no entrar en una disputa.

—¿No te bastaba con encerrarme en la casa?

—Has bebido demasiado... —La taladro con mi amenazadora mirada —. Tranquilízate, ¿vale?

—¿Tranquilízate? —Alza la voz y se inclina sobre el asiento del conductor—. ¡Que sepas que estoy harta de todas las mujeres que te rodean, Alexander!

No puedo reprimir la sonrisa, a pesar de todo.

—Me gusta que me llames Alexander —procuro apaciguarla.

Analizo su reacción en el espejo retrovisor del coche y deduzco en mi mente que me llama así cuándo está enojada. Recuerdo aquella noche en la terraza del restaurante en nuestro viaje a Miami, la noche que le di un puñetazo a Clark. Fue la primera vez que me llamó *Alexander*.

—¡Me importa un comino lo que te guste! —sigue ladrando a cuatro vientos con voz entrecortada—. ¿Sabes lo que sí me importa? ¡Que dos jodidas mujeres me hayan llamado *zorra* y me hayan tirado del cabello, en menos de una semana!

He de estar de acuerdo con ella. Aprieto los labios al recordar la furia que Lorraine desató en mi dormitorio del Templo unos días atrás. Y sí, es normal que ella me odie por todo esto que le está sucediendo por mi culpa.

—Comprendo cómo te sientes.

Mi vista se mueve del retrovisor a la carretera.

—No, ¡no comprendes nada! Si lo comprendieras, me dejarías en paz. —Hace una pausa—. Y luego… ¿a quién se le ocurrió esa combinación de bebida? ¡Ponche! —Se encoge de hombros indignada.

Sin venir a cuento, le da hipo.

Ahogo una carcajada y persigo sus movimientos y gestos en el espejo. Asisto a cómo se abraza ella misma, mientras mira la carretera y debo confesar que Aylin es una borracha extremadamente guapa. Sí, confieso que su cuerpo, su forma de ser y su locura me tienen atrapado. Suspiro tenso, sin dejar de vigilarla.

—Pues te regalaré una botella si te ha gustado —digo, intentando desviarla del tema. No quiero que vuelva a pensar en Isabella.

—¡Es asque-roso Á-lex! —responde esta con un hipo bastante pronunciado.

Tiene una gracia particular esta noche y no puedo evitar sonreír, bastante divertido. Quedo verdaderamente enredado en la calma que siento cuando ella está a mi lado, pese a que sea un torbellino. De momento frunce el ceño al notarlo, y empieza a darme pequeños golpes con los puños bien apretados en el hombro.

—¿Te est-ás rien-do? —sigue con voz cortada.

—Respira… —digo entretenido, aunque espero no enfadarla más—. Inspira conmigo, ¿vale?

Noto en el espejo que esta inspira deprisa para que el hipo desaparezca, sin embargo, no consigue mantener la boca cerrada.

—¿Cre-es que me ha-ce alguna gra-cia asistir a fies-tas pomposas de rica-chones?

—Espira —digo, a la vez que observo en el espejo que esta espira conmigo, bastante agobiada —. ¿Mejor?

—¡Jo-de-r!

Me aguanto la risa.

—Aylin… —Pongo los ojos en blanco, pensando en cómo ha sido que he llegado a esta situación, pero no sé qué me sorprende. Solo con ella me puede pasar de todo—. ¿Me estás haciendo caso, estás espirando?

Coge aire con fuerza e infla sus mofletes, de modo que sus ojos parecen salidos de las órbitas. Mantiene la respiración por unos segundos y después deja salir el flujo de aire de su boca, sacudiéndose con fuerza.

—¿Me estás escuchando, o no? —agrega con voz normal.

Menos mal. Suspiro aliviado, incluso más que ella.

—¡No me gusta ir a este tipo de fiestas, Álex!

—Hemos llegado, Aylin, cálmate. Necesitas dormir.

Detengo el motor y aparco el coche enfrente de la cabaña. Me bajo deprisa y le abro la puerta, ayudándola a salir.

—¿Eso es lo que piensas, que necesito dormir? —Me mira incrédula, una vez fuera del coche. Me percato de su cabello revuelto y su mirada opaca, fruto del alcohol. Sin duda alguna, ha exagerado con el ponche.

—¿Y qué otra cosa necesitas? —Arqueo una ceja.

—Pues no sé, dímelo tú.

«¡Ohhh!», me quedo mudo.

¿Qué quiere decir? Seré idiota y posiblemente tergiverse la realidad, deseando escucharlo de su boca, pero eso ha sonado como si ella necesitara… eso que necesito yo también.

—¿Qué necesitas? —pregunto.

Sin querer, mi mirada avispada cambia de su ruborizado rostro a aquellos rebeldes mechones de su cabello, y eso hace que tenga unas ganas insanas de hundir mi mano en su pelo y hacerle cosas sucias a esta mujer.

Me acerco a ella. Sin previo aviso, la levanto en mis brazos y noto cómo se le corta la respiración. Sentir su cuerpo hace que se me ponga el vello de puntas —y otras cosas—, mientras la miro atentamente. A continuación, me dirijo a la puerta de la cabaña, cargándola en brazos.

—¡No me refería a esto! ¡Suéltame! —Se revuelve, sumamente renegona.

—No te voy a soltar, Aylin —contesto con voz severa, al mismo tiempo que siento mis huevos más grandes que una pelota de rugby. Mi respiración se vuelve agitada y aquel calor tan característico me abrasa por dentro.

—¡Voy a gritar! —Frunce los labios y me amenaza, al notar que empiezo a subir las escaleras, dirigiéndome al dormitorio.

—Puedes gritar todo lo que quieras. Nadie te va a escuchar.

Sonrío más divertido que antes.

—¡Eres un creído! Siempre haces lo que te da la gana y piensas que lo tienes todo controlado —musita con voz de borracha y me da golpes en el hombro, a modo de protesta.

—Bueno, esta noche no parecía que lo tuviera todo controlado, señorita Vega —replico con voz jocosa.

No me sale de la cabeza la pelea entre las dos y las manos de Aylin estrujando el cuello de Isabella.

—Debo decirle que desconocía su habilidad de asesina. Ha faltado poco para convertirse en una criminal.

Al mismo tiempo que digo esto, la suelto en mitad de nuestra habitación de la primera planta y cierro la puerta.

—¿Vas a dormir aquí? —pregunta con el mismo tono entrecortado.

Posa su vista sobre mí, un tanto desconfiada. Al mismo tiempo, le echa un vistazo fugaz a la cama.

—Sí… —contesto seguro—. ¿Algún problema?

No responde, solamente suelta un bufido y empieza a luchar con su abrigo. Aletea sus brazos agitada y, por más que intente quitárselo, no lo consigue. En cambio, se tambalea como un flan.

—Y hablando sobre tu amiguita Isabella, todavía no había terminado con ella. No me puede insultar de esa manera —habla molesta.

Clavo los ojos en el techo.

Pensaba que se iba a sentir intimidada y se acostaría de momento, pero ¡qué va! Ya estoy dudando si intentar algo, está completamente borracha y no es lo correcto. Me quito la chaqueta, dándole la espalda y aprieto los ojos, viviendo un verdadero infierno.

—Álex, la próxima vez búscate mujeres con más clase —suelta con sarcasmo y revolotea la tela, ya que sus movimientos no son precisos.

No es capaz de quitarse el jodido abrigo y parece que, en vez de quitárselo, está teniendo un combate de karate con la prenda. Cuando está a punto de caerse, me acerco a ella velozmente.

—¡Espera!

Se lo quito yo, pese a que se mueve con nerviosismo. Entonces la sujeto entre mis brazos y el tacto de su piel hace que se me olvide lo que he pensado hace unos minutos, desde la cordura. Es imposible estar cerca de ella.

—Aylin… a mí no me hace falta ninguna otra mujer.

Esta levanta su traslúcida vista y examina mi boca. Yo también admiro la suya. Me encantan sus labios, su aroma y todo lo que tiene que ver con ella.

—Ojalá fuera cierto —comenta de vuelta y me aparta la mirada—. Los hechos te delatan.

—Me ha tendido una trampa. El camarero me ha dicho que me esperaba alguien en la entrada, no sabía que era ella —intento explicarle.

—¡Nahhh! —contesta incrédula y hace un gesto con la mano, como queriendo apartarme.

Pero no, no lo voy a permitir.

—¡Aylin! —balbuceo totalmente desestabilizado—. Me tienes atrapado de verdad, ¿no lo comprendes?

—Atrapado te tenía aquella morena, tirando de tu corbata.

Suspiro. No ha escuchado ni una jodida palabra de lo que le acabo de decir. Me ignora completamente y eso me frustra, aunque comprenda que el alcohol tenga mucho que ver. Reconozco que mis rasgos se ponen duros, y no solo. Mi pene está tan firme, que hasta sería capaz de taladrar una pared de una sola puñetera embestida.

¡Por Zeus! No aguanto más.

—¿A ti también te gustaría tirar de ella? —Esbozo una sonrisa, intentando relajarme.

La señorita Vega es realmente graciosa y está celosa. Muy celosa, de hecho. Y eso me encanta.

—¿Qué?

Le arreglo uno de aquellos adorables mechones. Adoro descolocarla con mi juego de palabras y notar aquellos ojos perplejos sobre mí.

—Estoy hablando de la corbata… —aviso rápido y hago un gesto con la cabeza, en modo inocente.

—No, gracias —dice con soberbia. —Eres autosuficiente y también puedes dormir solo.

—Yo quiero dormir contigo.

No me responde, simplemente se da la vuelta y empieza a quitarse el vestido. Frunzo el ceño y empiezo a desabrocharme el nudo de la mencionada corbata, la cual hace que me sienta asfixiado. Ojalá fuese solo la corbata.

Espero que esté mejor, pero mis esperanzas se disipan cuando veo que está totalmente inestable y se tambalea como si pisara un colchón lleno de agua, en vez del suelo.

¿Pero cuánto ha bebido? Veo embobado que guerrea con la cremallera trasera y la escucho maldecir nuevamente. No me lo pienso y me acerco a ella.

—Déjame ayudarte.

Agarro la cremallera de su vestido con una mano y con la otra termino de deshacer el nudo de mi corbata. Empiezo a bajarla con suavidad y noto que Aylin por fin, no protesta de ninguna manera y permanece quieta como una niña buena. Coloco una mano en su voluptuosa cadera y trago en seco ante la excitante vista. Su espalda queda al descubierto de momento y su piel blanca como la leche provoca algo desquiciante en mí. Algo que roza la peor locura y demencia.

—Uhmmm… no llevas sujetador —comento.

A raíz de mis palabras, ella gira la cabeza levemente, pero no termina de mirarme del todo. La noto cohibida y a la vez emocionada. Permanece de espalda a mí, los dos en silencio.

La tensión flota en el ambiente y sé que es un deseo insano que jamás he sentido. Una pasión arrolladora que no puedo controlar, por más que me lo proponga. Como resultado, alcanzo su piel con mi mano como un verdadero somnámbulo y le bajo la cremallera completamente. La tentación supone demasiado para mí. El tacto sedoso de la piel de su espalda hace que empiece a temblar y que mi cabeza deje de razonar. Acaricio su piel con sensualidad y trazo una línea a lo largo de su columna con un dedo.

Aprieto su cadera izquierda con una mano y beso su espalda, deslizando mis labios hacia su nuca, a la vez que le aparto el cabello y se lo coloco en un hombro. Aylin sigue sin protestar y únicamente irgue su espalda. Enseguida cambio su cintura por su abdomen bajo. Presiono mis dedos en su abdomen y su trasero en mi pelvis.

—Mi pequeña… —murmuro.

Siento millones de cosas por dentro y lo que pasará a continuación es más que inevitable. Mi agigantada erección está clavada en sus nalgas y siento profundas vibraciones cuando dejo a la vista su cuello y aprieto mi nariz en su mejilla, asediándola completamente.

—Tu aroma es desquiciante —sigo, inmerso en nuestra electrizante conexión.

—Álex... —habla en voz baja.

—Shhh —susurro—. No nos hacen falta las palabras.

—Estoy muy borracha y creo que… —tartamudea—. Yo pienso que…

Su respiración se torna acelerada y los latidos en mi tórax también.

—No pienses tanto.

—Es inevitable no pensar en todo.

Está temblando.

—¿Sabes? Yo solo pienso en una cosa ahora mismo. —Beso la parte alta de su cuello mientras empiezo a restregarme en sus nalgas, juntando más mis caderas a su cuerpo.

La echo de menos. Mucho.

Por su parte, suelta un intenso gemido cuando llevo una mano a sus muslos y la acaricio lentamente. Tuerce la cabeza en el mismo instante en el que alcanzo su ropa interior y empiezo a frotar su pubis con dos dedos.

—Pagaría una fortuna por estar dentro de ti ahora mismo, Aylin. Mataría a quién fuese… —sigo—. Le vendería mi alma al diablo. No me hagas sufrir más… —imploro al borde de una taquicardia.

Cuelo mi mano en sus bragas vertiginosamente y alcanzo aquella humedad que me deja sin habla y sin aire.

—¡Ohhh! Estás jugando con fuego. Ya te dije que…

—Prefiero quemarme… —respondo concluyente y mi boca famélica se desliza por su cuello—. ¿Tú no?

Su cadencioso aliento y la manera en la que tensa su espalda y trasero hace que mi paciencia se agote. Empiezo a devorar su mejilla y la suave piel de su oreja, haciéndole el amor con mi lengua.

—¿Ehhh? —hablo con voz rasposa.

Me siento ahogado.

—Me quemaría si te detuvieras en este momento, Álex.

Suspira con fuerza y yo también, aunque complacido con su respuesta. Estoy totalmente consumido por el deseo y, entonces, aprieto su culo contra mi cuerpo. Mis sentidos están más que agudos y siento como si me hubiese tomado diez bebidas energéticas de golpe.

—Ahhh, nena… —Cojo aire—, esto era lo que necesitaba oír. No te arrepentirás—. Lamo la

línea de su cuello con ansias y, casi al instante, su brazo me alcanza cuando se da la vuelta y lo enrosca en mi cuello.

—Te deseo tanto —susurra y cierra los ojos.

¡Por todos los jodidos dioses! Me estoy derritiendo por la felicidad que siento ahora mismo tras escuchar sus palabras, aunque, a decir verdad, quedo sorprendido.

—Yo más. —Aprieto mis labios en su frente—. Te necesito como el aire que respiro, pequeña traviesa… —Deslizo el ajustado vestido en sus hombros con una mano.

Me lanzo a su cuello, al mismo tiempo que envuelvo su cintura al completo y la hago retroceder unos pasos. Devoro su hombro con anhelo y siento la manera en la que arquea su cuerpo, consumida por lo mismo que yo. Froto su periné totalmente descompuesto, sintiendo cómo mis dedos se empapan del fruto de su excitación y la manera sumamente deliciosa de embestir su culo en mis caderas y contra mi ansiosa polla, que está que se sale de mis pantalones.

—Pequeña rebelde, la quieres ya, ¿verdad?

Entonces, ella gira su cabeza hacia mí y me planta un beso violento en la boca, profundamente excitada y atormentada por el huracán de sensaciones que arrasa con los dos. Su gesto es un apoteósico SÍ, de manera que sonrío satisfecho.

La giro completamente e invado su boca con dureza. Me pone extremadamente cachondo sentir sus dedos en mi cabello, al mismo tiempo que me besa con pasión. Su boca es anhelante y claramente necesito hacerla mía sea como sea, y sea donde sea.

Quedo completamente cautivado por el desenfreno de nuestros movimientos y agilizo mi mano, saliendo aquella pasión que ni yo mismo puedo controlar. A continuación, la obligo a dar unos pasos hacia atrás y la sujeto contra la puerta del armario imponente de la habitación.

Nos seguimos besando insaciables y mis labios atrapan los suyos, demasiado demandantes. Caemos presos de la pasión que estamos sintiendo y bajo la cremallera de mi pantalón deprisa.

—Dime… —la incito a hablar—. ¿La quieres dentro ya?

—¡Sí! —exclama perturbada—. Te quiero dentro ya, oh sí —me invita decidida.

Agarro mi dureza con dos dedos, a la vez que aprieto mi tronco contra su frágil cuerpo, provocando fuertes ruidos, debidos a los golpes que le proporcionamos al armario de madera. Con la otra mano, levanto su vestido deprisa y continúo apresando su inquieta lengua, a la vez que le arranco suaves gemidos.

¡Maldición! Necesito que me lo diga.

—¿Estás segura?

Mi voz suena gutural y alcanzo su muslo. Levanto su pierna con rudeza y hago que apoye su muslo en mi cadera. El tacto del encaje que flanquea su pierna, hace que me sacuda de placer.

—Hazlo, Álex.

Su rostro es lujurioso y su voz suena demente. Ella no lo sé, pero yo sí, que estoy demente. Me quiero morir en este preciso momento.

—¿Qué quieres que haga?

—Fóllame ya… —murmura.

Oigo sus estrepitosos jadeos cuando sencillamente muerdo sus labios y le aparto el tanga, en el mismo instante en el que clavo mis dedos en su muslo con violencia. Cuando la punta de mi pene

roza su clítoris, tiemblo incontrolablemente. El frenesí de sensaciones es más poderoso que nunca y vuelvo a portarme como un jodido animal encelado. Mi paciencia es nula, por lo que la penetro con fuerza. Su excitación alcanza niveles inalcanzables, de modo que, evidentemente, no me cuesta mucho avanzar en su interior.

—¡Ohhh! —gruño y contemplo su encendido rostro mientras la embisto con fuerza contra el armario.

—Lo necesitaba tanto…

—¡Yo más que tú! —La beso con pasión, mientras permanezco en su interior por unos instantes—. Mucho más que tú.

Aprieto su nalga y quedo inmóvil, disfrutando de su tan ansiado interior. Rozo sus labios, totalmente insaciable.

—Pensaba que jamás me perdonarías, Aylin. Y eso hacía que…

—¡Shhh! —Es ella la que coloca un dedo en mi boca esta vez—. No quiero hablar… solo quiero sentir —Succiona mi labio inferior con torpeza—. Olvidarme de todo…

—Preciosa, haré que te olvides de todo. Te lo prometo.

Cierra los ojos y sonrío, pero la sonrisa se me borra de los labios cuando oigo sus infernales palabras.

—Mejor no prometas nada.

Se agarra más a mis hombros y me invade con su lujuriosa lengua, a la vez que empieza a desabrochar los botones de mi camisa deprisa.

—¡Por Zeus!

Pongo una mueca de placer cuando la embisto con más fuerza y precisión y levanto también su otra pierna, de manera que sus desnudos muslos quedan anclados en mi cintura. La sujeto contra el armario para no caerse y acelero mis movimientos, es más, sería imposible follarla con suavidad esta noche.

Hundo mis dedos en su trasero desnudo y la mantengo suspendida en el aire, pegándola frenético contra mis caderas, una y otra vez. Nuestros gemidos desesperantes invaden la habitación y el calor que emana hace que mi garganta suelte unos gemidos guturales. Estoy sudando a mares ahora mismo y me siento ahogado por todo. Necesito sentir su cuerpo al completo y verla sin ropa urgentemente. Necesito probar ese botón de sus partes bajas y arrancarle aquellos sollozos, propios del éxtasis.

—¡Señorita Vega!

Despego su trasero del armario, mientras rodeo su cintura y la aprieto impetuosamente a mi pecho. Prosigo con la lluvia de embestidas continúas, sintiendo su dilatación y quedando fascinado por la manera en la que me recibe. Llevo mi boca a sus senos, mientras camino en dirección a la cama, con ella anclada en mi cintura. Lo está disfrutando tanto como yo, ya que se mueve de manera salvaje sobre mis caderas.

—¡Mi bonita fiera! —digo en su oído.

Mi bonita fiera es muy potente y sus movimientos me confirman una vez más las ganas que tenía de que esto ocurriera.

Me inclino con ella sobre la cama y, tras colocar una rodilla en el colchón, la dejo caer, sin

despegarme de su boca. Libero su vulva y enderezo mi espalda, sin dejar de mirarla. Mi camisa está empapada y necesito quitármela, pero antes de eso, se me ocurre algo. Algo inevitable. Algo que me hace arder y que me recuerda que Ares siempre está presente en mí. Está aquí, a pesar de encontrarnos a miles de kilómetros del Templo.

Desabrocho los botones de mi camisa con la velocidad de la luz y mi pecho queda expuesto. Agarro con una mano la corbata que tengo alrededor del cuello y me inclino de nuevo sobre ella.

—Ahhh, Aylin… te encantará lo que te voy a hacer —digo impaciente y aprieto la dichosa corbata entre mis dedos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta expectante cuando nota mi mirada sumamente insinuante.

—Te ataré con mi corbata —contesto excitado—. Dame tus manos.

Agudizo las facciones de mi rostro inconscientemente y casi eyaculo, pensando en que podré atarla, ya que es lo que más placer me produce. Entonces, me monto encima de sus caderas, a la vez que agarro sus muñecas y las junto por encima de su cabeza. Me agacho y aprieto mis labios en su rostro. A continuación, uno más sus manos y empiezo a envolver mi corbata azul marino en sus muñecas.

Mientras aprieto la sedosa tela ansioso, acerco mi boca a sus muñecas y le doy un beso en una de las manos. Finalmente, extiendo sus brazos hacia atrás, un tanto tosco, y la contemplo. La tengo retenida debajo de mí.

—Así, pequeña… —musito ardiente.

—Pensaba que preferías las cuerdas. —Sonríe.

—Bueno, uso lo que tenga a mano.

—¿Cualquier cosa?

—Sí.

Le sale una ruidosa carcajada y sus ojos brillan.

—¿Qué? —Frunzo la boca, interrogativo.

—Entonces creo que nunca practicaría… —Se ríe y balbucea algo, aunque parece estar más despierta— alpinismo contigo.

—¿Por qué? —Aprieto los párpados y la miro con fijeza.

—Me atarías en lo alto de una montaña…

Me sale una desquiciante risa y muerdo uno de sus pezones, a la vez que inmovilizo sus alzadas manos.

—Pues… —Chupo su cuello— lo cierto es que… —Beso la comisura de sus labios— en lo alto de la montaña no será posible.

—¡Es verdad! —exclama con una desenfrenada risa—. ¡Tienes vértigo!

Me quito la camisa negra que llevaba esta noche y la tiro al suelo.

—Pero sí te ataría en el bosque.

—Claro… —farfulla—. El lobo de Boston.

—Y te despedazaría la ropa —completo—. Igual que haré ahora mismo con tu vestido.

—Uhmmm…

Agarro la prenda con las dos manos y empiezo a tirar de él. Se lo deslizo hacia abajo violentamente e incluso oigo un suave crujido en la tela. Enseguida queda expuesta delante de mí y se me va la cabeza completamente cuando veo sus excitados pezones, los cuales me invitan a probarlos.

—¿Me atarías a un árbol?

Se sigue riendo muy cachonda y se mueve sobre la cama cuando entierro una de sus tetas en mi boca y succiono con fuerza.

—Te haría de todo —puntualizo, totalmente descentrado.

Una corriente me recorre cuando admiro su sexy tanga y las medias de encaje.

—Eres una verdadera diosa, Aylin… —Me sujeto en las manos y quedo suspendido sobre ella —. Eres mi diosa y siempre lo serás —hablo con veneración y aprieto mi mano en sus atadas muñecas.

—¡Ahhhh! —gime cuando me apodero de sus pechos y abarco su cuello al completo.

Esta empieza a moverse inquieta como resultado del juego persuasivo de mi lengua. Vuelvo a inmovilizar sus manos atadas cuando ingreso mis dedos en la tela de su ropa interior y le arranco las bragas de un movimiento.

Me agacho, tras separar sus piernas y, sin mucho más preámbulo, atrapo entre mis labios los chorreantes pliegues de su sexo. Necesito empaparme de su sabor y siento un intenso dolor en mi agrandado miembro cuando succiono fuertemente. Alterno mis labios y mi lengua sobre su vagina y aprisiono aquel monte inflado con mucho afán.

—¡Oh, Dios! —oigo su voz, ahogada por la libido.

Inspiro profundamente y miro el encaje de la parte alta de su muslo.

—Uhmm... —gruño complacido—. Estas medias te quedan como para comerte, nena.

Beso la parte interior de su muslo, descendiendo hasta la tira de encaje de una de sus medias. Muerdo la tela y la deslizo sobre su pierna de manera sensual. Levanto mi vista hacia ella y noto que me está mirando con aquel destello de pasión que me funde. Muevo la yema de mis dedos en la entrada resbaladiza.

—¡Joder! —chilla abrumada.

Disfruto de la manera en la que se retuerce sobre las sábanas y me estremezco cuando limito sus piernas y agito los dedos, sin dejar de penetrarla.

—Álex…

Su voz suena entrecortada y al instante tira de mi brazo con suavidad.

—¿Qué? —pregunto y me acerco a su cara.

—Gracias por hacerme sentir así.

—De nada, preciosa. —La beso con suavidad, mientras acaricio sus pechos con movimientos suaves, dejando el rastro de su propia humedad en su piel.

Me apoyo en un codo mientras observa que me mira de un modo muy cariñoso y toca mi frente y mis mejillas. Y, curiosamente, parece como si de repente hubiese desconectado de lo que estábamos haciendo. Su misteriosa mirada se vuelve más intensa y penetrante, aunque sigue igual de turbada y triste.

—Te quiero tanto…

Sus palabras atraviesan mi tímpano y se me corta la respiración, mientras asisto desconcertado a sus gestos. Lleva sus dedos a mis labios y me analiza en la penumbra.

Siento mi pecho contraído. Sus palabras han atravesado mi coraza y han llegado hasta lo más hondo de mi ser. No me da tiempo a decirle ni media palabra. Esta agarra mi nuca y me proporciona un beso. Nos besamos con suavidad.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, solo que...

Algo está pasando cuando percibo su rostro desencajado. Me pongo de rodillas y la miro atentamente.

—Creo que voy a….

No termina de hablar. Unas repentinas arcadas la sacuden y se lleva una mano a la boca. La ayudo a levantarse de la cama. Corre deprisa al servicio y yo la sigo, preocupado. Se coloca encima del retrete y empieza a vomitar.

Mi corbata sigue envuelta en sus muñecas.

—¿Cómo estás? —pregunto, mientras alcanzo una toalla y se la paso.

Deshago el nudo de la corbata y libero sus manos. Después, mojo mis manos en el lavabo y humedezco sus mejillas con un poco de agua.

—Álex, he bebido mucho —comenta.

Su voz suena irregular y apenas se puede mantener de pie.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —le regaño, enfoscado—. Por el jodido Zeus, Aylin… sabes que no te sienta bien.

Tras limpiarse, la sujeto para no caerse. Se tambalea y cierra los ojos suavemente, con mucha resaca y sin ser capaz de caminar siquiera. La miro atento cuando observo que tuerce la cabeza hacia un lado. La levanto en peso y espero no haberse desmayado. Después, la tumbo sobre la cama y cae en un sueño profundo al instante. Tiene los ojos completamente cerrados.

—Oye, ¿estás bien?

Solamente emite unos sonidos indescifrables y me quedo tranquilo. Necesita dormir, solo eso. Ha sido un día duro.

Le quito los tacones y las medias lentamente, que es lo único que lleva puesto, y tiro de ella para poder colocarla sobre la almohada. Me deshago de mis pantalones y me tumbo al lado. Alcanzo una gruesa manta, la cual acomodo sobre nosotros, aunque la temperatura sea estable en la habitación.

Escucho su respiración y unos ronquidos suaves. Paso la mano por encima y la abrazo, aunque no sea consciente de ello. Muevo mis caderas, despejando mi mente, y parpadeo en la oscuridad. Sigo estando tieso y maldigo en mi cabeza, exasperado por no haber podido soltar este maldito fuego que siento por dentro.

Aun así, lo sucedido esta noche supone un gran paso y no puedo no estar feliz. Definitivamente, accederá.

Cierro los ojos.

Aylin estará dispuesta a complacerme y sentarse en aquel sillón y sé que invertiré el tiempo necesario para convencerla.

Todo el tiempo del mundo.

No, no es una obsesión lo que siento por ella.

Es necesidad.

Ella se ha convertido en mi necesidad particular.

«Señorita Vega, tenemos unas cuentas pendientes», pienso emocionado.

Abro los ojos y la admiro extasiado mientras duerme. Disfruto de su regular respiración como si estuviera en un concierto y quedara embobado con el sonido y el movimiento de los instrumentos musicales. Noto cómo su pecho sube y baja con ritmo.

Vuelve la calma y la seguridad.

«Me sigue amando…».

CAPÍTULO 11



FLASHBACKS

El ruido estridente del canto de unos pájaros me despierta. Abro mis párpados cuando la luz cegadora se abre paso en la habitación. La cortina es demasiado traslúcida y eso hace que entreabra los ojos, cegada por los rayos suaves del sol. Me encuentro muy cansada y siento un intenso dolor de cabeza. Carraspeo y empiezo a moverme, adormilada. Me agito en la almohada y me estiro, totalmente ajena a los acontecimientos de la noche anterior.

Pero cuando consigo abrir los ojos completamente y ver con más claridad, me encuentro con su rostro. La cara de Álex está justo a unos centímetros de la mía y puedo juzgar por su respiración calmada que está sumido en un sueño profundo. Escucho embobada su respiración. Me quedo admirando su rostro tan perfecto por unos instantes y entonces…

—¡Mierda! —susurro en voz alta.

«¡La has liado, pollito!», me riño a mí misma aturdida y con una resaca del tamaño de la Muralla China.

Un temblor repentino se apodera de mí en el mismo instante en el que recupero la memoria y recuerdo fragmentos de la noche anterior. Doy un brinco cuando siento su cuerpo impetuoso moverse a mi lado y noto su mano alcanzándome por debajo de la suave manta. Álex acaba dejar caer su brazo en mi abdomen.

Tiro de la manta hacia un lado, con miles de lagunas en mi cabeza. Miro asombrada hacia abajo y constato que estamos los dos completamente desnudos. Mi mirada se topa con su miembro, ya erguido. Emite unos suaves gruñidos cuando chasquea la boca y entreabre los ojos, adormilado.

—Buenos días —dice con un hilo de voz y se apoya en el antebrazo.

Noto profundas agujas en mis sesos y siento un dolor severo de estómago. La cabeza me está dando vueltas y el temor de que anoche pudo pasar algo, se apodera de mí.

—¿Nos acostamos? —pregunto desconcertada.

—Sí, claro… —Carraspea—. En la cama.

¡Qué gracioso!

Aprieto los dientes.

—Álex… nos acostamos, ¿verdad?

No recuerdo casi nada y mis sesos estallarán de un momento a otro. Mi pregunta le sorprende y se apoya en sus brazos, elevando más su cuerpo. Al mismo tiempo, comienza a frotarse los ojos con una mano.

—¿Qué quieres decir?

Estoy consternada y arrepentida por mi estupidez y mala decisión de probar el maldito alcohol en la fiesta. De lo contrario, no estaría en esta maldita situación.

—¿Es tu manera de darme los *buenos días*? —agrega.

Es como si pasara de mí y, en cambio, envuelve su pesado brazo en mi cintura. De alguna manera, me obliga a tumbarme y me atrae a él, haciendo que sienta la calidez de su cuerpo.

—Contéstame, por favor...

Me sigo esforzando en recordar qué narices pasó anoche. Todo esto es una señal bastante clara de que no debo volver a probar el alcohol nunca más.

—¿En serio me estás preguntando eso? —dice y tensa su mirada, fijándome curioso—. ¿No recuerdas nada?

—No mucho…

Le miro asustada.

Empiezo a tener flashbacks. El tacto de su piel hace que me acuerde de fragmentos sin ninguna lógica sobre lo sucedido: sus brazos sujetándome, sus labios en mi cuello, su manera de embestirme, sus dedos invadiéndome, la humedad de su lengua, su respiración sofocada, mi trasero chocando contra algo terso en mi espalda y con olor a madera, las contracciones que sentía con cada estocada suya en mi interior y...

¡Oh no!

—¡Sí que lo hicimos! —exclamo con horror y me apoyo en mis antebrazos.

—¡Aylin! —escucho su calmada, pero a la vez extrañada voz, fruto de mi actitud.

—¡Al final falté a mi palabra! ¡Al final lo conseguiste!

Quito la manta que nos arropa bruscamente y me levanto de la cama. Le miro arrepentida y maldigo en mi mente, a la vez que me llevo las manos a la cabeza. Después, me pongo de pie, enloquecida.

—¿De qué hablas? —pregunta y también da un salto fuera de la cama.

Observo que sus facciones han cambiado. Da unos pasos en mi dirección, pero le rehúyo cuando intenta agarrarme.

—¡Atrás! —amenazo.

Cuando bajo mi vista y observo su dureza, pienso sin querer que el profesor es verdaderamente insaciable. No es normal en absoluto que despierte por la mañana como una moto en marcha. ¿O sí? Arrugo el entrecejo.

¡Qué puñetas sé yo de hombres!

—¡No te acerques! —Levanto los brazos, al mismo tiempo que abro los ojos con temor, sin dejar de culparme por lo insensata que fui.

Respiro hondo y la sangre empieza a correr velozmente por todo mi cuerpo. Me culpo por semejante desliz, por lo débil que soy y también por la gran incoherencia de esta situación del carajo en la que me encuentro.

«¡Al final te entregaste al hombre que te amenazó con matarte, Aylin!», mi mente toca fondo por segunda vez.

Me fui a la cama con el hombre que ayer mintió descaradamente que me amaba, con tal de conseguir su objetivo. Y por lo que se ve, lo consiguió. Lo cierto es que esto supone ser un problema menos para él, pero tengo curiosidad en cómo solventara los demás problemas.

¿Lo hará del mismo modo? ¿Jugando sucio como lo hizo conmigo?

—Aylin, no me jodas... —habla desorientado—. Sabes que lo disfrutaste tanto como yo.

—¡Bebí demasiado! —le desafío con mi irritada mirada.

Me animo por dentro, siendo consciente de que no queda mucho para volver a Boston, de

hecho, hoy mismo volveremos. No permitiré que piense que me tendrá en su cama y comiendo de su mano, después de todo lo que me hizo. A continuación, muevo la vista alrededor, demasiado consciente del error que cometí. Nuestra ropa esparcida en el suelo es una clara prueba de ello, y no únicamente eso, sino también…

—¡Me ataste con la corbata!

Lo recuerdo todo cuando mis ojos tropiezan con su corbata de un azul marino intenso. Lo recuerdo a él sobre mí, diciéndome que juntara las manos. Tuerzo mis rasgos con estupor y vuelvo a levantar mi vista.

—¿¡Cómo te atreviste!? —cuestiono—. Me ataste, ¿verdad?

—Sí, ¿algún problema?

—Te aprovechaste de mi estado e hiciste lo que te dio la gana conmigo… —añado con horror y retrocedo.

Miro el baño deprisa, sabiendo que lo mejor sería alejarme de él ahora mismo. Aparte de querer ir a vomitar, debo poner en orden mis pensamientos y sentimientos con urgencia.

—Aylin, ¡esto ya es demasiado! —le oigo gritar como un loco cuando se arroja sobre mí, pero no le da tiempo a alcanzarme—. Por ahí no paso, ¿entiendes? ¡No paso!

Me meto en el baño velozmente y le cierro la puerta en la cara. Rezo por dentro que esta tenga un cerrojo y sí, lo tiene. Respiro aliviada mientras muevo el trozo de metal a un lado y apoyo la frente en la puerta de aluminio, con el corazón queriendo salir de mi pecho. Veo y escucho cómo Álex mueve el pomo de la puerta del baño, vigorosamente.

—¡Abre la maldita puerta, Aylin! —Su voz se me antoja más ronca que nunca.

—¡No la abriré!

—¡Abre!

—¡Déjame tranquila!

—No me merezco esto, ¡diablos! —grita desde el otro lado.

—¡Tienes lo que te mereces!

—¡Me merezco un puto tiro en la cabeza! Puedo asumir eso, pero esto… ¡Jamáaaaaas! —Su grito me trastoca.

—Álex… —murmuro asfixiada—. Desde la noche que me secuestraste no has parado de presionarme, aun sabiendo que no estaba dispuesta a…

Escucho un rudo golpe que me arranca un grito, señal de que este acaba de golpear la puerta con su puño.

—¡Pues aclárate, maldita sea! Tu cabeza y tu cuerpo no concuerdan mucho —chilla fuera de sí —. ¡No me tientes, te lo advierto!

—¡No hay nada que aclarar! ¡Yo jamás quise que ocurriera lo de anoche!

Me siento asfixiada por el llanto y el malestar. Un inmenso arrepentimiento me recorre al instante, y eso hace que me entren ganas de llorar.

—¡Pues déjame decirte que anoche no parecía eso cuando me pedías que no parara! —afirma este con voz severa.

¿Cómo se atreve?

—¡Eso no es verdad! —Estampo la palma de mi mano en la puerta.

—Sigue engañándote sola, pero no vuelvas a jugar conmigo, ¿queda claro? —avisa con dureza —¡Demonios!

Se me corta el aliento. Permanezco en silencio, intentando recordarlo todo, ya que meros fragmentos vienen y van. Y sí... tiene razón. Recuerdo todas las sensaciones perturbadoras que provocó en mí, sus dedos presionando mi pierna y su miembro en mi abertura. Posiblemente se lo pidiera.

—Vete… —suplico y me deslizo sobre la puerta, cayéndome de rodillas en el suelo.

Estoy derrotada. Harta. Vencida.

Él no insiste y solamente oigo sus lejanos pasos, seguidos de un jaleoso portazo.

Permanezco unos minutos más acurrucada al lado de la puerta, construyendo aquellos acontecimientos en mi mente. Tiene razón, se lo pedí, me reí con él y disfruté. Me fustigo en silencio y, de momento, me abalanzo sobre el inodoro. Vomito.

Me levanto del suelo a duras penas y le doy al agua de la bañera. Necesito quedarme unos largos minutos en soledad y aclarar todo esto. Tengo unas cuentas pendientes conmigo misma, ya que esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. La capitulación representa el mayor momento de inflexión que uno puede tener al encontrarse en medio de un enrevesado laberinto.

Tras llenar la bañera, me sumerjo en el agua caliente y apoyo mi cabeza en el filo. Para empezar, recuerdo con nitidez lo que ocurrió en la fiesta de los Morrison, aunque hasta cierto punto. Me acuerdo de todo hasta el momento en el que terminamos de bailar y me dirigí a la barra. Ahí ya andaba mareada por las varias copas de ponche, pero lo que hizo que desconectara fue el tequila. Acumulé frustración y celos cuando lo vi cerca de esa mujer y solamente quería olvidarme.

Necesitaba olvidarme de que estoy atrapada, de que él me está obligando a hacer cosas en contra de mi voluntad, como por ejemplo ponerme la ropa que quiere o acompañarlo a fiestas de negocios. Olvidarme de que me está presentando a todos sus amigos y contactos. Sin embargo, no soy su esposa y ni siquiera su novia. Todos saben que está casado, pero soy yo la que lo acompaña a todos los lados.

¿Qué carajo pueden pensar? Me vienen a la mente los Morrison, aquellos hombres del Templo, Lorraine e incluso Isabella. No pueden pensar otra cosa, salvo que soy su amante y a la cual le da igual que él sea un hombre casado. Una mujer sin escrúpulos, ni dignidad que solo busca el placer y su dinero. Una prostituta disfrazada de asistente.

Una zorra.

Y este pensamiento me enfurece más de la cuenta.

¿Qué debo hacer? ¿Cómo hacer que mi mente y mis principios salgan victorioso con alguien como él a mi lado? ¿Cómo es posible que en unos pocos minutos tu mundo se derrumbe de tal manera? Tenía una vida, unos planes... En cambio, aquí estoy, lidiando con un sentimiento que es más poderoso que yo y con un hombre que decide en todo momento por mí.

Me sumerjo más en el agua ya templada de la bañera, dejando que esta sobrepase mi cuello. Estoy tan sumamente perturbada por lo intensos que han sido estos últimos días, que me entran unas ganas tremendas de olvidarme de todo y de todos. De simplemente desaparecer.

Las saladas lágrimas corren en mis mejillas mientras me sumerjo casi al completo y de manera

inconsciente. Cierro los ojos. No quiero pensar en lo que me espera, solamente quiero borrar todo de mi cabeza.

Y entonces… la imagen pura de mis padres cobra vida en mi mente. La alegría que desprenden mientras me sonríen y abren sus brazos, hace que vuelva a la tierra. Hasta parece que les escucho en mi cabeza, al igual que oigo el sordo ladrido de Don, mi bolita de chocolate. Hasta parece que noto su lengua húmeda en mi cara, despertándome por la mañana con el aroma a café recién hecho flotando en el ambiente.

Agarro los bordes de la bañera cuando el agua invade mis fosas nasales y empiezo a toser desenfrenada e intentando tomar aire para recuperar el aliento. Mis pulmones quedan oxigenados y mi cordura ha vuelto, tras un oscuro momento. Me planteo que debo seguir adelante y no permitirme el lujo de darme por vencida.

Sus sombras no vencerán, es la luz la que debe vencer.

Salgo de la bañera decidida y envuelvo una toalla alrededor de mi cuerpo. Pego mi oído en la puerta, pero ni el más mínimo sonido. La abro unos centímetros y ruedo mi mirada por la habitación. No hay nadie, así que camino descalza fuera del baño. Me acerco a la cama mientras sigo secando mi cabello. Para mi sorpresa, la cama está ya hecha y nuestra ropa ordenada.

En medio del colchón, localizo una bandeja con el desayuno y una nota, la cual leo deprisa.

Tienes cuarenta minutos para desayunar y hacer las maletas. No tardes.

Sonrío animada pensando en que volveré a ver a mis amigos y sé que, de alguna manera, convenceré a Álex dejarme viajar a *Long Island.* Vuelvo a mirar la dichosa bandeja e identifico mi cartera, al lado de una taza. La reviso y noto que tengo toda mi documentación, los mismo 5 dólares que llevaba, pero también una tarjeta bancaria dorada que desconozco.

¿Será la tarjeta de la que me habló y la cual me corresponde como diosa?

Chasqueo la boca, confusa, y sigo inspeccionando la bandeja. También identifico un pequeño bote con tres analgésicos y un vaso de agua. Este jodido hombre piensa hasta en mi dolor de cabeza. Muy completo en todo, sin duda.

«Salvo en el amor…», se me ocurre.

Concluyo resignada que está intentando suavizarme, como siempre hace después de una pelea. Pero esta vez le saldrá el tiro por la culata.

Unos minutos más tarde, abro las puertas del armario y saco la maleta de dimensiones medianas. Su ropa ya no está. A diferencia de cuando hemos viajamos a Toronto, a la vuelta sí tendré una maleta bastante cargada con todas las compras que hice dos días atrás. Empiezo a empacar, no antes de ponerme un vestido corto de lana, de cuello redondo y mangas largas. Es muy suave y parece que abriga bastante. Después, me coloco unas medias de pierna completa, no de media pierna, como al gran dios Ares le gusta.

«¡Que se joda!», piensa mi mente, que está más encabronada que yo. Además, también se puede ir al carajo por un buen rato.

Me miro los pies y opto por ponerme unas botas marrones que quedan por encima de las rodillas. Me echo un vistazo rápido en el espejo, mientras noto la fragancia a lavanda del gel de ducha.

Cuando lo tengo todo listo, me siento en la cama y empiezo a comer lo que mi estómago me permite, aunque primero me tomo el analgésico. Vuelvo a tocar mi frente, necesito que se me

quite el intenso dolor lo antes posible.

Agarro el móvil y noto que no hay mucho movimiento en el grupo de chat de *Los Fantásticos de H*. Al tener días libres en la universidad, estamos todos bastante desconectados. Sonrío alegre cuando pulso el número de Berta, ya que estoy ansiosa por escuchar su voz. Ayer nada más le escribí unos mensajes y llamé a mis padres, no tenía muchas ganas de darle explicaciones. Y lo cierto es que Bert es una de aquellas personas que no se queda contenta fácilmente. Sé que me someterá a un interrogatorio completo.

—¡Lyn! ¡Dios mío, por fin puedo hablar contigo! —Oigo a mi querida amiga, que descuelga casi al instante.

—¡Bert! —exclamo impaciente.

—¿Qué tal todo? —pregunta con tanta intensidad, que casi me deja sorda—. ¡Cuéntame! —chilla—. En el mensaje solamente decías que estabas con el profe Woods en Toronto, y que lo estabas pasando muy bien.

—Así es, Bert. Estoy bien, no te preocupes.

—Pero nena, ¿qué coño pasa? El padre de Bram me dijo que no podíamos volver a nuestro cuarto en la residencia. Después de la fiesta del sábado, me trasladaron a otra habitación.

El sábado. El día que todo cambió.

—Sí, sé que nos tuvimos que mudar, pero ¿estás bien? —pregunto intranquila.

—Sí, fenomenal. ¡Cómo para no estarlo! ¿Sabes que nos trasladaron al ala oeste? —Se ríe.

—¿Ala oeste? ¿Dónde están todos los pijos? —pregunto desconfiada y termino de tomarme el café.

Miro el reloj, es casi la hora de irnos.

—¡Ahí mismo!

—¿Es en serio? —Me quedo embobada en el teléfono.

Su confirmación me toma desprevenida y no recuerdo que Álex me haya dicho algo de la nueva habitación de la residencia.

—Tan en serio que tenemos cada una nuestra habitación, aparte de un pequeño salón, una cocina dos veces más grande que la que teníamos y un baño súper genial. La ducha tiene hasta hidromasaje y música.

Me quedo a cuadros.

—Vaya… no tenía ni idea.

—¿El ogro no te contó nada? —pregunta suspicaz.

—La verdad es que no, se le habrá pasado... —hablo precavida, intentando que mi amiga no se dé cuenta de que, en realidad, mi relación con Álex no es nada normal.

—¿Podrías darle las gracias de mi parte?

—¿Gracias por qué?

¡Eso faltaría! Tenso los labios.

—¿Cómo que por qué, ex -santurrona? —me riñe—. ¡La habitación está pagada hasta junio, y es carísima!

¿Qué? Álex no me contó absolutamente nada y lo peor de todo esto es que no puedo delatarme con Bert. Si le dijera que no tenía ni la menor idea, se daría cuenta de que algo anda mal.

¡Por Dios!

Hace tres días quería escapar e ir directa a la policía y ahora rezo que los demás no se den cuenta de su identidad y de que me tiene secuestrada.

¿Qué jodidas incongruencias hay en mi cabeza?

—Se lo diré, descuida. —Me tiembla la voz—. Álex quería recompensarnos después de la molestia que nos provocó.

—¡Álex! Uy, uy, uy. ¡Necesito detalles, nena! —dice esta muy poco disimulada, mostrándose como un torbellino, aunque en un mal momento. Siento mis sesos taladrados por su afilada voz.

—En realidad, no hay mucho que contar.

—Presiento que el profe está perdidamente enamorado de ti y te pidió una oportunidad, ¿verdad, *ragazza*? —habla con un todo de voz travieso.

Resoplo, intentando contenerme. No puede estar más equivocada.

—Algo así... —respondo y me río, empujada por las circunstancias.

Me sabe muy mal tener que mentir. Pero... ¿cómo narices podría contarle a mi amiga quién es en realidad el profesor, que me tiene retenida, que me acaba de meter en una secta y que encima pasé la noche en su cama?

Intento hacer desaparecer el jodido nudo de mi garganta.

—¿Bram te ayudo con las maletas?

—No, *baby* —niega—. Bram tenía cosas que hacer y no estuvo mucho en la fiesta.

—Ahmmmm, ¿entonces? —murmuro intrigada y le doy un bocado a un sándwich, que está delicioso.

—Pues quien me ayudó en realidad fue un tal Liam, enviado por el profe.

—¿Liam?

Busco en mi mente.

—Me dijo que era su amigo —aclara—. Él se encargó de la documentación y el pago, y me ayudó a trasladar todas las cosas.

Me encojo de hombros.

—¿No sabes quién es?

—Ni idea.

—Bueno, tampoco te pierdes tanto. Es un capullo, de hecho, nos pasamos casi todo el tiempo peleando, más que hacer la mudanza. Imagínate el panorama: yo con unas cuántas copas demás en el cuerpo y el tipo ese metiéndome presión.

—¿Por qué? —Sonrío.

—Porque le dije que ya me mudaría al día siguiente, pero ¡ni caso!

Suelto una carcajada. ¡Cómo echaba de menos las cosas de mi *ragazza* loca!

—Es que el tipo está como loco, es un idiota arrogante —añade esta con voz de pito.

«Igual a su amigo…», Pongo los ojos en blanco.

—¿Estás en *Staten Island,* con tu familia?

—Sí —habla con la boca llena y escucho su voz un tanto distorsionada—. Pero Lyn, cuéntame... ¿qué pasa con el profesor? ¿de dónde salieron esas amenazas?

—Es una historia larga, ya te contaré cuando vuelva.

Analizo en mi mente cuál podría ser mi versión, algo creíble.

—¿Y cuándo será eso?

—Esta semana. Nos veremos el lunes, ¿de acuerdo? —evado el tema.

—¿El lunes? —pregunta asombrada—. ¡Pero queda un montón!

Repentinamente, escucho unos graves golpes en la puerta.

—Bueno, Bert te tengo que dejar ahora.

—No me has mandado ni una mísera foto, dijiste que te lo estabas pasando muy bien. —Oigo aquella voz de niña pequeña que le sale cuando no lo tiene todo controlado.

—Sabes que no soy mucho de fotos —le recuerdo—. ¡Cuídate, besos!

—Abrazos de oso, nena —se despide—. ¿Y debería decirte *enamorada* en vez de *ex santurrona*?

Hasta parece que la veo delante de mí, guiñándome el ojo con picardía mientras mastica un chicle de fresa.

—¡Prefiero ex -santurrona! —musito en el teléfono y suelto una risita crispada. Presiono mis labios en mi móvil y le doy unos besos sonoros.

Colgamos enseguida y me quedo reflexionando.

«Enamorada…».

Intento que mis neuronas no se queden en *KO*. *Ex -santurrona* al menos hace que me sienta poderosa y correspondida.

Otra vez el fuerte golpe. Corro deprisa hacia la puerta, detrás de la cual encuentro a uno de los agentes de Álex.

—Mi dios me envía —dice como si fuese un robot y agacha la cabeza—. Es la hora de irnos. La ayudo con las maletas.

Tras informarme sobre nuestra partida, agarra mi maleta y empieza a tirar de ella escalera abajo. Recojo mi bolso y miro la habitación para asegurarme de que no se me olvida nada. También recojo la bandeja y la dejo en la cocina.

Conforme me dirijo al automóvil, observo que Álex me está esperando ya dentro del 4X4, en los asientos de atrás. Me monto en el automóvil y saludo por educación, pero solamente el otro agente me contesta. Lo miro de reojo, mientras me abrocho el cinturón de seguridad y noto que está muy centrado en su *iPad*. Ni siquiera levanta la vista hacia mí, así que deduzco que está muy enojado por lo ocurrido esta mañana. Al instante pienso que, de hecho, es mejor así. Por lo menos sé que de esta manera no intentará nada conmigo y estoy a salvo.

Al menos por un tiempo.

CAPÍTULO 12



A 13.000 METROS DE ALTURA

Después de una incómoda media hora, en la que me he pasado todo el tiempo mirando por la ventana y he leído multitud de noticias en mi móvil, llegamos finalmente al aeropuerto. Minutos más tarde, ya me encuentro sentada en el asiento de cuero blanco del jet privado. Álex está sentado en el sillón que hay enfrente con la misma actitud huraña y obstinada, sin dirigirme ni siquiera la mirada.

Compruebo la hora. Son casi las once de la mañana.

Los agentes también nos acompañan con aquella actitud sería que adoptan en nuestra presencia y sigo dándole vueltas al hecho de que se comportan como si fuésemos los amos y señores y ellos meros esclavos.

Les miro por el rabillo del ojo. Estos se están tomando un café y leyendo el periódico, a la vez que el jet se pone en marcha. El capitán de vuelo avisa por el megáfono que estamos despegando y nos desea un feliz vuelo. Tras echar un vistazo a la nieve, que se cierna sobre las pistas del aeropuerto de Toronto, tiro de la cortina de mi ventanilla, cubriendo el cristal completamente.

Le dirijo la mirada y cruzo las piernas. Álex hoy no lleva traje, sino un pantalón negro de tela vaquera, sujeto con un cinturón de cuero, también negro. Su pantalón queda bien abultado y enseguida quito mi vista de sus partes bajas y me centro en la parte de arriba. Un jersey verde oscuro de cuello en forma de V queda ajustado a su cuerpo y combina muy bien con su cabello moreno, cuidadosamente peinado.

—¿Podemos hablar? —pregunto cohibida y miro a los guardaespaldas de reojo.

Álex suelta un leve gruñido y sigue concentrado en el periódico que está hojeando. No desea conversar y eso hace que me arrepienta por haber intentado entablar una conversación.

—Dejadnos solos —habla serio tras unos escasos minutos, dirigiéndose a los agentes.

Los dos hombres que estaban sentados junto a nosotros se levantan en silencio y salen de la cabina, acomodándose en la zona de servicio, donde se encuentra la azafata. Él alza su vista del periódico y se inclina contra el respaldo del sillón de cuero. Tira el periódico en la mesa con un movimiento tosco y, acto seguido, coloca una pierna sobre su rodilla. Me fija con una mirada misteriosa y desganada, imagino que a raíz de lo ocurrido en la mañana.

—He hablado con Bert… —Me muevo inquieta en la silla— ya sabes, mi amiga y compañera de la facultad.

Cruza los brazos y carraspea. Parpadea expectante.

—Y me ha contado sobre la habitación. Solo quería decirte que… —continúo— no hacía falta trasladarnos a una habitación tan cara.

No responde, en cambio, alcanza la botella de whisky que hay sobre una mesa, con el mismo rostro solemne, y sin prestarme mucha atención.

—¿Me has escuchado?

Regresa la botella a la mesa y le da un trago al vaso de cristal brillante. Sus rasgos permanecen inexpresivos.

—Perfectamente —contesta con brevedad.

—No era necesario que encima pagaras la habitación.

—¿Algo más?

—No quiero deberte nada. Te restituiré el dinero y también te devolveré la tarjeta bancaria que hay en mi cartera —explico tajante.

Veo cómo tuerce su cabeza, primero a un lado, y después al otro. Posiblemente esté intentando relajar sus músculos. No contesta, y solamente se acomoda más en su gigantesco asiento. Sus labios forman una línea neutra y sigue sin decir gran cosa, pero lo que me intranquiliza es que le proporciona otro sorbo al whisky, sin dejar de mirarme.

—Bueno… solo quería aclararlo.

Ni rastro de su voz.

Parece ser que ha elegido ser muy poco comunicativo esta mañana, por lo tanto, aparto la cortina de la pequeña ventana y empiezo a mirar el ala del *jet*, sumamente nerviosa.

—Yo también te quiero aclarar algo. —Oigo su rotunda afirmación, finalmente.

Vuelvo a posar mi vista sobre él. Veo cómo relame su labio inferior con suavidad. No creo que esté nervioso, sin embargo, hoy tiene una actitud muy extraña. Extraña no, más bien desconcertante.

—Adelante. —Levanto la barbilla, calmada.

Hago un sobresfuerzo por mantener la compostura.

—Me desagrada bastante la situación en la que estamos.

—A mí también.

—Déjame terminar —interrumpe y levanta una mano, como signo de que es mejor que me calle—. He intentado portarme bien contigo y respetarte. De alguna manera, he intentado recompensarte por todo el daño que te he podido provocar.

—Daño que es irreparable —complemento su confesión.

Él frunce los labios, yo arqueo las cejas.

—Vale. —Hace una breve pausa—. Voy a ser conciso. No voy a consentir que me vuelvas loco.

«Ya lo estás, profesor», habla aquella voz irónica en mi mente.

Le da un trago a la copa con mucha calma. Imagino que es la calma antes de la tormenta. La tez de su rostro se muestra cada vez más encendida y su mirada oscurece, haciendo desparecer aquel destello que podía identificar en él. Incluso percibo la fuerza con la que aprieta sus dedos en el cristal.

—No sé de qué hablas.

—No voy a permitir que juegues conmigo —habla con firmeza.

Me quedo boquiabierta y me doblego sobre mis rodillas, acercándome más a él. Su afirmación es inesperada y ahora mismo está posando de víctima.

—¿Yo jugar contigo? —Hago un gesto con la mano, señalándome.

—Lo de anoche fue real y…

—¡Lo de anoche fue un accidente! —exclamo confusa, rememorando de nuevo los

acontecimientos y lo estúpida que fui al dejarme caer en la tentación.

—No voy a tolerar que no asumas tus actos, como si fueses una adolescente inmadura, Aylin.

—Álex, estoy asumiendo que lo de anoche fue un simple y evidente… error.

—Me dijiste que me deseabas —contraataca.

—Fue solo un momento de debilidad.

—¡Me dijiste que me querías! —Alza aquel tono de voz grave que le sale cuando está extremadamente enojado.

¡Oh Dios! ¿Le dije todo eso?

—¡Estaba borracha! —Frunzo el ceño enojada—. ¿Por qué no lo comprendes? —Me lamento —. Yo…

—¡Los borrachos dicen la verdad! —increpa—. Y… ¡ya está bien, maldita sea! —Se mueve en el sillón, apático—. Te quedarás esa tarjeta, igual que la habitación de la residencia. Y no volverás a pasarte con el alcohol nunca más, ¿me oíste?

—¿Otra norma de *Álympos*?

—No, es otra norma mía. Te prohíbo volver a tomar más de la cuenta.

Me río y me cruzo de piernas, esto se está poniendo interesante.

—De Brian Alexander Woods o de… Ares? —suelto jocosa.

—¡Por Zeus! ¿De qué vas, Aylin? —También se inclina hacia adelante y apoya sus codos en las rodillas.

—No puedes negar que todo eso que me contaste es una auténtica… —Le sonrío desquiciada— gilipollez.

—¿Gilipollez?

Su rauca voz me avisa de que me estoy adentrando en un terreno pantanoso. Una vez más.

—¿Quieres que te diga yo lo que es una gilipollez?

—Adelante… —le reto.

—Que pretendas que te desagrada tener una maldita tarjeta de una cuenta con miles de dólares en tu cartera… —suelta con su obsesiva mirada sobre mí—. Que me sigas restregando tu maldito orgullo en la cara cuando te follaste a un hombre casado y lo disfrutaste.

—¡Ajá! —Muevo el mentón, furiosa—. ¿Qué más?

—Que sigas pensando que te tengo secuestrada, pese a que ni siquiera llamaste a la policía — sigue soltando veneno por su boca—. ¡Y ni un maldito intento de escapar!

Pestañeo con la boca abierta.

—Y que le eches la culpa al alcohol innecesariamente… —Aprieta los párpados, exasperado—. ¡Por Zeus! Eso sí, es una gran gilipollez.

Aprieto el puño.

—¡Seguro que ese Zeus está harto de ti!

—Tiene mucha gracia esta mañana, señorita Vega pero preferiría que en vez de gracia, tuviera ho-nes-ti-dad.

—¡Basta!

¡Virgen Santa!

—¡No es tu problema lo que yo haga o piense! —clamo con dureza, antes de que diga nada más—. ¡Vivimos en un puto país libre, señor Woods!

—Sí, es mi problema, Aylin. No vuelvas a consumir alcohol, ¿entendido? Además… de ese modo, cuando hagas lo que realmente sientes, no podrás echarle la culpa al alcohol.

Me hago pequeña ante sus afirmaciones.

—El alcohol hizo que perdiera el control, y eso dio pie a lo que vino después, ¡lo acepto! —digo contundente—. Pero independientemente de eso, ¡tengo claro que ser la zorra de un narcotraficante pervertido no entra en mis planes! —añado con voz temblorosa y agacho la cabeza, sulfurada.

Ahora mismo deseo con ansias tener una varita mágica y desaparecerme de este sitio, ¡joder!

—¿Qué has dicho?

Me mira atónito.

—Voy al servicio.

Intento levantarme, pero Álex toma mi muñeca y me obliga a sentarme de nuevo en el sillón. Se inclina bruscamente y aproxima su desencajado rostro al mío. Levanto la vista y me topo con la tensión que desprende. En este instante está apretando los labios con fuerza y no es difícil darme cuenta de que está verdaderamente transformado.

¡Mierda!

Miro el suelo. Dudo que podamos acabar nuestro viaje en avión en paz y, desgraciadamente, presiento que la tormenta se avecina.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Qué el alcohol te empujó a dejarte llevar?

Frunzo la boca con ira e intento liberar mi muñeca, dando un tirón.

—No lo pienso, ¡lo tengo claro!

—Ten cuidado con lo que afirmas, ¡podría volverse en tu contra! —contesta con desdén.

Repentinamente, coloca una mano sobre la parte alta de las botas marrones que calzo y tuerce aquellos gruesos labios. Después, acaricia la tela fina de las medias y desliza sus dedos hasta mis muslos.

—¿Qué haces?

No me quita la jodida vista de encima.

—Comprobar si me dices la verdad.

Me quedo anonadada mientras observo cómo sube desde mi muslo hasta la parte superior de mi pierna, ingresando debajo de mi vestido de lana.

—Te dije que no me gustaban las medias de este tipo —añade.

Ya me he perdido.

—Pero ¿qué te pasa? —pregunto exaltada—. ¡No vuelvas a imponerme ninguna de tus estúpidas normas!

De hecho, pienso furiosa que se podría meter sus normas por donde yo sé.

—¡Oh sí! Cumplirás todas y cada una de mis normas —demanda con voz severa y rostro

inflexible.

Mientras tanto, su mano ha llegado ya a su destino, que es mi entrepierna. No comprendo cómo Álex puede hablar con tanta severidad e incluso parecer furioso, y al mismo tiempo desear tocarme y acariciarme. Es una persona demasiado contradictoria y reconozco que el profesor es más raro que un jodido perro verde.

Se pone de pie y da un paso vehemente en mi dirección. El arrepentimiento por lo ocurrido en la noche anterior y la ira acumulada hacen que mi cuerpo entre en un estado de alerta. Como resultado, en un acto reflejo, me echo hacia atrás en mi sillón y levanto mi pierna derecha con rapidez, antes de que él llegue a mí. Clavo mi bota de tacón en su abdomen, en un intento desesperado de detenerlo, al notar que este va demasiado lanzado. Ahora mismo mi pierna presiona su pecho, reteniéndolo, y lo fulmino despiadadamente con la mirada.

Me mira sardónico, quedando sorprendido por mi gesto. No usa palabras, en cambio lleva su mano a mi bota, al mismo tiempo que vuelve a su silla de manera forzada.

—¡Ni lo intentes!

—¡Vaya! Es más peligrosa de lo que pensaba, señorita Vega —afirma mordaz.

Conforme pronuncia estas palabras, aprieta sus dedos en la parte baja de mi bota y cambia sus ojos de mi cara a mi entrepierna expuesta. No ha sido nada brillante de mi parte frenarle con el pie, y el impulso me ha ganado de nuevo. Me estremezco y unas corrientes me sacuden.

¿Desde cuándo el jet se ha convertido en un puñetero campo de batalla?

Trago en seco cuando su perversa mirada me atraviesa y esboza una mueca incrédula.

—Aylin… —ronronea—. Me parece que hacer esto ha sido un error.

Permanecemos unos breves minutos en silencio y, en el instante en el que noto sus dedos estrujando mi gemelo a través de la bota, empujo más mi tacón en su torso.

—¡Quieto! —hablo vanidosa y alzo una ceja.

No daré pie a que se salga con la suya y forcejearé con él todo el viaje si será necesario. Me entran unas tremendas ganas de llamar a la azafata de vuelo a gritos.

¿Pero acaso alguien podría librarse de su furia?

No lo sé. Lo único que tengo claro ahora mismo es que Álex aumenta la intensidad de su mano sobre mi bota y, aunque quisiera bajar el pie en este momento, sé que él no me lo permitiría.

—¡Déjame!

¡Menuda situación! ¡Y menudas vistas las que tiene él!

—Sabes que no quieres que te deje —replica.

—¡Y tú sabes que esto no solucionará nuestro problema!

—No ha acertado, señorita Vega —murmura con un toque demencial en su voz—. Pero espero que acierte de ahora en adelante, ya que usted me está empezando a conocer de verdad.

—¡No quiero conocerte!

—Lo harás. Y como advertencia, te digo que esto es lo peor que podrías hacer. Lo que más me excita es cuando me mantienen a raya, para después mostrarme sumisión.

—¿A raya? —abro los ojos.

—Te lo advertí… —murmura—. El BDSM gira en torno a eso, mi mundo se basa en eso, en…

—¡No me interesa!

Pero él no me escucha.

—… el juego. —Su rauda voz me taladra—. Bondage, disciplina, sumisión…

—¡No quiero que te acerques! —le advierto enojada y estoy intentando encontrar la manera de bajar mi pierna.

—No pretendas hacerle esto a Ares y salir impune.

Finalmente, suelta mi pierna y se levanta del asiento a la velocidad de la luz. Bajo mi pie temblando y giro la cabeza. Le persigo con mi angustiosa mirada y, ciertamente, Álex es una mezcla de furia, decepción y… ¿deseo?

—¡Qué nadie entre! —ordena a los que están fuera, es decir, sus hombres y la azafata. Cierra la puerta de la cabina del jet con un fuerte crujido y se da la vuelta en un visto y no visto.

¡Qué puñetas! Aguanto mi respiración.

Me levanto de manera vertiginosa de mi sillón y noto agitada cómo este empieza a quitarse el jersey delante de mis narices, al mismo tiempo que avanza con unos sinuosos pasos hacia mí. Su torso tan familiar y tan digno de ganar los premios Mr. Olympia queda a la vista. Recorro con la mirada aquellos surcos en sus músculos cuando contrae sus brazos. Mi vista se detiene sobre una pistola plateada, la cual guarda en un lado de su pantalón, rozando su correa.

Se deshace de todo, incluida la pistola y solamente lleva puesto el pantalón, que en este momento empieza a desabrochar. La imagen que tengo delante de mí hace que los latidos de mi débil corazón se disparen y que este empiece a latir deprisa, como si de unos tambores se tratase.

—¿Qué… qué estás haciendo? —tartamudeo y me coloco detrás del sillón, intentando dejar algo en medio de los dos.

Pero este no se digna en contestar.

—¿No te bastó con anoche? —bramo alterada y sigo retrocediendo.

—Nunca es suficiente —replica, consumido por la furia—. Además, ya que no recuerdas nada, pensaba que sería una buena idea hacer que lo recuerdes.

—Pero…

Mi garganta suena estrangulada, de hecho, mi voz se corta cuando mi bota choca con el mueble- cómoda que hay detrás.

¡Por Dios!

Me encuentro en un maldito avión privado, con él aquí dentro y sin tener adonde ir siquiera.

—¡No te atrevas, Brian Alexander Woods! —amenazo con los ojos salidos de las órbitas.

—Te equivocas. Soy Ares.

En un abrir y cerrar de ojos está ya a un centímetro de mi cara, rodeándome con sus brazos y sujetándome contra el mueble blanco que hay debajo de mi trasero. No muestra signos de relajación y es como si no lo reconociera, es más, juraría que en este instante está poseído por algo maligno, algo lleno de sombras… algo que devora su alma y su cordura al completo.

¡Cielo Santo!

Su rostro tiene la misma expresión que la vez que me ató y usó aquella fusta conmigo. No queda ningún rastro de dulzura en él y eso hace que los nervios me arrodillen y no sepa dónde

meterme o qué hacer.

—¿Este eres tú? —Coloco mis manos sobre sus brazos—. ¡Pues qué decepción tan grande!

—Bienvenida al club, lo mismo siento yo.

Me descoloca hasta las entrañas su tono de voz mordaz y sé que debo actuar rápido, así que clavo mis uñas en sus músculos, con la esperanza de apartarlo de mí.

—No tienes adonde ir… —murmura convencido y acerca su cara a la mía, obligándome a mirarle a los ojos. —Te dominaré completamente, Aylin.

Súbitamente, retira sus brazos del mueble y clava sus manos en mi cintura para que, segundos después, eleve mi cuerpo y coloque mi trasero encima de la pieza de mueble. Me doy cuenta de que ahora mismo es imparable, al sentir cómo me separa las piernas de una sacudida y sin preliminares, consumido por una demencia que ha surgido de la nada.

—¡No me toques! —Mis rasgos se agudizan al verme acorralada.

—Ares nunca pierde —añade con voz de hielo.

Juraría que está poseído, ya que ni siquiera me contesta. Tan poseído, que alcanza mi entrepierna en un instante y arremete sus peligrosos dedos en la tela fina de mis medias, tirando de ellas. El desgarre provocado es brutal y las medias quedan despedazadas completamente en mis partes bajas. Tanto, que noto el tacto de su mano pasearse libremente sobre la piel suave de mi muslo interno. Miro abajo horrorizada y sin dar crédito a lo que él acaba de hacer.

¿Qué carajo le pasa?

—¿Ares dices? —mascullo y tenso la barbilla, sintiendo que estoy viviendo una pesadilla—. Entonces… ¡te odio con todas mis fuerzas, Ares!

—Eso no me preocupa en absoluto, pequeña —Su tono gutural taladra mi oído—. Todo lo contrario, hace que tenga más ganas de arrancarte la ropa.

Muerde el lóbulo de mi oreja y, de repente, tira bruscamente de mis medias, terminando de destrozarlas. Doy un brinco por las sacudidas violentas de sus manos y el tacto de su lengua en mi piel. Muy a mi pensar, pienso que sufriré de un infarto en cualquier momento.

—¡Inténtalo y te quedarás sin herederos, maldito seas!

—¡Eso no me quita el sueño! —grita—. Pero tú sí.

Me siento ahogada por la frustración y la impotencia que siento, al verme envuelta en esto. Tengo mucha ira acumulada dentro de mí y mi cuerpo responde cuando me analiza con fijeza por debajo de aquellas pestañas negras que hacen que sus ojos se vean bellos, aunque endemoniados.

Yo le miro inmóvil. Él me admirar con fascinación. Me quedo embobada, sentada encima del mueble con las piernas separadas, las medias desgarradas y cabizbaja, sin entender nada. Y si pensaba que esto era todo, me equivocada.

—Me encanta este vestido… —murmura con voz ronca sin quitarme la vista y tira de la parte inferior de la prenda con las dos manos. Escucho el sonido de los finos hilos de lana rompiéndose bajo sus fuertes y hábiles manos.

Le miro con cara de idiota.

—¿Qué haces?

Tira una segunda vez mientras tensa la mandíbula, de modo que aquella abertura cede más y llega hasta mis pechos, dejando a la vista mi sujetador blanco. Termina de despedazar el vestido

completamente y me lo quita, mientras me revuelvo entre sus brazos.

—¡Te arrepentirás tanto por esto…! —suspiro.

En cambio, él lleva sus dedos a mi espalda. Es puro fuego y las llamas de su pecho me queman cuando noto su torso sobre mi piel. A continuación, atrapa mi melena con una mano y tira suavemente de mi voluminoso cabello hacia atrás, al mismo tiempo que con la otra mano empieza a desabrochar mi sujetador. En unos pocos segundos, este se desliza sobre mi abdomen.

Noto su respiración masculina en mi cuello y empiezo a temblar cuando masajea uno de mis senos y empieza a tirar de mis pezones con su boca. Estos responden enseguida y se tornan erectos. Al momento le da otro brusco tirón a mi cabello, al mismo tiempo que invade mis pechos y mi cuello con sus húmedos besos. Vuelve a bajar a mis senos y chupa mis abultados pezones intensamente, mientras jadea. Después, afloja la mano que asedia mi nuca y aproxima su rostro al mío.

—¿Lo notas? Estás temblando ahora mismo, Aylin. Y no es precisamente por el alcohol.

Me restriega lo que yo ya sé y solo por eso... le odio.

—¡Estás enfermo! —chillo en su oído y aprieto los muslos, perturbada.

—Sí, enfermo de deseo. —Su voz apasionada es arrolladora e irresistible—. Loco por ti. ¿Puedes aceptarlo? —habla con rostro desfigurado.

Miro a un lado deprisa y con el alma en las laringes cuando el mismo diablo lame la piel de mi oreja y cuello. Rezo ser fuerte y me muevo agitada. Entro en pánico al pensar que estoy acorralada y busco una solución urgente.

Y entonces, observo algo en la mesita que hay al lado: aperitivos, platos y varios cubiertos. Cuando Álex separa más mis piernas y tira de mí fuertemente hacia sus caderas, cojo un cuchillo que consigo alcanzar y se lo llevo al cuello, sumamente desesperada.

—¡Para en este maldito momento! ¡Te lo ordeno! —Aprieto la hoja del cuchillo en su cuello.

Este agranda los ojos y se detiene, sorprendido por mi reacción.

—Y si no quiero parar… ¿qué?

¡Mierda!

Estando tan cerca de mí, detallo el negro tan intenso de sus ojos desquiciantes, que arruinan el poco sentido común que me queda. Cediendo, le demostraría la tan anhelada sumisión de la que me habla. Cediendo, le daría a entender que ha ganado y que es mi dueño.

—Te mataré —digo sin parpadear.

De manera inesperada, Álex lleva sus dedos a mi mano y aprieta más la hoja del cuchillo en su cuello.

—Prefiero morir a no tenerte —afirma con decisión y de repente...

¡Oh Dios!

De repente, sus ojos se tornan vidriosos y adquieren un brillo jamás visto en su mirada. Sus ojos se llenan de lágrimas, literalmente.

—Soy un hombre muerto sin ti, ¿lo entiendes? —Aprieta más el metal en su cuello y su piel se torna enrojecida, mientras respira con dificultad—. No puedo... vivir sin ti, Aylin. No puedo… —implora—. Perdóname, por favor… —suplica.

Bajo esa coraza de hombre de acero, está sufriendo. Álex está sufriendo de verdad. A pesar de lo duro que es y de lo manipulador y mentiroso que es, el dolor y la desesperación en sus ojos es palpable. Y, desgraciadamente, eso no me puede dejar indiferente. Entreabro los labios y le miro perpleja, mientras aflojo mi mano, reconociendo la derrota. Mi corazón se encoge.

Algo se mueve en mi interior.

Él me mira embobado, a la vez que baja aquel cuchillo lentamente y lo suelta en la mesa. El sonido provocado por el metal cayéndose me produce un intenso escalofrío.

—¡Maldita sea! —grito al borde del abismo y le empujo con una mano, de manera que este da un salto hacia atrás.

Queda plantado delante de mí, con la boca abierta. Acto seguido, levanto mi brazo por pura inercia y desesperación. En el segundo siguiente, mi mano acaba en su mejilla, sin poder controlarme.

—¡Ahhhhhh!

Veo cómo se sacude por el duro impacto y cómo se lleva la mano al rostro tras el golpe que le acabo de proporcionar.

—Aylin…

Queda inmóvil, al igual que yo.

—¡Te detesto! —exclamo, sin dejarle hablar.

Salto a su cuello como si aquel demonio que lo estaba poseyendo a él minutos atrás, se estuviera adueñando de mí. Le beso con rudeza y de manera inesperada, sin poder contenerme más, a la vez que me pongo de puntillas y aprietos sus mejillas con mis manos.

—¡Ohhh! —exclama—. Me encanta tu forma de detestarme, pequeña.

Sus obscenos ojos se encuentran con los míos y enrosca sus fuertes brazos alrededor de mi cintura, elevándome en el aire. Me corresponde y se apodera de mis labios, invadiéndome deprisa. Saludo a la derrota en mi mente, mientras nuestras lenguas se retuercen en una danza erótica y placentera.

Gemimos al unísono. Confieso. Me siento idiota al seguir alimentando este vínculo tan tóxico que tenemos, y que solo se basa en el sexo. Pero reconozco en mi mente que es o esto… o morirme abrasada por aquel fuego que él aviva en mí con cada día que pasa.

Me aprieta más a su pecho y yo también rodeo su cuerpo con mis brazos, ansiosa de sentirlo. Clavo mis uñas en su espalda con tanta fuerza que seguramente le estoy dejando pequeños rasguños.

—¿Ves cómo no es tan difícil? —. Me sonríe vicioso, y también victorioso—. Esta eres tú, ¡acéptalo! No te escondas detrás de excusas. Tú me necesitas a mí y yo a ti, preciosa —susurra.

Muerde mi mentón y mi cuello, mientras cierro los ojos y quedo inmersa en la amalgama de besos y caricias que él me proporciona.

—Sabes lo mucho que te odio, ¿verdad?

—Me lo tomaré como un cumplido —responde.

Llevo mi lengua a su cuello con arrebato y empiezo a devorar su piel, entre caricias y quejidos. Su olor masculino despierta todos mis sentidos y hasta parece que no sé en qué planeta vivo cuando nos volvemos a fundir en un beso intenso y lujurioso.

—Aylin… necesito que me digas que aceptarás las normas y obedecerás —demanda y besa la comisura de mis labios, enloquecido—. ¡Dímelo!

Aprieta más sus caderas sobre mí y me empotra contra la cómoda. Aunque esté cautivada por todas las sensaciones que este provoca en mí, no me sale hablar.

—Dímelo —ordena y masajea mi trasero con sus manos.

—Obedeceré en… —Mi respiración suena irregular —lo que vea conveniente.

Este abre los ojos y agarra mi nuca con una mano. Siento sus punzantes dedos en mi cuello.

—Esto no funciona así, señorita —añade y lleva su mano al cinturón de cuero anclado en su cintura—. Tendré que castigarla.

Roza mis labios y aprieta más uno de mis pezones, volviendo a ser aquel hombre que desconozco.

—¿Quieres que te castigue, ehhh? —Su lengua me invade con poderío y mi humedad incrementa. Sé que está jugando conmigo.

—Bastante me has castigado ya, ¿no te parece?

—Por supuesto que no… —Me besa de manera implacable y su intensidad hace que esté al borde del desmayo. La excitación y la curiosidad me sacuden, haciendo que mi cabeza dé vueltas.

«Castigarme…»

Definitivamente, estoy rozando el masoquismo. Esta palabra hace que se me ponga el vello de punta y me excita demasiado. ¿Cómo es posible que me ocurra esto? ¡No es normal, por Dios! En realidad, nada de lo que ha pasado en estos últimos jodidos días es normal.

Entonces noto como este separa más mis piernas y después mete sus dedos en mi ropa interior, llegando a mi humedad. Agarra mis bragas mojadas y me las desliza hacia abajo, con prisas. Siento mi pulso acelerado y estoy tan encendida que la impaciencia me consume.

—Quieres sentirme ya entre tus piernas, ¿no es así? —pregunta con picardía, al notar mi mirada lasciva.

—Estás ya entre mis piernas —le digo con un hilo de voz y me lanzo a su boca de nuevo.

Este juega conmigo y se aparta, mientras se deshace completamente de mi ropa interior. Quedo tendida sobre la mesa, y con las piernas separas, viendo que él coge el cinturón negro con una mano y me contempla.

¿Usará eso?

—Álex… ¿qué vas a hacer?

—Ares —me corrige—. Te castigaré, por supuesto. Eres una desobediente que me ha dado mucha guerra.

Esto es de locos… ¿pero ya qué más da?

Me quedo atónita, pero también expectante, aunque me avergüence reconocerlo. Sin embargo, ocurre todo tan deprisa que no me da tiempo ni a respirar. Álex frota mis pliegues con la palma de su mano, al mismo tiempo que muerde uno de mis pezones. Después, flanquea mis caderas y me baja del mueble para que enseguida me coloque bocabajo en el respaldo del sillón de cuero. Mi abdomen queda apoyado precisamente en la parte más alta de la silla masiva.

—Tranquila.

Me acaricia la nuca y me inclina más hacia delante, de modo que noto la textura pegajosa del cuero. Él se agacha sobre mí y roza mi espalda con sus labios en un gesto sensual, al mismo tiempo que ejerce presión con su mano. Sus caricias encienden mi piel y sé que esta vez será muy diferente a todas las veces que me he entregado a él. Estamos tan encendidos, que emitimos gemidos ruidosos. Y, de repente, me acuerdo que nos separa solo una puerta fina del personal de servicio.

—¡Espera! Nos van a escuchar —consigo decir y dirijo mi mirada a la puerta.

—Que nos escuchen.

—¡Oh Dios, Álex! Es vergonzoso —digo inquieta.

—La emoción está en que nos escuchen.

—Ál…

—¡Chist! —me calla— Debes acostumbrarte.

—¿A qué?

—A confiar en mí.

—Bueno eso… —tartamudeo—, debemos hablarlo.

Hace caso omiso.

—¿Te gusta? —pregunta cuando las yemas de sus dedos rozan mis nalgas.

El tacto de su boca sobre mi espalda es tan placentero, que mi humedad se triplica.

—Me encanta —Jadeo descontrolada.

—A mí también —dice asfixiado mientras mueve sus dedos frenéticos sobre mi trasero—. Gracias por esta oportunidad. No te arrepentirás, te lo prometo.

Quedo anulada y cierro los ojos cuando este empieza a besarme las nalgas, al mismo tiempo que con una mano roza mi sexo ya mojado. Hunde sus dedos y juega con mis carnes. Me sacudo vigorosamente y, en este preciso instante, me estoy dando cuenta de cuánto lo necesito.

A él… a Álex… a Ares o quién demonios sea.

Sé que es imposible impedirle ganar. Es irremediable que el As tome posesión del juego y de la baraja de cartas. Y también sé que él se ha convertido en mi mayor adicción.

—¡Ahhh! —Su fuerte inspiración interrumpe mis pensamientos y me siento desbordada a raíz de sus precisas manos en mis nalgas—. Sabes… no te lo he dicho, pero lo que más me encanta es castigarte.

Acelera el movimiento de sus dedos y con la otra mano me provoca un golpe. El sonido estridente de su mano en la piel de mi trasero retumba en el jet. Entonces, levanto la cabeza cuando siento su alzado miembro, haciendo presión en mi piel.

—¿Qué vas a …? —pregunto cuando giro la cabeza y veo que él agarra el cinturón con decisión.

No me da tiempo. Recibo un duro azote en una de mis nalgas, y eso hace que cierre los ojos. Me tiemblan las rodillas y solo espero que no se sobrepase.

—Ohhh así…. —suspira victorioso y acaricia la hostigada piel. —La próxima vez te cubriré los ojos.

Mi vello se eriza con el mero pensamiento de que me pudiera tapar la vista.

—Tengo ganas de hacerte tantas cosas —continúa hablando con erotismo—. ¿Me dejarás, pequeña?

Se inclina sobre mí completamente y, sin mucho más preámbulo, lleva su mano a mi cuello y levanta mi cabeza levemente, hasta que mi mejilla toca la suya. Todo sin despegar mi espalda de su pecho. Siento mi cuello retenido entre sus dedos con suma delicadeza y su miembro duro roza mi trasero y después, mi sexo.

—¿Me dejarás? —Me invade sin titubear, desde atrás.

Lame mi mejilla y después me obliga a girar la cara y mirarle. Penetra mi boca con su lengua invasora y, al mismo tiempo, empuja su pelvis y avanza en mi interior. Siento la manera placentera en la que su miembro se agranda y se mueve con determinación, con ansias, con rebeldía, con desenfreno… y con una pasión desmesurada.

Me derrito.

—Ohhhh… ya veremos —suelto un gemido cargado de éxtasis. Me es imposible hablar en estos momentos, estoy verdaderamente extasiada.

—Esta respuesta no me vale —dice inesperadamente y se pone recto. Presiona mi nuca con una mano y me inclina de nuevo sobre el respaldo, intensificando sus embestidas. Acto seguido, siento aquel cinturón rozar la piel de mi trasero por segunda vez.

—¡Ahhh! —mi garganta emite un seco grito, no por el dolor, sino por haberme cogido desprevenida.

Mis sentidos están más agudos que nunca y me muerdo los labios cuando él acaricia otra vez mi nalga, seguramente enrojecida, y vuelve a invadirme desde atrás.

—¿Qué dice del castigo, señorita? —estampa sus caderas, con poderío—. ¿Le está gustando?

—Mmmm, no mucho —respondo asfixiada.

—¿Entonces quiere más?

—Sí... —gimo sin querer.

El momento culminante llega cuando este masajea mis senos y desata una fogata en mi vientre bajo. Las fuertes vibraciones me sacuden y convulsiono en su pecho.

—¡Ohhh, yo…! —exclamo, fuera de mí.

—¿Tú qué?

Me levanta y pega mi espalda completamente a su torso, sin detener sus embestidas de película. Empotra más sus huesudas caderas, de modo que mi abdomen presiona el respaldo del sillón de cuero.

—Creo que … voy a… —murmuro y clavo mis dedos en el cuero del sillón blanco.

—¡No! —ordena demandante y besa la curva de mi cuello—. Te lo prohíbo. No sin mi permiso, ¿entendido?

—¿Qué?

¿A qué se refiere exactamente?

Tras aquellas palabras, me libera con rapidez y me da la vuelta, de manera que nuestras torturadas miradas se encuentran. Roza mis labios y tira de mí hacia uno de los dos asientos en

los que estábamos sentados minutos atrás. Se sienta él primero y después me arrastra sobre él, sin dejar de besarme.

—Recuerda que no puedes terminar sin mi permiso.

—No estarás hablando en serio... —Me descoloca.

—¡Shhh! —Lleva su dedo a mi boca y, a continuación, me abraza con fuerza.

Hunde su cabeza en mi clavícula y acaricia la línea de mi cuello con la nariz.

—Lo hago por tu bien, pequeña. Lo hago porque deberás acostumbrarte.

Lo noto en la entrada, haciéndose hueco y presionando mi cintura, mientras flexiono las piernas.

—¿A qué debo acostumbrarme? —pregunto sudorosa.

Mi vista se detiene sobre él cuando atrapa mi mentón y me acaricia las mejillas.

—A que soy tu dios.

Mi corazón da un brinco en mi pecho. Mientras tanto, me empieza a sacudir en su pelvis y absorbe con su mirada cada gesto mío. Mira atento cómo frunzo los labios y abro los ojos desconcertada. Analiza la manera en la que me muevo sudorosa y ansiosa, queriendo abarcarlo todo.

—¡Eché tanto de menos sentirte! Me dolía tanto… —Presiona la parte posterior de mi cabeza sobre él y me empapo de sus sensuales labios.

La realidad en todo esto es que sus embaucadoras palabras y embestidas me dejan sin habla. La pura verdad es que él sigue llevando el control, aunque yo esté sentada encima. Levanto la pelvis, deseosa de recibirlo y mis músculos se expanden a su paso. El aire cargado llena mis pulmones y agarro su cabello humedecido con una mano cuando este agita sus caderas debajo de mí. Su miembro colisiona en mi interior con energía. Estoy totalmente empapada de sudor.

—¡Mírate! —susurra y aparta un mechón de mi rostro—. Estás totalmente perdida entre mis brazos, te encanta sentirme tan adentro, ¿verdad? ¿Dónde está el alcohol ahora? —suelta atrevido —. Señorita Vega, esto se llama pasión, lujuria, deseo…

Gimo descontrolada y siento que me desplomaré en sus brazos.

—Te he echado tanto de menos, Aylin… —continúa hablando con ojos centelleantes y su boca alcanza mis sensibles pechos, los cuales crecen, como aquel capullo que florece. —¿Y tú, me echabas de menos?

Acaricia mi cabello, sin quitarme la vista.

—Sí… —afirmo embriagada—. Te echaba de menos, Álex.

Mi cuerpo grita su nombre con descontrol, el mismo descontrol que devora nuestros enlazados cuerpos. Las sacudidas en mi abdomen nacen de momento, y él lo percibe.

—¡Pídemelo! —exclama y aprieta los dedos en mi nuca.

Suaviza el ritmo de sus embestidas y me doy cuenta de que no estaba bromeando en absoluto. No me lo permitirá y querrá seguir doblegándome.

—¡Pídemelo! ¡Suplícame! —musita decidido en mi oído, mientras que, por mi parte, dibujo círculos en su pelvis, ansiosa por estallar.

¡Maldita sea! No acabará con este infierno que me consume antes de que se lo pida. Sin duda,

este hombre es un verdadero demonio que me está torturando continuamente, aunque, sin duda… el mejor de los demonios. El más adictivo.

—¡No lo hagas! —ruego en voz baja, con las mejillas quemándome por la vergüenza que siento.

—Esta vez seré bueno. Pero solo esta vez.

Me muerde el cuello como un perfecto vampiro y me levanta deprisa. Se cambia de un sillón al otro que hay enfrente, conmigo montada en sus caderas. Después, se deja caer sobre mí con un movimiento rápido. Se aferra a mi cintura y su cuerpo me aplasta vigorosamente. Acto seguido, me muerde el labio y hasta diría que noto el sabor inconfundible de la sangre en mi boca.

—¡Suéltalo, pequeña! —estampa su pelvis, ferozmente.

Sin más preámbulo, estallo debajo de él al ritmo de mis propios gemidos. Ese torrente placentero me recorre e irrumpe en mi vientre, mientras noto su miembro palpitar en mi interior. Finalmente, quedo invadida por la calidez de su semilla, mientras escucho sus eufóricos jadeos, al alcanzar el clímax.

Respira profundamente y me da un beso largo en la frente. Nos miramos exhaustos mientras los disparatados latidos nos vencen y retumban en nuestros pechos. Rozamos nuestros labios, victoriosos, y nos fundimos en un tierno abrazo. Acto seguido, le miro encandilada, siendo consciente del significado de lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

Y sí, ya está hecho. Lo asumo.

—Gracias por acabar con esta guerra —murmura asfixiado y me sonríe con ojos chispeantes—. Me estás haciendo muy feliz, diosa Afrodita.

Y después... la paz.

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Call out my name» de THE WEEKND

y leer la letra en español.

CAPÍTULO 13



AUNQUE ME LLEVE TODA UNA VIDA

—ARES—

—¿Qué tal? —pregunto despacio y levanto mi rostro para poder mirarla, sin ser capaz de despegar mis bazos de ella.

Nuestras respiraciones entrecortadas acompañan nuestros latidos en una sintonía perfecta, mientras nos quedamos fundidos en un abrazo cargado de emoción. En nuestras frentes sudorosas queda reflejado el desliz pasional que acabamos de tener, y el cual me ha revivido y me ha calmado.

Tenerla de mi lado me proporciona calma y tranquilidad, es más, hasta afirmaría que me hace más fuerte y más decidido de dar comienzo a la lucha. Una lucha que no tenía que haber evitado y debía haber enfrenado con la cabeza en alto, como un verdadero líder.

Poder sentirla de nuevo cerca de mí me hace vibrar, aunque en el fondo me maldiga y me culpe por sentirme de este modo.

Hubo una vez…

Una vez en mi vida sentí algo parecido a esto, pero jamás igual. Una única vez sentí aquella chispa de la ilusión en mi joven pecho y la cual pintaba de color mi vida.

En aquel entonces lo asemejé al amor, un amor adolescente, el cual me hacía creer en la magia de las personas y en esa conexión tan especial de la que la gente tanto hablaba. Pero no podía ser más ingenuo. Incluso después de todo lo que viví, seguía siendo un necio y un ignorante de la vida. No pasó mucho tiempo hasta que averigüé cuál era mi misión… y lo acepté.

Y así acepté que el amor es una ilusión. Una quimera de la que se alimenta el ser humano para llenar sus días de esperanza. Algo a lo que las personas se agarran para poder seguir con sus vidas. Sin duda, aferrarte a una persona y al amor es aferrarte a la debilidad y a la destrucción.

Beso su coronilla y estoy a punto de hablar, pero el discordante ruido del teléfono interrumpe mis profundas reflexiones. Localizo el teléfono en la mesita y entonces me levanto en silencio y me siento en el sillón que hay enfrente del suyo, mientras pulso el botón verde.

—Hola —murmuro.

—¡Brian! —Liam habla desde el otro lado—. ¿Dónde estás?

—En el jet, volviendo.

—¡Menos mal! —Respira agitado y percibo el flujo de aire, señal de que está montado en su *Harley Davidson,* corriendo en alguna carretera —. Me han dicho que la junta se ha adelantado, ¿es eso cierto?

—Sí —respondo—. Le di todas las instrucciones a Max.

—El ambiente está cargado, hermano.

—Imagino. —Mi mirada se encuentra con la de Aylin.

Se ve revuelta y su cara no me dice gran cosa en este momento. Permanece sentada en el otro sillón, intentando recuperar la respiración. Está completamente desnuda, lleva solamente las botas y las medias desgarradas. Su abdomen y pecho están enrojecidos, y sus labios también se ven irritados por todos los besos desenfrenados que nos hemos dado.

Me paso la mano por el pelo y sonrío inconscientemente. Delante de mí tengo la prueba física de nuestra dulce locura y no dudo de que yo me veo igual de trastornado que ella. Estoy fascinado con lo que acaba de pasar hace unos minutos y solo espero que ella también sienta lo mismo que yo y no vuelva a arrepentirse por dejarse llevar.

—¿Estás ahí?

La voz de mi amigo me trae de vuelta.

—Sí —Jadeo exasperado, imaginándome el ambiente en *El Templo*—. Mejor hablamos cuando llegue, Liam. ¿El cargamento estará listo para el sábado?

—Sí.

—¿Jack está con los últimos detalles, aparte de prohibirle a todos seguir mis órdenes?

—No sé… —comenta este—. Ha vuelto esta misma mañana de Nueva York.

—¿Va mucho por ahí, cierto?

—Sí, últimamente parece que él y la Estatúa de la Libertad son amantes. Dice que quiere tener una charla privada contigo y que no le coges el teléfono.

Tuerzo la cabeza, pensativo.

Por culpa de Jack estoy en esta mierda hasta el cuello, pero por supuesto, nunca se lo tuve en cuenta al consentido de la familia. Fui a por todas para salvarlo de las garras de Gambino, ¿Y eso por qué? Porque defendería a mi familia a capa y espada. Y no necesito ningún reconocimiento, ¡maldita sea! Pero sí, exijo respeto.

—Sabes lo que nos espera, ¿verdad?

Vuelvo a pensar en Gambino y en el próximo paso que este dará.

—Lo sé, ¡maldición! —comenta—. También me han llegado los informes del FBI, y no son nada satisfactorios.

Suspiro profundamente y clavo la vista en el techo.

—Debemos estar preparados. Si entramos en la lista negra, la DEA no nos quitará el ojo —clamo.

—¡Cierto, hermano! —asiente—. He hecho nuevos pedidos, dos blindados y lo último en rifles francotiradores.

—No es suficiente. —Muevo la cabeza—. Pide más, la plantilla aumentará.

—El grandullón me ha informado ya.

—Excelente.

—Sabes que estoy a tu lado, hermano.

—Lo sé —replico—. Debo dejarte ahora, ¿vale?

—¡Genial, guerrero! —Su risueña voz me anima—. Que sepas que estoy con ganas de conocer a tu alumna.

—¡Ehhh! —Los escalofríos me recorren—. Cierra el pico, Liam. Solamente la conocerás, solo eso.

Le sale una desenfrenada carcajada.

—¡Jajaja! —Se sigue riendo—. ¿Qué pensabas, que le tiraría los tiestos? No te lo creerás, pero

tengo ganas de verla por un motivo muy especial.

—¿Cuál? —Me rasco el mentón y miro el reloj, calculando en mi mente los minutos que quedan para aterrizar.

—Quiero que me presente a su amiga.

—¿De qué hablas?

—La chica a la que me enviaste a ayudar en la residencia estudiantil… —explica—. ¡Está buenísima, tío!

¡Por todos los dioses! Liam y las mujeres. Clavo el codo en la pequeña mesa que hay al lado y pongo los ojos en blanco.

—No tengo tiempo para bobadas ahora. Te tengo que dejar ahora, ¿vale?

Le cuelgo deprisa, con ganas de volver a la conversación que estaba teniendo con Aylin antes de que…

—¿Quién era? —pregunta, mientras se abraza a ella misma y me analiza.

—Mi amigo.

—¿El señor Carlyle?

—Carlyle no es mi amigo, es solo mi socio.

—No tienes pinta de tener amigos, la verdad.

—Pues, aunque te sorprenda, los tengo.

Alzo la cabeza, vanidoso. En realidad, tengo solo uno, pero ella no debe saberlo.

—¿Es otro dios?

—Lo es.

—¿Quién? —Es como si su tono de voz hubiese vuelto a enfriar y retomara aquella actitud sarcástica y malhumorada—. ¿Zeus? ¿Hades?

—Poseidón —le corto.

Se ríe y me parece que suelta un bufido, hecho que me hace sentirme humillado.

—No sabía que la mitología al completo estaba delante de mis narices, en el mismo Boston… —balbucea—. ¿Quién lo iba a decir?

Veo que se acaricia los brazos con nerviosismo.

—¿Tienes frío? —pregunto y aumenta la intensidad en mi voz.

—Qué más da eso ahora… —susurra—. Poco te ha importado cuando me has despedazado el vestido. —Me aparta la cabeza con soberbia.

¡Esto es lo que me faltaba!

—Aylin, no hagas esto. No después de lo que acabamos de compartir, por favor —ruego sin ganas de guerrear.

Coloco mis codos en las rodillas y me inclino sobre ella. Cojo sus manos entre las mías. Mis dedos rozan los suyos y finalmente, enlazamos nuestras manos.

—Mírame… —habla esta y frunce los labios de un modo muy infantil; no debo olvidarme de que le llevo diez años—. Parece que he caído en manos de un animal…

A continuación, agacha la cabeza y se mira las piernas, haciendo un gesto de indignación.

—Es muy fácil que uno se convierta en animal cuando te tiene cerca. —Intento contrarrestar sus réplicas y me inclino hacia delante en mi asiento—. Les pediré que traigan tu maleta y podrás vestirte, tranquila.

—¡Qué bien! —Su irritación se amplifica y habla con burla—. Pues pensaba que me pasearía por ahí en cueros.

Le miro escéptico. Apuesto que le ha faltado añadir un *¿no te jodes?*

—No sería mala idea…

La molesto a propósito y noto cómo esta pone una mueca. A continuación, agarro sus manos y la miro fijamente, aproximándome más a ella.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado entre nosotros? —le pregunto con el tono más suave que podría emplear uno cuando está desesperado.

Aprieto más sus manos y confieso que temo su respuesta. Es más, parezco un maldito necio. Temo que me vuelva a decir que me odia y que me prohíba volver a tocarla.

—No, Álex. Solo que... —suspira agobiada y evade mi mirada.

—A ver…. —jadeo desconcertado—. Ven aquí…

Tiro de sus manos, de modo que hago que se siente encima de mis rodillas. Llevo mis brazos a su cintura y le beso el hombro. Extiendo una mano y cojo su vestido que está verdaderamente desaliñado, y el cual se encuentra cerca. Enseguida lo uso como una pequeña manta y la cubro con delicadeza.

Ella no protesta, solamente se queda pensando en algo y se deja caer hacia atrás. El tacto de su espalda junto a mi pecho me reconforta. Miro el móvil de reojo, intentando desconectar y recuerdo que debo mirar la hora. Max me ha preguntado en un mensaje sobre la hora de llegada.

—Aviso que quedan aproximadamente veinte minutos para aterrizar —hablo decidido y la miro —. Debemos aclarar esto, Aylin. Y de verdad espero que salgamos de este avión cogidos de la mano, y no enfrentados.

—¿Y por qué saldrías cogido de la mano conmigo? —pregunta con serenidad, mientras su atenta mirada me vigila.

Pregunta trampa. Aclaro mi voz y aprieto más mis dedos en su espalda. Estoy entendiendo por dónde van los tiros.

—Eres la única mujer con la que iría de la mano y… lo cierto es que no soportaría que me siguieras torturando con tu indiferencia, como has hecho estos días atrás.

Suspiro sin querer recordar nada de lo sucedido.

—¿Indiferencia?

Pestañea agitada y gira la cabeza en mi dirección.

—Sí, indiferencia.

—¿Puedes asociar la rabia con indiferencia? —inquiere—. Estaba furiosa, Álex, que es diferente.

—Lo comprendo. Yo también lo estaría, pero creo que las cartas están sobre la mesa.

—¿Qué somos? —dice con voz calmada.

¡Mierda! Pregunta trampa número dos.

Evalúo en mi mente qué narices somos. Lo único que sé es que ella ya es parte del juego. Sé que es una mujer espectacular, la cual rebosa de infinidad de cualidades y también sé que tiene algo adictivo, algo que no podría describir en palabras. Como resultado, me limito a contestarle en una frase.

—Somos lo que tú quieras que seamos.

Espero que no vuelva a fastidiarla. Estas cosas me ponen de los nervios, pero sé que ella debe permanecer conmigo, caminando juntos. Sus ojos denotan incredulidad y entonces, aprieta mi mano con fuerza, mirándome dudosa. Yo también tendría dudas, esto no te ocurre todos los días.

—Lo que yo quiero es algo imposible —añade con voz rota, pero con una actitud pacífica.

Suspiro de alivio esta vez.

Un breve silencio se cierne entre nosotros. Miro el suelo al mismo tiempo que presiono más la tela del vestido contra su cuerpo. La vuelvo a fijar con mi agitada mirada y siento que aquel maldito oxígeno que tanto necesito en este momento, no me llega a los pulmones.

—Nada es imposible, ¿sabes? —hablo seguro de mi respuesta.

—No quiero que me mientas y me hagas ilusiones.

—No son ilusiones, te lo prometo.

—La semana pasada no decías lo mismo. De hecho, hasta hace poco me dejaste claro que no me podías ofrecer nada más.

Hundo mi cabeza en su cuello. Necesito sentir su aroma y entonces beso su piel de seda, que huele divinamente.

—La semana pasada nada era igual —murmuro.

—¿Puedo saber qué ha cambiado para ti?

Mi boca forma una o y, en realidad, nada debería sorprenderme. Me cuesta controlarme y eso hace que me sienta incómodo y enojado. Es como si me estuviera sintiendo emocionado en estos instantes.

¿Yo, Brian Alexander Woods? El que se supone que tenía que ser un hombre de acero, como decía mi padre, y un jodido guerrero implacable y sin corazón, como decía mi padrastro, Jonathan Woods.

—Me cuesta mucho hablar de mí y de lo que me pasa.

—Esto no funciona así. Siempre va a haber un abismo entre nosotros si no haces un esfuerzo —desaprueba al instante, y con mucha lógica.

Sin embargo, pese a que me está hablando con suma dulzura, no estoy dispuesto a abrirme o a perder el tiempo con chorradas y sentimentalismos.

Aclaro mi garganta.

—Me di cuenta de lo mucho que te necesito. —Levanto mi mirada y le acaricio la pierna—. Y sé que tú a mí también me necesitas, aunque quieras reprimirlo.

—¿Cuándo te diste cuenta? —Se muestra receptiva con nuestra conversación, y eso supone un comienzo. Un gran comienzo.

Aylin está completamente tranquila ahora mismo y noto que ya no me huye, todo lo contrario.

Se abraza más a mí, generándome confianza. Una confianza que me indica que debo abrirme más con ella si no quiero perderla de nuevo.

—Aquel día que te fuiste de mi ático llorando. No pude soportar no saber de ti, que no me cogieras el teléfono…

—Era incapaz de oír tu voz.

—¡Lo sé! —exclamo—. Y después, verte en la fiesta y saber que no iba a volver a tenerte entre mis brazos, hizo plantearme que quería algo más que una simple aventura.

—¿No me estás mintiendo? —Me mira aturdida.

—Te aseguro que no.

—¿Comprendes que me dolió lo que pasó aquel día? ¿Que quisieras compartirme con otro hombre? Álex… —Me aparta la mirada, señal de que sigue sorprendida por mis palabras—. Yo me entregué a ti, solo a ti.

—Sé cómo eres y sé que jamás tuve que someterte a una prueba de ese tipo —suspiro—. Fui un idiota.

—¿De verdad pensabas que lo iba a hacer con otro? —pregunta titubeante, con aquel matiz de dolor y decepción.

—Es a lo que he estado acostumbrado toda mi vida —Carraspeo—. Acostarme con mujeres y después seleccionar.

—¿Seleccionar qué?

—Aquellas que veía compatibles con lo que supone ser… yo.

—¿Qué tipo de mujeres?

—Promiscuas —digo y acaricio su brazo lentamente, inmersos en una calma que ansiaba—. De las que accedían a todo con tal de complacerme. Pero contigo me equivoqué.

Poso mi mirada al frente y me sale una mueca crispada, maldiciendo mi poca eficacia.

—¿En qué categoría entro yo entonces?

—¿Tú? —Vuelvo a perderme en su mirada—. En ninguna.

—Sin embargo, me querías llevar ahí.

—Quería, Aylin… —murmuro reflexivo—. Aunque mi razón me dijera que me alejara de ti.

—¿Por qué? —Se mueve intranquila en mi regazo—. No lo entiendo.

—En un principio fue solo un juego y confieso que tu sabiduría y carácter me atraparon. Tu fortaleza y autocontrol me superaron, hasta tal punto que…

—¿Autocontrol? —Me mira como si estuviese en los brazos de un loco—. Álex, jamás en mi vida he perdido tanto el control con alguien como contigo.

—¿Me lo debería tomar como un cumplido? —pregunto con un hilo de voz.

—Tómalo como quieras.

Baja la vista y se encoge de hombros.

—No, no tenía nada claro que estuvieras preparada y tenía que salir de dudas.

—Y para demostrármelo, decidiste llamar a ese hombre.

—Te puse a prueba —agrego, sin dejar de acariciarle el pecho, los brazos y los hombros.

—Arriesgándote a que todo salga mal y que me hagas sufrir.

—¡No, no es así! —le digo con voz tartamuda. Me siento un imbécil ahora mismo—. Yo no sabía que eso podía pasar porque no sabía que me ama…

Noto cómo sus mejillas se ruborizan y entonces tensiono mis mandíbulas, al caer en la cuenta de que se lo he vuelto a recordar.

—Perdón.

—¿Pero y si hubiese aceptado? —pregunta con un hilo de voz, sumamente atenta a mis explicaciones.

—Pues… —Le aparto la mirada con nerviosismo—. Supongo que me hubiese quedado tranquilo y sin reprocharme nada a mí mismo.

—¿Lo hubieses podido hacer? —Tensa aquella inquisidora mirada sobre mí—. ¿Ser testigo de cómo yo…?

Se detiene, la pregunta es demasiado dolorosa y me aterra que mi respuesta lo sea más, aunque…

—¿Quieres que te mienta?

—¡No!

—Para los de mi condición, lo que iba a pasar en mi casa aquel día, hubiese sido de lo más normal. Y si me preguntas si lo hubiese aceptado, posiblemente sí, Aylin—. Respiro con profundidad—. Esa era la idea.

El asco y el horror de aquellos ojos oceánicos me vuelven a torturar. Verdaderamente, le doy asco, y eso es la primera vez que me ocurre con una mujer.

—Sigo sin comprender cómo fuiste capaz después de…

—En mi mente, lo veía todo como una aventura —interrumpo—. Pensaba que, a unas malas, me dirías que no aceptabas, yo te hubiese contestado que entonces no podría mostrarte *El Templo* y que seguiríamos con lo nuestro, ¿entiendes? No pensé que renunciarías a mí.

—Entiendo —murmura.

—¿Podrás perdonarme? —le pregunto y vuelvo a besar su hombro. Mis labios presionan su cuello, sumamente absorto por aquella fragancia que desprende su cabello. No me responde y su mirada está un tanto perdida.

—Me gustaría saber por qué eres tan cambiante.

—¿A qué te refieres?

La miro embobado.

—Hay momentos en los que disfruto mucho hablando contigo, como este. Me hablas abiertamente y no te cuesta razonar, pero en otros… en otros momentos eres demasiado arrogante, inflexible, egoísta, posesivo. Eso hace que tenga miedo y quiera alejarme de ti, ¿comprendes?

—Ohhh, vaya —exclamo asombrado—, ¿no se te olvida nada?

Los muchos defectos que ella ha enumerado con respecto a mi carácter me deslumbran. Es algo difícil de digerir para cualquiera.

—Creo que no.

—¡Menos mal! —finjo un bufido de alivio. —No sé... Es como si algo me empujara a tomar lo que me corresponde por las buenas o por las malas.

—¿Yo te correspondo?

—Sí —asiento con voz grave—. Me correspondes a mí, y a nadie más.

—Pero… —Entreabre los labios, pero le corto de momento.

—Sé que a veces me vuelvo cruel y terco, pero no tengo otra explicación. Simplemente soy así.

—¿Y de verdad no crees que tu comportamiento conmigo es tóxico y que nuestra relación es insana? —continúa y frunce el ceño.

Me estremezco cuando escucho de su propia boca lo que realmente piensa de mí y de lo nuestro.

—A mí no me ha parecido que fuera tóxico lo que hemos vivido hoy aquí.

—¿De verdad no lo ves?

—¿Qué debo ver?

Me estoy poniendo nervioso.

—Todo gira en torno a eso… —explica—. ¡Funcionamos bien solo en la cama, Álex! —exclama perturbada —¡Pero el sexo no lo es todo!

—¿Y todo lo demás? Aylin, te conté cosas que nadie sabe.

—Y yo a ti —responde esta velozmente.

—¿Lo ves?

—Aun así, también me ocultaste cosas, ¿comprendes? ¿Cómo podré vivir con ello?

—No volveré a hablar del tema *Álympos*, te lo he explicado ya muchas veces —replico tozudo y un tanto molesto.

—¡No estoy hablando de eso! —reniega—. Estoy hablando de que no te mostraste conmigo cómo tú verdaderamente eres.

Frunzo los labios un tanto perdido, pero de momento decido darle lo que necesita. Estamos yendo por el buen camino y no quiero estropearlo, le esclareceré todas las dudas si será necesario.

—¿Qué debo hacer para que vuelvas a confiar en mí?

—¿Confiar? —Inhala el aire con fuerza—. Se te olvida algo importante, Álex. Muy importante, de hecho…

—¿Qué?

—¿Ves ese vaso de cristal que hay sobre la mesa? —comenta y señala con la cabeza mi copa de whisky.

—Sí.

La miro desconcertado. ¿Qué intenta decirme?

—Imagínate que de repente lo tiras al suelo. Se hará pedazos. Nunca jamás volverá a su forma inicial —continúa—. Estará roto.

Ya sé a dónde quiere llegar. Su tono suena demasiado serio y estoy empezando a temer que

nada volverá a ser como antes. Me está diciendo que nunca más volverá a confiar en mí.

—¿Y si te prometo que lo reconstruiré? —Mi respiración se dispara por los nervios y la estrecho más a mi pecho—. Haré que ese vaso vuelva a ser como antes, Aylin. Aunque me lleve toda una vida…

Ella solamente suspira, pero no se aparta.

—Dame una oportunidad —digo con decisión, intentando relajar el ambiente.

—Y si te diera esa oportunidad… —continúa hablando— ¿de qué manera reconstruiremos ese vaso? —pregunta pensativa, mientras noto sus dedos sobre la parte alta de mi espalda—. ¿Obligándome a vivir contigo en el Templo en contra de mi voluntad? ¿Presionándome para acostarme contigo como lo has hecho hasta ahora?

Pestañeo. ¿Presionándola?

¡Diablos! No esa era mi intención. Jamás fue mi intención presionarla.

—Me estás diciendo que después de lo que acaba de pasar, ¿no has aprendido nada? —pregunto deprisa, fuertemente impresionado.

—¿Qué se supone que debía aprender?

—Que hacer caso a tu cabeza te hace infeliz. Esa era la lección —digo determinante—. Si no hubiésemos apagado ese fuego que sentimos cuando estamos cerca, ahora mismo no estaríamos aquí de este modo, abrazados y hablando con tanta confianza. Lo que hemos hecho ha sido dar un paso más para que esto funcione.

—¿Y por qué esto funcionaría?

—Porque tú y yo nos adoramos. Porque nos volvemos locos cuando estamos uno cerca del otro —suelto, enfrentando su incredulidad.

Llevo siendo víctima de su terquedad desde que la conozco, pero jamás me ha costado tanto lidiar con ese lado suyo como ahora.

—Álex… déjame corregirte —dice perturbada y su mirada se vuelve opaca—. Tú eres un hombre casado, rodeado de mujeres, dueño de una casa de orgías y prostitución, narcotraficante y … y… —habla demasiado tosca y eso hace que me ponga de un humor de perros.

—¡No lo veas de esa manera!

—No me interrumpas, por favor —susurra—. Y yo soy tu alumna, con la cual te obsesionaste y convertiste en tu amante y… prisionera. ¿De qué nos sirve adorarnos en estas circunstancias?

—¡Mírame! —le ordeno, ya que tiene la vista fija en un punto y sus ojos están enrojecidos.

Unas gotas de sudor surgen en mi frente.

—Aylin, ¡mírame, demonios! —le insisto y sacudo sus brazos.

Ella vuelve a posar su mirada decepcionada sobre mí.

—Están en marcha los papeles de divorcio de Lorraine y no he estado con ninguna otra mujer desde que te conocí, ¿eso te sirve de algo? —bramo.

Observo sus facciones.

Permanece callada, por lo que mi frustración aumenta considerablemente y me duele que no haya manera de convencerla. Ni plasmando delante de sus narices la jodida realidad.

—No hay nada que te pueda convencer de que digo la verdad, ¿cierto? —pregunto desesperado

y rendido. Siento que estoy al borde de la locura como ella me siga rechazando.

—Las palabras se las lleva el viento, Álex —contesta y unas lágrimas ruedan deprisa en sus mejillas —. Fueron tus propias palabras, ¿recuerdas?

¡Mierda! En efecto, le dije eso cuando ella me suplicaba no obligarla a firmar ese puto contrato y me prometía que no diría nada. Tiene razón. No la creí y no me podía arriesgar. No me gusta dejar cabos sueltos o ponernos en peligro, jamás lo haría, ni siquiera por ella.

—No me hagas esto… —Bufo trastornado—. ¿Qué necesitas que haga para que vuelvas a confiar en mí?

La abrazo completamente como si tuviese miedo de que pudiera alejarse en cualquier momento. Al instante, siento que se me corta la respiración. Es como si yo sintiera su dolor en mi pecho, ¿es eso normal? Definitivamente no, y tampoco es normal la cara de idiota que acabo de poner. Nunca me he bajado tanto los pantalones por una mujer. De hecho, nunca me los he bajado, porque ninguna me ha importado tanto.

Aylin no tiene ningún tipo de reacción, solamente permanece en silencio y se limpia la cara, al mismo tiempo que noto la calidez de sus lágrimas cayendo en mi hombro. Y, de repente, rodea mi cuello con sus brazos, sin levantar la cabeza. Únicamente escucho su tierna voz, aquella voz que tanto anhelaba.

—Necesito que me ayudes a recuperar mi vida.

—Dime qué quieres que haga, pequeña.

Me estremezco ante semejante imagen.

—Quiero que me dejes volver a la residencia. —Su voz suena entrecortada por el llanto.

Aprieto mi mejilla en su rostro encendido.

¡Diablos! ¿Qué debo hacer? Hacer caso a mi mente perturbada que me dice que es una maldita estupidez ponerla en peligro o… ¿a mis ganas de volver a verla sonreír?

—¡Ahhh! —Expulso el aire con fuerza—. Volverás a la residencia entonces.

Acto seguido, barajo la posibilidad de dejarla dormir ahí, aunque sea una noche y después llevarla de vuelta conmigo.

—¿Lo harás de verdad?

Eleva la cabeza y me analiza, desconfiada.

—Sí —respondo muy poco convencido—. Si eso es lo que te hará feliz…

—¡Me haría muy feliz! —exclama con aquel brillo demencial en su tono de voz.

A continuación, me planta un beso rudo en la boca. Sonreímos los dos.

—Pero deberás cumplir con tus obligaciones en el *Álympos*.

—¿Qué… qué quieres que haga? —tartamudea.

—No puedo deshacer el contrato, ¿vale? —clarifico—. Deberás prometerme que no hablarás con nadie de esto y que siempre irás acompañada de nuestros hombres.

—Descuida… —Sigue dudosa, pero al menos está intentando comprenderme.

Rozo de nuevo mis labios con los suyos en un beso cariñoso y me enciendo cuando noto la calidez de su boca y la manera tan apasionada de pegar sus labios a los míos en estos momentos.

—¿No más mentiras? —Me desafía.

—No más mentiras…

Vuelvo a apoderarme de sus carnosos labios, con ganas de devorarla.

—Señorita Vega, me parece que vamos a aterrizar ya. De lo contrario, no perdería la oportunidad de repetir lo que acaba de ocurrir en ese sillón.

Beso uno de sus pechos e intento desesperadamente tranquilizarme y no dar rienda suelta a mis instintos.

—Lo que me parece es que deberíamos vestirnos ya, señor, ¿o quiere que todos los tripulantes se enteren de lo que acaba de ocurrir en ese sillón?

Sonríe contenta, su mirada reflejando aquel familiar brillo que me arranca un suspiro. Yo le devuelvo la sonrisa y mi mente me guiña el ojo, traviesa. Me divierte su comentario, pero a la vez pienso que los tripulantes de mi jet están ya acostumbrados a mi estilo de vida y a los gemidos de todas las mujeres que han pasado por estos sillones. Pero con ella ha sido diferente...

—Pues yo pienso que no hay nada que esconder, seguro que nos han escuchado hasta en Boston por tu culpa.

Le empiezo a hacer cosquillas en el abdomen y pechos y su risa invade el jet. Es especialmente bella de este modo, riéndose a carcajadas.

—¡Vaya! —habla con picardía—. ¿Ahora me echas la culpa a mí, cuando el mayor exhibicionista eres tú?

Se intenta librar de mis manos a duras penas, y después, me tira en la cara su propio vestido, totalmente despedazado y me da la espalda.

—¿Te he dicho alguna vez que adoro tu culo? Me quedaría ahí a vivir, Aylin.

Me mojo los labios y jadeo tras admirar las curvas de su cuerpo y esas botas que le quedan terriblemente excitantes.

—¿Tienes amnesia, o qué?

Se da la vuelta bruscamente, agitando la tela en sus manos.

—Amnesia no… —Me llevo la mano a la barbilla y la sigo escaneando—. Pero sí un hambre terrible.

—¿De mí?

Agacho la cabeza con una sutil risa. Echaba de menos nuestros momentos graciosos.

—Siento decepcionarte, pero esta vez de comida.

—¡Genial! —Me sigue el rollo—. Porque yo también estoy que me muero de hambre.

—¿Comida árabe, querida alumna?

—Déjeme pensar, profesor o… —titubea—, ¿debería llamarte Ares?

—¿Cuál prefieres?

—No sé —contesta esta y se lleva un dedo al mentón—. Al profesor se le dan bien las cosquillas.

—Y a Ares se le da bien castigar —añado sugerente y alzo una ceja.

—Prefiero al profesor —concluye y me guiña el ojo.

—Ajam… —ronroneo.

—Aunque, si te digo la verdad, ese cinturón no me desagrada tanto…

Se agacha, recoge mi jersey verde oscuro del suelo y me lo lanza para vestirme.

—Es bueno saberlo.

Le respondo con un guiño también, y me pongo de pie deprisa, sin ser capaz de borrarme la sonrisa de los labios.

Y tampoco mis pensamientos.

«¡Eso promete! ¡Sí, señor! Eso promete mucho».

El jet queda inundado de nuestras pícaras risas.

CAPÍTULO 14



DECLARACIÓN ABIERTA

—ARES—

Llegados a Boston, uno de mis agentes me avisa que le ha surgido un problema personal y debe irse deprisa. Un familiar acaba de fallecer y es urgente acudir para acompañar a su familia, cosa que comprendo. Como resultado, en este momento, nos encontramos en el automóvil solamente en compañía de mi otro hombre, que está conduciendo.

Aylin y yo nos hemos acomodado en los asientos de atrás y ya le he dado instrucciones al chófer de que nuestro destino sea la calle Stanford, donde se encuentra la residencia. No puedo fallarle a esta loca y hermosa mujer, la cual está confiando en mi plenamente. Y, puede ser que me equivoque, pero debo volver a ganármela. En los últimos veinte minutos no he sido capaz de huir de su mirada suspicaz sobre mí, con cada paso que doy y cada gesto que hago.

Lo he puesto todo en marcha para que ella vaya a por sus cosas. Asimismo, he realizado una llamada telefónica para que gran parte de mis hombres se vayan turnando para vigilar las veinticuatro horas la entrada de la residencia y la acompañen vaya a dónde vaya.

—Recuerda que esta tarde debemos reunirnos con los demás —hablo en un tono de voz bajo, procurando que nuestra conversación sea privada.

—Me dijiste que las juntas en *El Templo* son los jueves, ¿por qué es hoy?

—Estamos en una situación de emergencia. Además, es necesario que los conozcas cuanto antes, y ellos a ti también.

—¿Debe ser esta tarde? —pregunta sorprendida y cambia la vista a la ventana de cristal tintado.

—¿Estás nerviosa? —Coloco mi mano en su rodilla y la examino.

—No es eso, solo que no estoy preparada.

—Yo estaré a tu lado… —susurro y mi boca traza una línea.

Sigo sin estar acostumbrado con estos gestos de cariño entre nosotros, los cuales hacen que me sienta extraño.

—Quizás podríamos aplazar el encuentro, diciéndoles que tenía cosas que hacer…

—No —niego inflexible—. Como diosa, deberás estar, ¿vale? Aparte de eso, hay varios puntos del contrato que debo explicarte. En Toronto estabas enojada y no aclaramos gran cosa sobre tu papel en *Álympos*.

—Ál…

Le hago una señal de lo más sutil y ella se detiene de momento.

¡Diablos! Aunque gran parte de mis hombres conozcan mi identidad, y hayan firmado un contrato de confidencialidad, no me puede llamar por mi nombre. Debe acostumbrarse, antes de que cometa alguna imprudencia delante de los clientes o los demás empleados.

—Ehmmm… —continúa—. Si los demás dioses no son tus socios de la agencia, ¿quiénes son?

Su curiosidad me provoca un estado de preocupación y me resulta demasiado incómodo revelarle nuestros secretos. Es algo infundado, ya que, igualmente esta deberá bajar al Gran Salón y participar en la *synántisi* en unas horas.

—Son personas que no conoces… en gran parte.

Le sujeto la vista mientras ella me mira anonadada.

—¿En gran parte? —pregunta—. ¿Eso significa que a algunos los conozco?

—Sí.

—¿Quién?

—No es el momento, no falta mucho para llegar.

Redirijo mi mirada hacia delante y ejecuto un gesto discreto y desesperado con la cabeza, dándole a entender que no podemos hablar con el chófer delante.

Sin duda, se llevará una sorpresa cuando vea a algunos de los integrantes de nuestro clan. Aylin es astuta y doy por hecho que sospecha de la relación del senador Sander con *El Templo*, al igual que supo desde el principio que Lorraine también es miembro.

—Álex —susurra en mi oído—. Dijiste que son doce, ¿hay gente de la universidad también? —habla confusa.

—En teoría, deberíamos ser doce, pero ahora mismo somos diez, contando contigo —murmuro de vuelta.

—¿Por qué?

—Es una historia muy larga —le susurro al oído—. Te aclararé todas las dudas cuando lleguemos.

Ella deja caer su cabeza sobre mi pecho, sumamente angustiada. Seguramente sigue dándole vueltas al asunto y es normal. De repente se ha visto arrastrada a un mundo que no sabe cómo funciona y el cual le produce incertidumbre y miedo.

—Necesito saber qué…. —la escucho hablar de nuevo, solo que no consigue terminar la frase.

Un ruido ensordecedor, parecido a un fuerte trueno, parte el ambiente y, súbitamente, los cristales del coche estallan. Como acto reflejo, ambos agachamos la cabeza y nos cubrimos con las manos.

¿¡Qué demonios está pasando!?

La empujo hacia abajo en un visto y no visto y nuestras desconcertantes miradas se encuentran.

¡Oh, maldita sea! No puedo creer que esto está ocurriendo de verdad.

—¡Álex! —oigo du grito.

—¡Acelera yaaaa!

Mi potente voz resuena y miro a mi hombre, extremadamente alarmado. Alzo la cabeza cautelosamente, mientras siento las ruedas derrapando en el asfalto. Por lo visto, una bala ha atravesado una de las ventanillas y los diminutos cristales se encuentran en todas partes. Entonces, presiono con una mano el hombro de Aylin, a la vez que con la otra mano agarro mi pistola, anclada en la parte trasera de mi pantalón.

—¡Mi dios! —Pete habla deprisa—. Nos están flanqueando.

—¡Da la señal! —bramo furioso y, al instante, veo cómo este pulsa el botón de la pantalla táctil y da la alarma.

—*¡Pólemo!* —manifiesta este, a la vez que aprieta el volante, sumamente agitado.

Consigo elevar la cabeza y localizo una especie de monovolumen, conduciendo a una distancia relativamente peligrosa de nosotros. Pete se esfuerza en tirar del volante y golpear aquel coche que nos está asaltando, intentando ganar tiempo, pero es en vano.

—¡Oh, Dios! —Aylin grita en mi oído—. ¿Qué está pasando?

—Nos están atacando —hablo deprisa—. ¡El maldito italiano!

Consigo localizar a dos hombres, uno está conduciendo a todo gas, chocando la parte lateral de nuestro vehículo, y el otro está medio salido por la ventanilla, con el brazo tensado y apuntándonos con un arma. El destello reluciente de su pistola hace que lo comprenda todo.

—¡Hay solo dos! —grito enfurecido, al mismo tiempo que apunto hacia el otro coche y me maldigo por haberle pedido a Max que no me envíe más hombres al aeropuerto. Me he equivocado al pensar que era mejor que nuestros agentes protegieran *El Templo*. En mi cabeza, veía probable que Gambino estuviera atacando nuestra fortaleza, intentando desmantelarnos y borrarnos de la faz de la tierra, en vez de perder el tiempo conmigo.

—¡Ten cuidado, por favor! —dice Aylin y aprieta mi brazo.

—¡Más deprisa, joder! —grito de nuevo, intentando que mi hombre escuche mi orden, a pesar del ruido fuerte que hay en la transitada carretera por la que circulamos.

El flujo de aire escandaloso que entra por la ventanilla rota nos golpea y mi aliento aumenta, con miles de interrogantes en mi cabeza. No sé de qué maldita manera se han enterado. Únicamente Max y Liam estaban informados sobre mi regreso.

¡Por Zeus!

Aprieto mi mano en el metal y tomo posición de ataque. Siempre he confiado en mis jodidos hombres. Siempre hasta ahora.

—¡Mantente agachada! —grito en cólera y apunto al coche, decidido a no dejarles ganar terreno.

La bala roza la chapa del coche enemigo, debido al movimiento brusco. Maldigo entre dientes cuando me doy cuenta de que la jodida bala no alcanza mi objetivo, que es agujerearle la cara a aquel mafioso sentado en el asiento del copiloto.

—¡Mierda! —exclamo con el mentón tenso cuando una bala pasa por al lado de mi cabeza y rompe el cristal del lado izquierdo de nuestro automóvil, precisamente aquel que hay en el lado donde me encuentro.

—¡Písalo máaaas! —rujo endemoniado y esquivo a duras penas la ráfaga de disparos que sale del coche rival.

Mi agente aprieta más el pedal, pero no hay ninguna maldita manera de esquivarles. En cambio, nos tambaleamos violentamente de un lado a otro, a raíz de los embistes del otro coche que se ha quedado atrás y choca reiteradamente contra la parte trasera. Como si eso fuera poco, también rozamos un autovehículo que se encuentra en nuestro carril. El tráfico no ayuda en nada y es muy complicado avanzar y moverse entre la multitud de coches de la *Interestatal*.

—¿Estás bien? —Sigo protegiendo su cabeza, manteniéndola a salvo.

—¡Ahhh! —grita esta y volvemos a llevarnos las manos al rostro cuando otro estruendo rompe el cristal trasero del todoterreno, dejándonos totalmente expuestos.

Veo cómo Aylin agarra los asientos delanteros con fuerza y la aprieto en mi pecho, intentando tranquilizarla. ¡Debo acabar con ellos ya! La están asustando y debo ponerla a salvo de la manera

que sea.

—¡Malditos hijos de puta! —mascullo entre dientes y levanto mi torso, sabiendo que cada minuto que pasa importa.

Me asomo por la ventanilla y aprieto el gatillo vehemente, disparando varias veces y consiguiendo destrozar el cristal delantero del otro coche. Les persigo con mi vista perturbada y sonrío inconscientemente cuando observo que uno de los varios disparos ha sido eficaz. Consigo herir al chófer del otro automóvil, su gesto de dolor y el hecho que se lleva una mano al brazo me lo confirman.

—¡Más rápido, Pete! ¡Casi los tenemos! —otro gruñido desesperado de mi garganta.

—En unos minutos estarán aquí los refuerzos.

—Acabaré con ellos antes —replico seguro.

Solo un disparo, y todo habrá acabado. Pero, para mi sorpresa, los italianos me cogen incauto y miro con estupor cómo aquel coche coge velocidad, aprovechándose de que nos quedamos frenados por el tráfico. Finalmente, nos adelanta.

—¡Joder! —grita ella cuando se da cuenta de que tendrán un mayor acceso que antes.

—No nos pasará nada, ¡tranquilízate!

Veo que balbucea algo y hasta se hace una cruz con rapidez.

Tenso mi brazo y cargo mi arma, mientras noto con impotencia que los individuos de las narices se colocan delante de nosotros en la carretera. Aquel jodido energúmeno saca otra vez su cuerpo por la ventanilla, sin apenas darme tiempo a ripostar. Otros varios disparos caen en lluvia sobre nosotros, pero le corto al instante cuando saco mi torso por la ventanilla rota, llevándome un rasguño en la muñeca.

Tres disparos seguidos, de los cuales uno impacta contra una de las ruedas traseras, y eso hace que el coche enemigo empiece a zigzaguear. Sonrío satisfecho, pese a la cólera que siento, pero mi alegría se disipa cuando oigo sus palabras.

—¡Por Dios, está muerto! —escucho a Aylin súbitamente.

—¿Qué? —exclamo y la miro desconcertado.

—¡Álex, está muerto!

Me abalanzo sobre el asiento de mi chófer. Agarro el hombro de Pete con la mano que tengo libre y agrando los ojos cuando noto con terror que, efectivamente, este ha sido alcanzado en medio de la lluvia de disparos. Veo las huellas de sangre retratados en el cuello de su camisa, a raíz de una grave herida que tiene cerca de la clavícula. Lo sacudo con fuerza por el hombro cuando veo que ha perdido el conocimiento. Acto seguido, este se mueve lentamente, respirando con dificultad. No está muerto, pero poco le queda.

—¡Pete, aguanta! —trueno desquiciado y vuelvo a sacar la cabeza por la ventana.

Disparo, fijando con mi vista al narco y confiando en mi puntería. Este ingresa en el coche cuando una bala le destroza el hombro. Quedo satisfecho cuando saca un sonido gutural en el acto, pero es su maldita cabeza mi objetivo, y no su hombro.

—¡Álex, joder! —Aylin se agita sin saber qué hacer—. ¡No aguantará!

Me vuelvo a lanzar al sillón delantero, intentando perfilar en mi mente una salida de esta situación de mierda, la cual me ha cogido con la guardia baja. Analizo el rostro pálido de mi

hombre, que está al borde del desmayo y sé que, si hoy no moriremos víctimas del tiroteo, lo haremos estrellándonos en la carretera.

—Aylin, ¡escúchame! Debes ayudarme —hablo histérico y me arrojo hacia delante. Al instante agarro el volante con firmeza.

El coche es sumamente espacioso, así que consigo moverme al asiento del copiloto con agilidad, mientras sigo sujetando el volante. No pierdo de vista el coche narco y observo que los dos individuos están heridos y reculan. No nos dejan en paz, solo se alejan hacia un tercer carril, sin dar señales de que vayan a desistir. Afortunadamente, un tráiler se atraviesa en el mejor momento, de manera que actúo rápido una vez que accedo a la parte delantera.

—¡Pete! —bramo.

¡Es o ahora o nunca!

—¡Jefe! —exclama este demasiado debilitado y desangrado.

—¡Escúchame! —lo agarro por los hombros, a la vez que él se esfuerza en sostener el volante y conducir en línea recta—. Necesito que hagas un esfuerzo y te cambies a este asiento.

Empiezo a tirar de él virulento, siendo consciente de que, si no lo conseguiré en los siguientes dos malditos minutos, todo habrá acabado.

—¡Ayúdame a moverlo!

Aylin también le agarran los hombros con manos temblorosas y empieza a tirar de mi agente. Consigo deslizarme por encima de él, mientras que este junta fuerza y se arrastra con una mano hasta el asiento del copiloto. Sigo vigilando el tráiler, sintiendo que los latidos en mi frente me romperán el cráneo. Finalmente, respiro aliviado cuando conseguimos intercambiarnos y me apodero de los pedales.

—¡Aguante! —La escucho hablarle a mi hombre, a la vez que le presiona la herida con un pañuelo blanco—. Le llevaremos a un hospital pronto, señor.

Miro a los lados, procurando encontrar una vía de escape, pero hay una hilera de coches en el carril de la derecha, flanqueándonos, así que me es imposible abandonar la carretera. Además, tampoco me daría tiempo.

El *Ford* que nos ha atacado se libra del camión y vuelve a probar suerte. Sin embargo, no les doy ventaja, ya que me muevo hacia un lado, colocándome precisamente detrás de ellos. Los disparos que provienen de la parte de delante podrían alcanzarnos con más facilidad que aquellas balas que llegan desde atrás.

—No nos libraremos de ellos! —habla ella, inclinada hacia delante—. ¡Estamos en plena carretera, joder!

El estado grave de ansiedad que le provoca esta situación, hace que mi ira aumente. Reviso el arma con movimientos mecánicos y fijo la vista en la carretera.

—¡Aylin, agárrate!

Aprieto la mandíbula, furioso, y piso el acelerador, haciendo que nuestro coche vuele por la autopista. El rugido del potente motor se entremezcla con el ambiente cargado de tensión y desespero. Esquivo con cuidado una furgoneta cuando esta está a punto de golpearnos y, después, adelanto por el último carril de la autopista.

Choco de manera violenta contra el ala izquierda del *Ford* y uno de los vidrios polarizados se cae en pedazos, debido al impacto brusco. Aylin suspira y su rostro únicamente refleja terror

cuando nuestras ventanas se acercan y conseguimos ponernos a la par que el coche narco.

Pese a que aquel cabrón que está al volante está herido, da continuos volantazos, con el objetivo de sacarnos de la carretera. Pero, sin duda, debo centrarme en el capullo del asiento del copiloto, que es el que más dispara y el que más alejado está de nosotros. Tomaré ventaja de ello.

Vuelvo a chocar el coche narco, y el metal suelta unas abundantes chispas, parecidas a los fuegos artificiales, cuando los dos vehículos rozan a gran velocidad. Giro más a la derecha y básicamente dejo al coche enemigo bloqueado entre el mío y el tráiler que se encuentra en otro carril. El hombre del tráiler me mira consternado, pero no puedo hacer nada. Necesito desesperadamente quitármelos del medio y, a decir verdad, no me lo pienso dos veces.

Empujo el vehículo contra el tráiler y esquivo dos disparos por arte de magia, ya que ni yo me explico cómo no me ha dado.

Enfoco mi puntería en el chofer, con los nervios al máximo. Aprieto el gatillo con un ojo en la carretera y, afortunadamente, mi disparo va directo al corazón. De momento noto cómo el tambaleante vehículo se descontrola y empieza a desacelerar, perdiendo velocidad. Acto seguido, disparo una de las ruedas delanteras, generando un verdadero caos, ya que el vehículo se cruza de lado en el mismo carril.

—¡Bien!

Por mi parte, piso el acelerador, mientras aprieto los dientes y ajusto el espejo retrovisor para ver qué está sucediendo. El coche gira violentamente en la carretera y otro vehículo, que va justamente detrás, colisiona con él. Una fuerte explosión impacta el ambiente y corta la carretera. El vehículo narco se convierte básicamente en un caos de vidrios rotos, imponentes llamas y sonidos metálicos.

—Ya está, ha acabado todo.

Pese a que el episodio que hay delante de nosotros es digno de una escena terrorífica y han muerto tres hombres hoy, sin contar los civiles, Aylin permanece en silencio. Algo sumamente extraño, he de reconocer. Veo cómo concentra la mirada en la explosión, la cual queda detrás de nosotros y un silencio que pesa, se adueña del todoterreno. Siento que todo me pesa, hasta mi respiración.

Los dos sabemos que nuestras vidas cuelgan de un hilo, y este suceso no ha hecho más que confirmarlo.

Giro la cabeza para comprobar si ella está bien y así lo parece, aunque perciba un suave temblor y sus facciones desencajadas.

—¿Cómo estás?

—Bien, pero deberíamos darnos prisa —murmura desde el asiento trasero—. Debemos llevar a este hombre al hospital.

Miro a mi lado aprisa y observo que mi hombre está completamente inmóvil. Me agacho sobre él y llevo dos dedos a su cuello para tomarle el pulso, pero ni rastro de latidos. Golpeo el volante, claramente afectado, y mi respiración se torna veloz.

—Álex…

No le respondo y solamente busco un claro en un lado de la carretera para poder detener el coche, o lo que queda de nuestro 4x4. Si sigo circulando, podríamos llamar la atención a la policía. Sin mucha demora, localizo una parte llana, en los suburbios, básicamente antes de

ingresar en la ciudad. Tras unos pocos minutos, me salgo de la carretera y consigo aparcar en un lado. Antes de detener el motor, miro alrededor para asegurarme de que no nos están siguiendo.

—¿Qué haces? —Me examina confusa y no la puedo culpar—. Arranca, debemos ir al hospital. ¡Se va a morir! —dice esta y aprieta más el pañuelo contra el cuello ensangrentado de mi agente.

Agacho la cabeza, con los dedos aún anclados en el volante de cuero. Una gran furia y ansia de venganza sucumbe en mi interior.

—¡Qué puñetas haces, Álex? —Empuja mi hombro, desesperada—. ¡Arranca!

—Aylin… —Jadeo demasiado dolido—. Pete está ya muerto.

Ella afloja el pañuelo en el cuello de mi agente y mantiene la respiración. Le mira a él, me mira a mí, y finalmente se lleva las manos a la boca. No dice absolutamente nada y solo abandona el automóvil deprisa.

¡Mierda!

Yo también salgo del coche. Lo rodeo corriendo, con un atisbo de culpa. Cuando la alcanzo, veo que esta se apoya con una mano en el todoterreno y me mira, demasiado pálida.

—Ya ha pasado todo.

Respira fuerte y está teniendo una especie de arcadas de la nada. Como si estuviera con ganas de vomitar. Le toco la espalada y vuelvo a mirar a nuestro alrededor para asegurar la zona. Guardo mi arma porque lo que menos deseo ahora mismo es llamar la atención.

—Siento mucho que tengas que pasar por esto. Estamos bien, ¿vale?

Cuando endereza su espalda, me aferro a ella y quedamos unidos en un abrazo intenso. Yo beso su cabello y ella hunde su cabeza en mi hombro. Sus mejillas están encendidas y sus ojos llorosos.

—Sí, nosotros estamos bien, pero él no —musita en mi oído y recorre mi espalda con sus manos—. Y los otros dos hombres tampoco. ¡Dios mío!

Solloza, todavía en estado de shock.

—En realidad, jamás te quise decir la verdad, pero…

Inspiro con fuerza.

—¿A qué te refieres?

—Te hablé de normas. Te hablé del protocolo de nuestro clan. Pero no te hablé de lo más importante que debes saber para seguir a mi lado.

—¿Otra norma más, Álex? —Su agotada voz me llega al alma.

Está agotada, al igual que lo estoy yo.

—No es una norma, es un consejo.

—Creo que lo que menos necesito ahora mismo son consejos.

—Debes ser fuerte.

Le sale una risa amarga.

—¿Fuerte? —Se despega levemente y me mira—. ¿Cómo podría ser fuerte? ¡Te podían haber disparado a ti!

—Te aseguro que no se lo pondré tan fácil a aquellos cabrones.

Intento tranquilizarla, pero la realidad detrás es que no me puedo quitar de la cabeza el desafío al que me acaban de someter. Gambino está excediendo sus límites y ya no hay marcha atrás, sin duda.

—¿No puedes llegar a un acuerdo con ese tipo?

La miro.

—No, Aylin. No puedo llegar a un acuerdo con él después de haber intentado matarme en dos ocasiones. Eso significaría abrirle las puertas de *Álympos* con mis propias manos.

«Me tomaré esto que acaba de ocurrir como una declaración abierta de guerra… », pienso en silencio. No quiero preocuparla más de la cuenta, ya que el deseo de acabar con la estirpe del maldito italiano me pone contra el suelo.

—Pero si le cuentas que mataste a su hermano porque solo querías defender al tuyo…

—¡Lo sabe! —Me despego de ella y la sujeto por los hombres—. Me está desafiando y están usando ese suceso como un pretexto.

—¿Por qué?

—Porque nos ven como rivales. Te recuerdo que nuestra mercancía es de mayor calidad, temen que nos hagamos con el monopolio.

—¡Ohhh! Presiento que esto acaba de empezar. —Vuelve a apretarme a su pecho, tras oír mis palabras.

—No te voy a mentir… —Beso su mejilla y pierdo mi mirada en el horizonte—. Esto acaba de empezar.

—¿Has pensado en que podía haber sido yo? —Oigo su voz irregular.

La despego de mí, sumamente perturbado, y la miro. Empieza a hervirme la sangre únicamente con el mero pensamiento de que a Aylin le podría ocurrir algo. Los dos sabemos que una de aquella bala la podía haber alcanzado a ella perfectamente.

¡Diablos! Podría haber sido ella, en vez de Pete.

Y, de repente, una furia avasalladora me carcome por dentro.

—¡Qué alguien se atreva a ponerte un dedo encima! —Alzo la voz y aprieto sus brazos—. ¡Será lo último que harán! —recalco—. ¡Vivirán el peor infierno! Los aplastaré a todos, uno por uno.

Siento la tensión en todo mi cuerpo y aprieto sus mejillas. La miro fijamente y arrugo mi frente.

—¡Nadie toca lo que es mío, Aylin!

Ahora mismo tengo claro más que nunca que debo aniquilar al maldito clan de Gambino, y eso antes de que él acabe con el nuestro. Esto funciona así.

«No saben los que les espera…», pienso por dentro, enloquecido.

Aunque tenga dos frentes abiertos, me esfuerzo en mantener la cabeza fría.

—¡Nos vamos al Templo! —digo firme.

—Pero, ¿y la residencia?

Se me queda mirando cuando doy media vuelta y analizo el coche completamente destrozado, y el cual tendré que conducir a plena luz del día. Solamente espero que la policía no nos detenga y respiro un tanto aturdido, pero con la esperanza de que eso no ocurrirá, ya que no estamos muy

lejos de la colina.

—No te puedo llevar ahí. Al menos no hoy —digo rendido y bufo con fuerza.

—¿Y entonces cuándo?

Su rostro cambia y me mira sospechosa, aun comprendiendo la situación. O al menos espero que lo haga.

—No lo sé…

—¡Maldita sea! —brama irritada y eleva los brazos—. ¡No puedo vivir en ese sitio!

—Viviremos juntos, ¿vale? —corrijo—. No eres la única que está en esta situación. Sabes que no puedo volver al ático.

Clava los dedos en la chapa metálica y agacha la cabeza, apartándome la vista. El cabello le cuelga en los hombros y sé que ahora mismo está sufriendo.

—¡Ohhh, pequeña! —Toco su hombro.

—Esto… no puede… —dice con voz rota—… estar pasando.

No me da tiempo a añadir nada más, simplemente me da la espalda y agarra la maneta del coche. Aprieto mi mano en la suya y la freno cuando se quiere montar en la parte trasera del vehículo.

—Aylin…

—¡Arranca de una vez, Álex!

Su mirada me hiele la sangre.

Por su parte, entra deprisa en el coche y da un portazo severo, obligándome a dar un paso hacia atrás. Me quedo apoyado en el automóvil, mirándola a través del cristal. El único cristal que ha sobrevivido al despiadado asalto que acabamos de sufrir.

—¡Mierda!

Doy una intensa patada en la rueda trasera del 4X4 y fijo con la vista el cadáver de Pete. Una baja más por culpa de los italianos.

«Y será la última», susurro y rodeo el coche, dispuesto a no dejarme doblegar por nada ni nadie. Ni siquiera por una rubia encantadora —casi siempre— y con una mirada celestial.

CAPÍTULO 15



TE DETESTO

—¡Felicidades!

¡Ohhh!

Me quedo atónita cuando pulso el botón verde, preguntándome qué le está ocurriendo a la *ragazza* loca, ya que me está llamando por segunda vez hoy. Seguro que se le ha olvidado contarme algo en la mañana y se acaba de acordar. Siempre le pasa lo mismo. Mi amiga siente la necesidad de contarme todo lo que le está ocurriendo a cada paso: qué ha comido, qué chico la ha agregado en las redes sociales, qué vestido o bolso se ha comprado y qué ideas se le ocurren para el concurso de moda que está preparando para las Navidades.

—¡Feliz cumpleaños a la mejor amiga del mundo mundial! —Oigo voces en el teléfono—. ¡Aunque también un poco perdida últimamente, pero se le perdona!

Abro la boca consternada cuando escucho el claro comentario de Rebe. Al parecer, están juntas y han decidido llamarme.

—¡Pero no te preocupes, a la vuelta lo celebramos por todo lo alto, Lyn! —agregan las dos.

Me río y me llevo una mano a la frente, aguantándome el llanto estoicamente. Y eso es porque me acabo de dar cuenta de que hoy es mi cumpleaños.

—Hola…

Agarro los asientos de la parte delantera del coche, mientras me muevo violentamente por el tambaleo del automóvil. Álex se está excediendo con la velocidad queriendo llegar al Templo lo más rápido posible. Mientras estoy hablando por teléfono con las chicas, noto que este alza la vista y me enfoca a través del espejo retrovisor.

—¿Estás ahí? —pregunta Bert, preocupada.

—¡Sí!

Sonrío contenta de oír sus voces y me arreglo el cabello, intentando recomponerme y no delatar la horrenda situación en la que nos encontramos.

—¡Muchas gracias, chicas! —agradezco—. ¿Cómo que estáis juntas? —Me inclino hacia atrás en el asiento, sin dejar de arreglarme el pelo, un gesto nervioso que suelo hacer cuando algo se me escapa de las manos. Muevo mi cabello.

—¡Queríamos felicitarte juntas, *amore*! —explica la italiana deprisa—. Por eso no te he dicho nada en la mañana. Invité a Rebe a mi casa y queríamos darte la sorpresa.

—Ni me acordaba de que… —Me freno cuando la insistente mirada de Álex me fija. No quiero que él se entere de que es mi cumpleaños, así que bajo el volumen de mi móvil con suma discreción. Es algo privado y, a decir verdad, no quiero que se sienta en la obligación de felicitarme, ya que no es el momento.

—¡Ya, ya! —comenta Rebe—. Parece que estás tan entretenida, que te has olvidado hasta de que cumples años.

—Puede ser…

—¡Veinte ya! —estalla también la loca de mi amiga, pero su voz no suena con claridad, ya que Rebe está balbuceando algo de fondo—. ¡Ve planeando cómo celebrar tu cumple!

—Bueno, ya lo pensaré, aunque con los exámenes… —comento, de vuelta a la realidad.

Después de los días libres, llegará la época de exámenes, muy a mi pesar. No le he dedicado a la universidad más de unas escasas horas. Es más, ¿quién estaría ahora para estudiar?

—¡No estropees nuestro día de compras, Lyn! —grita Rebe en el teléfono, como dándome a entender que eso es a lo que se dedicarán hoy.

—¿Cómo? —pregunto divertida—. Rebe, ¿desde cuándo estás interesada en ir de compras?

—¡La convencí, sí! —chilla Bert.

—Tampoco es tan así, *ragazza* —le corrige Rebecca—. Más bien, yo estaba interesada en visitar *Staten Island*. Y para conseguir que esta zorrilla que tengo delante me enseñe la ciudad, me propuso acompañarla. Seguro que ahora me llevará a rastras, buscando desesperada los mejores vestidos.

—¿¡Qué!? —escucho a una Bert indignada—. Rebe, la Navidad está a la vuelta de la esquina, tendremos muchas cenas y fiestas, hay que estar preparadas —prosigue con aquel tono juguetón —. ¡Antes muertas que sencillas!

—Rebe, ¡ten cuidado con la italiana! —digo burlona y me río —. No te va a soltar en toda la tarde, ¿te has traído calzado cómodo?

—¡Por supuesto, Lyn! —grita Rebe en el teléfono—. Imaginaba que iba a ser así.

—Oye, oye, vosotras dos no me critiquéis tanto, ¡que os estoy escuchando! —musita Bert molesta.

Me sale una carcajada espontánea, la cual ahogo con mi mano. Menudo par de amigas que tengo. Levanto mi vista, tras observar que nos encontramos subiendo la carretera que nos llevará a lo alto de la colina, pero mi mirada se detiene en el asiento del copiloto, donde se encuentra aquel hombre al que han disparado minutos atrás. Álex le ha cubierto con una chaqueta para que su herida quede camuflada y no llamar más la atención, ya que bastante tenemos con que al vehículo le falte al menos tres ventanas.

—¡Lyn, vente con nosotras! *Long Island* está cerca… —ruega mi amiga de repente.

—Rebe, eso no será posible. En realidad, no estoy en *Long Island*, me he ido unos días de viaje con mis padres a *Maine* —miento.

—Ah, comprendo —comenta—. ¿Y cómo lo estás pasando?

—¡Eso, eso! —completa Berta de repente, pese a que sabe que eso no es verdad.

Mis mejillas enrojecen y aprieto los labios incómoda, mientras vuelvo a pasarme la mano por el cabello, sumamente avergonzada.

¿Qué podría decirles? Obviamente no la verdad.

«Amigas… sabéis, me lo estoy pasando de escándalo. ¡Es el mejor cumpleaños de mi vida! En las últimas dos horas he hecho de todo: he follado como loca en un jet y me han azotado el culo con un cinturón a las once de la mañana. ¡Seeeehhhh! A modo desayuno. Es que mis desayunos son especiales. Aunque también ha sido incómodo cuando he tenido que dar la cara con los empleados de Álex, ¡imaginad! Tener que verles a todos tras gritar y gemir como desquiciada unos minutos atrás, al tener el mejor orgasmo de mi vida. Y, en realidad, esta es la parte positiva de mi cumpleaños. No me puedo quejar, obvio. La peor parte es que nos han disparado a plena luz del día en una de las carreteras más concurridas de Boston y… ¿qué creéis? Ahora mismo estoy en un coche lleno de agujeros y hay un muerto en el asiento del copiloto.

¡El cumpleaños más emocionante de todos, chicas!»

Me muerdo la lengua. Un escalofrío me recorre cuando visualizo estos tenebrosos acontecimientos en mi mente y sé que necesito desesperadamente volver a mi vida de antes. Eso en el caso de que sobreviva a la mafia italiana o a los dioses olímpicos, claro está. La ironía y la rabia vuelven a dominar mi mente y temo a que no sea capaz de perdonarle del todo.

¿Por qué tuvo que seguirme en la fiesta de ascenso del senador Sander, joder?

¿Por qué me quedé hablando con él aquella noche, a pesar de que mi sexto sentido me avisara que debí alejarme de él?

¿Por qué siento que, por más que él me haya prometido el cielo y la tierra en el jet, no confío en el plenamente?

«Es todo tan difícil…», me lamento con tristeza y redirijo mi mirada al espejo retrovisor.

—¿Lyn, estás?

—Sí… sí… —tartamudeo—. Me lo estoy pasando bien.

¿Qué podría decir? Mis ojos se encuentran nuevamente con la mirada oscura y dolida de Álex, en el espejo. Me está mirando con atención y me gustaría estar en su mente en estos instantes.

—Estoy con ganas de empezar las clases.

—¿¡En serio!? —exclaman las dos a la vez—. ¿Estás loca?

—No tontas, es porque os echo mucho de menos.

Me esfuerzo en permanecer firme y no dar rienda suelta al sufrimiento y la incertidumbre que forman parte de mi vida desde hace una semana.

—¡Vale, es eso! —dice una—. ¡Nosotras también, *baby*! —dice la otra.

—Te queremos —comenta Bert con un ápice de emoción—. Cuando volvamos, tiraremos la casa por la ventana, que lo sepas —añade.

—¡Que así sea! —les guiño el ojo en la distancia—. Pero no antes de aprobar todos los exámenes.

—¡No seas aguafiesta, *ragazza*! —responde la italiana refunfuñona—. Tu cumple es más importante que los jodidos exámenes. ¿Trato hecho? —finaliza.

—Trato hecho. —Pongo los ojos en blanco y suspiro confusa

—¡Bien! —Oigo a Rebe de fondo, aplaudiendo.

—Os tengo que dejar, ¿vale?

—Vale, ¡cuídate! —se despiden—. Besos, Lyn.

—Abrazos —digo y cuelgo, sumamente sonriente, pero apenada.

Miro mi móvil rápidamente para comprobar quién más me ha intentado llamar para felicitarme. En la última hora no he tenido ni un mísero suspiro para poder encargarme de esto. Observo que tengo tres llamadas perdidas de mis padres. Con razón, es mi cumpleaños. Planeo enseguida que cuando lleguemos a aquel sitio donde viviremos, les devolveré la llamada con urgencia, de lo contrario se van a preocupar.

Estos días he evitado las llamadas y los mensajes con ellos y lo poco que he hablado, ha sido a base de mentiras y engaños. Mi versión de los hechos ha sido que, básicamente, he sido invitada por una compañera a una cabaña en la montaña, a unas dos horas de Boston y que pasaría el

puente con mis compañeros de la universidad. Dedicaríamos los días libres para celebrar el cumpleaños de mi amiga y ponernos las pilas con los estudios y proyectos, antes de comenzar la época de los exámenes.

—¿Todo bien? —pregunta Álex.

—Sí. —Me limito a contestar, y mis ojos corren en la pantalla, analizando los chats y los mensajes de texto.

Me encuentro con unos cuantos mensajes de felicitación de Rick, Jospehine y Mary Ann, aparte de otros gifs de mis amigas del pueblo. Empiezo a leerlos y, de momento, me topo con uno privado, que es ni más ni menos que de… Adam.

¡Qué sorpresa!

Me dispongo a leer en silencio.

¡Feliz cumpleaños, Lyn! Espero que tengas el mejor cumple de tu vida, te deseo lo mejor y espero verte pronto. Me gustaría que siguiéramos siendo amigos y perdón si te sentó algo mal. Llevo desde la semana pasada intentando hablar contigo. Un beso.

Examino el mensaje con una mirada suspicaz, sabiendo a ciencia exacta que Adam está pensando en que estoy molesta con él por haberme intentado besar el sábado. Tecleo deprisa.

¡Hola! Muchas gracias por tu mensaje, no te preocupes, está todo bien. Sigue disfrutando de tus vacaciones.

Bueno, espero que de este modo se quede más tranquilo, ya que no es nada personal.

—Estamos llegando —avisa Álex, intentando llamarme la atención.

Alzo mi mirada y guardo el teléfono móvil cuando me doy cuenta de que, en efecto, el gran edificio se alza impetuosamente a unos metros, en la apartada colina de Boston. Grandioso e inconfundible.

—¿Por qué este sitio? —pregunto, con la vista clavada en aquel punto.

—¿Perdón?

—¿Por qué se eligió este sitio para *El Templo*? ¿De quién fue la idea?

—No sabría decirte. Está en nuestra posesión desde hace décadas —responde y tuerce la cabeza en mi dirección—. ¿Por qué?

—Por nada, solo que se me ha ocurrido que no había mejor sitio que este para el *Templo del pecado.*

El sarcasmo ha vuelto. Me es imposible hablar de este tema sin ponerme escéptica y furiosa.

—Ahm, sí —murmura este, un tanto confuso—. Nunca se me había ocurrido referirme al *Templo* de esa manera. Además… el pecado es adictivo, igual que el placer —contrarresta mi comentario irónico y me vuelve a fijar con la vista en el espejo, muy pensativo.

—Todo lo malo es adictivo —digo.

—Y placentero —dice.

—Y placentero…

Miro por la ventana.

—¿Estás nerviosa?

—¿Por?

—Por la junta que tendremos dentro de un rato. —Vigila la hora.

¡Cojones! No sabe que él es el único que me pone nerviosa. Nadie más que él.

—No —suspiro—. Estoy nerviosa por saber qué pasará con este hombre, con Peter. —Muevo mi vista—. Estoy pensando en qué le dirás a la policía. A mí me interrogarán también, ¿verdad?

Comienzo a morderme los labios, pensando en lo que conlleva este desafortunado suceso. La policía quedará involucrada, el interrogatorio, mis padres enterándose de todo, yo sin saber qué decirles y yo sin poder abrir la boca, ya que me vería salpicada, al ser una socia más de este sitio —según él—.

—Aylin, hay algo más que debes saber.

Curiosamente, este sonríe de la nada a raíz de mi afirmación.

—¿Qué? —Agarro los asientos delanteros y me inclino, sin saber a qué más cosas debo esperarme. Estoy desquiciada ya.

—Más cerca —dice este con un tono de voz misterioso—. Es sumamente confidencial.

Me inclino sobre su asiento, embobada y con el pecho encogido.

—Un poco más.

Me acerco más a él y pego mi oído a su rostro, expectante. ¿Qué narices está intentando hacer? ¿Tan confidencial es eso que me dirá, que debe decírmelo en el oído? No es necesario, el muerto no lo escuchará, sin duda.

Mientras permanezco callada y agachada hacia delante, hago un esfuerzo enorme para no mirar a Peter, incluso cierro un ojo. Pero al instante, noto los labios húmedos de Álex en mi mejilla. Me retiro bruscamente y le miro con cara de imbécil.

¡Por Dios! ¿Acaba de hacer trampa para darme un beso?

—¡Ehhh! —le sermoneo— ¿Cómo puedes bromear en estas jodidas circunstancias?

—No estaba bromeando.

Las palabras quedan atoradas y siento la boca seca. Solamente esbozo una mueca de indignación. Todavía sigo molesta.

—Tranquila —dice, como si eso tuviera algún efecto—. Tenemos varios infiltrados con cargos importantes, tanto en la policía, como en el FBI.

—¿Es en serio?

—Sí, es más, uno de esos infiltrados es uno de los dioses. Tenemos nuestra manera de deshacernos de las pruebas —. Mueve una mano mientras explica—. No hará falta ir a la policía, ni habrá interrogatorio.

—¿Estás diciendo que lo ocultaremos todo? —inquiero con la boca abierta, al mismo tiempo que vuelvo a analizar al pobre Peter. —¿Y entonces qué pasará con su cuerpo?

—Nada.

—¿Nada? —Me rasco la barbilla, nerviosa—. Este hombre se merece un entierro digno, ¿o lo tiraréis por ahí?

Vuelvo a notar de nuevo el pitido en mis oídos. Me horroriza el pensamiento de que Álex se podría deshacer de la gente como si fuesen papel higiénico.

—No, ni hablar. Cuidamos de los hijos de *Álympos*. —Respiro aliviada—. El escenario de su muerte será otro, es lo que se le comunicará a la familia y a las autoridades. Se le enterrará dignamente y su familia recibirá una compensación económica. Así solemos actuar.

Agacho la cabeza, reflexiva.

—¿Qué más debo saber antes de conocer a… aquellas personas? —pregunto deprisa, mientras nuestro descompuesto automóvil ingresa por las puertas metálicas de al menos dos metros de altura del Templo.

—Arriba hablamos —susurra este y centra su atención en un guarda que corre a nuestro encuentro.

—¡Mi dios! —dice el hombre del auricular.

—Lleva las maletas arriba y encárgate de Peter —le ordena.

Acto seguido, camina en mi dirección, después de que el hombre me abriera la puerta.

—Puedo sola —digo sin titubear y me apresuro en salir, antes de que él llegue a mí.

Álex no comenta nada, solamente me indica que entremos en el edificio con un gesto crispado. Posa la mano en mi cintura y nos adentramos por la puerta trasera. Caminamos acelerados, sin embargo, me quedo mirando la puerta principal, preguntándome qué narices esconde este sitio. Incluso me atrevería a decir que todo me parece sumamente extraño, juzgando por la actitud de todos los empleados y lo cauteloso que llega a ser él cuando atravesamos aquellas puertas.

Es como si traspasáramos un portal y, de repente, pasaríamos del mundo real a un mundo misterioso, oscuro y totalmente ficticio. En mi mente espero no experimentar la realidad de lo que supone ser *el clan hedonista más antiguo del mundo,* según sus palabras.

—Bienvenidos de vuelta.

El hombre alto y grande, el cual lleva la cabeza totalmente rapada y siempre carga una tableta de última generación, sale a nuestro encuentro. Por supuesto, agachando la cabeza.

Es más, todos agachan la cabeza al vernos pisar los escasos escalones de la entrada trasera.

—¿Por qué nunca accedemos por la puerta principal? —musito en su oído cuando este toca mi espalda.

—Ahora saluda, ya te explicaré —responde este entre dientes, sumamente irritado.

Saludo deprisa con una inclinación y nos detenemos precisamente delante de la primera puerta que hay a la derecha, al comienzo del largo pasillo.

—Stan. —Oigo su voz—. Acompaña a nuestra diosa a las habitaciones y lleva las maletas.

Un agente flacucho se dispone a recoger las dos maletas medianas y Álex me hace una señal de que suba, mientras que él se queda hablando con el susodicho hombre, el cual parece su mano derecha. Subo las escaleras sin quitarles la vista, a la vez que me pregunto qué están planeando. Conozco el carácter fuerte de Álex y vi con mis propios ojos cómo le pego un tiro en la cabeza a aquel mafioso con mucha sangre fría. Y no solo. Hoy, con lo ocurrido en el asalto de la autopista, he vuelto a ser testigo de sus habilidades y estrategia.

Es tan bueno en el combate como en… la jodida cama.

Aprieto los dientes, culpándome por mis propios pensamientos impuros, a la vez que agilizo el paso. Una vez llegados a la primera planta y al pasar por al lado del despacho principal, escucho unas voces. Voces de mujer. Me detengo por un instante y giro la cabeza, pareciéndome

familiares.

—¡Disculpe! —Alzo la mano y detengo al hombre que sube las escaleras delante de mí.

—Dígame.

Este solamente se detiene, pero no me mira en ningún momento a los ojos.

—¿Sabe usted si Lorraine vive aquí?

—No hay nadie con ese nombre aquí —responde de pronto.

—La mujer que… Lorraine Wo… —balbuceo y muevo los dedos, sin embargo, me callo súbitamente.

Álex me dijo que no puedo revelar nuestra identidad y no ha parado de repetirme durante todo el viaje que debo acostumbrarme. Ya comprendo a qué se refería exactamente.

—Nada, descuide.

Agacho la cabeza y continúo subiendo las escaleras, quedando entretenida con el resplandor desconcertante de las losas de color blanco y negro de todo el perímetro. Se ven demasiado nuevas y relucientes, como si este sitio fuese construido o reformado hace poco.

El agente me abre la puerta de la habitación de Ares y me invita a pasar. Él me sigue y deposita nuestras maletas en medio del cuarto. ¡Ni cuarto ni nada, parece la suite de un hotel!

—¿Cuándo es la hora del almuerzo? —pregunto y me llevo una mano al estómago. Mis tripas están revueltas y tengo demasiada hambre.

—Cuando usted quiera.

—Ehm, de acuerdo.

—¿Algo más, mi diosa?

Entreabro los labios, tras oír la forma tan peculiar de llamarme. No todos los días te tratan como si fueses alguien importante y agachan la cabeza ante ti.

—No, nada. Gra… gracias —respondo con la voz cortada, sin saber cómo puñetas actuar.

En el fondo, me entran unas tremendas ganas de gritarle a todo pulmón que no soy ninguna jodida diosa. Pero decido morderme la lengua.

El agente sale deprisa y vuelvo a fijar el enorme cuadro del dios de la guerra con la vista. Su cabello oscuro, pecho fornido y aquella mirada de guerrero innato me produce una especie de temblor. No me veo lo suficientemente fuerte para girar la cabeza y mirar a mi derecha, hacia el cuarto… oscuro.

Entonces, escaneo mi alrededor y reflexiono sobre el hecho de que no me he librado todavía de esta habitación. No quiero mirar más allá y me entran ganas de tirarle con algo al puñetero cuadro que hay en la pared. En cambio, lanzo mi móvil a la cama, nerviosa. Estar de vuelta aquí me genera mucho estrés.

Enseguida miro en dirección al baño y pienso que voy a aprovechar que no está Álex en la habitación, por lo que abro mi maleta, cojo rápidamente ropa e invado el moderno baño para ducharme. Tras unos pocos minutos, escucho que este ha vuelto porque oigo su masculina voz desde dentro. Parece que está terminando una conversación telefónica. Posiblemente esté charlando con alguien de la agencia porque percibo el nombre de su socio, el señor Carlyle. Algo debe andar mal también en la agencia, ya que soy testigo de conversaciones frecuentes.

Procuro vestirme dentro del baño con la ropa que acabo de sacar de la maleta, pero cuando salgo fuera, sumamente relajada, encuentro a Álex de pie, fijándome con una mirada seria.

Muevo mi vista de él a mi ruidoso móvil, al cual sujeta con dos dedos. Alguien me está llamando en este preciso momento.

—Es Adam. Adam Larrison —me informa, y mete una mano en el bolsillo—. ¿Vas a contestar?

Permanezco callada, sin dar crédito. He contestado al mensaje de Adam hace unos minutos, de camino. ¿Qué querrá ahora?

Camino en su dirección y me aparto el cabello mojado de la cara.

—Sí, dámelo.

Álex me entrega el móvil desganado y se quita la chaqueta, al mismo tiempo que me analiza.

—¡Hola, Adam! —contesto en voz más bien baja, alejándome de él para tener privacidad.

—Lyn… ¡hola! —Oigo la voz alegre de mi amigo—. Espero que no moleste, pero te quería felicitar. Solo te he puesto un mensaje y ha quedado un poco cutre —añade.

—Ah, *OK*. Gracias —Sonrío y dirijo mi mirada a Álex.

—He recibido tu mensaje y la verdad es que me he quedado más tranquilo —continúa este, nervioso.

Me muevo enfrente de la ventana de la habitación, mientras observo que Álex agarra las esposas del cabecero de la cama y las guarda en un cajón, mostrándose molesto, de repente.

Trago en seco ya que, por un momento, las dichosas esposas han hecho que piense que probablemente la llamada de Adam lo haya irritado y que intentaría atarme de nuevo.

—Sabes… supongo que estás en *Long Island*. Pero si vuelves el domingo, me gustaría vernos para tomar un café —propone—. O lo que tú quieras —finaliza con voz torpe.

—Ehhhm… ¿tomar café el domingo? —pregunto mientras pienso en mi respuesta.

¡No tengo ni la más remota idea de dónde estaré el domingo!

Sigo persiguiendo con mi vista a Álex, y noto que este, sin ton ni son, se da la vuelta y entra en el baño. Da un portazo, terriblemente irritado, generando que el discordante ruido invada la amplia habitación.

—Si te parece bien, por supuesto —murmura Adam—. Creo que tenemos una charla pendiente.

Me río ruborizada, entendiendo ya el motivo de su llamada. Quería que hablemos del tema.

—No tenemos ninguna charla pendiente, por mi parte está todo bien.

—Lyn, no quiero que te alejes de mí por lo que ocurrió el sábado. Bebí demasiado y…

—Adam —le corto y miro por la ventana—. No te rayes, de verdad que no me molestó lo que pasó, pero prefiero que seamos amigos. Siento si en algún momento te di a entender otra cosa…

—No, tranquila —responde—. Es mi culpa.

—Y en cuanto al domingo, la próxima semana tenemos un montón de exámenes y dudo que pueda quedar.

Me paso la mano por el pelo, inquieta, sin dejar de pensar que voy muy mal con los estudios y eso, sin duda, me pasará factura.

—Ah vale, no hay problema —contesta—. ¿Qué tal tus vacaciones?

—Aburrida. —Sonrío—. Deseando que empiecen las clases.

—¡Creo que eres la única! —Él también sonríe—. Yo no estoy en Boston, me he ido a Los Ángeles.

—¿Con tu hermana?

—Sí —habla relajado y respiro aliviada, intentando recuperar nuestra amistad—. Pero mañana vuelvo.

—¡Qué bien!

—Me encantaría presentarte a Mia.

—¡Y a mí! —suelto y proporciono pequeños golpes en el cristal, a la vez que observo la agitación que hay fuera.

Los agentes del Templo están corriendo hacia un lado y otro, como si estuvieran organizando la guardia. Solo que hay más hombres que hace días.

—El lunes nos vemos en las clases, entonces.

—De acuerdo.

—¡Cuídate! — se despide de mí con voz melosa.

—Tú también, Adam. Que tengas un buen viaje de regreso.

—Gracias, guapa.

Cuelgo y me quedo con el móvil en la mano, pensando en qué excusa me inventaré cuando me echen en cara todos que estoy desconectada y que no han sabido de mí en todo el puente. Principalmente Bert, ella sabrá al instante que algo anda mal.

De repente, oigo unos fuertes golpes en la puerta, con lo cual me obligo a salir de mi reflexión y centrarme en el movimiento que hay en el pasillo. Curiosamente, cuando le presto la atención a la cerradura, observo perpleja que alguien está forcejeando y moviendo violentamente el pomo de la puerta. Al parecer, Álex ha girado la llave y esta está cerrada.

¿Pero quién quiere entrar?

Me apresuro en abrir y veo la figura estilizada de alguien familiar.

¡Mierda! Demasiado familiar. Es Lorraine. Sus ojos penetrantes, de un color marrón, se agrandan al instante cuando nuestras miradas se encuentran. Noto sus duras facciones y la manera en la que empuja mi hombro cuando me ve. Es como si anduviera enojada con el mundo, aunque, a decir verdad, es contradictorio. No sé de dónde salen todos sus arrebatos, teniendo en cuenta de que no ama a Álex.

¿Por qué narices quiere seguir casada con él? Esa duda sigue deambulando en mi cabeza.

—¿Qué…. quieres? —intento preguntar, pero me aparta de la puerta de un empujón e irrumpe en la habitación con una actitud muy soberbia.

—¿Dónde está Ares?

Habla inquieta y se planta en medio del cuarto, agitando su cabeza. Intento recuperarme del empujón y la enfrento.

—¿¡Dónde está él!?

¡Por Dios! Me cruzo de brazos y camino lentamente en su dirección. Pero ella viene a mi encuentro.

—Lorraine…

—¡Diosa Hera! —brama desquiciada y se acerca a mí de manera peligrosa—. Aquí soy tu diosa, ¿entendido? —susurra en mi rostro y hasta noto su respiración en mi piel—. ¡Y tú no eres nadie!

¡Virgen Santa! ¿La tengo que aguantar de verdad?

Pongo los ojos en blanco, sin inmutarme y bastante acostumbrada ya con sus típicas escenas de «celos». Y si Álex está loco, está mujer es la líder de la manada de chiflados que habitan estas paredes.

No me da tiempo a contestarle, ya que Álex sale deprisa del cuarto de baño, recién duchado y con una toalla envuelta en sus caderas. Se detiene en medio de las dos y la mira atentamente.

—¿Qué diablos haces aquí? —pregunta mientras levanta el mentón.

El Adonis que las dos compartimos se está cruzando de brazos en este instante, esperando una respuesta urgente de parte de la jodida diosa Hera.

Quedo en posición de defensa y espero poder controlarme, ya que estoy reprimiendo mis manos, de lo contrario acabarían en la melena rubia de esta mujer. No se me olvida la cariñosa bienvenida que me dio poco menos de una semana atrás. Pero no soy como ella.

—¡Te prohibí rotundamente pisar este cuarto! —habla este en tono autoritario—. ¡Fuera!

Le muestra la puerta con rostro desfigurado.

—¡Te quiero en el despacho ya! —suelta con un gesto irritado—. Debemos hablar.

—¡Tú no me vas a decir lo que tengo que hacer! —le dice este entre dientes y le agarra el brazo con dureza, dispuesto a sacarla de la habitación.

—¡No puedes tirar por la borda diez años de nuestra vida por culpa de esta, jodeeer! —reclama Lorraine y me atraviesa con su mirada de asco—. ¡Suéltame!

—¡Sal de aquí! —le indica Álex, cada vez más furioso. —Y no vuelvas a poner un pie en este cuarto!

—¿Ahora ya no te intereso, verdad? —exclama rabiosa—. Si no vienes al despacho para hablar, ¡me tendrás aquí todos los putos días! —amenaza con cara maquiavélica.

Lo veo. Ella es capaz de eso.

—¡No! —le grita y la arrastra hacia la puerta—. ¡Cómo no desaparezcas de mi vida, lo mismo volverás a ser una *hetera*, y eso con suerte! ¿Qué te parece la idea, diosa Hera? —dice este sarcástico.

—Tú no eres nadie para tomar esa decisión, ¡solo lo puede hacer nuestro gran dios Zeus! —grita la otra con crueldad.

—¡Zeus está muerto!

—¡Pero habrá una votación! —rebate, desquiciada—. Y creo que ya sé para quién será mi voto.

Mi vista cambia del uno al otro, como en un partido de ping pong. Álex está fuera de sí y temo a lo que podría pasar a continuación, puesto que los dos están encendidos y con ganas de pelea.

¡Por mi parte que se maten!

—¡No vuelvas a cruzar esta puerta!

Finalmente él consigue sacarla por el marco de la puerta y la empuja fuera de la habitación. Acto seguido, Lorraine se alisa con una mano el traje de falda que lleva, bastante humillada, aun cuando intenta mantener la compostura.

—¡Eres una maldita traidora! —Él mueve la mano, alterado—. Igualmente me importa una mierda ese puesto, ¡vota a quién quieras! —le avisa—. Solo quiero que firmes los malditos papeles.

¿Está hablando de los papeles de divorcio…?

—No firmaré nada, ¿me oyes?

—¡Ohhh sí! —Está que se lo lleva el diablo—. ¡Claro que firmarás! Podrás ser una diosa, Hera, pero no mandarás en mi vida.

Esta suelta una risa desquiciada, al darse cuenta de que se queda sin recursos.

—No me vuelvas a amenazar, ¿ha quedado claro? —Agita la mano, sobrepasada—. ¿O quieres que tu putita se entere de cómo murió tu padrastro… Jonathan Woods? —pregunta esta con voz lasciva.

Leo la crueldad en sus ojos.

—¡Vete al diablo! —dice Álex y le cierra la puerta en la cara con un movimiento brusco, provocando un fuerte crujido.

Me llevo la mano a la boca.

—¡Te espero en el despacho, Ares! ¡Y no se te ocurra no venir! —grita detrás de la puerta.

Álex jadea de espaldas a mí y ajusta la toalla en su cintura. Permanece inmóvil por unos minutos y se da la vuelta, quedando de frente. Es probable que en estos instantes mi rostro se vea pálido, he quedado conmocionada por las palabras de Lorraine.

—¿Estás bien?

Da un paso hacia mí, pero yo retrocedo uno, por puro reflejo.

—¡Quieto! —murmuro y me vuelvo a llevar la mano a la boca.

Le miro embobada y con el eco de la confesión de aquella mujer en mi cabeza, descolocándome completamente y acabando con mi paz.

—¿Qué ha querido decir ella? —pregunto en un suspiro—. ¿Cómo murió tu padrastro?

—¡Esto era lo que me faltaba! —Carraspea indignado y cambia de dirección.

Me aparta la mirada y abre un imponente armario que se encuentra cerca de la mesa. Jadea profundamente y saca un traje del armario y una camisa recién planchada. Me evita a propósito, y en cambio, empieza a vestirse haciendo caso omiso de mi presencia y de mi voz.

—¡Álex! —alzo el tono—. ¡Contéstame!

No puedo mantenerme impasible ante la horrible idea de que él estuviera involucrado en algo turbio, y esta vez no se trata de un mafioso. Tengo claro que no me quedaré con esta incertidumbre por dentro.

—Me prometiste que no volverías a mentirme… —Me acerco.

Sin embargo, él sigue sin hacerme mucho caso y se sigue colocando la ropa, de espaldas. Se pone el bóxer y el pantalón delante de mis narices y empieza a abrocharse la camisa blanca.

Permanece cabizbajo y arruga la frente, señal de su latente irritación, y sus dedos corren en los interminables botones de la prenda de ropa. Y todo sin rastro de explicaciones o levantar su vista del suelo.

Ella lo ha dicho por algo. ¿Podría hacerlo para alejarme de él?

—Lorraine estaba mintiendo, ¿verdad? Dime que tú no tienes nada que ver con la muerte de él… de… tu padrastro —susurro en voz baja.

Las dudas me carcomen por enésima vez y su desconcertante actitud me indican que podría ser verdad. ¡Ohhh! ¿Por qué no lo niega? ¿Por qué no me dice que esa mujer está loca? ¿Por qué no me grita de que ella se lo está inventando?

—¡Habla, por Dios! ¡Te lo ordeno! —suplico, con los labios apretados.

—¡Tú no me eres nadie para ordenarme nada! —contesta con voz de hielo.

¿Qué?

Al instante me aparta y me atraviesa con aquella mirada oscura que me destroza lentamente. Se arregla los gemelos que hay en las muñecas de aquella camisa blanca impoluta y cuidadosamente planchada, que también me resulta familiar en él, aparte de su oscura mirada. La actitud vil y egoísta está de vuelta y sé que no me responderá.

—¡Vete al carajo!

Me quiero dar la vuelta, culpándome por ser tan necia y pensar que nuestra relación será una armoniosa y de confianza, solo que él atrapa mi codo y me frena.

—Aylin… vuelve.

La misma voz sombría. El mismo semblante dominante.

—Uno no quiere divorciarse por alguien que no es nadie —le reprocho, dolida por sus hirientes palabras—. A no ser que, en realidad, te quieres divorciar de ella y uses aquel divorcio como una simple cuartada.

—¿Cuartada para qué, joder? —Sus labios forman una línea y suspira exasperado.

—Para confundirme y para que no te delate… —suelto iracunda—. Para no darte problemas. ¡Para ganar el juego!

—Esto no es ningún juego… —Clava la vista en el suelo—. Al menos para mí. ¿Para ti lo es, Aylin?

No le respondo, en cambio inspiro con fuerza.

Sus ojos suspicaces y cargados de cosas que no entiendo me atraviesan hasta la médula. Hay momentos en los que no le reconozco y, honestamente, no sé si seré capaz de lidiar con estos cambios de humor tan repentinos.

—¿Tú lo mataste? —mi voz tiembla—. ¿Mataste a tu padrastro?

—¡Maldita sea! —ruge, tras mis insistencias, y sus ojos parecen salidos de las órbitas—. ¿Quién crees que soy?

—No lo sé… —Elevo los hombros.

—¡Lo único que estoy haciendo es protegerte, diablos! ¿Y así me pagas, desconfiando de mí? —Su mirada se estrecha y mueve el brazo.

Se da la vuelta, visiblemente herido por mi pregunta y se coloca una corbata oscura a toda

prisa.

—Álex… —Me acerco a él con voz más suave—. Sé que mi vida está en peligro y en el fondo, soy consciente que tienes razón y que es mejor quedarme contigo aquí, en el Templo. Pero, dime ¿cómo podré vivir aquí y dormir juntos en esa cama si todos los días descubro algo nuevo de ti? —pregunto perturbada.

—¡Pues esto es lo que hay! ¡No puedo ofrecerte otra cosa! —contesta en tono neutro, como si no sintiera, ni padeciera.

—¿Esto es lo que hay? —Me encojo de hombros—. ¡Necesito saber qué le ocurrió a Beth y a tu padrastro! —exclamo con voz rota, a la vez que acaricio su brazo.

—¿Qué ganarías si lo supieras, eh?

Me aparta enseguida de él, con demasiada brusquedad y como si él fuese el ofendido en todo esto.

—¡Me quedaría en paz! —Agito las manos al borde de la locura—. Haría que pudiera confiar más en ti. Te vería más… humano.

Suspiro.

Él jadea y mira el techo, otro de sus gestos estrellas.

—¿Lo quieres saber a cualquier precio? —inquiere—. ¿Aun sabiendo que después de escucharlo me odiarás más aún? —Agarra mis brazos de la nada y me acerca a él.

Me da un vuelco al corazón.

—Al precio que sea… —susurro decidida—. No te odio, solamente necesito que puedas abrirte conmigo.

—Ahhh, Aylin… —Inhala y exhala el aire profundamente dolido—. Hay recuerdos que es mejor que se queden en el olvido. Ya decidí que hay una parte de mi vida que se quedará en el pasado y tú lo tendrás que respetar.

—¡Mírame! —Aprieto mis manos en su rostro—. Estoy aquí a tu lado, ¿vale? Solo necesito que avancemos, no que demos un paso hacia adelante y dos hacia atrás.

—Yo también lo necesito, pero no estoy preparado para esto —Aprieta su pronunciada mandíbula y toca suavemente mis manos, que todavía están sobre sus mejillas.

—Como quieras… —contesto, bloqueada por su respuesta—. Pero te advierto de una cosa, no podrás huir del pasado eternamente.

—No quiero huir, pero tampoco quiero hablar de ello.

—Todo sería más fácil si…

—¿Qué quería tu amigo?

—Ehhh…

Retiro las manos de su rostro y le miro aturdida. Típico en él cuando quiere evadirse de la realidad.

Me alejo y le doy la espalda.

—Adam quería que quedemos el domingo para tomarnos un café. Él no sabe que estoy…

—¡Ni hablar!

—¿Qué? —Me doy la vuelta y parpadeo, sin saber cómo interpretar su reacción.

—¡Que no tomarás ningún café! —dice este de repente, mientras arregla su corbata y tira de ella con severidad.

Aprieta la mandíbula y después abre un cajón. Le miro con estupor mientras coge el famoso anillo del escudo y la lanza y se lo coloca en el dedo corazón. El mismo anillo que llevaba en la cena con los socios de *AmExpress Co.*

—¿Ves? —manifiesto demasiado molesta—. ¡Esta es la parte que detesto de ti! Puedo aceptar vivir contigo aquí, pero no voy a aceptar que controles mi vida y me prohíbas quedar con mis amigos.

—¡Para ti es un amigo, pero para él no!

—¡Por eso, precisamente! —le digo, desquiciada—. Para mí lo es, y eso es lo importante. Además, ya le había dicho a Adam que no iba a quedar con él, para tu información. Pero ahora ¡no dudes que me tomaré ese café! —espeto con fuerza en su cara y empiezo a caminar en dirección a la puerta.

—¿A dónde vas?

—A la cocina para ver qué hay para almorzar. Imagino que en el Templo también se come, ¿no? ¿O solo se folla? —suelto borde.

Arqueo una ceja mientras aprieto el jodido pomo de la puerta, dispuesta a alejarme de este sitio y de él. Sin embargo, me alcanza con pasos rápidos y frena la puerta con su persuasiva mano. Su mano no es muy diferente a sus palabras. A continuación, me agarra el brazo y doy un salto involuntario hacia atrás.

—¡Oh demonios, Aylin! ¡Vuelve!

Cierra la puerta con mucha prisa, obligándome a volver a la habitación.

—Álex…

—¡Perdón! —musita ahogado e intenta calmarme.

—No sirve de nada pedirme disculpas.

—¡Soy un imbécil!

—Eso lo puedo aceptar —replico tajante.

—Eres mi debilidad, nena… —Roza su frente con la mía cuando me presiona contra la puerta.

—No quiero ser tu debilidad, solo quiero que confíes en mí.

—No sé cómo hacerlo… —Se lamenta—. ¿Eso también lo puedes aceptar?

En este instante me analiza con aquellos ojos que hacen que sea imposible no decirle “sí” a todo.

Miro hacia arriba sumamente sería mientras este me sujeta contra la puerta de madera de la habitación. Sin esperármelo, me da un beso tierno. Su inconfundible aroma y su colonia masculina me invaden, al igual que su lengua ansiosa. Sus labios se mueven ágiles y, de un beso lento, se convierten en puro arrebato de pasión. Claramente, me es imposible no corresponderle. Amo con locura a este hombre y sé no podría negarle un beso.

—¡Ahhhhh Álex! —suspiro emocionada—. Yo también te pido perdón.

Vuelvo a apoderarme de sus labios mientras nos abrazamos anhelantes. Todavía me pregunto

cómo he llegado a perdonarle por todo, y cómo de rehén me he convertido en su amante. Rodeo su cuello con mis brazos y clavo mis dedos en su cabello, todavía húmedo.

—¿Por qué, pequeña? —Me da un beso suave—. Tú sí que no tienes ningún motivo para pedirme perdón.

—Por presionarte para hablar —musito confusa—. Tendré paciencia, ¿vale?

—Eres la persona más empática y noble que conozco, Aylin…

—No te confundas —Le aparto la vista—. Sé que hay cosas que no toleraré y me gustaría que lo tengas claro.

—¿Cuáles?

—Tu posesividad —comento—. Prohibirme cosas como si fueses mi dueño.

Me acaricia las mejillas, reflexivo y sus dedos alcanzan la piel de mi oreja.

—No sé si podré —responde rotundo.

Y, aunque no sea la respuesta que me gustaría oír, al menos valoro que sea sincero y que no intente regalarme los oídos.

—La verdad es que no soporto ver a otro hombre cerca de ti, ¿lo puedes comprender? —explica efusivo—. No es por falta de confianza en ti, es solo…

—Eso es falta de confianza en ti mismo —rectifico—. A estas alturas, deberías saber que soy una mujer decente. ¡Jamás te engañaría!

—¡Te adoro!

Besa la punta de mi nariz y me estremezco de emoción. Algo se mueve en mi pecho al oír sus dulces palabras lo aprieto más contra mí.

—Y yo te detesto —le regalo una de mis mejores sonrisas—. Te detesto tanto…

Besa la punta de mi nariz mientras cierra los ojos. Es tan tierno su gesto, que hace que todas las células de mi cuerpo se desestabilicen.

—¿Sabes, mi diosa? Me parece que acabo de averiguar tu código lingüístico personal, indescifrable para los mortales y los demás dioses.

—¿Y cuál es ese código, si se puede saber? —le pregunto intrigada y arqueo una ceja.

—Cuando me dirás que me odias, sabré que me amas y… —Acaricia la curva de mi escote con esa voz juguetona—. Cuando me dirás que me detestas, lo que en realidad me querrás decir es que me adoras, diosa Afrodita.

Después, roza mis labios de nuevo con impaciencia y el ardor nace en todo mi cuerpo, como si de lo único que tuviese ganas fuera vivir entre las sábanas con él.

—Sí, te detesto muchísimo, dios Ares —repito en su oído.

—Yo también te adoro muchísimo —contesta con voz sensual y sus labios descienden de mi mejilla a mi cuello.

Se detiene por un instante y me mira. Noto que sus mejillas están encendidas.

—De repente, se me ha ocurrido que…

Me mira divertido.

—¿Qué?

Me relamo los labios y aprieto más los brazos alrededor de su cuello.

—Que deberás buscar un código nuestro para cuando quieras que te domine —continúa este con atrevimiento y lleva una mano a mi mentón, mientras que con la otra aprieta más mi cintura.

Me rio sorprendida y eufórica tras sus afirmaciones.

¡Qué hombre más extraño!

—¡Ahhh, que ahora se llama así!

—No te confundas, si piensas que acostarnos es dominarte, te equivocas —dice expectante —. Y lo cierto es que… no sé si podré aguantarme las ganas.

—¿Y qué es dominarme para ti?

No me responde, en cambio tuerce la cabeza a un lado y clava con la mirada el… ¡ohhh!

El cuarto sado.

Unos temblores surgen de la nada.

—Ahm…. ¡Creo que ya sé! —Hago como que pienso para distraerle y me muerdo el labio—. Pero tendré que matarte si te lo cuento así que… lo averiguarás tú solito.

Este queda sorprendido cuando cae en la cuenta de que estoy usando las mismas palabras que él usó conmigo tiempo atrás, al darme detalles sobre *Álympos.*

—¡Vaya! —exclama—. Aprende rápido, señorita Vega.

—Ya se lo advertí, profesor.

No me deja acabar, y de un momento a otro, se lanza a por el labio que me estaba mordiendo. Respiro con fuerza y empiezo a sudar, sin ni siquiera poder controlar mis palabras.

—Solo tú puedes provocar esto en mí.

—¿El qué? —pregunta con cara de niño bueno y mira el techo, frunciendo el ceño.

Me ruborizo.

—Nada.

—¿Y si…? —Baja sus manos a mis glúteos.

—Es la hora del almuerzo —le interrumpo sin querer e intento volver en mí.

—Así, es —contesta y respira profundamente—. Después te arreglarás y bajaremos a la reunión. Ha llegado el momento —inclina la cabeza mientras habla y mira el *Rolex.*

Ha llegado el momento de conocer a los demás. Y no se trata de conocerles o no. Se trata de que tendré que dar la cara con personas que me querían asesinar, por miedo a que pudiera desmantelar la secta de la que forman parte. Porque por más que él lo niegue, *Álympos* es una organización criminal dedicada a la prostitución, donde abunda el lujo y el vicio. Un grupo de personas que decidieron adoptar una identidad para quedar en el anonimato y no exponer su privacidad. Llámalo como quieras, pero, al fin y al cabo, sigue siendo una secta.

—¿Debería… tener miedo? —hablo crispada y arreglo mi ropa.

—No. —Me mira sin pestañear—. Miedo deberían tener ellos si se atrevieran a oponerse a las decisiones y deseos de Ares.

Su respuesta es categórica.

CAPÍTULO 16



ME LO DEBES

—¿Cómo me veo? —pregunto enérgica.

Me arreglo el pelo con una mano, mientras le miro de reojo.

—El rojo te sienta muy bien —contesta Álex, tras posar la vista sobre mí y abrocharse los botones de su chaqueta negra de traje.

La falda larga y el jersey de color rojizo no abrigan mucho, pero no es un problema, ya que la reunión es abajo, en el mismo edificio del Templo. Vuelvo a mirarme satisfecha, dando los últimos retoques a mi vestimenta.

—Además, me recuerda mucho al día en el que te propuse ser mi asistente —subraya y se acerca con pasos lentos, rodeando mi cintura por detrás—. Recuerdo que ese día llevabas un vestido rojo… y ahm… un cinturón negro, creo.

—¡No me digas! —exclamo— ¿De verdad recuerdas la ropa que llevaba hace un mes?

Mi cara de incredulidad habla por sí sola. ¡Cómo envidio su memoria!

—Sí —articula estas palabras con una normalidad bastante inusual—. El primer día de clases llevabas un vestido negro de manga corta, bastante ajustado. De aquel que parece una camiseta, parecía muy cómodo y encajaba a la perfección con tu silueta —añade y coloca la cabeza sobre mi hombro.

Le fijo con la mirada en el espejo y pego más mi rostro al suyo. Su piel cálida me reconforta.

—Me resulta muy raro que recuerdes todo eso, estoy impresionada.

—Sí, pero sin duda mi preferido fue el rojo. Marcaba muy bien este culo respingón. —Me sonríe y me da una palmada en las nalgas.

—Sí que tienes muy buena memoria.

—Tengo memoria para lo que me interesa. Y…. —Lleva su mirada al techo, intentando recordar aquellos momentos— la verdad es que me quedé muy trastornado aquel día.

—¿En serio?

—Muy en serio —asegura—. Me acuerdo de que, cuando te fuiste, me tomé otras dos copas más en mi despacho de Harvard. Hasta me puse a jugar a juegos de ajedrez online, con tal de olvidarme de ti.

—¡Mentira! Me conociste el día de antes, Álex —comento boquiabierta, sin poder creer que yo había producido el mismo efecto en él que él en mí.

Pensándolo fríamente, que yo babeara por él era normal, todas mis compañeras lo hacían, puesto que hay que reconocer que Álex tiene un atractivo increíble. ¿Pero que él se haya quedado pensando en mí?

Entonces, me despego de él y le miro con interés. Mientras tanto, él echa un vistazo rápido al reloj, probablemente vigilando la hora y asegurándose de que no lleguemos tarde a la junta.

—Lo sé —dice cuando se topa con mi cara anonadada—. Es verdad que el primer día me llamaste la atención, pero al mismo tiempo también me cabreaste mucho con tu actitud despistada y torpe. Pero el segundo día fue… —Bufa y pone una mueca. Incluso afloja el nudo de su corbata.

—¿Qué pasó ese día, Álex? —Me cruzo de brazos y me río.

Me complace bastante conocer sus pensamientos y averiguar qué sintió aquellos primeros días de clases. Le sigo escuchando, expectante. Es un paso más para conocerle.

—Me sorprendió mucho ver tus resultados en los exámenes. Me impactó. La mejor nota de la clase y uno de los dos aprobados.

—¿Cómo interpretar eso, acaso no tengo cara de lista, o qué? —le riño altanera.

—¡No, todo lo contrario! Pensé que eras completa. Para mí, eras perfecta. Y después, cuando subiste a mi despacho y conversamos un poco más, tu alegría me cautivó.

—¡Jáaaa! —contesto divertida y al mismo tiempo me coloco unos pequeños pendientes dorados—. ¡No me lo creo, señor Woods! Me hizo pasar por unos momentos muy incómodos en su despacho aquellos primeros días.

—No era mi intención —completa.

—Hasta pensé que tenías ganas de echarme, Álex, en vez de trabajar conmigo.

—Créeme que tenía ganas de hacerte otras mil cosas que echarte de mi despacho, Aylin —contesta risueño y saca el móvil del bolsillo.

—Ya lo sé, señor pervertido —le miro y me vuelvo a él— Nunca te lo pregunté. ¿Por qué estabas siempre tan serio?

—¿A qué te refieres?

Me agacho sobre el espejo y prosigo.

—Nunca sonreías —Me pinto los labios de un rojo suave y vuelvo a fijarlo con la vista, a través del cristal del espejo.

—Pues no sé. —Tose por un instante—. No tenía muchos motivos para sonreír. Mi vida era un tanto rutinaria.

—¿Qué? —exclamo—. Si la tuya era rutinaria, ¿qué decir de la mía?

—¿Y tú qué? ¿Qué impresión te causé? —quiere saber.

Frunce el entrecejo, a la espera de mi confesión. Por mi parte, miro hacia abajo sonrojada y seguramente mis mejillas encajan a la perfección con mi pintalabios rojo.

—¿Por qué me preguntas si lo sabes perfectamente?

—Así es —asiente con la cabeza—. Siento decirle esto, señorita Vega, pero es usted muy expresiva.

—No me lo restriegues… —suspiro avergonzada, al recordar todos aquellos momentos sumamente embarazosos por los que pasé.

Él se me acerca y agarra mis manos entre las suyas.

—No te avergüences, no hay nada de malo en que una persona te atraiga. Y sí, siento decirte, pero se te notaba bastante. Para mí era muy estimulante y divertido ver cómo temblabas cada vez que estaba cerca. Y tu mirada... Estos ojos celestes no mentían. —Lleva una mano a mi mejilla —. Recuerdo tu olor y también tu forma de separar las piernas de esa manera tan adorable y sexy cuando estabas sentada.

Parpadeo con cara de boba total.

—¡No es justo! —contesto exaltada—. ¿Tanto se me notaba?

Álex solamente asiente con la cabeza, mientras yo me maldigo por dentro. ¡Qué puñetera vergüenza! Y yo que pensaba que lo tenía todo controlado, pero al parecer, no tenía nada controlado.

—¡De verdad que no lo hacía para incitarte o seducirte! —sigo hablando de un modo aclaratorio.

Álex se humedece los labios y enlaza sus dedos con los míos.

—Lo sé —contesta rápido—. Pude notar que lo hacías sin darte cuenta, porque de momento te ponías roja como esta vestimenta que llevas y después juntabas las piernas, con la esperanza de haber pasado desapercibida. Pero no, no pasabas desapercibida. —Se inclina sobre mí—. ¡Me daba cuenta de absolutamente to- do!

Aquea una ceja con chulería cuando le miro desconcertada.

—Aun así, no logro comprender por qué lo hiciste.

Necesito comprender mejor ese mecanismo interno de Álex. Esa mente un tanto enigmática que no logro descifrar del todo.

—¿El qué? —pregunta y mira la hora de nuevo—. Nos quedan diez minutos de charla.

—Llamarme al día siguiente a tu despacho para presenciar… todo eso.

Me acuerdo sin querer de aquel día que me tendió una trampa.

—Ahm…. Te refieres al día que llevabas vaqueros y aquella blusa celeste tan bonita que luego te quité.

—Que me desabrochaste, querrás decir. —Hago un inciso—. No me la llegaste a quitar.

—Eso —dice y mueve una mano.

—Sí, ese día —afirmo.

—Pues… el día de antes, como te he contado, me quedé toda la tarde reflexivo y bastante cachondo. Recuerdo que me ahogué en whisky y jugué a todos los juegos de ajedrez que encontraba en Internet, hasta al *Solitario*, por tal de echarte de mi cabeza.

—¿Jugaste al *Solitario*? —Me sale una risa sin querer—. Perdón.

Él junta los labios con disimulo.

—Sí, *Solitario*. Cartas online.

—Yo te asociaría más al póker.

—¿Por?

—Por nada —digo deprisa —. Sigue.

—Y eso que tenía mucho trabajo acumulado. El teléfono sonaba continuamente, pero no le hacía caso.

¡Este hombre es tremendo! Me parece muy interesante descubrir más cosas y tengo la sensación de que la charla que hemos tenido tiene el efecto deseado, él está intentando abrirse más conmigo y espero que no sea temporal. También tengo la sensación de que nunca me aburro charlando con él —eso cuando no discutimos. Me lo estoy intentando imaginar delante del ordenador maldiciendo porque no haberle salido la carta que necesitaba. Él, que parece que fue creado para trabajar.

—Bueno, pues tras maltratar mi hígado y perder una tarde entera de trabajo, decidí que te

quería en mi cama. Sí o sí. A cualquier precio —dice sereno.

—¿Y si te hubiese dicho que tengo novio o prometido?

—Imaginé que no tendrías prometido, demasiado joven para comprometerte. Y en cuanto a novio… en realidad, me hubiese dado igual.

Álex eleva sus hombros bruscamente, en un gesto de indiferencia.

—¿Me hubieses corrompido para ponerle los cuernos a mi novio? —le reclamo indignada.

Me deja verdaderamente asombrada con sus afirmaciones. Sé que está obsesionado conmigo, pero obsesionarse desde el segundo día que nos conocimos, me parece ya demasiado. Miro todavía bloqueada cómo este camina en mi dirección, al mismo tiempo que carraspea. Acto seguido, coloca sus manos en mi busto, por debajo de mis senos, y acaricia mis costillas.

—¿Acaso lo dudas? —suelta—. Aylin, me da igual todo con tal de conseguir mi objetivo.

Vale. No sé si debería leer entre líneas. No sé si está hablando del pasado o del presente. Sé que ahora mismo uno de sus objetivos es conseguir convencerme entrar en su *laboratorio de perversión*. Aun así, no quiero hablar de ese tema en este momento, él aprovecharía para darme mil argumentos y razones.

—Y… ¿no pensaste que hubiese sido más fácil proponerme *cruzar la línea* directamente, sin tener que recurrir a todo eso que hiciste? —Elevo una ceja.

Mi cuerpo responde a los estímulos cuando noto sus manos descendiendo y finalmente posándose en mis caderas.

—Te contradigo —replica para mi sorpresa.

—Explícate —demando—. Dime por qué sería necesario que yo encuentre a una mujer arrodillada entre tus piernas para que caiga rendida en tus brazos.

Necesito con desesperación comprender el trasfondo.

—Porque de esa manera te pondrías más nerviosa todavía, estarías temblando, te sentirías intimidada, de repente tendrías mucha curiosidad de saber cuál sería mi explicación —dice muy tranquilo—. Después, pensarías en lo mucho que te atraigo, pensarías en que estoy dispuesto a llevarte a la cama, de hecho, pensarías de mí que soy un mujeriego —continúa y me quedo embobada por segunda vez.

«Ha dado en el clavo… Eso mismo pensé», agrando más los ojos, pero decido hacerme la dura.

—¿Y cómo lo tienes tan claro?

—¿No fue eso lo que sentiste? —pregunta y alza su mentón con sospecha.

—No sé… —Me relamo el labio inferior y bajo la vista.

«Sí, eso fue lo que sentiste, Aylin…».

—Y esto no es todo… —sigue hablando, al mismo tiempo que pasea las manos alrededor de mi cintura.

Escucho atenta y lo cierto es que me tiene embaucada con sus confesiones.

—Aylin, encontrarme en esa tesitura aquel día fue necesario porque sé que no dejaste de pensar en mí después. Y también apuesto que te torturó el pensamiento sucio de que a ti también te hubiese gustado probarla, al igual que lo estaba haciendo la morena —clama seguro, sin el más mínimo ápice de pudor—. Finalmente, en tu mente se produjo un caos, te estuviste reprimiendo

tontamente un tiempo, pero sin éxito. Ya que tus sentimientos y emociones estaban a flor de piel, solo tuve que forzar la situación por mi parte y… listo. Caíste. Objetivo alcanzado.

Trago en seco cuando noto su respiración cerca. Descubrir cómo lo maquinó todo en su mente enrevesada me genera temor.

—¿Eres un manipulador, lo sabías?

—Un poco —dice con simpatía.

—Y aquella arrogancia desmedida habrá que mirarla.

Nos sonreímos mutuamente, yo con ironía y él con los labios fruncidos.

—Creo que hoy se está poniendo excesivamente exigente, señorita.

—Bueno… antes de que se me olvide —agrego, sumamente entretenida—, también se te olvida una cosa, Álex.

—¿Qué?

—Primero… te recuerdo que te costó bastante *hacerme caer*, como tú bien dices.

—En eso tienes razón. Necesité usar muy bien mis armas.

—Podía no haberte funcionado.

—En más de una ocasión pensé en que si tardaría mucho más en meterte en mi cama, al final sería yo al que meterían en un manicomio.

Nos sale una risa sonora, no puedo no divertirme ante semejantes ocurrencias.

—¿Y lo segundo? —pregunta intrigado.

—Lo segundo es que era virgen, por si no lo recuerdas. —Me acerco a su cara, al mismo tiempo que acaricio su hombro con un dedo—. No te puedes quedar pensando en algo que no has probado y no sabes cómo se siente. Y creo que ya es la hora de irnos —digo cuando alcanzo con mi vista la hora en mi móvil.

—Pero sí, sentiste curiosidad. Mucha curiosidad —aprueba este y me abre la puerta de la habitación con demasiada galantería, invitándome a salir con la mano.

—Curiosidad no es la palabra. Me pusiste caliente. Muy caliente —susurro y acerco mis labios a él a propósito. Al igual que yo a ti.

—Me parece que últimamente es muy común que tengas la última palabra.

Observo su rostro sofocado, tras salir por la puerta. Tira más del cuello de su camisa mientras nos dirigimos a las escaleras.

—No creo —replico.

—Me parece que sí.

—No —niego—. No creo que tenga siempre yo la última palabra.

—Yo creo que sí.

—¿Te molesta?

—No, de hecho… me pone —dice despreocupado y posa una mano en mis hombros. —Estás tiritando—. ¿Tienes frío?

—Sí, hoy hace mucho frío. Es normal, queda menos de un mes hasta la Navidad.

—Ah, cierto.

Acabamos de llegar a la primera planta y quiero seguir bajando, pero tira de mí y curiosamente, nos detenemos. No bajaremos a la planta baja, y concluyo que hay un acceso a la sala de juntas desde la primera planta.

«¿Qué habrá al otro lado?», examino el pasillo, sin saber en qué dirección caminar.

—¿Te gustan las Navidades? —pregunto para distraerme, ya que estoy empezando a temblar.

—Ehm… no mucho —contesta—. ¿Preparada?

Nos detenemos delante de unas puertas grandes blancas, que retratan a la perfección el buen gusto y crea armonía con los demás elementos. El lacado de la madera brilla y caigo en la cuenta de que casi todo es blanco en el Templo. En el fondo, eso supone una gran contradicción, teniendo en cuenta de que su color favorito es el negro.

Él me mira atentamente e intento disimular, aunque sé que se me da fatal disimular. Me lo acaba de confirmar unos minutos atrás. Entonces, solo respiro hondo.

—¿Algún consejo? —pregunto.

—No digas nada, todavía quedan muchas cosas por explicarte.

—Ajá.

—Ni intentes defenderte. Yo te defenderé. Y… no te asustes.

¿Qué no me asuste? ¿Cómo puñetas no me voy a asustar sabiendo que la gente que hay detrás de aquellas puertas no me quieren ahí?

Me humecto los labios deprisa, debido a los nervios que me recorren de pronto. Noto cómo Álex empuja las grandes puertas y, de repente, nos encontramos en lo alto de unas escaleras, que recrean el mismo juego cromático. La misma rivalidad entre el blanco y negro.

Las luces de la sala me ciegan y mi corazón empieza a palpitar por los crecientes nervios que me invaden súbitamente. Tras adaptar mi vista a la cegadora luz, dirijo mi mirada a la planta baja. La escalera en la que nos encontramos es de línea recta y mucho más sobresaliente que la que tiene forma de caracol, y se encuentra en el área de servicio

Estamos en pleno corazón del Templo.

Ruedo mi cabeza con mucha curiosidad y noto que, en medio de una sala tremendamente amplia, a pie de las escaleras, hay una gran mesa rectangular. Varias personas están sentadas y otras están de pie.

Intento llenar mis pulmones de aire y tranquilizarme por dentro, pero él lo nota y de momento me tiende la mano. Percibo la tensión, sus facciones rígidas y su rostro cambiado. Es como si de repente los dos nos hubiésemos colocado un escudo protector ante la inminente ira de los demás dioses olímpicos.

—¿Confías en mí? —Oigo su tranquilizadora voz cuando me tiende la mano. Amo su seguridad.

A continuación, quedo petrificada y creo que demasiado pálida, lo sé por cómo él me está examinando en este instante. Se acerca a mi oído.

—Aylin, daría mi vida por ti si fuese necesario. No temas, por favor. No es el mejor momento para que te quedes bloqueada.

Al notar su respiración cálida en mi mejilla, intento volver en mí y no dejarme intimidada. Me mortifico en mi interior y pienso que debo ser más fuerte que todo esto.

—Lo sé —murmuro.

—¿Confías en mí? —Extiende su mano de nuevo, muy decidido.

Sus ojos brillan y destilan… algo. Ese algo de sus ojos no puede no llegarme al alma. Entonces, le admiro con afecto y el corazón me palpita en el pecho cadenciosamente. Pero ya no tiembla por los nervios, ni por el miedo, sino por amor. Por el amor que siento por él —aunque me pese —, y por la confianza que me está transmitiendo en este momento. Me emociona saber que él sería capaz de dar la vida por mí. Me lo creo y así lo siento en lo más profundo de mi ser.

Y, aunque sea consciente de que no sea el mejor momento para pensar en esto, creo que aparte de esa obsesión insana que tiene por mí, su corazón también alberga algo especial. Y sea lo que sea ese algo, me aferraré a ello y me centraré en el presente. Ahora mismo me siento optimista.

—Álex, mi confianza es ti es como un círculo, sin principio ni fin —susurro emocionada—. Es infinita.

—Sé que lo hiciste una vez y te defraudé, pero te aseguro que eso no volverá a…

Agarro su mano, al borde de las lágrimas.

—Confío en ti, ¿vale?

«Y espero que no me defraudes nunca más…», añado en mi mente.

Observo la sorpresa en sus ojos y, mientras nos disponemos a bajar las escaleras, aprieta más mis dedos con su fuerte mano. Con cada escalón que descendemos, su fuerza me da alas y siento que debo ser valiente y asumir estos últimos acontecimientos de mi vida. Sé que él no dejará que algo malo me ocurra y también sé que juntos seremos invencibles.

Alzo la cabeza, procurando volver a la calma. Y también observo. Todos nos están fijando con la vista, conforme nos acercamos al lugar. La primera persona que miro es ella. Lorraine. Está de pie, pero estaba de espaldas hablando con el señor Sander hace unos instantes. Al lado de estos, se encuentran sentadas dos mujeres. Puedo reconocer a una de ella, es una morena, dueña de una belleza deslumbrante, la misma que acompañaba a Lorraine aquella noche que Rebe me la enseño y me dijo que era la esposa del profesor, en el club de etiqueta *Dawn Boston*.

No me da tiempo a ver nada más, y tampoco nos dan la oportunidad de saludar educadamente. Una voz chillona resuena con eco en la majestuosa y enorme estancia.

—¡Lo que imaginaba!

Lorraine no se aguanta las ganas y su indignación no tiene límites.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —Alza su voz y observo que el senador agarra su codo, impidiendo que ejecute algun movimiento arriesgado—. ¡Tu insolencia sobrepasa los límites, Ares!

Le sale una voz gutural y mueve su dedo, amenazante.

—Buenas tardes a todos, en primer lugar.

Nos detenemos. Él habla sin mirarla y a mí, sencillamente, no me sale decir nada, solo escucho.

—Y, en segundo lugar… —Le dirige la vista—, te puedes ir si hay algo con lo que no estás conforme. De hecho, no habría ningún problema, todo lo contrario —responde Álex con dureza y con una calma digna de admirar.

Le tendré que preguntar cómo lo hace. Yo, en cambio, les miro como si fuese un pollo asustado. Es más, apostaría que me temblaría la voz si se me ocurriera abrir la boca. Sigo

analizándolos a todos, efusiva, y localizo a tres personas más. Tres hombres están sentados en la mesa y uno de espaldas, a unos pasos. Está hablando por teléfono.

Categóricamente, los dioses olímpicos son la mayoría hombres, aunque no es una sorpresa para mí, no sé por qué me lo esperaba. Me doy cuenta de que todos visten de manera muy elegante, con mucha clase, y las mujeres llevan un maquillaje excesivamente cargado, sus perfectos rostros asemejándose a los de las muñecas de porcelana.

—¡Vaya, vaya!

Mi reflexión queda interrumpida por una voz sumamente varonil que llega desde el fondo de la sala. La voz pertenece a un hombre que está sentado en la cabecera de la mesa. Se ve joven, aunque posiblemente sea levemente mayor que Álex. Noto cómo este aplaude con ironía desde la otra punta, con cara encendida. Está furioso, como todos.

Conforme caminamos, noto estupefacta que tensa el cuello, en el cual muestra al menos tres tatuajes que básicamente ocultan gran parte de su piel. Su cuerpo es tan musculoso, que incluso parece que el traje que viste hoy ni siquiera está hecho a su medida. Lo inspecciono con más atención y observo que es igual de robusto que Álex, o incluso más, de hecho, dirías que tiene músculos hasta en las encías. Me recuerda a los porteros de discoteca y, no sé por qué, pero se me antoja de origen eslavo. Lo mismo el tipo tiene ascendencia rusa, pese a que no sea rubio; su cabello es castaño claro. El color de sus ojos tiene un tono cambiante y refleja una mezcla de colores que no había visto antes. Son de un color marrón-verdoso.

—Romeo y Julieta han vuelto —añade este tipo con desdén cuando ya ha detenido su aplauso burlón.

De momento se cruza de brazos y nos sigue fijando con la vista, al igual que todos los presentes. Álex no entra en su juego, pero sí percibo sus músculos tensados. Sin querer, llevo mi vista al fondo y, detrás de la silla del individuo robusto identifico una cara familiar, aparte de Sander, que daba por hecho que estaba metido en el ajo. Un joven que previamente estaba hablando por teléfono, se acaba de dar la vuelta.

Me quedo como si en este preciso instante estuviera viendo un fantasma. ¿Un fantasma? No. Un batallón de fantasmas.

—¡Bram! —digo en voz alta y me llevo las manos a la boca, en un terrible *shock.*

¿Qué está haciendo él aquí? Imágenes con él deambulan en mi cabeza. Él hablando de Álex con mucha familiaridad aquel día en el que comimos en la pizzería con Bert y Adam. Él evadiendo el tema, sin dar detalles sobre la razón por la cual su padre y el profesor se conocían.

¡Oh, Dios! ¡Bram es uno de los dioses!

Una vez que grito su nombre, este aprieta los labios con cara severa y empieza a caminar a zancadas hacia el sitio donde nos encontramos, mientras aprieta el móvil en su mano. También veo cómo, por el otro lado, el señor Sander se lanza a mí, literalmente, poseído por una gran furia. Sus mejillas están encendidas y su reacción es exagerada. Es como si ahora de repente todos fuesen diferentes a cómo les conocí.

Como acto reflejo, Álex me empuja hacia atrás con un movimiento tosco y se coloca delante de mí al instante.

—¡Ni se te ocurra!

El senador grita furioso, sin dejar de mirarme.

—¡¿Qué diablos estás haciendo, Hades?! —Álex coloca una mano en su pecho y le empuja con fuerza.

—¿Qué mierda estás haciendo tú, Ares? —el señor Sander continúa con la misma actitud—. Claramente esta mujer no está preparada para estar aquí, ¡¿ni siquiera le has explicado el jodido protocolo?! —Su voz suena mortífera y me mira con odio.

—¡Que se largue ya! —grita también el energúmeno de su hijo, con voz ahogada.

Se me corta la respiración y aprieto los dedos en la ancha espalda de Álex, la cual actúa como un escudo protector. No puedo dejar de dar vueltas al hecho de que todos están locos. Pero locos de verdad.

¿Qué diantres he dicho para desatar este caos?

Veo que mientras el señor Sander vocifera, un chico alto de pelo castaño claro —casi rubio— y ojos celestes como el cielo, empieza a tirar de él. Lorraine está al lado, inmóvil y de brazos cruzados, sin hacer nada. Todos los demás, los cuales permanecían sentados en la mesa minutos atrás, se ponen de pie, terriblemente alarmados. Salvo el *musculitos*, que sigue sentado en la otra punta.

Vuelvo a mirar a Bram muy confusa, aunque esa no es la palabra. Estoy conmocionada al darme cuenta que él es uno de ellos y, sinceramente, jamás me lo hubiese esperado.

—¡Que nadie más se acerque! —La enojada voz de Álex corta el ambiente. —¡Sentaros! —ordena este mientras agita la mano en el aire y señala la mesa.

—Vamos a sentarnos todos y escucharles. Todo el mundo se merece una explicación —interviene el rubio de ojos celestes, un tanto nervioso.

—Me parece que Poseidón tiene razón. —Oigo otra voz de hombre—. Vamos a calmarnos y escuchemos a Ares, seguro que tiene una buena explicación.

El último que ha hablado es un hombre de sobre cuarenta y cinco- cincuenta años. Su figura es delgada y su cabello canoso.

No nos movemos todavía y ni siquiera pestañeamos, solamente quedamos en alerta hasta que todos los presentes se retiran a la mesa. Bram el primero. Se sienta sin dirigirme ni una jodida palabra, solamente me taladra con aquellos ojos de un verde claro y aprieta la mandíbula.

—¡Que conste que me quedo a esta absurda reunión solamente para escuchar las ridículas explicaciones de MI esposo!

Lorraine suelta veneno y vuelve a marcar territorio. Supongo que me tendré que acostumbrar. La tensión que flota en el ambiente es insoportable y es como si ahora mismo tuviésemos que luchar en contra de todos.

Cada uno se sienta en un sitio en la mesa y entonces Álex posa una mano en mi cadera y me lleva a un asiento que hay al lado de la otra cabecera de la alargada mesa, ante la mirada vigilante de todos. Me retira la silla con caballerosidad y tomo asiento bastante cohibida, más que nada porque Lorraine está sentada precisamente enfrente.

Hay un silencio solemne y todos nos examinan atentamente. ¿Podría haber algo más incómodo que esto? ¡Lo dudo!

Álex es el último que toma asiento y cruza las manos sobre la mesa, tras erguir su espalda y arreglarse la corbata. Por mi parte, aguanto la respiración y froto mis manos debajo de la gran mesa acristalada, sin saber qué puñetas hacer.

—Bonito espectáculo —escucho de nuevo la llamativa voz burlona del tipo tatuado. A su lado, de un lado y de otro, están sentados el senador y su mentiroso hijo.

Para mi sorpresa, Álex tampoco le contesta esta vez. Claramente, está evitando los comentarios inoportunos de aquel tipo, sea quien sea. Y no es solo eso, es como si ni siquiera quisiera dirigirle la mirada y se sintiera profundamente decepcionado por él. Por el otro lado, no tiene la misma actitud con los demás.

—Sé que no es una situación muy cómoda —empieza a hablar con mirada determinante—, pero todos estáis informados sobre los desafortunados sucesos de hace una semana. Y si estáis esperando una explicación de mi parte… —Aclara su voz—, deciros que no tengo ninguna.

—¡Lo que suponía! —añade Lorraine.

—Solo os voy a decir que no hay marcha atrás y, como líder de *Álympos*, porque lo sigo siendo le pese a quién le pese… —Atraviesa con su vista al individuo sentado en la otra cabecera—, he tomado dos decisiones.

—¿Cuáles? —inquiere el cincuentón de pelo canoso.

—En primer lugar, me gustaría presentaros a nuestra nueva integrante. —Gira la cabeza y me mira—. Ella es la Diosa Afrodita.

A continuación, me señala con la mano a modo de presentación.

—¡Menudo cínico! —Lorraine mueve su silla y casi se tira a su cuello, pero Sander la atrapa en el último momento y le susurra algo en el oído.

—*Diosa Afrodita* dice… —Bufa el tipo tatuado y nos muestra una sonrisa irónica—. Sigue intentando tomarnos el pelo, Ares. Y sigue pensando que nos convencerás.

Aprieto los labios cuando percibo aquella mirada de ira que conozco muy bien. Este no responde, pero en cambio levanta su vista oscura y la posa sobre aquel maldito hombre que no se calla ni debajo del agua.

—¡No me mires así! —continúa el otro con una furia desmesurada, sin ni siquiera darle la oportunidad de explicarse—. Jamás la voy a considerar una diosa, Ares. A no ser que… la tenga en mi cama, tal y como dicta el protocolo.

¡Virgen Santísima!

Los ojos están que se me van a salir de las órbitas. ¿Qué acaba de decir ese hombre?

Miro a Álex con el corazón en la garganta, sin entender ni una sola palabra. Él sí lo comprende todo y elige no mirarme. Sin embargo, su rostro se ve demasiado desencajado y me llama la atención la fuerza con la que este aprieta los puños sobre la mesa. Es como si se estuviera conteniendo, pero, al igual que la curiosidad es algo que yo no puedo controlar, él no puede controlar la impulsividad y aquella intensidad que le domina.

Entonces, se levanta de la silla al instante y, sin esperármelo, golpea la mesa con su puño de acero, preso de una ira fuera de lo común. Se oye un estrepitoso crujido y todos somos testigos de cómo el cristal de la gran mesa se rompe en dos y una parte de este acaba en el suelo, partiéndose en miles de pedazos.

—¡Maldito seas, Apolo! —ruge enojado.

Noto atónita cómo la sangre empieza a chorrear alegremente de los nudillos de su mano, e incluso hay pequeños cristales incrustados en su piel.

¿Qué hago, Dios mío? ¿Qué debería hacer para frenar esto?

—¡Como vuelvas a pronuncias esas malditas palabras, juro que te estamparé la cara! ¡Y eso en el mejor de los casos, en el peor… te meteré una puta bala! ¿queda claro?

Veo que el otro también se levanta de la silla furioso, sin embargo, Sander y Bram lo frenan.

—¡Adelante! —le grita desde la otra punta.

—¡Que quede claro! —brama Álex y agita la mano en el aire, mientras señala a todos los presentes—. Ninguno de vosotros tocaréis a esta mujer, ¿¡entendido!? —grita extasiado, como nunca jamás lo he visto y su mirada se vuelve diabólica—. Ninguno de vosotros se atreverá a ponerle una mano encima, ¡de lo contrario se las verá conmigo!

Ni una queja o mueca de dolor. Nada que le doblegue, ni siquiera el hecho de que la sangre fluya de sus nudillos y manche el suelo y el cristal restante de la mesa rectangular. Nada que pueda arrodillarlo.

Y en estos instantes lo veo más claro que nunca.

La fuerza de Ares es arrolladora, pero también absorbente y dominante.

Uno no puede liderar algo como todo esto sin que la oscuridad devore su alma y saque aquel lado cruel y demandante que tanto detesto. Un capo de la mafia jamás podría ser una persona noble y de una moralidad elevada. Alguien honesto. Un líder jamás se permitiría el lujo de ser una persona débil. Ni siquiera de ser *una persona*. Empiezo a morderme los labios, fiel prisionera de la ansiedad y dudas.

«Él es un asesino…» me susurro por dentro.

Y, aunque a mí me muestre la otra cara de la moneda, no debo pecar de ingenua. Él no es la persona que pensaba y tengo que aceptarlo. O eso… o salir de aquí echando humo, pese a que mi cabeza quedará sentenciada y tendré que arrancarme el corazón del pecho.

—Ares —interfiere el hombre canoso de una manera calmada —este clan lleva más de cinco generaciones y nunca se han incumplido las normas de esta manera.

—Así es —añade Lorraine.

Álex le lanza una mirada de ira, pero se centra en la conversación con el hombre.

—Sé que así es, pero hay situaciones imprevisibles y urgentes que lo requieren.

—Y… ¿qué sabe ella exactamente? —prosigue este.

—Hefesto, ella lo sabe todo —contesta Álex con voz firme.

—¡Genial! —Se oye una voz de fondo.

—Efectivamente… ¡lo sabe todo, Ares! —exclama Sander con la misma indignación—, ¡menos que en el Templo no puede llamarnos por nuestro nombre!

Vale. Ya sé el motivo por el cual este ha reaccionado así, minutos atrás. Ha sido por haberle llamado a su hijo por su nombre. Aun así, me parece una insensatez todo e incluso me parece que todos hiperbolizan la situación.

—Además, tú mismo sabes que había otra forma de quitarnos del medio el problema —continúa el senador.

«Soy un problema», pienso.

Las palabras de este me acaban de golpear, al igual que golpean a un boxeador. No me puedo

creer que está insinuando que me podía haber asesinado. Y presiento que los golpes que voy a recibir esta tarde aquí no han terminado. Entonces, Álex le echa una mirada perturbada al señor Sander.

—Sé que hay unas normas —vuelve a hablar Álex y su mirada abrasa el ambiente—, y sé que es normal que no confiéis en ella y que veáis la seguridad y la integridad del clan amenazadas, pero asumo la responsabilidad y también os garantizo que nunca nos traicionaría. Yo confío en ella. —Gira su cabeza y me mira súbitamente—. Por lo tanto, os pido a todos que respetéis mi decisión.

—¿Y qué pasará con la *purificación*, dios Ares? —pregunta Bram desde la otra punta, con el mismo escepticismo con el que hablan los demás.

¿Purificación? No entiendo nada de lo que estas personas dementes dicen.

—Exacto, ¡bravo! —agrega el tatuado desde la cabecera.

Ese tipo tan raro sigue de pie y su mirada atenta me persigue, haciendo que me sienta incómoda de verdad.

—No habrá *purificación* —aclara Álex.

—¡Uy uy uy! —suelta aquel idiota—, ¡no me digas que te has enamorado! Otra norma más que incumplirías, *gran* dios Ares.

—¡No digas bobadas, Apolo! —Este aletea el brazo—. ¡Es obvio que no habrá ninguna maldita *purificación*!

—¿Por qué es tan obvio? —insiste Bram.

—Hermes, es obvio —repite el que Álex ha llamado Apolo, con una voz aguda y burlona.

Su tono de voz suena macabro y no sé por qué, pero su sola presencia me provoca escalofríos.

—Lo que Ares está diciendo es que nos acaba de quitar el derecho de purificar a esta mujer —sigue sin que nadie se lo haya pedido—. Y que encima tendremos que aceptarla en *El Templo* como diosa, tolerar que se sienta en la misma mesa que nosotros, tener derecho a tomar decisiones y encima pagarla con dinero de NUESTRO negocio —recalca—. ¡Bra-vo!

El tipo vuelve a juntar sus manos en un aplauso de furia y sarcasmo.

—¡No eres el más indicado para hablar de respetar normas, Apolo! —brama Álex en el mismo tono autoritario—. ¡No te creas que me he tragado el cuento barato de que Gambino te secuestró por un simple rumor! ¿Con quién te piensas que estás hablando, ¿eh?

—¡Créetelo, porque así fue! —contraataca el otro—. ¿Es que no lo ves, tú que eres tan inteligente y hábil en todo? ¡Maldición! —grita furioso—. ¡Gambino está intentando enfrentarnos!

—¡Hemos entrado en una guerra narco por tu maldita culpa! —le recrimina Álex y sigue agitando la mano ensangrentada en el aire, su sangre salpicándolo todo.

Ni siquiera llevo el bolso conmigo para darle un pañuelo y no es el mejor momento para interrumpir.

—¡Estás cayendo en su jodida trampa, Ares! —clama el tipo de los tatuajes, finalmente—. Sabe que nos podemos hacer con Boston en cualquier momento.

—¡Eso es verdad! —alega el rubio, al que él ha llamado Poseidón hace unos minutos—. Saben que poseemos la mejor tecnología y armamento, además de un producto competitivo.

—¡Estoy de acuerdo con Apolo! —dice la morena—. Vendemos dos productos competitivos, de hecho, no solo uno.

—¡Podríamos ser los putos amos! Combina una droga potente con el placer y… ¡BUUUM! —añade también Bram, que no me acuerdo qué dios de las narices es él.

—¿Lo entiendes ahora, Ares?

El tatuado muestra docilidad.

—Lo tenemos todo como para hacernos con el país entero si quisiéramos, ¡y ellos lo saben!

—¡Pero no es lo que queremos, Apolo!

—Así es. —El hombre canoso mete cordura—. No podemos ser avariciosos, recordad que el decálogo no gira en torno a la venta de sustancias.

—¡Debemos respetar eso que Hefesto dice y llevar *Álympos* con la cabeza en alto! —agrega Ares.

O… Álex… o... ¡Carajo! Menudo lío.

Me llevo la mano a la frente. Se me corta la respiración y la cabeza me da vueltas, mirando al uno, al otro, y así sucesivamente. Sigo frotando mis manos en el regazo, temiendo por la furia de todos y cómo pueda acabar hoy esta reunión.

—Respetarlo… —Bufa el tatuado, bastante indignado—. ¡Tú eres el primero que no…!

—¡Basta ya, Apolo! —amenaza Álex.

—¡Contrólate, joder! —le apoya el chico rubio, alto—. Han atentado contra su vida dos putas veces en menos de una semana, Apolo.

—¿Dos veces? —pregunta el otro.

—No hagas como que no sabes lo que ha ocurrido hoy en la *Interestatal* —aclara Álex—. A Pete le ha dado tiempo dar la señal de alarma.

—Me alegro de que estéis bien, Ares —interviene una mujer rubia de sobre unos cuarenta años, que lleva el cabello corto y es otra de las diosas, por lo visto. Es la primera vez que ha hablado.

—Deberíamos apoyarlos en estos momentos —prosigue el rubio con voz convincente y me doy cuenta al instante de que está a favor de Álex—. ¡Gente, deberíamos estar más unidos que nunca contra Gambino!

—Poseidón tiene toda la razón —vuelve a hablar la rubia de pelo corto y muestra una sonrisa reconfortante—. Además, a veces las normas pueden cambiar, no tenemos por qué quedarnos encasillados. Y si Ares dice que con ella debemos hacer una excepción, él sabrá por qué es.

—¡A la mierda con todos! —suelta Lorraine de repente, y mucho ha tardado—. ¿De verdad pensáis que aceptaré que esta puta sea una diosa?

¿Puta? Oh, no, no, no. Está sobrepasando los límites del cinismo, es más, ¡está sobrepasando todos los malditos límites!

—¡Te estás pasando tres pueblos, Lorraine!

Digo su nombre a conciencia. Ella me mira con horror y se pone de pie deprisa, intentando alcanzarme, pero Álex atrapa su muñeca y la inmoviliza, fulminándola con una amenazante mirada.

—¡Siéntate o lárgate de aquí!

—Siéntate, puñetas… —le avisa Sander y tira de ella.

Pero no le hace caso ni siquiera a su amante.

—¡Yo soy la diosa suprema, y así me nombró Zeus! —avisa con grandeza—. ¡Y os recuerdo que estamos hablando de la amante de mi marido! Si alguno de vosotros se atreve a darle apoyo, nunca jamás se lo perdonaré —dictamina.

Álex bufa con fuerza y queda en guardia.

—Hera, vuestros problemas personales son vuestros, no nos incumben a los demás —manifiesta la otra rubia que, de hecho, me está cayendo muy bien.

—¡Entonces comprendo que vosotras dos no tenéis ningún inconveniente en que ella tenga los mismos privilegios y sin ningún esfuerzo! —dice Lorraine y señala con la cabeza a las dos mujeres.

Ninguna contesta, pero todos sabemos que aquí se trata de poder y dinero y que a nadie le agrada mi presencia aquí. Ya el queso deberá ser dividido.

—Mi situación con la diosa Hera no es un secreto para nadie —confiesa Álex—. Nos estamos divorciando.

—¡Eres un cabrón y lo serás toda tu vida! —suelta esta.

Enseguida coge su bolso y se da la vuelta dignamente.

—Esto no quedará así —amenaza antes de irse.

—Creo que yo también he terminado —dice Sander como el perrito faldero que es y corre detrás de ella, abandonando la junta.

Álex asiente con la cabeza y arquea la comisura de sus labios, visiblemente frustrado.

—Ares… —Oigo al hombre mayor—. Por mi parte no hay problemas de que ella esté aquí si así lo has decidido, pero debemos hablar en privado.

Me lanza una mirada suspicaz.

—Gracias por el apoyo, dios Hefesto. Hablaremos sin problema.

—Yo opino lo mismo —contesta la mujer rubia de pelo corto, que se ha mostrado muy amable conmigo desde el principio.

—¡Yo me voy a largar de aquí! —suelta el cachas desde la otra punta—. Paso de escuchar esta mierda.

—Haz lo que quieras, Apolo —comenta Álex—. Pero recuerda que tenemos una charla pendiente.

—¡En otro momento! —farfulla el tatuado, con demasiado orgullo. Se muestra herido por la situación. Acto seguido, se levanta indignado y sale por la puerta, sin siquiera dirigirnos la mirada.

—Yo también me tengo que ir.

La mujer morena, que no tengo ni idea de qué diosa es, se pone de pie y agarra su bolso. Se muestra demasiado pasiva, como si en realidad le importase un pimiento lo ocurrido hoy aquí.

—El sábado nos vemos en el Ritual.

Yo también me pongo de pie cuando todos quieren abandonar la sala.

—Tranquila… —susurra Álex en mi oído.

—Ares, después pásate por el despacho, tenemos unos asuntos de contabilidad pendientes. También tienes que hacer las paces con Apolo, él se encarga de las contrataciones y tenéis que cooperar. —El señor le da una palmada en la espalda—. Tenéis más del 50 % de las acciones entre los dos, la parte de vuestro padre. No podéis estar enfrentados continuamente.

—Hefesto, sabía que no me defraudarías —responde este, sin quitar la mano de una de mis caderas—. Valoro mucho tus palabras, pero mi relación con Apolo es muy complicada.

—La familia es así.

—Puede ser… —Este le aparta la vista.

—Bueno, búscame y hablamos. Bienvenida sea, diosa Afrodita. —Me sonríe.

Sonrío aliviada, al darme cuenta de que no todos son unos psicópatas.

El hombre canoso se retira, seguido por aquella mujer de pelo corto, y la cual estaba sentada a su lado.

—¡Bienvenida! —Son sus escasas palabras.

Se retiran los dos, mientras yo me quedo muda.

—Hermano, ya sabes, siempre a tu lado. Y, por supuesto, bienvenida seas, diosa Afrodita —habla el rubiales de un modo muy amable—. Por cierto, soy Poseidón aunque… —Se inclina sobre mí y habla cerca de mi mejilla—. Aquí entre nosotros, me llamo Liam.

Me sale una risa suave.

—Encada, yo Ayl…

—Aylin, lo sé. Ares me ha hablado mucho de ti.

Cuando miro a Álex, vuelvo a ser consciente de que tiene una herida y que el suelo está completamente manchado. Temo que se vaya a desangrar.

—Ál… —Aprieto los labios cuando su mirada me avisa—. Ares, ¡tu mano!

«Acostumbrarme…» dijo.

Debo acostumbrarme a no llamarle por su nombre. Ellos entre ellos se conocen, pero los empleados y los clientes no lo pueden saber.

—Descuida, ahora me limpiaré —contesta.

—Una cosa…

El chico se aparta de mí cuando recuerda un dato relevante y los dos se retiran a unos metros, iniciando una conversación importante.

Ya no queda nadie en la sala, salvo Bram. Le miro desesperada cuando observo que está dando vueltas, hablando con alguien por teléfono. Cuando finalmente cuelga, pienso que necesito hablar con él y me aprovecho de que no haya nadie más en la sala. Intento acercarme, pero este me huye y, de repente, dobla una esquina hacia un pasillo. Voy detrás de él a toda prisa, sin entender por qué me evita. Ya no hay nada qué esconder. Camino decidida, no perderé la oportunidad de hablar sobre Berta, la está engañando y no es justo.

—¡Espera, joder! —Aprieto su brazo para retenerlo—. ¡Bram, debemos hablar!

—¡No te atrevas volver a llamarme por mi nombre en *El Templo*! —demanda con rostro transformado.

De hecho, ahora mismo es él el que me tiene agarrada por el brazo y me está sujetando contra una pared.

—Yo… quería hablarte de Bert.

—¿Qué quieres saber de Roberta? —pregunta irritado.

—Ella no sabe nada de esto, ¿verdad?

Permanece callado y solamente presiona más mis dedos en mi brazo.

—Mira, Bram…

—¡Cállate de una puta vez!

Le miro aturdida, sin comprender su reacción.

—Soy el dios Hermes, ¿quién te crees para dirigirte así a mí?

La soberbia que destaca en su tono de voz me produce unos escalofríos. No le reconozco. Igual que tampoco reconozco a Álex.

—¡Debes prometerme que dejarás en paz a mi amiga! —espeto sin miedo—. Si la amas, no la hagas pasar por todo esto, es muy doloroso. Te lo digo por experiencia.

Pero él se burla de mis ruegos y mi discurso sentimental con una risa maquiavélica y agarra también mi otro brazo, bajo un tremendo arrebato. Me sujeta contra la pared y clava sus dedos en mi piel.

—¡Qué ingenua! —Sigue riéndose—. ¿Dónde te crees que estás, niña? Los dioses no amamos, ¿Ares no te lo contó?

—Yo…

Agacho la mirada, sin saber muy bien cómo tomármelo.

—Sabía que algo escondías, muñeca… —continúa con recelo—. Mostrabas demasiado interés en el profesor Brian Alexander Woods —afirma con dureza—. Ibas meneando tu culo a su despacho cada dos por tres, seduciéndolo y haciéndote la interesante. La verdad es que cuando la semana pasada me enteré de que se la estabas chupando, nada me sorprendió.

—¡No sigas! —le grito—. No sabes nada.

—¿De verdad pensabas que él se enamoraría de ti? —Se ríe en mi jodida cara —. Entonces no lo conoces… Nuestro preciado y respetable profesor es un manipulador y el mayor capullo que he conocido, después de Jonathan Woods.

—¡Para ya! —Aprieto la boca, sus palabras actuando como cuchillos en mi oído.

—¿De lo contrario, crees que sería el líder?

—¡Mientes!

Se ríe.

—¿De verdad pensabas que estoy enamorado de tu amiga? —Estrecha su mirada y habla mordaz—. Folla muy bien, ¡cierto! ¡Conmigo y con los demás! Es más, es capaz de aguantar hasta a cuatro sementales montándola. Tiene mucho aguante la muy zorra, ¿sabes? Por eso estoy con ella. Y porque me gusta su acento italiano.

—¡No te atrevas a hablar así de mi amiga! —Levanto el puño, queriendo darle un merecido bofetón, tras oír sus injuriosas palabras. —¡Debes dejarla en paz!

Estoy temblando y eso hace que mi movimiento no sea preciso y que él agarre mi mano y me detenga. En cambio, clava sus dedos en mi cuello y empieza a apretarlos, impidiéndome respirar.

¡Santo Cielo!

Agarro su brazo mientras noto la asfixia.

—Es más, tengo clarísimo que no la dejaré porque tú lo digas —aclara, sin soltarme—. Todo lo contrario, es mi esclava, ¿vale? Ahora mismo, ella es de mi propiedad y haré con ella lo que me plazca, ¡¿vale?!

—¿De qué coño hablas? —hablo con voz convulsa.

No me lo puedo creer y todavía dudo de si esto es una pesadilla. Mi alma se encoge.

—¡No te atrevas a hacerle daño, Bram! —recalco su jodido nombre—. ¡Soy capaz de cualquier cosa para protegerla!

—Primero encárgate de protegerte a ti, ¿acaso crees que te has salido con la tuya? —pregunta iracundo y me enseña los malditos dientes—. No puedes ser diosa sin haber pasado por la cama de todos los dioses, ¡entérate!

—¿Qué…?

—Y tú te has saltado todos los pasos, ¡no te puedes burlar así de nosotros!

—¡Suéltame! —bramo y le empujo—. ¡No deseo estar aquí siquiera!

—No soy ningún idiota —dice enojado—. Soy un dios en este sitio, así que te espero en mi cama, Afrodita. ¡Me lo debes! —comenta este con voz obscena y lleva su mano a mi trasero.

—¡Me das asco!

Mi desgarradora voz resuena con eco. Vuelvo a empujarle y, afortunadamente, en ese mismo momento, Álex y sale de la nada.

—¿Qué diablos haces? —Le amenaza y lo empuja con violencia. Tanto, que Bram casi se desploma en el suelo.

—¡Éramos una familia!

Se pone de pie soberbio y nos mira con horror, como si hubiésemos cometido un crimen.

—Y tú lo has estropeado todo…

Se da la vuelta y se va. Mientras miro despavorida cómo este se aleja, me llevo la mano al cuello y me toco la piel enrojecida.

—Él…. él… —digo tartamudeando.

Pero no sigo. Solo cierro los ojos y empiezo a subir las escaleras, furiosa. Solamente quiero llegar a la habitación de la segunda planta y encerrarme. No salir de ahí en un tiempo y poner en orden mis malditos pensamientos.

Todo lo que acaba de suceder y la cara real de Bram me dejan de piedra e incrementan mis miedos y sufrimiento. Limpio unas lágrimas que empañan mis mejillas, y más que dolor, es rabia y enojo. Me da rabia que haya gente tan mala en el mundo y que precisamente Berta y yo nos hayamos…

—¿Adónde vas? —Álex va detrás de mí, también subiendo las escaleras.

Al llegar a la primera planta, me sacude y me mira con atención.

—¡Aylin! —Intenta hacerme reaccionar—. ¿Qué te ha dicho ese desgraciado?

—Bram le va a hacer mucho daño a mi amiga. Pero no, no se lo voy a permitir —balbuceo, como si estuviese en un trance.

—¡Bram es un idiota!

—Álex… —Agarro yo sus brazos esta vez, sumamente asustada—. Te voy a preguntar algo y quiero que seas sincero.

—¿Qué es?

Frunce el ceño y me mira atentamente. Y todo esto me vale para recordar que soy una prisionera, aunque él sepa maquillarlo muy bien.

—¿Ahora estoy en deuda con todos los dioses de este maldito sitio? —pregunto.

Este no dice nada, solamente exhala el aire.

—¡Contéstame!

—Tenemos que hablar.

Aparta la mirada y me señala las escaleras, invitándome a subir a la segunda planta, imagino.

Y, de repente, pienso en mi amiga con amargura. Estoy preocupada.

«Bert… te ha pasado lo mismo que a mí», pienso confusa.

¡Maldita sea!

Ella está pasando por lo mismo que yo. Está con un hombre que la está engañando y manipulando. Aunque... Bram no es Álex.

Y eso me produce un escalofrío.

CAPÍTULO 17



POR FAVOR, MI DIOS

—ARES—

Analizo mi mano con atención y observo el flujo de la sangre roja fresca. Estoy sangrando más que un cerdo en una matanza y sí, he tenido suerte con no cortarme alguna que otra vena con el jodido cristal de la mesa. No debería haberlo hecho, pero la pura realidad es que me ha sido imposible dominar la furia, al escuchar aquellas palabras de la boca de mi propio hermano.

Aylin también observa mis heridas y empieza a tirar de mí hacia la habitación. Subimos las escaleras deprisa y, afortunadamente, me encuentro con uno de mis agentes en el pasillo. Le indico que me traigan el kit de primeros auxilios de la cocina. Este inclina la cabeza y se va. Llegamos a la habitación enseguida y, pese a que ella sigue enfadada con la actitud de aquel niñato, la noto más tranquila. En cambio, yo no me puedo sacar de la cabeza la actitud arrogante de Jackson. Apolo es un puto tormento y sé que debo hablar con él en privado, al igual que con Lorraine. No aceptaré que me falten el respeto de esta manera.

¡Pero se acabó!

Les he dado demasiadas oportunidades, algo que no es propio de mi rigurosidad y mi carácter. Pero la familia me produce debilidad, debo reconocerlo. Y, Lorraine, aparte de mi esposa y sumisa, también ha actuado como una madre en muchas ocasiones.

—¡Ven! —Oigo su suave voz cuando tira de mí y me obliga a sentarme en la cama.

—¿Estás bien?

—¿Cómo estás tú? —Analiza la fea herida que abarca mis nudillos.

—Bien —contesto—. No te preocupes tanto.

—¿Que no me preocupe tanto? —pregunta sorprendida y entra en el baño.

Sale del baño con una servilleta mojada y, después, se sienta a mi lado en la cama y empieza a limpiarme la herida.

—Me parece que tenía razón en lo que te dije. Nunca se han preocupado por ti.

—No mucho —le contesto.

—Ya lo veo…

Sigo dándole vueltas al significado de sus palabras. Es la segunda vez que Aylin afirma esto y debo darle la razón, en el fondo.

—¿Nadie cuidaba de ti de pequeño?

—En realidad… —Muevo una mano mientras ella restriega la servilleta mojada en mi mano, con sumo cuidado—. De pequeño siempre estuve en manos de los demás —le cuento—. Viviendo en Colombia, estaba a cargo de mi tía gran parte del tiempo. Mi tía sí me cuidaba, pero como siempre trabajaba, era yo el que frecuentemente me tenía que hacer cargo de mis dos primos. Y después, cuando me vine a Estados Unidos me cuidaban los sirvientes de Woods.

—¿Y tu madre? —pregunta esta mientras me sigue limpiando la herida.

Me acaricia la mano y levanta la vista, un tanto incómoda. Sabe que es un tema que no me agrada en absoluto.

Carraspeo.

—Mi madre… esa mujer que se hacía llamar madre estaba casi siempre metida en *El Templo*, con Woods. No la veía mucho, así que no tengo muchos recuerdos de ella. Y luego está Samanta, mi hermana.

—¡Álex! —exclama y me aprieta los dedos sin darse cuenta de que me está haciendo daño—. No sabía que tenías una hermana también.

—Bueno, no somos hermanos de sangre, pero también recuerdo que me trataba bien.

—Apolo es tu hermano, ¿verdad? —pregunta curiosa.

—Sí. Apolo es Jackson, el hermano del que te hablé. —Coloco la mano en su pierna—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—No lo sé. —Eleva los hombros—. Por tener un sitio importante en la mesa. He tenido la sensación de que tiene un cargo importante.

Asiento con la cabeza.

—¿Y tu hermana Samanta también estaba en la reunión?

Me culpo por haberla nombrado, conozco la curiosidad sin límites de Aylin y tenía que haber dado por hecho que ella intentaría averiguar más cosas.

¡Demonios!

Siento un nudo en la garganta, una asfixia y pena que me posee cada vez que pienso en mi hermana.

—¡Déjalo! —Retiro mi mano y no respondo a su pregunta—. Son unos pocos rasguños, ni siquiera me duelen.

—Lo que tienes no son rasguños —contesta muy terca y empieza a soplar en la herida.

Se siente bien notar su aliento en mi piel, me reconforta.

—¡Por Dios! Tienes hasta pequeños cristales dentro —constata—. ¿No sería mejor ir al médico y que te examinen?

Levanta la vista y tropiezo con sus grandes ojos celestes, que ahora mismo reflejan mucha preocupación.

—No, para nada —digo y empiezo a deshacerme de los tres trozos de cristal que he identificado en la herida.

—Pues yo creo que…

—¡Te he dicho que no! —Pongo una mueca.

—¿Y por qué no?

Sabía que no se daría por vencida.

—No me gustan los médicos —digo rápido y le aparto la vista.

Me sonríe.

—Ahora mismo estás actuando como un niño pequeño.

—Ya te he dicho que no me duele, es más…

Me detengo cuando escuchamos unos golpes en la puerta. Aylin se levanta de la cama enseguida y abre. Detrás de la puerta está mi agente con el kit de primeros auxilios.

—Mi diosa… —saluda y enseguida quiere retirarse, tras entregarle el pequeño maletín a Aylin.

—¡Un momento!

—Sí —comenta este.

—Dile a Max que lo quiero en el despacho en media hora.

—De acuerdo, mi dios. —Mi hombre asiente con la cabeza gacha y se va.

Ella cierra la puerta y se dirige de nuevo a la cama, con pasos veloces. Coloca el kit sobre la mesa y empieza a sacar el alcohol, algodón, unas tiritas y hasta una pomada desinfectante.

—Va a doler un poco —avisa mientras vierte alcohol sobre el algodón.

—Esta escena me es familiar.

Rememoro que, una semana atrás, era yo el que le curaba la herida que le dejó Lorraine.

—Ya… —dice esta muy concentrada y levanta la vista por un momento.

—Sí, ha sido una semana muy intensa —afirmo y todavía pienso en los acontecimientos de esta mañana. Necesito hablar con Max para asegurarme de que ha organizado todo relacionado que Peter, el hombre que ha fallecido al volante de mi coche.

—Así es —suspira, a la vez que frota la pomada en mis nudillos.

—Me gusta el tacto de tus dedos —musito.

—¿A que es muy placentero? —pregunta esta y me sonríe de nuevo.

—Eres admirable, Aylin —comento, totalmente absorto por esta bella mujer—. No sé cómo después de todo lo que nos ha sucedido hoy, aún eres capaz de sonreír.

—No me queda otra y… —Me mira tímidamente—, confío en que todo saldrá bien.

—Si estás a mi lado, todo saldrá bien.

Llevo la mano a su mejilla y deslizo los dedos en su piel rosada, sin dejar de mirarla.

—Necesito que hablemos —dice y agacha la cabeza de nuevo, borrando aquella encantadora sonrisa de su rostro.

Termina de esparcir la suave pomada y me coloca las varias tiritas que ha sacado del maletín. Aunque haya terminado de curar mis heridas, sigue sosteniendo mi mano en la suya.

—Gracias por … —comento.

—Explícame todo desde el principio a fin —interrumpe con mucha seriedad, como si se tratase de algo de vida o muerte—. Necesito saber todo lo relacionado a los dioses olímpicos y también saber a qué esperarme el sábado. Hoy me he sentido como una estúpida, no entendía nada de lo que estabais hablando.

—Sí, sé que lo que ha pasado abajo ha sido muy incómodo.

—¿Bram tiene razón? —pregunta decidida—. Álex, sé que les has dicho a todos que no me podrán tocar, pero no sabía que había una norma que me obligaba a hacer... eso, al ser diosa. No entendí nada en la reunión, ¡te lo juro! ¿Qué narices esperan todos de mí?

Miro el techo por un instante y bajo la cabeza. No es de extrañar que no entendiera nada.

—Sí, Bram tiene razón—. La miro, deseando no alargar más el momento—. Ninguna mujer puede desempeñar el cargo de diosa sin antes haber sido de… todos los dioses.

—¿Te estás refiriendo a acostarse? —Hace una mueca.

—Sí.

—¿Con las mujeres también? —Se lleva las dos manos a la boca y me mira horrorizada.

Me río.

—No, con las mujeres no… a no ser que tenga esos gustos.

—¿Entonces… me estás diciendo que tanto Lorraine, como las otras dos mujeres tuvieron relaciones con todos para ser diosas? ¿Contigo incluido? —Me fija con la vista.

Me sigo riendo, haciéndome gracia sus torpes e inocentes comentarios.

—¿Sabes? —Toco sus dedos—. Por eso te adoro, por tu pureza… tu inocencia…

Aclaro mi garganta, dispuesto a cooperar y a explicárselo. Sé que no será fácil contarle todas las cosas que le contaré, y más complicado será que ella lo entienda. Es un verdadero reto para mí que ella piense con la cabeza fría, y no desde aquellos principios que la arrodillan gran parte del tiempo.

—¿Cómo te lo digo? —Respiro hondo y clavo mi codo en el colchón—. Nuestro clan es uno en el que prima el libertinaje, como bien sabes. Se fundó con esa idea, es una casa de placer en la que podrás satisfacer tus fantasías sexuales. Cualesquiera que sean estas, Aylin —acentúo esto último para que lo entienda—. Y sí, todos los que has visto sentados en esa mesa abajo hemos tenido sexo con muchas personas, más de las que piensas. Y hemos probado de todo.

—Entiendo.

—Si las otras diosas no hubiesen pasado por la cama de todos nosotros, no se hubiese llevado a cabo la *purificación*, por lo tanto, no tendrían ese cargo.

—¿Purificación?

—Sí, aquí lo llamamos así.

—¡Menuda idiotez! —Junta los labios y muestra ese lado de niña pequeña—. No sé por qué os complicáis con palabras raras, Álex.

Me sigue mirando embobada.

—Pero… —noto como esta se rasca la frente, creo que está dudando si preguntármelo o no— ¿lo hicieron con todos a la vez?

Me sale una tremenda carcajada que no puedo frenar y analizo su genuino rostro y ardientes mejillas.

—Ahora mismo me encanta que tengas tanta curiosidad — digo—. Aunque gran parte del tiempo no me guste, debo reconocer que me diviertes mucho, Aylin.

—¡Álex! —me regaña, ofuscada—. Lo que estamos hablando no es una broma. Debo saberlo todo para así poder defenderme. ¡No vuelvas a reírte de mí, te lo advierto! —masculla en tono mandón.

—¡Vaya! —exclamo con una sonrisa—. ¿Me estás amenazando? ¿Qué harás si no te hago caso, me castigarás?

Ella se me queda mirando por un momento, se lleva el dedo al mentón, pensativa, y después acerca su rostro al mío.

—¿Y por qué no? ¿O sólo tú me puedes castigar?

—OK, ya paro, señorita. Suena muy amenazante ahora mismo —sigo con mi papel,

reprimiendo la sonrisa.

He de reconocer que cuando está enojada y frunce el ceño, se ve preciosa.

—A ver… —sigo—. No hay ninguna norma en *Álympos* que diga que una mujer para ser diosa deberá ser purificada por todos los dioses a la vez. Eso lo decidimos nosotros. Aunque tampoco sería nada raro que lo hiciéramos a la vez. Te recuerdo que aquí la gente viene a lo que viene. Y el sábado lo verás.

Su cara es un poema. Se estremece y se cruza de brazos.

—Lo sé —afirma—. ¿Pero por qué deben ser las mujeres las que deben acostarse con los hombres para llegar a tener este cargo, en pleno siglo XXI? ¡Es muy machista! —Frunce los labios, enfadada—. Es decir… ¿por qué una mujer no puede llegar a ser diosa por sus propios méritos, sin tener que pasar por la purificación?

—Son normas fijadas por nuestros antepasados. Nuestro clan es uno muy poco flexible y nos crían para seguir con la tradición —explico deprisa—. Nuestros cargos se han ido heredando de padre a hijo. Hace muchos años empezó siendo un clan solo de dioses, es decir, había solo hombres que tenían unas cuantas mujeres que les satisfacían. Las llamaban *heteras*. Eran mujeres a las que se les pagaban para sus servicios.

—Prostitutas.

—Sí.

—Después, algunas de ellas empezaron a ganar favores por parte de los dioses, y estos empezaron a consentirlas, hacerles regalos o darles ciertos privilegios, además de que se les permita sentarse a su lado en la mesa del salón. Y así surgieron las *ninfas*.

—Las favoritas de los dioses.

—Exacto. Te recuerdo que ahí todavía no había diosas en el clan. Pero con el tiempo, aquellas mujeres que llevaban muchos años al lado de los dioses como sus favoritas, que eran dignas de confianza y los satisfacían, llegaron a ser nombradas *diosas*. Como una señal de fraternidad y unión, se acordó que las ninfas pasaran por el proceso de *purificación.* Para nosotros, purificar es ofrecer placer. Y así pasó. Los dioses debían compartir la misma mujer para que ella pudiera ascender.

—Pero siendo ninfa también supongo que la compartían.

—Bueno, no siempre. Quizás una ninfa era la favorita de un dios y solo era de él.

—Entonces, no lo comprendo. —Mueve la cabeza—. ¿Por qué una mujer elegiría tener que estar con todos, cuando podría seguir siendo una ninfa?

—No elegían ellas —clarifico—. Eran elegidas. Y ser la elegida es lo mejor que le podría pasar a una ninfa.

—¿Por qué? ¿Qué cambia?

Ella también apoya el codo y se acomoda mejor sobre la cama.

—Muchas cosas. En general, las ninfas son ex prostitutas o alguna mujer que los dioses traen de fuera. Siendo ninfa, si un dios quiere tenerte, debes decir que sí. No puedes negarte. De hecho, hasta te puede compartir con quién quiera. En tu contrato pone eso. Se te paga una cantidad de dinero considerable, entre otras ventajas. Sin embargo, si llegas a ser diosa, tienes el mundo a tus pies.

—¿Y cómo es eso?

Me sigue mirando aturdida.

—Después de la purificación, esta no está obligada a tener sexo con nadie del *Templo* si así lo desea. Solamente estará con quién quiera. Dejará de ser prostituta, favorita o lo que sea. Tendrá el mismo sueldo que los dioses y los mismos privilegios. Compartirá las acciones de la empresa con ellos y se sentará en la misma mesa. Tendrá criados a su disposición, unos de los mejores hombres del Olimpo para satisfacerla, aparte de propiedades y coches.

La cara de Aylin es un poema y no me ha interrumpido en ningún momento. Solo está pensando. ¿Qué estará maquinando?

—¿Aylin?

Rozo su brazo, preocupado. Lleva bastante rato reflexionando y sin responder.

—Álex… —dice—, antes de la fiesta de ascenso del señor Sander, me dijiste que debía estar preparada. Yo iba a ingresar como ninfa, ¿verdad?

—Así es.

Ya no sé cómo se lo tomará después de haberle contado lo que supone ser ninfa.

—En realidad, no podías ingresar de otra manera. Ya te he explicado que una diosa debe…

—Lo he entendido. Querías que fuera tu favorita aquí, pero sabías que, si firmaba un contrato de ninfa, no podía rechazar a cualquier otro que quisiera tenerme.

—Así es —afirmo.

—Y me querías preparar para eso, por eso me trajiste a ese hombre enmascarado aquel día en tu ático.

—Sí, Aylin. Así fue como pasó.

—Pero también porque te produciría placer verme con otro en la cama.

—Sí, reconozco que así es —contesto con voz irregular. No quiero que se vuelva a enfadar, pero es la pura realidad.

—Pero entonces hay algo que no me cuadra —dice esta exaltada y sus intrigantes ojos me clavan.

—¿Qué?

—¿Por qué no quieres que los dioses me toquen si en realidad te produciría placer eso?

—Porque sé que tú no eres así —respondo—. Pese a que tú opines lo contrario de mí, no podría dejar que pases por algo así.

No sé por qué, pero me da la impresión de que su mirada refleja cierta decepción. No sé qué es exactamente lo que le gustaría oír.

—¿Entonces confío en que no me obligarás a hacer nada en contra de mi voluntad? —quiere saber—. ¿Ni tú, ni nadie?

—Nunca te obligaría. Y los demás están amenazados, por lo tanto, no hay peligro —expongo —. Ya satisfacerás otras de mis fantasías, no te preocupes. —Le guiño el ojo.

—Eso ya se verá. —Ella me guiña el ojo de vuelta, más dura que una roca. Casi igual de dura que mi erección, que arremete contra mi bóxer y pantalón. Debo desviarme, la conversación es peligrosa.

—Bueno, dicho esto, ya sabes lo que pone en tu contrato y cuál es tu papel aquí.

Ella vuelve a agachar la cabeza.

—Es tan poco creíble todo lo que me cuentas…

Usa el mismo tono de voz sobresaltado, prueba de que sigue en shock o algo por el estilo.

—Imagino, pequeña.

—Álex, a ver si lo entiendo. —Se relame los labios—. Primero: ¿me has dado este cargo sin el acuerdo de los demás? Segundo: ¿tengo acciones en vuestra empresa? Y, por último… ¿me estás diciendo que no estoy obligada a tener relaciones con nadie de aquí, si no lo deseo?

—Ahhm —balbuceo—. Sí, yo te hice diosa sin el acuerdo de los demás. —Muevo la vista, mientras pienso—. Sí, eres dueña de *Álympos*, aunque tengas menos acciones que yo y Apolo, pero tengas las mismas que los demás. Y sí, en tu contrato pone que no estás obligada a tener relaciones de esa… índole si no lo deseas —digo deprisa— salvo conmigo, obvio.

Abre los párpados, atribulada. El bloqueo que está experimentando es palpable.

—¿Puedo preguntarte por qué lo has hecho? Es normal que los demás estén furiosos —habla emotiva.

—Porque así lo he querido, Aylin.

—No me sirve tu explicación —contesta—. Te has enfrentado a todos por mí. No lo entiendo. Llevas conociéndome muy poco…

Esta vez soy yo el que la mira asombrado.

—¿Y qué? —Me pongo de pie y meto las manos en los bolsillos.

No sé a dónde quiere llegar. Necesito un whisky urgentemente, de manera que le doy la espalda y me dirijo al pequeño mueble. Agarro la botella y cojo un vaso, deprisa. Ha sido un maldito día demasiado pesado. Estoy cansado y tenso.

—Prometiste ser sincero —me recuerda mientras aprieto los dedos en el vidrio—. ¿Por qué te has enfrentado a ellos de esa manera? Al fin y al cabo, no debería ser nadie para ti, comparada con ellos. Son tus amigos y son como tu familia.

Escucho sus pasos detrás. Aylin se ha puesto de pie y me está siguiendo hasta el mueble.

—¡No digas eso! —le riño al escuchar sus absurdas preguntas—. Por mi culpa te has visto involucrada en un ajuste de cuentas, ¿vale? —Le doy un sorbo severo a mi copa.

Me encanta cómo me quema por dentro el whisky, deslizándose en mi garganta.

—Pero aun así…

—¡No me interrumpas! —ordeno—. Básicamente nos vimos sin opciones. Era o eso, o hacerte desparecer, y si no lo hacía yo, lo iban a hacer ellos. ¿Qué menos que darte un cargo en el cual sé que nadie tendrá derecho a obligarte a nada y estarías a salvo?

La miro, desubicado. No me gusta que las cosas se me vayan de las manos y ella es una artista en ponerme desquiciado. ¿Qué más quiere de mí?

—Álex… —Se acerca con aquel sensual contoneo de caderas, del cual ni ella misma es consciente— ¿estás seguro de que lo hiciste solo por eso, solamente por mí?

Ha llegado tan cerca de mí que, de repente, empiezo a entrar en calor. Siento un calor abrasador de la nada, el cual quema mi piel y hace que todo me sobre. Le vuelvo a dar otro sorbo a mi vaso

y me quito la chaqueta de traje. La tiro sobre una silla y evito sus persistentes ojos sobre mí.

Como de costumbre, esta no se da por vencida y me sigue fijando con la mirada. Está cruzada de brazos y únicamente me analiza.

—¿Qué? —pregunto nervioso.

Acto seguido, mi vista resbala sobre las curvas de sus caderas, que quedan tan bien definidas a través de la falda roja que lleva. Me tomo la copa al tirón para intentar apaciguar todo lo que ella despierta en mí con su mera presencia. No es solo excitación, es algo más. Es como si… como si me sintiese intimidado por ella.

¡Por todos los malditos dioses!

«¿Desde cuándo Ares se siente intimidado por una mujer?», me regaño mentalmente.

Vuelvo a coger la botella en mi mano y quiero llenarme el vaso, pero ella detiene mi brazo. Noto sus dedos presionando mis músculos y enseguida hace que la coloque de vuelta sobre el mueble. Su aura es demasiado seductora y misteriosa, aunque un tanto extraña.

—Álex… —empieza—. Les has gritado a todos que no se atrevan a ponerme una mano encima porque se las verán contigo. No me creo que lo estés haciendo solamente por mí.

Mi respiración se descontrola y colapso instantáneamente. Entonces, siento mi músculo expandirse bajo la tela de mi pantalón.

—Claramente no lo estoy haciendo solamente por ti…

—Lo haces también por ti.

Separo los labios un tanto consternado. No sé qué quiere insinuar exactamente.

—Evidentemente.

—¿Entonces por qué sigues pensando que serías capaz de compartirme, Álex?

—No entiendo tu pregunta. Yo sé que tú no eres de esa manera, así que…

Da otro paso más y se cruza de brazos.

—¿Y si te dijera que… quiero probarlo? —Sus dedos acarician mi brazo y juro que no comprendo su actitud.

Es como si me analizara con mucha sospecha y tramara algo.

—Probar… ¿qué exactamente? —Parpadeo deprisa.

—Contigo y… otro hombre.

La miro como si me hubiesen pegado un puñetazo en este momento en un ring de boxeo y me hubiesen golpeado la cabeza en aquel punto idóneo como para dejarme inconsciente por unos breves instantes. Es como si ahora mismo despertara y me encontrara con este panorama delante de mis malditas narices.

—¿De qué diablos hablas? —Aprieto la mandíbula, sin dar crédito.

—Estaba pensando que quizás…

—¡Eres mía, Aylin! —Aprieto su codo y la acerco más a mí—. Y nadie toca lo que es mío. Al menos, no sin mi permiso.

«¿Acaso se ha vuelto loca?», pienso con el vello de punta y unos nervios latentes atravesándome de la nada.

—¿Lo ves? —Le sale una risita—. Vives en un mundo paralelo, Álex.

La vuelvo a mirar con fijeza, sin entender ni media sílaba, ¿qué diantres está haciendo esta mujer?

—¡Explícate!

—Sigues pensando que podrías verme en la cama con otro, pero yo tengo otra teoría y pienso que…

Me hipnotiza la manera en la que mueve los labios.

—Ah, ¿sí? Pues yo pienso que estamos perdiendo ya el tiempo… —hablo con voz ronca y la alcanzo, atrapándola entre mis brazos completamente.

—¿Tú crees?

—Sí, eso creo…

—¿Y no quieres saber mi teoría? —insiste con aquella voz excitante que me convierte en animal.

—No quiero —le digo.

—No quieres porque tú mismo lo sabes.

Decido no responderle, no quiero comenzar con otra charla interminable en la que tengo que pensar sobre mí o sobre nosotros. Hablar del pasado, del presente o del futuro. Prefiero simplemente vivir el momento, como buen hedonista que soy y entonces me aferro a su cintura.

—Necesito follarte ya, Aylin —voy al grano.

Ella suelta un gemido y sonríe lascivamente. Aquella embaucadora sonrisa que me sentencia. Aquella dentadura perfectamente perfecta y aquellos labios afrodisiacos. La combinación perfecta para no querer pensar en otra cosa que no sea su boca.

De momento, Aylin atrapa mi cuello y nos fundimos en un impaciente beso. Sus labios parecen de seda y su lengua moviéndose incesante junto a la mía me vuelve completamente loco.

Empieza a desabrocharme la camisa con prisas. Mientras tanto, ingreso los dedos debajo de su jersey rojo ajustado y se lo levanto, loco por quitarle la prenda en cuanto antes y llegar a su piel.

—¡Ahhh, Álex! —suspira—. Siempre serás un sinvergüenza.

—Uno al que adoras, ¿cierto?

Noto cómo mi camisa se desliza hacia abajo, rozando mis hombros y cómo ella me la quita con arrebato, demasiado agitada. Lo está deseando tanto como yo.

—Depende....

—Reconócelo… —murmuro y muerdo sus voluptuosos labios—. Te encanta cuando te hablo así.

No responde, pero el rubor en sus pómulos y su mirada perturbada me lo confirman.

—Eso es bueno, pequeña —continúo y clavo mis rodillas en el suelo—. Eso quiere decir que aguantarás bien mis juegos.

—¿Qué juegos?

—Los que se me ocurran… —Le bajo la falta roja de un movimiento tosco.

Observo su piel erizada y después me quedo examinando su ropa interior. El sujetador y las

bragas que lleva son de colores diferentes y es básicamente ropa interior del montón. Además, vuelve a llevar las medias de pierna completa que tanto odio. Si no llevara estas malditas medias, estaría ya dentro de ella.

—Aylin… —Elevo mi mirada—. Hay unas reglas básicas que me gustaría que respetes y que tomes muy en serio.

—Ya me las dijiste.

—Te las repetiré entonces.

Empiezo a deslizar sus medias y se las quito mientras hablo.

—No podrás hablar de esto con nadie, bajo ningún concepto.

—Lo sé —suelta un gemido cuando beso su abdomen y mi boca famélica alcanza su ingle. Aprieto los labios en la tela de sus horrendas bragas.

—No puedes llamarnos por nuestros nombres, ¿vale?

Me quedo arrodillado y empiezo a acariciar sus piernas con mucha sensualidad. Su piel es demasiado sedosa e incitante y ahora mismo lleva nada más que las bragas y el sujetador. Me pongo de pie y toco su cuello tiernamente mientras le sigo explicando. Al mismo tiempo, hago que retroceda un paso.

—También lo sé…

—Además… una diosa deberá ir siempre arreglada, por fuera y por dentro, Aylin —añado insinuante.

—No entiendo, ¿qué quieres decir?

—Quiere decir que deberás vestir siempre de manera atractiva para tu dios. Tu ropa interior deberá ser elegante, atrevida y… cara. —La empujo suavemente en la cama, de modo que hago que se siente en el filo.

Me arrodillo nuevamente, separo sus muslos desnudos y acomodo mi torso entre sus piernas, al mismo tiempo que aprieto sus caderas.

—¿Qué le pasa a mi ropa? —pregunta boquiabierta.

Empiezo a besar la piel blanca de sus muslos, al mismo tiempo que ejercito sus piernas desnudas con mis dedos. Llevo mi mano hasta su pubis.

—No me agrada —contesto con franqueza.

Noto que se apoya en las manos y me sigue mirando con cara de incertidumbre.

—Además… —Me doblego hacia adelante y coloco una de sus piernas sobre mi hombro—, no vuelvas a ponerte ese tipo de medias. Te lo prohíbo. Necesito tenerte accesible y no estoy bromeando.

Beso la parte interna de su muslo y sé que mi tono suena amenazante.

—Comprendo —dice—, pero pienso que yo decido sobre qué ponerme.

La sangre me empieza a hervir en todo el cuerpo ante este rechazo.

¡Oh, maldita sea!

Debo dominarla. De alguna manera, deberá comprender cuáles son las normas y que deberá respetarlas.

La miro mientras recorro su muslo y entrepierna con la punta de mi lengua. Tiro de su trasero, y eso hace que se tumbe más y caiga hacia atrás, apoyándose en sus antebrazos. Sigo seduciendo su piel con mi lengua y aparto sus bragas con mi boca.

—¡Ahhh! —suspira desconcertada cuando siente mi ansiosa lengua en su punto más sensible.

Me estremezco al sentir en mi paladar la humedad que empapa la tela y lamo su labio vaginal con fuerza. Escucharla gemir de esta manera me excita más todavía y, entonces, llevo mi mano a su espalda. Le desabrocho el sujetador rápidamente y con destreza, mientras hundo más mi ardiente lengua en su clítoris. Esta se arquea con un quejido gutural y se derrumba completamente sobre la cama.

Sus gemidos aumentan conforme le aparto las bragas con dos dedos y me deleito con aquella carne sensible, la cual provoca sacudidas en mis pelotas. Noto en mi boca su creciente humedad y llevo una de mis manos a sus tetas, al mismo tiempo que con la otra, aprieto sus caderas contra mi boca. La vista de su redondo y voluptuoso pecho, me provoca unos intensos pálpitos.

—¿Estás segura de que no me quieres complacer, pequeña? —Alzo la cabeza levemente y abro más sus piernas, de una ruda sacudida.

No me queda paciencia.

—Álex, quiero complacerte solo que... —suelta otro gemido profundo cuando agarra la sábana con una mano y la aprieta con fuerza.

A continuación, me pongo de pie y coloco una rodilla en el colchón, precisamente entre sus piernas. Me tumbo sobre ella velozmente y la inmovilizo con mi cuerpo. Asedio su boca y empiezo a deleitarme con su interior caliente, mientras la intensidad de nuestro beso nos consume. Llevo mis labios a su oreja y empiezo a devorar también esa piel, es más, sé que mi respiración en su oído la excita más. Después, bajo a su cuello y la beso con desesperación. Mi lengua deseosa de toda ella se pasea por la piel blanca de su cuello y esta se retuerce enloquecida debajo de mí. El terremoto está servido en mi gran cuerpo cuando ella empuja sus muslos contra mis caderas y roza su pubis con mi bragueta, violentamente.

Mi pequeña está que arde y eso me encanta.

—Aylin… —susurro con voz torturada—. ¿Lo notas? —pregunto y aprieto mi bulto, que está que se sale de mis pantalones, contra ella. Empiezo a moverme entre sus piernas como si la estuviera penetrando. Lamo, succiono y le muerdo el cuello intensamente.

—Sí.

Su mirada brilla de deseo cuando nuestros ojos quedan enlazados.

—Sabes lo que te haré, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—¿Lo deseas?

—Mucho… —gruñe excitada.

Desciendo deprisa y beso la piel que hay entre sus senos, para que después deslice mis labios a uno de ellos. Tiro de su protuberante pezón y la carne suave de su pecho invade mi cavidad. Juego con su pezón y entierro su pecho en mi boca, sin darle tregua.

—¡Ahhh Dios! —Jadea en mi oído con desespero—. Me encantaría…

Así la quiero, dócil y desesperada de tenerme dentro.

Se lanza a mi boca enloquecida y besa mi labio inferior. Empieza a jugar con mi lengua y noto complacido que me succiona con poderío, simulando una felación.

«¡Diablos! Esta poderosa mujer me pone con solamente chuparme la lengua», pienso perturbado.

Y entonces me la imagino arrodillada, hundiendo mi miembro en su boca, abarcándolo todo. Eso hace que me mueva de manera más violenta entre sus piernas, al mismo tiempo que toco sus empapadas bragas con una mano.

—Pequeña… me quieres sentir ya dentro, ¿verdad?

Me abalanzo de nuevo sobre ella y le muerdo el otro pezón. Lo lamo y lo chupo con ímpetu, forzando la situación por tal de salirme con la mía. Sé que está al límite, noto el temblor en su cuerpo. Gruño impaciente, pero a la vez me pregunto por qué soy de esta forma, por qué necesito su sumisión para sentirme completo y feliz.

¿Por qué mi retorcida mente teje sin cesar mil maneras de dominarla?

—¡Ohhh sí! —suspira extasiada—. Quiero sentirte ya.

—Yo también preciosa, te necesito tanto… —hablo en su oído con voz sofocada—. Pero también necesito que aceptes mis normas, Aylin.

—¿Qué normas?

Ella lo prevé. Se me resistirá, pataleará, pero sabe que no daré mi brazo a torcer. Nadie puede luchar contra Ares.

—La lencería que me guste, las medias accesibles y… no llevarás nunca bragas en mi cama, ¿entendido? —añado.

Tras decir esto, mis dedos alcanzan su ropa interior y la aparto con brusquedad, clavándole mi dedo corazón con demasiada fuerza. Como acto reflejo, agita sus caderas, adaptándose a mi dedo invasor.

—¡Estás loco! —dice jadeante mientras desliza sus uñas en mi espalda.

Deja unos suaves rasguños en mi piel, a raíz del movimiento de mi dedo, moviéndose infalible. Siento calambres por dentro cuando veo que ella se mueve convulsa.

—¡Dilo, preciosa! —le insisto determinante—. ¿Me complacerás?

—No juegues de esta manera…

—No estoy jugando —rebato—. Querías conocerme, Aylin. Ya me has conocido. Pero ahora la pregunta es… ¿querrás complacerme?

Empiezo a besar y morder su cuello de manera salvaje, mientras ella sencillamente se mueve al ritmo de mi dedo, con la respiración cortada. Sé que su cabeza le dice que se levante y me plante cara, pero el placer la frena. Y eso solo puede significar una cosa: le estoy ganando la partida.

—¡No diré lo que esperas oír!

«O no…».

¡Mierda! Tenso la mandíbula ante su terquedad y me culpo por cantar victoria antes de tiempo.

—Yo solo espero oírte decir que respetarás mis normas —hablo en su oído al mismo tiempo que empiezo a dibujar círculos en su interior con mi travieso dedo. Tiro de su pezón.

Mi pequeña y terca mujer empieza a gemir más desesperada todavía.

—No es nada difícil.

—¡Tampoco es fácil! —rebate, como lo fiera que es.

Y eso me encanta.

Suelta otro gemido que suena como música en mi oído. Tengo los pelos de punta y estoy demasiado impaciente. La estoy torturando a ella y a mí. Agarro su cabeza y junto mi rostro con el suyo, procurando calmar esas ansias y enojo que surgen en mi interior.

—Me harás caso, ¿cierto? —pregunto con rudeza y alcanzo el nacimiento de su cabello con dos dedos cuando aprieto su boca contra la mía—. ¿O quieres que te castigue, eh?

—¡Acaba ya con esto, Álex! —ruega.

—Tu sumisión es lo que me alimenta, pequeña… —confieso sin tapujos —. Pensaba que te habías dado cuenta de lo que exigiría de ti.

Siento sus inquietos dedos en la bragueta de mi pantalón.

—Me tienes ya… —Lame mi cuello y me aprieta contra su torso—. ¿Qué más necesitas de mí?

Muerdo su mentón, al borde de la inminente invasión. Necesito su cuerpo, su mente, su alma. Lo necesito todo.

—Oírte… —murmuro—. ¡Ruega que te folle, Aylin! ¡Dilo!

—Son solo palabras.

—Palabras que necesito —la contradigo y acelero las embestidas en su interior. Mi mano queda completamente empapada.

—Hazlo ya… —dice finalmente cuando devoro sus labios cuan animal hambriento.

—Por favor… —corrijo.

—Por favor —repite.

—Mi dios.

Sonrío, a la dulce espera.

—Mi dios… —habla en un suspiro.

Su rostro está encendido y sus ojos centelleantes.

—¡Ohhh! Me encanta oírte —Beso su frente—. Me haces tan feliz… ¡Oh! —Jadeo con fuerza —. Mi diosa, amo dominarte. Eres mía ¿entendido? —clamo con rudeza y muerdo su oreja, mientras mi mano choca con su periné con más intensidad que antes.

Esta se sacude debajo de mí, totalmente fuera de sí y sus movimientos enloquecedores contra mi pubis y mi dedo clavado en su interior, lo confirman.

—¡Dios mío! —susurra.

—¿Respetarás el protocolo? —Muerdo el lóbulo de su oreja— ¿Lo harás?

Me muero lentamente por embestirla, pero no puedo. No antes de que me lo confirme.

—¡Sí! —pega un grito desquiciado—. ¡Sí, respetaré el maldito protocolo si eso es lo que quieres! —gruñe, demasiado impaciente.

Escucho su respiración veloz. Inspira y espira intensamente.

—Sí, mi dios —la corrijo y beso la comisura de sus labios.

—¡Ohhh! —exclama embobada, intentando hacer frente a mi dedo.

—¡Dilo! —Agarro su mentón y la miro.

—Sí, mi dios… —susurra.

Entonces, le doy un beso de agradecimiento en la boca, le aparto las bragas y la penetro de golpe. La embisto de manera despiadada y anhelante, ejerciendo presión en su interior y queriendo llegar hasta lo más profundo. Se retuerce debajo de mí y arquea sus caderas, soltando unos agudos gemidos. Nuestros labios vuelven a adorarse y a seducirse, al mismo tiempo que me entierro en ella completamente.

—Gracias, mi diosa —digo con adoración y beso su frente, extremadamente agradecido.

Intento controlar mi respiración, ya que Aylin me tiene embaucado. Tan embaucado, que el simple roce de nuestros cuerpos me inyecta una alta dosis de adrenalina y hace que sienta unas enormes ganas de soltar todo este fuego que me abrasa hasta las entrañas.

Definitivamente, la adoro.

Dejo que la naturaleza haga sus estragos y me muevo con brusquedad. Aprieto su cabeza en mi rostro, disfrutando de las caricias trepidantes de su respiración en mis labios y nariz. Nuestras bocas no se cansan de sentirse por dentro y me emociono, complacido con todo lo que nos está pasando.

Y sí, todo es parte del juego, pese a que no quiera reconocerlo delante de ella.

Me encanta la dureza de su carácter y su infalible manera de resistirse. Uno de los placeres de un cazador es la caza, más que la presa en sí. Si no se hubiese resistido antes de pronunciar aquellas palabras, no hubiese sido todo tan interesante, placentero y… desquiciante.

Separo más sus muslos y me coloco de rodillas sobre el colchón. Elevo su trasero y llevo sus piernas a mis hombros. Junto sus pies en mi pecho y aprieto sus gemelos con mis brazos. Le empiezo a besar los tobillos con dedicación, primero uno y después, el otro.

—Me encantan… —Lamo su piel—. Pero me gusta más cuando llevas tacones.

—¿Otra norma más?

—Puede ser.

Tiro más de ella, elevado su trasero en el aire. Vuelvo a invadirla con un solo movimiento, arrancándole un precipitado grito. Entonces noto sus quejidos, de hecho, presiona sus dedos en mis fuertes muslos. Me está frenando, pero me cuesta demasiado parar.

—Álex, me está doliendo.

—Es normal, desde este ángulo accederé plenamente —explico y desacelero—. Me tendrás dentro completamente. Solo necesito que te relajes, Aylin.

Esta suspira y tiembla. Por mi parte, intento ser lo más suave posible, ya que no le quiero hacer daño. Es muy estrecha y podría herirla, cosa que no quiero. Solo quiero que disfrute.

—¿Estás bien?

Empujo mis caderas y siento que poco a poco consigo abrirme paso.

—Mejor —responde ahogada y relaja sus manos, dejándome avanzar.

—Ohhh… así pequeña —suspiro y empiezo a temblar por el placer que me produce adentrarme cada vez más en ese canal de sus partes bajas, parcialmente cerrado.

—¿Notas cómo tus músculos se relajan?

Nuestro roce es indescriptible. Mis movimientos son cada vez más rápidos y hundo mis dedos en su pecho. Nuestras caderas se mueven continuamente.

—Estás deseosa de recibirme. Y ahora dime, ¿te gusta?

—Sabes que esta pregunta sobra —Se humedece la boca y me sonríe.

Le sonrío de vuelta y empiezo a jugar con sus pezones con una mano, al mismo tiempo que con la otra sigo agarrando sus piernas y elevando su cuerpo.

—¿Quieres más fuerte?

— Sí...

—¿Cómo de fuerte?

—Mucho.

—¿Así?

Me sacudo de placer al escucharla. Toco sus labios y meto en su boca el dedo corazón con el cual la he penetrado minutos atrás.

—Chupa —ordeno—. El fruto de nuestra lujuria…

Ella lo succiona con erotismo, dejándose llevar.

¡Por Zeus! Esto es lo que me faltaba, para caer rendido a sus pies completamente. La libero e ingreso dos dedos esta vez. Acto seguido, los mismos acaban en mi boca. Disfruto nuevamente de su jugo, sin dejar de analizar sus lascivos gestos. Ella me mira totalmente sobrepasada y con los sentimientos a flor de piel.

—Ahm, sabes exquisito —murmuro, mientras llevo mi mano a su cuello.

Admiro su piel blanca, sin parar de embestirla. El ruido que genera nuestros cuerpos al chocar desenfrenados y sus gemidos, me desequilibran totalmente. Sigo irrumpiendo en su interior con pasión e inmovilizo su cuello con mi mano, pero sin apretar. Lo estoy haciendo solamente porque me produce una satisfacción insuperable verla retenida debajo de mí.

Todos mis malditos músculos se contraen cuando me dejo llevar, y también cuando pienso en… eso. Me encantaría atarla y azotarla ahora mismo. Sí, siento un deseo enfermizo por dentro, es algo que me consume y me persigue. Algo de lo que no puedo deshacerme. Sin embargo, no puedo sentarla en aquel sillón todavía. Primero debe acostumbrarse.

Su respiración está delatando su inminente orgasmo y entonces aprieto más mis brazos alrededor de sus tobillos. Sigo con los movimientos rítmicos y los cuales nos trasladan al cielo.

—¡Ohhh, así…! —me indica esta, que también mueve sus caderas en busca de ese gran alivio que ambos necesitamos.

—Jamás me canso de tus gemidos, Aylin…

La ronquera en mi voz es evidente. Estoy consumido por la lujuria y el deseo que le tengo.

Sin más preámbulo, abro sus piernas con una mano y me llevo dedo a ese botón placentero de su entrepierna. Presiono, sin dejar de invadirla al mismo tiempo. Esta empieza a gemir descontrolada y ejerce presión en mis muslos.

Sus trastornados gritos me llenan de orgullo y satisfacción; al poco rato, yo también libero esas intensas llamas que siento por dentro. Dejo su trasero caer en el colchón y aprieto más mis

caderas contra ella. Apoyo mis brazos sobre la cama, de manera que me quedo suspendido por encima de ella. Al mismo tiempo que le dejo hasta la última gota de mi ser, deposito un beso suave en sus labios y nuestras respiraciones intranquilas vuelven a acariciarse.

—Me tienes loco —suspiro.

Ella esboza una adorable sonrisa y desliza sus manos en mis nalgas y mi espalda, paulatinamente.

—Estoy loco por ti, Aylin —repito.

—Puedo aceptarlo.

—Acéptalo, porque es la verdad.

—Te creo —responde—. Solo un ciego no se daría cuenta.

—¿Notas la locura?

Acaricio sus mejillas tintadas de rojo y percibo el brillo del sudor en su cara.

—La noto… Quiero sentirla todos los días… —dice, al mismo tiempo que cubre mi rostro de besos húmedos.

—Todos los días no. La sentirás a cada instante a mi lado.

—¿Prometes?

—Prometo —le contesto emocionado, aún invadiendo su interior y siendo uno solo.

La vuelvo a besar.

—Aunque esta locura la sentirás mil veces más fuerte ahí dentro —completo.

Al instante, levanto la vista y señalo algo con la cabeza.

Ella también mueve la cabeza y fija su vista en mi cuarto favorito. Me vuelve a mirar, pero esta vez con cierto temor. Le sonrío e intento inspirarle confianza.

—No temas, sé que te encantará.

Acaricio su cabello un tanto deshecho.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta ha sido la primera y la última vez que hemos tenido sexo normal en esta habitación. —Me agacho más sobre ella—. Aylin... estás en *Álympos*.

Nos fundimos en otro abrazo emotivo y permanecemos callados, como si nuestras propias voces sobraran en estos instantes y solamente importara las palabras no escritas que destilan nuestros ojos. Jamás pensé que perderse y reencontrarse en la mirada de alguien tan especial como ella supondría una experiencia tan placentera para mis sentidos. Pero una experiencia dolorosa en la misma medida.

Carraspeo.

—Debo hacer una llamada —Me retiro rápidamente.

CAPÍTULO 18



A MI MANERA

Unos vehementes golpes en la puerta me despiertan. Toco las sábanas con la punta de mis dedos y abro los ojos. Miro a mi lado, pero Álex no está. No sé el tiempo que ha transcurrido y tampoco sé dónde está él. El sueño se ha apoderado de mí al instante. Ha sido un día demasiado intenso.

Miro el reloj. Son casi las nueve de la noche y fuera reina la oscuridad. De hecho, se oye también el sonido rítmico de la lluvia, azotando el gran ventanal.

De nuevo los golpes.

Me quedo en silencio y presto atención, pensando en que podría ser Lorraine. Estoy completamente desnuda y, aunque mi ropa esté cuidadosamente doblada sobre una silla, no me dará tiempo a vestirme para poder abrir. Agarro la sábana negra que hay en la cama y me la envuelvo en el cuerpo. A pesar de que en la habitación de Ares predomina más bien la claridad, y los colores que destacan son el blanco y el dorado —salvo la habitación sado—, curiosamente la ropa de cama es completamente negra y de material sedoso.

El contraste entre el blanco y el negro es peculiar. Como él, como mi dios Ares: claro y a la vez oscuro. Adorable y transparente a veces y misterioso y posesivo otras tantas. Sonrío y pongo cara de imbécil cuando recuerdo todo lo que ha pasado en la tarde. Mientras tanto, me levanto deprisa y camino decidida hacia la puerta. Sea quien sea, tendré que enfrentarme a ello. Si he decidido quedarme a su lado, no podré dejarme intimidada por nadie, por más que ella sea su esposa.

Respiro hondo y abro con los dientes apretados y esperándome a lo peor. Sin embargo, detrás de la puerta se encuentra la señora regordeta vestida de griega, sujetando una bandeja.

—Buenas noches, mi diosa —habla con la cabeza gacha—. Le traigo la cena.

No titubea a la hora de entrar y dejar la bandeja en la mesa que hay junto a la amplia ventana.

—Gracias —musito y aprieto más la sábana alrededor de mi cuerpo.

¡Qué vergüenza!

Pero esta ni me mira. Simplemente se da la vuelta y, sin añadir nada más, la mujer se retira con la misma actitud fría que ha mostrado desde el primer día que pisé *El Templo.*

—¡Señora Prudence! —exclamo antes de que ella empiece a bajar las escaleras, una vez fuera de la habitación—. Sabe dónde está Él… Ares —Carraspeo incómoda—, ¿el dios Ares?

La señora sigue sin levantar la vista y me perturba la sumisión que muestran todos, probablemente esto siendo parte de aquel protocolo de las narices que él tanto nombra. Incluso noto cierta sorpresa en su rostro, aunque no pueda definir con claridad cuál es su expresión facial.

—Prudence para usted —contesta—. Nuestro dios ha tenido una reunión en el Gran Despacho y después ha salido.

—¿No sabe a dónde ha ido?

—No, mi diosa.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Asiento con la cabeza y cierro la puerta. Me quedo sola en la habitación y ruedo mi vista

alrededor, sin saber cómo matar el tiempo. Agarro el móvil y realizo una llamada, intentando averiguar dónde está. Solo que no recibo ninguna respuesta desde el otro lado.

A continuación, pienso que necesito una ducha y que también debo encontrar algo para dormir. En Toronto no me compré pijamas, de modo que estoy planeando decirle a Álex que me acompañe a la residencia y así podré coger mis pijamas, ropa, maquillaje y algunas cosas de uso personal. Cuando me secuestró, llevaba encima nada más que el bolso y el vestido de fiesta que despedazó minutos después.

¡Virgen Santa!

Toco la ventana con la yema de mis dedos, intentando perseguir las gotas de lluvia que se deslizan lentamente. Sigo sin asimilar que en una semana haya cambiado mi percepción de las cosas y, en vez de querer huir de este lugar, lo único que deseo ahora mismo es saber dónde está el dios Ares y cuándo estará de vuelta. Y eso es porque Álex fue capaz de enfrentarse a todos los dioses olímpicos y se atrevió a darme este cargo sin consultarlo con los demás. Y todo para que nadie pudiera tener poder sobre mí o pudieran exigirme nada. Si hubiese sido ninfa, cualquiera de ellos me hubiese podido reclamar y él no hubiera podido decir que no.

Y ahora me viene a la mente Bram. Recuerdo con asco que él tuvo las narices de decirme que me esperaba en su cama y que no sentía nada por Bert.

¿Cómo se atreve?

«Haré que su relación con Bert termine», pienso convencida, mientras entro en el vestidor que hay al lado del baño.

Es un cuarto enorme, igual de grande que nuestra ex habitación de la residencia. Cuando localizo los varios armarios empotrados, decido buscar un hueco para colocar la ropa que me he traído de Canadá. A continuación, abro las puertas de los armarios de par en par y veo unos trajes sumamente ordenados, colgados en unas perchas. Acaricio aquella chaqueta y evoco todos los acontecimientos de esta tarde.

Están todos dementes, él incluido. Y, aunque me cueste reconocerlo, no puedo desechar de mi mente su forma dominante de hacerme suplicar y de obligarme a aceptar sus normas. Me exigió llamarle *mi dios.* Me hipnotizó y embaucó de tal manera, que hizo que cediera. El deseo que le tengo hizo que no fuera capaz de hacerle frente y ahora, más que nunca, estoy segura de que querrá doblegarme. Ahora que estoy en *El Templo*, querrá meterme en su mundo de lleno. Sin titubeos ni excusas.

Suspiro, sin saber qué pensar. No tengo ninguna duda de que Álex todavía no me ha mostrado su parte más sádica. Unos nervios me recorren de repente. Estoy segura de que él no ha sacado el demonio que lleva dentro y, aunque confíe en él ciegamente, es inevitable no temer a lo qué me podría ocurrir en aquel cuarto.

¿Podré decirle que no?

Sería una ilusa barajar esta posibilidad. Esta tarde me ha sometido, aprovechándose de nuestra pasión. Y confieso que hubiese vendido mi alma al diablo con tal de sentirlo dentro.

¿Por qué?

Porque su demencia se contagia. La envolvente demencia y dulce locura de mi dios Ares se te mete en la sangre. Se cuela bajo tu piel. Recorre todas y cada una de tus venas y hace de tal manera que necesites tenerlo cerca, al precio que sea. Sientes la necesidad de contemplar esos ojos oscuros todos los días, sentir su respiración rauda sobre tu piel, notar el latido de tu corazón

con cada roce de sus labios suaves y persuasivos en todo tu cuerpo. Y entonces necesitas oír su voz varonil y perversa cuando te susurra todas esas cosas en el oído. Cosas adorables y cosas sucias, palabras que atraviesan tu piel como si de una corriente eléctrica se tratase.

«Eres mía…», rememoro.

Su voz suena en mi cabeza con un fuerte eco. Una y otra vez.

«Sí, Aylin, eres suya. Y cuanto antes lo reconozcas, antes te sentirás en paz contigo misma».

Y sé que esas palabras que me obligó a pronunciar —*mi dios*—, en realidad son el equivalente de *mi amo*. Y aunque él me llame *mi diosa*, en realidad tengo asumido que seré su sumisa.

¿Me aterra este pensamiento? No. El amor que siento por él es tan inmenso e infinito, que me lleva al extremo de desear satisfacerlo. Y sí, deseo que me domine. Aunque suene descabellado, estoy descubriendo facetas de mí que no sabía que existían. Estoy descubriendo que no me agrada en absoluto su lado posesivo y misterioso, pero sí, me atrae su lado dominante.

¿Por qué? Ni idea, simplemente es algo que no controlo.

Seré su sumisa, pero a mi manera.

Nunca me dominará de la manera que él quiere. Lo podrá hacer en la cama. Podrá dominar mi cuerpo y mi alma. Podrá dominar mi corazón también, del que ya es dueño. Pero no dominará mi mente, ni el curso que tomará mi vida. Él no marcará los pasos que daré en mi camino. Él caminará a mi lado si así lo desea, al igual que lo deseo yo también. Pero no caminará delante de mí.

Abro todas las puertas de los armarios del vestidor, sumida en estos pensamientos desconcertantes.

«Tu estancia aquí es temporal, Aylin…», me animo por dentro.

Observo que no hay ni un mísero hueco en sus armarios. Noto que está ocupado en gran parte de su ropa, que básicamente cosiste en trajes, trajes y más trajes oscuros. No me sorprende. En un lado localizo unas perchas en las que cuelgan unos camisones de dama. La mayoría son blancos y negros, de telas satinada, encaje y seda. También hay multitud de conjuntos de lencería de la misma tela que los camisones, pero con más colorido. Cada cual más atrevido y, en gran parte, de cuero. Claramente, el cuero es uno de sus favoritos.

De repente, unos intensos celos me invaden al pensar cuántas decenas de mujeres habrán pasado por su cama y cuántas habrán llevado toda esta ropa atrevida en sus sesiones de sado.

Me estremezco y el enojo me carcome. Por un momento, pienso en qué pasará tras tenerme de verdad, como él quiere. ¿Y si se aburrirá de mí?

«¡Ohhh, Dios!», lucho conmigo misma. No debería siquiera pensar en esto. Álex ha hecho muchas cosas por mí, es más, hoy mismo ha dicho que daría la vida por mí.

«Lo has visto en sus ojos…».

Analizo las prendas de ropa, con este pensamiento tan desalentador en mi cabeza. Niego ponerme cualquier camisón o ropa interior de la que hay en este maldito armario, ropa que otras mujeres se hayan puesto. Teniendo esto claro, a continuación agarro una camiseta blanca ancha que identifico entre la poca ropa casual y deportiva que hay, unas bragas de mi maleta y me voy a la ducha.

Minutos más tarde, tras ducharme y acomodar mi ropa en un cajón vacío que he encontrado finalmente, estoy cenando y bostezando, todavía cansada. La lluvia es cada vez más intensa y

Álex no ha vuelto.

Le vuelvo a llamar varias veces, pero este no coge el teléfono.

Decido escribirle.

Hola, ¿dónde estás?

Admiro la lluvia otra vez con tal de distraerme, y doy un brinco cuando el cielo queda iluminado por varios relámpagos. Acto seguido, oigo un agudo trueno, el cual hace que me entren ganas de meterme debajo de la cama. Y no hiperbolizo, las tormentas me aterran, literalmente.

Sigo cenando y disfrutando de cada bocado. La comida en *El Templo* no está nada mal, aunque no sé porque me extraña. De cara a los demás humanos, es un hotel de cinco estrellas donde acuden clientes VIP, ubicado en las afueras de la ciudad. La comida debe estar buena.

Mientras espero que el tiempo pase con rapidez, también hablo con Bert, preguntándole qué tal el día de compras con Rebe. Paso el dedo por la variedad de fotos que me acaba de enviar y examino las prendas de todo tipo, algunas de un color demasiado chillón para mi gusto. Pero Bert es así.

Repentinamente, salta el aviso de un mensaje entrante. Abro el chat con nerviosismo.

¡Hola! Lo siento, estoy trabajando, me ha surgido un imprevisto y estoy en la agencia con mis socios. Estamos reunidos.

Vale.

Coge la llave que hay en el primer cajón del mueble. Es la llave de reserva de la habitación. Si te han servido la cena, cierra la puerta. No dejes la llave puesta.

De acuerdo —leo sus instrucciones—¿**Tardarás mucho? No me gustan las tormentas…** —pregunto.

Escribiendo...

Sí —responde seco— **No me esperes despierta. Mañana te cuento, ¿vale?**

Ok —tecleo.

Escribiendo…

No tardo, lo prometo. Solo cierra los ojos y piensa en mí, Aylin. Porque yo no paro de pensar en ti.... Y no se te ocurra acostarte sin cenar —añade.

Me sale una risa y me saco una foto a mí misma, con cara de boba total, en la que le señalo la bandeja de la comida.

Escribiendo...

Eres la diosa más bella del Olimpo, pequeña.

Y tú un adulador que siempre quiere conseguir sus objetivos —replico y me río.

Álex se ríe mediante unos emoticonos graciosos.

Ojalá solucionéis pronto el problema —escribo finalmente para despedirme, aunque…

Me detengo en el último momento y aprieto el móvil. Escribiría algo más solo que…

Mejor no.

Espero unos minutos mientras termino mi cena, pero este no me contesta. Seguramente está

trabajando y es posible que tenga muchas cosas atrasadas, al igual que me ocurre a mí. Me levanto a duras penas, quedándome con ganas de seguir la conversación y agarro la llave plateada del cajón. Cierro la puerta deprisa. Después, me acomodo en la cama y apago la luz, mientras pienso que tengo un montón de cosas pendientes, como por ejemplo estudiar. Me quedo profundamente dormida. Estos días me están pasando factura y lo noto en las ojeras y en mi peso, ya que he adelgazado al menos tres kilos.

***

Un sonoro estruendo me despierta súbitamente. Me da un vuelco al corazón y toco las sábanas, pero cuando miro a mi lado, no hay nadie en la cama. La lluvia golpea con más violencia que antes el fino cristal y mi piel se eriza de repente. Fuertes truenos, lluvia incesante, oscuridad, relámpagos de fondo y… su figura en la penumbra.

¿Qué hace ahí? Agrando los ojos, sin dar crédito a lo que estoy viendo. Juraría que, en estos instantes, él está sentado en un sillón aterciopelado que hay junto a la cama. Me está mirando.

—Álex… —murmuro su nombre, sin saber si estoy soñando o estoy despierta.

Todo es tan confuso…

Otro destello de luz a raíz de los relámpagos. Enseguida froto mis ojos y me sujeto en los brazos. No, no estoy soñando. La luz del relámpago me permite verlo con claridad, aunque sea fugazmente. Está desnudo y sujeta algo. Parece una copa.

—Sigue durmiendo. —Identifico su voz, pero no distingo muy bien su silueta.

—¿Qué haces ahí?

—Contemplándote, pequeña…

Mis terminaciones nerviosas empiezan a vibrar y mi piel se eriza, totalmente descontrolada. Los escalofríos empiezan a recorrerme y mis senos responden.

¿Cómo es posible que el simple hecho de oír su voz invoque en mí este maldito terremoto? Simplemente pensar que está completamente desnudo, mirándome, hace que unos nervios me atraviesen. Intento tranquilizar mi respiración y pienso en por qué está ahí y no en la cama.

—¿Estás bien?

—Sí, me estoy relajando antes de dormir.

Otro relámpago y otro trueno. El sonido me cala y doy un brinco involuntario. El relámpago me permite distinguir mejor su silueta en la penumbra, de modo que percibo su cuerpo robusto y sus músculos tensos al sujetar aquella copa que tanto le gusta tomar. Sus pectorales y piernas también se ven con claridad. Mi Adonis en este momento se está moviendo discretamente en el sillón de una plaza que hay junto a la cama, y parece relajado. Aunque vea su cara por un efímero instante, esa oscuridad de sus ojos me cala, al igual que el trueno.

—¿Ha salido todo bien en la agencia?

Intento entablar una conversación, sin embargo, sus respuestas son demasiado precisas.

—Sí y no. Mañana debo volver temprano.

—Álex, hoy hemos hablado de muchas cosas, pero quizás no hemos hablado de lo más importante.

—¿Como qué?

—De cuando volveré a la residencia y… de aquel tipo que nos está buscando.

—No podrás volver hasta que no acabe con él y todo su clan.

—¿Estás planeando un ataque?

—Sí.

—No quiero que te pase nada malo, a pesar de todo.

—No me esperaba menos de ti… —Le da un sorbo a su vaso—. Eres demasiado noble.

—¿Crees eso?

—Sí, Aylin —responde—. Igual que creo que eso es un arma de doble filo. No me merezco que te preocupes por mí.

Pongo una mueca. Su actitud es un tanto extraña y su tono lineal. Entonces clavo mis antebrazos en la almohada.

—¿No vas a venir a la cama? —Doy una palmadita en el colchón.

—¿Por qué llevas mi camiseta?

Miro hacia abajo y tiro de su holgada camiseta, que cubre casi todo mi cuerpo.

—Porque no tenía pijama, ni ropa para dormir. ¿Te molesta?

Escucho el chasquido de su boca cuando vuelve a darle un trago al vaso.

—En mi armario hay todo tipo de lencería y camisones. Tenías de dónde elegir.

—La verdad es que no quiero vestir esa ropa.

—Está todo lavado y desinfectado.

—Es la ropa que ofreciste a todas las mujeres que pisaron esta habitación, ¿verdad?

Pero él no responde. Es intimidante hablar con alguien a ciegas y, si se trata del profesor, lo es más todavía. Para distraerme, intento coger el móvil de la mesita para comprobar la hora, pero Álex se adelanta en hablarme.

—Son casi las doce de la noche.

—Ahhmmm… ¿y no estás cansado?

—Desnúdate para mí, Aylin.

—¿Qué?

Mi mente y mi cuerpo empiezan a convulsionar. Las vibraciones que desprenden mi sexo con sus contundentes palabras me descomponen y no sé cómo tomármelo. Este hombre es incansable e insaciable. Hoy ha sido un día de lo más intenso y él sigue aquí como si nada, en vez de estar roncando a mi lado.

—Quiero que te desnudes.

Parpadeo consternada. ¿Qué es todo esto?

—¿Es una orden?

—Según como lo mires —dice con un tono de voz más suave—. Si te apetece, lo es. Si no te apetece, no lo es.

Vuelvo a pestañear ante su elocuencia. Es un maestro en el arte de las palabras, no me sorprende que dé charlas y que encima sea escritor.

—No puedo creer que no estés cansado —hablo casi susurrando, poniendo atención a sus movimientos.

Se agita sutilmente en el sillón.

—Sí lo estoy. Pero esto de encontrarte en mi cama… es una delicia.

¡Jesús, María y José! ¿Debería desnudarme?

—Aylin, quiero verte —insiste.

«Esa voz…», pienso aturdida mientras algo se remueve en mi interior.

Suspiro.

—¿Quieres que nosotros…? ¿Otra vez?

Me encuentro un tanto dormida y mi voz suena entrecortada. Intento despertar rápido, así que me doy unos puñetazos mentales.

—No es un secreto que te desee siempre. Sí, quiero follarte otra vez. —Su voz varonil me llega desde el sillón—. ¿Tú no?

¿Es posible que yo no? Me muerdo el labio. Imposible. Debería estar loca para no querer tener a este hombre entre mis brazos a todas horas.

—Acércate… —me invita con voz rasposa—. Quiero verte.

No me muevo del sitio, pero me pongo de rodillas en el colchón, mientras me siento sobre mis talones. Me apoyo con un brazo e intento distinguirlo en la oscuridad, fastidiándome que me lleve ventaja. Él a mí sí alcanza verme mejor que yo a él, por la tenue luz de los relámpagos, que iluminan la cama.

—Tú también te puedes acercar.

—Hazme caso que estoy haciendo un gran esfuerzo por no acercarme —dice—. Muéstrame esos bonitos pechos…

Jadea como un verdadero pervertido, señal de que está excitado. A continuación, toco el dobladillo de la camiseta, mientras pienso en que me gusta el juego. Después, empiezo a deslizar la camiseta por mis pechos ya excitados y finalmente me la quito y la tiro en un lado.

—¿Algo más, señor exigente?

—Aylin… ¿llevas bragas?

Agacho la cabeza rápidamente y me tropiezo con mi ropa interior, la cual lleva un dibujo de un osito marrón en el pubis.

¡Mierda!

—¡Quítatelas! —demanda serio.

—Son solo unas bragas, Álex…

Se me ha olvidado completamente todo lo que le he prometido esta tarde, al borde del éxtasis. Entonces rozo mi ropa interior con la punta de mis dedos. Le dije que cumpliría sus normas y acabo de incumplir una. ¿Qué pasará a continuación?

—Para ti lo son —comenta y le da otro misterioso sorbo al vaso—, pero para mí no. Para mí es burlarte de mi autoridad y no respetar el decálogo. Y bastantes normas hemos incumplido ya.

—Vale… —Muevo las manos y pongo los ojos en blanco—. Me las quitaré, si así lo deseas.

Pero tengo una curiosidad.

—¿Cuál?

—¿Qué pasará si no me apetece llevar ropa tan elegante, la lencería o las medias esas de liga? —pregunto con aleteo de manos incluido—. Estamos ya en invierno y me parece todo un sinsentido, la verdad. Es más, tenéis unas normas muy… raritas aquí dentro. —Pongo una mueca crispada—. Y mi intención no es ofenderte, pero…

—Te castigaré.

Breve y conciso.

—¿Me castigarás?

Entreabro los labios.

—¿Lo dudabas? —Su voz sigue sonando tosca y pienso que los cambios de comportamiento que demuestra siguen siendo un enigma.

—Pero no estoy de acuerdo. Los clanes de narcotráfico tienen otro tipo de normas y tú…

—¿No has entendido nada?

—¿Qué debo… —Aprieto los dientes— entender exactamente?

—No somos un clan de narcotraficantes, aunque una pequeña parte de nuestra actividad vaya destinada a eso. Somos un clan hedonista.

—Ahmmm…

—Como tarea para mañana, te voy a mandar que investigues sobre el *hedonismo* y espero de verdad que lo hagas —continúa—. Y ahora quiero esas bragas fuera.

Titubeo por un momento y rozo el borde de la tela. Definitivamente ahora mismo está saliendo su lado oscuro y no sé lo que me espera esta noche. Pero me espere lo que me espere, sé que disfrutaré y que no me haría daño.

—¿Podría ser que ese castigo sea que me las quites tú? —relajo mi voz y le respondo desafiante.

Cuando se levanta de la silla, mi pulso incrementa. Observo en la penumbra que le da un último sorbo a su vaso y después lo coloca en una mesita. Enseguida se acerca a la cama paulatinamente y sus ojos brillan como puntos de luz en la oscuridad. Mi aliento está desbocado cuando noto que está desnudo completamente y su gran falo esta ya erguido, apuntándome.

—¿Y tu ropa? —pregunto.

—Siempre duermo desnudo.

Permanece de pie, al lado de la cama. Extiende su mano y acaricia mi cabeza. Después, sus dedos resbalan en mi rostro y su tacto suave en la mejilla, me estremece.

—No quería despertarte…

—No me has despertado —respondo expectante—. Ha sido el trueno.

Sonrío y llevo mi mano a su torso. Es tan alto que básicamente mi cabeza queda a la altura de su abdomen, estando él de pie al lado de la cama y yo todavía sobre mis talones.

—Sí, el trueno me ha leído el pensamiento —replica y eleva mi mentón con dos dedos.

Y aquella inevitable conexión entre los dos se instaura de momento. Noto su mirada de

fascinación en la semi-oscuridad, la cual correspondo. Ahora mismo estamos los dos envueltos en un aura de sensualidad y calma.

Cierro los ojos cuando empieza a acariciar mis labios con su dedo gordo y, por mi parte, deslizo la mano en los músculos de su pecho, hundiendo los dedos en sus pectorales pronunciados. Le oigo gemir suavemente bajo el tacto de mis caricias.

—Te he echado de menos. —Mueve la mano en mi rostro, acariciándome con dulzura—. Sé que han sido unas pocas horas las que no te he visto, pero tenía muchas ganas de volver aquí. Solo porque sabía que te iba a encontrar en esta cama, a mi lado.

—Yo también te he echado de menos —susurro, arrastrada por los sentimientos.

La cordura y el sarcasmo han desaparecido. En cambio, muevo mi mano en su pecho con descaro mientras él desciende la suya y acaricia mi cuello y senos. Empieza a masajearme los pechos primero con suavidad y después con rudeza, apretando mis pezones entre sus dedos. Veo cómo empieza a tocarse el miembro con una mano y, de hecho, lo lleva a mis senos.

Quiero tocarlo y entonces mis manos se mueven a lo largo de su erección, a la vez que levanto la vista para analizar su reacción. Su olor masculino tan característico y placentero me invade y me entran unas ganas súbitas e inexplicables de probarlo. Quiero probarlo también de esa manera y la dureza de su miembro me invita a hacerlo.

—Es tuya, haz lo que quieras con ella —dice.

Mi cabeza empieza a dar vueltas, al sentirme insegura.

—¿Te apetece? —pregunto siseando y me relamo los labios.

—¿Si me apetece? —Acaricia mi melena con una mano—. Me muero de ganas.

Me impulso hacia su miembro sin pensar demasiado, quiero besar y lamer esa piel tan suave que muestra delante de mí. Quiero consentir esa parte de su cuerpo que tanto placer le da al mío. Posiblemente esté ansiosa, porque básicamente me armo de valor y lo agarro con una mano, al mismo tiempo que llevo la otra a su nalga y le aprieto el trasero con atrevimiento.

—Lo estás pidiendo a gritos, pequeña —dice.

Sonrío con picardía, aunque también me sonrojo. Quedamos inmersos en la oscuridad y agradezco que él no pueda percibir la rojez en mi rostro.

¡Por Dios! ¿Qué estoy haciendo?

Clavo mis dedos en su trasero pura fibra y suspiro nerviosa, no estando muy segura de mis habilidades. Pero, a esta altura, ¿qué más da?

Atrapo su miembro y le acaricio primero la punta y después me cambio al tronco. Juego discretamente con la punta sedosa y sensible y, cuando empiezo a apretar y llenarlo de lengüetazos sucesivos, escucho su respiración sumamente veloz e impaciente. Siento la presión de su mano en mi cabello y no sé por qué, pero es un gesto que me excita.

Sé que no lo hace con violencia, es algo propio del ritual sexual que hay entre un hombre y una mujer y, mientras sea consentido, no me parece mal.

—Me gusta sentir tu mano en mi cabello —digo sin pensar.

Sonríe maquiavélico. Lee mis pensamientos. Sabe a lo que me refiero. Sabe que no me refiero precisamente a las caricias suaves —que también me gustan—, sino a lo otro. A lo violento y desquiciante. A lo brusco. A lo que te activa de momento y hace que tu cuerpo vibre.

Entonces, Álex desliza sus dedos en mi cabello, desde la nuca hacía arriba y los enlaza con un apretón.

—Y yo amo sentir tus labios en mi polla —clama con un poderoso jadeo—. Lo estás haciendo de maravilla, nena.

¡Ohhh, mierda! Mi rostro quema tras sus palabras.

Mi piel se eriza de nuevo y sé que necesito dar un paso más. Succiono violentamente su suave piel y noto cómo Álex se estremece. Su miembro se expande y aprieto su nalga, mientras presiono más su pelvis contra mi boca. Simultáneamente lo mordisqueo, lo lamo y succiono. Él queda empapado de mi saliva y yo de su sabor. Sabe bien y huele bien, seguramente se acaba de duchar.

—¡Ohhhh…! —Su gemido de placer es notorio y eso me excita más.

Me extasía imaginarme lo que vendrá a continuación, sus embestidas, sus intensos besos, sus incitantes palabras y su cuerpo sobre el mío. Eso hace que succione su falo con más ferocidad, mis labios deslizándose arriba y abajo con ritmo. La tensión y la calentura incrementan. Acto seguido, él empuja mi cabeza contra su pelvis y llena mi garganta de su músculo, el cual palpita de deseo.

—¡Oh! —Exhala el aire—. Eres una verdadera diosa, Aylin. Me dijiste que aprendías rápido, y así es —dice con voz gutural.

De momento me invade con sus continuos movimientos, movimientos suaves al principio, ya que está intentando abrirse paso a través de mi garganta, pero acelerados al final. Sin embargo, es demasiado imponente. Cuando Álex ejerce más presión, intentando hundirse completamente por puro instinto animal, siento unas pronunciadas arcadas.

Clavo mis dedos en su abdomen.

Él lo nota y se detiene enseguida. Se agacha y coloca una mano en mi costilla, al mismo tiempo que la otra sigue enredada en mi pelo. Se lanza a mi boca aún húmeda, y me da un beso intenso.

—Perdón, sé que soy muy bruto.

—Han sido solo unos segundos —respondo.

Intento recuperar el aliento.

—Gracias por querer hacerme disfrutar. —Roza mis labios con un beso suave—. Agradezco que hagas esto, a pesar de aquella moralidad en la que crees y todo lo que tú…

—Te equivocas, no lo hago solo por ti.

—¿No?

—No, estoy experimentando y me nace así. Y, como ves, ya no queda nada de esa moralidad…

Muestro una sonrisa amarga sin querer. Fijo un punto en la pared.

—La moralidad está aquí —Señala mi sien con dos dedos—. Y aquí. —Su mano baja a mi pecho y acaricia el lado del corazón.

—Álex…

—Aylin… —Me detiene—. Una persona no es más decente si se niega a satisfacer las necesidades de su cuerpo y a disfrutar del placer. Una persona es decente cuando es honesta, noble y justa, ¿vale? —Sus palabras cobran fuerza—. Y eso, sin duda, no te lo quita nadie.

¡Ohhh!

Le miro sin poder creérmelo. Solo él puede apretar aquella tuerca que me falta a veces y darle la vuelta a una situación, solo para que yo me sienta mejor conmigo misma. Me lanzo a su cuello sin demora y le abrazo intensamente, intentando ahuyentar aquellas sensaciones contradictorias que se juntan en mi cabeza muy a menudo.

—Gracias por esforzarte en que esté bien.

Pasea sus fuertes manos por mi espalda.

—Aun así, no le quitaré el castigo, señorita Vega —dice en un tono gracioso.

«¿Qué juego es este?», reflexiono por dentro

Me río, pensativa. Mientras tanto, me ayuda a levantarme, de manera que me quedo de pie en la cama. Aprovecho el acercamiento y poso mis brazos alrededor de su cuello.

—Lo mismo me puedes perdonar, Álex —hablo coqueta, con cara de niña buena y frunzo los labios; espero que funcione y quite ese castigo.

Me mira a los ojos con aquella mirada que le prendería fuego a cualquiera y agarra mi nuca, provocando un acercamiento piel con piel. Enseguida noto la piel firme de su torso contra mis pezones.

—Acostúmbrate ya… —me corrige—. Álex no. Aquí soy tu dios. Y Ares nunca perdona.

No lo veo venir cuando muerde uno de mis excitados picos y lo chupa intensamente. Gimo con violencia a raíz del severo escozor de mis carnes.

—Te castigaré, por supuesto y espero… —Besa mis senos con frenesí y baja a mis costillas — que nunca jamás vuelvas a llevar bragas en mi cama.

¡Puñetas!

Las rodillas me tiemblan y soy mera víctima de su pasión imparable. De nuestra pasión.

Por su parte, se agacha sobre mí, hincando una rodilla en la cama. Ingresa los dedos en mis bragas y me las arranca de golpe con una mano. Mientras tanto, aprieta mi trasero con la otra mano y acerca mi sexo ya desnudo a su boca.

—¿Lo has entendido, mi diosa? —Mira hacia arriba.

Besa con ansias la piel de mi pubis y la punta de su lengua no tarda mucho en llegar a mi vulva, que se abre de manera instintiva. Como resultado, mi humedad aumenta y ¡maldita sea! Aquel calor tan característico me acribilla el vientre.

—Nunca más llevaré bragas —contesto excitada, siguiéndole el juego. Juego que me gusta, en el fondo.

—Mi dios… —advierte.

Miro hacia abajo y contemplo su cara encendida y ojos centellantes, mientras besa y lame cada milímetro de mi sexo por fuera y por dentro. Siento cómo sus dedos robustos me sujetan contra sus labios y … es sencillamente insano lo que estoy sintiendo.

¡Definitivamente, Álex es un jodido y descerebrado dios de la lujuria!

Se detiene por un instante y me mira expectante, deseoso de oír mi respuesta y ser testigo de mi sumisión.

—Te prometo que no volveré a llevar bragas, mi dios…

Agarro su cabeza en mis manos.

—Eso ha sonado muy bien…

Se pone de pie y comienza a acariciar mis curvas, mis muslos y mis senos, analizándome con atención.

—Eres perfecta, diosa Afrodita.

Le sonrío, deslumbrada por la admiración que me tiene

—¿Me deseas? —pregunta y me acerca a él de una sacudida.

—Te deseo como a nadie he deseado en mi vida. Y sé que a nadie desearé.

Acaricio aquel rostro tan perfecto, su varonil nariz y sus gruesos labios. Entonces tira de mí y, en un visto y no visto, me monta encima de sus caderas, sujetándome por la espalda y trasero.

—Eres mía, Afrodita. —Aprieta mi mentón con una mano y me obliga a mirarlo—. Eres mía y siempre lo serás.

Me roza con su exorbitante erección con demasiada impaciencia y quedo envuelta en una amalgama de contracciones placenteras. La necesidad y el deseo me invaden y espero que no tarde en penetrarme.

—Hazlo ya —digo amenazante. —No te atrevas a volver a jugar conmigo.

Le doy un mordisco en el labio inferior y este sonríe complacido.

—Me encanta cuando te pones mandona… —Me da un beso casto en la nariz—. Y, por supuesto, tus deseos son órdenes para mí. Ares es tu más fiel servidor.

Desliza su miembro en mi interior, sin titubeos y con un movimiento preciso. Nuestras bocas se funden como el metal a 1500ºC, al mismo tiempo qué avanza y retrocede con un sensual movimiento de caderas.

Se queda de pie y, sorprendentemente, me carga en su pelvis como si fuese una pluma. Incluso juraría que no le está costando lo más mínimo balancear mi cuerpo sobre su montículo y pegarme a su pelvis una y otra vez. Sus estocadas son muy placenteras y no paro de gimotear por todas las sensaciones dementes que me produce. Estocada tras estocada me hacer perder el sentido y solo puedo cerrar los ojos.

Al cabo de unos minutos sumamente intensos, veo que se acerca a la mesita de noche y abre un cajón con una mano, mientras que con la otra me sujeta por la cintura. Le miro atónita cuando me muestra… unas esposas.

¡Unas malditas esposas!

Se pone recto y las coloca sobre mi pecho, al mismo tiempo que sigue contoneando mis caderas.

—¡No, eso no! —Muevo la cabeza y me quedo sin aliento.

Siento una garra en mi pecho y aparto la vista de las esposas de momento, a la vez que aprieto su nuca. Él las aparta de mí con una mano cuando es testigo de mi reacción.

—Shhh… —musita en mi oído—. No pasa nada, ¿vale?

Se detiene y me libera, a la vez que me abraza con fuerza y me coloca dócilmente en la cama.

—¿Qué pretendes?

—Usarlas.

Hace que me tumbe. Él también se tumba a mi lado, y se apoya en un codo.

—¡No podré! —Muevo la cabeza y miro el techo, completamente sumida en los recuerdos y el dolor.

—Aylin… —Acaricia mi pecho con movimientos lentos—. Mírame.

—No estoy preparada, Álex.

—Debes superar ese trauma y yo te ayudaré. —Le miro desconfiada—. Yo no soy aquel chico, aunque compartamos el mismo nombre.

—Lo sé…

Lucho por recuperar mi aliento.

—Jamás te haría daño, solo quiero que disfrutes de una forma que me gustaría mostrarte.

—¿Pero y si no disfrutaré?

—Me pedirás que pare. —Asiente con la cabeza—. Y pararé.

Sigo atravesándole con una mirada desconfiada.

—¿Es necesario todo esto?

—Sí, muy necesario —contesta mientras deja caer su cuerpo sobre mí y me acaricia el cuello.

Sus caricias son inigualables.

—Ya lo verás. Me rogarás que vuelva a hacerlo, nunca te defraudaría.

Clava su mirada en la mía y noto la calma que me transmite.

—Con una condición…

Decido ser valiente.

—¿Cuál? —Desliza su impaciente mano en mis muslos y me separa las piernas.

Suelto un jadeo y mis labios se acercan a su cuello. Empiezo a besar su piel y llego hasta la oreja.

—Quiero que me dejes ayudarte, Álex —comento persuasiva—. Quiero que tú también superes tus traumas.

—Ahhhhh… —Su respiración se vuelve veloz y es él el que me aparta la vista esta vez—. ¿Cuál de ellas? Lo mío es un caso perdido, pequeña…

Evita mi mirada, pero sus dedos siguen acariciando mis muslos y entrepierna.

—Demasiadas cosas que superar —añade con la mirada perdida—. Demasiados demonios que matar.

—¿Te olvidas de que somos los dioses de *Álympos*? —Me río, procurando que se relaje y le proporciono un beso tierno en el mentón.

—Así es. —Sonríe de un modo encantador.

—Como dioses, nuestra mayor tarea es matar demonios. Los mataremos, dios Ares.

Este se ríe y rodea mi cintura con un brazo. Atrae mi cuerpo hacia él y se apodera de mis labios al instante. La oscuridad y la claridad juntas, sin duda. Encarnadas en la misma persona.

—Tengo la sensación de que a ti nada se te resiste, ¿verdad, pequeña traviesa? —pregunta y me aprieta más entre sus brazos.

—Contéstame, ¿estás de acuerdo?

No quiero que me cambie de tema.

—Podríamos intentarlo. Pero ahora lo único que quiero es verte atada a esta cama —me susurra en el oído y abre mis piernas completamente—. ¿Estás de acuerdo?

—¿Por qué es tan importante para ti atarme?

—Porque me provoca mucho placer y... porque este es el calentamiento —dice convencido y tira de mi cuerpo delicadamente hasta que coloca mi cabeza en la almohada. Estira mis brazos y, mientras habla, noto sus caricias sobre la parte interna de mis antebrazos.

—El calentamiento antes de entrar ahí, ¿verdad? —pregunto sin dejar de mirarlo, aunque sí señalo *el laboratorio* con un gesto.

—Sí —contesta.

Súbitamente, noto el metal frío y el cuero de las esposas anclado en mis muñecas.

Cierro los ojos, intentando no mirar. El tambor frenético en mi pecho hace acto de presencia y él lo nota. En ese instante, besa mis labios lentamente, intentando calmarme.

—No sé si podré hacerlo.

—Podrás

Tiemblo, a la vez que abro los ojos con el pecho encogido y miro hacia arriba, sumamente nerviosa. Siento mucha tensión, pese a que él ejecuta todos los movimientos con suavidad.

—Solo confía en mí —murmura y besa mi frente.

Se agacha sobre mí y empieza a acariciar la parte interna de mis tensos brazos. Me besa las mejillas, el cuello y finalmente los pechos con cautela, como si intentase no asustarme y hacer que me sienta cómoda. La yema de sus dedos resbala hacia mi pubis y me contempla con deseo.

—Me muero de ganas de marcarte como mía.

—¿Cómo?

Agacha la cabeza y lame mi pubis y mi ingle izquierda.

—El tatuaje de Afrodita —aclara.

—¿Me harás un tatuaje?

—Sí —dice—. Una rosa roja… —Me mira encandilado—. El rojo quedará de maravilla en tu piel blanca.

—¿Una rosa roja?

—Es el símbolo de Afrodita —clarifica—. Es más, siento debilidad…

—¿Por la rosa?

—No… por el rojo —dice, sin dejar de absorberme con sus famélicos ojos. Incluso se muerde los labios con tacto.

—Pensaba que el color que más te gustaba era el negro o el… azul.

Recuerdo aquellas rosas multicolores que me regaló después del cumpleaños de Bram, de las cuales predominaban las azules.

—No. El azul lo elegí para ti porque me recuerda a tus ojos, Aylin. Creo que ya te lo dije.

—¿Y el negro?

Respira como si se trasladara a otro planeta, uno en el que está solo él y su mente, sin que nada ni nadie pueda acceder.

—Supremacía y elegancia. El color idóneo para un profesional y severo catedrático de Harvard.

—Aunque también cascarrabias.

—También —Sonríe.

—¿Entonces el color negro es una tapadera?

—¡No! —niega—. En realidad, no me desagrada. Me da seguridad.

—Pero tu favorito es el rojo.

—Así es… —Mueve la cabeza y se deja caer sobre mí, apoyándose en los brazos.

—¿Y eso?

—El rojo es un color cálido, asociado a la seducción y la pasión, pero también a la ira y venganza.

—¿Es por eso que te gusta? —Entreabro los labios, asombrada.

—No solo por eso. Es el color de Ares.

—¿De verdad?

Me quedo embobada, intentando escanear en mi cabeza los datos que tengo sobre la mitología griega, pero sin éxito, por supuesto. Es un dato demasiado insignificante como para haberlo estudiado en el instituto.

—Sí, simboliza la sangre y el fuego —explica deprisa—. Y porque ahora me gusta más todavía.

—¿Por qué?

Ni parpadeo. La conversación me parece extremadamente interesante y me está ayudando a relajarme.

—Porque a partir de ahora será tu color también.

Quedo muda, barajando en mi mente si quiero ese tatuaje o no. Pensándolo bien, no es el mejor momento para decirle que nunca me han gustado los tatuajes, aunque he tenido cientos de oportunidades para hacerme uno. Sé que movería mar y tierra esta noche para convencerme.

—¿Estás mejor?

Me sonríe amable.

—La verdad es que sí, la conversación me ha servido para relajarme.

—Eso es bueno, ya que ahora vamos a jugar un poco —dice este con voz perversa.

«¿Jugar…», repito detrás.

—Esa palabra me está dando miedo, Álex…

Vuelvo a colocarme aquel escudo invisible y tenso mi cuerpo.

—No lo creo, tú no tienes miedo a nada —dice en voz baja y se inclina totalmente sobre mí—. ¿Preparada?

Noto cómo se acerca a mi abertura y empieza a ejercitarme con la lengua.

—¡Vaya! —me sale una risita crispada—. No pierdes mucho el tiempo.

—El tiempo es valioso. —Me guiña el ojo de un modo adorable.

Doy un brinco a raíz del baile de sus labios en mis partes bajas y de la manera placentera en la que atrapa aquel montículo y tira de él. Las cadenas de las esposas suenan con cada movimiento mío.

—¿Escuchas ese sonido? ¡Me encanta!

—¿Las cadenas? —Me agito y miro hacia arriba, intentando no pensar.

—¡Ohhh, sí! —gruñe mientras respira velozmente—. Nena, hoy te mostraré lo que es follar duro.

Introduce un dedo en mi interior, hecho que hace que agite la cadera con vigor. El roce de su lengua es envolvente y desquiciante. Mordisquea y lame si cesar, al mismo tiempo que ejerce presión en mi interior con su jodida mano robusta. Miro alarmada las esposas ancladas en el cabecero y oigo el sonido que produce el metal, con el roce vehemente de cada movimiento que ejecuto.

—Aguanta, preciosa… —dice al inclinarse un poco sobre mí para magrear y succionar mis senos.

Noto el movimiento placentero de sus manos deslizándose por debajo de mi trasero. Me penetra súbitamente, al mismo tiempo que alcanza mi boca. Me besa de un modo demencial y acelera sus estocadas, como si me quisiera partir en dos.

Entonces vuelvo a alzar mi mirada al cabecero y doy otro tirón cuando me invaden unas enormes ganas de clavar las uñas en la espalda, de apretar sus músculos o simplemente besar su cuello.

Doy un tirón más fuerte todavía, mientras él sigue hundiéndose en mí con desesperación.

—¿Notas la adrenalina, pequeña? —Su voz me embauca— Me quieres tocar y no puedes, ¿verdad?

—Sí, me encantaría tocarte. Necesito tocarte —suspiro delirante.

Álex se inclina hacia delante y junta su transformado rostro con el mío. Noto su cadenciosa respiración y cómo me invade con su lengua tan hábil y perfecta. Entonces, aprovecho el acercamiento y le dejo un beso en el cuello.

—¡Oh sí, mi vida! —exclama este al notar mi lengua húmeda —tu orgasmo será más intenso, ya verás. Vale la pena. Confía en mí.

Mi hombre está entre mis piernas, agarrado a mis pechos, haciéndome suya de una manera perturbadora y salvaje. Como nunca antes. Su pelvis colisiona tan vehemente contra mi sexo, y tengo tantos sentimientos acumulados, que mi vagina se contrae con cada sacudida suya. Y siento que es el final. Mi cuerpo no tolera más sensaciones fuertes. Los intensos gemidos me traicionan y enseguida cierro los ojos extasiada. Por supuesto, no son necesarias las palabras, él se da cuenta.

—¡Ven, te voy a dar la vuelta! —dice con respiración veloz y observo las gotas de sudor en su cuerpo, al igual que en el mío.

Me agarra con su brazo de acero y me da la vuelta, haciendo que acabe de rodillas. Los muslos me tiemblan y me siento superada cuando el cuero alrededor de mis muñecas me limita. Es una sensación extraña, es básicamente estar completamente inmovilizada y solo recibir lo que él desea ofrecerme.

—No aguanto más, Álex —musito derrotada.

Me aplasta con su torso y extiende la mano hacia mis tensos brazos. Agarra mi melena al mismo tiempo que habla en mi oído, ya exhausto. Noto el cansancio y el tormento en su voz.

—Tranquila, lo vas a tener ya. ¡Ohhhhh! —gime desquiciado—. Pero no antes de castigarte —dice mientras acaricia mis nalgas y da un tirón hacia arriba, elevando más mi trasero.

—¿Castigarme?

Salen meros balbuceos de mi garganta y me estoy tambaleando mientras vuelvo a tirar de las jodidas cadenas. ¿Cómo piensa castigarme?

—Bonitas vistas… —Oigo su voz demasiado ronca y excitada—. Tú, desnuda, atada a mi cama en *Álympos*. Sumamente accesible... Algo que llevo soñando desde el primer día que te conocí, Aylin. —Volteo la cabeza y le miro.

De repente, este golpea mi trasero con una mano. Un jodido golpe intenso, el cual no me esperaba en absoluto.

—¡Ohhh!

Vuelve a azotarme con la otra mano, mientras suelto unos quejidos guturales y siento punzadas en mis partes bajas. Los jodidos azotes en mi trasero me excitan más de lo debido. Roza mi abertura y me penetra desde atrás. Lleva una mano a mi pecho y la otra a mi cara, mientras presiona mi barbilla y gira mi cabeza hacia él. Mi piel se eriza cuando las cadenas resuenan ruidosamente por las sacudidas y el movimiento de nuestros cuerpos, al embestirme.

Estampa la enorme mano en una de mis nalgas, súbitamente.

¡Jo-deeer! Mi piel arde.

—¡Estás demente! —le grito.

—¡Muy demente!

Su voz suena totalmente consumida por aquella arrolladora pasión con la cual me hace suya.

—¡Ohhh! —sollozo—. Esto es una maldita locura.

—Eres preciosa así atada, mi diosa —comenta y sigue con su arrebato de estocadas en mi interior—. Amo atarte, Aylin. Te ataré y te haré mía cada noche. ¿Podrás soportarlo?

Azota mi nalga, sumamente enfurecido.

—¡Por Dios! —Ahogo un grito mientras hago un esfuerzo terrible de no derrumbarme.

—Eres una de mis peores alumnas, ¿sabes?

Sus caderas se mueven desquiciantes y siento una amalgama de sensaciones indescriptibles, algo que te arranca la cordura y te convierte en esclavo. Algo que desconocía hasta conocerle a él.

—Has sido muy mala, nena… —Sus dedos embisten mi nalga, quedando completamente desbordada por lo agradable y morboso de la situación.

Gruño descompuesta cuando percibo los pálpitos de su erección.

—Dime que te encantan mis azotes… —murmura en mi oído y me muerde el cuello. Sigue inclinado sobre mí, y con una mano clavada en mi cintura.

Inhalo el aire y lo exhalo.

—¡Ahhhhh!

Otra jodida y repentina nalgada, la cual hace que se me salte una lágrima. Me arqueo poderosamente mientras tiro de las cadenas con violencia, presa de las contracciones fuertes en mi interior. Cuando Álex me agarra la nuca y me besa el cuello mientras aumenta la intensidad de sus clavadas, mis músculos vaginales convulsionan. Cierro los ojos y disfruto de un orgasmo único. Abrumador. Inigualable. Maravilloso. Emocionante. Nunca jamás experimentado. Jadeo con la mente nublada y con el corazón en taquicardia.

Me quedo sin aliento y casi me derrumbo sobre las sábanas cuando noto su caliente semilla y escucho sus toscos gruñidos. Acto seguido, este se derrumba sobre mí y su piel quema mi espalda. Me abraza y me besa la mejilla. Lleva su mano a mi mentón y vuelve mi cara a él. Nuestras miradas perturbadas se encuentran en la penumbra.

—¿Qué? ¿Lo has disfrutado tanto como yo?

Su voz es muy irregular. Inhala y exhala el aire.

—Mucho —suspiro desbordada—. No conocía este lado mío un tanto… masoquista.

Sonrío feliz y resoplo, apartándome un mechón de la cara. Él me muerde el labio y después rozamos nuestras bocas en un beso casto.

—Te lo he dicho —comenta mientras los dos caemos rendidos.

Libera mis muñecas y alivia mi piel enrojecida con un beso húmedo. Mi corazón sigue dando tumbos en mi caja torácica, tanto de excitación, como de felicidad. Enseguida nos metemos debajo de la sábana y nos abrazamos cálidamente.

—Gracias, mi diosa —dice con serenidad—. Gracias por esta noche. Eres perfecta, Aylin.

Dejo reposar mi cabeza en su duro pecho y coloco mi mano en su corazón agitado, el cual vibra con latidos veloces.

—La perfección no existe, mi dios —respondo extasiada e intento controlar mi respiración.

—No existe en los demás, salvo en ti.

—¿Lo notas? —pregunto rápido, sin tomar en cuenta su constatación.

—¿El qué?

—Tu corazón. Late con fuerza. —Miro hacia arriba mientras acomodo mejor mi cabeza—. Siempre ha estado ahí, Álex. Solo que estaba dormido. —Acaricio su pecho lentamente—. Le hicieron tantas veces daño que no quería despertar. No quería volver a enfrentarse a la vida real… Pero ya no hay nada que temer.

Él me devuelve la mirada.

—Cuando uno quiere dormir profundamente, desea tanto no volver a despertarse nunca jamás que simplemente… se le olvida cómo hacerlo.

—Despertará —le digo segura de mí misma y noto cómo él aferra su brazo en mi espalda y, acto seguido, me da un beso en la coronilla.

—Buenas noches, *masoquista*. —Juega con las palabras y se ríe—. La combinación perfecta: un sádico y una masoquista.

—En una casa de orgias y BDSM —complemento su comentario jocoso y también me río.

—Miedo me da —agrega—. Duerme. Mañana será un día muy intenso.

—¿Por qué?

—Tengo dos sorpresas para ti, pequeña masoquista.

¿Sorpresas? Elevo mi torso bruscamente y le miro ilusionada.

—¿Qué es?

—Shhhh… vamos a dormir —dice demandante y me vuelve a besar la cabeza—. Si te lo dijera, no sería una sorpresa.

No me queda más remedio que cerrar los ojos y volver a descansar mi cabeza en su hombro.

«¿Brian Alexander Woods… a pesar de todo, no me arrepiento haberte conocido».

No me arrepiento de nada.

«Te amo», susurro en mi mente con culpa, con furia, con ira, pero también con amor.

Porque a él o lo amas o lo odias. No hay término medio.

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Do it for me» de ROSENFELD

y leer la letra en español.

CAPÍTULO 19



SOLO QUIERO VERTE SONREIR

La inconfundible melodía de *Juegos de Tronos* corta el silencio en la colosal habitación del Templo. La estancia es tan grande que el mismo sonido del tono de llamada produce un discordante eco de fondo. O es eso, o me molesta absolutamente todo en este instante.

Berta no es la única que tiene mala leche por la mañana y, aunque sean ya las diez —no es temprano—, para mi querida *ragazza* sería demasiado temprano. Si estuviéramos en la residencia y me sonara el teléfono, escucharía su típico *¡Cazzo! ¡Va fan culo!* Por último, me llevo una mano a la boca deprisa cuando visualizo a Bert entrando con voz somnolienta por la puerta de la cocina.

Sonrío y me levanto de golpe para mirar el móvil con los ojos como si estuviesen pegados con *Súper glue.* Me toco una de las nalgas sutilmente cuando siento una suave molestia y me estiro perezosa para alcanzar el teléfono de la mesita de noche. Siento mi piel irritada y, por un momento, se me habían olvidado los azotes que recibí anoche. Lo curioso de la situación es que en el acto apenas sentí dolor, posiblemente por la euforia y la excitación del momento.

Miro la pantalla iluminada y arruga el entrecejo al ver el nombre de mi madre en la pantalla.

—¡Mamá! —exclamo e intento sentarme.

Aprieto los párpados y me aguanto el quejido que me producen las punzadas que acribillan mi trasero.

—Hija, ¿qué tal? —pregunta con aquella voz melódica—. ¿Estabas durmiendo?

—Sí —contesto aún somnolienta.

—¿Y eso?

—Mamá… —Bostezo—. Anoche me quedé estudiando hasta tarde.

«Una mentira más grande que un templo», pienso mientras me rasco la frente con nerviosismo. «O más grande que *El Templo*». Nunca mejor dicho.

—Ahhh vale. Espero que hayas aprovechado el tiempo esta semana. Estudia mucho, cariño.

—Eso es lo que hago mamá. —Me pongo de lado, intentando no rozar el colchón.

—Sé que serás la mejor de Harvard también este curso, ¡lo sé! —comenta mi madre con voz sobresaltada y muy feliz con mis logros.

—Bueno, ya se verá… —Pongo los ojos en blanco.

Mi madre es inagotable.

—Mi amor, sé que no nos decepcionarás.

Cierro los ojos con pesar. Sus palabras actúan como puñales que quedan clavados en mi pecho de un solo lanzamiento.

«Ya os he decepcionado…».

—Mamá, por favor… —le ruego que pare con los ojos vidriosos.

Me oculto la cara. Mi madre me trae de vuelta a la realidad y la ausencia de Álex hace que la semilla del miedo y del arrepentimiento crezca en mi interior.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué hago aquí, en este sitio? ¿Qué hago aquí encerrada como si fuese la

dócil ama de casa, esperando a que su marido llegue de trabajar y dedicarle una pequeña parte de su tiempo?

Alcanzo los dibujos sofisticados del alto techo con mi mirada llena de incertidumbre.

¿Por qué narices no he ido ya a la policía para denunciar mi secuestro?

—Es la verdad, cariño… —Ella interrumpe mi letargo—. Tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti, sé que jamás nos defraudarás.

Mis ojos se llenan de lágrimas de manera instantánea y no lo puedo evitar.

¡Maldita sea!

Aprieto los dientes.

—Mamá, están tocando en la puerta—. Miento—. Te tengo que dejar, luego te llamo.

—Vale, vale. Pero prométeme que lo aprobarás todo y te alimentarás bien.

—¿Te parece que no como bien?

—La última vez que te vi, estabas más delgada y parecías triste.

Me aguanto el llanto.

—Comeré bien, te lo prometo —exclamo alegre, con el mismo tono fingido.

Debo hacerlo así, ya que, si su avispado olfato de madre detectara que su hija no está bien, se plantaría en Boston esta misma tarde. Y eso no podrá ser, ya que no estoy viviendo en la residencia y lo descubriría de momento.

—Que así sea, mi niña.

—¡Un abrazo, mamá, ya hablaremos!

Nos mandamos besos e interrumpo la conversación con la velocidad de un rayo. Me llevo el móvil al pecho y las lágrimas descontroladas brotan de mis ojos. Caen en cascada por mis mejillas y no sé qué hacer, salvo empezar a suspirar desconsoladamente. Agacho la cabeza y sigo llorando, siento mucha presión en el pecho y mi necesidad de soltarlo todo es más fuerte que yo.

—Mamá…. Mi bonita madre… —sollozo con desespero, mientras me seco las lágrimas con las sábanas. Pero sin resultado alguno, me siguen cayendo a borbotones.

«Os estoy mintiendo, mamá…», sollozo.

Tu niña te está mintiendo.

Me llevo las manos a la cabeza. Estudiando. Estoy haciendo de todo, menos estudiar. Y entonces, pienso seriamente en mis padres y en mi situación. Debo protegerles, pero en algún momento tendré que contarles sobre Álex.

¿Y qué podría decirles?

«Sabéis… tengo una aventura con mi profesor, diez años mayor y divorciado… o por lo menos espero que lo esté pronto. Lo amo…». Y esto sería todo. Obviamente, nunca les contaría sobre su otra identidad o sobre su lado oscuro.

Hasta hace poco, no estaba preocupada por mis padres, lo mío con Álex era solamente una aventura y él estaba casado. Tenía asumido que el profesor no sería mi príncipe azul. Pero ahora, todo ha cambiado. Sé que, si ellos se enteraran, me exigirían que lo deje, no les gustaría para nada la idea y … ¡Oh Dios!

Entro en pánico.

Me acabo de dar cuenta de que les destrozaré el corazón tarde o temprano.

Me estoy asfixiando por el llano y empiezo a respirar hondo para ahuyentar la sensación de ahogo, pero no funciona. No sé si estoy experimentando un ataque de ansiedad, pero necesito aire. Envuelvo la sábana en mi cuerpo y abro la ventana deprisa, de modo que finalmente saco la cabeza por el gran ventanal. Aprieto el filo de la ventana y empapo mis pulmones de oxígeno. Eso me reconforta y me hace pensar con claridad. Tendré que elegir, ellos nunca lo aceptarán. Pero, ¿cómo podría elegir entre ellos y Álex?

No, no elegiré. Tarde o temprano, ellos lo tendrán que aceptar.

Intento vaciar mi mente y me acerco a la mesa para coger una servilleta y secarme la cara. Entonces observo una bonita *Tablet* negra sobre la mesa, la cual lleva una nota encima. Leo.

Aprovecha bien la mañana, la compré para ti. No bajes la guardia, eres la mejor alumna de nuestra facultad, no lo olvides.

Vuelvo a leer. De repente, una gran sonrisa se apodera de mi rostro y las aves rapaces que invaden mi estómago muy a menudo cuando pienso en él, hacen acto de presencia.

—Álex… —digo en voz alta y me sale una sonrisa de idiota enamorada hasta las trancas.

Cojo el móvil y le escribo un mensaje, muy inquieta y con el corazón agitado. Me muerdo los labios mientras mis dedos galopean en las teclas. Aún sigo pensando en la otra sorpresa que me tiene preparada, puesto que anoche me dijo que tenía dos sorpresas. ¿Acaso sabe que ayer fue mi cumpleaños?

Gracias por pensar en mi futuro, profesor. Aunque… le recuerdo que no soy la mejor alumna, soy una de los tres mejores. Y también gracias por la *Tablet,* me gusta mucho.

Me ha puesto de buen humor con su nota. Espero embobada que la pantalla del móvil se encienda, como resultado de una respuesta suya, pero eso no ocurre. Anoche me dijo que se tenía que ir temprano a trabajar, seguramente está muy ocupado, por lo que decido irme a la ducha y terminar de despertar. El hecho de que tenga una tableta mía personalmente, me anima, ya que podré estudiar y hacer los trabajos previstos para la próxima semana.

Cuando termino de ducharme, me coloco unos vaqueros cómodos y un jersey morado, uno de los colores que más me agrada, aparte del negro, por supuesto. Vuelvo a mirar el móvil con atención y me doy cuenta de que Álex me ha contestado. Leo impaciente.

Para mí, usted es la mejor de todos, señorita Vega —Un icono con un guiño y otro con actitud chulesca—. **En unas tres horas te recojo para ir a almorzar. Descansa mucho, pequeña.**

¡Ohhhh, este hombre es adorable!

Vuelvo a escanear el mensaje, pestañeando y la negatividad vuelve a nublar mi cerebro que ahora mismo se parece a una nuez. Está completamente anulado por las emociones y la ilusión, pero también por el miedo. Sí, ahora mismo siento miedo a estar cada vez más enganchada. Miedo a sufrir. Miedo a que al final él me gane en todos los aspectos.

Mi lado sensato decide intervenir y me susurra que me prometí a mí misma que Álex no dominaría ningún otro aspecto de mi vida que no fuese la cama.

Hago una mueca, yo misma enojada con mis propios pensamientos, y me siento en la silla. Me planteo que, abriendo los documentos de Finanza en el pequeño dispositivo, mis neuronas se

sentirán en casa y volverán a mí. Sin embargo, no puedo estudiar. Mis tripas están crujiendo por el hambre que me invade al instante, de modo que giro la cara y analizo la puerta.

Hoy nadie me ha subido el desayuno y pienso que es bastante extraño, puesto que él me informó que suelen traerlo sobre las 9 de la mañana. A continuación, me levanto de la silla y empiezo a caminar hacia la cocina, en busca de algo para comer. Tras bajar las escaleras y llegar a la planta baja, mirando a todas partes, me cruzo con dos agentes, los cuales están teniendo una asidua conversación.

—Buenos días.

Estos se callan de momento y permanecen en silencio, sin levantar la vista del suelo. Un episodio ya repetido.

Giro a la derecha y entro en la enorme cocina, el único sitio que puedo encontrar con facilidad, ya que ayer Álex me trajo aquí y pidió que nos sirvan el almuerzo en la habitación, precisamente antes de bajar al Gran Salón y tener la junta con los demás dioses.

Al entrar en el lugar, el cual parece perfectamente la cocina de cualquier hotel de lujo, donde reina la calidad, pero también la cantidad de productos esparcidos doquier, me estoy dando cuenta de que hay más gente que ayer. Me encuentro con al menos diez personas, todos vestidos con un uniforme.

—¡Buenos días!

Saludo con una sonrisa en los labios, pero todos bajan la cabeza y parecen cohibidos. No veo a la señora Prudence, pero sí está una de las cocineras que conocí ayer. Las ajetreadas voces del personal quedan camufladas por el ruido bullicioso de las batidoras, fogones y el crujido de los hornos. De hecho, todos parecen intranquilos, como si estuvieran trabajando deprisa para tener lista una cantidad considerable de comida lo más pronto posible.

—¡Hola! —digo enérgica y cojo una manzana de una bandeja donde hay varias piezas de fruta.

—Buenos días —contesta esta, pero sigue con la cabeza gacha. Claramente, me está evitando.

—¿Te llamas Christine, cierto?

—Así es —dice.

—¿Qué pasa hoy aquí? Hay más gente que ayer.

Le doy un mordisco a la manzana.

—Mi diosa… —se apresura esta en contestar mientras tamiza harina en un bol y empieza a amasar—. Están llegando los clientes de este fin de semana. Debemos prepararles la comida.

—¿Suelen venir muchos clientes al *Templo*? —pregunto, al mismo tiempo que sigo apoyada en un mueble, analizando a los demás cocineros. Hay cuatro mujeres y dos hombres. Pero nadie me habla y todos me están evitando. Incluso la joven de cabello castaño que está amasando el pan.

—¡Oh sí! —La mujer de constitución delgada y tez pálida me mira desconcertada—. Vienen muchos.

—¿Todos se quedan aquí a dormir?

—Verá… —explica mientras empuja la masa con las dos manos—, la mayoría son de fuera. Gente importante.

Unas pecas resaltan en la piel pálida de su nariz y su apariencia se ve un tanto demacrada.

—¿Cómo quién?

—Por favor, no me haga hablar. Yo no puedo…

Se da la vuelta nerviosa. Me aproximo a ella para tranquilizarla cuando soy consciente de su nerviosismo surgido de la nada. Tuerzo la boca y agrando los ojos mientras toco su codo.

—¿No puedes qué?

La miro fijamente, pero no es capaz de alzar la vista y devolverme la mirada.

—Mi diosa, no me ponga en esta situación. Si ella me ve…

—Christine, mírame por favor.

No consigo hacer que alce la mirada.

—¡Mírame! — le ordeno y sacudo su hombro delicadamente.

—Son las normas —dice enseguida y se entretiene con sus quehaceres.

¡Por Dios! Pensaba que era un mero papel que todos tenían que desempeñar y jamás pensé que se lo tomarían a pie de la letra. Esta chica de la misma edad que yo no es capaz de mirarme, ni aun pidiéndoselo.

—Pero parecen esclavos... —digo extremadamente indignada y me acerco más a su oído—. Estás trabajando de cocinera en un sitio y te deben respetar, como en cualquier puesto de trabajo. Tienes derechos laborales, que no se te olvide, Christine.

—No diga eso… —completa la chica con un hilo de voz. Sigue amasando y mira temerosa hacia todos los sitios—. Usted es una diosa, no puedo mirarla a la cara.

¿Pero de qué estupidez me está hablando?

—¿En tu contrato pone eso? —Se me ocurre preguntar cuando veo que la joven lanza una mirada en dirección a la puerta, como si estuviera aterrada.

No me responde y solamente se aleja de mí. Se agacha sobre el horno y ajusta los tiempos.

—Christine…

—Perdone, tengo mucho trabajo —Se da la vuelta, sin embargo, consigo agarrar su brazo y la freno.

—¿A quién le tienes miedo?

—Mi diosa… yo… —tartamudea y sus mejillas muestran un intenso rubor.

—Te prometo que no saldrá de aquí —le susurro en el oído.

—Yo no podría…

—Lo prometo —le insisto.

—Si la diosa Hera me viera hablando con usted, se pondrá furiosa.

Me lo esperaba. Seguramente esa sea la razón por la cual nadie me ha subido el desayuno.

—¿Te ha dicho que no puedes hablar conmigo?

—Ni hablar, ni servirla.

—¿Qué te haría la diosa Hera si no le obedecieras, Christine? —ajusto mi tono de voz cuando noto que dos de las cocineras posan sus miradas sobre mí.

—¡Nada! —suelta y se va corriendo.

No puedo seguir reteniéndola y solamente me quedo embobada mirando cómo esta se aleja,

temblando.

«La diosa Hera…».

¡Mierda! Definitivamente, se me ha cortado el apetito. Como resultado, me doy la vuelta y salgo de la cocina con pasos agigantados. Esa bruja camuflada bajo el pellejo de una cuarentona atractiva con unas curvas de infarto y labios rojos sensuales, les ha dicho a todos que no hablen conmigo, ni que me sirvan. Sabía que ella no se quedaría de brazos cruzados, ya que siente que estoy invadiendo su territorio.

¿Nunca se dará por vencida esta mujer?

La chica le tenía miedo…

La manera en la que los trabajadores de este sitio se comportan no es nada normal. Parecen más bien esclavos y no trabajadores normales y corrientes. Me quedo pensando mientras alcanzo la segunda planta. Por más que sea una casa de placer, no está permitido semejante trato en el siglo XXI. La época de la esclavitud finalizo hace mucho, pero mucho tiempo.

***

—¡Hola! —Oigo aquella ansiada voz por fin.

Giro mi cabeza y suelto el bolígrafo de las manos, tras comprobar que es Álex el que acaba de entrar.

—¡Hola! —exclamo de momento y no puedo evitar levantarme rápidamente de la silla y quedarme plantada delante de él, alegrándome mucho verle.

—Veo que has aprovechado la mañana.

Me mira curioso y veo que deposita una pequeña bolsa de cartón en la mesa. Viste un traje completamente oscuro, al igual que la camisa. Lleva el mismo porte austero de siempre, no obstante, hoy le noto más sereno.

Miro el suelo incómoda, ya que no sé cómo reaccionar.

—Igual que tú, parece. —Esbozo una sonrisa—. ¿Qué tal en la agencia?

—Bien.

Se quita el abrigo negro y veo que se afloja el nudo de la corbata, para después deshacerse de ella con un severo tirón.

—Mucho trabajo —continúa con un jadeo, fruto del cansancio, me imagino. No creo que haya dormido más de cuatro horas—. Monnihan se está poniendo muy delicado y hoy teníamos una reunión online con el señor Morrison. La próxima semana firmaremos el contrato. ¿Te acuerdas de él?

—Claro que me acuerdo. —Oculto mi rostro con la mano y me sonrojo sin querer.

¿No me voy a acordar de aquel hombre romántico de Toronto que hizo que la orquesta tocara la canción favorita de su esposa y la invitó a bailar?

—Imposible no acordarme, Álex —digo—. Le estropeé la fiesta.

—Y el peinado de cierta invitada… —Aprieta los labios y esta vez es él el que mira el suelo fugazmente.

Sonríe mientras me mira de reojo, víctima de aquellos desagradables recuerdos, igual que yo.

Todo esto hace que mi cara se encienda más aún.

—En realidad, me porté fatal. —Alzo la vista—. Tenía que haber mantenido las formas, ¡pero no pude con la tal Isabella!

Le doy la espalda y frunzo los labios. No puedo evadirme y no puedo no estar indignada cuando pienso en esa mujer y en que lo besó.

—Deja que te diga que lo volvería a hacer, aunque sé que te avergonzaste de mí y yo… —continúo con mi discurso innecesario, pero me detengo cuando siento aquellos majestuosos brazos abrazándome por la espalda.

Me callo enseguida.

—No me avergoncé de ti, pequeña —dice con voz cálida y sus labios sellan mi sien—. Me avergoncé de la situación, de que hubiera una pelea de mujeres y que yo sea el motivo.

Se aferra a mi cintura y cruza las manos en mi abdomen, mientras su respiración calmada me acaricia la mejilla.

—Bueno… el motivo en realidad fue que me tiró la copa y me faltó el respeto.

—¿Seguro? —Aprieta mi espalda baja y me da la vuelta, de manera que finalmente le miro.

—¡Creído! —digo con simpatía, entendiendo al instante lo que está insinuando.

—¡Orgullosa! —Eleva una ceja—. Aun así, te perdono. Ni siquiera yo te podía haber defendido tan bien.

—¡Ohhh, no lo creo, profesor! —suelto a la vez que froto mis manos nerviosa, y sin saber por qué—. Sin duda, ayer no era yo la que pegaba tiros a diestro y siniestro a todo gas, a plena luz del día.

—¿Tuviste mucho miedo, ¿verdad?

Me callo. No puedo confesar lo atemorizada que estuve y lo mucho que temí que nos pasara algo malo. Pero más que a mí… a él. Recuerdo con nitidez aquel mortífero miedo que sentí de que una de las balas sería para él y que, de repente, lo perdería.

—Álex, ¿qué hay en esa bolsa? —cambio de tema.

Él me mira suspicaz y me da un beso casto en la mejilla, dándose cuenta d que prefiero cambiar de tema.

—Mira a ver qué hay. —Me invita con la cabeza y, al instante, quita los brazos de mi cintura.

Le miro sonriente y agarro la bolsa de cartón que hay en la mesa. Para mi sorpresa, cuando la abro, veo que dentro hay unas libretas, plumas para escribir y unos lápices. Al fondo de la bolsa, identifico unos envoltorios, parece algo parecido a dulces.

—¿Es que has ido a la librería?

—Necesitabas cosas para escribir.

—¿Me has comprado hasta chocolatinas? —le pregunto asombrada y sujeto en la mano dos barritas de chocolate con avellanas que se ven deliciosas.

—Sí, la vida de estudiante es muy dura.

Me sale una carcajada involuntaria y me sale darle un abrazo, agradecida por todo, principalmente por el chocolate. La verdad es que mis tripas están haciendo estragos y estoy más hambrienta que el perrito del afilador. Tengo claro que la maldita Lorraine no conseguirá hacer

que me quede en los huesos.

—Tienes que estudiar, pequeña —asiente.

Me río, sin poder creérmelo todavía. El profesor me ha comprado cosas que necesito para estudiar. Vuelvo a escanear las libretas, demasiado incrédula. Después, abro rápidamente el envoltorio de una chocolatina y le doy un mordisco, ansiosa.

—Pero te ha faltado algo —digo.

Mastico voraz.

—¿Qué? —pregunta este intrigado, al mismo tiempo que apoya el brazo en el respaldo de la silla.

—El sacapuntas. ¿Cómo sacaré punta a los lápices? —digo en un tono grave y sigo comiéndome la barrita de chocolate.

Álex suelta una carcajada tras escucharme.

—¿Quieres? —le pregunto y le tiendo la barrita.

—No.

—Ok, no voy a insistirte —respondo y me encojo de hombros, retirándola rápidamente.

Sigo engullendo mi chocolatina como si no hubiese comido en una semana.

—Ehm… —habla muy divertido y da unos pasos hacia mí—. No quiero ese chocolate…

Me quedo completamente atónita cuando él asedia mi cintura como un verdadero saqueador, lleva sus dedos a mi mejilla y acerca su rostro al mío.

—Quiero este.

Repentinamente, noto su lengua en la comisura de mis labios. ¿Qué está haciendo? Ni parpadeo.

—Mmmm, ¡muy bueno! —afirma y repasa sus labios con la punta de la lengua.

Le sigo mirando atolondrada, sencillamente hipnotizada. Y eso es porque esa boca tan envolvente y su forma de lamerse los labios te dejan sin palabras, sin cordura y sin aliento. Acto seguido, aprieta su boca en la mía y nos unimos en un abrazo espontáneo, del cual ni soy consciente en qué momento ha surgido. Nos sale de manera natural abrazarnos y besarnos con delicadeza mientras cierro los ojos, completamente inmersa en la magia.

—Tenía tantas ganas de terminar de trabajar…

—¡Ohhh! —suspiro consternada, sin dar crédito—. ¿Seguro que eres tú?

Me río y acaricio su mejilla con el dorso de mi mano.

—¿Por qué?

—Porque eres un adicto al trabajo, no puedes estar deseando terminar de trabajar.

—Soy un adicto a ti, Aylin…

Atrapa mis labios de un modo dominante, desprovisto de cualquier sutileza. Simplemente me penetra con su feroz lengua y eso hace que evoque fragmentos de anoche, sensaciones e imágenes que me erizan la piel.

—No paro de pensar en anoche…

—No eres el único —contesto maravillada y me sobresalto cuando noto sus manos en mis

nalgas, apretándome.

—¿Verdad que no puedes olvidarte de anoche, pequeña?

Succiona la comisura de mis labios, completamente arrebatado, y empotra mis caderas contra su pelvis, magreando mi trasero con pasión.

—¡Auch! —Me quejo y le aparto las manos de momento.

—¿Qué es?

—Aunque yo quisiera olvidarme de anoche, no podría. —Tuerzo la cabeza hacia un lado—. Es que… me molesta.

Le señalo mi trasero con las mejillas encendidas.

—¿Mucho?

Sonríe bastante entretenido con nuestra conversación y arruga la frente.

—Bueno...

—La próxima vez te pondré una crema suave para quitar la irritación.

—¿La próxima vez? —Le miro con cara de bobalicona.

—Sí —responde tranquilo—. ¿Acaso dudabas que habría una próxima vez? —pregunta sagaz.

Arqueo una ceja.

—Ehm… —Me despego de él con suavidad—. No sé, pensaba que ya te habías quitado el mono de… —Balanceo la cabeza y me siento idiota— ya sabes.

—¿El mono? —Suelta una desenfrenada carcajada delante de mis morros—. Hablas como si se tratase del tabaco, Aylin.

Veo sus ojos brillosos, señal de que se lo está pasando en grande.

—¡Ven! —Hace un gesto simpático con el dedo, invitándome a que vaya más cerca—. Quiero decirte algo.

Álex es como la miel para las abejas o el queso para los ratones. Sabes que ese pequeño trocito de queso va acompañado de una trampa, aun así, las ganas te pueden y, finalmente, te arriesgas y vas a por el queso.

—¿Qué quieres decirme? —susurro y pongo cara de indignada. Aun así, me acerco.

—Que tu hombre disfruta azotándote el culo.

—¿Mi hombre?

—Sí. —Sus dedos resbalan en mi trasero, pero esta vez con más suavidad—. Y también sueña con hacerte muchas cosas…

—¡Mmmm, quieto ahí! —le freno y susurro en sus labios—.Mi hombre todavía no se lo ha ganado.

—¿Ah no?

Frunce el entrecejo, sorprendido.

—No —respondo altanera—. No soy una mujer fácil de contentar.

Él mira el suelo nervioso, sin embargo, me sigue el juego.

—¿Ni siquiera trayéndote chocolatinas? —Veo que coge la segunda barrita de la mesa y me la

extiende.

Me aguanto la risa, ya que quiero mantener aquel semblante serio, para que se dé cuenta de que no estoy bromeando. Detrás de esta pequeña broma, mis palabras son ciertas. No le he perdonado y no quiero que piense que me tiene en bandeja.

—Ni siquiera.

—Bueno… —Tensa los labios—. Probaré invitándote a comer a un sitio especial hoy. Y creo que, de hecho… —Mira su reloj—. Deberíamos irnos, es tarde.

Veo que se da la vuelta agitado y entra y sale del vestidor en un minuto, sujetando un abrigo negro en su mano.

—Señorita… —dice, mientras coloca el abrigo en mis hombros.

—Álex… —Le ruego con la mirada—. No dejes que esto pase.

—No entiendo.

Queda inmóvil y solamente me mira.

—Que esto se convierta en algo habitual.

Él baja la vista y empieza a abrochar los botones del abrigo largo.

—Si te refieres al tema de los azotes…

—No, no me refiero a eso. —Le impido seguir—. Me refiero a que no estaré aquí, aislada del mundo, esperando todos los días a que llegues de trabajar para dedicarme tiempo, como si fuese a mendigar tu atención y fuese tu… tu…

Mi tartamudez le da a entender a lo que me refiero.

—¿Mi qué?

—Sumisa.

Se retira, retrocediendo un paso. Cruza sus brazos en el pecho y su rostro se ha transformado en un instante.

—Creo que ya hablamos de este tema.

—Me da la impresión de que todos los días serán así y de que… —Respiro sacudidamente mientras desvío la vista y muevo el brazo— jamás volveré a mi vida de antes.

—En eso tienes razón. Jamás volverás a tu vida de antes.

Le miro aturdida.

—¡Pero me lo prometiste! —Mi timbre vocal cobra fuerza.

No, me niego a que me vuelva a decepcionar. Partiría mi alma en dos, acabaría conmigo completamente.

—¡Ehhh, Aylin! —Me rodea con sus brazos y presiona mi cabeza en su pecho—. No temas…… —Besa mi frente y siento su apretón sincero.

—No temo, pero tampoco puedo aceptarlo tan fácilmente, Álex.

—Hay que aprender a vivir con ello, pequeña. Te prometo que volverás a ver a tus amigas y a tu familia, te prometo que vivirás en la residencia si así desearás… pero no te puedo prometer que te podrás librar del Olimpo. Es nuestro hogar.

—¿Nuestro hogar?

—Este sitio… —Rueda la vista, como si quedara absorto por algo invisible para los ojos—. Eres parte de algo más poderoso de lo que piensas. Algo mágico… —susurra y vuelve a besar mi frente—. El sábado lo comprobarás.

—¿Qué ocurrirá el sábado?

—El Ritual —confiesa—. Todos los hijos de *Álympos* se enterarán de que Afrodita se ha reencarnado en una hermosa mujer cuyos ojos son más bonitos que el mar…—Acaricia mi pómulo con un dedo— y cuyos labios son el paraíso en la tierra.

La yema de su dedo alcanza mi boca y todo en él emana erotismo. Cierro los ojos tras comprobar una vez más y con mucho dolor que, tanto él, como todos los demás, son enfermos mentales. Es algo irrefutable. Bram, el senador, Lorraine, aquel chico rubio amable, incluso el hombre mayor de pelo canoso, el cual daba signos de ser el más cuerdo de todos. Todos están terminantemente locos.

—¿Qué ocurrirá en el Ritual? —Sigo apretando los párpados, mis pestañas luchando con las gotas de sufrimiento que surgen en mis ojos.

—Muchas cosas. Lo primero es que tomarás posesión de tu cargo en el Templo de los Dioses.

—¿Y lo segundo? —Procuro controlar mi respiración y ojalá supiera la receta.

—Los tendrás a tus pies.

—¿A quiénes?

—A todos.

Pestañeo y entreabro los labios, sumamente temerosa y sin saber muy bien a qué se refiere exactamente con el *Ritual*. Ni sé ni me debo fiar. Jamás podría fiarme de una secta.

—¡Confía en mí! —Me coloca un mechón rebelde detrás de la oreja.

¡Por Dios! Prefiero dejar mi mente en blanco, ya que mi propia conciencia me envenena.

—¿Nos vamos ya?

Agarro mi bolso con decisión y, cuando me doy la vuelta, mi actitud cambia totalmente. Le muestro una enorme sonrisa, prueba de que no estoy asustada con respecto a aquel dichoso *Ritual* y, antes de salir por la puerta, me lanzo a por la otra chocolatina. Empiezo a quitarle el envoltorio con la esperanza de poder distraerme y ahuyentar aquellos pensamientos turbios que me destruyen por dentro como si fuese un huracán arrasando la costa.

—¡Vayámonos! —Le indico con la cabeza—. ¿A qué está esperando, señor Woods?

Él me mira extrañado y hasta tuerce un poco la boca mientras se coloca el abrigo.

—¡Ajá! —afirma y tensa la boca—. Y eso que las chocolatinas te dejaban indiferentes.

Su simpática respuesta hace que mis labios se arqueen y me siento complacida, a pesar de todo. Nuestra conexión sigue ahí, intacta, como el primer día.

—¡Para el camino! —comento y se la muestro—. Es que son muy pequeñas —aclaro con cierto rubor cuando veo su mirada escéptica. Acto seguido, le doy un bocado a mi dulce.

—¿Es que no has desayunado? —pregunta tras salir por la puerta—. Te noto hambrienta.

Este cierra la puerta con llave y nos dirigimos a las escaleras. Reflexiono en mi interior y tomo la decisión de no decirle que Lorraine les ha ordenado a los empleados del *Templo* que no hablen conmigo, ni que me atiendan. Muevo la vista a las relucientes escaleras, a la vez que me

enorgullezco de mí misma. Debo aprender a sobrevivir aquí sola, me niego rotundamente a que él me esté defendiendo siempre. Eso me haría parecer débil ante los demás y también ante mis propios principios.

—Por cierto, ¿a dónde vamos?

—A almorzar y después te llevo a la residencia.

Me detengo en seco y agarro su hombro, desconfiada.

—¡Ohhh! —Me llevo las manos a la boca y hablo emocionada—. ¡Me has leído el pensamiento!

—Sí, a veces soy vidente también —me contesta en tono jocoso y me guiña el ojo.

Me sale darle un abrazo eufórico.

—¡Eres un verdadero brujo! —Me río feliz—. La verdad es que me gustaría recoger unas cuantas cosas de ahí.

—¡Genial! —Él me corresponde—. Vamos, se nos está haciendo tarde.

Empieza a caminar delante de mí con prisas, bajando las escaleras.

—¡Espera! —le digo agitada, con aquella locura que me caracteriza cuando estoy terriblemente feliz.

Me siento muy alegre a raíz de los planes que tenemos para hoy, pese haberme quedado sin desayuno.

—¿Qué? —pregunta este serio y sube los hombros levemente.

—¡Gírate, Álex! —le grito y bajo la voz cuando él se lleva un dedo a la boca—. ¡Ponte de espalda!

Muevo la mano con un gesto impetuoso. Me mira incrédulo, aun así, me da la espalda y entonces camino deprisa hasta alcanzarlo. Como está unos peldaños más abajo que yo, salto encima de él y rodeo su cintura con mis piernas y su cuello con una mano. En la otra llevo la chocolatina.

—¿Qué…. —habla con voz tartamuda—… qué diablos haces, Aylin?

Voltea la cabeza para mirarme mientras sujeta mi trasero en su espalda.

—¡Auch! —me quejo cuando sus dedos aprietan mis glúteos. Entonces, él cambia sus manos a mis piernas.

—¿Por casualidad, te gusta montar a caballo, aparte de escalar edificios, mi diosa?

Me río cuando oigo la seriedad con la que pronuncia aquellas palabras. Es algo que me supera, pero es algo que tendré que asimilar.

—Me gusta montar, pero no a caballo —murmuro en su oído, a la vez que aprieto mis manos ancladas en su cuello—. Es más, me gusta montar a un cierto dios… —respondo pícara y le doy otro mordisco a la barrita.

—Y a ese cierto dios le gusta que lo montes —contesta.

—Lo suponía. —Aprieto mi brazo en su cuello, pero veo que este se detiene de repente.

—A ver si lo entiendo… —Gira su cabeza suavemente, pero no conseguimos cruzar miradas— ¿Pretendes que baje contigo montada en mi espalda y que me pasee así delante de mis hombres?

—Bueno, me puedes cargar hasta la planta baja —le explico el plan—. Y antes de doblar la esquina, me pones en el suelo.

No parece muy convencido y balbucea algo.

—¡Vamos! Quiero llegar a la residencia cuanto antes.

—Lo que quieres es que pierda credibilidad delante de mis hombres —dice este entre irritado y divertido—. Sabes que te castigaré si nos encontraremos con alguien por el camino.

—¿Con quién? —Alzo una ceja, totalmente despreocupada, y le doy un último mordisco a mi barrita—. Nunca hay nadie, esto está tan desértico que hasta los fantasmas se sentirían solos.

Álex se carcajea con fuerza y se dobla un poco conmigo a cuestas. Creo que nunca lo he escuchado reírse así.

—Te han dicho ya que estás loca, ¿verdad? —Sigue riéndose mientras bajamos las escaleras —. Y se está equivocando, señorita —recalca sus palabras—. Ya hay mucho movimiento. Hoy, mañana y el domingo tenemos clientes.

—Sí, debemos hablar de ese tema también —comento.

—Por cierto, ¿y eso de ir montada en mis espaldas de dónde ha salido? —quiere saber.

—No sé, Álex —Aprieto mis brazos alrededor—, ha sido un impulso. Y también porque me recuerda a mi padre.

Suspiro sin querer.

—Cuando era pequeña, mi padre me cargaba así a todos los sitios. Recuerdo que nunca quería caminar, solo quería estar agarrada a él.

—¿De verdad?

—Sí. —Me río nostálgica—. Parecía un mono.

—Sin duda, una pequeña mona adorable —. Me sigue la corriente.

—Por cierto, ¿qué perfume es? Siempre hueles muy bien—. Acerco más mi nariz a su cuello e inhalo el embaucador aroma.

—Ni idea —contesta—. Cojo cualquier bote, ni siquiera leo el nombre.

Me divierte más de la cuenta su inesperado comentario.

—Es raro, pareces tan perfeccionista en todo, que pensaba que hasta los perfumes los elegías cuidadosamente —digo extrañada—. Y a ti… ¿qué te gustaba de pequeño?

—No sé —contesta—. Creo que a mí me gustaba cuando mi tía me acariciaba la frente y el cabello hasta que me quedaba dormido. Pero eran pocas noches, casi siempre estaba trabajando. Recuerdo que, de hecho, me encantaba.

Me estremezco. Intento imaginar en mi mente a un pequeño Álex, descuidado por sus padres y disfrutando del poco cariño que recibía por la pobre tía, que tenía que sacar a su familia adelante.

—¿Te gustaría ir a visitar a tu tía a Colombia? —pregunto entusiasmada.

Él se me queda mirando extrañado mientras pisamos el último peldaño de las escaleras.

—¡Ven! —dice con esa voz seria y pienso que me quiere dejar en el suelo, ya que hemos llegado a la planta baja; de lo contrario, todos los agentes del Templo nos verán.

Pero no. De un momento a otro, noto que presiona mis piernas y trasero con cautela y me

empieza a arrastrar a la parte delantera de su torso, pegándome a su pecho. Hace que le rodee con las piernas y me aprieta contra sus caderas. Mi entrepierna está sobre su pelvis y nuestras caras se encuentran de frente.

—Así mejor —dice y me quiña el ojo cuando nuestras miradas se cruzan.

Me agarro a sus hombros y miro agitada a mi alrededor.

—Pero… ¿y tus hombres?

—No creo que haya mucha gente en la entrada, están en el cambio de turno.

Deposita un beso suave en mis labios y empezamos a caminar en dirección a la puerta, donde identifico a tres agentes, aguardando.

—Déjame en el suelo, por favor… —le suplico en el oído—. Me da mucha vergüenza…

Entierro mi cabeza en su hombro, como un acto reflejo. Él, en cambio, camina altanero y empieza a saludar. Localizo también al hombre grandote y calvo, llamado Max, todos inclinando la cabeza al vernos llegar.

—Mi dios —dice en tono grave.

—Dime —responde este con un jadeo.

Finalmente me deja en el suelo, sin embargo, mantiene su mano enlazada con la mía.

—Debemos hablar de los hombres que capturamos. Llevan una semana en cautiverio.

—¿Han hablado?

—Sí —responde el tipo.

—Entonces ya sabes lo que tienes qué hacer. Avisa a Steve.

—Entendido, jefe.

Max se apresura en abrirnos la puerta y les sonrío a todos a modo de despido, solo que mi sonrisa se borra de mi rostro cuando tropezamos en la puerta ni más ni menos que con la diosa Hera.

La rubia se queda igual de impactada que nosotros. Se ve tan refinada y bien vestida como siempre y no como yo, que llevo ropa cómoda, aunque mis botas tengan un poco de tacón y sean de las que llegan por encima de las rodillas. En cuestiones de estilo, claramente nadie le gana.

De momento baja su mirada a nuestra mano enlazada y se queda como si estuviera viendo un fantasma o peor, un tsunami acercándose a ella. Su rostro desencajado muestra ira y celos. Pese a que, según ellos, el amor no existe.

Podrán decir lo que cada uno les dé la real gana, pero yo no soy idiota.

—¡Vaya! —susurra y sonríe con ironía—. ¿A darse un paseo como dos enamorados?

Nos analiza de arriba-abajo y sé que, si ella pudiese, repetiría la escena violenta de hace una semana y clavaría sus manos en mi cabello. La miro soberbia y bastante satisfecha en este momento, y eso es porque estoy agarrando la mano del dios Ares y el que pronto será su ex –marido.

No saludamos, él solamente le señala el pasillo con un gesto, para que así nosotros podamos abandonar el edificio.

—¡No se puede ser más patético! —exclama esta con desdén.

Álex no responde a sus desafíos, pero noto aquella mirada amenazante y mortífera que le lanza.

Obviamente no queremos entrar en una querella, por lo tanto, caminamos en dirección a la puerta, que está ya abierta. Cuando pasamos precisamente por su lado, la jodida mujer roza mi hombro con brusquedad.

—¡Menuda perra! —susurra indignada, en voz muy baja.

Mi respiración se dispara y me doy cuenta de que él no la ha escuchado. Algo maligno empieza a deambular en mi cuerpo y no puedo controlarme, de manera que hago una de las mías. Sé que no estoy actuando correctamente, pero no hay otra. Si no lo hago, exploto.

—Ehhhh… —Me detengo y aprieto mi puño—. Diosa Hera…

Álex me mira atónito, su desfigurado rostro destellando miles de interrogantes.

Enseguida me centro en la maldita rubia, la cual también queda inmóvil y se da la vuelta. Acto seguido, me clava con aquella mirada viperina, que la define a la perfección y muestra lo que ella es. Una víbora en todos los aspectos. Pero yo le mostraré que no soy cualquier culebra a la que podrá comer o envenenar cada vez que le dé la gana.

—Tengo algo que darte…

Me acerco a ella con pasos contundentes, desprendiéndome de la mano de Álex.

—¿De qué hablas?

Sus labios forman una línea y su enojo es palpable.

—Aquí tienes —digo.

Veo cómo esta se encoje de hombros y abre las palmas de sus manos, por puro instinto, como diciendo: *¿qué coño quieres?*

Suelto el envoltorio de la chocolatina en una de sus manos con un descaro exagerado.

—¿Lo podrías tirar a la basura, por favor? —hablo amable—. Ya sabes que acabo de llegar, no conozco mucho el sitio.

Lidiar con ella es como detonar una bomba. Sus facciones cambian vertiginosamente, transformándose en algo parecido a Cruella Deville. Cuando entiende la gravedad de mis insinuaciones y la humillación a la que la acabo de someter delante de todos, tira el envoltorio al suelo con una rabia fuera de lo común, lanzándose a mí.

—¿Quién te crees, niñata de mierda?

—¡Ehhh, alto, maldita sea! —La voz ronca de Álex suena en el pasillo vacío.

Enseguida le frena el brazo y la empuja, a la vez que la advierte con su mirada desafiante. Después, agarra mi cintura y me atraviesa con aquellos ojos enojados, imagino que a raíz de mis actos. Antes de que otra pelea estalle, salimos deprisa y corriendo por la puerta trasera, dejándola chillando detrás.

—¡Te arrepentirás! —grita a todo pulmón—. ¡Os arrepentiréis los dos!

Mientras nos alejamos, la veo pisando el papel y aleteando las manos en el aire. Igual, no pierdo la oportunidad de sonreírle y hacer un gesto con la mano, como si me estuviese despidiendo. Y eso es la gota que colma el vaso, por supuesto. A continuación, Lorraine se da la vuelta, sumamente perturbada y lo último que veo antes de salir del edificio, es que Max y los demás agentes se ríen disimuladamente.

«¡Jódete, hija de puta!», pienso sin remordimientos.

—¡Pero qué diablos haces!

Él susurra irritado una vez llegados fuera.

—¿Has visto su cara?

—Sí que la he visto —respondo relajada—. ¡Se lo merecía!

«Y mucho…».

—¡No entiendo tu actitud, maldita sea! —Percibo el reproche en su tono—. Quiero que te mantengas lejos de ella, ¿ha quedado claro? ¡Ni desafíos ni idioteces!

—Álex…

—¡Nada! ¡No quiero oír nada! —me grita con mucha crueldad—. Te dije que aquí no podías nombrarme y haces lo que te da la gana, como siempre. ¡Eres incapaz de respetar una única norma!

—¡Aquí no, por supuesto!

—¡Ni aquí, ni en la universidad… ni en ningún maldito sitio!

—Ares… —subrayo su nombre y aprieto los dientes—, así te llamaré de ahora en adelante, ¡no te preocupes!

—¡A ver si es verdad!

—¡No me costará nada fingir que estoy loca, tranquilo! —Muevo los brazos—. ¡Lo que me niego a hacer es que esa mujer me llame *perra* delante de tus hombres y que yo se lo permita!

—¿Qué?

—¡Por ahí sí que no paso, DIOS ARES!

Tras mi punzante réplica, me giro como si fuese un tornado que cambia de dirección bruscamente y me dirijo al 4X4 que está aparcado delante de la entrada de servicio, dándole la espalda.

Abro la puerta del copiloto con mucha indignación y tiro del cinturón. Lo persigo con mi mirada y solo veo que les hace una señal con la mano a sus hombres, y después camina hacia el todoterreno con aquella vena palpitando en su sien. La vena azulada y gruesa que se hace visible cuando se irrita más de la cuenta.

Arranca el coche, a la vez que se coloca el cinturón y después posa su mano en mi rodilla.

—Pequeña… —murmura con voz amarga.

Pero no pienso mirarle. Es más, giro la cabeza y me apoyo en un codo, centrada en la ventana. Estoy sumamente decepcionada por su reacción. Por su parte, aprieta los dedos en mi rodilla y me sigue fijando con la mirada, de modo que siento sus ojos en mi nuca.

—Si llego a saber que usarías a la diosa Hera como cubo de basura, te hubiese traído más chocolatinas.

¡Oh, Dios!

Sonrío irremediablemente e intento tapar mi boca con la mano, pero no puedo ocultar mi sonrisa. ¡Este hombre no tiene remedio! Es una de cal y otra de arena.

—Psit… —continúa, intentando llamarme la atención—. Zeus se retorcería en su tumba si

fuese testigo de tu rebeldía, mi diosa.

—¡Por Dios! —digo con una risa y me vuelvo a él—. ¿Quieres parar ya?

—También se enfadaría si te escuchara nombrar a otro dios que no fuese él.

—¡Álex!

Se ríe y pone cara de inocentón. A continuación, agarra el volante con fuerza y lo gira, saliendo por las imponentes puertas, blindadas de agentes.

—Eres un peligro andante, Aylin.

—¡Di que no se lo merecía! —hablo con voz infantil.

—Sí, se lo merecía.

La bonita dentadura que muestra cuando sonríe me tiene fascinada. Hasta parece que este hombre vive en el dentista y no en un puticlub camuflado en un hotel de cinco estrellas.

—¿Quién tiene hambre? —pregunta con alegría.

***

—¿Te puedo preguntar algo? —musito en su oído, un tanto cohibida.

—Adelante.

Estamos almorzando en un restaurante de especialidad árabe, ya que descubrimos que los dos compartíamos el gusto por este tipo de comida. El sitio está ubicado en una zona retirada del centro concurrido de Boston. Los dos sabemos que es mejor no exponernos en público, de lo contrario, no tendríamos ningún tipo de intimidad y haríamos que saltaran las señales de alarma. Como resultado, hemos decidido ser niños buenos e ir a comer a un restaurante en los suburbios, lo más alejados posible del alboroto de gente.

—Ehm… quería saber… —Me inclino hacia delante.

Estamos sentados en una mesa sofisticada en la terraza de madera del restaurante, con vistas al río *Charles.*

—¿Qué?

Le miro seria, de manera que su semblante también adquiere un aire grave.

—¿Cuándo debo llamarte Ares y cuándo no? —Miro alrededor como si fuese un agente 007 en busca de sospechosos.

—¿Cómo? —Dibuja una sonrisa.

—La verdad es que me estoy haciendo un lío, Álex … —Carraspeo— digo Ares.

Parpadeo confusa.

—¡Jodeeer! —maldigo y me siento patética—. ¿Lo ves?

Muevo los brazos irritada sin que yo misma sepa por qué. Este se ríe y se lleva el puño al mentón mientras me mira.

—¡Eres increíble! —contesta sorprendido, pero a la vez divertido—. Pensaba que era algo más serio lo que me querías preguntar.

—¡Respóndeme!

—Muy sencillo —dice—. El decálogo indica que una vez que atravieses aquellas puertas y

entres en *Álympos*, deberás cumplir nuestras normas, y una de ellas es no llamarnos por nuestro nombre.

—Pero en Toronto me obligaste.

—Te dije que era para acostumbrarte —contesta.

—Entiendo.

—Otra de las normas es tu vestimenta —Mira mi jersey holgado y los vaqueros—. Debes ir de compras.

—¿Es necesario?

Suelto un bufido.

—Sí. Y usa la tarjeta.

—No lo veo conveniente, Álex —contraataco—. No estoy haciendo nada como para recibir ese dinero.

—Pero harás.

—¿En el *Ritual*?

Este asiente con la cabeza y le da un sorbo al *ayran*. Es una bebida turca, hecha a base de yogur y es básicamente como si fuese un batido.

—Tengo otra pregunta —digo temerosa, pensando en que quizás sería mejor callarme la boca.

—Dígame, señorita.

Sorprendentemente, se muestra receptivo.

—Le has dicho a… —Busco en mi mente— Max que haga lo que sepa con esos hombres que atrapasteis el sábado pasado.

—Así es.

—¿Qué significa?

—No es el momento para hablar sobre esto. —Evade el tema.

—¿Acabas de ordenar sus muertes, cierto?

Muevo la pierna nerviosa y le doy un sorbo contundente al vaso de agua.

—Te voy a pedir que no estropees el día, Aylin. Te dije anoche que te tenía unas sorpresas y no quiero hablar de esto.

Me corta en seco.

—Agradezco tus sorpresas, pero para mí es más importante esta conversación, así que me gustaría que me respondas.

Cruzo mis manos encima de la mesa y le miro con fijeza.

—¡No tiene ni una jodida importancia lo que yo decida hacer con esos tipos! —responde y aprieta el puño.

—Dijiste que era lo último a la que recurrirías.

—¡Pero también dije que protegería a los míos! —gruñe y estrecha la mirada mientras habla. Su mirada ha cambiado de color y se ha vuelto turbia.

Empiezo a dudar si estoy en lo cierto, quizás él tiene razón y no deberíamos de hablar de esto.

—Jamás asesinaría a alguien con tanta sangre fría… —Pienso en aquellos hombres y me estremezco, pese a que sean unos mafiosos—. No sé cómo explicártelo, pero…

La comida se me queda atragantada.

Seguro que sus cuerpos yacen en cualquier barranco ahora mismo, o igual el *modus operandi* de *Álympos* es enviar los cuerpos al bando enemigo.

—¿Pero qué?

Su irritación aumenta.

—Creo que hay otras formas de actuar y maneras más pacíficas de… —defiendo mi postura.

—¡Diablos! —dice desatado y se termina el vaso de aquella bebida lechosa—. Vives de puras fantasías. Eres la mujer más valiente que conozco, pero también la más insensata y terca.

Le hace un gesto al camarero para que llene su vaso.

—No son fantasías… —suelto un tanto herida por sus palabras—. Creo que deberías tener un dialogo con el capo italiano y decirle la verdad —continúo sin frenos—. Si es realmente verdad lo que me dijiste, creo que él debe saberlo e incluso podríais firmar un… tratado de paz, o algo así.

—¡Por Zeus! —Se lleva una mano al rostro y me mira—. ¿Acaso crees que esto es la ONU?

—¡No lo sé, joder! —Froto mis manos—. Solamente estoy proponiendo.

—No voy a bajarme los pantalones delante de Gambino e invitarle a que me follen él y toda su pandilla, ¡lo tengo claro!

—Pero…

—¡Esto no funciona así! —habla con los labios apretados y se rasca la mandíbula—. Aylin, lo primero que debes aprender es que o comes, o te comerán. La mafia no entiende de diálogos y promesas. Entiende de hechos, ¿lo captas? Y aquí la única verdad es que yo maté a uno de ellos, ellos mataron a mis hombres…. —Me mira con aquellos ojos salidos del Inframundo—. Y yo mataré a los suyos, ¡no hay más!

Unos tenebrosos escalofríos me recorren.

—Ojo por ojo y diente por diente —añade.

—No quiero que salgas herido, es solo eso.

Me armo de valor y cojo sus manos en las mías. Por su parte, jadea, intentando calmarse, pero responde a mi empatía y comprende mi preocupación. También aprieta mis manos.

—Pequeña… —dice—. Hay cosas que no podemos evitar, como por ejemplo lo ocurrido ayer con Pete, pero hay otras que sí, las podemos evitar. Prométeme que te mantendrás lejos de Lorraine.

—Te lo prometo —digo y sigo acariciando sus dedos. —Álex… ¿qué sucede entre Lorraine y tú?

—No entiendo tu pregunta.

—Al principio parecías muy seguro de que nunca cortarías tu relación con ella.

—Así fue.

—Sin embargo, decidiste divorciarte… ¿por qué?

Él agacha la cabeza y mueve la cuchara en el plato sutilmente. Se apoya en un codo y me da miedo de que jamás me responda, cosa que lo comprendería y respetaría.

—Tengo dos razones por las cuales me quiero divorciar, Aylin.

Coloco mis brazos en la mesa, preparada para escucharle e intentar comprenderle, fuese cual fuese su versión de los hechos. Solo necesito saber qué se traen entre manos. A mi juicio, el hecho de que ella sea una de las diosas no debería suponer nada si él no quisiera continuar con el matrimonio.

—Primera, por darme cuenta de que no la soporto. Es una mujer autoritaria, dominante y manipuladora —explica—. Lo hizo con todos, recurriendo a trucos bajos y no respetó mi autoridad y mis deseos.

Decido no preguntar nada y dejarle el espacio y la libertad de contarme lo que le apetezca. Solo escucho.

—Y segundo, porque… —Me analiza— cuando me dejaste, me pregunté si podía volver a mi vida de antes. Y por supuesto que no podía. No paraba de pensar en ti, así que tenía que deshacerme de mi matrimonio sí o sí.

—Sería lo mejor que podrías hacer —le digo esperanzada—. Un matrimonio sin amor es insostenible.

—¿Un matrimonio sin amor? —Me sigue examinando con el rostro desfigurado y retira su mano de golpe—. Jamás lo entenderás.

—Lo entiendo.

—No, ¡no lo entiendes! —Aproxima su cara a la mía—. El amor no sirve de nada si no hay armonía, confianza y complicidad.

Me deja muda. Y eso es porque por primera vez le doy la razón con respecto a su mentalidad un tanto extraña y la doctrina de los hedonistas.

—Pero hubo algo de eso en algún momento entre ella y yo… —continúa.

—¿Hasta?

—Hasta hace dos años —completa—. Nos parecíamos mucho y por eso congeniábamos tan bien. Ninguno le tenía que dar explicaciones al otro y hasta vivíamos en la misma casa.

—¿Dónde? —Elevo el entrecejo.

—Cerca de la casa de Sander.

—¿Es donde ella vive actualmente? —especifico.

—Sí. Ella se quedó en la casa y yo me fui al ático.

—¿Por qué te fuiste? —pregunto en un tono amable y apoyo uno de mis codos en la mesa.

No quiero estropear sus ganas de abrirse conmigo.

—Porque me enteré que ella llevó a Beth a... —titubea por un momento y me mira.

Sabe que yo opino otra cosa del asunto.

—Puedes hablar abiertamente, Álex —le invito con la cabeza—. Quiero que confíes en mí.

—Confío en ti, Aylin —Sigue hablándome con la misma seriedad y enseguida desvía la vista —. Lorraine la llevó a cometer un aborto.

—Ella me dijo que fuiste tú —articulo rápido.

—Miente —clama—. Me enteré tres días después, al no recibir señales de ella. Se ve que tuvo una gran hemorragia y estuvo ingresada, de manera que quedó incomunicada.

—Lo siento —murmuro, sumamente emocionada.

—Sospeché que Lorraine la había llevado ahí porque el médico me dijo que ella la había acompañado.

—Pero su versión es otra.

—Así es. Desde siempre me dijo que no tenía nada que ver y que la decisión había sido de Beth. Me mintió, y de hecho, descubrí su mentira tiempo más tarde, gracias a una amiga suya. Me contó que Lorraine misma le confesó que presionó a Beth para que abortara.

—¡Oh, lo siento! —musito.

—Por eso la odio tanto, ¿comprendes?

Carraspea y sus rasgos son cada vez más duros. Por mi parte, aprieto su mano con más dureza todavía, mostrándole que estoy aquí, a su lado.

—Continúa, te hace bien desahogarte.

—En ese momento me mudé al ático. También le dije a Beth que no quería volver a saber nada de ella. Yo era el padre, ¡maldita sea! —habla perturbado y golpea la mesa con su puño.

—¡Ohhh, Álex, lo siento tanto! —le digo con voz rota, como si su dolor traspasara su pecho y me invadiera a mí.

—Pasó un tiempo, ella estaba cada vez más débil y finalmente intenté ponerme en su lugar y comprender que nuestra situación no era la más adecuada. Yo estaba casado y no podíamos ser una familia. La iba a perdonar, en el fondo la echaba de menos. Solo que fue demasiado tarde.

Le da un sorbo a su vaso, conmovido por los recuerdos. Ha dejado de comer y está ocultando sus ojos enrojecidos. Es más, me percato de que quiere disimularlos de alguna manera, llevándose una mano a la cara.

—Ehhh… —Toco su brazo —¡Mírame! No es tu culpa —le digo alto y claro.

—Te equivocas, Aylin. —Noto el brillo del arrepentimiento y del dolor en su mirada—. Sí, es mi culpa. Por mi egoísmo y libertinaje, empezó a padecer una depresión. ¡Se enamoró de mí!

Pestañeo y desvío la mirada. ¡Qué maldita coincidencia! Beth se enamoró de él, igual que he hecho yo.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Sus ojos se tornan vidriosos—. Soy incapaz de amar y ella… ella casi que me daba igual. Era una más que calentaba mi cama por la noche —remata.

—Aun así… no es tu culpa.

—¡Sí es mi maldita culpa! —Gira la cabeza—. No me supe retirar a tiempo.

—¿Tú la obligaste a ingresar en… *El Templo*?

—No, ella era clienta y le gustaba ese rollo. Después, quiso ser parte de *Álympos* y firmó como ninfa. Por su propia voluntad —aclara.

Está cada vez más dolido y el sufrimiento desfigura su rostro completamente. No aguanto más las ganas de abrazarle y, como un gesto de agradecimiento por todo lo que me ha contado, me

levanto de mi silla y me acerco. A continuación, me siento en su regazo, ya que necesito abrazarle en este momento.

Suspira perdido.

—¡Oh, Aylin!

Necesito sentirle pegado a mí y me da sencillamente igual todo lo demás. Me da igual el sitio, o si alguien nos viera, solamente necesito consolarle y sentirle.

—¡Escúchame! —hablo contundente y acaricio las líneas cuadradas de su barbilla varonil. —Tú no la obligaste a hacer nada de lo que no quisiera, ¿entendido?

—Por supuesto que no la obligué.

—Aun así, pienso que no era una más si todavía te provoca sufrimiento.

—Obviamente era mi favorita, por eso la hice ninfa, pero no había nada más. Estoy así únicamente por la culpa y el remordimiento.

—No tiene sentido revolver el pasado… —hablo en voz baja—. Igual, no lo podías haber impedido.

—¿Sabes? Si yo no la hubiese largado de mi lado, posiblemente no se hubiese tirado de aquel puente. Pero estaba muy furioso. —Aprieta el puño con impotencia—. ¡Mató a nuestro hijo!

Su voz suena desdibujada, como si unas agujas la atravesaran.

—Lo entiendo todo. Entiendo por qué estás así. Ella no contó con tu opinión, lo mismo tú sí querías a aquel bebé. —Saco mis propias conclusiones—. ¿Lo querías, Álex?

No contesta con palabras, pero sí con gestos. De repente, veo dos lágrimas asomarse. Gira la cara a otro lado para que yo no lo vea. Entonces, le rodeo el cuello y aprieto su cabeza contra mi pecho. Le beso la coronilla y me da tanta pena, que me desgarra por dentro. Él sí quería tener el bebé.

—Llora. Hasta los más fuertes lloran, y tú no vas a ser menos, Álex.

Lo abrazo con mucho sentimiento e intento consolarle, pero con él no puedo. De repente, noto sus dedos apretando mi cintura y apartándome. Al instante se pone de pie, intentando maquillar su dolor. Me doy cuenta de que vuelve a colocarse aquella coraza de acero, como si de la misma armadura de Ares se tratase.

—No. Los más fuertes no lloran —dice con voz de hielo—. Los más fuertes hacen llorar a los demás, que es diferente.

Le miro embobada.

Qué triste su historia. Pobre de él y pobre de Beth.

—Y ahora vámonos —añade y mira el móvil bastante concentrado—. Hay alguien esperando.

—¿Quién?

—Es sorpresa.

Cuando me hace una señal de que pase delante de él y empezamos a movernos deprisa hacia la salida, atrapo de nuevo su mano en la mía, intentando ofrecerle cariño.

—Álex… serías un muy buen padre, que lo sepas. —Aprieto su mano con discreción.

—No lo creo… —Me mira como si lo que acabo de decir fuese la mayor estupidez del mundo.

—Digo la verdad.

Sonríe relajado y se lleva mi mano a la boca.

—Gracias por ser como eres. —Me deposita un beso en los nudillos—. Me siento mucho mejor.

—Me alegro.

Después, me rodea los hombros con su brazo de hierro.

—Bueno, señorita Vega… —Vuelve a emplear el tono juguetón—. Espero que le guste mi segunda sorpresa.

—¿Cuál ha sido la primera? —pregunto curiosa.

—La *Tablet*.

Me río ruborizada y asiento con la cabeza, avergonzándome de la poca memoria que tengo.

Minutos más tarde, reconozco complacida el edificio imponente de la residencia de Harvard. Cuatro de sus agentes nos siguen en otro coche y, tras aparcar el autovehículo, nos disponemos a caminar, poniendo una gran distancia de por medio. A decir verdad, cualquier estudiante de la residencia nos podría ver. Finalmente llegamos al nuevo ala donde viviremos Berta y yo, y admiro la puerta.

—Se ve muy bien…

Escaneo la puerta blanca, la cual parece completamente nueva y mi mirada recae sobre una bonita planta que se alza en un enorme macetero artesanal, justo al lado de la puerta.

—Espero que te guste, lo positivo es que ya tenéis cada una vuestra habitación —me informa —. Tenéis todas las comodidades, aparte de más espacio.

—Lo sé, me lo dijo Bert —respondo entusiasmada.

Repentinamente, Álex saca una llave plateada del bolsillo y me la entrega.

—Tu llave.

Después de ingresar en la nueva habitación, empiezo a barrer el espacio con mi vista, sumamente curiosa. Sin embargo, no me da tiempo a terminar con el análisis minucioso que estaba haciendo porque, de repente, veo salir a mi rubia loca de un cuarto que hay a la izquierda.

Su presencia me coge verdaderamente desprevenida, puesto que, en teoría, ella debería estar en *Staten island.*

—¡Sorpresa! —grita desquiciada y abre los brazos mientras suelta una sonora carcajada.

—¡*Ragazza*! —exclamo impactada y me tiro a sus brazos.

—¡Ahhh, te echaba tanto de menos ex –santurrona! ¡Muchísimo!

—¡Yo también!

Nos abrazamos desesperadas y seguimos chillando. Y así unos largos minutos. Veo por el rabillo del ojo que Álex está a un paso, cruzado de brazos, sin apartarnos la vista. Al instante le sale una amplia sonrisa, tras ser testigo de nuestro eufórico reencuentro.

Cuando la adrenalina del volver a vernos ha bajado y se instala la calma, Bert empieza a hablar lanzada. Ella es así, una tormenta en toda regla.

—Profesor Woods, no pude darle las gracias por la habitación —Da dos pasos en su dirección

—. ¡Me encanta!

—De nada, señorita Monticelli.

—Aylin —Álex se dirige a mí—. Te quedarás toda la tarde con tu amiga y, si te parece, hablamos por la noche. Debéis ir de compras porque esta noche hay fiesta, ¿vale?

—¿Y eso?

Me quedo atónita y cambio mi vista del uno al otro.

—¡Nena! —exclama Bert de repente y se acerca a mí—. Ha dicho *compras*. ¡Claro que iremos de compras, esta noche debemos estar divinas de la muerte! —le guiña el ojo a Álex.

—Vosotros dos os traéis algo entre manos —afirmo con sospecha.

Acto seguido, me cruzo de brazos, sin dejar de mirarles atentamente.

—Además, señorita Monticelli —añade Álex, sin perder el contacto visual conmigo—, aviso que su amiga lleva una tarjeta bancaria. Podéis comprar lo que queráis, todo lo que os apetezca.

Me ruborizo. ¿Por qué Álex está hablando ahora de la tarjeta? Bert va a pensar que él me está manteniendo o dando dinero como si fuésemos amantes.

¡Mierda!

En realidad, es lo que somos.

—Álex, yo no veo conveniente...

—¡Estupendo! —contesta la *espabilada* de mi amiga—. Sí, por supuesto que compraremos.

«Por lo visto, pasan de mí».

—¡No os comportéis como si no estuviera aquí! —les grito y Bert se ríe, ambos mirándose con complicidad.

Álex estruja mi cadera y me proporciona un beso espontáneo en la mejilla.

—Uyyyy —comenta la italiana—. Tengo un bizcocho en el horno. ¡Mierda, se me va a quemar!

Enseguida sale corriendo en dirección a la cocina.

—Por cierto, ¡encantada, profesor! —grita y se despide con la mano para después desaparecer en la cocina.

—¿Desde cuándo haces bizcochos? —chillo detrás de ella y me encojo de hombros.

Los dos me están dejando asombrada.

—¡Desde hoy, nena!

La oigo, pero no la veo. Álex frunce el ceño divertido y se acerca a mi cara, mientras mete una mano en el bolsillo.

—Yo no sé si me atrevería a probar ese bizcocho.

Pone una mueca graciosa.

—Álex… —Me abrazo más a él—. ¡Oh Dios, no me lo creo!

Estoy todavía consternada por la sorpresa que me ha hecho. Él sabía que necesitaba volver aquí para quedarme en paz. Él sabe lo leal que soy y que Bert y mis padres son lo más valioso que tengo, aparte de mi bolita de pelo.

—Créetelo —responde—. Y esto no ha hecho más que empezar, tengo más sorpresas.

—¿Por qué lo estás haciendo?

—Esto es muy poco comparado con lo que te mereces. —Su timbre de voz se asemeja a un violín en calma—. Solo te quiero ver sonreír, Aylin. Tu sonrisa es como un bálsamo para calmar todo aquello que…—añade.

—¡Shhh! —Soy yo la que le callo esta vez—. No lo recuerdes. Empecemos de cero.

Una repentina emoción irrumpe, sin tocar a la puerta, ni avisar. Amo su voz y amo todo lo que me dice. Alcanzo ver sus cautivadores ojos y, sin demora alguna, llevo mi mano al mentón de mi hombre.

—Empezar de cero es lo que más deseo, pequeña.

Le sonrío y, acto seguido, acerco mi cara a la suya, plantándole un beso apretado en la boca. Necesitaba besarlo desesperadamente. En los minutos siguientes, nuestros labios se funden con ternura y anhelo.

«Ojalá no despertara nunca de este sueño…».

Tengo miedo.

CAPÍTULO 20



FELIZ CUMPLEAÑOS, PEQUEÑA

La tarde junto a Berta ha sido una auténtica locura. Después de quemar el bizcocho que quería hornear con el mayor cariño del mundo para celebrar mi cumpleaños, lo hemos tenido que tirar a la basura. Sin duda, Bert y la cocina no hacen buenas migas, por lo que hemos hecho unas galletas finalmente y las hemos acompañado con el *cappuccino* que tantas ganas tenía de tomarme con ella.

Hora más tarde, nos hemos aventurado a recorrer aquellas calles populares de tiendas de Boston y hemos tardado más de dos horas entrando y saliendo eufóricas de todos los establecimientos más importantes de la ciudad, viendo, probando y comprando ropa, zapatos y bolsos.

¡Ha sido un día de compras demencial! Los cuatro agentes que Álex ha dejado para que nos acompañen, han acabado cargados de bolsas desde los pies a la cabeza. Les miro de reojo y reprimo una sonrisa. En realidad, nada más faltaría colocarles una estrella en la coronilla y ya serían auténticos árboles navideños.

—¡El profesor es la caña!

La estrepitosa risa que Bert suelta cuando entramos por la puerta del piso, me pone de muy buen humor.

—Me siento importante —añade con cachondeo—. ¿Sabes? El profesor ya no es ningún ogro. —Se ríe—. Es más, es muy generoso. Nos ha pagado esta habitación, te da una tarjeta para comprar lo que quieras, está buenísimo de la muerte, se va a divorciar… ¡un jodido partidazo!

No me da tiempo a contestarle, ya que tengo que estar pendiente de los hombres de *Álympos*, los cuales en este momento están entrando en la estancia y dejando todas las bolsas en el suelo. Le hago a esta una señal con el dedo para que se calle, sin embargo, la comprendo. Solo yo sé que no es conveniente que toquemos temas personales delante de ellos.

Hablando de la tarjeta, no sé cuánta liquidez tiene, para eso tendré que ir a un cajero o un banco. Aunque, a decir verdad, tampoco me interesa. No he hecho una compra muy exhaustiva, sin embargo, Berta ha comprado el doble que yo. Ella es compradora compulsiva y basta con nada más ver su bello y satisfecho rostro ahora mismo para saberlo. Está sacando las prendas de las bolsas y las está analizando como si estuviera mirando una tarta de chocolate cubierta de rodajas de fresas. Lo digo porque es su fruta favorita, mientras que la mía es el plátano y el coco.

—Señorita, estamos fuera. —Oigo la voz de uno de los agentes—. A las ocho y media debemos salir. Son las ordenes.

Asiento con la cabeza y, a continuación, los guardas salen del piso con la cabeza agachada.

—¿Qué les pasa a estos? —pregunta Bert y frunce el ceño—. No han levantado la cabeza del suelo en ningún momento. Parece que tienen tortícolis.

—Nada, son así de tímidos —respondo con disimulo.

¿Qué le voy a decir?

«Ahh, Bert, sabes… no nos miran porque para ellos, yo soy la diosa Afrodita y no se les permite mirar a la cara a los dioses. ¿Qué si estoy loca? Nooo. Todos ellos lo están, pero yo no. Aunque… ya no estoy tan segura».

Me rasco la cabeza. Acabo de tener una conversación interna conmigo misma y estoy sospechando que posiblemente sea verdad que estamos perdiendo la cabeza al completo.

—Venga, ¡vamos a arreglarnos! —grita Berta efusiva y tremendamente feliz y empieza a seleccionar vestidos.

—Bert… estoy cansada —hablo desganada—. Además, ¿qué fiesta es y a dónde vamos?

Me tiro a la cama de mi nueva habitación para probarla, ya que no he dormido aquí ni un solo día desde que nos trasladamos. Mientras inspecciono la cama acogedora, pienso que, si no tuviéramos vecinos, sería perfecto.

—¡No digas eso! —exclama la italiana y me tira un cojín—. ¿Te estás poniendo ya mayor o qué? ¿O es que tu profesor te tiene muy cansada? —pregunta con voz melódica y empieza a hacerme cosquillas.

—Bueno… —contesto con picardía.

Mis mejillas se sonrojan con suavidad. Nos reímos las dos y finalmente mi amiga también se tira a la cama, desplomándose a mi lado.

—¡Bien hecho, ex santurrona! —brama—. Entonces, ¿te gusta el piso?

Se estira perezosa y las dos rodamos la mirada alrededor, totalmente maravilladas.

—Me encanta, es muy bonito. Pero Bert… lo que más me gusta es estar contigo aquí.

De momento intento adivinar por qué puñetas hoy me estoy poniendo tan sentimental.

—Ayyy *ragazza*, te echaba de menos —masculla y me abraza con esa fuerza arrolladora que Bert que solo ella desprende.

—Yo también.

Quedamos inmersas en un cariñoso abrazo que me llega al alma.

—Me asusté mucho cuando te fuiste de repente de la casa del senador.

—Imagino, pero ya te dije por qué fue.

—¿Entonces estás feliz? —empieza con el interrogatorio de amiga que se está mordiendo las uñas y examina mi cara para saber si la estoy mintiendo.

—No me puedo quejar. —Sonrío y mi voz emana mucha seguridad. —¿Y tú?

Ella, en cambio, se queda callada por un momento y, desafortunadamente, lo percibo en sus ojos. Algo ha cambiado. Está pasando por una mala época y posiblemente a estas alturas, Bram ya ha mostrado su verdadera cara. Debe ser eso.

—¿Qué pasa? —Mi rostro se torna serio—.¿Bram no se porta bien?

—No, no es eso —replica—. ¡Estoy muy feliz, de verdad!

Siento que Bert me esconde algo porque su voz no suena tan ilusionada como lo hacía hasta ahora, hablando del moreno de ojos verdes. No le digo nada, todavía debo planear en mi mente cómo hacer que lo deje con él, para así evitarle el sufrimiento. No me quiero imaginar lo doloroso que podría ser para ella enterarse de quién es Bram realmente. Sin añadir nada más, solamente la abrazo con mucho cariño y a la vez pena, y después junto mi mejilla con la suya.

«Te protegeré, Bert… Encontraré la forma».

***

Miro el móvil cada cinco minutos y me doy los últimos retoques en el espejo, extremadamente inquieta. Álex no ha dado señales de vida en toda la tarde y la verdad es que no le quiero molestar. Posiblemente tenga mucho trabajo y estoy pensando en ofrecerme para ayudarle con la gerencia del Templo, y con la agencia, si le hiciera falta. Además, si pienso en el almuerzo de hoy, me puedo dar cuenta de que está preparando un asalto contra aquel italiano.

—¡Guaaau! —escucho la voz chillona de Bert.

Esta se detiene en el marco de la puerta y me escanea de arriba-abajo.

—Dios mío, ¡estás guapísima! —Me da una voltereta y me mira sumamente incrédula—. Nunca te he visto tan guapa, cariño. Déjame verte mejor…

—Tú también te ves genial —le respondo mientras analizo su vestido blanco de tela sedosa y el cual le llega hasta los tobillos.

La abertura que el vestido deja ver sobre una pierna, hace que mi amiga se vea extremadamente sexy; además, el blanco y el gris combinan muy bien con sus rasgos dulces y su cabello platino.

—¡La cremallera es espectacular! —Bert sigue con su análisis minucioso de mi atuendo.

La cremallera del vestido llega desde el escote hasta abajo y básicamente lo atraviesa completamente. Para la fiesta de improviso de esta noche, he elegido ponerme un vestido corto de cuero, de mangas medianas y sutilmente escotado.

—¡Vayámonos ya, es tarde! —musito y de momento me pongo unos zapatos de tacón de color rojo, demasiado altos.

«Rojo… el color de Ares», evoco sus palabras en mi mente

«El color que simboliza la sangre y el fuego. Y el cual de ahora en adelante será también mi color, según él…».

Me paso la mano por el cabello, demasiado nerviosa, y me miro en el espejo más de cerca. Llevo unos pequeños pendientes y Bert ha insistido en que vayamos también a la peluquería, por lo tanto, mi melena se ve elegante y arreglada. Unas ondas le dan más brillo a mi rostro y llevo maquillaje profesional. Mis ojos resaltan y el pintalabios carmesí se ve sofisticado, de modo que mis labios se ven perfilados y seductores, como si fuesen una clara invitación al pecado.

Y por debajo…

Me arreglo el cabello con nerviosismo y decido que es mejor no pensar en lo que llevo debajo de este vestido de cuero. Todo planeado e intencionado. Mi corazón empieza a palpitar agitadamente cuando pienso en Álex y en cuál será su reacción al verme.

—Ok, nos vamos —replica Bert—. Espera, cojo mi bolso.

Yo también agarro el mío, el abrigo oscuro y largo que compré en Toronto y la maleta en la que he empacado ropa, lencería y camisones que me he comprado hoy, algunos libros y otras cosas de uso personal, para llevármelo todo al Templo.

—¿Preparada? —Bert me guiña el ojo.

¡Qué intriga!

¿A dónde me llevarán y qué pasará esta noche?

***

Llevamos en el coche sobre aproximadamente media hora y las calles me resultan familiares. El iluminado edificio y la cola de gente esperando en la entrada, me indican claramente el sitio en el que nos encontramos. Estamos delante de *Dawn Boston.*

—¡No me lo creo! —exclamo cuando los hombres de Álex nos abren las puertas y uno de ellos nos indica el camino con el brazo.

Me acuerdo de aquella primera vez que vi al profesor acompañado de Lorraine en este mismo sitio. Aquella noche que me desmayé y que él me llevó a su ático, estando inconsciente. La primera noche que él y yo dormimos juntos, y la cual pensé que sería la última.

«¡Qué ingenua!», me culpo.

La oscuridad de la noche nos envuelve y unas brillantes luces enfocan el imponente club de etiqueta de la calle Brannington. Hay un bullicio inquietante en la puerta, jóvenes impacientes haciendo cola para entrar en el prestigioso club, pero no distingo a nadie conocido. Vuelvo a mirar el móvil y ni señales de él, eso en sí siendo bastante extraño. No me convence del todo y la libertad que me está dejando después de todo lo ocurrido me aturde. Enseguida me vuelvo a Bert, que está enderezando la espalda y sacando pecho. Esta empieza a andar con la cabeza alta, contoneando sus proporcionadas caderas de un modo sensual y con mucha, pero mucha confianza.

—Cabeza bien alta, mi amor. Somos unas divas, ¿vale?

Sonrío. Me hace gracia su conseguida actuación y ya no me cabe duda de que mi amiga tiene tela de actriz.

—Bert, ¿por qué me has traído aquí? —Aprieto mi mano en su brazo—. ¿Es que Álex está dentro?

Analizo el alrededor y espero que Bram no haya tenido nada que ver con esto. Tanto Bert como Álex tienen una actitud demasiado misteriosa, así que descarto en última instancia la idea de que Bram haya comprado las entradas. Es más, Álex me ha dicho hoy que tenía más sorpresas para mí y doy por hecho que esta es una de ellas.

Bordeamos la hilera interminable que las personas forman en la puerta y avanzamos, como si tuviésemos algún pase VIP esta noche. No esperamos en la multitud ni medio minuto, todo lo contrario, avanzamos y entramos antes que todos, ante sus envidiosas miradas.

—¡Guau, estoy emocionada Lyn! Nunca he ido con guardaespaldas —dice Bert en mi oído y me aprieta el brazo.

—No son mis guardaespaldas —susurro—. Trabajan para Álex. Después de las amenazas que recibió, ya sabes…

—Ahora mismo sí lo son. ¡Menos mal que he vuelto a Boston, me estaba aburriendo horriblemente en *Staten*!

No aguanto más la incertidumbre, y entonces saco el pequeño móvil plateado de mi bolso.

Álex, ¿dónde estás? Tu agente nos ha traído al Dawn. ¿Estás dentro?

Envío el mensaje y espero, pero este no está en línea, de modo que empezamos a avanzar hacia la entrada del club, seguidas de sus hombres. Observo con mucha normalidad que los agentes nos rodean y miran a todos los lados para asegurar la zona. Si el italiano tuvo los santos cojones de atacarnos a plena luz del día, no sería nada raro que lo intentara en un club, completamente

rodeados de gente borracha e inofensiva.

—Bert… —Atraigo a la italiana junto a mí—, ¿te llamó él para venirte a Boston antes de tiempo?

—Sí… —contesta esta titubeante—. Esta mañana me ha llamado.

Asiento con la cabeza y seguimos caminando, poniéndome cada vez más nerviosa, sin saber por qué, pero presiento que algo está a punto de ocurrir. Lo curioso de todo es que, una vez dentro del club, los agentes de Álex nos señalan unas escaleras.

¿No nos quedaremos en la planta baja, donde están todos?

La música pop a todo volumen retumba en mis oídos y muevo la cabeza tremendamente descolocada por todo lo que está ocurriendo. Enseguida observo que los hombres nos llevan a la primera planta, en la cual localizo varios apartados delimitados con una cinta roja muy elegante.

—Más deprisa, cariño —musita Bert en mi oído a la vez que siento sus dedos presionando mi espalda y la música agujereando mis tímpanos.

Seguimos abriéndonos paso entre los diferentes grupos de jóvenes bailando y cantando y, cuando llegamos al fondo de la primera planta, ocurre la magia.

—¡Felicidades!

Unas caras familiares me miran con alegría y, entonces, todos gritan al unísono. Por el alto volumen de la música, intuyo que gritan eso, ya que no los escucho nítidamente. Incluso algunos de ellos alzan carteles coloridos, en los cuales leo *Feliz cumpleaños, Lyn.*

—¡Oh no! —Me llevo las manos a la boca, profundamente conmocionada.

¡Son mis amigos!

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto enloquecida con un agudo grito, mientras estos se lanzan a mi cuello para darme los besos y abrazos pertinentes.

—¿Qué pensabas, que no celebraríamos tu cumple? —exclama Rebe, chillando y saltando de felicidad.

—Pero no lo entiendo… —Les miro atónita, uno por uno—. Estabais de vacaciones. Pensaba que hasta el lunes no volveríais a Boston.

—¿Has visto lo bien que se nos da fingir?

—Ya lo veo…

Mary Anne , Josephine y Rick la siguen y también me abrazan cálidamente, felicitándome. Jospehine murmura algo en mi oído, a la vez que escaneo sus vestimentas y me quedo maravillada con lo bien que se ven todos esta noche. No entiendo lo que mi compañera me intenta decir por el volumen alto de la música, pero asiento con la cabeza con mucha amabilidad.

—Feliz cumpleaños, preciosa. —Adam aparece en la penumbra del club y me da dos besos cariñosos en la mejilla—. No sabía que estabas ya en Boston, y hoy no me has dicho nada por teléfono.

—He llegado hoy, de hecho —contesto en su oído, un tanto incómoda—. Y la verdad es que esta noche pensaba estudiar.

—Pero la italiana te ha secuestrado. —Se ríe divertido.

—Algo así… —Miro el suelo avergonzada.

—¿Qué tal, *ragazza*? —interviene Bert—. ¿Qué te ha parecido la sorpresa?

—¡Gracias a todos! —grito con euforia y con las emociones a flor de piel.

Estoy muy nerviosa y agito mi cabeza, recorriendo el espacio con la vista. Me pregunto dónde estará Álex y porque no he sabido nada de él en todo el día.

Otras cuatro personas más se acercan y me empiezan a dar besos y a felicitarme. Por último, noto una mano en mi espalda y de repente, una corriente me recorre. ¡Oh no, es él! Está aquí. Sin embargo, cuando me giro completamente, mostrando una sonrisa de oreja a oreja, tropiezo con el rostro más detestable del mundo entero.

—Bram....

Tiemblo.

Este me sonríe lascivamente y abre sus brazos. Acto seguido, se acerca a mí y me acaricia con sus asquerosas manos, a la vez que oigo su tono de voz punzante cerca de mi oído.

—Felicidades, diosa Afrodita. —Se burla descaradamente—. No te he traído regalo, lo siento. Ya te regalé un puesto en el *Templo*… —Alza los hombros y habla con cinismo.

—¿Qué? —Le miro con fijeza.

—Lo que has oído… —Acaricia mis hombros—. Considera que ser la putita particular de Ares es el mayor regalo que podrías recibir.

¡Ohhh! ¿Cómo se atreve a hablarme así? Aprieto los dedos en la palma de mi mano y juro que le estamparía aquel horrendo rostro en este mismo instante, si no fuera porque quedaría retratada delante de Bert y estropearía la fiesta que han organizado para mí.

—¡Mi mayor regalo sería que desaparecieras de nuestras vidas! —hablo cerca de su oreja con todo el cuerpo tensionado.

Se ríe.

—¿Así tal cual?

—Así tal cual —Clavo mis uñas en la palma de mis manos—. Y si no lo harás por las buenas, lo harás por las malas.

«Maldito cabrón… », completo en mi mente mientras me despego de él rápidamente y le doy la espalda.

Intento huirle y también lo hago para evitar pleito entre él y Álex. A continuación, me detengo con un grupo de personas, intentando alejarme de su toxicidad. Sin embargo, no puedo no ver por el rabillo del ojo que este rodea la cintura de Berta como si buscara provocarme.

Le deposita un beso en la mejilla, a la vez que Bert habla con Rebe, sumamente distraída y sin tener la más remota idea de lo que ocurre a solo un paso de ella. Me entran angustias cuando el moreno de ojos verdes le empieza a lamer la oreja; todo esto sin quitarme la vista.

Sus ojos se me antojan malignos y sueltan chispas. Siento que este me mira de manera desafiante, como diciéndome: «Aquí mando yo, ella es mía y no podrás hacer nada». La inocente de mi amiga, mientras tanto, le sonríe despreocupada y sigue con su conversación.

¡Maldita sea!

Debo buscar una solución ya para ahuyentar a este tipo de nuestras vidas. Pero hoy no es el momento, todo lo contrario, debe haber paz y amor y mostrarme agradecida por el esfuerzo empleado conmigo. Ruedo mi vista, sin dejar de examinar la sorpresa. Observo aturdida que el

espacio es sumamente amplio y ocupa casi la mitad de la primera planta, que es enorme.

Incluso localizo multitud de globos, aparte de varias mesas con todo tipo de bebidas y aperitivos. Una serie de botellas de champán, repartidas en cubiteras, reinan en medio de las pequeñas mesas. Como si esto fuese poco, unos cuantos camareros se agitan de un lado a otro elegantemente, atendiéndonos solo a nosotros.

—Lyn, ¿qué quieres beber? —pregunta Mary Anne, que viste un refinado conjunto dorado esta noche.

—Ponme lo que sea, Mary —respondo desorientada.

—Perfecto.

Sonrío ante su amabilidad y sigo analizando el sitio. Encuentro el momento preciso para enterarme de todo cuando la italiana pasa por al lado para ir al servicio. Agarro su brazo.

—¿Dónde está Álex? —pregunto seria—. Ha sido su idea, ¿verdad?

—Mi boca está sellada.

Esta hace como si se estuviera cerrando una cremallera imaginaria. A continuación, empieza a reírse y se balancea al ritmo de la música.

—¿Estás bien? —pregunta Rebe y no me extraña que me mire con cara dudosa. Soy demasiado expresiva.

«¡No estoy nada bien, diablos!».

Hasta sus expresiones se me han pegado.

Se me queda cara de idiota declarada y muy poco disimulada cuando asiento con la cabeza, pese a que mis ojos digan lo contrario. Pulso la tecla verde del teléfono, sin dejar de mirar a todas partes y pasando de Rebe olímpicamente.

—¿Seguro? —Ella insiste, pero es como si no la oyera.

Sigo barriendo todo con mi mirada, inmersa en un abismo de confusión. Y, aunque esté muy agradecida con mis amigos y este momento sea sumamente especial, siento que me falta algo o alguien. Me falta él.

¿Y si no voy a saber de él en toda la noche? ¿Y si ha pensado que era mejor pasar mi cumpleaños con mis amigos, viéndolo como un favor que me está haciendo?

En realidad, ni siquiera sabe que es mi cumpleaños, no se lo he mencionado en ningún momento, ni él a mí.

¿Y si esta es su forma de decirme que me va a dar libertad para así poder confiar en él?

Mi corazón late desbocado en el pecho, viéndolo todo cada vez más oscuro.

¿Y si Álex se ha dado cuenta de que lo hizo mal y me quiere dejar en paz?

Me llevo una mano al pecho y respiro agitada, a la vez que todo toma forma en mi cabeza.

¿Y si jamás volveré a saber de él?

El dolor me sacude repentinamente y siento algo desalentador por dentro, como si estuviese experimentando aquel horrible sentimiento de pérdida. Como si mi corazón se estuviese desvaneciendo junto a él.

«¿Por qué te quejas, Aylin?», reprocha mi conciencia, la cual lucha contra lo incongruente «¿No era eso lo que tú querías, que él te soltara?».

Pero, de repente, empiezo a ver pistas. Hay jarrones de rosas multicolores a doquier y lucen frescas. Muevo mi vista velozmente, con rodillas temblorosas. Hay montones de rosas y, brevemente dicho, el sitio está repleto de todas ellas, aunque sin duda, predominan aquellas de color azul.

Siento pálpitos mientras cojo una entre mis dedos y la huelo.

«Rosas azules…».

Sonrío.

«Azules como tus ojos oceánicos», susurro en mi interior y es como si lo viera delante de mí, pronunciando aquellas palabras.

Solo Álex sería capaz de hacer esto y también él es el único que define el color de mis ojos como oceánico. Para todos, mis ojos son celestes, menos para él. Noto que a unos pasos reposa una bandeja llena de chocolatinas sobre una gran mesa, junto a una selección de platos cargados de pasteles.

¡Carajo! Agrando los párpados mientras me acerco. Ha comprado hasta barritas de chocolate, las mismas que me he comido hoy. Toco los envoltorios con la yema de mis dedos, sumamente conmovida y sorprendida. Me río sola y entonces mi amigo Rick, que está al lado, empieza a preguntarme algo, pero no me puedo centrar. Estoy embriagada, de manera que contesto distraída y le pido disculpas, diciéndole que en un rato hablamos.

Le estrecho la mano y sigo buscando con la mirada. Confieso en mi mente que los aperitivos y todos los arreglos están hechos con total perfección, típico de él. Él debe estar detrás de esto.

—Toma, Lyn, un *Cosmopolitan*. —Mary Ann me despierta de mi ensoñación cuando me entrega una copa—. ¡Qué sorpresa! No sabíamos que Berta tenía pensado organizarte una fiesta. Me he enterado hoy y he venido corriendo.

Sonríe.

—Gracias Mary, eres una muy buena amiga —contesto y le doy un abrazo.

Vuelvo a mirar el móvil, con el corazón en la garganta. Respiro aliviada cuando identifico un mensaje parpadeante en la pantalla.

¡Feliz cumpleaños, pequeña! Mira a tu derecha, segunda planta.

Mis manos tiemblan mientras elevo mi vista hacia el sitio indicado y…

¡Cielo Santo!

Finalmente le veo. Noto su silueta inconfundible camuflada entre el bullicio de gente de la segunda planta, aunque haya menos personas que en la primera. Está acompañado de una persona, un chico rubio alto y guaperas, que parece ser su amigo, Liam. Los dos sujetan una copa en la mano.

Le doy un sorbo profundo a la bebida que Mary me acaba de traer, con la esperanza de hidratar mi boca, que siento seca.

—¿Te gusta?

Asiento con la cabeza, a modo de respuesta.

El corazón me tiembla en el pecho cuando nuestras miradas se cruzan y es como si de repente tuviera un *déjà vu.* Más que nada porque está sonando una canción que me resulta insoportablemente familiar. Es la misma canción que sonaba aquella noche en la que

coincidimos en el club, intitulada *Him and I*. Es la misma canción, la misma letra, la misma melodía, el mismo sitio, pero no las mismas personas.

Él y yo ya no somos los mismos.

Vuelvo a llevarme la copa a los labios con nerviosismo y le miro discretamente. De hecho, llevo ya más de cinco minutos que no escucho a Mary Anne, que me estaba contando sobre sus vacaciones y su viaje a Las Vegas. Por su parte, Álex tampoco está hablando con Liam, solamente me fija con aquella penetrante mirada, a la vez que le da un profundo sorbo a su copa.

Y entonces unas ganas tremendas de correr hacia él y abrazarlo surgen en mi interior de la nada. Es como cuando sientes que algo no es lo correcto y que está prohibido, pero es cuando más deseas hacerlo. Sé que acercarme a él en este momento está prohibido, ya que el club está repleto de estudiantes y también he ubicado a algunos profesores. Sin embargo…

¡Mierda!

Nuestro contacto visual es electrizante y soy sencillamente incapaz de apartar mi vista de él. Sé que como no haga nada en los minutos siguientes, atraparé la atención de todos a raíz de nuestra conexión puramente emocional, algo que hace que salten chispas y de la que solo un ciego no se daría cuenta.

—¡Ahora vuelvo! —murmuro en el oído de Mary Anne, sin darle ni la más mínima explicación.

No puedo aguantar más mi arrebato y entonces empiezo a caminar deprisa hacia las escaleras, con el cuerpo cortado y miles de mariposas en mi estómago. Subo los escasos escalones y camino decidida hacia ellos, sin dejar de contemplarnos mutuamente con aquella mirada voraz que no somos capaces de controlar.

Mis huesos tiritan desenfrenados al mismo tiempo que admiro la inigualable vestimenta que luce hoy. Álex se ve igual de atractivo que siempre. Su oscuro atuendo consiste en una ajustada camisa de *Massimo Dutti*, sin una corbata que quede a la vista, y combinando a la perfección con unos pantalones chinos del mismo color. Sencillo y elegante, como siempre lo es.

Observo como si estuviese en otro planeta que la piel pálida de su torso resalta en la parte superior de su camisa negra, ya que tiene dos botones desabrochados.

—¡Hola! —saludo tímidamente.

Aprieto el vidrio entre mis dedos y miro en dirección a mi grupo de amigos. Están todos charlando muy animados y ya han empezado a bailar. Suspiro aliviada porque estoy pasando desapercibida, o por lo menos eso creo.

—¡Hola! —saluda aquel chico que conocí ayer en la reunión con los dioses.

Pero él no dice nada. Su rostro grave queda envuelto en un aura reflexivo, y es como si los dos estuviéramos viviendo en un mundo paralelo al de los demás. Un mundo sin palabras, en el cual solamente nos aferramos a aquella fuerte e invisible conexión que nos une.

Les sonrío a los dos, en cambio, mi mirada queda inmóvil sobre él, como si algo sobrenatural me poseyese.

—¡Felicidades, Aylin! —dice el chico que lo acompaña con simpatía y señala a mis amigos—. Espero que lo estéis pasando bien.

—Sí, lo estamos pasando muy bien, gracias —respondo y vuelvo a mirar a Álex, olvidándome de que mi cordura me grita ser cautelosa.

Me muero de ganas de simplemente saltar a su cuello y agradecerle mediante un abrazo la gran sorpresa que me ha preparado. Ha sido él, no cabe duda.

—Me alegro mucho —contesta el rubio amable, distrayéndome—. Bueno, me voy a la barra a pedir, ¿Brian, quieres algo?

Este ejecuta un movimiento seco con la cabeza mientras Liam se aleja de nosotros, guiñándonos el ojo.

Inspiro y espiro con los sentimientos a flor de piel y los dos damos un paso el uno hacia el otro, sumamente cautelosos. Él más que yo. Como siempre ocurre, él siempre controla la situación.

—Feliz cumpleaños, señorita Vega. —Acerca su boca a mi oído diplomáticamente. Es necesario, de lo contrario, no le escucharía por la estrepitosa música que suena de fondo.

Basta con notar su aliento en mi piel para estremecerme. No necesito nada más que eso para que mi alma vuele.

—Profesor… —le correspondo y me convierto en parte de nuestro dulce juego de seducción—, sin duda alguna, está lleno de sorpresas. No era necesario, créame…

Le sonrío, visiblemente emocionada. Él sigue creando magia con su sonrisa y palabras.

—No podíamos no festejarlo —dice tranquilo—. Veinte años no se cumplen todos los días.

Suelto una risita y asiento con la cabeza tímidamente, al mismo tiempo que le doy otro sorbo a mi copa. Noto cómo él saluda con la cabeza a un grupo de personas que hay al lado.

—Ha cuidado todos los detalles. —Me inclino más sobre él.

Su aroma inunda mis fosas nasales de un modo placentero e inhalo su perfume.

—Un poco —contesta humildemente—. ¿Qué tal la tarde?

—Bien, muchas compras —Miro el suelo, sin dejar de pensar que estamos flanqueados por gente conocida—. Ha sido una tarde muy agradable, pese a que no he probado ese bizcocho.

Se ríe.

—Lo sabía… —Agacha la cabeza y reprime una sonrisa.

—Igual, mejor así —completo.

—Me alegro si ha aprovechado la tarde con su amiga y agradezco que no haya terminado con una indigestión.

Me río delicadamente. Parecemos dos adolescentes hormonados con la cara llena de acné y las mejillas encendidas.

—Señor Woods… muchas gracias por todo.

Él agarra la barandilla metálica que hay al lado, en los apartados de la segunda planta y oigo un fuerte jadeo, a la vez que su mirada resbala sobre mí y queda clavada en el suelo.

—¿Usted pretende enloquecerme esta noche, señorita Vega?

No entiendo muy bien su insinuación y solamente quedo hipnotizada por sus colmillos, que acaban clavados en su labio inferior, como si estuviera terriblemente crispado e intentara ahogar sus emociones.

«¡Puñetas! El que me quiere enloquecer es él a mí».

Sus ojos brillan como puntos de luz en la oscuridad y se ve más apuesto que nunca.

—¿Cómo?

—Eso que lleva puesto… —Moja sus labios cuando le da otro trago a su bebida, seguramente *Jack Daniel´s* o algún whiskey escocés de renombre.

—¡Ahhh! —exclamo torpe y me toco las caderas con las manos—. Pensaba que te gustaría este vestido.

—¿Gustarme? —pregunta con cierta nota de sarcasmo y acerca más su boca a mi oreja—. Me vuelve tan loco que es mejor que vuelva usted con sus amigos y lo pase bien. Antes de que sea demasiado tarde —añade con voz rasposa.

Sé que no bromea.

Y entonces, decido arriesgarme, movida por un indescriptible deseo de sentirle. Rozo mis dedos con los suyos a propósito y unos torrentes empiezan a recorrer cada rincón de mi cuerpo. Aquella amalgama de sentimientos vuelve a nacer dentro de mí, haciendo que desee besarlo desesperadamente.

Pero no podemos.

¡Maldita sea! Una vez más, se me olvida quién es él y quién soy yo. Sin embargo, la vida misma nos proporciona un bofetón y nos muestra la realidad, nos guste o no.

Él es mi profesor y yo soy su alumna.

—¿Lo notas? —le pregunto con sensualidad y a la vez frustración.

Me mira totalmente absorto por nuestra conexión, al igual que yo. Hemos desarrollado el arte de decirnos una infinidad de cosas con solamente unas escasas palabras.

—En todo mi cuerpo —responde.

—Tenerte tan cerca, pero a la vez tan lejos.

—Un infierno —contesta este de vuelta—. Para mí no hay peor infierno que esto, Aylin.

Su disimulada mano agarra a la mía con una suave, pero poderosa caricia.

—¿Siempre será así?

Mis ojos se humedecen e intento reprimir la tristeza que siento por dentro. Pese a que esté sumamente feliz de que todos mis amigos se encuentran aquí, me gustaría compartirlo también con él.

—¡Lyn! —Bert me toca la espalda y empieza a sonreírle al profesor—. Cariño, debes volver. Están preguntando todos por ti, han visto que estás hablando con Woods y Adam me ha preguntado si estáis liados —me informa en el oído, quiere evitar que Álex la escuche.

«Esto era lo que me faltaba…».

Me trago mis propias lágrimas y levanto la cabeza, sonriente.

—Ahora voy, Bert.

—¡Vaya, señorita Monticelli! ¿Ni siquiera saludas después de la noche tan entretenida que me hiciste pasar, ayudándote a mudarte? —Se jacta Liam.

Acaba de llegar con una copa llena de la barra.

Por mi parte, estoy muy distraída mirando a Álex y no me entero muy bien de lo que están hablando, solamente veo que Bert está poniendo muecas y hasta parece que están discutiendo, sin una razón evidente.

—Vete con tus amigos y pásalo bien, ¿vale? —indica este en mi oído, con voz serena, empujado por la situación.

—Lo intentaré —contesto.

—El sitio está repleto de agentes, a ese capullo no se le ocurrirá dar un paso en falso. —Traza una línea imaginaria con la mirada y aprieta los dedos en mi antebrazo—. Yo estaré aquí.

Asiento con la cabeza, confiando en sus palabras y en que aquel capo de la mafia italiana se mantendrá alejado de nosotros.

—Vete…. —dice bajito y me lanza una mirada amenazante.

Sé que lo sensato sería irme, pero parece que mis piernas no responden, de modo que Bert empieza a tirar de mí por las estrechas escaleras. Ni siquiera me da tiempo a despedirme, pero no puedo reprimirme y lo siguiente que hago al llegar a la planta baja, es voltear la cabeza y mirarle.

Noto la tensión en el ambiente y noto sus músculos crispados cuando se apoya en la barandilla y le da un sorbo a su whisky. Por su parte, procura transmitirme tranquilidad y entonces me guiña el ojo. Me derrito y me vuelvo a construir para derretirme otra vez. Lo cierto es que desearía enormemente que él pudiera bajar esas escaleras y recortar la distancia. Pero son meras ilusiones, aunque de las ilusiones también se vive.

Mi letargo consciente e inevitable queda a medias cuando oigo unos aplausos estridentes, los cuales aumentan de volumen. Miro sobresaltada.

¿Qué está ocurriendo?

—¡Cumpleañera, no te muevas más de aquí! —grita Rebe y todos la apoyan, mientras se mueven al ritmo del R&B, cuyas notas musicales se han apoderado del club.

Me traen otra copa y el camarero se acerca con una bandeja de chupitos. Muevo la cabeza muy negativa y sin quitarle el ojo a Álex, sin embargo, no puedo rechazarles. Es mi cumpleaños y estamos aquí para pasarlo bien, de manera que intento despejarme y empezamos a movernos con ritmo mientras probamos la comida y charlamos, entre risas y risas.

—No me digas que te rayaste —le digo a Adam y, actos eguido, choco mi pequeño vaso con él.

—Claro que me rayé —dice sonrojado—, pero me conformo con que seamos amigos.

—¡Por supuesto! —Le toco el hombro.

—Al no hablarme, pensé que no querías verme más —prosigue.

—¡Qué va! De verdad, no quiero que pienses más en lo que pasó —contesto convencida y miro disimuladamente en dirección a la segunda planta. Hay un grupo de mujeres que están al lado de Álex y Liam e incluso veo que una de ellas está hablando muy entretenida con el rubio.

Empiezo a mover la pierna, sin poder enfocarme en la conversación que estoy teniendo con mi compañero de la universidad y vigilo con vista de halcón a aquellas dos tipas que no paran de menear sus cabellos en los morros de él.

—¡Menudas idiotas! —balbuceo.

—¿Qué has dicho, Lyn? —pregunta este y yo solo desapruebo, quitándole importancia a la barbaridad que acabo de soltar.

Afortunadamente, Álex está centrado en charlar o más bien ordenar algo y sé que manda en todo desde la distancia, incluida mi fiesta sorpresa. Mueve las manos y les explica algo a los agentes, pero sigue sin quitarme el ojo, señal de que desconfía de Adam. Sé que no le convence

mucho mi acercamiento a él y puedo observarlo en su atroz forma de mirarme. Pero también sé que se está controlando, y eso sin duda, es un primer paso para vencer sus celos enfermizos y posesividad.

—¡Un chupito! —Rick suelta un impetuoso grito.

—¡Más chupitos! —Rebe le sigue.

Todos aplauden.

Enseguida nos juntamos y brindamos, nos sacamos fotos y seguimos bailando con mucha energía. El alcohol está haciendo estragos en mi mente y las luces persistentes de la sala del club empiezan a moverse incesantes, clara prueba de que estoy a punto de hacer una de las mías.

Mientras sigo bailando, completamente extasiada y rebotando de conversación en conversación, veo un tanto borroso que a unos pasos están Bert y Bram. Se me antoja que están discutiendo. Me doy cuenta por el enojo y el resentimiento que ambos muestran, aparte de la forma en la que Bram le sacude el brazo. Cuando veo que Bert intenta soltarse, pero este no se lo permite, no me lo pienso y lo próximo que hago es interponerme entre ellos.

—¿Pasa algo? —pregunto suspicaz y miro a Bert.

—Nada, voy al servicio —Mira irritada al capullo que tengo al lado.

Veo que la italiana simplemente se gira y sale disparada hacia el servicio. No comprendo nada, aunque no cuesta tanto imaginar una pelea entre los dos, no se puede hablar con un idiota prepotente.

—¿Qué ha pasado? —le grito.

Me analiza de arriba- abajo y confieso que el alcohol hace que no controle muy bien la situación.

—¡No te metas! —chilla en mi cara con rostro desencajado—. ¡No es tu problema!

—No hagas que hable y que le diga quién eres en realidad —Levanto el dedo amenazante y me tambaleo con disimulo.

Este se ríe histérico y saca esa mirada de demente que no tiene pudor en mostrar.

—¡Qué ridícula! Si hicieras eso, la única que perdería serías tú. —Agarra mi muñeca y grita en mi oído, tapado por el volumen alto de los altavoces.

—¡No tengo nada que perder!

—¡A ver si te enteras! —habla con una sonrisa para disimular—. A mí me da igual seguir o no con tu amiga, pero tú… tú lo pagarías muy caro. Todo el mundo se enteraría de que eres la zorra de Woods.

—¡Cállate! —Aprieto los labios y miro temerosa en dirección a las escaleras, temiendo a que Álex pudiera entrar en un conflicto con Bram. Pero tengo suerte, ahora mismo está de espaldas y veo que se dirige a la barra.

—¡Te lo advierto! —continúa colérico—. No metas tus narices, de lo contrario, tendrás a todos los dioses en contra y a la ley, por divulgar información secreta. ¿Qué te parece? —añade.

Cada pequeño trozo de su cara y cuerpo me dan asco. A continuación, acepto mi derrota y lo único que puedo hacer es soltarme con firmeza, con unas tremendas ganas de escupirle. Intento tranquilizarme cuando veo a Bert volviendo del servicio.

—¿Estás bien?

—Sí, nena. No te preocupes, es Bram que a veces es idiota.

¿Solo a veces?

Frunzo el entrecejo con sarcasmo.

—¿Por qué? —intento averiguar cuál es el motivo del pleito.

—Por nada. —Me sonríe con el mismo rostro encantador de siempre. —Es un idiota, pero le quiero.

Siento el pulso jugándome una mala pasada. Lo último que recuerdo de Bert es que se hacía la dura diciéndome que solamente lo estaba usando y ahora… ¿acaba de decir que lo quiere?

—¡Vamos a bailar, cumpleañera!

De momento se le acerca Bram al oler el peligro y me doy cuenta de que le susurra algo en el oído. Esta le sonríe y quedan unidos en un beso pasional mientras Bram me mira con triunfo.

¡Por Dios! Me giro.

«¡Iros los dos al carajo!».

No sé por qué ni cómo, pero de un momento a otro, todos me animan a subirme encima de una pequeña mesa baja, que hay enfrente de unos sofás. Soy la cumpleañera y quieren que baile encima de la mesa, así que intento satisfacer los deseos de los invitados.

Entonces empiezo a contonear mis caderas al son del fuerte *autotuning* y de la melodía y simplemente me dejo llevar. Sé que los tacones altos y el vestido de cuero que llevo evidencian mi silueta de un modo armónico y sensual. Observo que todos me miran entretenidos y empiezan a aplaudir con frenesí. Sacudo las ondas de mi cabello con energía y mis movimientos son provocadores —aunque no vulgares—. Si no llevara unas dos copas y unos tres chupitos en el cuerpo, jamás de los jamases bailaría en medio de tantas personas.

Me ruborizo, aun así, no puedo parar y… lo más importante. No puedo dejar de mirar a la única persona que me interesa.

Mi hombre está delante de mí, en la segunda planta, apoyado en la barandilla sin poder quitarme la vista. Me dejo envolver por el ritmo de la música y muevo mi trasero y mi cintura, como una insólita conexión con él.

Definitivamente bailo para él. Solo para él.

Con la euforia del momento, se me ocurre soltar un beso al aire y mandárselo con la mano, rezando por dentro que no haya sido tan obvia y delatarme con mi torpeza. Álex sonríe alegre al notar mi gesto y hace como que lo atrapa ya que, acto seguido, se lleva la mano a los labios. Mi beso virtual ha llegado a él.

Sorprendentemente, la música se detiene y todos nos quedamos expectantes. No sabemos qué pasa, pero al poco rato veo a dos camareros entrar con una tarta cernida de velas. Al instante, empieza a sonar la típica canción de *Cumpleaños Feliz.* Me sonrojo poderosamente y me oculto la cara en las manos mientras me bajo de la mesita con la ayuda de Mary.

Cuando la canción termina, soplo las velas y enseguida empezamos a disfrutar de la tarta. Mis amigos me entregan varias bolsas con regalos y, tras aproximadamente quince minutos, miro a Álex desesperada. Me lo he pasado muy bien y me he divertido mucho esta noche, pero no tolero más estar lejos de él. Es como si sintiera una necesidad urgente de irme.

Posiblemente mi rostro me delata, ya que este me hace una señal sutil con la cabeza. Me indica

el móvil. Lo cojo con torpeza, ya que llevo cierto subidón de alcohol —aunque todavía controlo — y leo su mensaje.

Te espero fuera, que no se te olvide el abrigo y el bolso. Mis hombres recogerán tus regalos, no te preocupes. Sigue los pétalos —escribe.

«¿Sigue los pétalos?», mi mente ya está dando saltitos de curiosidad.

Agarro mis cosas deprisa, me invento una excusa, me despido de todos mis amigos, sumamente agradecida con ellos, y me dirijo a la puerta. Antes de poner un pie fuera, echo un vistazo a la segunda planta, pero él ya no está, y Liam tampoco. Solamente quedan los gorilas que parecen unos armarios empotrados y los cuales me acompañan hacia la salida.

No hay manera de tranquilizar mi corazón y sonrío como una boba, mientras mis tacones de color granate golpean con fuerza el pavimento de la acera, una vez fuera del club.

«Ha dicho *pétalos*… quiere que los siga…».

Entonces miro el suelo y veo los pétalos azules dibujando unas discretas líneas en la acera. Están bastante esparcidos, pero comienzo a seguir las dichas huellas con la vigilante mirada de los agentes detrás. Me volteo y noto que guardan cierta distancia, cosa que agradezco.

Tras caminar unos pocos minutos, siguiendo los dichosos pétalos —y tras haberme alejado lo suficientemente del bullicio del club—, noto una mano que me agarra por el brazo y tira de mí hacia un callejón oscuro.

¡Es él!

—¡Álex! —Jadeo.

Mi olfato ha identificado su inconfundible aroma y lo único que me nace hacer es arrojarme complacida en sus fuertes brazos y rodearlo con los míos. Aprieta mis manos en su espalda y noto el tacto de sus labios sobre los míos, sin demora.

Nos besamos con desespero, prisioneros de nuestro propio arrebato mientras presiono más su cabeza y boca contra mis inquietos labios. Nos hemos reencontrado después de unas largas horas de tortura y nuestros sentidos están más despiertos que nunca. Nuestras lenguas se rozan con fuerza y se invaden, mientras nos derretimos bajo las caricias del otro.

—¡Ahhh, Aylin! —suspira—. Tenía tantas ganas de tenerte solo para mí.

Agarra mis mejillas y acerca mi cara a la suya de nuevo, a la vez que su respiración demasiado veloz eriza mi vello.

—¡Yo también! —afirmo trastornada y lo vuelvo a abrazar —¡Ha sido mágico! Nunca jamás me hubiese imaginado que tendría una fiesta así. Solo que…. —tartamudeo— me has faltado tú.

—Ahora vamos a tener nuestra fiesta privada, pequeña.

Sus dientes blancos destacan en la oscuridad del callejón y beso la comisura de sus labios. A continuación, presiona mi cabeza y me invade de nuevo con su lengua impaciente, su boca desprendiendo un suave sabor a whisky.

—La noche no ha terminado.

Entonces no sé de qué sitio saca una rosa azul y me la entrega. Abro mis párpados, sorprendida.

—Gracias. Pero… —¿qué quieres decir? —Acaricio su cuello y llevo la rosa a mi olfato.

—Tengo algo más para ti, cumpleañera —continúa con voz juguetona.

—Álex… —susurro incrédula, detallando cada pequeño rasgo de su perfecto rostro—te aseguro que no necesito nada más. Yo estoy feliz con solamente…

Pero no me deja terminar. Súbitamente, este aprieta el botón de algo que parecen las llaves de un coche y unas luces se encienden delante de nuestras narices. Parecen los intensos faros de un vehículo.

—Es tu regalo.

Giro la cabeza y miro el automóvil plateado. Me llevo la mano a la boca demasiado impactada cuando localizo un imponente descapotable, aparcado delante de nosotros.

Quedo impresionada.

—Es tuyo. ¿Te gusta? —insiste cuando nota mi silencio.

—¿Mío? No, no, no… —Muevo la cabeza con una risita histérica—. Esto es demasiado, no lo puedo aceptar.

—¡Acércate! —hace caso omiso.

Coge mi mano y vamos junto al automóvil. Sigo bloqueada y no sé verdaderamente qué decirle.

—Aylin, sé que tienes el carnet de conducir —habla con tranquilidad—. Por favor, quiero que lo aceptes.

—No, lo he decidido ya.

No daré mi brazo a torcer, esto es demasiado.

—Por ahora debemos ir con los guardaespaldas, pero tengo un plan y falta poco para ponerlo en práctica. Espero que para el domingo ya nos habremos librado de él. Eso significa que podrás conducirlo pronto. Y si no te gusta, lo puedes cambiar, ¿vale?

Noto nerviosismo en su voz cuando explica los acontecimientos. Enseguida arrugo el entrecejo y toco el coche.

—Álex… ¿cómo no me va a gustar? —hablo boquiabierta—. Solo que siento que estoy llevando una vida que no es mía. Yo soy una persona sencilla. Quiero tener un trabajo y llegar a conseguir todo lo que he soñado gracias a mis esfuerzos, ¿lo entiendes?

Espero que lo entienda.

—Ahora mismo estás estudiando —contesta—. Seguro que cuando te gradúes, tendrás un muy buen trabajo y ganarás un buen sueldo. Además, creo que todavía no eres consciente de que ya tienes trabajo y mucha estabilidad, al ser parte de *Álympos*.

—Álex, yo…

—Shhh —me calla enseguida, llevando su dedo a mi boca—. Déjame compartir contigo lo que tengo, por favor. Aylin, me harías muy feliz si lo aceptaras —dice con voz gutural y acerca su frente a la mía—. Incluso te puedo retener el sueldo del *Templo* este mes si eso te hará sentir mejor.

Se ríe por sus propias ocurrencias y me vuelve a abrazar.

—¿De qué hablas? —Pongo una mueca boba mientras restriego mi mejilla contra su cara—. Vamos a ser realistas. Con un mes de sueldo, no pagaría ni el 2% de este coche.

—Primero, no olvides que es un regalo, así que lo debes aceptar —Me recuerda—. Además, ya

no habrá regalos hasta tu próximo cumpleaños.

—¿Y segundo?

Pongo los ojos en blanco.

—Y segundo… ¿acaso sabes cuánto cobras en el Templo?

—No —digo perpleja.

Tiene razón. No tengo ni puta idea.

—Pues eso, no hay más que hablar. ¡Te lo quedas! —exclama y me levanta en sus brazos de repente.

Me sale una risa desbordad y rodeo su cuello al instante, todavía mareada.

—¿Quieres conducir tu coche?

—Si quieres que nos estrellemos contra el primer árbol sí —sonrío avergonzada—. Y eso de que sea mi coche ya se hablará.

—Me parece que podemos probar eso del árbol otro día.

Frunce aquellos gruesos labios. Aquella boca masculina que te invita a transformarla en una obra de arte y pegarla en la pared de tu cama.

—¡Estás loco! —Me llevo una mano a la frente, sin poder creer todavía que él me haya hecho semejante regalo.

Le da a un botón y enseguida el techo se pliega hacia un lado, el automóvil quedando en el modo descapotable. Me carga en brazos hasta el asiento del copiloto y él corre deprisa al asiento del piloto.

Álex arranca a la vez que yo examino embobada el interior del vehículo.

—¿A dónde vamos? —le miro entusiasmada.

—Ya lo verás.

Me mira y dibuja una sonrisa celestial a la vez que le hace gracia cómo me llevo una mano al pecho. De momento pone el coche a más de 150 por hora, aumentando la velocidad considerablemente. Nuestros cabellos flotan desinhibidos por la presión que ejerce el aire, al no quedar protegidos por el techo.

Le miro embobada mientras conduce y pienso que se ve mirífico con el pelo revuelto y la nariz y mejillas enrojecidas por el aire fresco. Enseguida pulso un botón digital para reproducir música y seguir animando la noche.

—¡No te atrevas a seguir con las sorpresas! —Agito un dedo delante de él—. Mi corazón no aguanta más.

—Queda solo una sorpresa más.

—¡De verdad me quieres matar! —exclamo—¿Qué sorpresa es?

—Te doy una pista.

—¿Cuál?

—Aylin… —Gira la cabeza y me mira con fijeza —esta noche pondré toda la ciudad a tus pies…

—¡Guaaau! No me digas.

Me río sumamente divertida.

—Y también te bajaré esa cremallera en la que he pensado toda la noche.

Me deja sin palabras.

Toca la cremallera metálica de mi vestido y después desliza su atrevida mano entre mis muslos. Hunde sus dedos en mis excitadas carnes y el frenesí y la locura empiezan a apoderarse de todo mi ser.

Definitivamente, él es una droga letal para mis sentidos.

CAPÍTULO 21



AMOR LOCO

<u>Nota de la autora:</u>

Escuchar la canción de G-Eazy & Halsey: "Him and I".

<u>Código lingüístico de Aylin:</u>

te odio= te amo

te detesto= te adoro.

—ARES—

—*Él y yo, él y yo...* —Aylin está sentada en el asiento del copiloto y está tarareando la letra de *nuestra canción* —según ella—. Está muy animada y está dando tumbos en el asiento, literalmente.

Pienso que se ve sencillamente preciosa ahora mismo debido al cúmulo de emociones que han supuesto todas las sorpresas que he preparado para ella esta noche. Por mi parte, me alegra saber que yo sea el detonante de todo. Sus mejillas han cobrado un tono granate y sus ojos brillan de felicidad.

Durante el camino, no he parado de darle vueltas y pensar en las palabras de mi amigo Liam. Hemos tenido una charla muy interesante esta noche en el *Dawn,* mientras intentaba no delatar mi gran interés en esta señorita tan sexy, que está sentada ahora mismo a mi lado, y la cual no para de moverse inquieta en la silla.

Me vienen a la mente fragmentos de nuestra conversación.

«—*¿Ella lo sabe?*

—*¿El qué?*

—*Que la amas*…»

Minutos atrás, miré a mi amigo aturdido y completamente devastado. Después, volví a admirar a la mujer que estaba a unos metros, bailando encima de una mesa rectangular. Mi pequeña se estaba moviendo con mucha sensualidad, sus curvas y sus movimientos podrían provocar que cualquier hombre se quede prendado por ella. Pero ella es mía y no me hace ni puta gracia que los demás admiren su cuerpo, como unos malditos babosos.

Chasqueé la boca, incrédulo, y examiné sus afirmaciones.

«—*Te estás confundiendo, amigo*—Bebí con ganas de mi copa, que estaba casi acabada—. *Ella es mi gran debilidad, solo eso.*

—*Hermano…* —Este se rio y agachó la cabeza, para volver a fijarme de nuevo con la vista—. *Brian, no hace falta ser muy listo para darse cuenta. Será nuestro secreto.*

—*Temo a que solo esté obsesionado con ella. Aylin es simplemente perfecta. Jamás pensé que encontraría a la diosa perfecta para mí. Afrodita es un regalo caído del cielo*».

Mientras hablaba, no podía desprender mis ojos de ella; en el momento en el que esta me

mandó un beso, lo atrapé con mi mano, al mismo tiempo que mi corazón empezó a latir desbocado. Volví a mirar a mi amigo, bastante divertido por el gesto de aquella traviesa que esta noche está haciendo de gogo, muy a mi pesar.

«*—¿Lo ves? De esto te estoy hablando, ¿has visto la cara de bobo que pones, guerrero?*».

Liam empezó a cachondearse de mí y me dio una palmada en la espalda. Entonces, la tensión comenzó a apoderarse de todo mi cuerpo con el mero pensamiento de que pueda volverme débil.

«*—El amor es peligroso* —contesté enseguida—. *No es para nosotros y lo sabes.…*

—Pero el desamor lo es más, Brian —respondió este».

—¡Uooohhhhhhh! —exclama Aylin con vigor y mi reflexión queda interrumpida— ¡Me encanta esta canción, de verdad!

Ella sigue gritando muy animada, mientras lleva su mano a la pantalla digital del coche y sube más el volumen. Sin duda, he acertado a la hora de comprar este automóvil para ella, toda la parte delantera está dotada de electrónica y el coche hasta tiene luces que cambian de color; en resumen, se ve bastante bien.

—¿Y por qué es nuestra canción? —pregunto divertido y bajo el volumen para que me pueda oír.

El flujo potente de aire oculta nuestro tono de voz en gran parte.

—Porque cada vez que la escucho pienso en ti, Álex. En aquella vez que te vi por primera vez en el *Dawn* y también... en esta noche. —Dibuja una de aquellas encantadoras sonrisas, pura vitamina y junta su cara con la mía. Siento sus labios en mis mejillas súbitamente—. ¡Siempre recordaré mi cumpleaños! ¡Y también porque la letra nos describe perfectamente!

—Suena muy bien —asiento.

—¡Escucha la letra, Álex! —contesta más eufórica que nunca y vuelve a subir el volumen de la música.

Baila frenética en el asiento y tararea la letra.

—Me has salido cantante y bailarina, por lo que veo —le grito y no puedo dejar de mirar, completamente hechizado por su forma de moverse y balancear su melena.

—¿Algo más? —Se ríe divertida.

—Ahhh... ¡también súper heroína Marvel! —añado.

Esta gira la cabeza en mi dirección mientras nuestra risa invade el coche.

—¡Escúchala! —insiste.

La letra de la canción inunda la carretera desértica, en la cual no sopla ni el viento debido a las altas horas. Escucho atento y sigo admirando la puesta en escena de mi pequeña y loca mujer.

Crazy, but I love her, I could never run from her

(Es una loca, pero la amo, jamás podría huir de ella)

Swear we drive each other, mad, she be so stubborn

(Juro que nos enloquecemos mutuamente, aunque ella sea tan terca)

Sonrío. Así es, Aylin tenía razón. La letra de esta canción es perfecta.

—Parece haber sido hecha para nosotros, Álex —sigue hablando mientras baila en su asiento —. ¡Habla de un amor loco!

—¿Como el nuestro? —pregunto sin pensar.

Aprieto los dientes.

«¿Qué diablos dices, Brian?», hablo con mi subconsciente. La conversación de Liam me ha dejado trastornado, pese a que sé que es imposible que él tenga razón. Ella es más que mi favorita, pero eso no tiene por qué significar nada.

¡Soy un alma libre!

Noto cómo Aylin abre los ojos de manera inesperada, ya que mis palabras tienen mucho significado. Me doy cuenta de la estupidez que acabo de soltar. Ella se detiene un momento, fijándome con la vista y después se lanza a mi boca y me da un beso apretado.

—Sí, como el nuestro. —Se ríe feliz y la noto más emocionada todavía—. Aunque... el nuestro es único.

De repente, veo que se quita el cinturón y se levanta del asiento, enérgica.

—Aylin… —le regaño y tiro de ella—. Ten cuidado.

—¡Quiero sentir el aire en mi cara! —responde a gritos y se queda de pie en el descapotable, el cual estoy conduciendo a toda velocidad.

La presión del aire es demasiado intensa y el volumen de la música demasiado elevado. Veo cómo abre los brazos, mientras su cabello dorado flota por la corriente. Vuelve a tararear el estribillo y, curiosamente, a mí también me sale cantar con ella. Y eso que nunca en mi vida he cantado y, de hecho, me encuentro raro haciéndolo, pero me gusta.

I am his and he is mine

(Yo soy suya y él es mío) (…)

—¡Te odiooo Álex! —grita a todo pulmón y se ríe enloquecida— ¡Te odiooooooo!

Vuelve a gritar, mientras permanece de pie, con los brazos abiertos, gritando con fuerza y disfrutando de verdad del aire fresco que azota su rostro. Inclina su cabeza hacia atrás.

Mis emociones ahora mismo están a flor de piel y siento una alegría tan grande por dentro y tan inexplicable que hace que sonría como un verdadero idiota. Esta loca mujer acaba de gritar a cuatro vientos que me ama. Quiero decir algo, pero entreabro los labios y me quedo frenado. Mi cabeza está a mil y noto un oleaje de emociones que me desestabilizan y me arrojan contra el suelo. Noto un subidón, de repente.

«¿Así se siente el amor?», pienso dubitativo.

¡Chorradas! ¡Pamplinas! ¡Gilipolleces!

Unas gotas de sudor se deslizan en mi sien, pese a que no haga calor. No puedo engañarme solo. Siento más malditas cosas cuando invado su coño húmedo debajo de mí, que todo esto. Simplemente es la emoción que ella me transmite en este momento y eso me confunde.

Sigo concentrado en la carretera, yo luchando con mis demonios internos y Aylin luchando con el flujo de aire intenso, al mismo tiempo que tararea la letra de nuestra canción.

Porque ya es nuestra.

—Bueno... señorita Vega. Ya hemos llegado —le grito por el fuerte ruido que hay y tiro de ella

para que se sienta, ya que tengo que girar bruscamente, para coger un camino de tierra.

Esta finalmente accede y se deja caer en su asiento.

—¡Uooohh, qué subidón! —exclama alegre—. Al final me parece que tendré que aceptar tu regalo. Y, por cierto, eres un tramposo. Me guiña el ojo con un atisbo de travesura.

«Mi pequeña traviesa».

Volvemos a enlazar nuestras manos cuando cojo el camino de tierra y, llegados al fondo, aparcamos.

—¿Por qué tramposo?

—Porque anoche me dijiste que tenías dos sorpresas nada más.

—Bueno, una mentira piadosa.

Aylin se ríe sonoramente y empieza a mirar curiosa a su alrededor. Todo está muy oscuro y nos encontramos en lo alto de una colina, una colina más alta que aquella donde se construyó *El Templo*. El sitio está rodeado de bosques y el mar de luces que inundan la ciudad se pierde en el horizonte.

—¡Corre!

Nos aproximamos al borde de un precipicio, de hecho, estamos en el sitio más alto de Boston. Noto cómo esta admira maravillada el paisaje mirífico y el juego de luces, el cual combina a la perfección con la oscuridad. Contemplamos la ciudad en silencio.

—Ahhhhh —suspira y abre la boca—. ¿Dónde me has traído? Todo esto es....

La he dejado sin palabras. Lo sabía. Entonces me mira, me sonríe y toca mi mano. Enrosco mi brazo en sus hombros mientras seguimos contemplando la multitud de luces a lo lejos.

—Aylin, te he traído a un sitio secreto. Suelo venir a este mirador cuando necesito pensar —continúo mientras disfruto del aire puro, que llena mis pulmones.

—Es precioso.

—Lo descubrí hace muchos años y no he visto todavía a nadie que venga aquí. Por el ángulo que hay, Boston se ve...

—Espectacular.

La analizo en silencio.

—Y de noche más.

—Ahora comprendo a lo que te referías con *poner la ciudad a mis pies* —musita con un hilo de voz y coloca su cabeza en mi hombro—. No me esperaba a esto…

—¿Entonces qué le parece nuestra fiesta privada, señorita Vega?

—Señor Woods, debo confesar que su eficacia me ha sorprendido una vez más.

Me río.

—Me encanta este sitio para nuestra fiesta privada. —Alza la cabeza sutilmente para guiñarme el ojo, y después vuelve a colocarla en mi hombro.

—¡Espera!

Me despego de ella y voy al coche.

—¡Sube la música! —grita detrás.

Alcanzo el botón digital y subo el volumen de la música que emite el equipo de última generación del automóvil. Después, abro el maletero y me hago con una cajeta negra aterciopelada, en forma cuadrada.

¡Vaya mierda! Los nervios me invaden y no sé por qué. Espero que le guste.

—Tu último regalo —digo decidido y le tiendo la cajeta.

—¡Por Dios! —Me mira como si viese a un extraterrestre—. No sé por qué, pero no me lo creo, Álex —dice en tono divertido—. Anoche también me engañaste.

Niego con la cabeza.

—¿Qué es?

Sus manos tiemblan.

—Ábrela.

Sus dedos se mueven en el cierre y finalmente consigue abrirla. Lo primero que salta a la vista es un collar de oro blanco, un precioso diseño de una de las marcas de joyas más sofisticadas. Pero eso es lo de menos, hay otro dato más relevante todavía y el cual sé que le encantará.

Se queda muda mientras lo analiza y lo acaricia sutilmente.

—¡Álex! —noto la emoción que desprende con cada sonido—. Es un círculo con una letra.

Aylin sostiene en sus manos el collar fino cuya terminación consiste en un pequeño círculo, en el cual hay una A mayúscula, junto a dos corazones que llevan unos pequeños diamantes en medio.

Se lleva una mano a la boca y parpadea visiblemente emocionada.

—Todo esto tiene un significado, ¿verdad? —pregunta deprisa.

—Sí.

Ella sigue tocando el círculo con la yema de sus dedos.

—Dijiste que tu confianza en mí era cómo un círculo —empiezo a hablar y le toco los brazos —. Quería que supieras que mi confianza en ti también lo es, Aylin.

—Infinita —susurra.

Sus ojos brillan.

—Infinita —repito—. Y la letra... —continúo.

—Una A. ¡La inicial de nuestro nombre! —constata con voz temblorosa.

Le sonrío de un modo afirmativo. Me encanta sorprenderla y ponerla nerviosa.

—Aylin y Álex…

—Afrodita y Ares… —agrego.

Acaricio sus pómulos. Sus mejillas están frías y lo único de lo que tengo ganas ahora mismo es besarla.

—¿Te gusta?

—¡Ohhh! —exclama y hasta juraría que sus ojos quedan invadidos por las lágrimas—.¡Es lo más bonito que he visto en mi vida, Álex!

La música envolvente de *The Weeknd* y *Ed Sheeran*, cuyas canciones resuenan en los altavoces, más el lado romántico de este sitio, hace que pierda los estribos y me acerque a sus labios para

poseerla. Sin embargo, súbitamente, quedamos interrumpidos por los fuegos artificiales.

Miro el *Smartwatch.* Lo han hecho a la hora acordada. Bien.

Se oye una trepidante explosión y un enorme *Felicidades, Aylin* parte el cielo en dos. La miro con atención, como meros testigos y fieles protagonistas de las intimidantes luces que estallan en el cielo oscuro.

—¡Es mi nombre! —exclama como una niña pequeña y señala el cielo iluminado con un dedo.

—Sí, es tu nombre…

Lo inesperado para ella es que, tras ver esas palabras de fuego, el cielo queda atravesado por la luz nuevamente. Esta vez queda dibujado el círculo de su collar, en el cual se encuentra la letra A y los dos corazones.

—¡Dios mío! —grita esta vehemente y da unos pequeños saltos—. Álex, ¡mi collar ahora mismo está en el cielo!

—Sí, ahora mismo Boston entero es testigo de nuestra confianza infinita.

Me mira confusa, demasiado impactada por todo —no la puedo culpar—, y entonces me encojo de hombros. Acto seguido, salta a mi cuello y roza mis labios, quedando unidos en un beso puro.

—¡Quieres que me dé un infarto!

—Bueno, espero que no. —Me río y me apodero de su oreja.

—¿Puedo preguntarte por qué dos corazones? —Su mirada es interrogante—. Comprendo que la letra sea una A, pero los corazones…

Inhalo el aire vehemente, a la vez que siento mi cuerpo entero descompuesto. Con solo una pregunta suya, es capaz de acabar con toda mi razón en un instante. La realidad en todo esto es que no sé por qué envié a tallar dos corazones también. Por puro impulso probablemente. Como una muestra de nuestra sólida conexión y de nuestro nuevo comienzo.

Entonces la aprieto contra mi torso y abro su abrigo y mi chaqueta completamente. Junto su pecho con el mío ante su atenta mirada. Coloco los dedos en la parte posterior de su cabeza y presiono su espalda baja.

—Son nuestros. ¿Lo notas? Tenías razón, Aylin, mi corazón ha aprendido a latir —hablo muy cerca de su oído, mientras la abrazo—. Tú y yo... inseparables. Uno no late sin el otro.

—¿Para siempre?

Su voz suena demasiado conmovida.

—Para siempre —afirmo y la apretaría más a mi pecho si pudiera.

Mi jodido corazón está dando tumbos en mi pecho, en una melodía perfecta y al son del suyo. Dos corazones latiendo al unísono con ilusión y esperanza. Y todo se me ocurrió a raíz de sus palabras:

«*—¿Lo notas?*

—¿El qué?

—Tu corazón. Late con fuerza. Siempre ha estado ahí, Álex, solo que estaba dormido. Le hicieron tantas veces daño que no quería despertar. No quería volver a enfrentarse a la vida real, pero ya no hay nada que temer».

Sin duda, la señorita Vega es mi fuente de inspiración y ojalá este momento nunca acabase.

Ella y yo, abrazados y contemplando la ciudad. Súbitamente, percibo un suave sollozo y su respiración acelerada en mi oído, mientras noto sus manos en mi espalda. Sus dedos acarician mi cuello por detrás y se deslizan a través de mi cabello.

—Álex... me estás haciendo tan feliz. Tanto... —susurra.

—Es mutuo, pequeña —comento y beso su frente—. Y ahora quiero ver nuestro círculo en tu cuello, ¿te ayudo?

Me despego de ella y le muestro la cajetilla.

—Ah, sí.

Se gira temblorosa y sus ojos se ven enrojecidos. Hasta diría que ha soltado algunas lágrimas por la emoción. Entonces, aparto su pelo, dejo caer el collar en su cuello y se lo abrocho, mientras toco su nuca con suavidad. Unas punzadas empiezan a recorrerme y mi cuerpo se vuelve receptivo. El perfume que desprende un aroma irresistible a coco, alcoholiza mis sentidos.

Aunque suene demente y poco realista, con solo oler su perfume, mi hambre despierta. Mi vista resbala sobre sus caderas y admiro la manera tan placentera en la que su trasero resalta a través del vestido de cuero ajustado. Su abrigo llega hasta la cintura más o menos.

¡Diablos! Esta noche ha sido muy larga, pero debo distraerme, de lo contrario, no aguantaré hasta llegar al Templo.

—¿Quién quiere champán? —aviso contento.

Acto seguido, me hago con una botella de *Salon Blanc* y dos copas de cristal del maletero. Ella se ríe. Todavía acaricia el colgante del círculo mientras me analiza feliz y satisfecha. Aplaudo en mi mente este gran logro, el cual acelerará el proceso de que ella confíe en mí.

Deberá brindarme su sumisión por las buenas y deberá aprender que este será en realidad el mayor regalo que le ha podido hacer Ares, el dios de la guerra. Hacerla su sumisa. Sin duda, lo entenderá todo en el *Ritual*. Será la clave para que comprenda quiénes somos y la magnitud de *Álympos.*

—Su copa —le indico mientras nos deleitamos con la suave melodía de fondo.

—Gracias.

Lleno las copas y permanecemos en silencio mientras ella me mira coqueta.

—Álex, esto me recuerda mucho a Miami, ¿a ti no?

Se sienta en el capot del *Mercedes SLC Roadster*, mientras le da un sorbo a su copa. Es más, se muestra nostálgica y observo que cruza las piernas, sumamente provocativa. Seguro que piensa que no me estoy dando cuenta, pero siempre me doy cuenta de los detalles. Enseguida me siento a su lado, a la vez que mis ojos admiran la infinidad de puntos de luz que se ciernen en la oscuridad.

—Sí, Aylin. Miami fue muy especial.

—Todos los sitios en los que hemos estado juntos son especiales, Álex.

Me giro y toco su colgante con un dedo, mientras le doy unos tragos severos a mi copa de champán.

—Te queda muy bien —comento.

Después, mi vista recae sobre la cremallera metálica, la cual me lleva excitando desde que ha empezado la noche.

—¿Y cómo es que has decidido comprar un vestido de cuero?

Lo cierto es que esta noche me resulta tan atractiva, que no puedo centrarme en tener cualquier otra conversación que no gire en torno a lo felices que estamos y a lo que ella lleva puesto.

—Porque me ha gustado y porque también sé que a ti te gusta —Levanta la vista con reserva.

—Sí que es una gran sorpresa.

—En realidad, Álex... no has visto todavía la sorpresa.

Me da un beso en el cuello de repente.

¡Por todos los dioses!

Eso era lo que me faltaba, notar sus labios húmedos en mi cuello para encenderme del todo y para que mi *amiguito* me dé guerra.

—¿Y cuándo me la vas a enseñar? —pregunto intrigado, con la sangre corriendo velozmente en mis venas, especialmente en mi inflada erección. Sin duda, toda la maldita sangre se me ha concentrado ahí abajo.

Aylin termina de beber su copa de champán y se ríe.

—Me parece que en la casa. Tendrás que esperar, ¿estás de acuerdo?

Mis neuronas posiblemente hayan estallado ya, porque ahora mismo no estoy para pensar o para estar de acuerdo con algo. Solo sé que la quiero tumbar sobre la chapa del *Mercedes* y abrirle ya las piernas.

¡Por Zeus!

En mi mente se van sucediendo múltiples diapositivas con las mil maneras en las que podría penetrarla sobre este coche y los múltiples orgasmos que le daría. Aprieto los labios, preso del deseo mientras lo pienso. Entonces, estrecho mi vista y me pongo de pie, de manera que quedo delante de ella. La miro insinuante y vuelvo a tocar su collar con una mano.

—Pequeña... —Me inclino hacia delante— a estas alturas deberías saber que la paciencia y yo no nos llevamos nada bien.

Le aparto un mechón de la cara y se lo coloco detrás de la oreja.

—No, no es un secreto, señor Woods —empieza—. Pero creo que deberías aprender a gestionar…

No pierdo el tiempo.

—¿Y si no quiero? —La desafío.

Dejo en el suelo el vaso que llevo en la mano.

—En ese caso… —Su aliento veloz en mis labios me vuelve loco.

—En ese caso me parece que no podremos esperar hasta llegar a la casa.

Me agacho sobre ella y hago que se tumbe sobre el capot del *Mercedes.* Llevo mis manos a sus piernas y se las abro con suavidad, sin quitarle la vista.

Ella me sonríe sin soltar ni media palabra, y lleva sus dedos a mi cuello. Me aprieta entre sus muslos y dirijo la mirada a su perfecta dentadura y atractiva boca, más encendido que la arena del desierto. Empiezo a besarla con delicadeza, mientras la cumpleañera me corresponde con movimientos suaves y placenteros. Me estremezco cuando noto pálpitos en mis testículos y las venas de mi miembro están ya que explotan. Eso hace que la necesite con desesperación.

—Señorita Vega... —pronuncio las palabras de manera sugerente y toco la chapa brillante con la mano—. ¿Qué le parece si estrenamos su nuevo coche?

Me encanta llamarla "Señorita Vega" cuando estoy cachondo. Ya sé cuál será su respuesta, a ella le gusta jugar tanto como a mí, de manera que lo siguiente que hace es ladear levemente la cabeza y después eleva las piernas y rodea mis caderas.

—Profesor... —habla con voz pausada— me parece que ya lo hemos estrenado.

«¡Lo sabía!», pienso enloquecido. «Sabía que no estaría de acuerdo sin guerrear…».

—Pero no a nuestra manera.

Le dejo dos besos fugaces en el cuello y un tercer beso. Más que beso, deslizo mi lengua húmeda en su piel, arrancándole un fuerte gemido.

—¿Y cuál es nuestra manera? —pregunta.

—Se lo puedo enseñar sin problemas, sé que lo está deseando...

No contesta, queriendo generar suspense, sin embargo, se muerde el labio inferior con suavidad cuando presiono su hombro, decidido a tumbarla en el capó. A continuación, levanta su pelvis, por lo que pega más su entrepierna a mi bulto. Al instante pienso que su cabello dorado contrasta espectacular con la chapa metálica.

—Me parece que este vaso ya queda obsoleto.

La cojo desprevenida cuando le quito el vaso de la mano y me levanto serio. Voy al maletero y agarro la botella de champán, mientras observo que ella eleva el torso y me sigue con una mirada desconcertada.

—Álex...

Se apoya en los antebrazos y sus ojos se tornan lujuriosos de momento. Sin verlo venir, noto cómo ella empieza a tocar mi pierna con la punta de su zapato de tacón del color que me vuelve loco.

Clavo mi vista en sus *stilettos.*

—El color de Ares… —Sigo fijando con la mirada sus finos tobillos y el color chillón.

—Y el de Afrodita —complementa.

Desliza la punta de su zapato puntiagudo desde mi rodilla hasta mi entrepierna. ¿Qué pretende?

—Ahhhhhhhh, pequeña —suelto un suave suspiro cuando su pie roza mi pelvis—. Me pones demente.

Me dejo llevar y permanezco expectante.

«¡Diablos! Es imposible que exista una mujer como ella en el mundo…», mi cordura se ha vuelto su aliada.

La miro atentamente y veo cómo su pie sigue avanzando con descaro y, tras presionar unos instantes su tacón sobre mi miembro hinchado, me desespero.

—¡Quiero tocarte!

Sin embargo, al notar mis dedos, curiosamente, esta aprieta más su zapato contra mi entrepierna. Hoy se ve poderosa. Es como si mi vida estuviera en sus manos.

—Pero yo no —replica demandante y me amenaza con la mirada—. Solo quiero que mires. Sin tocar.

Se vuelve a morder el labio mientras la miro incrédulo.

«Mi bonita fiera está hambrienta… Pero no tanto como yo», pienso complacido.

Hago una mueca de perversión y me quedo a la espera. A continuación, Aylin levanta la pierna y la desliza hacia mi abdomen. Finalmente, el tacón termina clavado en mi torso. Me apoyo en mis brazos sobre el capó, pese a que quede frenado. Pero eso no me impide observar su ropa interior. Parte de su tanga queda expuesto al sujetar la pierna en alto y observo complacido las medias de liga que lleva.

—Menuda sorpresa, mi diosa… —Sonrío morboso—. Ya veo que está cumpliendo las normas.

—¿Qué normas? —Acaricia con dos dedos el encaje que muestran las medias de liga—. Yo sigo mis propias normas.

«¡Me encanta!»

Es imposible mantener las malditas distancias en esta circunstancia y entonces llevo mis dedos a su pierna. Pero no bromeaba. Esta sacude su tacón con fervor y me empuja bruscamente, mostrándome una diabólica sonrisa.

Curiosamente, está jugando conmigo. ¿Estará borracha?

—Mmmmmmm —ronroneo—. No tientas tu suerte, Aylin. Recuerda lo que pasó en el jet y todo empezó así.

La verdad es que la deseo tanto, que me vuelve completamente loco cuando se me resiste.

—¡Mírame, Álex! —dice y mueve el mentón con pasión.

Su cara ha cambiado drásticamente. Aylin es así de camaleónica. De una mujer tímida y cuyo rostro se enciende con suavidad, se convierte en un arma letal. Un arma que es capaz de acabar con toda una civilización.

Álympos…

Sé que ella tiene algo. Algo que me indica que todos caerán rendidos a sus pies. Todos le brindarán cultos a ella, a Afrodita. La diosa de la belleza y del amor.

—¿Te gusta?

La sigo mirando atentamente.

Coloca los pies en el suelo y se quita el abrigo con suavidad. Estoy experimentando un bloqueo mental mientras toco mi pelvis sutilmente. Mi glande hace presión contra mi bóxer y...

¡Oh, diablos! Tuerzo la cabeza. Aylin está empezando a bajarse la cremallera, sin quitarme la vista. No veo su sujetador, solamente libera sus pechos firmes cuando esa maravillosa cremallera metálica baja. Observo que sus pezones están excitados, los bultos resaltando en su piel blanca y generando feroces llamas en mis testículos.

—No llevas sujetador.... —constato mientras persigo esa morbosa cremallera.

Me humecto los labios y tomo posición de ataque, como un animal en asalto.

—Sabes que no me gustan los sujetadores, me aprietan —me contesta esta y apunta con su vista a la cremallera, que desliza suavemente hacia abajo.

—Por mí mejor.

Empiezo a quitarme la chaqueta sin quitarle el ojo y la tiro al suelo directamente. Mientras tanto, la dichosa cremallera desciende y noto su tez pálida, la cual contrasta de maravilla con el

negro. Primero su abdomen, su ombligo —el cual voy a lamer e invadir—y después veo un minúsculo tanga rojo, que hace juego con los tacones.

—Lo has comprado en este tono a propósito, ¿verdad?

—Me gustó la conversación de anoche. —Me sonríe.

—Y a mí me gusta que queras complacerme.

—No te acostumbres…

Vuelvo a bajar la mirada a aquel tanga, el cual va unido a sus medias mediante unas ligas finas, muy elegantes; todo de encaje y seda. Su vestido queda completamente abierto.

—¿Qué nota me pondría esta noche, profesor? —Se apoya en sus brazos y su mirada se ve imperturbable.

El ardor insoportable que siento se apodera de mí cuando fijo con mi vista el diminuto tanga, casi transparente. La imagen de su pubis desnudo, que resalta a través de su ropa interior, hace que se me erice la piel. Me empiezo a desabrochar los botones de mi camisa oscura y el deseo hace que me quiera acercar a ella. Agarro con fuerza la botella de champan con mi mano izquierda y en un instante, estoy a su lado.

—Señorita, me parece que todavía no puedo ponerle nota. —Arqueo una ceja, pensativo—. Aunque usted ya me haya enseñado lo que tiene para ofrecerme, la tendré que probar primero.

Llevo mi mano a uno de sus pechos y empiezo a apretarlo en la palma de mi mano, para que, al instante, tire de su pezón muy rudo.

—¿Probarme?

—Eso mismo. —Estrujo su pecho en mi mano y cambio al otro pezón—. Pero por ahora, las expectativas son altas, sin duda alguna.

—Más le vale que me apruebe, me he esforzado mucho —habla con voz jadeante y levanta el mentón, acercando más su rostro al mío.

Adoro su mirada desafiante y su tono de voz, de manera que enseguida me lanzo a esa boca sabrosa y a esos labios paradisiacos que piden besos a gritos. Mi boca empieza a devorar a la suya demasiado famélica y la tumbó sobre el capó, mientras me instalo entre sus piernas.

—Ya veremos —suelto serio y vuelvo a tomar asalto de su boca —. Primero la probaré y luego hablaremos de la nota. Por curiosidad, ¿le han bañado alguna vez en champán?

Aprieto la botella de champán en mi mano. A continuación, veo cómo Aylin abre los párpados y mira la botella embobada. Me hace mucha gracia, pero me esfuerzo en seguir con el juego, así que no sonrío y mi tono sigue grave.

—¿Usted qué piensa? —Pone una mueca, un tanto desorientada.

«¡La adoro!», hasta mi mente tiembla.

—Yo pienso que me apetece probar cómo sabe el champán en sus tetas, señorita Vega —succiono con mucha intensidad uno de sus pechos, al mismo tiempo que aprieto su cintura.

—No sabía que podría ser tan creativo.

—No se trata de creatividad —digo soberbio—. Se trata de instinto.

—No sé, nunca me lo han hecho —añade desubicada con el mismo tono juguetón—. Habrá que probarlo.

—Por supuesto que no te lo han hecho nunca, Aylin —continúo hablando con la misma voz sobria— ¿y sabes por qué?

—¿Por qué? —susurra, dándome a entender que a ella también le gusta nuestra conversación morbosa, tanto como a mí.

—Porque nadie te ha tenido nunca, solo yo… —Me pierdo en sus ojos tan bonitos—. Yo tuve el honor de haber sido el primero y no sabes lo feliz que me hace eso. —Le muerdo los labios con mucho ardor—. Y también sé que seré el único. Nunca jamás te soltaré.

Un fuerte gemido sale de su garganta y me mira ansiosa. Rodea mi cintura con sus piernas descubiertas y atrae más mi cuerpo sobre ella, ejerciendo fuerza con sus brazos. Su fogosidad me fascina. Aprieto mis caderas contra ella y, de repente, alzo la botella al aire. Acto seguido, vierto un chorro de champán y bajo mi cabeza a su busto velozmente.

—¡Oh, Virgen! —Me mira boquiabierta—. Álex, ¿lo estás haciendo de verdad? Está frío…

Tirita y me vigila demasiado atenta.

—Entrarás en calor enseguida… —comento con voz grave y, sin mucha demora, empiezo a lamer sus pechos. Mientras tanto, ella arquea su espalda por el impacto de verse bañada.

Al mirar hacia arriba, observo que cierra los ojos por un momento y solamente está disfrutando de la manera en la que lamo y succiono sus carnes empapadas. Al momento, vierto otro chorro de champán sobre su cuello y empiezo a pasear mi lengua en su piel suave, llena de bebida.

Jadeo de placer cuando mi lengua acaricia su cuello con mucho anhelo e incluso llego a rozar con mi boca el collar que le he regalado esta noche. Aylin empieza a gemir con más fuerza y se retuerce debajo de mí.

Y sí... está sumamente caliente.

—Sabes muy dulce.

—Ya lo creo... —contesta.

—Me encantas.

—Tú más.

—No te creo.

—Me encantan tus besos, Álex. Todo de ti —dice con aquella mirada lujuriosa, la cual acelera mis latidos.

Habla de manera pasional y cuela sus manos por debajo de mi camisa desabrochada. Sus dedos se clavan en mis músculos y entonces, mis terminaciones nerviosas se descontrolan. La sangre se me acelera, mi miembro palpita, mis sesos estallan y me da el arrebato de penetrarla urgentemente.

—Ya sabes lo que provocas en mí cuando te muerdes los labios —musito y llevo mis dedos a su boca, mientras succiono su pezón.

No aguanto más, de manera que me bajo la bragueta enloquecido y le aparto el tanga con una mano. Toco su humedad con dos dedos y unos intensos escalofríos me recorren.

—Ohhhh sí, quiero sentirte ya —me dice impaciente y estampa más su sexo contra mí.

—Pequeña, me vas a sentir tan fuerte que no vas a querer que pare —le hablo ahogado por el deseo.

La penetro velozmente. Estoy tan trastornado por la pasión y por todo lo que ella provoca en mí, que enseguida me clavo en ella y empiezo a moverme desenfrenado.

—¡Ahhh! —Coloco dos dedos en sus labios y me acerco más a su rostro.

Sigo ansioso de probarla entera con mi boca, por lo que deslizo mi mano izquierda por debajo de sus omoplatos. Elevo su cabeza con suavidad y acerco su rostro al mío.

—Abre la boca... —le ordeno y alzo la botella en el aire.

Esta separa los labios y expone su lengua, abriendo la garganta, preparándose para saborear el champán.

¡Demonios! Me quiero morir ahora mismo. Esta imagen me excita tanto, que empiezo a moverme frenético en su interior, empalándola con firmeza. Entonces, dejo caer el chorro de champán dentro de su boca, o al menos eso intento. Empapo sus labios completamente y el líquido se desliza en su garganta, pero también fuera, dejando huellas en su cuello. Entonces, empiezo a lamer las gotas de champán y mi lengua ávida recorre su piel, mientras mis poderosas estocadas la sacuden.

Mi excitación aumenta cuando lamo desenfrenado el champán de su cuello y boca, mientras la follo. El sabor dulce de la bebida invade mi paladar y admiro cómo sus senos se sacuden con mis embestidas vigorosas.

¡Oh mierda! Mi piel se eriza ante semejante sensación. Es más que insuperable. Es una sensación única.

—¡Ahhh!

Me empapo de sus gemidos constantes y siento su boca sobre la mía. Me invade con su lengua deseosa de atención y estoy seguro de que ella también nota la tensión que hay entre nosotros.

—¡Oh joder! Siempre haces que pierda la cabeza —se queja—. Álex, ¿qué me estás haciendo?

—Y la perderás más ahora.

Mi pequeña mujer está temblando entre mis brazos. Nos sonreímos complacidos, al mismo tiempo que nuestras lenguas se vuelven a seducir y nuestros cuerpos se unen enérgicos sobre el capó reluciente de su nuevo coche.

—¿Por qué?

—Todavía hay un sitio de ti que quiero probar.

—¿Cuál?

No le contesto, solamente retrocedo deprisa y me deslizo hacia abajo. Agarro de nuevo la botella y vierto otro chorro de champán en su erizado abdomen.

—Ohhhhh, no me lo puedo creer... ¡Por Dios! —murmura extasiada.

De nuevo arquea su espalda por el impacto del líquido sobre su piel y eleva aquellos sabrosos senos, los cuales empiezo a masajear. Acerco mi boca a su ombligo y empiezo a dibujar círculos alrededor con mi lengua. Penetro esa hendidura, mientras con una mano le acaricio los muslos. Sus piernas están completamente abiertas y el tanga rojo tan sumamente sensual, deja a la vista su pubis y sus carnes en su plenitud. Rozo sus medias y empiezo a jugar con las ligas.

Finalmente, mi lengua llega a su pelvis y me deslizo más hacia abajo. Ella me sigue con la mirada, ya que se acaba de apoyar en sus antebrazos. Está empapada entera y observo divertido que tiene champán hasta en las cejas, igual que yo. Se lame el labio inferior cuando nota que

levanto de nuevo la botella y vierto el líquido precisamente sobre su sexo.

El champán chorrea sobre su clítoris y labios vaginales y enseguida empiezo a lamer y saborear el dulzor de la bebida. Mi lengua prueba el líquido que se ha colado dentro en su vagina y también empiezo a besar sus carnes, tras apartar el hilo empapado de su ropa interior. Finalmente, me deshago de la botella y la tiro a un lado.

Teniendo las dos manos libres, separo más sus piernas y empiezo a succionar con fuerza, deseando lamer hasta la última gota de champán de ella. La noto tan fascinada y absorta por lo que le estoy haciendo, que vuelve a dejar caer su espalda sobre la chapa y empieza a revolverse como pez fuera del agua.

—Ohhhhh Álex, amo todo esto… —Su respiración se torna demasiado irregular.

—¡Pídemelo!

—¡Ohhh! —Se revuelve desquiciada cuando la golpeo con la lengua.

—¡Dilo! Soy tu dios, mi vida… —susurro—. Y tu dios no te dará permiso si no lo dices.

Sé que su orgasmo se aproxima, por lo que levanto más su cadera con una mano y clavo más mi boca en ella, acelerando mis movimientos, a la vez que la penetro con un dedo. Esta aprieta una de su mano en mi hombro y los dedos de su otra mano en mi corto pelo.

—¡Por favor! —dice ahogada.

—Así no… —murmuro—. Como te enseñé.

—Aquí no estamos en *El Templo*…

Aprieta los dientes cuando agudizo mis succiones y froto su clítoris sin piedad.

—¡Ohhh, me vas a matar!

—¡Sé buena y lo tendrás! —Tenso los labios y me detengo.

No puede correrse. No sin mi permiso, lo tengo más claro que el agua. Nada se hace sin mi permiso.

—Álex…

—Mi diosa, pídelo como te enseñé y lo tendrás.

—Por favor… —musita y aprieta los ojos.

Masajeo sus pechos y me lanzo a su boca, quedando suspendida por encima de ella.

—¿Por favor qué?

—¡Por favor, mi dios! —brama desquiciada cuando, de un movimiento seco, la invado completamente.

—Mi dios, Ares.

—¡Ohhh!

—Repítelo, bella…

Agranda los ojos y me mira cuando aprieto mi boca sobre la suya y le quito el aliento.

—Mi dios Ares —dice en un tono casi inaudible, totalmente embriagada por la locura desatada entre los dos.

—Así ... —Jadeo mientras rozo las paredes de su vagina con frenesí y la sentencio—. Me encanta escuchar mi nombre de tus labios.

Noto cómo ella jadea cuando queda invadida por el éxtasis y me mira satisfecha.

—Te detesto, Ares —murmura exhausta, bajo los efectos del orgasmo.

—Yo también te adoro —respondo sonriente, al darme cuenta de que me sigue el juego.

Nuestros labios se unen en un beso casto.

—Estás empapada de champán hasta las cejas, mi diosa.

Solamente esboza una sonrisa y se aparta unos mechones mojados de su adorable rostro.

—Me tomaré la revancha.

Me río.

—Ven aquí, que todavía no he terminado contigo.

Tiro de ella y hago que se sienta en el filo del capó. Inmovilizo sus piernas y coloco mis manos en la parte interna de sus muslos. Estoy tan anhelante de volver a sentirla, que no duraré ni dos minutos. Cuando contemplo su figura tan expuesta sobre el coche, luciendo esos tacones rojos en sus pies y su pelo y rostro mojados, noto mi miembro hinchándose. A los pocos minutos, mi erupción la llena por dentro, tras unas pocas embestidas.

Suelto un gruñido y me derrumbo sobre ella. Suspiro completamente extasiado y entonces coloco una rodilla en el capó. Mientras tanto, ella me atrae sobre ella y me planta un beso tremendamente tierno.

—¿Qué nota final tengo, profesor?

—Esto ha sido solo una prueba, no el examen final —se me ocurre contestarle, mientras le sonrío y estabilizo mi respiración—. Pero la sorpresa me ha encantado, señorita. Me ha fascinado... —añado.

—¿Y cuál será el examen final?

—Tu examen final será en mi cuarto favorito, Aylin.

Su cara se vuelve sería y me aparta la mirada. Se encoge de hombros y es como si mi presencia le molestara y quisiera alejarse de mí.

—Álex… —dice atónita—. No lo entiendo, me he dado cuenta de que te produce placer controlar mi… mis sensaciones. Te lo he permitido y hasta he entrado en tus juegos.

—¿No has disfrutado?

La miro con atención, intrigado por su reacción.

—Sí, he disfrutado.

Me humedezco la comisura de los labios mientras ella habla, ya que siento algunas gotas de champán.

—¿Entonces?

—No me interrumpas —demanda—. También te he llamado Ares porque sé que eso te gusta, pero… ¿qué más quieres?

—Bueno… —Aclaro mi voz, sin saber cómo decírselo—. En realidad, para mí, todo esto es vainilla.

—¿Vainilla?

Me empuja con una mano para verme mejor. Empieza a tiritar. Esta vez soy yo el que la mira

con cara de idiota, sin entender su cambio de humor repentino.

—Aunque haya sido placentero, debo decir —añado cuando veo su cara preocupada.

Veo que me examina sin dar crédito, como si de repente se sintiera irritada y dolida.

—¿Placentero?

—¡Muy placentero! —grito rápido y me pongo de pie.

Me subo el pantalón y el bóxer y me abrocho la camisa cuando veo que ella se incorpora sobre la chapa y no me quita la vista.

—¡Ha sido una jodida locura! —Aprieta los dientes—. ¡Eres un animal! —brama con los ojos abiertos, mirándose a ella misma y el champán que se desliza al suelo—. Y… y… aun así, ¿te atreves a decir que lo que acaba de ocurrir ha sido… *vainilla*?

Vuelve a fijarme con aquellos ojos que no soy capaz de leer del todo ahora mismo.

—Algo… —habla asombrada— ¿convencional?

Arruga la frente y se coloca el vestido deprisa. Observo que le tiembla la barbilla, está haciendo mucho frío.

—¿Qué más pretendes de mí?

—Sabes qué pretendo —Continúo concentrado en los botones y en las mangas de la camisa.

—¡Para! —Agarra mis muñecas y me frena—. ¡Habla en plata, Álex! ¿Qué narices pretendes de mí?

Intento controlarme y en mi mente me cuesta asumir que la he cagado. Pero mucho. Lo que tanto quería evitar está sucediendo. El plan era que me mantendría al margen hasta atraparla completamente.

«¡Diablos, Brian!», me grito a mí mismo. «¡Eres un jodido estúpido!».

—¿Qué… quieres? —pregunta con voz de hielo.

Soy yo el que me libero de sus manos con un movimiento tosco y bajo las manos a su cintura.

—Sabes lo que quiero, Aylin…

—No… —murmura angustiada—. No sé qué más quieres de mí…

—¡Atarte y azotarte! —hablo entre dientes con un deseo latente que me quema por dentro y me arroja al infierno—. Quiero oír aquel sonido… —las palabras que salen de mi boca se tornan guturales—. Lo necesito. Necesito atarte las manos, los pies… —Suspiro—. Vendarte los ojos. Volver a sentir esa sensación.

—¡Ohhh!

Me mira como si estuviera viendo algo horrible delante de sus ojos.

—No se trata de lo que quiero, ¿comprendes? —La enfrento con mi perturbada mirada—. ¡Se trata de lo que necesito!

Aprieta la boca mientras le tiembla el mentón y me mira con fijeza.

—Aylin… —Acaricio sus mejillas—. Lo siento.

—No sé si verdaderamente necesitas todo eso que estás diciendo, Álex o… —Se detiene—, necesitas un psicólogo.

Es normal que piense que no estoy bien de la cabeza, no la culpo.

—Yo…

—O lo mismo no tienes remedio.

Percibo aquel atisbo de sufrimiento en sus ojos.

—Suéltame. —Se sacude y se aleja, dándome la espalda con enojo.

—¡Aylin! —Elevo los brazos—. No te dejes envenenar por una sola cosa oscura que hay en mi vida, por esto que daña tu orgullo y tus principios. —Le sigo detrás y aprieto mi mano en la maneta del coche cuando intenta montarse—. Recuerda la otra parte, pequeña. Recuerdo todo lo demás que estamos viviendo.

—¿Solo una cosa oscura? —Me fulmina con la vista.

—Yo…

¡Maldita sea! Sabía que me tenía que haber mordido la lengua y no haber insistido con eso.

—Quizás te has equivocado de rehén, Álex —dice con dureza—. Yo no soy esa mujer con la que sueñas, la cual agachará la cabeza infinitamente, y te llamará “mi dios” por el resto de su vida.

Yo la miro consternado. Ella me mira decepcionada.

—Podríamos…

—No hay nada que podríamos hacer, ¿vale? —me corta tajante.

—¿Por qué?

—¡Por qué tú nunca quedarás satisfecho! —me grita—. ¡Siempre querrás más y más de mí, Álex! ¡Y estoy cansada!

Su desgarradora voz me llega al alma. Aprieto los ojos porque sé que tiene razón. En cierto modo, la tiene.

—Mi vida… —murmuro y alzo el brazo para acariciar su mejilla, pero no me da tiempo.

Me detengo, fruto del intenso sonido que llega desde mi teléfono. Debilito mi mano, de modo que Aylin me da la espalda y consigue abrir la puerta del coche. Toma asiento en el lado del copiloto y me mira curiosa.

Por mi parte, escaneo la pantalla y quedo extrañado con la llamada de Liam, a las dos de la madrugada.

«Esto no tiene buena pinta…», pienso y contesto deprisa.

—Hola.

—Ares.... —Oigo la voz agitada de mi amigo—. ¿Dónde estás? Te he llamado ya dos veces, ¡debes venir urgentemente! —exclama casi histérico—. Se han hecho con nuestro cargamento, pero esta vez no ha sido la policía. Los hombres de Gambino han atacado el puerto.

—¡Maldita sea! —rujo en el teléfono enfurecido mientras rodeo el coche corriendo y me monto al volante— ¿Hay bajas?

Me quedo sin respiración. No soportaría que perdiera más hombres por culpa del maldito italiano.

—Sí—contesta este con voz apagada, extremadamente nervioso—. Cinco bajas.

«¿Cinco malditas bajas?».

—¡Hijo de puta! —Golpeo el volante—. ¿Se sabe dónde se la han llevado?

—Sí, algo tenemos, pero no estamos seguros.

—En quince minutos estoy ahí, ¡prepáralos a todos! —ordeno.

Arranco el coche velozmente y aprieto los dientes con fuerza, pensando en mi propia necedad. He estado aplazando algo inevitable, ¡joder!

—Poseidón...

—Dime.

—¡Si ese maldito cabrón quiere guerra, eso tendrá! —grito furioso en el teléfono.

Mi mirada se oscurece.

CAPÍTULO 22



LA FAMILIA ES LA FAMILIA

—ARES—

—¿Qué ocurre? —Oigo la voz extremadamente preocupada de Aylin.

Es normal que esté así, ella no está hecha a este mundo. Cuando tomas la responsabilidad de importar sustancias ilícitas, al mismo tiempo asumes que posiblemente te veas envuelto en distintos conflictos y que incluso alguno de estos días acabes con una bala en el cuerpo. No me extrañaría, pero mi vida es así. La vida de Ares es una lotería desde que tengo uso de razón.

—Vamos a tener una intervención —respondo al grano, mientras piso el acelerador.

—¿Intervención?

—Sí. —Aprieto la mandíbula y esbozo en mi mente el plan de ataque, algo que sea lo más seguro posible y que evite más bajas.

—¿Eso qué significa?

—Que tengo que ir a recuperar la mercancía, Aylin.

—¿Ha sido el italiano?

Solo asiento con la cabeza, sin darle ninguna respuesta obvia.

La miro y noto que su rostro está alterado, no me gusta que tenga que formar parte de esto, por lo que alcanzo su mano y la aprieto en la mía para reconfortarla. Sus grandes ojos oceánicos están muy abiertos y su rostro se ha vuelto pálido.

—¿No podrían ir tus hombres solos? ¿Es necesario que tú vayas?

—¿Entonces qué tipo de líder sería? —la interrumpo—. Yo soy el primero que debo dar ejemplo y estar al frente.

—¡Pero es muy peligroso! —exclama y la angustia vuelve a resaltar en su tono.

—Es lo que implica ser quién soy, Aylin… —le contesto y al mismo tiempo, incremento la velocidad del descapotable debido a la prisa que tengo—. A ese hijo de puta le dio rabia que sus hombres acabaran carbonizados en la carretera y ha decidido adelantarse y fastidiarnos.

Veo que está más calmada, aunque sé que sigue enojada conmigo.

—El hijo de puta sacará una fortuna si la vende, y sin haber pagado un solo céntimo por ella. ¡Encima ha eliminado cinco de mis hombres!

Me desahogo y me llevo una mano a la frente, sin quitarme de la cabeza las pérdidas humanas que experimentamos.

—Pero es muy peligroso —asiente con la misma actitud fría y mira al frente.

—Deberás acostumbrarte, Aylin.

—¡Siempre me repites lo mismo! —chilla y se vuelve a mí—. ¿Cómo podría acostumbrarme?

—¡Encima mañana tenemos clientes! —le explico—. Ese hijo de puta no puede pensar que puede atacarnos cuando le dé la gana y sin ninguna razón aparente.

—Mataste a su hermano —me recuerda.

—¡Su hermano secuestró al mío! Apolo es mi hermano, aunque no tengamos la misma sangre.

Y aunque sea un inmaduro de mierda, jamás dejaría que algo malo le pase —añado vehemente —. En nuestro clan, la familia es la familia. No hay nada más importante que proteger a los nuestros.

—No parecía que tu hermano pensara lo mismo hoy… —replica.

De momento le aparto la vista, sabiendo que tiene razón, en cierto modo. Aun así, necesito que ella comprenda que es el carácter de Jackson y que, aunque tenga mis sospechas con respecto a las acusaciones de Gambino, este sigue siendo parte de *Álympos* hasta que pueda demostrar que está metido en algo indebido.

—Estamos ya llegando —evado seguir hablando de mi hermano.

Las puertas del *Templo* se abren y todos mis hombres me esperan reunidos en la entrada trasera. No tenemos tiempo que perder, de manera que lo organizo todo deprisa. Aparco el coche y cuando Aylin sale del automóvil, me quito la chaqueta y se la paso por los hombros, primero porque tiene frío y, en segundo lugar, porque está empapada de champán y mis hombres se van a percatar de nuestra fiesta privada.

Caminamos deprisa hacia la puerta, al mismo tiempo que aprieto la chaqueta a su alrededor. Su temblor es bastante visible y espero que no enferme de una neumonía. Eso me faltaría.

—¿Están todos? —pregunto con voz tosca y caminamos con pasos agigantados.

—No, mi dios —contesta Steve enseguida—. El dios Poseidón está comprobando el armamento y el dios Apolo está haciendo unas llamadas, se encuentra en el despacho.

—¡Maldita sea! —los gruñidos me salen a borbotones—. ¿Cómo ha pasado que los chicos no pudieran defender el cargamento?

—Nos doblaban en número. Había al menos doce—contesta Steve y agacha la cabeza. Leo el miedo en su rostro, sabe lo duro que puedo llegar a ser con ellos—. Básicamente, los han cogido desprevenidos, mi dios.

Bufo violentamente por la desesperación que siento.

—¡Ares! Lo hemos localizado —escucho a Max que aparece de la nada y me tiende su tableta localizadora, mostrándome un mapa—. Supuestamente el cargamento está aquí, aun así, no nos podemos fiar. No sabemos si han encontrado nuestro localizador y lo han desechado por ahí.

—¿Cuándo pasó todo, Max? —pregunto desquiciado.

—Hace media hora. Esperábamos tu visto bueno para responder, aunque tendremos que comprobar que los ochenta kilos realmente están ahí.

—Podría ser una trampa.

—Así es, mi dios.

—Aunque sería difícil que ellos encontraran el localizador, siempre nos aseguramos de que esté bien camuflado —contesto decidido y nos metemos dentro del edificio por la puerta trasera, al mismo tiempo que froto los brazos de Aylin para que esta entre en calor.

Tuerzo la boca y me quedo pensando.

—Ahora vengo —les indico a todos.

Acto seguido, la guio deprisa hacia las escaleras. Necesito llevármela a la habitación y ponerla a salvo. Mientras subimos las escaleras de caracol, empiezo a hablarle.

—Aylin… —Mi tono es grave—. Necesito que te quedes en el cuarto. Cierra la puerta con

llave y te acuestas, ¿vale? No tardaré mucho.

Casi la estoy arrastrando por las escaleras. Evidentemente tengo mucha prisa y ahora más que nunca, el tiempo importa.

—¿Te vas ya?

—Sí —contesto—. Temo que Gambino se lleve nuestra mercancía a otro lado o detecte nuestro rastreador y ya no podamos hacer nada.

—¿Qué han robado? ¿Ochenta kilos de qué? —quiere saber.

—Cocaína.

—¿Los demás dioses irán contigo?

—Solamente Apolo y Poseidón tienen entrenamiento físico destacable y saben defenderse. Los demás no pueden intervenir.

Ya hemos llegado a la habitación y empiezo a cambiarme de ropa, ya que el champán también ha mojado mis prendas. Prefiero no mirarla. Su rostro se ha vuelto pálido y no parece ella. Parece estar desubicada, completamente bloqueada en sus propios pensamientos.

Me coloco rápidamente un vaquero de color oscuro y una camiseta tipo polo, todo de color negro. Tengo que camuflarme bien en la noche y es la vestimenta que todos usamos en las intervenciones.

—¿Estás bien? —pregunto inquieto, sin embargo, ella no responde y solamente me da la espalda.

Veo que camina lentamente hacia la ventana de la habitación de Ares. Acto seguido, se queda mirando un punto fijo a través del cristal. Doy unos sutiles pasos en su dirección, pero parece un muro de hormigón. Está de brazos cruzados, con su vista fijada en la ventana, sin verter ni una sola lágrima.

Siento mi pulso acelerado ante su impasividad. No lo comprendo. Lo normal en ella sería actuar con terquedad, gritándome que no me vaya o que tenga cuidado.

Pero hoy no.

—Aylin… —Acaricio su brazo—. Solo quiero que sepas que, si algo me sucediera, tendrás la protección de *Álympos* y de los demás dioses.

Ni una maldita respuesta.

—y que… —Mi pecho se encoge—. Eres la mujer más maravillosa del universo.

Ni el más mínimo sonido.

—Y si intentaré sobrevivir esta noche, será solo por ti.

Su respiración cadenciosa golpea el cristal y solo veo que apoya su frente en la ventana y aprieta los ojos, intentando aguantarse las ganas de responderme.

—Lo siento.

Agacho la cabeza y me doy la vuelta decidido, tras agarrar una chupa de cuero. No hay nada ni nadie quien me lo pueda impedir. Atravieso el marco de la puerta hecho un demonio, pero tras bajar dos escalones, oigo un grito gutural detrás.

—¡Álex!

¡Ohhh! Me derrito completamente cuando me doy la vuelta deprisa y la veo salir de la

habitación con el pelo revuelto y los ojos bañados de rímel.

—¡Oh, Álex! —La lluvia de lágrimas brota a mansalva y percibo el miedo aterrador que siente.

Es ella la que empieza a correr y salta en mis brazos con mucha fuerza. Pega su mejilla a la mía y la humedad de sus lágrimas en mi pómulo me electriza. Toda esta situación hace que algo se esté rompiendo dentro de mí y me hunda. Entonces yo también la abrazo y rozo mis labios con su mejilla, percibiendo sus lágrimas cálidas.

—No vayas por favor…—solloza amargamente.

—Debo ir.

Se me escapa un suspiro.

—¡Ahhhhh! —Exhala el aire con profundidad—. No sé cómo explicártelo, pero tengo un mal presentimiento. Por favor… —me suplica, aferrada a mi cuello.

—Aylin, no hay otra opción —contesto y la tristeza me invade.

Hasta ahora todo esto era más fácil, eso porque no había nadie que me esperara en la casa. En realidad, a nadie le importaba, así que daba igual si me pasaba algo o no.

«Pero ahora que la tengo a ella… ¡demonios!».

—Odio que me digas que no hay otra opción. —Despega su precioso rostro del mío y me mira con ojos lagrimosos—. Siempre hay opciones, solo que las tenemos que buscar.

—Las buscaremos juntos, pequeña. Ahora solo tranquilízate y descansa, ¿vale?

—Prométeme que tendrás cuidado.

Vuelve a apretarme entre sus brazos.

—Te lo prometo. —Me paso la mano por el pelo—. Estaré bien y, de hecho, volveré con energía. ¿Y sabes qué? Te recompensaré por lo de … antes.

—No quiero que me recompenses, solo quiero que vuelvas.

—Volveré. Y también te prometo que a partir del lunes volveremos a las clases y retomaremos la edición del libro.

Nuestros labios se asedian mutuamente y me quedo impresionado por su fuerza y pasión.

—Me tengo que ir…

Es lo último que digo antes de simplemente dejarla en el suelo y alejarme a toda prisa antes de que esto sea demasiado doloroso. Sin embargo, no puedo evitar mirar hacia atrás. Volteo la cabeza y noto que Aylin se ha quedado en lo alto de las escaleras, mirando cómo bajo velozmente los peldaños de mármol.

—¡Oh, ten cuidado! —escucho el eco de sus palabras y lo último que veo antes de llegar a la planta baja es su cabeza asomada. Aprieta su pecho con una mano, en el lado dónde está su corazón.

Llevo mi mano a la boca y le lanzo un beso, ella hace como que lo atrapa y se lo lleva a los labios.

Me sonríe. Le sonrío.

Me dispongo a caminar deprisa hacia la salida y, mientras tanto, escucho el ruido que proviene del salón principal. Esta noche hay fiesta en *El Templo* y ahora mismo hay al menos cien clientes en el hotel. Mañana es el *Ritual*, que es cuándo los dioses deben estar presentes y necesitamos la

cocaína, no vamos a poder abastecerlos a todos con lo poco que nos queda del cargamento anterior.

—Steve—llamo deprisa al jefe de seguridad.

Mientras tanto, salgo fuera y me dirijo a una puerta que da a un almacén.

—No tolero fallos esta noche, ¿vale? Me mantenéis informado en el camino.

Empiezo a abrir las distintas puertas de los armarios metálicos del inmenso trastero donde lo guardamos todo. Agarro una pistola semiautomática, al igual que un cuchillo. Me agacho velozmente y lo escondo debajo del vaquero, en el tobillo de mi pie derecho. Miro mi arma con atención, la cargo y cojo uno de los pasamontañas que hay en el armario. Max llega enseguida, sujetando la tableta con las coordenadas.

—¿Qué indica el rastreador?

Me giro hacia Steve mientras enciendo las luces que dan a un garaje adyacente, donde está mi segunda nena. Un motor Yamaha me espera en medio del garaje, en el cual guardamos tres coches más. Uso mi moto especialmente en las intervenciones, donde la idea es llegar más rápido a los sitios y pasar desapercibido.

—Cerca.

—¿Dónde? —recalco mi pregunta.

—Dorchester.

Es muy poco creíble que el cargamento se encuentre ahí y me quedo boquiabierto.

—¿Dorchester? Está muy cerca de nuestro punto de descarga ¿por qué se han quedado ahí? —Pongo una mueca—. Steve, id en dos coches. Poseidón irá en uno y Apolo en el otro. ¡Organiza ya a los hombres!

—Vale, jefe —contesta el jefe de seguridad y sale del garaje.

—Tardáis media hora —avisa Max.

—Entendido. Que al menos una docena de hombres se queden aquí, protegiendo *El Templo* —ordeno, al mismo tiempo que programo el destino en el *Smartwatch.*

Estando Max aquí me quedo tranquilo. Él es mi mano derecha —aparte de Liam—, y es el jefe de operaciones; resumidamente, es el que se encarga de organizar las intervenciones, el embarque de la mercancía, su transporte y todo lo relacionado con este tema.

—Lo que tú digas, Ares.

—¿Gambino ha sufrido bajas?

—Los chicos dicen que les dieron a tres por lo menos —contesta rápido.

«Solo tres hombres…».

Enseguida calculo que quedarán al menos diez encargados de vigilar la mercancía y trasladarla a algún sitio. Eso en el caso de que Gambino no habrá enviado más refuerzos. Guardo el pasamontaña y enseguida me monto en mi Yamaha con mucha prisa, arranco el motor y me coloco el casco.

—Me voy a adelantar, estamos en contacto de camino —aviso.

—Ten cuidado —escucho a Max despidiéndose.

—Mantenme informado de cualquier otro cambio —le digo antes de acelerar.

Salgo del Templo con mucha velocidad y miro la pantalla digital que hay en la parte frontal de la moto. Analizo el mapa que Max me ha tasnferido. Veo el localizador y pienso en cómo atacar, al mismo tiempo que le doy al botón del *Smartwatch* y acelero.

—¿Apolo? Cambio.

—Ares… —escucho la voz seca de mi hermano —. Me acabo de montar con Steve. Te estamos siguiendo. Está en Dorchester. Cambio.

Sigo sin hablarme con Jackson, pero el problema que tenemos es cosa de todos y debemos estar unidos, dejando nuestras diferencias a un lado.

—Me lo ha dicho Max.

—Es un sitio en las afueras —especifica Apolo—. Debemos rodearlo.

—Un almacén. Cambio —habla Liam, que se acaba de incorporar a la conversación.

—Poseidón —digo deprisa, al escuchar su voz—. ¿Qué sabes de Gambino? Te dije que lo vigilaras.

—No está en Boston. Ha salido esta noche de la ciudad y no ha vuelto. Parece que ha dejado este asunto en manos de Giuseppe.

—Ese gilipolla es uno de los que me secuestró —añade Apolo—. Esta noche le meteré dos balazos en el culo, hoy no se escapará.

—Vale —les contesto y agrando el mapa digital—. Veo que hay un depósito muy cerca, ese va a ser nuestro punto de encuentro y de ahí atacaremos.

—Es mejor llegar y entrar directamente, si primero vamos al depósito perderemos más tiempo —sugiere Apolo.

—Antes de que pisemos ese almacén, ya habrán salido por alguna puerta trasera porque nos escucharán llegar.

—El sigilo es muy importante —Liam me apoya.

—Mejor reunirnos en un sitio cerca —opina Steve—. Y después atacar.

—Así se hará, vamos al depósito —comento convencido y acelero más.

En unos diez- quince minutos estoy apagando el motor y no pasa mucho tiempo hasta que llegan también los coches detrás. Todos apagan las luces y detienen los automóviles, actuando con mucha cautela. Mientras tanto, me dedico a vigilar el almacén con unos prismáticos nocturnos. Steve les da indicaciones del ataque a los demás y lo extraño de la situación es que efectivamente, hay luz y trajín de gente a unos metros. Están los puñeteros hombres de Gambino, organizando las bolsas de nuestra mercancía.

—Hay dos fuera, están fumando —dice Apolo, que también coge los prismáticos y empieza a analizar el sitio.

Liam comprueba su arma, y coge otra, que guarda en su chaqueta deprisa.

Por mi parte, alzo una mano y les indico el inicio de la misión. Les hago una señal con la cabeza y los agentes se desplazan tal cual les ha indicado Steve. Conforme nos vamos acercando, coloco el silenciador de mi pistola. Los agentes siempre van delante de los dioses y los intentan proteger, es la normativa.

Avanzamos, cada uno en su puesto y el primer ataque lo realiza uno de nuestros hombres, el cual se le acerca por la espalda a uno de los que están fuera, fumando, y le corta el cuello a uno

de los que están fumando. Al mismo tiempo, otro de nuestros agentes le dispara al segundo sujeto.

Desafortunadamente, este no cae de momento, y le da tiempo a descargar su arma con al menos dos disparos ciegos, hecho que provoca que salte la alarma.

¡Mierda!

Apolo, Poseidón y yo nos fijamos con la vista. Levanto la mano cuando Steve quiere entrar al almacén, seguido por sus hombres. Les hago una señal con el dedo de que no lo hagan y y que nadie se mueva. Igualmente, el almacén de aquellos cabrones está rodeado, lo único que vamos a esperar es que ellos salgan fuera, tras la señal de alarma, y entonces empezaremos a disparar.

Es una buena estrategia, la cual nos permitirá acabar con ellos en menos de diez minutos.

Y sí, todo ocurre según lo predicho.

Los mafiosos empiezan a salir y la lluvia de balas se cierne sobre la entrada del almacén. Al cabo de solo unos minutos, conseguimos entrar a base de avanzar y caen dos hombres más del bando contrario. El sitio en realidad está repleto y hay al menos dieciséis tipos del clan de Gambino, mientras que nosotros somos doce en total.

Debemos recuperar la mercancía sea como sea.

El ruido ensordecedor de las armas te destroza el tímpano y una vez dentro, empezamos a cubrirnos con las distintas estanterías del gran almacén, pero sin dejar de escanear con la vista el sitio y así, encontrar los paquetes de cocaína.

Tras barrer todo con la vista, los detecto en un rincón. Poseidón me hace una señal, diciendo que él también los ha visto. Después, nos organizamos a base de señas y vuelvo a cargar el arma. A unos pasos más allá, veo a Apolo rompiéndole la cara a uno y asfixiándolo. Salgo de detrás de la estantería y avanzo a pasos rápido, disparándole a otro que estaba a punto de volarle los sesos a uno de mis hombres. Debo andarme con cautela, hay tantas estanterías en este puto almacén que los tipos podrían estar escondidos en cualquier sitio.

¡Maldita sea! ¿Cuántos habremos matado, 4-5?

Si consigo llegar a Giuseppe, la mano derecha de Gambino, todo habrá terminado.

Me pego a una estantería de manera sigilosa, intentando identificar al cabecilla, pero un puño atraviesa mi cara, de repente. No lo he visto venir. Un tipo del otro bando me acaba de golpear, por lo que reacciono de momento y mi codo rompe su mandíbula.

—¡Ahhhhhhh!

Después, le estampo mis nudillos con fuerza y él a mí también. Le agarro la cabeza y golpeo su nariz contra el metal, con la jodida cara quemándome. De repente, noto otra mano que me estruja el cuello por detrás y me da un fuerte puñetazo en la espalda.

¡Oh, maldita sea! Este golpe me ha quebrado el tronco, ya que siento el dolor hasta en lo más hondo de mis entrañas; lo único que espero es que no me haya roto alguna costilla. Mierda, ahora mismo estoy acorralado, pero da igual. Tengo más resistencia que ellos y sé que les mandaré al maldito infierno a los dos.

—¡Diablooooooosss! —grito por la rabia y el dolor en mis costillas y al mismo tiempo le golpeo el estómago al que tenía agarrado contra la estantería y que está sangrando como un cerdo.

Después, forcejeo con el que me tiene cogido por el cuello y de alguna manera consigo dirigir mi arma a él. Aprieto el gatillo deprisa, siendo consciente de que cualquier segundo importa.

Este se derrumba al instante y la sangre empieza a fluir de su cuerpo.

Vuelvo a mirar a mi equipo y veo que hay bajas, noto al menos cuatro cadáveres, sin embargo, el bando enemigo está teniendo más perdidas. Aun así, me duele en el alma cuando pierdo a mis hombres. Ojalá pudiera cambiar esto, pero ellos saben a lo que se exponen cuando firman el contrato.

Mi reloj se enciende y lo miro con curiosidad, mientras me agacho y vigilo que estén todos bien. Noto la luz verde. Levanto mi vista y veo a uno del bando contrario a unos metros, de espalda. No me ha visto, por lo que enseguida lo atrapo entre mis brazos y le pego dos puñetazos, eligiendo la lucha cuerpo a cuerpo antes que la pistola.

No soy del que asesina por gusto. Si los puedo anular y recuperar mi mercancía sin tener que derramar sangre, lo prefiero.

De momento el individuo cae al suelo, tras mis golpes demasiado violentos y vuelvo a mirar el móvil. Es un mensaje de Max, de hecho, un mensaje que me alarma y hace que se me corte el aliento:

Están atacando aquí también, nueve al menos, ¿la habéis recuperado?

¿Qué? Abro los ojos, sumamente perplejo. ¿De qué demonios habla? Ya se han enterado y se han movilizado rápidamente. ¿O estaban ya movilizados y todo ha sido una trampa?

Van refuerzos, escribo velozmente.

«¡Mierdaaa!», maldigo desesperado. Mi corazón se está acelerando y me doy cuenta de que todos están en peligro, solamente doce hombres se han quedado defendiendo y no contaba con que esos cabrones harían esta jugada.

Y Aylin está ahí… Si algo le llegara a pasar, no me lo perdonaría nunca.

Al estar distraído con el móvil, ni me he dado cuenta de cuando un tipo ha llegado por detrás, solo noto su punzante patada en mi espalda. Otro disparo viniendo de cerca se escucha, y lo esquivo con un movimiento veloz.

Mientras le pego unos puñetazos al que me ha lanzado la patada, me fijo a mi alrededor y veo a Apolo en la otra punta desarmado y forcejeando con otro cabrón. Poseidón, en cambio, no está por ningún lado y temo que algo le haya ocurrido.

¡Joder!

Consigo dispararle al tipo que tiene agarrado a Apolo y quiero avanzar. Sin embargo, vuelvo a notar unos malditos brazos alrededor de mi cuello, es el maldito hombre al que le he dado los puñetazos antes y al que confieso que tenía que haber matado. Enseguida, me llega otro por delante y, cuándo quiero apretar el gatillo... ¡sorpresa! Me quedo sin munición, quedándome totalmente acorralado.

Respiro cadenciosamente mientras el cuerpo me quema y siento la sangre fluir en mi cara y cuello; sangre que sé si es mía o de los demás.

—¡Ve al Templo ya! —le grito a Apolo con mucha fuerza—. Nos han atacado, ¡aquí no quedan muchos, nosotros nos encargamos!

Este asiente con la cabeza, completamente exhausto y, tras disparar en nuestra dirección y fallar el disparo, sele del almacén deprisa y sin mirar atrás. Necesito que llegue lo antes posible, antes de que ocurra una tragedia.

Mis gruñidos son más que notorios y estoy tan cabreado y preocupado que, de una sacudida,

consigo quitarme del medio al que tengo delante, proporcionándole un vigoroso cabezazo. Le acabo de romper los dientes y escucho un disparo repentinamente, de manera que, el que me está asfixiando se derrumba.

Me vuelvo con la respiración entrecortada, bastante ahogado por el maldito brazo que me estaba apretando segundos atrás, y entonces veo a Steve. Este tiene una herida en la comisura de los labios y noto que su brazo está sangrando, señal de que ha recibido una jodida bala.

—Jefe, ¿estás bien? —grita ahogado.

—Sí —le contesto sin demora—. ¿Y Poseidón? —Ruedo mi vista y estoy que me lleva el diablo.

No, a Liam no le puede pasar nada malo. No puede…

—No lo sé. —Steve sigue apretando su herida.

—Steve, coge la mitad de los hombres y retírate al Templo, ahí necesitan ayuda. Protege a la Diosa Afrodita, que nada le pase ¿vale? —al decir esto, le atravieso con una mirada gélida.

Este solamente agacha la cabeza y mueve el mentón repetidamente. Sin duda, ha entendido el mensaje. Sabe que, si a Aylin le llegara a pasar algo, su cabeza caería.

Podría irme yo mismo al Templo, pero Steve está herido y no sería capaz de hacerles frente a los que quedan. Posiblemente tanto él, como Poseidón y los agentes acabarían muertos. Sin embargo, en El Templo tiene más refuerzos.

El jefe de seguridad asiente con la cabeza y enseguida les hace una señal a sus hombres para que se retiren.

Me muerdo los labios con un evidente nerviosismo cuando mi amigo Liam no aparece por ningún lado. La sangre fluye velozmente en mis venas, así que empiezo a correr desesperado hacia el punto desde el cual me llegan disparos. Llegando, evalúo la situación. Dos de nuestros hombres están a tiros con cuatro de ellos y veo a Liam detrás de una estantería, cargando su pistola. También tiene unas sangrientas heridas en la cara y entonces, maldigo por dentro. Ellos nos doblan en número y se nota, de modo que habrá que reformar la plantilla y reinventarnos.

La sangre me hierve y entonces empiezo a abrir fuego, con rabia, haciendo que caigan dos de golpe. Pero nuestros hombres también salen heridos y los disparos cesan al instante.

Me acerco deprisa a Liam y en el momento en el que este se levanta para venir a mi encuentro, noto cómo un idiota aparece de la nada y le da una patada a su pistola, la cual rebota en el suelo. Acto seguido, el tipo coloca su arma en la cabeza de Liam y…

¡Oh no! ¡Le va a disparar! Tiene el maldito cañón apuntando la sien de mi amigo y sé que en el minuto siguiente le disparará si no me muevo rápido. Acto seguido, alzo mi arma y aprieto el gatillo furioso, mientras todas mis facciones están transformadas. El disparo retumba entre otras multitudes de ruidos de guerra y el resultado es satisfactorio.

Un perfecto tiro en la cabeza y el hombre que estaba apuntando a Poseidón, se desploma como si fuese un muñeco de trapo.

¡Bingo!

No obstante, el rostro de Liam palidece y abre la boca, señalándome algo... algo que hay detrás de mí. No me da tiempo a reaccionar porque, súbitamente, noto la hoja de un cuchillo en mi espalda, precisamente en la costilla derecha. El pinchazo me atraviesa y grito con voz gutural por el dolor que estoy experimentando.

«¡Demonios!».

Permanezco inmóvil durante un corto instante, con cara desfigurada sintiendo el incesante flujo de sangre saliendo de mi cuerpo. Me llevo una mano a la herida deprisa y miro con fijeza las gotas rojas en el suelo. Me quedo mudo mientras escaneo perplejo la cara más perpleja todavía de Liam. No nos da tiempo para mucho más y entonces…

Lo veo. Hay otro jodido tipo que se acerca por detrás, de manera sigilosa. En el minuto siguiente, el individuo alto le inmoviliza y le aprieta el cuello, queriendo asfixiar a mi amigo.

Estamos los dos atrapados.

—¡Malditos hijos de puta! —grito desquiciado cuando soy consciente de que, tanto Liam, como yo, podemos morir hoy mismo aquí.

Arrastro al que me ha apuñalado con la velocidad de la luz y lo coloco delante de mí como escudo humano, por lo que, cuando el mafioso que inmoviliza a mi amigo me dispara, la bala penetra el cuerpo del que me tapa. Ha sido todo tan rápido que el maldito cabrón se queda bloqueado, sin poder creerse que acaba de disparar contra uno de su clan.

Enseguida avanzo con el cuerpo del tipo delante de mí como escudo e inicio un ráfaga urgente de balas, proporcionándole una al que está a punto de asfixiar a mi amigo. La cara de Liam esta enrojecida y se tira al suelo de momento para recuperar su arma cuando lo libero. Finalmente lanzo mi escudo a un lado cuando veo que el peligro ha pasado y escucho un ruido cerca de dónde está la mercancía. Quedarán dos o tres como mucho y los disparos siguen cayendo.

—¿Estás bien? —pregunta mi amigo y mira mi herida.

Solamente asiento, mientras aprieto los dientes y presiono la herida con la mano. Siento mucho dolor y las gotas de sudor de mi cara son evidentes. Estoy perdiendo sangre.

—Liam —susurro— coge a los hombres que quedan y empezad a cargar la mercancía, ¿vale? Tenemos que salir de aquí ya. Yo os cubro.

—Estás herido ¡joder! —exclama este enloquecido—. Ares, debes irte ya. Nosotros nos encargamos de todo. ¡Ve-teeee! —me grita.

—¡He dicho que vayas a recuperar la maldita mercancía! —Le empujo, mientras le cubro las espaladas. Este empieza a correr hacia el otro lado, cubriéndose la cabeza, obligado por mi persuasiva mano y mi mirada.

Sigo abriendo fuego sobre aquellos tipos y noto que me quedan nada más que dos agentes, hecho que me desgarra por dentro, incluso más que la maldita herida.

¡Demonios! Gambino me las pagará, pagará esto y más.

«Es un puto cobarde…».

Mientras pienso esto y cargo mi arma de nuevo, escucho un ruido repentino, el cual me llega desde la parte de atrás.

De repente, noto un maldito golpe en mi herida. Eso hace que mi cuerpo golpee el suelo al instante y que mi arma se deslice lejos de mí por el impacto producido. Siento un agudo dolor en mi sien, debido a la caída y mis dientes chirrían en la boca. Me he quedado básicamente desarmado y el dolor en mi costilla es cada vez más intenso. Levanto mi vista, intentando recuperar la posición de ataque e identifico finalmente a Giuseppe, la mano derecha de Gambino. Los italianos, a diferencia de nosotros muestran sus caras.

Intento recobrar la conciencia y enfoco mi vista sobre él, intentando adivinar cómo lo hará para

eliminarme. Observo complacido que tiene una herida en el hombro y otra rojiza magulladura se apodera de su pómulo, casi rozando el párpado.

Para su sorpresa, no me quedo quieto y enseguida junto las pocas fuerzas que me quedan y golpeo sus tobillos violentamente, derrumbándolo en el suelo. Su cabeza golpea el cemento, justo a mi lado y, a continuación, le hago una llave perfectamente ejecutada y termino dándole un puñetazo severo.

Mi rabia es tan creciente, que empleo una fuerza sobrenatural, así que básicamente le embisto tres puñetazos más y casi desfiguro su cara. Siento el creciente dolor en mi costilla y el duro suelo en mis rodillas.

—¡Hijo de puta! —le grito entre dientes y remato su nariz—. ¿Os queréis hacer con *cremita* ajena? ¿Qué pasa ahora, que de cabrones que venden heroína y putas a los ricos nos hemos convertido en una amenaza, o quéeeee?

Otro puñetazo en el suelo. La sangre lo mancha todo y mis vaquero queda completamente empapado de su sangre.Pero no lo voy a matar, no antes de que transmita mi mensaje al hijo de puta de su jefe.

Aunque esté verdaderamente exhausto, sé que debo sacar fuerzas, por lo que lo levanto del cuello y me acerco al sitio donde les están disparando a Liam y a mis dos agentes. Estos todavía no han empezado a cargar la mercancía, de manera que llego justo a tiempo para echarles una mano. Desde mi ángulo, consigo volarle los sesos a uno del bando contrario, y cuando el otro se da la vuelta y quiere huir del sitio, Liam lo alcanza y le mete una bala en la espalda.

Queda el silencio. Ya se ha acabado todo.

—¡Ven! —le indico al ensangrentando hombre que llevo del cuello.

Mientras me muevo tambaleante y lo arrastro hasta la mercancía, pongo suaves muecas de dolor. Mi rostro queda desencajado por el dolor en mi costilla y la preocupación de no saber cómo están en el Templo me funde, literalmente.

Giuseppe no se puede mantener siquiera de pie, y en realidad lo estoy arrastrando detrás de mí, dejando una huella de sangre a nuestro paso.

—¿Ves esto? —Le señalo los paquetes envueltos en bolsas negras de plástico, amontonados en un rincón—. ¡Esto es mío! Dile a tu maldito jefe que no vuelva a tocar lo que es mío, porque la próxima vez no le servirá de nada salir corriendo ¡Lo encontraré vaya a donde vaya y le meteré una bala por el culo! —rujo furioso en su desfigurada cara y lo tiro al suelo de un empujón rudo.

Este se desploma a mis pies y yo hago un esfuerzo sobrenatural de enderezar mi espalda.

—¿Qui… én er…es? —tartamudea con los ojos abiertos, que es lo único que se le ve con claridad, ya que, básicamente su rostro está lleno de heridas.

No me reconoce por el pasamontaña, el cual es parte de la vestimenta que usamos en las incursiones realizadas de noche. De día, usamos uniformes falsos de los SWAT para confundir y no llamar la atención.

—Créeme que es mejor para ti no saber quién soy, lo sabe tu jefe y con eso es suficiente. ¡Solo haz lo que te he dicho! —Me agacho sobre el mafioso y le empujo vehemente con el pie, tendiéndolo completamente sobre el suelo.

—¿No lo vas a matar? —pregunta Liam, mientras ayuda a los agentes que quedan con vida a cargar las bolsas.

—No. ¡Daros prisa! —le ordeno y salgo fuera, sin decir nada más.

Cojeo por lo dolorosa que me resulta la herida y siento la presión baja cuando el suelo empieza a temblar debajo de mis pies. Arranco la Yamaha con manos temblorosas, sin más preámbulo y ni siquiera me coloco el casco. Siento una creciente asfixia y temo que en breve deje de respirar o que el casco empeore mi situación. Entonces, vuelvo a tocar mi herida mientras mi mano se llena de sangre.

«¡Demonios! Aylin está en peligo».

Debo darme prisa. Pulso la pantalla táctil de mi reloj inteligente, intentando contactar con El Templo, pero nadie contesta. Ni Apolo, ni Max y tampoco Steve. Los nervios abrasadores de la preocupación se apoderan de todo mi ser y entonces acelero, moviéndome estresado en la silla. Ni siquiera Aylin coge el maldito teléfono.

Aprieto el acelerador de mi Yamaha y respiro profundamente cuando me doy cuenta de que el aire no me llega correctamente a los pulmones. Es probable que la hoja afilada de aquel maldito cuchillo haya perforado alguno de mis pulmones.

Se me pasan miles de escenarios por la cabeza y estoy seguro de que Gambino aprovechará esta oportunidad de aniquilarnos y ocasionar una verdadera masacre en el Olimpo.

«Mi dios, ayúdanos», jadeo iracundo y extremadamente dolido. «Esto no puede estar pasando…».

Inhalo y exhalo el aire, pero el oxígeno me llena con dificultad. Entonces, miro hacia atrás para asegurarme de que no me están siguiendo, y me quito el pasamontaña, liberándome deprisa. Pero no funciona. Mi herida sigue abierta y estoy perdiendo mucha sangre, tanta y tan rápidamente, que siento cómo el flujo está saliendo a borbotones de mi cuerpo, muy a mi pesar. Y también noto el frío. Mucho frío.

Los mareos se intensifican mientras dejo atrás edificios, árboles, coches y, de momento, el miedo aterrador de que no seré capaz de volver con Aylin me pone contra el suelo. Siento miedo de que no llegaré a tiempo para protegerla, pese a que estoy viendo desde aquí el pico de la colina donde debo llegar.

«Un poco más Brian…».

Me sacudo con fuerzas sobre mi motor y tiemblo, procurando no perder la consciencia a la vez que acelero. Solo que la carretera parece interminable y aquellas grandes puertas metálicas del puerto jamás llego a alcanzarlas.

Aunque luche con todas mis fuerzas, mi resistencia es nula ahora mismo y siento cómo se nubla todo a mi alrededor. Todo está dando vueltas y está lleno de luces multicolores que se convierten en miles de puntos de luz que inundan mi campo de visión y hacen que pierda la visión, mientras que una inmensa garra aprieta mi pecho, impidiéndome respirar.

Y entonces, mi mente queda vacía como si fuese una mera hoja de papel en blanco. Una hoja la cual no sabe de presente, de pasado o de futuro. No queda nada delante de mí en estos instantes, salvo su imagen. Su angelical rostro, cernido de bondad, sus profundos ojos celestes y su dulce voz no me abandonan en ningún momento.

«*Mi vida, aguanta. Me queda tan poco para llegar a ti…*».

Me desvanezco poco a poco mientras mi subconsciente está tejiendo en mi cabeza aquellos pocos momentos felices de mi vida y me está dando el privilegio de revivirlos. Y uno de esos

momentos felices tiene su nombre.

«*—Quiero que me dejes ayudarte, Álex…*

—Lo mío es un caso perdido, pequeña… Demasiadas cosas que superar. Demasiados demonios que matar.

—¿Te olvidas de que somos los dioses de Álympos?

—Así es.

—Como dioses, nuestra mayor tarea es matar demonios. Los mataremos, dios Ares» —me dijo convencida mientras me miraba a los ojos.

Su sonrisa se ve tan real en mi cabeza que, en vez de estar al borde de la muerte, es como si estuviera profundamente dormido, inmerso en un sueño placentero.

«Los demonios están en cada uno de nosotros, pequeña», le hablo con mi mente…

«A veces nuestros demonios son las frustraciones, otras veces son los celos, otras tantas la ambición y otras muchas los recuerdos. Pero quizás los demonios más peligrosos son los de carne y huesos, Aylin…

¿Por qué?

Porque mientras que los otros acaban con tu cordura, los de carne y huesos acaban con tu vida», pienso al borde del colapso.

Y después, todo oscuro.

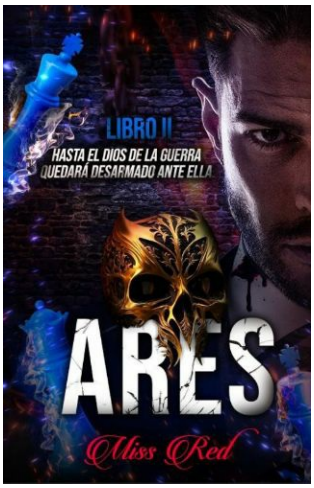
CONTINUARÁ…

(Ver la siguiente sección para más información de ARES II y fecha de lanzamiento)


AHORA EN FÍSICO Y DIGITAL
LIBRO I
EL INFIERNO TIENE UN NOMBRE
Y EL DIABLO TAMBIÉN
ARES
Miss Red
LIBRO II
HASTA EL DIOS DE LA GUERRA
QUEDARÁ DESARMADO ANTE ELLA
ARES
Miss Red
PRÓXIMAMENTE EN AMAZON
amazonkindle

ARES

LIBRO II



Hasta el dios de la guerra quedará desarmado ante ella.

(LANZAMIENTO EN LA PRIMERA QUINCENA DE ENERO de 2024)

«El escudo dorado que sujeta majestuosamente en una mano le da aquel temible aire de guerrero, y todo combina descaradamente con la máscara que cubre gran parte de su varonil rostro. La brillante máscara muestra dos picos en la parte superior, los cuales se asemejan a dos cuernos. Los destellos dorados hacen juego con mis alhajas y juraría que ahora mismo Alex tiene más bien pinta de diablo, y no de dios.

—Qué quieres? —Acerca su cara a la mía.

—A ti —contesto con voz torturada, totalmente fuera de mí.

—Sabes quién soy.

—Lo sé...

—Sabes de lo que podría llegar a ser capaz, ¿verdad? —habla tan cerca de mi rostro, que su máscara diabólica choca con la mía. Su irregular respiración quema mis labios.

—Lo sé...

—Sabes que una vez que entres ahí, no habrá vuelta atrás…».

(Capítulo 26: Más que nunca)

«Quedo dominado por el coraje. Necesito desahogarme y castigarme a mí mismo.

—Ah, Liam —suspiro furioso mientras el aire entra y sale violentamente de mi garganta—. ¡No lo comprendes! —grito y me doy la vuelta, sin dejar de forcejear con él para soltarme—. Aylin era una chica inocente, era mi alumna y ¡mucho menor que yo! Yo solo la vi y decidí que fuera mía. —Me llevo las manos a la frente, terriblemente horrorizado—. La vi como a una presa, como a un trofeo, como algo que necesitaba desesperadamente. Insistí, la seduje, la engatusé, ¡la atrapé!... —le sigo gritando demencialmente mientras las lágrimas brotan sin cesar —. Me obsesioné con ella de tal manera que le fue imposible deshacerse de mí. La deseé y quise tenerla… ¿Y ahora qué?

—Hermano… —Me toca el hombro—. Ya está todo hecho, ella…

—¿Ahora qué? —chillo fuera de mí—. ¡La destrocé, Liam! —Lloro desconsolado, preso del gran remordimiento que siento.

—No es tu culpa...

—Sí que lo es, ¡maldita sea! Ella me lo pidió. Me pidió que la dejara ir —suspiro afligido—. ¿Te das cuenta? ¡Todo lo que toco destrozo!»

(Capítulo 35: Te daría la luna)

¿Dónde está el límite entre el amor y la obsesión?

¡No te pierdas el desenlace de la segunda parte de la novela superventas de Amazon, «El profesor»!

ACERCA DEL AUTOR

Miss Red es autora de novela romántica y erótica y escribe sus novelas bajo pseudónimo. Siendo una persona creativa, emocional y empática, se ha sentido atraída por las palabras desde una temprana edad. Así fue cómo ingresó en el mundo de la literatura mediante la lectura y estudiando una carrera de Filología, ya a una edad adulta. Años más tarde, concretamente en el año 2022, empezó a darle forma a sus escritos a través de las plataformas *Wattpad* y *Booknet* como una simple afición. En unos pocos meses recibió comentarios positivos sobre sus novelas y tuvo una muy buena acogida entre los lectores. Un año después, decidió dar un paso más y autopublicarse.

La escritora describe su trabajo como un cóctel de intriga, acción y romance, con toques de humor y una alta dosis de erotismo. La primera obra publicada fue la novela **El Profesor**, obra que vio la luz como borrador en marzo de 2022 y la que, meses más tarde, dio pasó a una segunda parte, intitulada **Ares**. Finaliza la trilogía en diciembre de 2022 con la tercera y última parte, llamada **Afrodita.**

Otras publicaciones de la autora, de las cuales también puedes visualizar el Booktrailer (pulsando sobre el título) son:

- **Duchess**
- **Jullian´s School** (Relato corto).

Actualmente está trabajando en las novelas:

- **Ninfa**
- **El mercado de novias**

La encontrarás en las siguientes redes sociales:

- *Instagram:* miss_red_writer
- *Facebook*: MISS RED Writer
- *Tik Tok:* missred_writer

Nota: Los booktrailers no son definitivos y están sujetos a actualizaciones y mejoras.